7

MEDITACIONES

M

Primera Parte. Meditaciones para todos los domingos del año - MD

Segunda Parte. Meditaciones para las fiestas principales del año - MF
Complemento de ocho meditaciones
para algunas fiestas especiales que hay durante el año - (MA)

Tercera Parte. Meditaciones para los días de Retiro - MR

MEDITACIONES

Presentación de las obras

1. Las Meditaciones compuestas por Juan Bautista de La Salle.

San Juan Bautista de La Salle compuso tres grupos de meditaciones, a saber:
— «Meditaciones para los días de retiro», que son 16.
— «Meditaciones para todos los domingos del año», que son 77.
— «Meditaciones sobre las principales fiestas del año», que son 114.

Suman, pues, en total, 207.

De ninguna de estas obras se ha conservado el manuscrito original, pero no se tienen dudas sobre la identidad del autor.

Parece ser que las primeras que compuso fueron las del retiro, también llamadas «Meditaciones sobre el empleo de la escuela», cuyos destinatarios no son sólo los Hermanos, sino todas aquellas personas que se dedican a la educación de la juventud. Y aunque, sin duda alguna, se utilizaban en los retiros que hacían los Hermanos en vida del Fundador, la primera edición impresa es posterior a su muerte, hacia 1730, en Ruán, siendo Superior General el Hermano Timoteo. Esta obra se presenta de manera particular en su sección.

La buena acogida de esta obra movió al Superior General a editar también las otras dos series de Meditaciones, que aparecieron en un solo libro, pero dividido en dos partes, cada una con su paginación propia, 236 y 274 páginas. Aunque en el libro no aparece la fecha, varios indicios permiten a datar la edición en 1731, o quizás en 1730.

2. ¿Cuándo compuso Juan Bautista de La Salle estas dos series de Meditaciones?

El Hermano Timoteo, en el prólogo de la edición, dice que «se dedicó a este trabajo en los últimos años de vida, y en ello empleó la mayor parte de su tiempo». Y Blain (II, p. 125), su biógrafo, también dice que después de su regreso de Provenza (agosto de 1714) una de sus ocupaciones fue componer meditaciones para uso particular de los Hermanos.

Recordemos que el santo pasó los últimos años de su vida en San Yon, cerca de Ruán, desde 1715. Seguía siendo Superior pero, de hecho, muchos asuntos los llevaba el Hermano Bartolomé, a la sazón Director de Novicios, hasta que fue elegido Superior General, el 18 de mayo de 1717. Y de esos dos años, precisamente, da Blain una precisión muy significativa: «estaba casi siempre en su habitación, rezando o leyendo, o componiendo meditaciones para uso particular de los Hermanos, contentándose, por otra parte, con oír sus confesiones y darles las conferencias espirituales de los domingos y fiestas». Parece, pues, que ésta haya podido ser una época muy apropiada para realizar estas obras, o al menos para completarlas. Pues muy bien hubiera podido ocurrir que no las compusiera de

seguido, una tras otra, en el orden en que hoy las encontramos; o que se hayan elaborado a partir de notas o guiones de alguna charla o conferencia espiritual de las que daba a los Hermanos.

3. **Dos tipos de Meditaciones por la longitud.**

Del examen interno de las Meditaciones se advierte en seguida que en cada serie hay como dos grupos, atendiendo a la extensión de cada una.
En las Meditaciones para los domingos, son más cortas las que van de la 13 (Septuagésima) a la 63 (domingo X de Pentecostés); y más largas, de la 64 a la 77 y de la 1 a la 12, es decir, todas seguidas desde el XI domingo de Pentecostés al VI de Reyes.
Y en las Meditaciones para las fiestas, son más cortas, todas seguidas, de la 97 (17 de enero, san Antonio Abad), a la 158 (20 de agosto, san Bernardo). Y son más largas desde la 159 (24 de agosto, san Bartolomé) a la 192, la última (25 de noviembre, santa Catalina); y de la 78 (30 de noviembre, san Andrés) a la 96 (6 de enero, Adoración de los Magos).
Pero hay que señalar que en el mes de diciembre hay cuatro más cortas: la 82 (8 de diciembre, Inmaculada Concepción), la 85 (24 de diciembre, Vigilia de la Natividad), la 88 (27 de diciembre, san Juan, Apóstol) y la 89 (28 de diciembre, Santos Inocentes).

¿Qué puede indicar esta diversa longitud en las meditaciones, que de hecho forman como dos bloques en cada grupo? ¿Tal vez dos períodos o dos épocas distintas de composición?

Por otro lado, hay que notar que en las Meditaciones de los domingos se advierten series de meditaciones sobre el mismo tema, y a veces se ve que el evangelio del día es casi pie forzado para la materia que se propone. Estas series, como ejemplo, son: la obediencia (7 a 15), la pasión de Jesucristo (23 a 28), la oración (36 a 39), el Espíritu Santo (42 a 45), la Eucaristía (47 a 55), la vida religiosa (57 a 60), la vida espiritual y la vida comunitaria (65 a 77). Como se puede ver, son muchas las meditaciones que están elaboradas como parte de unidades temáticas que abarcan varios domingos seguidos.

4. **La estructura de las Meditaciones.**

Tanto las Meditaciones de los domingos como las de las fiestas tienen una estructura muy similar. Cada una se divide en tres puntos, y cada punto se construye con dos o tres tipos de reflexiones.

En cada punto hay una idea central, que suele ir en cabeza. Sigue una consideración o explicación de dicha idea, y se termina con una aplicación, casi siempre de forma directa y exigente, para la persona que medita.

En las Meditaciones para los domingos, la idea central se toma del evangelio del día. En las Meditaciones sobre los santos, suele ser primero un hecho de su vida, y luego alguna virtud. Se completan con la consideración y se terminan con la aplicación.

Tal vez no responda mucho al concepto de meditación de la época, en que solían ser más bien largas y desarrolladas con consideraciones, razonamientos, afectos y aplicaciones a la vida espiritual. Pero sí parece que respondían bien a la idea que el Fundador tenía de lo que ha de ser la oración mental del Hermano. En general, no se pierde ni explana en demasiadas explicaciones; sólo en la medida en que sirven para el objetivo final que se intuye, a veces, desde el principio: la pregunta y la interpelación al interesado.

En cuanto al desarrollo y redacción, a veces se hace algo complicada la construcción de la frase, sobre todo cuando se enlazan ideas que se subordinan sucesivamente, y resultan largas en exceso. La puntuación no siempre facilita la lectura del original francés. Pero era estilo muy propio de la época.

El vocabulario que utiliza el Fundador no resulta complicado. En general es muy claro y conciso. A veces se repiten los verbos auxiliares sin prestar mucha atención a formas verbales o a sinónimos que pudieran ser más vistosos y literarios. El resultado, en conjunto, es un texto sobrio, sin adornos, sin concesiones poéticas, y con poco margen para la fantasía y para las emociones.

Llama también la atención la reiterada insistencia con que salen algunos temas de vida espiritual, como la oración, la mortificación, la renuncia personal, el seguimiento de Jesucristo, el desasimiento del mundo, etc. Se nota que el autor llevaba estos y otros temas similares en lo más hondo del corazón, y dan una impronta muy especial al conjunto de la obra.

5. **Las fuentes utilizadas por La Salle.**

Juan Bautista de La Salle se sirvió de obras de otros autores para seleccionar las ideas que propone en muchas de las Meditaciones.

El excelente estudio del **Hermano Jean-Guy Rodrigue**, «Contribution à l'étude des sources des Méditations sur les principales fêtes de l'année», *Cahier Lasallien n.º 47,* muestra algunas de las obras que podemos considerar como fuentes. Concretamente, *Martyrologe*, de **François Paris,** editado por primera vez en 1691; *Les Fleurs des vies des Saints*, de **Pedro de Ribadeneyra,** de cuyas ediciones, retiene la de 1687; y el *Breviario Romano,* que pudo servirle, sobre todo, para las citas patrísticas y para seleccionar, en parte, los santos a quienes dedicó una Meditación.

En cuanto a las Meditaciones de los domingos, S. Gallego apunta la obra *Le parfait inférieur ou l'art d'obéir,* de **Modeste de Saint-Amable,** y otros señalan algunos escritos de **Nicolás Roland,** su director espiritual. Tal vez estudios posteriores puedan encontrar otras fuentes para estas Meditaciones.

6. **Diversas ediciones de las Meditaciones.**

A. *Ediciones francesas.*

En francés, las Meditaciones para los domingos y fiestas han tenido ocho ediciones, a saber:

1.ª Edición: en Ruán, Juan Bautista Machuel. Realizada por el Hermano Timoteo, Superior General. Es un solo volumen, con dos partes, cada una con su paginación independiente (236 + 274 pp.). No lleva fecha, pero se sitúa hacia 1730.
La primera parte, «Domingos», consta de 77 Meditaciones. La segunda, «Fiestas», consta de 108. Y se añaden al final seis meditaciones para algunas fiestas particulares.

2.ª Edición: En Langres, en Laurent-Bournot, sin fecha, pero se sitúa hacia 1816. Edición preparada por el Hermano Paulien, director del noviciado, quien después de la Revolución francesa puso sumo cuidado en reunir los escritos de La Salle.

3.ª Edición: En Versalles, Beau Jne, en 1858. Edición preparada y corregida por el Hermano Felipe, Superior General. Todas las Meditaciones se retocaron. Se quitaron 17 sobre los santos. Las seis meditaciones añadidas al final en la primera edición, se intercalaron entre las otras, según la fecha.

4.ª Edición: En Versalles, en L. Ronce, en 1882. Edición preparada por el Hermano Irlide, Superior General. En cuanto al texto de las meditaciones, se advierte un claro esfuerzo para volver al original. Pero hay otros cambios con relación a las ediciones anteriores:
— Las Meditaciones de los Santos comienzan con san Andrés, 30 de noviembre, para acomodarlas al año litúrgico.
— Se introduce una meditación nueva, para el Santísimo Nombre de Jesús, que se celebraba el segundo somingo después de Epifanía. Está compuesta con párrafos tomados de la Explicación del Método de Oración Mental, pero no es meditación compuesta por el Fundador, aunque se usen textos suyos. Se titulaba: «La Santa Infancia de Jesús».
— Se vuelven a introducir las 17 Meditaciones retiradas en la tercera edición.
— Las seis meditaciones añadidas en la primera edición se distribuyen según la fecha, como en la tercera edición.
— Se asigna un número de orden a cada meditación: para los domingos, del 1 al 77; para las fiestas, del 78 al 192.
— Se encabeza cada meditación con un texto de la Sagrada Escritura, cuando no aparecía el evangelio del día.
— Se añade al final de cada meditación un ramillete espiritual, a manera de fruto.
— Se rehace el índice y se añade una tabla de materias o temas tratados.

5.ª Edición: París, 1922. Procure générale. Editada por el Hermano Imier de Jésus, Superior General. Consta de tres partes: Meditaciones para los Domingos, Meditaciones sobre los santos y Meditaciones para el retiro.
Se vuelve al texto original, salvo algunas correcciones impuestas por la nueva legislación eclesiástica relativa a la cuenta de conciencia. Se suprime la meditación 94, sobre la Santa Infancia de Jesús, que se incluyó en la cuarta edición, pero el número se deja libre. Se conserva el número de orden, el pasaje bíblico inicial y el ramillete espiritual. Y se añade al comienzo de cada meditación un resumen de la misma. Se dan muchas referencias de las citas bíblicas empleadas en las meditaciones.

6.ª Edición: Roma, 1962. Reproducción anastática de la primera edición, la de 1730, preparada por el Hermano Maurice Auguste. Es el número 12 de Cahiers Lasalliens. Los únicos cambios son: se añade el número de la meditación conforme al de la cuarta edición y sucesivas; y se completa con el índice y con una página de concordancia del número de la meditación con la página en que se encuentra.

7.ª Edición: 1982. Región Francia. Edición preparada por el Hermano Michel Sauvage, en librito tamaño bolsillo, con papel biblia.
Comprende todas las meditaciones, incluidas las del retiro. Se recoge el texto original. Por lo tanto, desaparecen la meditación 94, los textos bíblicos de encabezamiento y los ramilletes espirituales. Las seis meditaciones que en la primera edición aparecían como añadidas, vuelven a colocarse al final. Entre los índices se incluye uno temático, breve, pero excelente.

8.ª Edición: Edición incluida en las *Oeuvres Complètes,* Roma, 1993. Como es lógico, recoge en su integridad el texto de la primera edición. En cuanto al orden, se comienzan las «Meditaciones de las fiestas» con san Andrés, y con ello se puede mantener y añadir en la edición el número que se asignó a cada meditación en la cuarta edición. Además, se completa la numeración con referencias complementarias para cada punto, o para los párrafos, dentro de ellos, si son muy largos. Además, las meditaciones se agrupan en cuatro secciones: para los domingos, para las fiestas, para el retiro y meditaciones adicionales, que son las seis incluidas al final de la primera edición.

B. *Ediciones en español.*

En español se han hecho las siguientes ediciones:

— 1930, Madrid. 755 páginas. Traducción fiel de la edición francesa de 1922.

— 1947. Madrid, Bruño. Reimpresión de la anterior.

— 1970. Madrid, Bruño (XVII, 637 pp.). Fue una nueva traducción, preparada por el Hermano Guillermo Félix.

— 1986. Madrid, B.A.C. En el segundo tomo de la obra del **Hermano Saturnino Gallego,** *Vida y pensamiento de San Juan Bautista De La Salle, II. Escritos*. Páginas 289 a 632. Seguidas de las Meditaciones para el tiempo del retiro, páginas 636 a 678. Con leves retoques, recoge la traducción del Hermano Guillermo Félix, de 1970.

7. **La presente edición.**

Tratándose de una edición para las *Obras Completas de San Juan Bautista de La Salle,* en español, el criterio fundamental ha sido atenerse al texto original, en la medida de lo posible.
Por ello, ss ha partido del texto del Hermano Guillermo Félix, que ha sido revisado en su totalidad, frase por frase, confrontándolo con el texto francés de la primera edición. Por ello se han debido hacer numerosas modificaciones para atenerse mejor al original. La obra del Hermano Guillermo, que ciertamente es fiel a la idea del texto original, es también, con bastante frecuencia, muy literaria; y al emplear terminología, sinónimos o formas constructivas muy elaboradas, en ocasiones resulta difícil descubrir la expresión utilizada por el Santo.

La fidelidad al texto original francés no es óbice para que se haya intentado lograr una traducción española con correcta redacción y con la adecuada construcción sintáctica, incluso si para lograrlo ha habido que modificar la puntuación francesa, cosa que ha sucedido en todas las traducciones anteriores.

En ocasiones, se ha preferido mantener la reiteración de determinados verbos auxiliares, cuando en el texto francés la repetición ha sido intencionada; o se han evitado sinónimos españoles, cuando se ve que, pudiendo hacerlo, no se utilizó su equivalente en el original. El texto francés, en su conjunto, emplea un vocabulario muy simple y nada complicado, que constituye, sin duda, valor muy importante de esta obra del Fundador. Traducir sus expresiones a formas literarias o muy elaboradas, que alejan del pensamiento original o lo transforman, no ha parecido adecuado para una edición del tipo que se pretende en las *Obras Completas.*

Para las referencias bíblicas se ha seguido la edición francesa de las *Oeuvres Complètes;* pero algunas, muy pocas, se han completado con otras referencias existentes en la edición de S. Gallego. Las siglas utilizadas en los Libros Sagrados son las adoptadas por la Biblia de Jerusalén en su edición española.

En cuanto a la numeración de párrafos se reproduce la que se ha asignado en la edición francesa de las *Oeuvres Complètes*.

Primera Parte

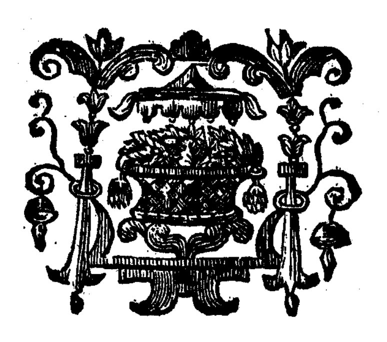
MEDITACIONES
PARA TODOS
LOS DOMINGOS DEL AÑO

MD

MEDITATIONS
POUR TOUS
LES DIMANCHES
DE L'ANNÉE
AVEC

Les Evangiles de tous les Dimanches.

Par Monsieur JEAN-BAPTISTE DE LA SALLE, *Docteur en Theologie, Instituteur des Freres des Ecoles Chrétiennes.*



A ROUEN,
Cz JEAN-BAPTISTE MACHUEL,
Imprimeur-Libraire.

Primera página de las «Meditaciones para todos los domingos del año».
No lleva fecha, pero es anterior a 1732

MD

MEDITACIONES PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO

1

MD1

Para el domingo primero de Adviento (Lc 21, 25-33)

Sobre el juicio universal

MD 1,1,1 Punto I.

Los hombres –dice Jesucristo en el evangelio de este día refiriéndose al juicio final– *verán al Hijo del Hombre aparecer sobre las nubes, con gran poder y majestad* [1].

El aspecto majestuoso con que se mostrará Jesucristo, y el extraordinario poderío que ostentará cuando venga para juzgar a los hombres, deben movernos a temer su venida. Es lo que nos dice san Jerónimo acerca de estas palabras del profeta Malaquías: *¿Quién podrá pensar en el día de su venida?* [2]

Y si nadie se atreve a pensar en el día del último juicio, a causa de la majestad y poderío de aquel que será el juez, ¿quién podrá soportar su rigor? Esto será tanto más difícil, añade, cuanto que hará de testigo el mismo que ha de juzgar. Esto debe movernos a temer aún más este juicio. La misma severidad del juez, dice en otra parte el mismo santo, que *dará a cada uno según sus obras* [3], hará que quienes estén presentes no se atrevan a mirarlo al rostro.

Entonces se hará examen exacto y terrible de nuestras acciones y aun de nuestros pensamientos, dice san Efrén; cuando cada uno de nosotros comparezca ante el tribunal de este juez, que *hará patente ante el mundo entero las obras, palabras y pensamientos de los hombres, que estuvieran más ocultos en este mundo, por haberse realizado en las tinieblas* [4].

MD 1,1,2 Para que al comparecer ante el tribunal de este juez, que nos juzgará para toda la eternidad y como juez inexorable, no tengamos que recibir una sentencia dura y terrible, dice san Agustín, apliquémonos sin tregua a desasirnos de nuestros defectos, ya que no podemos saber *el día ni la hora* [5] en que moriremos. Pues quien no conoce con certeza la duración de su vida, no debe descuidarse en adoptar los medios necesarios para asegurar la salvación.

MD 1,2,1 Punto II.

No sólo deben temer el juicio final los malos, a causa de su mala vida; sino que también será objeto de temor tanto para los buenos como para los malos, dice san Agustín; pues en esta general asamblea, dice san Jerónimo, habrá muy pocos, o incluso ninguno, que no merezca ser reprendido con severidad y cólera por el juez.

Por lo cual, añade, no hay ningún alma que no tema el juicio de Dios, ya que *ni*

aun las estrellas mismas, esto es, los santos, *se hallarán puras en su presencia*[6]. Será muy difícil, dice luego este santo Doctor, encontrar alguno que sea bastante puro e irreprensible para comparecer ante este juez con ademán seguro y se atreva a decir: *¿Quién me convencerá de pecado?* [7] Por eso, afirma san Efrén, todas las criaturas estarán llenas de espanto, y los ejércitos de los santos ángeles estarán llenos de temor, en el día grande de las venganzas del Señor.

MD 1,2,2 La razón principal que hace temer a los justos en espera del juicio final es que *en él se dará cuenta* no sólo *de las palabras inútiles que se hayan dicho* [8], como dice Jesucristo en el Evangelio, sino incluso de lo bueno que se haya practicado, según lo que dice Dios por el Real Profeta: *juzgaré las justicias* [9], es decir, todo el bien que los hombres hubieren hecho durante su vida, para examinar si verdaderamente fue bueno y si no hubo en él algún defecto. ¿Quién de nosotros no temerá, pues, los juicios de Dios?

MD 1,3,1 Punto III.

¿Cómo no temeremos nosotros los juicios de Dios, si los mayores santos nunca dejaron de temerlos, no obstante su eminente santidad?

Job, cuya defensa tomó Dios contra los que le recriminaban cosas falsas, dice a Dios: *Temblaba en cada obra que hacía, sabiendo que Tú no perdonas al que peca* [10]. Y, en otro lugar: *¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgarme? Y cuando me pida cuentas de mi vida, ¿qué responderé?* [11] Y después de alegar por extenso su modo de proceder, ordenado y libre de pecado, añade que *no cesa de temer los juicios de Dios, y que ese temor ha resultado siempre para él como peso que le abruma* [12].

San Hilarión, encorvado por el peso de los años y de las austeridades, se sobrecogió de temor a la hora de la muerte.

San Jerónimo, que había encanecido en la soledad y en todo género de prácticas de penitencia, dice que se había recluido así, condenándose a una especie de cárcel, por temor al juicio final. Y dice también en otro lugar que, estando como estaba todo sucio de pecados, noche y día se ocultaba, por temor a que se le gritase: «¡Jerónimo, sal fuera!», y se le obligara a *pagar hasta el último céntimo* [13].

MD 1,3,2 San Efrén, que fue solitario desde su infancia, que era tan puro y tan penitente, y que estaba tan lleno del Espíritu de Dios, dice que su corazón se estremecía y todo su cuerpo temblaba cada vez que pensaba que en el día del juicio serán revelados todos nuestros pensamientos, palabras y obras; y que, reconociéndose siempre culpable, temía de continuo ser juzgado con rigor, sabiendo que no tenía ninguna razón que alegar para excusar su negligencia.

Si santos tan eminentes sintieron tal pavor al pensar en este terrible día, ¿qué sentimientos de temor no hemos de tener nosotros, que procedemos con tan escaso fervor en el servicio de Dios, y que tan mal cumplimos nuestro deber?

MD 1,1,1: [1]Lc 21,25-33. – [2] Mal 3,2. – [3] Rm 2,6. – [4] Lc 12,2-3 – **MD 1,1,2:** [5] Mt 25,13. – **MD 1,2,1**: [6] Job 25,5. – [7] Jn 8,46. – **MD 1,2,2**: [8] Mt 12,36. – [9] Sal 75,3. – **MD 1,3,1**: [10] Job 9,28. – [11] Job 31,14. – [12] Job 31,23. – [13] Mt 5,26.

MD 2

2

Para el domingo segundo de Adviento
(Mt 11,2-10)

ADVERTENCIA

Puesto que el Adviento es un tiempo instituido por la Iglesia para disponer a los fieles a celebrar dignamente la venida de Nuestro Señor a este mundo y atraerle a sus corazones, para que no vivan ya sino por su Espíritu, parece muy conveniente que hoy y los siguientes domingos nos apliquemos en la oración a preparar nuestros corazones para recibir en ellos a Nuestro Señor; y tanto más, cuanto que los evangelios que se leen esos tres días nos ofrecen ocasión y nos invitan a ello.

Que debéis preparar vuestros corazones y los de aquellos a quienes estáis encargados de instruir para recibir a Nuestro Señor y sus santas máximas

MD 2,1,1 Punto I.

El evangelio de este día nos indica que san Juan Bautista, que estaba en la prisión, donde había sido encerrado por mandato de Herodes, envió a dos de sus discípulos a Jesucristo para preguntarle si era él el Mesías. Lo cual dio a Jesucristo ocasión de hacer el elogio de san Juan ante el pueblo, para concluir diciendo que era de él de quien estaba escrito: *Yo envío mi ángel delante de ti, el cual te preparará el camino por donde has de caminar* [1].

Vosotros sois, igual que san Juan, ángeles enviados por Dios para prepararle el camino y el medio de venir, y de entrar en vuestros corazones y en los de vuestros alumnos.

MD 2,1,2 Para lograrlo tenéis que hacer dos cosas: primera, asemejaros a los ángeles en pureza interior y exterior; pues, igual que los ángeles, tenéis que estar totalmente desprendidos del cuerpo y de los placeres de los sentidos, de modo que parezca que en vosotros ya no hay más que vuestra alma; que sólo de ella tenéis cuidado; y que es el fin de vuestras solicitudes; pues Dios os ha destinado sólo a que os apliquéis, como los santos ángeles, a lo que mira a su servicio y al cuidado de las almas.

Es necesario que en vosotros, como dice san Pablo, *se destruya el hombre exterior, para que el hombre interior se renueve de día en día* [2], y lleguéis a ser semejantes a los ángeles; y que como ellos, dice el mismo apóstol, *no tengáis en consideración las cosas visibles, sino las invisibles;* porque, dice, *las visibles son temporales y no hacen más que pasar, mientras que las invisibles, por ser eternas* [3], serán eternamente el objeto de nuestro amor.

MD 2,2,1 Punto II.

Jesucristo dedica a san Juan grandes alabanzas en el evangelio de este día. Dice de él que *vivía en el desierto y que no era caña agitada por el viento* [4]; es decir, que la penitencia que había comenzado la había mantenido siempre; *que no vestía regaladamente* [5], pues, como se dice en san Mateo, *llevaba un vestido de piel de camello y un cinturón de cuero en la cintura* [6]. El mismo Jesucristo

añade que san Juan ***no comía pan ni bebía vino*** [7]; y, en efecto, se dice en san Mateo que ***se alimentaba de langostas y de miel silvestre*** [8]; y a ello agrega Jesucristo que ***no hubo profeta mayor que san Juan Bautista*** [9].

MD 2,2,2 ¿Con qué fin creéis que dedicó Jesucristo todas estas alabanzas a san Juan? Fue para mover al pueblo a seguir su doctrina, y para que supieran que era verdad lo que dijo luego de él: que san Juan había sido enviado por Dios para preparar los corazones a acoger a Jesucristo y a aprovechar sus enseñanzas.

Puesto que este santo, que era su precursor, comenzaba, por medio del retiro, de la oración y de la penitencia, a practicar lo que quería enseñar a los otros, y a preparar su corazón para recibir la plenitud del Espíritu de Dios para disponerse a desempeñar dignamente su ministerio, así también vosotros, que tenéis que preparar los corazones de los demás para la venida de Jesucristo, debéis disponer primero los vuestros, para que se llenen de celo, a fin de lograr que vuestras palabras sean eficaces en aquellos a quienes instruís.

MD 2,3,1 Punto III.

San Juan, después de haberse preparado interiormente a predicar al pueblo judío para disponerlo a recibir a Jesucristo, les propuso seis medios para preparar en ellos el camino y la entrada de Jesucristo en sus corazones.

En primer lugar, les exigió que tuvieran horror al pecado, dirigiéndoles el reproche de ***que eran raza de víboras*** [10].

En segundo lugar, les propuso que temieran el juicio final, al declararles que sus pecados serían examinados en él minuciosamente y juzgados con rigor. ***Huid de la ira venidera*** [11], les decía; ***todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego*** [12].

En tercer lugar, para moverlos a evitar el rigor de este juicio, los animaba a hacer penitencia, con estas palabras: ***Haced dignos frutos de penitencia*** [13].

En cuarto lugar, quiso que no se contentasen con llorar sus pecados y satisfacer por ellos, sino que hicieran también buenas obras, sin las cuales su penitencia sería inútil; lo que les dio a conocer con estas palabras: ***Todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego*** [14].

MD 2,3,2 En quinto lugar, les declaró que no les bastaba con tener a Abraham como padre, y que no tenían derecho a gloriarse de ello, si no hacían acciones semejantes a las suyas: ***No digáis***, añadía, ***tenemos por padre a Abraham*** [15].

En sexto lugar, les hizo comprender que no podrían salvarse, por buenas que fueran sus obras, si no practicaban el bien propio y conveniente a su condición; por eso hace ver ***a los ricos la obligación que tienen de dar limosna; y a los publicanos les dice que no exijan nada por encima de lo que les está mandado; y a los soldados, que se contenten con su paga*** [16].

Tomad esos avisos para vosotros mismos y seguidlos con exactitud; dádselos a vuestros discípulos, y hacédselos practicar.

1 MD 2,1,1: [1] Mal 3,1. – **MD 1,1,2**: [2] 2Co 4,16. – [3] 2 Co 4,18. – **MD 2,2,1**: [4] Mt 11,7. – [5] Mt 11,8. – [6] Mt 3,4. – [7] Lc 7,33. – [8]Mt 3,4. – [9] Mt 11,11. – **MD 2,3,1**: [10] Lc 3,7. – [11] Lc 3,7. – [12] Lc 3,9. – [13] Lc 3,8. – [14] Lc 3,9. – **MD 2,3,2**: [15] Lc 3,8. – [16] Lc 3,11.13.14.

MD 3

3

Para el domingo tercero de Adviento
(Jn 1, 19-28)

Que quienes enseñan a otros no son más que la voz que prepara los corazones, y que a Dios mismo corresponde disponerlos por su gracia para recibirlo

MD 3,1,1 Punto I.

Habiendo enviado los judíos desde Jerusalén sacerdotes y levitas a san Juan para preguntarle quién era, si él era el Cristo, o si era Elías, o si era un profeta, san Juan, después de decirles que no era ni lo uno ni lo otro, *soy,* respondió, *la voz del que clama en el desierto: enderezad los caminos del Señor* [1].

San Juan, queriendo atribuir a Jesucristo todo el mérito de la conversión de las almas, en lo que él mismo trabajaba incansablemente sin interrupción, dijo que no era más que la voz que grita en el desierto, para dar a entender que la sustancia de la doctrina que enseñaba no era suya; que lo que predicaba era efectivamente la palabra de Dios, y que, en cuanto a él, no era más que la voz que la anunciaba.

Así como la voz es un sonido que llega al oído para hacer comprender la palabra, del mismo modo disponía san Juan a los judíos para recibir a Jesucristo.

Lo mismo sucede con quienes instruyen a otros; no son más que la voz de quien dispone sus corazones para recibir a Jesucristo y su santa doctrina; y *quien los dispone,* dice san Pablo, *no puede ser otro que Dios* [2], que les otorga el don de hablar.

MD 3,1,2 Así, pues, según el mismo Apóstol, *aun cuando hablaseis todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tenéis caridad,* o mejor, si no es Dios quien os hace hablar y quien se sirve de vuestra voz para hablar de él y de sus santos misterios, *no sois,* como lo dice el mismo san Pablo, *más que bronce que suena o campana que retiñe* [3]; ya que todo lo que digáis no producirá ningún buen efecto, ni será capaz de producir fruto alguno.

Humillémonos, pues, considerando que siendo sólo voz, no podemos por nosotros mismos decir nada que sea capaz de producir algún bien en las almas, ni que les pueda dejar alguna impresión; puesto que no somos sino una voz, que sólo tiene el sonido, del que no queda nada después de haber resonado en el aire.

MD 3,2,1 Punto II.

De Dios, del que los que enseñan no son sino la voz, ha de proceder la palabra que lo dé a conocer a quienes ellos instruyen. Él es, pues, quien habla en ellos, cuando hablan de Él o de lo que a Él se refiere. Por eso, dice san Pedro, *cuando uno habla, es preciso que siempre parezca que Dios habla por su boca; y si alguno ejerce un ministerio, que no lo haga sino como actuando por la virtud que Dios le comunica, para que Dios sea honrado en todo por Jesucristo* [4].

Y el mismo san Pedro, después de haber dicho en otro lugar, en lo tocante a la verdad que predicaba: *No cesaré de advertiros de estas cosas, aunque la*

verdad ya sea conocida y esté asentada en vosotros [5], añade: *Tenemos la palabra de los profetas, que es más firme, y hacéis bien en adheriros a ella, porque es como una lámpara que brilla en lugar oscuro, hasta que amanezca el día, y la estrella de la mañana se levante sobre nuestros corazones; porque la profecía no se hizo por la voluntad de los hombres en tiempos pasados, sino que los hombres de Dios hablaron por inspiración del Espíritu Santo* [6].

MD 3,2,2 También hoy hablan impulsados por el Espíritu de Dios cuantos anuncian su reino. Pero si Dios se vale de los hombres para hablar a aquellos a los que dan a conocer las verdades cristianas, y para preparar sus corazones a ser dóciles a ellas, *corresponde sólo a Dios*, dice el Sabio, *guiar sus pasos* [7] y dar a sus corazones la docilidad que necesitan para saborear las santas verdades que Dios les ha dado a conocer.

No os contentéis, pues, con leer o aprender de los hombres lo que tenéis que enseñar a otros; pedid a Dios que lo grabe de tal modo en vosotros, que ya nunca tengáis motivo para ser ni para consideraros a vosotros mismos sino *como ministros de Dios y dispensadores de sus misterios*, según lo que dice san Pablo [8].

MD 3,3,1 Punto III.

San Zacarías, padre de san Juan Bautista, en el cántico que entonó al nacer su hijo, dice que el motivo por el que san Juan debía ir delante de Jesucristo, *para prepararle los caminos*, era *comunicar a su pueblo la ciencia de la salvación* [9].

Pero esta ciencia no bastaba; era preciso que el mismo Dios, por Jesucristo Nuestro Señor, nos mostrase el camino que hemos de seguir, y nos infundiese el deseo de ir en pos de su Hijo.

Aunque *gimamos en esta vida bajo la pesantez de nuestro cuerpo, porque deseamos ser despojados de él* [10], es Dios quien nos formó para eso mismo, *y quien nos dio como prenda su Espíritu Santo* [11]. Sólo a Dios corresponde, pues, enderezar nuestros caminos hacia el cielo, para poder llegar a él con seguridad. Por eso *Jesucristo*, como Hijo de Dios, se constituyó en autor de la salvación eterna.

MD 3,3,2 Igual que *la salvación viene de Dios* [12], dice el Profeta, de Él procede también la perfección; pues, como dice Santiago, *toda gracia excelente y todo don perfecto viene de arriba, y desciende del Padre de las luces* [13].

Pedid, pues, a Dios que os guíe en el camino del cielo, por la vía que Él mismo os ha trazado, y que os mueva a abrazar la perfección de vuestro estado; puesto que Él es quien os puso en él, y por lo tanto, quien ha querido, y todavía quiere, que dentro del mismo toméis el camino y los medios para santificaros.

MD 3,1,1: [1] Jn 1,19-22. – [2] 2Co 3,5-6. – **MD 3,1,2**: [3] 1 Co 13,1. – **MD 3,2,1**: [4] 1Pd 4,11. – [5] 2P 1,12. – [6] 2P 1,19-21. – **MD 3,2,2**: [7] Prov 16,9. – [8] 1Co 4,1. – **MD 3,3,1**: [9] Lc 1, 76-77. – [10] 2Cor 5,2. – [11] 2Co 5,5. – **MD 3,3,2**: [12] Sal 37,39. – [13] Snt 1,17.

MD 4

4

Para el domingo cuarto de Adviento
(Lc 3, 1-6)

Que sólo por la penitencia y la exención del pecado se dispone uno a recibir a Jesucristo

MD 4,1,1 Punto I.

Según el evangelio de este día, *san Juan recorrió la región próxima al Jordán, predicando el bautismo de penitencia, para la remisión de los pecados* [1], con el fin de disponer a los judíos a la venida de Nuestro Señor.

Con tal proceder, este santo nos da a entender que la principal de las disposiciones que hay que tener para recibir a Nuestro Señor es la penitencia y el alejamiento de todo pecado; y, por consiguiente, que hay que aplicarse a ella todo lo posible, pues la penitencia lava y purifica al alma de los pecados con que esté manchada.

San León la llama, sencillamente, bautismo; y san Gregorio de Nacianzo, siguiéndolo, bautismo doloroso. Según san Ambrosio, a este bautismo se refiere David cuando dice *que se consumió de tanto gemir y suspirar, que lavó todas las noches su lecho con su llanto, y que bañó con sus lágrimas el lugar donde se acostaba* [2].

MD 4,1,2 Eso es lo que nosotros deberíamos poder decir, igual que David, pues no tenemos menos necesidad de penitencia que él, si queremos atraer a nosotros a Jesucristo. Por lo cual, como dice la glosa, expíe cada uno sus pecados pasados por medio de la penitencia, para acercarse a la salvación, que había perdido, y recuperar la facilidad de volver a Dios, de quien se había alejado.

Por eso dice Dios por un profeta: Convertíos a mí por el ayuno, las lágrimas y los gemidos [3]; pues esos, en efecto, son los medios más adecuados para volver a Dios cuando se le ha perdido, y lo que mejor contribuye a conseguir la pureza del corazón, que David pedía a Dios con tanta insistencia; y era también con esta mira por lo que decía a Dios: *Lávame más y más de mis iniquidades y purifícame de mis pecados* [4]. Este rey penitente estaba bien persuadido de que las manchas del alma pecadora sólo pueden lavarse con las lágrimas que tienen su fuente en el corazón humilde y contrito.

Pidamos a Dios con frecuencia la gracia de lavarnos tan perfectamente, que no quede ningún rastro de nuestros pecados; y, por nuestra parte, contribuyamos mediante la penitencia que hagamos.

MD 4,2,1 Punto II.

Se dice de san Juan que *predicaba la penitencia para la remisión de los pecados* [5], pues lo que procura la remisión de los pecados a quienes han ofendido a Dios es la penitencia, según lo que dice san Pedro a los judíos en los Hechos de los Apóstoles: *Haced penitencia y convertíos para que sean perdonados vuestros pecados* [6].

Porque ése es el fin propio de esta virtud, y sólo ella es capaz de ablandar el corazón de Dios, irritado contra los pecadores. Eso es lo que Dios mismo dice en Ezequiel, con estas palabras: *Si el impío hiciere penitencia de todos los*

pecados que haya cometido, si observa todos mis preceptos, y si obra según la equidad y la justicia, no me acordaré más de sus iniquidades, y no le serán imputadas [7]. Y san Pedro, predicando al pueblo judío para enseñarle las verdades del Evangelio, le dice: *Haced penitencia para obtener el perdón de vuestros pecados* [8].

MD 4,2,2 También por medio de esta virtud *los ninivitas, que habían irritado al cielo con sus desórdenes, lograron, dice san Jerónimo, que Dios cambiara la sentencia que había dado contra ellos, de destruir su ciudad* [9]. Lo que no consiguieron sino por la conversión de sus corazones, mediante la predicación de Jonás y a petición de su rey. Para impedir las desgracias con que estaban amenazados, no tuvieron otro recurso, dice san Ambrosio, que ayunar constantemente y cubrirse de saco y ceniza, con el fin de apaciguar la cólera de Dios.

MD 4,2,3 Por este mismo camino obtendréis vosotros la remisión de todos los pecados que cometisteis en el mundo, y de todos los que cometéis aún cada día, en la casa de Dios. Pues, como dice san Jerónimo, Dios sigue dirigiendo cada día a los hombres las amenazas que hizo a los ninivitas, para que así como aterraron a aquéllos, del mismo modo impulsen a quienes quedan en la tierra a hacer penitencia. Aprovechemos, pues, tan admirable ejemplo.

MD 4,3,1 Punto III.

El profeta Ezequiel nos advierte que la penitencia no sólo nos alcanza la remisión de nuestros pecados, sino que también nos preserva de ellos, lo cual es la mayor dicha que se pueda disfrutar en este mundo. Pues después de haber dicho que *si el impío hace penitencia de todos sus pecados, Dios no se acordará más de ellos, añade que vivirá practicando obras de justicia y que no morirá* [10].

Por eso san Pedro nos consuela inmensamente al decirnos que el Señor, el día de su venida, *hallará en la paz del alma a cuantos hayan hecho dignos frutos de penitencia* [11], porque los encontrará exentos de pecado. De esa forma, según Teodoreto, habrán asegurado su salvación. También de ese modo, practicando la penitencia, supo san Juan Bautista preservarse de los más leves pecados, como canta la Iglesia.

MD 4,3,2 También por ese mismo camino conseguiréis vosotros congraciaros con Nuestro Señor, y, según san Pedro, recibiréis el don del Espíritu Santo [12], que os consolidará en el bien, por su permanencia en vosotros. Este Espíritu Santo es el Espíritu de Jesucristo. Pedidle que afiance vuestro corazón en el bien de tal manera, que el día de su venida, como dice san Pedro, os halle puros e irreprensibles a sus ojos [13].

Tened cuidado de que cuando venga, no os haga el mismo reproche que san Juan dirige, en el Apocalipsis, a un obispo, y que os diga que habéis decaído de vuestra primera caridad [14]. Y si os hace tal reproche, acordaos, según el aviso que se dio a ese obispo, del estado de donde caísteis; haced penitencia y volved a la práctica de vuestras primeras obras [15].

MD 4,1,1: [1] Lc 3,3. – [2] Sal 6,7. – **MD 4,1,2**: [3] Joel 2,12. – [4] Sal 51,4. – **MD 4,2,1**: [5] Lc 3,3. – [6] He 3,19. – [7] Ez 18,21.22; 33,16. – [8] He 3,19. – **MD 4,2,2**: [9] Jon 3,1-10. – **MD 4,3,1**: [10] Ez 18,21.22; 33,15-16. – [11] 2P 3,14. – **MD 4,3,2**: [12] He 2,38. – [13] 2P 3,14. – [14] Ap 2,4. – [15] Ap 2,5.

MD 5

5

Para el domingo en la octava de Navidad (Lc 2, 33-40)

Que no hay que contradecir las verdades, los preceptos ni los consejos del Evangelio

MD 5,1,1 Punto I.

El evangelio de este día refiere que san *Simeón, después de bendecir al padre y a la madre de Jesús en el Templo, dijo a María, su madre, que aquel niño había venido para ruina y para resurrección de muchos en Israel;* pues algunos sacarían provecho de su muerte, y otros, al no ser fieles a la gracia que debía merecerles el Redentor, convertirían esa misma gracia en principio de su condenación.

Luego, el santo anciano añadió que Jesucristo *sería blanco de la contradicción de los hombres* [1]. Durante su vida, en efecto, hubo numerosas personas que contradijeron su proceder; y todavía se encuentran muchas cada día, incluso entre los cristianos, que contradicen su doctrina y sus máximas.

Hay algunos que tienen poco respeto a las decisiones de la Iglesia; y a veces, hay otros que se mezclan en discusiones sobre cuestiones de la predestinación y de la gracia, acerca de las cuales, quienes no son expertos, no deben decir nunca ni palabra, pues están por encima de su alcance; y si alguno les hablare de ellas, entonces no tienen otra cosa que responder, sino en general: creo lo que cree la Iglesia.

MD 5,1,2 Procedamos de igual modo sobre varias otras cuestiones de doctrina, que la inteligencia no puede concebir, pensando en estas palabras del Sabio en el Eclesiástico: *No te desasosiegues por las cosas que te sobrepasan* [2]. Dejemos las disputas sabias para los sabios; dejémosles el cuidado de refutar las herejías y de confundir a los herejes; por nuestra parte, hablemos sólo de la doctrina común de Jesucristo, y no adoptemos como práctica más que seguir en todo lo que enseña la Iglesia a los fieles en los catecismos que aprueba; es decir, en los catecismos realizados o adoptados por los obispos, unidos al Vicario Universal de Jesucristo; y no nos permitamos nunca la libertad de dogmatizar sobre cuestiones difíciles de la religión.

MD 5,2,1 Punto II.

El peligro de contradecir la moral de Jesucristo no es menor que el de contradecir su doctrina; porque, de ordinario, lo que lleva a perder la fe es el desarreglo de las costumbres, y porque Jesús no vino para anunciarnos tantas verdades santas de la moral cristiana, sino para animarnos a practicarlas debidamente.

Con todo, es bastante frecuente ver cristianos, hasta en las comunidades regulares, que aprecian poco las verdades prácticas, las contradicen en su corazón e, incluso, a veces, en su comportamiento externo; como cuando se les dice que *en el día del juicio darán cuenta hasta de una palabra inútil* [3]; que *hay que orar sin descanso* [4] y *entrar en el cielo por la puerta angosta* [5]; y que Jesucristo dijo: *Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis* [6];

5,2,2 y que, por lo tanto, es obligación indispensable poner en práctica estas máximas si uno quiere salvarse; que para ellos es un mandamiento *amar a los enemigos, hacer bien a quienes los odian, pedir a Dios por quienes les persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo, que hace salir el sol sobre buenos y malos* [7].

¿Cuántos se persuaden que todos estos artículos son sólo de perfección, a pesar de que Jesucristo los predicara como otras tantas prácticas de necesidad de medio para la salvación?

Guardaos de caer en tan craso error, que os apartaría del verdadero camino que conduce al cielo.

MD 5,3,1 Punto III.

Para nosotros no es suficiente con no contradecir la moral del Evangelio. San Pablo dice que *nos muestra un camino todavía más excelente y más perfecto* [8], al cual nos ha llamado Jesucristo y que Él mismo nos ha marcado. *Si alguno*, dice Jesucristo, *quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo*; es decir, que renuncie a su propio juicio y a su propia voluntad, *que lleve su cruz cada día y que me siga* [9].

¿Quiénes son los que no contradicen, si no con la boca, al menos de corazón, esta divina sentencia de Jesucristo, nuestro maestro?

¿Cuántos concuerdan con este pensamiento de san Bernardo, a saber: que las palabras de ligereza y las chanzas en boca de un seglar, sólo son chanzas; pero en boca de la persona consagrada a Dios son blasfemias? ¿Cuántos hay que aprecian las palabras de san Doroteo: Pongamos atención, dice, en las cosas más leves, por temor a que tengan efectos y consecuencias lastimosas? ¿A cuántos les parecen duras estas palabras de Jesucristo: *Bienaventurados los pobres de espíritu* [10]; *es más difícil que un rico entre en el cielo, que un camello pase por el ojo de una aguja* [11]?

MD 5,3,2 En cuanto a nosotros, sondeemos nuestro corazón. ¿Está bien penetrado de lo que dice Jesucristo: *Seréis bienaventurados cuando los hombres digan de vosotros, con falsedad, todo género de mal* [12]? ¿Cuántos hay que contradicen sus Reglas en muchos artículos, como si no estuvieran obligados a practicar más que lo que creen que les conviene en esas Reglas? Estos tipos de personas caen muy pronto en el desorden; pues, como dice san Doroteo, en cuanto uno comienza a decir: ¿qué importa que diga esta palabra?, ¿qué mal hay en que tome este bocado?, ¿qué delito cometo haciendo esto o aquello?, llega hasta pasar por alto todos los remordimientos de su conciencia en los puntos más esenciales.

Nosotros, a quienes Dios ha llamado a vivir según la perfección del Evangelio, temamos perdernos si nos aficionamos a tales máximas, que conducen a la relajación.

MD 5,1,1: [1] Lc 2,34. – **MD 5,1,2**: [2] Ecli 3,22. – **MD 5,2,1**: [3] Mt 12,36. – [4] Lc 18,1. – [5] Mt 7,13. – [6] Lc 13,5. – **MD 5,2,2**: [7] Mt 5,44-45. – **MD 5,3,1**: [8] 1 Co 12,31. – [9] Lc 9,23. – [10] Mt 5,3. – [11] Mt 19,23-24. – **MD 5,3,2**: [12] Mt 5,11.

6

MD 6 **Para el domingo entre la Circuncisión y la Epifanía (Mt 2,13-15)**

Del amor al retiro, a imitación de Jesucristo, retirado y desconocido en Egipto

MD 6,1,1 Punto I.

Avisado san *José por un ángel de que llevara al Niño Jesús a Egipto, porque Herodes lo buscaba para matarlo, lo condujo allí inmediatamente, con la Santísima Virgen* [1].

Él se creía seguro en Judea, porque en ese reino habitaba el pueblo de Dios; por lo cual, no habría deseado abandonar el país para ir a vivir entre extranjeros, si no fuera por el mandato de Dios; pues como atestigua Jesucristo en el santo Evangelio*, no vino a este mundo para hacer su voluntad, sino sólo la de Dios, su Padre* [2].

Así debemos proceder nosotros cuando se trate de emprender algo o de desistir de alguna empresa.

MD 6,1,2 Dios os ha colocado en el retiro y en un lugar santo, y en su misma casa, donde congrega a quienes ha escogido como suyos. Si salís de ella, no debe ser sino porque Dios lo quiere y porque os lo manda, para conservar la vida de Jesucristo en los corazones de quienes estáis encargados, o por alguna otra necesidad. El alejamiento que debéis mantener respecto de todos los que os son extraños, ha de hacer que temáis salir de vuestro retiro y dejar la compañía de vuestros Hermanos, lugar que Él os ha destinado como vuestra morada ordinaria.

MD 6,2,1 Punto II.

San José, la Virgen santa y el Niño Jesús vivieron en Egipto tan desconocidos, que parece que nunca se hubiera oído hablar de ellos. Y el Evangelio no nos dice nada, ni de ellos, ni de lo que hicieron en aquel país durante el tiempo que permanecieron allí. Tampoco vemos que ninguna historia haya hablado de ellos, pues vivieron tan ocultos, que nadie sabía que estaban allí.

La vida humilde y desconocida era la que más agradaba a esta sagrada familia, y la que el Padre Eterno había destinado para Jesucristo hasta que se dedicara a la predicación de su Evangelio y a la conversión de las almas, que era el primer fin de su venida. Su largo retiro sirvió de preparación para su vida apostólica.

MD 6,2,2 Cuando os veáis obligados a salir de vuestro retiro para actuar en el mundo, también vosotros habéis de proceder en él de tal manera, que nadie, quienquiera que sea, os conozca. Incluso, que hasta ignoren vuestro nombre aquellos a quienes impartís instrucción, preocupándoos en vuestra clase sólo de desempeñar vuestro ministerio, en lo que Dios exige de vosotros respecto de vuestros discípulos, y de actuar de tal modo que, por ese medio, les procuréis el espíritu del cristianismo.

A ejemplo de la Sagrada Familia, evitad que se hable de vosotros en el mundo; sed sólo como transeúntes, ocupados únicamente en la obra de Dios y de procurar que Jesús viva en las almas de quienes no lo reconocen.

MD 6,3,1 Punto III.
Después de la muerte de Herodes, un ángel avisó en seguida *a san José para que volviera a Judea y se estableciese allí, para permanecer constantemente con la Virgen santa y el Niño Jesús*. Este aviso le bastó, y fue tan diligente en realizar lo que Dios deseaba de él, que *al instante se levantó, y tomando consigo a la madre y al niño partió con toda prontitud* [3]. ¡Admirable fidelidad de san José a la orden de Dios!

MD 6,3,2 A ejemplo de este gran santo, sed fieles en hacer todo cuanto Dios quiera de vosotros, considerando que debéis guiaros en todas las cosas por orden suya. Por lo tanto, sed exactos en dejarlo todo en cuanto suene la campana para llamaros a algún ejercicio, y que nada sea capaz de reteneros.
Cuando hayáis terminado lo que atañe a vuestro empleo, cuidad de no atrasaros y no deteneros con nada; apresurad vuestro regreso cuanto sea posible. El mismo Dios que os encomendó el empleo, os saca de él: ¿se necesita más? En toda ocasión debéis dejar patente que dependéis de Dios, y que estáis dispuestos a ir, a la primera señal, a donde os llame.

MD 6,1,1: [1] Mt 2,13-15. – [2] Jn 5,30; 6,38. – **MD 6,3,1** [3] Mt 2,19-21.

7

MD 7

Para el domingo primero después de la fiesta de Reyes (Lc 2,40-52)

Sobre la necesidad de la obediencia

MD 7,1,1 Punto I.
El evangelio de este día refiere que *san José y la santísima Virgen fueron con Jesús a Jerusalén, cuando tenía doce años, para celebrar allí la fiesta de Pascua. Al regresar, pasados los días de la fiesta, Jesús permaneció en Jerusalén. Sus padres volvieron para buscarlo, y habiéndolo encontrado en medio de los doctores, lo llevaron con ellos a Nazaret, donde les estaba sujeto* [1], nos dice san Lucas.
Eso es todo lo que nos enseña el Evangelio sobre su estancia en Nazaret hasta el tiempo en que salió de allí para anunciar el reino de Dios. Lección admirable para todos aquellos que están encargados de instruir a los demás en las verdades cristianas.
Jesucristo, por medio de la sumisión y de la obediencia, se preparó para cumplir la magna obra de la redención de los hombres y de la conversión de las almas; pues sabía que nada es más adecuado para lograrlo de forma útil y segura, que el prepararse durante largo tiempo mediante la práctica de una vida humilde y sumisa.
Por este motivo, en la Iglesia primitiva, y sobre todo en Oriente, de ordinario se escogían como obispos a quienes habían vivido mucho tiempo bajo obediencia.

MD 7,1,2 Vosotros, a quienes Dios ha llamado a un empleo que os compromete a trabajar en la salvación de las almas, debéis prepararos mediante larga práctica para

haceros dignos de empleo tan santo, y para poneros en condiciones de producir en él copiosos frutos. Cuanto más fieles seáis a la gracia de Jesucristo, que tan perfectos os quiere en esta virtud de la obediencia, tanto más bendecirá Dios también vuestros trabajos, pues ***cualquiera que obedece a sus superiores, obedece al mismo Dios*** [2].

MD 7,2,1 Punto II.

Lo que debe moveros, además, a la exacta obediencia, es que el primer fin que hubimos de tener al venir a esta casa fue obedecer a quienes la dirigen; pues, como muy bien dice san Buenaventura, la obediencia es el fundamento de las comunidades, que, sin ella, caerían en ruina. Y como también dice santa Teresa de modo excelente, una comunidad no se puede mantener sin obediencia; y, si no se observa esta virtud, ni siquiera merece el nombre de comunidad, aunque se practiquen todas las demás virtudes de manera eminente. Como ocurría con aquellos cenobitas que, según refiere Casiano, vivían sin obediencia; los antiguos Padres del desierto juzgaron que formaban más un monstruo que un cuerpo de comunidad.

MD 7,2,2 También la práctica de la obediencia fue la primera instrucción que dio el ángel al abad Postumio, cuando le comunicó, por orden de Dios, que la primera regla que debían observar los que viviesen en común era la de obedecer a quienes les fueren designados para dirigirlos. La razón misma nos hace ver la necesidad que hay de obedecer en una sociedad religiosa, puesto que la obediencia es la virtud que pone en ella orden, unión, paz y tranquilidad entre quienes viven en ella. Y sin ella, efectivamente, al actuar cada uno por propio impulso, no puede dejar de introducirse la turbación, el desorden y el desconcierto, que la destruirán por completo, pues ***toda casa donde haya división,*** dice san Marcos, ***caerá en ruinas*** [3].

Puesto que la obediencia es la más necesaria de todas las virtudes que ha de haber en una comunidad, aplicaos a ella de modo particular; pues sin ella no podríamos mantenernos por mucho tiempo en nuestro estado.

MD 7,3,1 Punto III.

Cada estado, dice santo Tomás, tiene una gracia particular que le es propia, y por consiguiente, necesaria a cuantos lo han abrazado, para en él santificarse y salvarse. Esta gracia, para cada uno de vosotros, es la gracia de la obediencia; pues la obediencia debe ser la característica de las personas que viven en comunidad. Ella los debe distinguir de quienes viven en el mundo y disponen de su libertad.

Por eso dice san Lorenzo Justiniano que quien desee entrar en una sociedad religiosa, debe, ante todo, despojarse de la propia voluntad. San Bernardo, para dar a entender que este despojo es lo que santifica, dice que tal es el significado de las palabras de Jesucristo, propuestas en el Evangelio como primer medio de perfección, que es ***renunciarse a sí mismo*** [4]. Y san Vicente Ferrer dice que Jesucristo jamás dará su gracia a quien, en la religión, se niegue a dejarse guiar por su superior.

MD 7,3,2 Puesto que nadie puede salvarse sin la gracia de su estado, y que la de una

persona que vive en comunidad es la obediencia, todo su empeño ha de ser poseerla con la mayor perfección que sea posible.
Es verdad que habéis de practicar además otras virtudes para cumplir vuestro deber, pues estáis comprometidos en un empleo exterior; pero tened la seguridad de que nunca desempeñaréis cumplidamente vuestro deber, si no poseéis a la perfección la virtud de la obediencia.
Por lo tanto, debéis aplicaros las palabras de san Gregorio, papa, en los Diálogos: que la primera y principal virtud que tenéis que profesar es la obediencia, porque será en vosotros la fuente de todas las demás y de vuestra santificación.

MD 7,1,1: [1] Lc 2,42-46.51. – **MD 7,1,2**: [2] Cf. Lc 10,16. – **MD 7,2,2**: [3] Mc 3,25. – **MD 7,3,1**: [4] Lc 9,23.

8

MD 8

Para el domingo segundo después de Reyes (Jn 2,1-11)

De la exactitud en la obediencia

MD 8,1,1 Punto I.
El evangelio de este día refiere que *Jesucristo fue convidado a una boda, con María, su madre, y sus discípulos, y como viniese a faltar el vino, Jesús convirtió el agua en vino a ruegos de la Virgen santísima, su madre, que dijo a quienes servían la mesa que hicieran todo cuanto su hijo les dijera* [1].
Ella sabía que la mejor disposición que podían aportar por su parte para mover a Jesucristo a realizar este milagro era la total sumisión a sus órdenes.
Este es también el verdadero medio del que podemos servirnos para conseguir gracia tan abundante, y para que obre en nosotros prodigios y, en cierto modo, milagros, superándonos a nosotros mismos. Lo cual mueve a decir al Sabio que *es propio del verdadero obediente alcanzar victorias* [2].

MD 8,1,2 Para que la obediencia produzca su efecto, ha de ser exacta. Y en primer lugar, respecto de la cosa que se manda, de modo que quien obedece esté dispuesto a realizar todo lo que se le mande, y no muestre que siente más inclinación por una cosa que por otra.
Para esto, es necesario esforzarse mucho en morir a sí mismo, pues es muy difícil no dejar traslucir que se haría con más gusto una cosa que otra. En eso hay que vencerse, para ahogar de tal manera todas las repugnancias, que quien manda no pueda juzgar ni discernir, si fuera posible, lo que gusta o lo que disgusta a quien obedece.
¿Puede decirse que mantenéis por dentro y por fuera indiferencia total sobre todo lo que se os manda o se os pudiera mandar? ¿Sois fieles a ejecutar punto por punto las órdenes de vuestros superiores? La señal más segura que podéis dar de ello es no pedirles nada ni rehusarles cosa alguna.

MD 8,2,1 Punto II.

Se hace notar luego en el Evangelio, que Jesucristo dijo a los que servían la mesa *que llenaran de agua seis cántaros que había allí, y que servían para las purificaciones de los judíos, y que ellos las llenaron todas hasta arriba* [3].

Esta expresión, *hasta arriba*, nos da a entender que el verdadero obediente no sólo realiza la cosa que se le manda, sino que su exactitud en cumplirla llega hasta el punto de ejecutarla de la manera que se le manda.

Estos sirvientes hubieran podido pensar que obedecían a Nuestro Señor llenando más o menos las tinajas que había allí; pero no era suficiente para ellos, pues querían cumplir lo que se les había mandado con exactitud, no sólo en cuanto a la cosa, sino también en cuanto al modo de hacerlo. Por eso *llenaron las tinajas hasta arriba*, porque deseando obedecer exactamente, tomaron la palabra *llenar* en toda su extensión.

MD 8,2,2 Así debéis proceder cuando vuestros superiores os manden algo. No sólo debéis realizar la cosa, sino hacerla de la manera que se os manda. Si, por ejemplo, se os manda hacer algo con un instrumento, y lo hacéis con otro, que consideráis más cómodo, o si en vuestro empleo tenéis que serviros de la señal, y os servís de la voz, creyendo que os resultará más fácil, obedecéis en lo referente al objeto, pero no en cuanto al modo; y eso es lo que no corresponde a un religioso perfectamente obediente.

Tened cuidado, pues, en lo sucesivo, si queréis obedecer exactamente, en vigilar sobre vosotros mismos para no realizar las cosas de forma distinta a como os fueren mandadas.

MD 8,3,1 Punto III.

En lo tocante a la exactitud que se ha de tener en la obediencia, hay que notar todavía lo referente al tiempo; pues, para obedecer bien, hay que hacer las cosas en el tiempo prescrito, y no antes ni después. Porque la exactitud en lo que respecta al tiempo es tan necesaria para hacer perfecta a la obediencia, como lo que se refiere a la cosa mandada y al modo de realizarla.

Esto es lo que cumplió Jesucristo con su proceder, y también aquellos que servían el festín de la boda. En efecto, Jesucristo, en este pasaje del Evangelio, da a entender que no quería realizar este milagro sino en el tiempo que su Padre le había señalado, cuando dijo a la santísima Virgen, su madre, que *su hora,* es decir, la hora de realizar el milagro, *todavía no había llegado* [4].

Quienes servían la mesa *llenaron los cántaros de agua* en cuanto Jesucristo se lo dijo; *tomaron del agua convertida en vino y la llevaron al maestresala para que la probara* [5] justo en el momento en que el Salvador se lo mandó.

MD 8,3,2 Observad la misma exactitud cuando se os mande algo, pues Dios quiere la cosa que se os manda en el momento preciso, y no en otro que sea de vuestra elección. Si, por ejemplo, tocáis con retraso para un ejercicio, o vais a él cuando ya ha comenzado, o si os levantáis antes de lo que está marcado, entonces no practicáis la obediencia con exactitud, pues no realizáis el acto a la hora exacta que os está indicada; y, en consecuencia, no se puede decir que obedecéis como es debido, ya que la circunstancia del tiempo forma parte de la obediencia exacta y puntual.

MD 8,1,1: [1] Jn 2,2-5. – [2] Pr 21,28. – **MD 8,2,1**: [3] Jn 2,6-7. – **MD 8,3,1**: [4] Jn 2,4. – [5] Jn 2,8.

9

MD 9

Para el domingo tercero después de la fiesta de Reyes (Mt 8,1-13)

Sobre la fe que se ha de manifestar en la obediencia

MD 9,1,1 Punto I.

Un centurión que tenía enfermo en su casa a un criado, según se refiere en el evangelio de este día, *rogó a Jesucristo que fuese a devolverle la salud*. Pero pensando luego que era inútil que Jesús se tomase aquella molestia, y que le bastaba mandar que el criado se curase, para que lo fuera, de inmediato este centurión acudió él mismo ante el Salvador para expresarle *que una sola palabra de su parte era suficiente para curar al enfermo. Jesús, admirado de la fe del centurión, dijo que no había encontrado fe tan grande en Israel* [1].

Este centurión nos hace comprender la excelencia de la obediencia, animada y sostenida por la fe. En efecto, quienes obedecen a su superior, con la mira de que obedecen al mismo Dios, enaltecen tanto su obediencia con esta mirada de fe, que se convierte en uno de los actos de religión más eminentes que se puedan realizar en este mundo, pues se dirige directamente a Dios, velado bajo la forma de un hombre débil y mortal, pero revestido de la autoridad divina.

MD 9,1,2 Un acto así fue el que realizó este centurión cuando, aunque no veía en Jesucristo más que las apariencias de un hombre como los demás, estaba vivamente persuadido de que, para operar tales milagros, como la curación de su criado, debía poseer la misma autoridad de Dios, y que, en consecuencia, era Dios.

¿Obedecéis con este sentimiento y con esta mirada pura y sencilla? ¿Es a Dios a quien obedecéis, oculto bajo la apariencia de un hombre, que no puede mandaros sino por el poder de Dios, que está en él? ¿Es esta mira de fe el único motivo que os mueve a someteros con prontitud y ciegamente? Sólo por ese motivo puede vuestra obediencia desprenderse de toda mira humana.

MD 9,2,1 Punto II.

El centurión dijo a Jesús que bastaba con una sola palabra suya para curar a su criado; y lo prueba con su propio proceder respecto de los soldados de su compañía, a los que sólo tenía que decir una palabra para ser obedecido inmediatamente [2]. De lo cual ha de concluirse que si hay hombres que por pura consideración humana se someten de tal forma a otro, a quien consideran su jefe, con cuánta más razón quienes se han entregado a Dios y deben guiarse sólo por su Espíritu, están obligados a realizar al punto cuanto les es ordenado por sus superiores, sin tener otra mira que Dios al dirigirse a ellos, persuadidos de que es Dios quien, en sus personas, les manda.

MD 9,2,2 ¿Os basta una palabra o una señal de vuestro superior para resolveros a dejarlo todo, o para realizarlo todo, de inmediato, con el único motivo de que esa palabra es la palabra de Dios, y que esa señal es la señal del mismo Dios?

Esta sencilla mira de fe consigue que quien obedece se eleve sobre sí mismo para mirar sólo a Dios, allí donde a menudo no aparece, y para despojarse de todos los sentimientos que la naturaleza puede sugerirle.

Renovad de vez en cuando en vosotros esta mira de fe en la obediencia; y para penetraros mejor de ella, adorad con frecuencia a Dios en aquellos que os mandan.

MD 9,3,1 Punto III.

El centurión tenía mucha razón, pues en cuanto creyó que Jesús podía curar a su criado con una sola de sus palabras, *su criado quedó efectivamente curado* [3]; y esta gracia se concedió a la excelencia y al ardor de su fe.

Del mismo modo, no se necesita más que una palabra, por parte de un superior, a un hombre verdaderamente obediente y animado de viva fe, para realizar en él grandes milagros y para producir en él los más sorprendentes efectos de la gracia.

La obediencia, practicada de ese modo, hace que quien obedece no replique en nada al que le manda, y que no encuentre ninguna dificultad en ejecutar sus órdenes. Y aunque la cosa mandada sea difícil de ejecutar, el amor con que la ejecuta se la hace aceptar, y le permite realizar todo con gusto. Por este medio adquiere sencillez de niño, que no sabe discernir ni razonar, pues la sencillez con que obedece, hace que su espíritu, iluminado por su mirada directa a Dios, ahogue en él todas las miras y todas las razones humanas.

MD 9,3,2 ¿Es así como obedecéis vosotros? ¿No encontráis razones que alegar para dispensaros de hacer lo que se os manda? Si no las manifestáis externamente y de palabra, ¿no se satisface vuestra mente dando vueltas a aquellas que le parecen buenas, y que considera mejores y más pertinentes que lo dicho por el superior?

Poned atención a que no hay que obedecer por razón, sino por gracia y con simple mira de fe; y que quien escucha a la razón, actúa como hombre y no como discípulo, dócil a la voz de Jesucristo, que debe conducirlo siempre por espíritu de fe.

MD 9,1,1: [1] Mt 8,5-10. – **MD 9,2,1**: [2] Mt 8,8-9. – **MD 9,3,1**: [3] Mt 8,13.

10

MD 10

Para el domingo cuarto después de la fiesta de Reyes (Mt 8,23-27)

De la fidelidad que se debe tener a la obediencia, a pesar de las más violentas tentaciones

MD 10,1,1 Punto I.

Mientras Jesús estaba en una barca, surgió en el mar tan recia tormenta que la las olas cubrían la barca. Habiéndolo avisado de ello sus discípulos, se levantó y mandó a los vientos y al mar que se apaciguasen, y se produjo gran bonanza, lo cual maravilló tanto a los que estaban presentes, que decían: *¿Quién es este*

hombre, a quien los vientos y el mar obedecen? [1]
Vivir en comunidad regular es estar en la barca con Jesús y sus discípulos; pues quienes moran en ella, habiendo dejado el mundo para seguir a Jesús, se han puesto por ello bajo su guía y entran a formar parte del número de sus discípulos, y se encuentran a cubierto de las olas del tormentoso mar del mundo; es decir, de las numerosas ocasiones que en él hay para ofender a Dios.

MD 10,1,2 Con todo, no se está en ella exento de dificultades y tentaciones. Las más peligrosas y nocivas son las que inducen a no obedecer, o a no obedecer de la manera como se ha de hacer. Pues como a una comunidad no se debe haber venido sino para obedecer, en cuanto uno se aleja de la obediencia, se priva de las gracias que necesita para mantenerse en su estado. Por eso es importante que las personas que viven en comunidad dispongan de los medios de preservarse contra estas clases de tentaciones.

MD 10,1,3 Es, por lo tanto, muy conveniente, que vosotros, que estáis todos los días expuestos a ellas, contéis con los remedios que os mantengan libres de sus malas consecuencias. En eso habéis de poner todo vuestro cuidado y toda vuestra aplicación, porque de ello depende, de ordinario, vuestra fidelidad a la vocación.
Así, pues, lo que más tenéis que pedir a Dios es que os enseñe a obedecer, y a obedecer bien, a pesar de los obstáculos y las dificultades que el demonio hará nacer en vosotros para quitaros el gusto de ello.

MD 10,2,1 Punto II.
Las tentaciones y dificultades más importantes y ordinarias contra la obediencia se refieren al que manda, o a lo mandado. Las que se refieren al que manda, proceden de que no se lo mira más que como hombre, aunque para nosotros ocupe el lugar de Dios; y sólo habría que considerarlo entonces en calidad de tal, ya que *no hay ningún poder*, dice san Pablo, *que no venga de Dios* [2], particularmente cuando se trata de disponer, mandar o prohibir algo concerniente a la salvación.
Sin duda, para hacérselo entender a los hombres y lograr que lo recordasen, la mayoría de las veces en que Dios ordena algo en el Antiguo Testamento, añade después de hacerlo: *Yo soy el Señor*, o *Yo soy el Señor Dios vuestro* [3].

MD 10,2,2 Y así como uno no puede dispensarse de obedecer a Dios, tampoco, en consecuencia, se puede, en una comunidad, faltar a la obediencia respecto a sus superiores, sin hacerse culpable de desobediencia respecto a Dios.
Por esto, por grande que fuere la dificultad contra un superior, esa dificultad debería referirse sólo a la persona, y no a su cualidad; pues obedeciéndolo, no es a él personalmente a quien se obedece, sino a Dios.
No aleguéis, pues, nunca más vuestras dificultades con los superiores para dispensaros de obedecerlos, pues sería hacerlas recaer sobre Dios mismo.

MD 10,3,1 Punto III.
El segundo tipo de tentaciones contra la obediencia que se debe a los superiores, y el más ordinario, es que no se puede cumplir lo que mandan porque es demasiado difícil y se siente demasiada repugnancia.

Pero ninguna de estas dos razones debe impedir obedecer, si se considera que lo mandado y lo que se ejecuta al obedecer es la voluntad de Dios.

Dios conoce lo que podéis hacer, y *no puede mandaros cosas superiores a vuestras fuerzas* [4]. Si son difíciles en sí mismas, a Él le toca daros la facilidad de ejecutarlas; pues *corresponde a Dios*, dice san Pablo, *otorgarnos no sólo la voluntad de hacer el bien, sino también la gracia de realizarlo* [5]. Y la voluntad, prevenida y sostenida por la gracia de Dios para el bien, no encuentra nada difícil en la ejecución, pues Dios allana todas las dificultades que puedan sobrevenir.

Eso es lo que se mostró en aquellos inferiores que se arrojaron al fuego sin experimentar daño alguno, o que hicieron, a la primera orden de sus superiores, otras cosas tan difíciles como ésa. ¿No realizó Jesucristo por obediencia algo bien difícil para Él, como morir en la cruz por los pecados de todos los hombres?

MD 10,3,2 *Debe uno vencer tanto sus repugnancias como sus dificultades respecto de las cosas mandadas, pues querer obedecer sólo en cosas hacia las que se siente inclinación, es querer hacer su propia voluntad y no la de Dios. Sin embargo, hay que persuadirse de que al obedecer se ejecuta la voluntad de Dios, como lo sabemos por san Pablo, que hablando a quienes están obligados a obedecer, les dice: Haced de buena gana todo lo que ejecutáis, como quien obedece a Dios, no a los hombres* [6]. Y también Casiano dice que hay que realizar lo que mandan los superiores como si fueran mandatos que Dios hubiera dado desde lo alto del cielo, que habría que ver, sin duda, como tales, y a los que no se dejaría de ser fiel.

MD 10,1,1: [1] Mt 8,23-27. – **MD 10,2,1**: [2] Rm 13,1-2. – [3] Ex 10,2; 31,13; Lv 11,44; 19,14-37; 21,15. – **MD 10,3,1**: [4] 1Co 10,13. – [5] Flp 2,13. – **MD 10,3,2**: [6] Ef 6,7.

11

MD 11

Para el domingo quinto después de la fiesta de Reyes (Mt 13,24-30)

De la excelencia y del mérito de la obediencia

MD 11,1,1 Punto I.

Como la obediencia, en una persona religiosa, es fuente de gracias, se la puede comparar con *la buena semilla sembrada en un campo* [1], que rinde mucho a su dueño.

Esta virtud, en efecto, es la que produce el mérito de sus actos en las personas consagradas a Dios, de manera que por buenos que sean, no tienen valor sino en la medida en que los acompaña la obediencia.

Se puede decir, por eso, que lo que constituye el ornato de sus acciones es la obediencia; y por muy santas que sean en sí mismas, si la obediencia no les da el brillo, sólo tienen belleza aparente, capaz, ciertamente, de deslumbrar a quienes no ven las cosas con los ojos de la fe; pero respecto de las cuales las personas esclarecidas ven todo lo que tienen de falso y de vanidad.

MD 11,1,2 Quienes están bajo obediencia, tengan cuidado para que no se diga de ellos lo que se dice de los escribas y fariseos, según el oráculo de la verdad: que eran ***sepulcros blanqueados, muy adornados por fuera y hermosos a la vista, si sólo se los contempla por fuera, pero que por dentro estaban repletos de huesos de muertos y de podredumbre*** [2]. Pues lo mismo podría decirse respecto de ellos, si sus acciones no estuvieran todas realizadas bajo la guía de la obediencia. Según las apariencias, serían virtuosas, pero en verdad, serían malas en el fondo, y serían completamente desagradables a Dios, al no estar animadas por la única virtud que debe sustentarlas. Y esa virtud es la obediencia, sin la cual, esas acciones, buenas a los ojos de los hombres, sólo son cuerpo sin alma, y no pueden considerarse como acciones propias de una persona religiosa.

MD 11,2,1 Punto II.

Sucede a veces que una acción que parece hecha por obediencia, a causa de no estar totalmente guiada y regulada por esta virtud, porque en ella falta algo prescrito por el superior, sea en cuanto al tiempo, sea sobre la manera de hacerla; esa acción, digo, degenera de lo que era, y por ese defecto se convierte en acto de voluntad propia. Y esta falta es ***la cizaña que el demonio sembró entre el buen grano*** [3].

Sin duda es cosa muy lamentable que una acción, buena en sí misma, se convierta en mala, porque le falta esa circunstancia; y que esta sola falta la haga desagradable a Dios.

Eso muestra cuán grande ha de ser la vigilancia que el religioso ha de tener sobre su conducta, para que sus acciones sean tal como deben ser para agradar a Dios.

MD 11,2,2 Tened, pues, cuidado de que todo lo que hacéis esté dirigido por la obediencia, y que en vuestras acciones no haya la mínima circunstancia que no esté informada por esta virtud. Pues poco tendrá Dios en cuenta una acción, aunque en sí misma esté hecha por obediencia, si no se es exacto a que no falte en ella nada de lo ordenado por quien manda. Y eso, tanto más cuanto que, según el axioma de los filósofos, para que una acción sea buena, es necesario que todo en ella sea bueno; mientras que cualquier defectillo la convierte en acción mala. Con todo, el no obedecer como se debe no es un defectillo, ya que es faltarle al respeto a Dios y no profesarle la estima que se le debe tener.

MD 11,3,1 Punto III.

El mejor medio para realizar exactamente lo ordenado por el que manda es estimar más la obediencia, que debe enaltecer la acción que se hace, que la acción misma; pues una acción, por deslumbrante que sea en sí misma, separada de la obediencia, no es apreciada por Dios en nada, porque está desprovista de lo que constituye todo su mérito. En cambio, una acción que parecería de poco valor, llega a ser excelente ante Dios por el cuidado que se pone en hacerla con exactitud en espíritu de obediencia.

Así, el mérito de una persona incorporada a una comunidad religiosa no proviene de la calidad de los actos que en ella realiza, sino de la perfección de la obediencia con que los ejecuta.

Y eso es lo que ha de distinguir al religioso del seglar: las acciones de aquél son

santificadas porque se practican por obediencia, mientras que en éste las acciones no son santificadas sino por el mérito que tienen en sí mismas.

MD 11,3,2 Examinemos, pues, si es la obediencia el motivo y la regla de nuestra conducta; en ello debemos poner toda nuestra atención.
Lo que nos prueba de forma más patente aún la excelencia de la virtud que aquí meditamos, es que lo rectifica todo; y hasta las peores cosas se convierten, por su medio, en agradables a Dios, cuando ignoramos invenciblemente su malicia, y procedemos de buena fe y con sencillez, sin proponernos otro motivo que obedecer a Dios.

MD 11,1,1: [1] Mt 13,27. – **MD 11,1,2**: [2] Mt 23,27. **MD 11,2,1**: [3] Mt 13,25.

12

MD 12

Para el domingo sexto después de la fiesta de Reyes (Mt 13,31-35)

De los excelentes frutos que produce lo que se hace por obediencia, aunque parezca pequeño en sí mismo

MD 12,1,1 Punto I.
Jesucristo dice hoy en el evangelio que el reino de los cielos *es semejante a un grano de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas, pero que, cuando crece, se hace árbol, de forma que los pájaros del cielo acuden a posarse en sus ramas* [1].
Lo mismo se puede decir de lo que se ejecuta por obediencia. Aunque a menudo sea pequeño en apariencia, es sin embargo algo muy importante, porque se realiza por obediencia. Comer, por ejemplo, o recoger las migajas de la mesa, barrer una sala, limpiar la vajilla o prender un alfiler: todas estas acciones parecen pequeñas en sí mismas, pero cuando se realizan por obediencia, se convierten en acciones muy nobles, porque tienen a Dios como objeto, ya que, al hacerlas, se obedece a Dios mismo.
Eso es lo que hace que esta virtud sea, entre todas, la que más se aproxima a las virtudes teologales, pues tiene la fe como principio y guía, siempre va acompañada de la esperanza y de la confianza en Dios, y es fruto de la caridad y del puro amor de Dios.

MD 12,1,2 *Las aves mismas del cielo,* o sea, las virtudes que poseen los santos en el cielo, *se posan* [2] en los que obedecen. Pues disfrutan de tal gozo, de tal consuelo y de tal paz interior, que no se puede expresar, y no se hallan de forma tan perfecta en ningún otro género de personas en la tierra, sino sólo en quienes obedecen con la mira únicamente en Dios.
Gustad cuán suave es el Señor[3] y cuán verdadero es lo que se os dice, vosotros, que debéis poner, durante toda vuestra vida, vuestro afecto en obedecer.

MD 12,2,1 Punto II.
Se puede aplicar a la obediencia lo que Salomón dice de la sabiduría, *que todos los bienes nos han venido con ella* [4]. En efecto, quien obedece por espíritu de

religión posee en sí todas las virtudes. ***Es humilde,*** porque hay que serlo para ser sumiso; ***es manso,*** pues por mucha molestia que le cause lo mandado, no hay que quejarse; ***es silencioso,*** pues el hombre obediente ha perdido el uso de la palabra, y no sabe más que hacer lo que se le manda, sin replicar jamás; ***es paciente, porque lo soporta todo*** [5] y lleva todas las cargas que se le imponen; es caritativo en extremo, porque la obediencia lo mueve a emprenderlo todo en bien del prójimo.

Por eso dice san Buenaventura que, en la comunidad, la obediencia debe estar presente en todo lo que se hace; y que sin ella, hasta las mejores acciones dejan de ser buenas. Incluso los ayunos, tan meritorios ante Dios, son rechazados cuando el motivo es la propia voluntad; porque entonces uno se convierte en propietario de una acción sobre la cual Dios ejerce pleno dominio, y respecto de la cual no tiene el hombre más derecho que el de hacer lo que Dios le pide.

MD 12,2,2 Hay que considerarse feliz de pertenecer a un estado que compromete a la obediencia, y hay que considerarla en sí misma como madre y sostén de todas las demás virtudes.

Pero si se quiere que esto sea efectivamente así, es preciso practicarla con la mayor perfección que os sea posible; pues Dios no concede esta gracia sino a quienes ya no tienen voluntad propia, y consideran la suya como regla y principio de toda su conducta.

MD 12,3,1 Punto III.

El fruto principal que produce la obediencia en la persona religiosa es que le procura la perfección de su estado, le afianza en él, y le hace perseverar.

En efecto, nada ayuda tanto a los hombres a cumplir los deberes de la religión, dice san Doroteo, como doblegar su propia voluntad. Es el medio más adecuado del que pueden servirse para adquirir todo tipo de virtudes. Pues doblegando a menudo la propia voluntad adquieren suma facilidad para dominar sus pasiones y sus inclinaciones, y para poseer la impasibilidad del alma en cualquier ocasión, que constituye la más elevada perfección.

Eso lleva a Casiano a decir que, en la religión, se posee tanta mayor pureza de corazón y tanto mayor fervor, cuanto más se progresa en la obediencia.

Y san Ignacio, en la parte tercera de sus *Constitutiones* [6], dice que no es sólo conveniente, sino muy necesario en su comunidad, que todos practiquen la obediencia perfectamente, para progresar en la virtud y en la perfección de su estado.

MD 12,3,2 Además, nada lo hace más sólido y más firme, por el respeto y el amor que inspira hacia todas las observancias de la religión, que son las vías seguras para poseer plenamente el espíritu de su estado, y para perseverar en él.

¿Pues de dónde proviene que no se persevere? ¿No es porque se deja de profesar amor a las reglas y a las prácticas de comunidad, lo que lleva a disgustarse de ellas, y que al final sólo se practiquen con desgana?

Concluid de todo ello cuán importante es, sobre todo, que os aficionéis a la obediencia y pongáis vuestra principal aplicación en practicarla, pues según Sulpicio Severo, es la primera y principal de todas las virtudes que constituyen el ornato de una comunidad.

Tened la seguridad de que no amaréis vuestro estado ni poseeréis su espíritu

sino en la medida en que seáis fieles a la obediencia.

MD 12,1,1: [1] Mt 13,31-32. – **MD 12,1,2**: [2] Mt 13,32. – [3] Sal 34,9. – **Md 12,2,1**: [4] Sb 7,11. – [5] 1Co 13,4-7. – **MD 12,3,1**: [6] Cap. 1, párr. 21, 22, 23.

13

MD 13

Para el domingo de Septuagésima (Mt 20,1-16)

Sobre la necesidad que tienen las personas consagradas a Dios de ser ejercitadas en la práctica de la obediencia

MD 13,1,1 Punto I.

Hay muchas personas que viven en las comunidades a las que se podría preguntar, con más extrañeza y con mayor razón que a quienes permanecían de pie en la plaza pública: *¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día?* [1]. Se han consagrado a Dios y han hecho profesión de trabajar en la perfección de su estado; sin embargo, permanecen en él sin realizar ningún progreso en la virtud, y sobre todo en la obediencia.

Y aunque se hayan comprometido a ello de manera especial, con todo, no se les ve hacer ningún ejercicio de ella, y a menudo el superior tiene que acomodarse a sus disposiciones o a sus inclinaciones. Eso hace que no practiquen nunca la obediencia, o que sea sólo condicional, veleidosa o puramente humana. Por lo que puede decirse de ellos con verdad que no hacen ningún ejercicio de verdadera obediencia.

¡Ah!, cuán dignos son de lástima, por no ser nunca ejercitados y por seguir siempre como principiantes en la práctica de la virtud.

MD 13,2,1 Punto II.

Parece que este desorden proviene de dos fuentes. La primera, por parte de quienes se han comprometido en la obediencia, pero que no se ofrecen espontáneamente para ser ejercitados en la práctica de esta virtud. Dicen que se contentan con seguir las prácticas de la comunidad, y con cumplir exteriormente, y a veces con mucha flojedad, sus pequeñas obligaciones. Por eso, cuando se llega a mandarles algo que no se esperaban, no acaban de resolverse a cumplirlo, alegando que es demasiado duro para ellos y que no son capaces de semejante prueba. Y así, todo lo que se les manda lo consideran superior a sus fuerzas y a su virtud, ya que no están dispuestos a ser ejercitados en ello.

O bien, este desorden se halla en ellos porque quieren vender demasiado cara su obediencia. No están dispuestos a obedecer sino con arreglo a condiciones que juzgan oportuno imponer al superior, o cuando se hallan de buen talante.

MD 13,2,2 ¡Ah, cuán desgraciado es quien teniendo la obligación de obedecer, no se entrega gustoso a la obediencia! ¡Y cuán difícil resulta entonces su práctica!

MD 13,3,1 Punto III.

La segunda fuente de este desorden proviene por parte de los superiores, que dejan a sus inferiores en cierta ociosidad y no les ejercitan nunca en la práctica de la obediencia.

¡Nadie nos ha mandado a trabajar! [2], dicen estos obreros ociosos. Por lo cual, nunca adquieren esta virtud, que sólo se hace fácil, igual que las demás, mediante el ejercicio; y ésta, con mucha mayor dificultad, pues para ejercitarse bien en la obediencia, hay que vencerse a sí mismo y renunciar al propio espíritu y a las inclinaciones naturales.

Cuando se da alguna orden a este tipo de inferiores, algunos la cumplen sólo en parte, o sólo externamente; otros replican, o alegan razones para eximirse de ella; y otros rehúsan en absoluto obedecer.

MD 13,3,2 ¡Ah, cuán desdichados son quienes tienen superiores que no les proporcionan ninguna ocasión, o casi ninguna, de practicar la obediencia, en la que es importante que sean ejercitados cada día los que de ella hacen profesión!

MD 13,1,1: [1] Mt 20,6. – **MD 13,3,1**: [2] Mt 20,7.

14

MD 14

Para el domingo de Sexagésima (Lc 8,4-15)

De tres clases de desobedientes

MD 14,1,1 Punto I.

La palabra del superior en la comunidad es la semilla del evangelio de este día, la cual, a veces, es recibida por tres clases de personas mal dispuestas.

La simiente que cae a lo largo del camino [1] es la palabra del superior recibida por quienes se contentan con los deseos de obedecer. Parece que tienen mucho amor a la obediencia; hablan bien de ella cuando hay ocasión; e incluso animan a los demás a obedecer. Pero no se advierte en ellos más que buena voluntad, y no sus frutos, porque encuentran difícil todo lo que se les manda.

La razón de que no acaben de decidirse a la práctica y de que no obedezcan, es que su corazón no se ha preparado antes. Para determinarlos a la obediencia, sería preciso que el superior, cuando se resuelve a mandarles algo, les preparase antes para hacérselo aceptar con gusto.

MD 14,1,2 ¿No sois vosotros de este número? ¿Estáis siempre dispuestos a obedecer?

Disponed vuestro corazón a ello de tal forma, que vuestro superior os pueda mandar con confianza en cualquier momento, y que siempre os encuentre dispuestos a ejecutar sus órdenes.

MD 14,2,1 Punto II.

La semilla que cae entre piedras [2] es la palabra del superior recibida por aquellos que ejecutan lo que se les manda cuando no tienen ni dificultades ni tentaciones. Pero a la menor tentación, a la menor turbación de espíritu, a la menor dificultad con su superior, helos ahí consternados, sin poder

determinarse a realizar lo que les manda, porque no están cimentados en la virtud, y porque no se les ha ejercitado en la práctica de la obediencia.
¡Ah, cuán importante es que a estas personas, débiles y sujetas a la tentación, se las ejercite bien; y cuánto necesitan, gentes de tal carácter, ser contrariadas y probadas!
Pedid con frecuencia a vuestros superiores que no permitan en vosotros tales debilidades, y rogad a Dios que ponga en vosotros un corazón siempre dócil.

MD 14,3,1 Punto III.
La simiente que cae entre espinas [3] es la palabra del superior recibida por quienes obedecen en todo aquello que les gusta, y en lo que no encuentran ninguna dificultad; pero en cuanto sienten alguna repugnancia a lo que se les manda, no son capaces de decidirse a ejecutarlo, pues no pueden vencerse ni violentarse en la medida que el caso requiere.
Para decidirlos a obedecer, sería preciso que su superior no les mandase sino cosas que les gustasen, y que antes de mandárselas, se cuidara de examinar su temperamento y sus inclinaciones.
Esta es una obediencia del todo natural y humana que, en consecuencia, no tiene nada de religiosa ni de meritoria ante Dios; pues pone al superior en el trance de preguntar al inferior qué quiere hacer, mientras que corresponde al inferior decir a su superior: *¿Qué queréis que haga?* [4].
Esto es lo que debéis hacer siempre vosotros, para obedecer bien.

MD 14,1,1: [1] Lc 8,12. – **MD 14,2,1**: [2] Lc 8,14. – **MD 14,3,1**: [3] Lc 8,14. – [4] Hch 9,6.

15

MD 15

Para el domingo de Quincuagésima (Lc 18,31-43)

De tres clases de personas que obedecen sin tener el mérito de la obediencia ciega

MD 15,1,1 Punto I.
El ciego que curó Jesucristo en el evangelio de este día, a quien dijo el Salvador: *¿Qué quieres que te haga?* [1], es imagen de aquellas personas a quienes los superiores se ven precisados a preguntarles qué es lo que les agrada, y que quieren examinar lo que se les pretende mandar antes de mostrarse dispuestos a ejecutarlo.
Hay tres clases de estos religiosos caprichosos.
Los primeros, los que no hacen más que examinar los mandatos. Antes de obedecer tienen que saber lo que el superior les quiere mandar, y considerar si les conviene o si les será demasiado costoso; o si no habrán de proponer alguna condición, para que la ejecución les resulte más fácil y cómoda. Y otras reflexiones por este estilo, todas ellas de orden natural.
Un hombre verdaderamente obediente, no examina nada, ni presta atención a nada, sino a que debe obedecer. La fe que absorbe por completo su espíritu le

impide todas estas reflexiones.

MD 15,2,1 Punto II.
La segunda clase de personas que quieren ver antes de creer y de obedecer, es la de quienes alegan razones a su superior, bien para dispensarse de ejecutar lo que les manda, bien para realizarlo de otra manera distinta de la mandada, o para mostrar que resultaría más oportuno hacer algo distinto de lo que pretende el superior.
La verdadera obediencia no admite, en absoluto, estos razonamientos, ya que la obediencia se asienta en la fe, que es infinitamente superior a la razón.

MD 15,2,2 Por lo cual, para obedecer bien, no hay que aducir ninguno. En efecto, si para someterse hay que estar convencido o, al menos, persuadido por la razón, ya no se obedece porque es Dios quien manda, sino porque lo mandado parece razonable. Y así ya no se actúa como verdadero obediente, sino como un filósofo, que prefiere la razón a la fe.
¿De cuál de estas dos maneras os conducís respecto de vuestros superiores? Discutir con ellos y pretender inducirlos a que os manden lo que es de vuestro gusto, ¿no es, en cierto modo, poneros por encima de ellos y dictarles la ley?

MD 15,3,1 Punto III.
La tercera clase de religiosos incapaces de obedecer a ciegas son quienes, profanando de manera vergonzosa lo que hay de más sagrado en la religión, que es ejecutar la voluntad de Dios, presumen de tal manera de sus propias luces, que intentan demostrar a sus superiores que se equivocan al imponerles determinadas órdenes, y que lo mandado va contra el sentido común.
Así procedió aquel novicio que mereció ser expulsado por san Francisco, al haber pretendido sostener su opinión contra la del santo.

MD 15,3,2 Sentid horror ante semejante proceder, que destruye la obediencia, y consideradlo, en la comunidad, como *la abominación en el lugar santo* [2]. La obediencia, para ser perfecta, ha de ser ciega; y en calidad de tal, no puede admitir la impugnación, el razonamiento, el examen, ni la mínima réplica.

MD 15,1,1: [1] Lc 18,41. – **MD 15,3,2**: [2] Mt 24,15.

16

MD 16

Para el Miércoles de Ceniza

Del espíritu de penitencia del que debemos penetrarnos al recibir la ceniza, y en el que debemos vivir durante toda la Cuaresma

MD 16,1,1 Punto I.
El propósito de la Iglesia, que quiere que hoy se imponga la ceniza sobre vuestra cabeza, es daros a entender que en este día debéis abrazaros con el verdadero espíritu de penitencia.
Esta sagrada ceremonia es residuo de la antigua disciplina de la Iglesia, que

obligaba a los penitentes públicos, al comienzo de su penitencia, a recibir la ceniza sobre su cabeza, de mano de los ministros del sagrado altar, ante todos los fieles.

Con el propósito de uniros a esta institución de la Iglesia y de participar en ella, debéis comenzar este santo día preparándoos con la conveniente disposición del corazón a este sagrado rito, cuyo espíritu es la compunción sincera. En esa disposición hemos de comenzar y concluir esta santa cuarentena.

MD 16,2,1 Punto II.

Al recibir la ceniza pedid a Dios este espíritu de penitencia, del que debéis estar animados, y que debe acompañar y santificar vuestro ayuno. Pues no es suficiente el ayuno exterior; se necesita que humille el espíritu, al tiempo que mortifica la carne.

Por tanto, el efecto que debe producir en vosotros la ceremonia de la ceniza, es que toda vuestra conducta se impregne de la penitencia, y que ayunéis con los ojos, con la lengua y con el corazón.

Con los ojos, por el profundo recogimiento y el alejamiento de cuanto sea capaz de disiparos; con la lengua, por el silencio exacto, que os aparte de las criaturas, para uniros durante este santo tiempo sólo a Dios; y con el corazón, por la absoluta renuncia a cuantos pensamientos pudieran disiparos, distraeros e interrumpir vuestra conversación con Dios.

El fruto del ayuno cristiano es la mortificación de los sentidos y de las propias inclinaciones, y el alejamiento de las criaturas.

MD 16,3,1 Punto III.

Para animarnos al ayuno del espíritu, privándonos de los placeres de los sentidos y apartándonos de cuantas satisfacciones pudiéramos encontrar en el uso de las criaturas, la Iglesia nos dice por medio del sacerdote que nos impone la ceniza en la cabeza, que recordemos que, por ser hombres, *no somos más que ceniza, y que volveremos a ser ceniza*. [1]

Nada nos induce tanto al desasimiento de las cosas creadas y a la sincera penitencia como el recuerdo de la muerte. Por eso quiere la Iglesia que pensemos en ella durante todo este tiempo en que practicaremos la penitencia, para que, con este santo pensamiento, nos animemos a realizarla con mayor gusto y fervor.

MD 16,3,2 Moriremos, y moriremos sólo una vez. Pero no moriremos bien y como Dios desea, sino en cuanto hayamos vivido practicando la penitencia y nos hayamos privado de los placeres en que se deleitan los sensuales al usar las criaturas.

¿Queremos morir santamente? Vivamos como verdaderos penitentes.

MD 16,3,1: [1] Gen 3,19.

17

MD 17

Para el domingo primero de Cuaresma (Mt 4,1-11)

De la tentación

MD 17,1,1 Punto I.

El evangelio de este día, al señalarnos que *Jesucristo se retiró al desierto,* no dice que fue para apartarse de la compañía de los hombres o para orar, sino *para ser tentado* [1]. Y con eso nos quiere dar a entender que el primer paso que uno debe dar cuando quiere entregarse a Dios, es abandonar el mundo para prepararse a combatir contra ese mismo mundo y contra todos los enemigos de nuestra salvación.

En el retiro, dice san Ambrosio, es donde uno debe esperar ser tentado y sometido a muchas pruebas. También el Sabio os advierte de ello, al deciros que *quienes se alistan en el servicio de Dios deben prepararse para la tentación* [2].

Ella les resulta, en efecto, muy provechosa, pues es uno de los mejores medios de que pueden servirse para apartarse por completo tanto del pecado como del afecto al pecado.

MD 17,1,2 ¿Habéis creído siempre que, para entregaros del todo a Dios, debéis estar dispuestos a ser tentados? ¿No os extrañáis cuando os sobreviene alguna tentación? En lo sucesivo, comportaos de modo que estéis siempre preparados para recibirla, a fin de que podáis sacar el fruto que Dios pretende que ella produzca en vosotros.

MD 17,2,1 Punto II.

Lo que debe impulsar a un alma verdaderamente entregada a Dios a estar siempre preparada para la tentación, es que *la vida del hombre,* dice Job, *es tentación;* o, según la versión de la Vulgata, *combate continuo* [3]. De donde puede colegir que si Dios quiere que sea tentada en este mundo, es porque debe combatir constantemente en él contra el demonio, sus pasiones y sus inclinaciones, que nunca cesarán de hacerle la guerra mientras esté en esta vida.

Por eso dice san Jerónimo que es imposible que nuestra alma deje de ser tentada en esta vida, y que si el mismo Jesucristo, nuestro salvador, fue tentado, ningún hombre puede esperar atravesar el proceloso mar de esta vida sin verse ejercitado en la tentación.

MD 17,2,2 Al retiraros del mundo, ¿contasteis con que habríais de combatir constantemente contra el demonio y contra vosotros mismos? ¿Os mantenéis siempre en guardia contra vosotros mismos, como debéis estarlo? ¿Estáis provistos de cuanto habéis de tener para resistir al demonio y para no abandonaros a los placeres de los sentidos?

Persuadíos de que es gran desdicha no experimentar tentación, pues es indicio de que uno no se supera en nada y de que se deja vencer fácilmente por sus pasiones.

MD 17,3,1 Punto III.

El ángel que acompaña al joven Tobías dice al padre de éste que *porque era agradable a Dios, fue preciso que la tentación le probara* [4]. Esto debe convenceros por completo de la necesidad de esta clase de pruebas, pues ellas os alcanzarán abundantes gracias.

No creáis, pues, dice san Crisóstomo, que cuando sois tentados estáis abandonados de Dios; al contrario, el hecho de que os dé ocasión de combatir y de ejercitaros en la práctica de la virtud y, por este medio, afianzaros en ella, es una de las mayores señales que podéis tener de que Dios vela de manera muy particular por vuestra salvación.

Pues se consigue, insensiblemente, virtud sublime cuando uno se mantiene firme e inflexible en la práctica, a pesar de las recias tentaciones con que se vea asaltado.

MD 17,3,2 Considerad, pues, como gran desdicha el no ser tentados. Es, en efecto, señal de reprobación y de abandono de Dios, que *prueba a los que ama* [5], y se complace en verlos tentados, como lo fueron Job y Tobías, dos de sus más fieles servidores.

MD 17,1,1: [1] Mt 4,1. – [2] Si 2,1. – **MD 17,2,1**: [3] Job 7,1. – **MD 17,3,1**: [4] Tob 12,13. – **MD 17,3,2**: [5] Ap 3,19.

18

MD 18

Para el domingo segundo de Cuaresma (Mt 17,1-9)

De los consuelos espirituales

MD 18,1,1 Punto I.

El proceder ordinario de Dios es cuidar de sostener al alma pura con consuelos espirituales, si ésta, después de las tentaciones y dificultades interiores, supo soportarlas con paciencia.

El modo como Dios nos los da y con que hemos de comportarnos en ellos, se nos indica en el evangelio de este día, en donde se refiere la transfiguración de Nuestro Señor, que es símbolo de los consuelos espirituales con que Dios favorece, a veces, a las almas que llevan vida verdaderamente interior.

MD 18,1,2 Se dice en el evangelio que *Nuestro Señor se transfiguró cuando oraba en una montaña apartada y muy alta* [1], para darnos a entender que Dios derrama sus consuelos sobre las almas que se aplican mucho a la oración y que aman este santo ejercicio.

No deben, pues, extrañarse las almas tibias, flojas y poco amantes de la oración si no cuentan entre las que Dios distingue con su especial cariño, y a las que se comunica hasta la familiaridad; ya que ellas no tienen unión íntima con Él, al no entregarse al ejercicio que une con Dios, en el que se aprende a saborear a Dios, y a disfrutar, ya desde la tierra, de un anticipo de las delicias del cielo.

Sed tan fieles a este santo ejercicio, que vuestras acciones puedan ser realizadas en espíritu de oración.

MD 18,2,1 Punto II.

Dios, que se complace en comunicarse a las almas puras, que no tienen apego alguno al pecado, no quiere, con todo, que ellas se aficionen demasiado a sus dádivas. Pues ese apego es un defecto que le indispone con el alma, ya que prueba que ésta no busca desinteresadamente a Dios, sino más bien el don de Dios y la propia satisfacción.

Por eso, del mismo modo que Dios se vale de los consuelos para sostener al alma y darle algún respiro, poco después de haber afrontado por sí misma la prueba de la tribulación, debe ella tomar este pequeño alivio con la simple mira de la benevolencia de Dios, sin complacerse en el gusto personal que encuentre en ello.

MD 18,2,2 En esto faltaron los tres apóstoles que acompañaban a Jesucristo en el monte Tabor, y que poco versados entonces en los caminos de Dios, atendían más a las dulzuras que gustaban en este misterio, que a contemplar la grandeza y la bondad de Dios, que hubieran debido ocupar en aquel momento todo su espíritu y atraer toda su atención.

Por este motivo *la gloria exterior de Jesucristo se desvaneció en un instante y desapareció a sus ojos* [2].

Así procede Dios: suele privar del placer sensible que acompaña a la consolación cuando se muestra demasiado apego hacia ella o se la saborea con excesiva complacencia.

MD 18,3,1 Punto III.

La transfiguración de Jesús duró poco, para indicarnos que los consuelos que Dios da, a veces, en esta vida, no son más que un refrigerio que Dios concede a las almas santas, en medio de sus desolaciones interiores, para ayudarlas a que las soporten con más ánimo y para aumentar en ellas el amor, que en ocasiones se debilita a causa del decaimiento de la naturaleza.

Apenas había comenzado Jesucristo a experimentar algún consuelo en su transfiguración, cuando *se encontró solo* [3], desprovisto de todo, sin otra perspectiva que *lo que debía sufrir en Jerusalén, de lo cual había hablado con Moisés y Elías* [4], y que fue el tema de *conversación que mantuvo con sus apóstoles al bajar de la montaña* [5].

Y todo esto, para hacernos comprender que esta clase de consuelos pasajeros sólo deben servir para animarnos y para fortalecernos en el amor de los sufrimientos y en el amor de las penas interiores y exteriores, de las que nadie puede esperar verse libre en esta vida.

MD 18,1,2: [1] Mt 17,1-2. – **MD 18,2,2**: [2] Mt 17,4-8. – **MD 18,3,1**: [3] Lc 9,36.– [4] Lc 9,31. – [5] Mt 17,9.

19

MD 19

Para el domingo tercero de Cuaresma (Lc 11,14-28)

De la apertura y de la sencillez de corazón

MD 19,1,1 Punto I.

El evangelio de este día nos refiere que *Jesucristo libró del demonio a un poseso, y que el demonio era mudo* [1], es decir, que impedía hablar a aquel que poseía.

Este poseso curado es figura de los que son mudos respecto de su superior, y que no le abren el fondo de su corazón.

Es una de las cosas más perjudiciales, y con frecuencia la más perjudicial, para el inferior. Pues así como no puede curarse el enfermo que no acierta a descubrir su mal, del mismo modo corre peligro de padecer por mucho tiempo quien no descubre la llaga de su alma a su médico espiritual.

Lo que al principio era sólo leve dificultad para el espíritu, se convierte en fuerte tentación, por no haber tenido el valor de manifestarlo a su director. Una falta callada de ese modo, va seguida de otra falta mayor, y el mal resulta al fin incurable, por no haberlo dado a conocer desde el principio, cuando nada hubiera sido más fácil de remediar.

MD 19,2,1 Punto II.

Lo que impide de ordinario descubrir su interior al superior es el orgullo o el respeto humano.

El orgullo, porque se tiene vergüenza de mostrar el fondo del alma, y porque nuestro amor propio sufre mucho al tener que confesar ciertas debilidades. Entonces nos cierra la boca, y nos persuade de que hablar sinceramente al superior sería deshonrarnos, ya que podría, a causa de ello, recibir malas impresiones sobre nuestra conducta.

Esto es lo que el demonio casi nunca deja de inspirarnos en tales ocasiones, y pone buen cuidado en abultar las cosas a nuestros ojos, para impedirnos superar la pequeña confusión que hay en reconocer las propias faltas.

El remedio contra esta enojosa idea es amar la humillación que se encuentra en abrir el corazón, cumplir este deber como medio que sirve en gran medida para humillarse, y decir al superior con sencillez, desde el principio, en la cuenta de conciencia que se le da, todo cuanto hay de más humillante.

MD 19,3,1 Punto III.

El segundo motivo que, ordinariamente, es causa de dificultad para descubrirse al superior, es el respeto humano.

Pensando que la falta de que se trata afecta al mismo superior, al que hay que manifestarse, no se sabe cómo hacer. Se teme causarle disgusto, y a veces se opta por no decir nada.

¿Pero hay algo más fútil que esta razón o algo menos fundado que este temor? Pues aquí ocurre todo lo contrario de lo que se había imaginado.

El superior a quien el inferior descubre todo lo que pasa en él, aunque ello

tenga relación con él mismo o con otros, debe sentir, y de ordinario siente, en efecto, afecto y estima muy particular hacia quien le hace tal confidencia. Es insensible, como una piedra, a todo lo que le afecta, y no se preocupa de cuanto se le dice, sino para aplicar el remedio que estima más conveniente.

MD 19,3,2 Considerad, pues, en lo sucesivo todos los pensamientos que puedan acudir a vuestra mente para impedir descubriros con sencillez a quienes os dirigen, como tentaciones del demonio, de las más peligrosas y perjudiciales para el bien de vuestra alma.

MD 19,1,1: [1] Lc 11,14.

20

MD 20

Para el domingo cuarto de Cuaresma (Jn 6,1-15)

Del abandono a Dios en las penas y sequedades

MD 20,1,1 Punto I.

En este evangelio parece que Jesucristo quiere insinuar que hay situaciones de penas y sequedades en que las almas no pueden conseguir mucha ayuda de los hombres, bien porque éstos no tienen bastantes luces naturales o adquiridas por la experiencia, bien porque Dios no les concede la abundancia de gracias necesaria para poder aliviar a quienes se encuentran en tales situaciones.

Con todo, no deben dejar de acudir a ellos, porque tal es el ordenamiento de Dios, y porque siempre pueden ayudarlos en algo.

Así, en esta ocasión: *Jesucristo no dejó de dirigirse a sus discípulos y decirles que atendiesen las necesidades de aquellas gentes;* y aunque ellos no hubieran podido hacerlo, *se sirvió, con todo, de ellos para distribuir el pan que había multiplicado, para alimentar a toda aquella multitud* [1].

MD 20,1,2 Del mismo modo quiere Dios que acudáis siempre a quienes os dirigen, representados en este evangelio por los Apóstoles, aunque haya momentos, o aunque vosotros mismos atraveséis situaciones, en que el recurso que hagáis a ellos parezca que os será poco útil. Pues Dios quiere que utilicéis siempre, en la medida que os sea posible, los medios ordinarios que Él os da para guiaros, aun cuando fuera sin resultado alguno.

MD 20,2,1 Punto II.

Dios quiere que cuando en vuestras dificultades habéis acudido a quienes os dirigen y no han podido ofrecer remedio conveniente, os mantengáis en total abandono a su proceder, esperando de Él y de su sola bondad toda la ayuda que necesitéis; siguiendo el ejemplo de esta muchedumbre que había seguido a Jesucristo, y que aguardó pacientemente que Él proveyese a su sustento, sin ni siquiera haberse preocupado de exponerle sus necesidades.

MD 20,2,2 Debéis estar convencidos, en efecto, de que *Dios no permitirá que seáis tentados y afligidos más allá de vuestras fuerzas* [2]. Cuando los hombres no

pueden nada, entonces es cuando Dios lo hace todo por sí mismo, manifestando al mismo tiempo, con esplendor, su poder y su bondad.

Por eso tenéis que abandonaros a Dios, como hizo esta gente que siguió a Nuestro Señor, sea para padecer cuanto a Él le plazca, considerándolo como provechoso para vosotros, sea para libraros de la dificultad mediante los medios que Dios considere más provechosos para vosotros, y sin torturaros el alma para recobrar la paz por vuestros propios medios, que muchas veces serían inútiles.

MD 20,3,1 Punto III.

De ordinario sucede que después de haberse uno abandonado así a Dios, deja Él sentir efectos del todo extraordinarios de su bondad y de su protección; de ello nos ofrece muestras en el evangelio de este día, *al multiplicar los cinco panes y los dos pececillos que le presentaron, de modo que después de haberse saciado con ellos cinco mil hombres, sin contar los niños, aún quedó mucho de sobra* [3].

MD 20,3,2 Tened, pues, la certeza de que en cuanto os hayáis puesto en las manos de Dios para sufrirlo todo, y en la medida que le pluguiere: si os deja en la dificultad, os ayudará con su gracia, tal vez de manera no sensible, a soportar la prueba; o bien, os librará de ella con medios imprevistos y cuando menos lo esperéis.

Eso es lo que David asegura que experimentó en sí mismo, cuando dice: *Esperé en el Señor, con suma paciencia, y al fin me escuchó. Él oyó mis plegarias y me sacó de la hoya de miserias y del abismo. Él asentó mis pies sobre la roca y condujo mis pasos. Muchas personas, al contemplar esta maravilla, aprendieron a temer a Dios y a depositar en Él toda su confianza* [4].

MD 20,1,1: [1] Mt 14,16-19. – **MD 20,2,2**: [2] 1Co 10,13. – **MD 20,3,1**: [3] Jn 6,9-13. – **MD 20,3,2**: [4] Sal 40, 2-4.

21

MD 21

Para el Domingo de Pasión
(Jn 8, 46-59)

Con qué espíritu se deben escuchar y recibir las palabras de los superiores

MD 21,1,1 Punto I.

Jesucristo se queja con mucha razón de los judíos en el evangelio de hoy, de *que no creían sus palabras, aunque no les hubiera dicho sino la verdad* [1], y aunque *les hablase tal como su Padre le había enseñado* [2], pues era señal de que no lo reconocían como Hijo de Dios.

El mismo reproche se puede hacer con frecuencia a algunas personas religiosas, que carecen de confianza en sus superiores, porque no los miran como lugartenientes de Dios para con ellos. Por lo cual no aprovechan de sus consejos ni ejecutan fielmente lo que les mandan.

MD 21,1,2 Para remediar este defecto, que puede tener muy malas consecuencias, es

preciso que cuantos se hallan bajo la dirección de un superior, crean en sus palabras como en las del mismo Dios. Jesucristo se lo exige en el Santo Evangelio, cuando, en la persona de los apóstoles, dice a todos los que tienen a otros a su cargo: ***Quien os escucha, me escucha*** [3].

Puesto que hay que estar convencido de que el superior es el ministro de Jesucristo, que Dios mismo está en él y lo mueve a hablar, y que sus palabras son la verdad misma, que ha conocido de Dios, ¿no es cierto que si os hubierais hallado siempre en esta disposición, hubierais añadido fe y sencillez a todo lo que vuestros superiores os dijeron, y no hubierais dudado un solo momento respecto de sus consejos y mandatos?

Confesad que si habéis incurrido en algunas faltas para con ellos, fue sólo porque no considerasteis a Dios en ellos, ni sus palabras como las palabras de Dios.

MD 21,2,1 Punto II.

Las personas religiosas no sólo deben creer las palabras de sus superiores, sino que deben también escucharlas con respeto y humildad, y con la misma disposición con que los hijos bien criados escuchan las palabras de su padre, para que Jesucristo no les tenga que hacer el mismo reproche que dirige hoy a los judíos, en el Evangelio, que ***si no escuchan sus palabras es porque no son nacidos de Dios; pues,*** dice, ***quien es nacido de Dios, escucha las palabras de Dios*** [4].

Así, pues, si poseen en sí mismos el Espíritu de Dios, escucharán gustosos las palabras de su superior, puesto que reconocerán su lenguaje como el de Dios. Estarán convencidos de que la verdad de Dios está en él, y que no habla por impulso propio, sino ***por impulso del Espíritu de Dios*** [5], a quien deben escuchar en él, según lo que dice Jesucristo Nuestro Señor.

MD 21,2,2 ¿Es así como escucháis a vuestros superiores? ¿No examináis a veces lo que os dicen? ¿No admitís acaso en vosotros pensamientos contrarios a lo que ellos os aconsejan o a lo que os mandan? Si obráis así, ofendéis a Dios en su persona.

MD 21,3,1 Punto III.

Tenéis también obligación de practicar con docilidad los consejos y mandatos de vuestros superiores, pues, como dice san Juan, ***la prueba de que conocemos a Dios es si guardamos sus mandamientos*** [6]. Del mismo modo, la mejor señal que podéis tener de que consideráis a quien os manda como vuestro superior, es ejecutar con prontitud y fidelidad, no sólo cuanto os ordena, sino todo lo que os dice, aunque sólo se trate de meros consejos.

MD 21,3,2 Y puesto que, según añade san Juan, ***quien dice conocer a Dios y no guarda sus mandamientos es mentiroso, y la verdad no está en él*** [7], igualmente, quien no hace todo lo que le dice su superior, manifiesta con su conducta que, aunque diga que quien le habla es efectivamente su superior, no lo reconoce como tal; pues lo que denota que uno está unido a él en cuanto superior, y como dependiente de él, es si ejecuta lo que su superior le dice; del mismo modo que, según este santo apóstol, ***lo que da a conocer que somos de Dios es si guardamos su palabra*** [8].

Juzgad, por todo ello, cómo debéis proceder en relación con lo que os dice

vuestro superior.

MD 21,1,1: [1] Jn 8,46. – [2] Jn 7,16. – **MD 21,1,2**: [3] Lc 10,16. – **MD 21,2,1**: [4] Jn 8,47. – [5] Lc 10,16; Cf. 2P 1,21. – **MD 21,3,1**: [6] 1Jn 2,3. – **MD 21,3,2**: [7] 1Jn 2,4. – [8] 1Jn 2,5.

22

MD 22

Para el Domingo de Ramos (Mt 21,1-9)

De la realeza de Jesucristo

MD 22,1,1 Punto I.

Jesucristo vino a la tierra para reinar en ella, no como los demás reyes, dice san Agustín, que exigen tributos, levantan ejércitos y combaten visiblemente a sus enemigos –pues Jesucristo asegura que ***su reino no es de este mundo*** [1]–, sino para establecer su reino en las almas, según lo que dice Él mismo en el Santo Evangelio, que ***su reino está dentro de nosotros*** [2].

MD 22,1,2 Para que Jesucristo reine en vuestras almas es preciso que le deis en tributo vuestras acciones, que han de estarle todas consagradas, no poniendo en ellas otra cosa sino lo que le sea agradable, y no teniendo otra mira, al hacerlas, que cumplir su santa voluntad, que debe guiarlas todas, a fin de que no haya nada de humano en ellas. Pues como el reino de Jesucristo es divino, se requiere que cuanto a él se refiere sea divino en sí mismo, o divinizado por la relación que tiene con Jesucristo.

Y puesto que el fin principal de Jesucristo en este mundo era ***cumplir la voluntad de su Padre*** [3], tal como lo atestigua en varios lugares del Evangelio, quiere también que vosotros, que sois miembros y vasallos suyos, y que como tales debéis estar unidos a Él, tengáis este mismo fin en vuestras acciones.

Ved si es ése el que en ellas os proponéis.

MD 22,2,1 Punto II.

Para que Jesucristo reine en vuestra alma, tenéis que combatir bajo sus órdenes a los enemigos de vuestra salvación, que son los suyos. Y puesto que quiere establecer en vosotros su paz, que, según san Pablo, ***debe triunfar en vuestros corazones*** [4], es necesario para ello que Él supere, y que vosotros superéis con Él, con su auxilio, todo cuanto puede obstaculizarlo, como son vuestras pasiones y vuestras malas inclinaciones; y que ***destruyáis en vosotros el hombre de pecado, que reinó anteriormente en vosotros, para libraros de la vergonzosa esclavitud a la que os había reducido el pecado*** [5].

MD 22,2,2 Disponeos hoy a recibirlo plenamente, abandonándoos completamente a su dirección, y dejando que reine sobre todos vuestros movimientos interiores, de forma tan absoluta, de su parte, y tan dependiente, de la vuestra, que podáis efectivamente decir que ***ya no sois vosotros los que vivís, sino que es Jesucristo quien vive en vosotros*** [6].

MD 22,3,1 Punto III.

Si queréis que Jesucristo combata en vosotros a los enemigos que intentan impedirle que reine en vosotros, es necesario que pueda levantar un ejército, compuesto de las virtudes con que tenéis que adornar vuestra alma, que le permitan ser totalmente dueño de vuestro corazón. Se requiere también que luchéis denodadamente bajo su bandera, y que os sirváis de las armas que pone en vuestra mano: *que llevéis en vuestros lomos*, dice san Pablo, *el cíngulo de la verdad, que os revistáis con la coraza de la justicia*, es decir, con el amor a los deberes de vuestro estado; *que toméis el escudo de la fe, con el que podáis apagar todos los dardos encendidos del demonio; que os sirva de casco la esperanza de la salvación, y de espada la palabra de Dios* [7].

Por medio de estas armas, dice el mismo san Pablo, *la paz de Jesucristo estará verdaderamente en vuestros corazones* [8].

MD 22,1,1: [1] Jn 18,36. – [2] Lc 17,21. – **MD 22,1,2**: [3] Mt 26,42; Lc 22,42; Jn 4,34; 5,30; 6,38. – **MD 22 2,1,1**: [4] Col 3,15. – [5] Rm 6,6. – **MD 22,2,2**: [6] Ga 2,20. – **MD 22,3,1**: [7] Ef 6,14-17. – [8] Col 3,15.

23

MD 23

Para el Lunes Santo

Del designio que tuvieron los judíos de dar muerte a Jesucristo

MD 23,1,1 Punto I.

Los judíos, indignados porque Jesucristo *obraba numerosos milagros, y porque, a causa de ello, todos corrían en pos de Él y lo miraban como profeta, concibieron el designio de darle muerte*. *Por lo cual celebraron consejo entre ellos* [1], para ver el modo que podrían utilizar para prenderlo. Y *como temían al pueblo* [2], que le profesaba singularísimo afecto, tenían que adoptar precauciones. Pero como lo odiaban, lo hicieron pasar por novador, y buscaban, con tal pretexto, el medio de perderlo.

MD 23,1,2 Asombraos del odio que los judíos sentían hacia Jesucristo, y de la oposición de Jesucristo a los judíos, particularmente a los fariseos, que le causaron la muerte. Considerad a qué excesos conducen la envidia y la rabia de los perversos, pues llevan hasta dar muerte a un inocente, a un santo, a un profeta, a un hombre que tenía en sí todos los signos exteriores de la divinidad.

MD 23,2,1 Punto II.

Jesucristo, a pesar del odio que le tenían los judíos y de sus perversos designios contra Él, no deja de hablarles, en cuanto le concierne, con toda la dulzura imaginable.

En una ocasión les dice *que había realizado muchas obras buenas entre ellos, y que les rogaba le dijesen por cuál de esas obras buenas querían darle muerte* [3]. Ellos mismos habían declarado el motivo en su asamblea: *Si le dejamos con vida,* dijeron, *todo el mundo creerá en Él* [4].

Así pues, ¿qué mal ha hecho?, les dijo Pilato. *No encuentro en Él ningún*

crimen que merezca la muerte [5]. Pero bastaba que Jesucristo fuese odiado por los judíos, y que los reprendiera por sus vicios, para ser culpable ante su tribunal, y para que lo juzgaran digno de muerte. *Condenémoslo a muerte infame* [6], dijeron tomando la palabra del Sabio.

MD 23,2,2 Adorad la disposición interior de Jesús en todos estos designios de la cábala farisaica. Él soporta con valor la ejecución, porque coincidía con los designios del Padre Eterno. *No tendrías poder sobre mí,* dijo a Pilato, *si no te fuera dado de lo alto* [7].

MD 23,3,1 Punto III.

Otra razón que dieron los judíos en su asamblea, de por qué querían dar muerte a Jesucristo, era que *temían que si muchos llegaban a creer en Él, lo seguirían y honrarían como rey, los romanos vendrían a destruir su ciudad y su nación* [8]. En lo cual estuvieron muy cegados, dice san Agustín; pues si su ciudad fue sitiada y tomada por los romanos, y arrasada de tal forma, que *no quedó piedra sobre piedra* [9], como había predicho Jesucristo, fue a consecuencia de las crueldades que cometieron contra el ungido del Señor. Según el testimonio de Josefo, escritor de aquel tiempo, y de la secta de los fariseos, esto no sucedió sino a causa de haber ellos dado muerte a Jesucristo.

MD 23,3,2 Es también proceder ordinario de Dios trastocar los designios de los hombres, y disponer que ocurra lo contrario de lo que se habían propuesto, para que aprendan a confiar en Dios y a entregarse completamente a su providencia, sin emprender nada por ellos mismos, ya que no deben querer sino lo que Dios quiere.

MD 23,1,1: [1] Jn 11,45-53; Cf. Jn 6,14. – [2] Lc 22,1-2. – **MD 23,2,1**: [3] Jn 10,32. – [4] Jn 11,48. – [5] Lc 23,22. – [6] Sb 2,20; Cf. Mt 27,43; Hch 12,3. – **MD 23,2,2**: [7] Jn 19,11. – **MD 23,3,1**: [8] Jn 11,48. – [9] Mt 24,2.

24

MD 24

Para el Martes Santo

Del abandono de Jesucristo a los padecimientos y a la muerte

MD 24,1,1 Punto I.

Es de admirar cómo Jesucristo, que durante algún tiempo se *ocultó a los ojos de sus enemigos, escapó de sus manos y se alejó de ellos, sin querer aparecer en público, porque sabía que pensaban matarlo* [1], acuda ahora al lugar donde sabe que van a ir a buscarlo los que lo querían perder; *se adelante y se presente ante ellos cuando lo buscaban* [2], *se deje apresar, atar y llevar* [3], *sabiendo,* dice el Evangelio, *lo que le debía ocurrir* [4], y *que sería entregado en manos de los pecadores* [5].

MD 24,1,2 Adorad estas diferentes disposiciones de Jesucristo, conformadas con los

designios que Dios tenía sobre Él, tal como decía Él mismo, que *su alimento era la voluntad del Padre* [6], es decir, la norma y como el alma de su conducta.
Aplicaos, a ejemplo de Jesucristo, vuestro divino maestro, a no querer sino lo que Dios quiere, cuando lo quiere y como lo quiere.

MD 24,2,1 Punto II.

El Evangelio nos da como razón de estas diferentes disposiciones de Jesucristo que, en las primeras ocasiones, *su hora todavía no había llegado* [7]; mientras que, posteriormente, ya *sabía que el tiempo y la hora de pasar de este mundo a su Padre ya habían llegado* [8].
Por eso, cuando Judas salió para ejecutar lo que había concertado contra Él con sus enemigos, Jesús le dijo: *lo que has de hacer, hazlo pronto* [9]; para dar a entender que para dejarse prender y entregarse por sí mismo a la muerte, no había esperado sino a que la hora hubiera sido fijada por el Padre Eterno. Lo cual es signo de que Jesucristo seguía punto por punto las órdenes del cielo, y que quería que todo lo que había de realizar y sufrir le fuese mandado por su Padre.
Imitad este ejemplo admirable que os da Jesucristo, de no hacer nada por propio impulso, sino dejar que vuestros superiores determinen y ordenen todo lo que tenéis que hacer, hasta en las menores circunstancias.

MD 24,3,1 Punto III.

Así es como Jesucristo se abandonó a la voluntad de su Padre, para sufrir y morir cuando y como le pluguiere.
Por eso, cuando se preparaba a su pasión y a la muerte que esperaba, orando en el Huerto de los Olivos, manifestó a su Padre *que por mucha repugnancia que sintiera por la muerte que preveía y que estaba próxima, deseaba, con todo, que no se atendiese a su voluntad, sino a la de su Padre* [10], a la que se sometía plenamente, como se había abandonado siempre durante su vida; pues *no había venido al mundo*, como dice en varios lugares del Evangelio, *para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del que le había enviado* [11].

MD 24,3,2 ¡Oh, amoroso abandono de la voluntad humana de Jesús, sometida en todo a la voluntad divina, que no mostró otra inclinación ya sea por la vida, ya por la muerte, ya por el momento, o por el género de suplicio en que debía expirar, que la que el Padre Eterno le infundía!
Haceos en esto discípulos de Jesús, para no tener otra voluntad que la de Dios.

MD 24,1,1: [1] Jn 1,53; 11,54; 8,59. – [2] Jn 18,4. – [3] Jn 18,12-13. – [4] Jn 18,4. – [5] Mt 26,45. – **MD 24,1,2**: [6] Jn 4,34. – **MD 24,2,1**: [7] Jn 7,30. – [8] Jn 13,1. – [9] Jn 13,27. – **MD 24,3,1:** [10] Lc 22,42. – [11] Jn 6,38.

25

MD 25

Para el Miércoles Santo

Del deseo que Jesucristo tenía de padecer y morir

MD 25,1,1 Punto I.
Jesucristo, que no descendió del cielo a la tierra sino para preparar la salvación de los hombres, y que sabía que este designio sólo se realizaría sufriendo mucho y muriendo en la cruz, al encarnarse se ofreció al Padre Eterno para sufrir todo cuanto le pluguiere, a fin de satisfacer por nuestros pecados. Pues, dice san Pablo, *era imposible que se borraran los pecados con la sangre de carneros y de toros.*
Por lo cual, dice el mismo san Pablo, *dijo a Dios: los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado; entonces dije: heme aquí, vengo para cumplir tu voluntad. Y es esa voluntad*, dice el mismo apóstol, *la que nos ha santificado, por la ofrenda que Jesucristo hizo una sola vez de su cuerpo* [1].

MD 25,1,2 Adorad la santa disposición que tuvo Jesucristo al venir al mundo, y que ha seguido teniendo siempre, de padecer y morir por nuestros pecados y por los de todos los hombres. Agradecedle bondad tan grande y haceos dignos de recibir sus frutos, participando vosotros mismos en sus sufrimientos.

MD 25,2,1 Punto II.
El tierno amor de Jesucristo a los pecadores le puso en la disposición no sólo de padecer y morir por nosotros, sino también de concebir ardiente deseo de ello, que lo movía a exclamar, suspirando por la destrucción del pecado: *He venido a traer fuego a la tierra, ¿y qué he de desear, sino que arda?* [2].
Pero veía que ese fuego de amor de Dios sólo podía arder en nosotros mediante la destrucción del pecado, y que el pecado no podía ser destruido sino por sus padecimientos y por su muerte. Eso es lo que le hacía añadir, al hablar de su muerte: *Hay un bautismo con el que tengo que ser bautizado: ¡oh, cuánto me tarda el verlo cumplido!* [3].

MD 25,2,2 Con estas palabras dejaba traslucir cuán grande era la pena que experimentaba al ver que el designio de su muerte, que tan beneficiosa había de ser para los hombres, tardase tanto en realizarse; ya que su dilación también retrasaba la salvación de los hombres.
¿No os produce sonrojo que Jesucristo haya deseado tanto vuestra salvación, y que siga deseándola todavía hoy con tanta vehemencia, y que vosotros correspondáis tan mal a tan ardiente deseo?

MD 25,3,1 Punto III.
Jesucristo no se contentó con haber mantenido durante toda su vida este deseo de morir por nosotros. Cuando vio que la hora de su muerte se acercaba, dio testimonio de gozo, que lo movió a decir a sus apóstoles al celebrar con ellos la última Pascua, *que durante mucho tiempo lo había deseado, y que sentía incluso deseo ardiente de celebrar aquella Pascua con ellos* [4]; porque sabía que había de ser la última acción de su vida mortal, y la última comida que había de

tener con sus apóstoles antes de padecer y morir por nosotros, que era lo que deseaba con más vehemencia.
Esto lo impulsó a decir, poco antes de su muerte, *que tenía sed* [5]; que los santos Padres aplican a la sed de nuestra salvación que le apremiaba. Y también por ello, al morir, profirió aquellas palabras, que *todo estaba consumado* [6], porque su ardiente deseo de sufrir por nuestra salvación se había cumplido.

MD 25,3,2 Ahora sólo resta, por vuestra parte, como dice san Pablo, *acabar en vosotros lo que falta a la pasión de Jesucristo* [7]; esto es, aplicárosla mediante la participación que tengáis en sus padecimientos.
Haceos, pues, dignos de tal gracia.

MD 25,1,1: [1] Hb 10,4-7.10. – **MD 25,2,1**: [2] Lc 12,49. [3] Lc 12,50. – **MD 25,3,1**: [4] Lc 22,15. – [5] Jn 19,28. – [6] Jn 19,30. – **MD 25,3,2**: [7] Col 1,24.

26

MD 26

Para el Jueves Santo

De la institución del Sacramento de la Eucaristía

MD 26,1,1 Punto I.
Este santo día es día venturoso para todos los fieles. Es el día en que Jesucristo instituyó el sacramento de su cuerpo y de su sangre.
En él se reproduce para estar siempre con ellos y para hacerlos *partícipes de su divinidad* [1]; para convertir sus corazones y sus cuerpos en *tabernáculos vivos* [2], donde pueda descansar como en lugar agradable para Él y digno para quienes lo reciben; y del modo más provechoso posible para ellos.
Jesucristo realizó esta institución en favor de sus discípulos y de cuantos participan de su espíritu; y les da su Cuerpo en este augusto sacramento para hacerlos partícipes de su Espíritu.
Adorad a Jesucristo en esta acción. Uníos a sus intenciones y participad en la medida en que os corresponde en tan santa institución.

MD 26,2,1 Punto II.
Al instituir este divino sacramento, Jesucristo cambió el pan en su carne y el vino en su sangre. Y hoy, realmente, *se convierte en pan vivo bajado del cielo* [3] para unirse con nosotros, para incorporarse a nosotros, y para comunicarse a la pequeñez de una vil criatura.
Este pan celestial se une a nuestra alma para alimentarla de Dios mismo, y para cebarla, según la expresión de Tertuliano, con la carne de Jesucristo. Él se despoja de todo el fulgor de su divinidad para asumir la apariencia del pan común; apariencia que no guarda ninguna proporción con lo que contiene. Lo que ocupa el lugar del pan es su propia sustancia, objeto de veneración para los ángeles y los hombres.

MD 26,2,2 Admirad esta santa institución; haceos dignos de aprovechar de ella por medio de una vida santa; y pedid hoy a Jesucristo que, al venir a vosotros, destruya por completo vuestras inclinaciones y vuestro espíritu propio, para que no

tengáis ya otras inclinaciones que las suyas, y *no os guiéis sino por su Espíritu* [4].

MD 26,3,1 Punto III.

El amor que nos tiene Jesucristo es lo que le hizo concebir el designio de instituir este divino sacramento, para darse del todo a nosotros y para permanecer siempre con nosotros.

Sabía que, inmediatamente después, debía padecer y morir por nosotros; y que esta ofrenda que deseaba hacer de sí mismo sobre la cruz, *no se realizaría más que una vez* [5], y que después de subir al cielo, ya no aparecería más entre los hombres. Por todo ello, deseando darnos muestras de su ternura y bondad, antes de morir dejó a sus apóstoles, y en sus personas a toda la Iglesia, su cuerpo y su sangre, para que a lo largo de los siglos les sirviera de preciosa prenda del tierno amor que les profesa.

MD 26,3,2 Recibid hoy esta dádiva con respeto y acciones de gracias. Devolved a Jesús amor por amor, en atención a tan inmenso beneficio; y que el amor que le profesáis, así como el ansia de uniros a Él, os mueva a sentir vivo deseo de comulgar con frecuencia.

MD 26,1,1: [1] 2P 1,4. – [2] 1Co 6,19. – **MD 26,2,1**: [3] Jn 6,51. – **MD 26,2,2**: [4] Cf. Rm 8,13. – **MD 26,3,1**: [5] Hb 10,10.

27

MD 27

Para el Viernes Santo

Sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

MD 27,1,1 Punto I.

No hay quien pueda imaginar cuán grandes fueron los sufrimientos de Jesucristo en su Pasión.

En ella, padeció en todas las partes de su cuerpo. Su alma fue abrumada con tristeza tan sensible y extremada, que no pudiendo expresarla, se limitó a decir que *es imposible estar más triste sin morir* [1]; y produjo en Él tal efecto, que le ocasionó *un sudor de sangre* [2]; y cayó en tanta debilidad, que el Padre Eterno se vio precisado *a enviarle un ángel que le confortase* [3], para sostenerlo y ponerlo en condiciones de soportar hasta el final todos los dolores de su Pasión.

Además, lo cubrieron de oprobios y confusión; le colmaron de injurias, maldiciones y calumnias; y fue preferido a Él un sedicioso, homicida y malvado.

Ése es el estado al que nuestros pecados redujeron a aquel que merece todo género de estima, honor y respeto.

MD 27,2,1 Punto II.

No sufrió menos Jesucristo en su cuerpo que en su alma: *fue atado y agarrotado indignamente por soldados* [4]; *su cabeza fue coronada de espinas* [5], que le hincaron con duros golpes de caña; *algunos lo escupieron al rostro, y otros le dieron bofetadas* [6]. *Fue* tan *cruelmente azotado* [7], que la sangre corrió

por todas las partes de su cuerpo. *Le dieron a beber hiel y vinagre* [8]; *cargaron sus hombros con pesada cruz* [9]; y, finalmente, *lo crucificaron entre dos ladrones* [10], después de atravesar sus manos y sus pies con enormes clavos, y *el costado con una lanza* [11].

¿Qué crimen había cometido Jesucristo para que lo trataran así? Y, sin embargo, la rabia de los judíos no quedaba aún satisfecha, dice san Bernardo, después de haberle hecho sufrir injustamente tantos tormentos.

¿Se puede tratar de este modo a quien no se dedicó a otra cosa que a hacer bien a todos?

MD 27,3,1 Punto III.

Jesucristo sufre por parte de todo tipo de personas: *uno de sus apóstoles lo traiciona* [12], *otro lo niega* [13], y todos l*os demás huyen y lo abandonan* [14] en manos de sus enemigos.

Los príncipes de los sacerdotes envían soldados para prenderlo [15], *y los soldados le tratan ignominiosamente* [16]; *el pueblo se mofa de Él* [17], y *un rey lo insulta y lo despide con desprecio tildándolo de loco* [18]. *El gobernador de Judea lo condena a muerte* [19], *todos los judíos lo miran como a malhechor* [20] y *todos los transeúntes blasfeman de Él* [21].

MD 27,3,2 ¿Se puede contemplar al Hombre-Dios en tan lastimoso estado sin sentir horror del pecado y profundo dolor por los que se han cometido, puesto que no podemos ignorar que fueron nuestros pecados la causa de su muerte y de tantos padecimientos?

No querer dejar de pecar es no querer que Él cese de padecer. ¿Acaso no sabemos que con cuantos pecados cometemos, otros tantos tormentos le infligimos? *Lo crucificamos de nuevo* [22], según san Pablo, y le causamos otra clase de muerte, que le es aún más dolorosa y más cruel que la primera.

MD 27,1,1: [1] Mt 26,38. – [2] Lc 22,44. – [3] Lc 22,43. – **MD 27,2,1**: [4] Jn 18,12. – [5] Mt 27,29. – [6] Mc 15,19; Jn 19,3. – [7] Mt 27,26. – [8] Mt 27,34.48. – [9] Jn 19,17. – [10] Mt 27,38. – [11] Jn 19,34. – **MD 27,3,1**: [12] Mt 26,14-16; 26,48-50. – [13] Mt 26,69-75. – [14] Mt 26,56. – [15] Mt 26,47. – [16] Mt 26,67-68. – [17] Mt 27,39-40. – [18] Lc 23,11. – [19] Lc 23,24-25. – [20] Lc 23,18-23. – [21] Mt 27,39-43. – **MD 27,3,2**: [22] Hb 6,6.

28

MD 28

Para el Sábado Santo

Sobre las cinco llagas de Jesucristo

MD 28,1,1 Punto I.

Adorad las cinco llagas de Jesucristo Nuestro Señor, y considerad que no las ha conservado en su sagrado cuerpo sino como señales gloriosas de la victoria alcanzada sobre el infierno y el pecado, de donde rescató a los hombres por sus padecimientos y muerte.

Sabed, dice san Pedro, *que habéis sido rescatados de la vida llena de vanidad que recibisteis de vuestros padres, no con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Jesucristo, cordero sin mancha* [1].

Son estas sagradas llagas, de las que manó aquella sangre preciosa, las que nos recuerdan tan singular favor.

MD 28,1,2 Poned, pues, vuestros ojos, con frecuencia, en objeto tan santo. Mirad las llagas del cuerpo de vuestro Salvador como otras tantas bocas que os reprochan vuestros pecados, y que os traen el recuerdo de todo cuanto sufrió para borrarlos.

MD 28,2,1 Punto II.

Estas sagradas llagas no sólo honran el cuerpo de Jesucristo, sino que sirven también, según el testimonio de san Pedro, *para enseñarnos que Jesucristo sufrió para darnos ejemplo, para que lo sigamos y caminemos tras sus huellas. Él mismo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el árbol de la cruz, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia, ya que fuimos curados por sus magulladuras* [2] y amorosas llagas.

Puesto que *Jesucristo*, según el mismo apóstol, *sufrió la muerte en su carne* [3], al contemplar las llagas de Jesucristo, entended que deben animaros a morir a vosotros mismos; que *quien está muerto a la carne, ya no peca más; y que mientras viva en cuerpo mortal, ya no ha de vivir según las pasiones de los hombres, sino según la voluntad de Dios* [4]. Eso es lo que debemos deducir de cuanto aquí nos dice el Príncipe de los Apóstoles.

MD 28,2,2 El fruto que podemos obtener de la contemplación de las llagas de Nuestro Señor es apartarnos por completo del pecado, mortificar nuestras pasiones y combatir nuestras inclinaciones demasiado humanas y demasiado naturales.

MD 28,3,1 Punto III.

Otro provecho que ellas nos pueden procurar es el de animarnos a amar los sufrimientos, pues nos manifiestan cuán inclinado a padecer se mostró Jesucristo. Él ha conservado en su cuerpo glorioso las cicatrices de sus llagas, como ornamento y señal de honor. Como miembros de Jesucristo, debéis vosotros, del mismo modo, consideraros honrados de sufrir como Él y por Él. A ejemplo de san Pablo, *no debéis gloriaros sino en la cruz de vuestro Salvador* [5].

MD 28,3,2 Prosternaos con frecuencia ante estas divinas llagas. Consideradlas como las fuentes de vuestra salvación. *Meted vuestra mano en la llaga del costado* [6], con santo Tomás, no tanto para afianzar vuestra fe, sino para penetrar, si es posible, hasta el corazón de Jesús, y conseguir que de allí pasen al vuestro los sentimientos de paciencia verdaderamente cristiana, de entera resignación y de perfecta conformidad con la voluntad de Dios; y para adquirir, con ello, valor para buscar las ocasiones de sufrir.

MD 28,1,1: [1] 1P 1,18-19. – **MD 28,2,1**: [2] 1P 2,21.24. – [3] 1P 4,1. – [4] 1P 4,1-2. – **MD 28,3,1**: [5] Ga 6,14. – **MD 28,3,2**: [6] Jn 20,27.

29

MD 29

Para el domingo de Pascua
(Mc 16,1-7)

Sobre la Resurrección de Jesucristo

MD 29,1,1 Punto I.

Esta fiesta es día de gozo para toda la Iglesia. Por eso se cantan tan frecuente y solemnemente estas palabras del Profeta Rey: *Este es el día que hizo el Señor, en el que hemos de regocijarnos y vibrar de gozo* [1]. En efecto, la resurrección de Jesucristo es, a la vez, gloriosísima para Él y utilísima a todos los fieles.

Es gloriosa para Jesucristo, pues por medio de ella venció a la muerte. Eso induce a san Pablo a decir que *Jesucristo resucitó para gloria de su Padre, y que habiendo resucitado, ya no morirá más, y que la muerte no tendrá dominio sobre Él* [2].

MD 29,1,2 Es útil para nosotros, porque es garantía de nuestra resurrección, pues es cierto, como dice, que *así como todos murieron en Adán, todos también resucitarán en Jesucristo* [3]. Fue, pues, en este día venturoso, según el mismo apóstol, *cuando la muerte fue destruida* [4] sin remedio.

Regocijaos con toda la Iglesia de tan excelente favor, y tributad por él a Jesucristo Nuestro Señor vuestras humildísimas acciones de gracias.

MD 29,2,1 Punto II.

La resurrección de Jesucristo es también gloriosa para Él, y útil para nosotros, por haber destruido el pecado. *No resucitó*, según san Pablo, *sino para que nosotros viviésemos nueva vida, seguros de que si somos injertados en Él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la semejanza de su resurrección; y si hemos muerto al pecado con Jesucristo, viviremos también con Él* [5].

MD 29,2,2 Así, pues, puesto que Jesucristo, al resucitar, destruyó el pecado, haced, siguiendo el aviso de san Pablo, *que el pecado no reine más en vuestro cuerpo mortal* [6]; *clavad ese cuerpo, con todas sus aficiones desordenadas, a la cruz de Jesucristo* [7], lo que lo hará, por anticipado, partícipe de la incorruptibilidad, a imitación del suyo, al preservarlo del pecado, principio de toda corrupción.

MD 29,3,1 Punto III.

La resurrección de Jesucristo debe procuraros, además, el beneficio de resucitar espiritualmente, haciéndoos vivir según la gracia; es decir, de haceros entrar en una vida del todo nueva y celestial.

Para ponerlo por obra, y para dar pruebas, según san Pablo, de *que habéis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas que son de arriba; amad las cosas del cielo, y no las de la tierra* [8]. Y alejaos tan resueltamente del trato con los hombres, *que vuestra vida les quede oculta, y que sea toda en Dios, con Jesucristo* [9]. *Mortificad vuestros cuerpos terrestres*, dice el mismo apóstol, *y despojaos del hombre viejo, para revestiros del nuevo* [10].

Haced patente con vuestra conducta que la Resurrección de Jesús ha producido

en vosotros tan venturosos efectos.

MD 29,1,1: [1] Sal 118,24. – [2] Rm 6,4.9. – **MD 29,1,2**: [3] 1Co 15,22. – [4] 1Co 15,55. – **MD 29,2,1**: [5] Rm 6,4-5.8. – **MD 29,2,2**: [6] Rm 6,12. – [7] Ga 5,24. – **MD 29,3,1**: [8] Col 3,1-2. – [9] Col 3,3. – [10] Col 3,5.9-10; Ef 4,22.24.

30

MD 30

Para el lunes de Pascua

Del modo de comportarse en las conversaciones

MD 30,1,1 Punto I.

Una de las primeras cosas que han de hacer quienes han resucitado con Jesucristo *y quieren llevar vida nueva* [1] es regular bien sus conversaciones, procurando que sean santas y agradables a Dios.

Pues sucede de ordinario que donde se cometen más faltas y de mayor entidad, sobre todo en las comunidades, es en las conversaciones. Por lo cual, las conversaciones son una de las cosas sobre las que más hay que vigilar, para que no resulten perjudiciales.

Y, para conseguirlo, no pueden hacer nada mejor que tomar como modelo de las suyas la de Jesucristo con los dos discípulos que iban a Emaús, así como la que tuvieron estos dos discípulos entre sí, antes de que Jesucristo se uniera a ellos, y después que los dejó [2].

MD 30,1,2 ¿Tenéis cuidado, en vuestras conversaciones y en los recreos, de tomar a Jesucristo como modelo? ¿Acudís a ellos con el propósito de edificaros mutuamente? ¿Salís de ellos abrasados en el amor divino, como los discípulos que iban a Emaús, mejor informados de vuestras obligaciones, como ellos, y más animados a cumplir con ellas? ¿La materia de sus reflexiones es también la materia de las vuestras? ¿Sus máximas y prácticas son, alguna vez, materia de vuestras conversaciones?

Ese es el medio de lograr provecho incluso de los ratos que la obediencia os concede para descansar de vuestros trabajos y para recrearos.

MD 30,2,1 Punto II.

Para acomodar vuestras conversaciones a la de estos dos discípulos y a la de Jesucristo con ellos, es bueno que sepáis primero sobre qué conversaban estos discípulos. Sólo se trataba de cosas buenas: *hablaban de lo que había sucedido en Jerusalén a la muerte de Jesucristo, de sus obras santas, de sus milagros y de su vida admirable, a causa de lo cual era tan considerado por el pueblo, que lo miraba como gran profeta, e incluso como el Mesías que había de liberar a Israel. Hablaban también de los rumores que se habían difundido sobre su resurrección* [3].

MD 30,2,2 Cosas de esta índole son las que deben constituir el tema ordinario de las conversaciones de los religiosos y de quienes viven juntos en comunidad. Puesto que se han retirado y alejado del mundo, sus conversaciones también deben ser totalmente distintas de las que tienen los mundanos. Pues de poco les

serviría haberse alejado con el cuerpo, si no adquiriesen un espíritu que se oponga al suyo. Y, precisamente, en las conversaciones es donde deben manifestarlo.

MD 30,3,1 Punto III.

Los buenos efectos que la conversación de estos dos discípulos produjo en ellos fueron: en primer lugar, que ***Jesucristo se juntó a ellos*** [4]. Ese es también el fruto que se obtiene de las conversaciones santas, el tener a Jesucristo consigo.

En segundo lugar, que ***su corazón se vio plenamente encendido*** [5] para practicar el bien e inflamado del amor de Dios. Es también el beneficio que procuran las buenas consideraciones que se hayan tenido en la recreación, que se sale enardecido y animado a hacer el bien.

En tercer lugar, como Jesucristo estaba satisfecho de su conversación, ***entró en el lugar al que iban, y permaneció con ellos*** [6]. De igual modo se complacerá Jesús con vosotros cuando sintáis gusto en hablar de Él y de lo que puede conducir a Él.

En cuarto lugar, en fin, ***Jesús les dio su sagrado cuerpo y ellos lo reconocieron*** [7].

MD 30,3,2 Vosotros experimentaréis dicha semejante cuando platiquéis gustosos sobre asuntos de piedad. Jesucristo, que está en medio de vosotros, se os dará y os comunicará su Espíritu. Y en la medida en que habléis de Él y de lo que le concierne, también vosotros aprenderéis a conocerlo y a gustar el bien y sus santas máximas.

MD 30,1,1: [1] Col 3,1. – [2] Lc 24,13-32. – **MD 30,2,1**: [3] Lc 24,19-24. – **MD 30,3,1**: [4] Lc 24,15. – [5] Lc 24,32. – [6] Lc 24,29. – [7] Lc 24,30-31.

31

MD 31

Para el martes de Pascua

De la paz interior y de los medios para conservarla

MD 31,1,1 Punto I.

Al aparecerse Jesucristo a sus discípulos el día de la Resurrección, les dijo: ***La paz sea con vosotros***[1], para darnos a entender que una de las señales principales de que una persona lleva vida nueva, es decir, vida interior y espiritual, y que ha resucitado con Jesucristo, es cuando posee la paz dentro de sí.

MD 31,1,2 Hay muchas personas que parece que son espirituales y que gozan de paz interior, pero no la tienen. Se les puede aplicar lo que dice Jeremías: ***que desean la paz, pero que, sin embargo, la paz no se encuentra en ellas*** [2].

Estas personas, en apariencia, son las más piadosas y las más devotas del mundo, hablan muy bien y con gusto de las cosas interiores, y mantienen a menudo la presencia de Dios en la oración. Pero decidles una palabra más alta que otra, haced algo que las disguste, y he ahí a esas personas descompuestas de inmediato. Pierden la paz porque no están cimentadas sólidamente en la virtud, y porque no se han esforzado por destruir en sí mismas los movimientos

de la naturaleza.
¿No estáis, acaso, vosotros, entre ellas? Hay que darse a Dios de manera más sólida y verdadera.

MD 31,2,1 Punto II.
Como la verdadera paz interior procede de la caridad, nada hay tan a propósito para destruirla como lo que lleva a perder la caridad y el amor de Dios.
¿Qué nos separará, dice san Pablo [3], *de la caridad de Jesucristo? ¿Será la tribulación,* es decir, las dificultades, sean interiores o exteriores? *¿Será la desolación,* es decir, todo lo que puede acarrear algún disgusto, como la separación y la privación de algo a lo que se estaba apegado? *¿Será el hambre,* porque se vive en una casa que es pobre, y en ella uno es alimentado pobremente? *¿Será la desnudez,* porque os dan hábitos muy gastados y remendados, que os producen confusión ante el mundo? *¿Será algún peligro,* en el que estéis expuestos a perder vuestra salud, o incluso la vida?

MDD 31,2,2 *¿Será alguna persecución* que sobrevenga, sea a vuestra comunidad, sea a vosotros en particular, como las injurias y los ultrajes que puedan inferiros? *¿Será la espada*, de alguna calumnia que otro haya dicho contra vosotros, o una severa reprimenda que hubiereis tenido que soportar a causa de alguna falta que os hayan imputado? Nada de todo esto puede haceros perder la paz interior, si es verdadera, porque nada de ello es capaz de haceros perder la caridad.
¿Os halláis en esta disposición? Si no la tenéis, tratad de alcanzarla por medio de frecuentes violencias que vosotros mismos os impongáis.

MD 31,3,1 Punto III.
La razón que aduce san Pablo, por la que ninguno de los males de que ha hablado, ni ninguna otra cosa, pueden llevaros a perder la caridad o la paz interior, es que debéis estar dispuestos, por amor de Dios, a mortificaros a vosotros mismos y a soportar que otros os mortifiquen, a lo largo de todo el día, sea interior o exteriormente.
Es, también, que debéis sentiros muy a gusto de que os consideren, y de consideraros vosotros mismos, *como ovejas destinadas al matadero* [4], que se dejan clavar el cuchillo en la garganta sin quejarse y sin traslucir nada.
Por eso, añade el mismo apóstol, *en medio de todos los males que os puedan causar, habéis de permanecer victoriosos por el que os amó, que es Jesucristo; pues ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrán separaros jamás de la caridad de Dios, que os une a Jesucristo Nuestro Señor* [5].

MD 31,1,1: [1] Lc 24,36. – [2] Jr 6,14. – **MD 31,2,1**: [3] Rm 8,35. – **MD 31,3,1**: [4] Rm 8,36; Is 53,7. – [5] Rm 8,37-39.

32

MD 32

Para el domingo de Cuasimodo (Jn 20,19-31)

De la fe de que está penetrada el alma que ha resucitado según la gracia

MD 32,1,1 Punto I.

Jesucristo entra hoy en la sala donde *estaban reunidos los apóstoles después de su Resurrección, cuando estaban cerradas las puertas* [1], para indicarnos que las puertas del alma que no vive vida renovada y vida de gracia, están cerradas a todos los movimientos interiores del Espíritu de Dios, y sólo se abren a los movimientos humanos y naturales.

Es éste uno de los efectos de la ceguera del espíritu y de la dureza de corazón que el pecado ha causado en nosotros, que hace que los hombres, ilustrados en las cosas de este mundo, carezcan de toda luz y apertura para lo que se refiere a Dios y a su servicio.

Es lo que nos da a entender Jesucristo, cuando dice *que los hijos del siglo son a menudo más prudentes y sagaces en los negocios temporales, que la mayoría de los hijos de la luz* [2] en lo referente a su bien espiritual y a la salvación de sus almas.

¿No estáis vosotros entre ellos?

MD 32,2,1 Punto II.

Al entrar Jesús en aquella sala difundió tal impresión de su divinidad, que *santo Tomás, hasta entonces incrédulo, a la sola vista de Jesucristo y de sus llagas, quedó totalmente penetrado por ella* [3]; porque Jesucristo lo llenó entonces de fe y le hizo conocer, en un instante, por la luz y la penetración de fe, lo que antes le había estado escondido.

Del mismo modo, cuando Jesucristo penetra en el alma, la eleva de tal modo por encima de todos los sentimientos humanos, por la fe que la anima, que ya no ve nada sino a su luz; y nada que pueda acontecerle es capaz de hacerla vacilar, de apartarla del servicio de Dios, y ni siquiera de disminuir lo más mínimo el ardor que siente por Él; pues *las tinieblas que antes ofuscaban su espíritu se han transformado en luz admirable* [4], lo que hace que, en adelante, ya no vea nada sino con los ojos de la fe.

¿Os sentís vosotros en esta disposición? Pedid a Jesucristo resucitado que os ponga en ella.

MD 32,3,1 Punto III.

Penetrado santo Tomás de esta luz y de este sentimiento de fe, no pudo por menos de exclamar, al ver a Jesucristo: *¡Señor mío y Dios mío!* [5]. Hasta entonces había mirado a Jesucristo sólo con ojos ofuscados y cubiertos por las tinieblas de la incredulidad; no había podido descubrir la divinidad, velada por las sombras de la naturaleza humana. Pero, gracias a esta iluminación de fe, por la que recibió su alma fuerte impresión por la presencia del Salvador resucitado, descubrió todo lo que de divino había en Él. Y su fe, así fortalecida,

le dio el valor de confesar que quien había muerto en cruz, y había sido sepultado en la tumba, era su Señor y su Dios.

MD 32,3,2 Así es como un alma penetrada de sentimientos de fe se ve tan elevada hasta Dios, que no conoce sino a Dios, no estima nada sino a Dios, ni gusta de otra cosa que de Dios. Lo que hace que en adelante no pueda aplicarse sino a Dios, puesto que, esclarecida con luces sobrenaturales, ya no experimenta gusto alguno por las cosas de la tierra, y sólo puede mirarlas con desprecio.

En esta disposición estaba san Francisco, cuando penetrado totalmente de fe y abrasado en el amor de Dios, repetía a lo largo de su vida: *¡Mi Dios y mi todo!* Procurad poneros hoy en parecida disposición.

MD 32,1,1: [1] Jn 20,19. – [2] Lc 16,8. – **MD 32,2,1**: [3] Jn 20,24-29. – [4] 1P 2,9. – **MD 32,3,1**: [5] Jn 20,28.

33

MD 33

Para el domingo segundo de Pascua (Jn 10,11-16)

Del modo como deben proceder los maestros con respecto a sus escolares

MD 33,1,1 Punto I.

Jesucristo, en el evangelio de este día, compara a quienes tienen cargo de almas con el buen pastor, que cuida con esmero de sus ovejas; y una de las cualidades que ha de tener, según el Salvador, es *conocerlas a todas* [1], distintamente.

Éste ha de ser también uno de los principales cuidados de quienes están empleados en la instrucción de otros: saber conocerlos y discernir el modo de proceder con ellos. Pues con unos se precisa más suavidad, y con otros más firmeza; algunos requieren que se tenga mucha paciencia, y otros que se les aliente y anime; a algunos es necesario reprenderlos y castigarlos para corregirlos de sus defectos; y hay otros sobre los cuales hay que vigilar continuamente, para evitar que se pierdan o extravíen.

MD 33,1,2 Este proceder depende del conocimiento y del discernimiento de los espíritus. Es lo que debéis pedir a Dios a menudo e insistentemente, como una de las cualidades que más necesitáis para guiar a aquellos de quienes estáis encargados.

MD 33,2,1 Punto II.

También es necesario, dice Jesucristo, *que las ovejas conozcan a su pastor* [2], para poderlo seguir. Dos cosas necesitan los que tienen dirección de almas, e incluso deben sobresalir en ellas.

En primer lugar, mucha virtud para servir de ejemplo a los demás, pues éstos no podrían por menos que extraviarse al seguirlos, si ellos mismos no estuviesen en el camino verdadero.

En segundo lugar, debe manifestarse en ellos especial ternura con las almas que les están confiadas, de modo que sean muy sensibles a todo lo que pueda afectar o herir a sus ovejas. Esto es lo que mueve a las ovejas a amar a su pastor y a complacerse en su compañía, porque encuentran en ella su descanso y su alivio.

MD 33,2,2 ¿Queréis que vuestros discípulos practiquen el bien? Practicadlo vosotros mismos, pues les convenceréis mucho mejor con el ejemplo de una conducta juiciosa y modesta que con todas las palabras que pudierais decirles. ¿Queréis que guarden silencio? Guardadlo vosotros. No los haréis modestos y comedidos sino en la medida en que vosotros lo seáis.

MD 33,3,1 Punto III.

Las ovejas de Jesucristo tienen también obligación de *escuchar la voz de su pastor* [3]. Es, pues, deber vuestro enseñar a los niños que os están confiados, y es deber de cada día. Escucharán vuestra voz, porque debéis darles instrucciones adecuadas a su capacidad, sin lo cual les serían poco útiles.

Por esta razón tenéis que esforzaros y formaros para hacer comprender bien vuestras preguntas y respuestas durante los catecismos, para explicarlas con claridad, y para utilizar palabras de fácil comprensión.

En vuestras exhortaciones tenéis que mostrarles con sencillez sus faltas; ofrecerles los medios para corregirse de ellas; darles a conocer las virtudes que les convienen y hacerles ver que resultan fáciles; e inspirarles sumo horror al pecado y el alejamiento de las malas compañías. En una palabra, hablarles de cuanto puede moverlos a la piedad. Así es como deben escuchar los discípulos la voz de su maestro.

MD 33,1,1: [1] Jn 10,14. – **MD 33,2,1**: [2] Jn 10,14. – **MD 33,3,1**: [3] Jn 10,16.

34

MD 34

Para el domingo tercero después de Pascua (Jn 16,16-22)

Sobre las falsas alegrías del mundo, y de la verdadera que poseen los servidores de Dios

MD 34,1,1 Punto I.

Jesucristo dice en el evangelio de este día que *el mundo se alegrará, y que los servidores de Dios permanecerán algún tiempo en la tristeza, pero que su tristeza se cambiará en gozo* [1]. Lo cual os da ocasión para considerar la diferencia que hay entre la alegría de los mundanos y la de los servidores de Dios.

La alegría del mundo será corta, y la de los servidores de Dios no tendrá fin. Eso es lo que se manifiesta en las palabras del Santo Evangelio. El mundano, dice Jesucristo, se alegrará; pero, ¿por cuánto tiempo? A lo sumo, mientras esté en el mundo. Pero cuando deje de estar en el mundo, es decir, después de esta vida, su alegría acabará, y la tristeza que siga será eterna.

En cuanto a la alegría de los servidores de Dios, será tal, *que nadie,* dice Jesucristo, *se la podrá arrebatar* [2]. Si tienen penas y motivos de tristeza, *será sólo por poco tiempo* [3], y la alegría que ha de seguir a sus penas no tendrá fin.

¡Ay de aquellos que sólo buscan contentarse en este mundo, porque ese contento durará poco!

MD 34,2,1 Punto II.

La segunda diferencia que existe entre la alegría de las gentes del mundo y la de los servidores de Dios, es que la de los primeros es sólo superficial, mientras que la de los segundos es muy sólida.

Esta diferencia se advierte en las palabras de Jesucristo: ***el mundo se alegrará*** [4]; pero en cuanto a los servidores de Dios, ***será su corazón el que se regocije*** [5]. Lo cual nos indica que la alegría de los primeros es sólo aparente; en el mundo todo es ostentación y apariencia. Pero cuando los servidores de Dios están gozosos, es su corazón el que se regocija. Y como este es el sostén de la vida del hombre, pues es en ellos lo último que muere, su alegría es muy sólida, según la aplicación de Nuestro Señor; y no se ve fácilmente sujeta a alteración, porque se fundamenta en lo que es para ellos soporte de la vida de gracia; a saber, el amor de Dios y la comunicación con Dios, por medio de la oración y el uso de los sacramentos. Esto hace que su alegría esté sólidamente fundada, como apoyada en Dios; pues es Dios quien la sostiene y la alimenta.

MD 33,2,2 Vuestra alegría es sólida si os regocijáis en medio de los sufrimientos y de las penas más amargas. Pero si hacéis consistir vuestra alegría en gozar de los placeres de los sentidos, ¡ah!, cuán cierto resulta que todo en ella es superficial, pues participa de la misma naturaleza de su objeto, que no es sino un bien frágil y perecedero

MD 34,3,1 Punto III.

Hay aún otra diferencia muy notable entre la alegría de la gente del mundo y la de los servidores de Dios: la alegría de los primeros es totalmente exterior; la de los últimos es interior, porque reside en el corazón.

De ahí que en los mundanos, la menor pena perturbe su alegría y los sumerja en el abatimiento; mientras que la alegría de los servidores de Dios, al residir dentro de ellos mismos, no puede ser menoscabada por nada exterior; pues nada de lo externo puede penetrar hasta el fondo del corazón, que no tiene comunicación con el exterior, sino en cuanto se deja influenciar por los sentidos. Y como la alegría de los justos está originada por el amor de Dios, que se asienta en el fondo de su corazón, y como el objeto de este amor es un bien inalterable, inmutable y eterno, se sigue que, mientras la caridad mantenga sus almas unidas a Dios, no podrán verse turbados en la posesión de tan delicioso contentamiento.

¿Procede vuestra alegría del interior? ¿No os dejáis llevar alguna vez de cierta alegría vana y del todo exterior?

MD 34,1,1: [1] Jn 16,20. – [2] Jn 16,22. – [3] Jn 16,16. – **MD 34,2,1**: [4] Jn 16,20. – [5] Jn 16,22.

35

MD 35

Para el domingo cuarto después de Pascua (Jn 16,5-14)

De los beneficios que nos proporcionan las penas, sean interiores o exteriores

MD 35,1,1 Punto I.

Cuando Jesucristo dijo a sus apóstoles que *volvía a aquel que lo había enviado, sus corazones se llenaron en seguida de tristeza* [1].

Como la presencia de su maestro constituía todo su consuelo y sostén, se afligían mucho al ver que pronto estarían separados; pues estaban persuadidos de que al no estar ya Jesucristo visiblemente con ellos, se verían privados de una ayuda que creían imprescindible para ellos. Al no haber recibido todavía el Espíritu Santo, se apegaban a lo que impresionaba sus sentidos, sin elevarse más alto.

Cuando se abandona el mundo, y cuando al abandonarlo se renuncia a los placeres de los sentidos, sucede, a veces, que esa renuncia se hace sólo por puro gusto, y por pura atracción sensible hacia Dios y hacia las cosas de Dios, lo que produce satisfacción incomparablemente superior a las de los sentidos.

MD 35,1,2 De modo que es un placer mayor el que mueve a privarse de buena gana de otro placer mucho más pequeño; lo que indica que aún no se ha logrado el total desasimiento.

Pedid mucho a Dios este pleno desasimiento, para no aficionaros sino a Él sólo, en quien está toda la felicidad de esta vida y de la otra.

MD 35,2,1 Punto II.

Jesucristo, al ver que sus apóstoles estaban tristes porque les había dicho que pronto se alejaría de ellos, les dio a entender que *sería ventajoso para ellos que Él partiese* [2].

Quienes se han entregado a Dios, a menudo creen que la presencia sensible de Dios es lo único que los puede sostener en la piedad, y que si alguna vez cayeren en sequedades y en penas interiores, decaerían por completo del grado de santidad a que Dios los había elevado. Y les parece que al perder cierto gusto por la oración y la facilidad para aplicarse a ella, todo se ha perdido para ellos, y que Dios los ha rechazado por completo. Se sienten desolados en su interior, y se imaginan que se les ha cerrado cualquier camino para ir a Dios.

Hay que decirles entonces lo que Jesucristo dijo a sus apóstoles, que les es beneficioso que Dios se retire de ellos sensiblemente, y que aquello que consideran como pérdida es para ellos verdadera ganancia, si soportan la prueba de buen grado.

MD 35,3,1 Punto III.

La razón principal por la que Jesucristo dice a sus apóstoles que les es ventajoso que Él se vaya, es porque *si no se va, no vendrá a ellos el Espíritu consolador; pero si se va, Él se lo enviará* [3].

Por ahí comprendemos que a veces es más beneficioso estar privados de los consuelos espirituales que tenerlos; pues cuanto más desprendido se está de lo que agrada a los sentidos, de tantos más medios dispone uno para ir a Dios puramente, con absoluto desasimiento de todas las criaturas. Entonces es, en efecto, cuando el Espíritu de Dios viene al alma y la colma con sus gracias.

No os lamentéis, pues, cuando sufráis penas, tanto interiores como exteriores; tened la certeza de que cuanto más permanezcáis en ellas, de más medios dispondréis para ser todo de Dios.

MD 35,1,1: [1] Jn 16,6. – **MD 35,2,1**: [2] Jn 16,7. – **MD 35,3,1**: [3] Jn 16,7.

36

MD 36

Para el domingo quinto después de Pascua (Jn 16,23-30)

De la necesidad de la oración

MD 36,1,1 Punto I.

Pedid y recibiréis [1]. Con estas palabras del evangelio de este día, Jesucristo quiere darnos a entender que, puesto que necesitamos recibir sus gracias, debemos también pedírselas; y que Dios, que desea dárnoslas, nos ha proporcionado un medio seguro para obtenerlas. Este medio es la oración, que nos resulta tanto más fácil cuanto que siempre la tenemos al alcance, y podemos servirnos de ella cuando queramos.

Por eso san Agustín, para darnos a entender la facilidad que tenemos de hacer el bien, nos dice: «Si os veis impotentes para obrar, sea a causa de vuestra debilidad, sea a causa de la violencia de la tentación, o por cualquier otro motivo, recurrid a la oración, que os dará infaliblemente el poder de ejecutar lo que supera vuestras fuerzas naturales».

MD 36,1,2 Cuando tengáis dificultad para practicar la virtud, actuad de forma que se os haga fácil, por vuestra aplicación a la oración; acudid a ella con prontitud recordando estas palabras de Jesucristo: *Pedid y recibiréis*.

MD 36,2,1 Punto II.

Lo que debe induciros particularmente a orar, es la debilidad a la que os ha reducido el pecado; debilidad que os haría incapaces de producir ningún bien sobrenatural. Y como cada día somos más débiles, porque a diario caemos en nuevos pecados, también cada día tenemos mayor necesidad de este auxilio.

San Crisóstomo dice que «es medicina divina, que arroja del corazón toda la malicia que encuentra en él, y lo llena de toda justicia».

Por eso, si queremos liberarnos completamente del pecado, no podemos hacer nada mejor que aplicarnos a la oración. En efecto, por numerosos que sean los pecados cometidos por una persona que ama la oración, en medio de los mayores desórdenes, cuenta en la oración con el recurso rápido y fácil para obtener la gracia de la penitencia y del perdón.

MD 36,2,2 Pedid, pues, a Dios un corazón puro, que rehúya y deteste no sólo los pecados

más graves, sino todo cuanto pueda empañar vuestra conciencia y haceros desagradables a Dios.

MD 36,3,1 Punto III.

Estamos tan sometidos a la tentación, que Job dice que ***nuestra vida es tentación continua*** [2]. Y por eso dice san Pedro que ***el demonio, nuestro enemigo, gira en torno nuestro como león rugiente, buscando sin descanso algún medio para devorarnos*** [3].

La oración es la que nos capacita para resistirlo. Jesucristo dice, incluso, del demonio de la impureza, ***que no puede ser arrojado sino por la oración y el ayuno*** [4]. Y coloca la oración por delante del ayuno para indicarnos que, aunque la mortificación sea muy necesaria para vencer al espíritu inmundo, es mucho más importante aún armarse con la oración de cara a sus ataques.

Así, pues, cuando os veáis asaltados por el espíritu tentador, no ceséis de orar, hasta que lo hayáis alejado totalmente de vosotros.

MD 36,1,1: [1] Jn 16,24; Lc 11,9. – **MD 26,3,1:** [2] Job 7,1. – [3] 1P 5,8. – [4] Mt 17,20. Mc 9,29.

37

MD 37

Para el lunes de Rogativas

De la obligación que tenemos de orar por aquellos de quienes estamos encargados de instruir

MD 37,1,1 Punto I.

En el evangelio de este día propone Jesucristo una parábola que da a entender la obligación que tenéis de interesaros por las necesidades de aquellos a quienes instruís. ***Si alguno de vosotros,*** dice, ***fuere a media noche en busca de uno de sus amigos y le dijese: préstame tres panes, pues uno de mis amigos acaba de llegar de viaje a mi casa, y no tengo nada que darle*** [1].

En la exposición que hace san Agustín de esta parábola, dice que este amigo viajero es aquel que, después de haber caminado por la vía de la iniquidad, después de haber buscado la satisfacción de sus pasiones en el siglo, sin encontrar en él más que vicios, vanidad, miserias y pesadumbres, se dirige a vosotros, en su indigencia, para recibir algún socorro, persuadido de que vosotros habéis recibido gracia para ***sostener a los débiles, para enseñar a los ignorantes y para corregir a los delincuentes*** [2]. Acude a vosotros como viajero cansado y fatigado, y os suplica que lo aliviéis en su necesidad.

MD 37,1,2 He ahí la disposición en que se encuentran aquellos a quienes la providencia os encarga de instruir y a los que debéis formar en la piedad. Dios mismo es quien os los ha traído; ***es Dios quien os hace responsables de su salvación*** [3], y quien os ha impuesto la obligación de atender a todas sus necesidades espirituales. Ese debe ser también vuestro constante afán.

MD 37,2,1 Punto II.

Los niños que acuden a vosotros, o no han recibido educación, o sólo la han

tenido mala; y si alguna buena enseñanza recibieron, las malas compañías o los malos hábitos les han impedido obtener provecho de ella. Dios os los envía para que les comuniquéis el espíritu del cristianismo, y para que los eduquéis según las máximas del Evangelio.

Vosotros mismos estáis obligados a instruiros, dice san Agustín, y deberíais encontrar motivo de sonrojaros, al veros obligados a enseñarles lo que vosotros mismos no sabéis, o a exhortarlos a practicar lo que vosotros no practicáis.

MD 37,2,2 Pedid, pues, a Dios aquello que no hay en vosotros, a fin de que Él os conceda plenamente lo que os falta, es decir, el espíritu cristiano y un profundo conocimiento de la religión.

Quienes se dirigen a vosotros vienen en medio de la noche. Eso indica, dice san Agustín, su mucha ignorancia; su necesidad es apremiante, y vosotros no tenéis con qué aliviarla; la simple fe en los misterios sería suficiente para vosotros, pero no os es suficiente para con ellos. ¿Los abandonaréis, pues, y los dejaréis sin instrucción? Recurrid a Dios, ***llamad a la puerta, rogad, solicitad con insistencia, incluso hasta importunar*** [4].

Los tres panes que habéis de pedir, dice el mismo Padre, son el conocimiento de las tres divinas personas. Si lo obtenéis de Dios, tendréis con qué alimentar a los que recurren a vosotros, necesitados de instrucción.

MD 37,3,1 Punto III.

Debéis mirar a los niños de quienes estáis encargados de instruir como huérfanos pobres y abandonados. En efecto, aunque la mayoría tengan padre en la tierra, en realidad, es como si no lo tuvieran, y viven abandonados a sí mismos en lo referente a la salvación del alma. Por esta razón los pone Dios, en cierto modo, bajo vuestra tutela.

Él los mira compasivo, y ***cuida de ellos, como quien es su protector, su apoyo y su padre*** [5]; pero se descarga en vosotros de este cuidado.

MD 37,3,2 Este Dios bondadoso los pone en vuestras manos, y toma sobre sí el otorgarles cuanto le pidáis para ellos: la piedad, la modestia, la mesura, la pureza, el alejamiento de las compañías que pudieran serles peligrosas.

Y como Él sabe que por vosotros mismos no tenéis ni suficiente virtud ni suficiente poder para procurar todas estas cosas a los niños de quienes estáis encargados, quiere que se las pidáis para ellos, frecuente, fervorosa e insistentemente; a fin de que, gracias a vuestros cuidados, no les falte nada de lo que necesitan para salvarse.

MD 37,1,1: [1] Lc 11,5-6. – [2] 1Ts 5,14. – **MD 37,1,2**: [3] Cf. Hb 13,17. – **MD 37,2,2**: [4] Lc 11,9. – **MD 37,3,1**: [5] Sal 68,6.

38

MD 38

Para el martes de Rogativas

Del amor a la oración

MD 38,1,1 Punto I.

Jesucristo, para instar vivamente a los hombres a orar, asegura que *cuanto se pidiere, se recibirá* [1]. *Todo el que pide,* dice, *recibe* [2]. La oración produce por sí misma este efecto, eso es lo que Dios le garantiza; y por eso cuanto más se le pide, tanto más da; porque se complace mucho en dar a los hombres. No nos exhortaría tanto a que le pidiéramos, dice san Agustín, si no estuviera dispuesto a dárnoslo, y si no lo quisiera efectivamente.

MD 38,1,2 Sentid, pues, vergüenza de veros tan pusilánimes y negligentes en pedir a Dios, que tiene más ganas de daros que vosotros de pedirle; tiene Él más compasión de vuestra miseria que vosotros deseo de libraros de ella.

Animaos, pues, a creer a quien tanto os insta; haceos dignos de sus promesas, y complaceos en recurrir a Él.

¿Quién es, dice san Agustín, el que confió obtener de Dios alguna cosa, y quedó confundido?

MD 38,2,1 Punto II.

Jesucristo, en el santo Evangelio, da dos razones de la eficacia de la oración. La primera es la fe y la confianza con la que se acude a la oración. *Cualquier cosa,* dice Jesucristo, *que pidierais con fe en la oración, la obtendréis* [3]. Dice todo, indistintamente, y no exceptúa nada.

¿Quién creería que la fe tiene tal efecto, de obtener infaliblemente todo lo que se pide a Dios, si el Hijo de Dios, que *es la verdad misma* [4], no os lo asegurara? No sólo os lo ha dado a conocer con estas palabras, sino que os ha dado un gran ejemplo en aquella mujer cananea, que habiendo orado insistentemente y apremiado a Jesucristo para que librara a su hija poseída por el demonio, mereció que Jesucristo accediese a su petición, tan sólo a causa de su fe. *¡Oh mujer,* le dijo Jesús, *cuán grande es tu fe! Hágase según tu deseo* [5].

MD 38,2,2 Estad, pues, persuadidos de que Dios está dispuesto a no rehusaros nada de lo que le pidáis con fe y con confianza en su bondad.

MD 38,3,1 Punto III.

La segunda razón por la que Dios concede todo a quienes oran es la humildad con que le piden lo que necesitan; pues, como muy bien dice el Sabio, Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes [6]; es decir, que no concede nada a aquéllos, pero a éstos no les niega nada. Esto es lo que Jesucristo mostró con toda evidencia en la parábola del fariseo y del publicano, que oraban juntos en el Templo; de ellos el último *volvió a su casa*, dice Jesucristo, *justificado, pero no el otro*; y la razón que da a continuación es que *quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado* [7].

MD 38,3,2 Como si dijese que la oración del primero no fue escuchada porque estaba acompañada con sentimientos de orgullo; y que el segundo, a pesar de los

considerables pecados que había cometido, obtuvo la plena remisión, a causa de la contrición y de la humildad con que se había presentado ante Dios; y regresó justificado a su casa.
Cuando oréis, pues, a Dios, que sea con tanta humildad que Dios no os pueda rehusar nada de lo que le pidáis.

MD 38,1,1: [1] Mt 21,22. – [2] Lc 11,10. – **MD 38,2,1**: [3] Mt 21,22. – [4] Jn 14,6. – [5] Mt 15,28. – **MD 28,3,1**: [6] Pr 3,34. – [7] Lc 18,14.

39

MD 39

Para la vigilia de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

De lo que ha de pedirse a Dios en la oración

MD 39,1,1 Punto I.
Jesucristo, en el evangelio de este día y en la continuación del mismo capítulo, nos hace ver, a través de la oración que dirige a su Padre por sus santos apóstoles, lo que debemos pedir a Dios.
Para ellos no pide cosas humanas y temporales, porque Él no vino a este mundo para proporcionárselas a los hombres; y porque reconoce que es *el Padre Eterno quien le ha deparado sus discípulos, y que a Él le pertenecen* [1]; y que incluso *los ha destinado a predicar su Evangelio* [2] y a trabajar en la salvación de las almas; por ello no debe pedir a su Padre que les conceda sino cuanto pueda contribuir al fin para el que Él los llama. Por este motivo, pues, pide Jesucristo al Padre Eterno, en esta oración, particularmente tres cosas.
La primera es el alejamiento del pecado, con estas palabras: *Preservalos del mal* [3]. Eso es también lo primero que debéis pedir vosotros a Dios, hasta que lo obtengáis.

MD 39,1,2 Debéis tener tal horror de todo aquello que se acerca al pecado, que incluso os abstengáis, según san Pablo, *de cuanto tiene su sombra y apariencia* [4]. Y como es un bien que no podéis conseguir por vosotros mismos, importa mucho que, para ello, imploréis continuamente la ayuda de Dios.
Pedidle, pues, insistentemente que nada os haga desagradables a sus ojos, ya que tenéis la obligación de inspirar su amor en el corazón de aquellos a quienes instruís.
¿Lo hacéis así? ¿Es eso lo que pedís a Dios en las oraciones que le dirigís?

MD 39,2,1 Punto II.
La segunda cosa que pide Jesucristo al Padre Eterno para sus santos apóstoles en esta oración es que *los santifique en la verdad* [5]; es decir, que no los santifique sólo con una santidad exterior, como la que exigía en la antigua ley, sino que purifique sus corazones y que los santifique por la gracia y la comunicación de la santidad divina, que se halla en Jesucristo, de la cual deben ellos hacerse partícipes para poder contribuir a santificar a los demás. Añade que *con este fin se ofrece a su Padre y quiere sacrificarse* [6] por la muerte que va a padecer en la cruz.

MD 39,2,2 Puesto que estáis llamados en vuestro estado a procurar la santificación de vuestros alumnos, debéis ser santos, con santidad no común; ya que sois vosotros quienes debéis comunicarles la santidad, tanto por medio de vuestro buen ejemplo como por las palabras de salvación que debéis anunciarles todos los días.

La aplicación interior a la oración, el aprecio de vuestros ejercicios, la fidelidad en cumplirlos bien y en seguir todas las prácticas de comunidad os ayudarán, sobre todo, a adquirir esta santidad y esta perfección que Dios desea que tengáis.

Pedídsela todos los días con insistencia, y tomadlo tan a pechos, que no dejéis nunca de orar hasta que la hayáis conseguido.

MD 39,3,1 Punto III.

La tercera cosa que pide Jesucristo al Padre Eterno para sus santos apóstoles, en la oración que hace en el evangelio de este día, es *unión muy estrecha entre ellos, que sea tan íntima y estable, que desea se asemeje a la de las tres divinas personas* [7]; no en todo, puesto que ellas poseen, las tres, una misma esencia; sino por participación, y de tal modo, que la unión de espíritu y de corazón que Jesucristo deseaba que existiese entre sus apóstoles, produjera el mismo efecto que la unión esencial que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es decir, que *entre todos ellos sólo hubiese un mismo sentir y un mismo querer; las mismas aficiones, las mismas máximas y las mismas prácticas* [8].

Esto es lo que recomienda san Pablo a los fieles a quienes escribe. Y es también lo que se puso de manifiesto en los santos apóstoles y en los primeros discípulos de Jesucristo, según lo que refiere san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que *tenían todos un solo corazón y una sola alma* [9].

MD 39,3,2 Puesto que Dios os ha concedido la gracia de llamaros a vivir en comunidad, no hay nada que debáis pedirle con mayor insistencia que esta unión de espíritu y de corazón con vuestros Hermanos; pues sólo a través de esta unión alcanzaréis la paz que debe constituir toda la dicha de vuestra vida.

Instad, pues, al Dios de los corazones, que del vuestro y del de vuestros Hermanos forme uno solo en el de Jesús.

MD 39,1,1: [1] Jn 17,6. – [2] Cf. Jn 17,18; Mt 28,19. – [3] Jn 17,15. – **MD 39,1,2**: [4] 1Ts 5,22. – **MD 39,2,1**: [5] Jn 17,17. – [6] Jn 17,19. – **MD 39,3,1**: [7] Jn 17,22-23. – [8] Flp 2,2. – [9] Hch 4,32.

40

MD 40

Para la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

MD 40,1,1 Punto I.

Como Jesucristo no vino a la tierra sino para darnos la ley nueva y para obrar los misterios de nuestra redención, una vez cumplido plenamente cuanto se refería a las funciones de su ministerio de legislador y de redentor de los hombres, ya no había nada que le retuviera en este mundo; y hasta parecía que ya no se encontraba sino en situación violenta, puesto que el centro de su

cuerpo glorioso era el cielo, y su lugar, *la derecha de su Padre* [1].
Con todo, el trato que aún debía mantener con los hombres le forzaría a ocultar en sus apariciones el resplandor de su gloria.

MD 40,1,2 Vosotros, que os habéis retirado del mundo, debéis vivir completamente desprendidos de todas las inclinaciones humanas, que llevan sólo a la tierra. Tenéis que *aspirar sólo al cielo y dirigir siempre a él vuestro espíritu y vuestro corazón* [2], puesto que no existís sino para el cielo, no debéis trabajar sino por el cielo, y no encontraréis perfecto descanso más que en el cielo.

MD 40,2,1 Punto II.
Este es el día en que Jesucristo deja la tierra para elevarse al cielo. Allí ha establecido y fijado su morada para siempre. En este día su santísima humanidad se presta a la adoración de todos los ángeles y de todos los justos que allí entraron con Él, para gozar de la felicidad eterna.
Adorad con todos los santos esta sagrada humanidad, *a la que ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* [3]; uníos allí a todos ellos para mostrarle vuestro reconocimiento y reverenciarla cuanto se merece; consideradla como aquella en quien *se encierran todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios* [4], según san Pablo. De ella, como de fuente, saca el Salvador todas las gracias que derrama sobre los hombres que, por sus buenas obras y por su piedad, se hacen dignos de participar de ellas.

MD 40,2,2 ¿Cuándo podréis decir vosotros con san Esteban que *veis los cielos abiertos, y a Jesucristo dispuesto a comunicaros sus gracias* [5]? Pedidle, sobre todo, la de no ocuparos ya más que de las cosas del cielo.

MD 40,3,1 Punto III.
Reconoced que la subida de Jesucristo al cielo resulta muy provechosa para vosotros, pues de allí proceden todos los dones que han de enriquecer y adornar vuestra alma. En efecto, Jesucristo se muestra liberal con los hombres en virtud de la potestad que hoy recibe sobre todas las criaturas, tanto del cielo como de la tierra. *En cuanto cabeza suya* [6], *los hace partícipes de la vida de la gracia, cuya plenitud posee* [7]; y, *en calidad de mediador, presenta vuestras oraciones y vuestras buenas obras a Dios, su Padre; y Él mismo ruega por vosotros* [8], para atraer su misericordia sobre vosotros, e impedir que descargue su ira contra vosotros, cuando le ofendéis.

MD 40,3,2 Decid, pues, con san Agustín, que la Ascensión de Jesucristo es vuestra gloria, el motivo de vuestra esperanza y la prenda de vuestra felicidad. Haceos dignos de tener a Jesucristo por vuestro soberano, vuestra cabeza y vuestro mediador en el cielo.

MD 40,1,1: [1] Mc 16,19. – **MD 40,1,2**: [2] Cf. Col 3,1-2. – **MD 40,2,1**: [3] Mt 28,18. – [4] Col 2,3. – **MD 40,2,2**: [5] Hch 7,56. – **MD 40,3,1**: [6] Col 1,18-20; Cf. Ef 4,15; 1,19-22. – [7] Cf. Jn 1,16. – [8] Hb 7,25.

41

MD 41

Para el domingo infraoctava de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo (Jn 15,26-27; 16,1-4)

MD 41,1,1 Punto I.

En el evangelio de este día, Jesucristo predice a sus apóstoles las persecuciones que habrán de padecer por parte de los judíos, que *los han de arrojar de sus sinagogas y de sus asambleas, considerándolos como excomulgados* [1], indignos de vivir entre ellos.

Así es como las gentes del mundo consideran a quienes son de Dios, sobre todo a los que se han retirado del mundo; los vejan, los injurian, los ultrajan y los maltratan como a malhechores, porque, según Nuestro Señor, *no son del mundo* [2].

MD 41,1,2 Así tenéis que esperar ser tratados mientras viváis según el espíritu de vuestro Instituto y trabajéis provechosamente por el prójimo; pues, como el demonio os odia, el mundo, que está estrechamente unido a él, no podrá soportaros.

Correspondedle vosotros con la misma medida; ese será uno de los mejores medios para manteneros en la piedad, en el retiro y en el alejamiento del mundo.

MD 41,2,1 Punto II.

Jesucristo predice a los apóstoles no sólo que serán arrojados y ultrajados por los judíos, sino incluso, que *quienes los maten creerán que hacen un gran servicio a Dios* [3].

Si en nuestros días no se quita la vida a quienes son de Dios y trabajan por su gloria, con todo, ¿qué no se hace para deshonrarlos con las más viles calumnias, tratándolos como si fueran indignos de vivir?

MD 41,2,2 Por vuestra parte, debéis sentiros a gusto de ser tratados así. Consideraos, incluso, como muertos al mundo, y no tengáis ningún trato con él. *Si sois verdaderamente de Dios, sois enemigos del mundo, y él lo es vuestro, porque es enemigo de Dios* [4].

Tratadlo, pues, como tal, y tened horror a frecuentarlo; y no permitáis que tenga el menor acceso a vosotros, por temor a que, si os relacionáis con él, vengáis a participar de su espíritu.

MD 41,3,1 Punto III.

La razón de que el mundo maltrate y ultraje así a los discípulos de Jesucristo es, como Él mismo dice, que *este mundo no lo conoce, ni a Él, ni a su Padre, que le ha enviado* [5].

Y, en efecto, los seguidores del siglo, de ordinario sólo tienen afecto a sus semejantes, es decir, a quienes sólo sienten gusto por lo que halaga los sentidos. Sólo tienen un conocimiento muy imperfecto de Dios, por lo cual no piensan en Él, no hablan de Él, no escuchan con gusto que se hable de Él, y sólo rara vez le rezan. De ahí viene el desprecio que sienten y que con frecuencia manifiestan hacia los servidores y amigos de Dios.

MD 41,3,2 Vosotros tenéis que instruir, a veces, a niños que no conocen a Dios, porque fueron educados por padres que tampoco ellos mismos lo conocían. Tratad de conocerlo tan bien, por medio de la lectura y por la oración, que estéis en condiciones de darlo a conocer a los demás, y conseguir que sea amado de todos aquellos a quienes lo hayáis dado a conocer.

MD 41,1,1: [1] Jn 16,2. – [2] Jn 15,19; Jn 17,14. – **MD 41,2,1**: [3] Jn 16,2. – **MD 41,2,2**: [4] Cf. Jn 15,18-19. – **MD 41,3,1**: [5] Jn 16,3.

42

MD 42

Para la vigilia de Pentecostés

Sobre las disposiciones para recibir el Espíritu Santo

MD 42,1,1 Punto I.

Jesucristo, en el evangelio de este día, nos señala tres disposiciones para recibir el Espíritu Santo, expresadas en estas palabras: ***Si me amáis, observad mis mandamientos, y yo rogaré a mi Padre, y Él os dará otro Consolador, para que esté por siempre con vosotros*** [1].

MD 42,1,2 La primera de estas disposiciones es amar a Dios y entregarse del todo a Él. Para esto, es preciso que estéis desasidos de todas las cosas creadas, y que no tengáis afecto sino para Dios. Pues quien se apega al mundo y a sus bienes, no es apto para recibir el Espíritu de Dios, que sólo se comunica a aquellos que encuentra vacíos de lo que no es Dios.

Esa es la razón de que ***el mundo no pueda recibir este divino Espíritu*** [2], como dice Jesucristo, porque sólo ***se aficiona a la concupiscencia de la carne, a la concupiscencia de los ojos y a la soberbia de la vida*** [3].

Desasíos, pues, de todas las cosas, y no os apeguéis sino a Dios sólo, si queréis estar en disposición de recibir el Espíritu de Dios.

MD 42,2,1 Punto II.

La segunda disposición para recibir el Espíritu Santo es observar fielmente los mandamientos de Dios, y aplicarse a cumplir en todo su santa voluntad.

Puesto que Jesucristo dice que ***el Espíritu Santo permanecerá para siempre en aquellos y con aquellos que lo reciban*** [4], y que sólo se complace en aquellos que tratan de cumplir siempre lo que Dios desea de ellos y conformarse en todo con su santa voluntad, no puede uno pretender recibirlo si no se dispone a cumplir en todas las cosas la voluntad de Dios.

MD 42,2,2 No hay duda de que vosotros os habéis retirado del mundo con el único fin de entregaros del todo a Dios y poseer en abundancia su divino Espíritu; con todo, no esperéis alcanzarlo, si no ejecutáis con exactitud aquello que conocéis ser voluntad de Dios. Poned sumo cuidado en observar exactamente vuestras Reglas.

MD 42,3,1 Punto III.

Nada dispone mejor a recibir el Espíritu Santo que la oración. Por eso asegura Jesucristo que *nuestro Padre celestial dará este Espíritu, todo lleno de amor y de bondad hacia nosotros, a cuantos se lo pidan* [5].

Y como sabe que la plenitud de este divino Espíritu es difícil de conseguir, y deseando, a pesar de ello, comunicársela a sus santos apóstoles, les asegura que *Él rogará por ellos a su Padre* [6] para que puedan recibirlo con profusión.

MD 42,3,2 Si queréis, pues, disponeros en la medida que Dios os lo exige, a ser colmados del Espíritu de Dios el día de Pentecostés, día en que derrama gustoso sus gracias, puesto que en tal día se comunicó a los santos apóstoles y a cuantos entonces componían la Iglesia, aplicaos atenta y fervorosamente a la oración, para que podáis ser colmados de las gracias de Dios.

No ceséis de rogarlo durante estos días santos. Repetidle a menudo, con la Iglesia, estas santas palabras: *Envía tu Espíritu Santo para darnos nueva vida, y renovarás la faz de la tierra* [7].

MD 42,1,1: [1] Jn 14,15-16. – **MD 42,1,2**: [2] Jn 14,17. – [3] 1Jn 2,16. – **MD 42,2,1**: [4] Jn 14,16-17. – **MD 42,3,1**: [5] Lc 11,13. – [6] Jn 14,16. – **MD 42,3,2**: [7] Sal 104,30.

43

MD 43

Para el día de Pentecostés (Jn 14,23-31)

MD 43,1,1 Punto I.

Los apóstoles permanecieron en retiro y dedicados a la oración [1] desde la Ascensión de Jesucristo hasta el día de Pentecostés, que era la fiesta que celebraban los judíos para conmemorar la recepción de la ley antigua por Moisés, en el monte Sinaí. En *este día descendió el Espíritu Santo sobre ellos y sobre cuantos estaban reunidos con ellos* [2], en una espaciosa sala, para darles *la ley nueva, que era ley de gracia y de amor* [3].

Y se derramó sobre ellos y en ellos *a modo de viento impetuoso* [4], para indicar que del mismo modo que Dios, al crear al hombre, *insufló en él*, según la expresión de la Escritura, *un aliento de vida* [5], así igualmente Jesucristo, al comunicar a sus discípulos la vida nueva, para que vivieran en lo sucesivo sólo según la gracia, insufló en ellos su divino Espíritu, para darles alguna señal de su vida divina.

MD 43,1,2 También en este santo día debe reposar sobre vosotros el Espíritu de Dios, para poneros en disposición de no vivir y de no actuar ya sino por su impulso. Atraedle a vosotros mediante un corazón bien dispuesto.

MD 43,2,1 Punto II.

Se refiere en los Hechos de los Apóstoles que ese *viento*, símbolo del Espíritu de Dios, que se derramó sobre los discípulos de Jesucristo, *llenó toda la casa;* y eso para manifestar lo que se expresa a continuación, *que todos los que estaban allí reunidos fueron llenos del Espíritu Santo* [6].

En ese momento los apóstoles recibieron tal abundancia de gracias, que *toda Jerusalén resonó con sus voces* [7]. No hablaban más que de Jesucristo resucitado. Tenían siempre en su boca las palabras de la Sagrada Escritura, que les servía de guía de su conducta.
Todos se habían dispersado después de verlo expirar en la cruz. Se habían escondido por miedo a la muerte. Pero, una vez recibido el Espíritu Santo, se reunieron en asamblea en el mismo lugar, y allí se animaban; *se alentaban a padecer por el nombre de Jesucristo; se consideraban felices por ello y se regocijaban* [8].

MD 43,2,2 En vuestro estado necesitáis la plenitud del Espíritu de Dios, pues no debéis vivir ni guiaros sino conforme al espíritu y a las luces de la fe. Y sólo el Espíritu de Dios os puede poner en tal disposición.

MD 43,3,1 Punto III.
Los Hechos de los Apóstoles añaden que *a todos los discípulos que estaban reunidos se les aparecieron como lenguas de fuego, separadas unas de otras, que se posaron sobre cada uno de ellos; y desde ese momento comenzaron a hablar lenguas diversas, según la gracia que el Espíritu Santo les otorgaba* [9].
¡Qué maravilla! Los que antes eran tan rudos que no podían entender las santas verdades que les exponía Jesucristo, fueron de repente iluminados de tal modo, que explicaban con claridad e increíble precisión las palabras de la Sagrada Escritura. De manera que *todos los allí presentes estaban fuera de sí y profundamente asombrados* [10]; *y que en poco tiempo se convirtieron muchos* [11]; porque, como les dijo san Pedro, *el Espíritu de Dios se había derramado sobre ellos* [12].

MD 43,3,2 Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones; y no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios. Pedidle que os conceda hoy la misma gracia que otorgó a los santos apóstoles, y que después de haberos colmado de su Espíritu para santificaros, os lo comunique también para procurar la salvación de los demás.

MD 43,1,1: [1] Hch 1,13-14. – [2] Hch, 2,1-4. – 3 Cf. Jr 31,33-34; Rm 8,2. – [4] Hch 2,2. – [5] Gn 2,7. – **MD 43,2,1**: [6] Hch 2,2-4. – [7] Hch 2,5-6. – [8] Hch 5,41. – **MD 43,3,1**: [9] Hch 2,3-4. – [10] Hch 2,12. – [11] Hch 2,33. – [12] Hch 2,33.

44

MD 44

Para el lunes de Pentecostés

Del primer efecto que produce el Espíritu Santo en el alma, que es moverla a contemplar las cosas con los ojos de la fe

MD 44,1,1 Punto I.
En el evangelio de hoy dice Jesucristo que *la luz vino al mundo, pero que los hombres amaron más las tinieblas que la luz* [1].
Por la venida del Espíritu Santo descendió al mundo la luz verdadera; y el

primer efecto que produce en el alma que ha tenido la dicha de recibirlo, es hacerle ver las cosas del cielo con ojos totalmente distintos a como las ven quienes viven según el espíritu del siglo.

Por este motivo dice Jesucristo a sus apóstoles en otro lugar del Evangelio, que ***cuando venga el Espíritu Santo, al que llama Espíritu de Verdad, les enseñará toda verdad*** [2]; pues les dará a conocer todas las cosas, mostrándoselas, no sólo en aquello que tienen de apariencia, sino según lo que son en sí mismas, y según se conocen cuando se penetra en ellas con los ojos de la fe.

MD 44,1,2 ¿Es ésta la luz de que os servís para discernir todas las cosas visibles, y para conocer en ellas lo verdadero y lo falso, lo aparente y lo real? Si procedéis como discípulos de Jesucristo y como iluminados por el Espíritu de Dios, ésa ha de ser la única luz que debe guiaros.

MD 44,2,1 Punto II.

Las verdades que el Espíritu Santo enseña a los que lo han recibido, son las máximas diseminadas por el Santo Evangelio; Él se las hace comprender y se las hace gustar, y los mueve a vivir y a actuar según las mismas. Pues sólo el Espíritu de Dios puede hacer que se comprendan y mover eficazmente a practicarlas, porque están por encima del alcance de la mente humana.

¿Podemos, en efecto, comprender que ***los pobres son bienaventurados*** [3]; que ***hay que amar a los que nos odian*** [4]; que ***hay que alegrarse cuando nos calumnian y se dice toda clase de mal contra nosotros*** [5]; que ***debemos devolver bien por mal***[6], y otras muchas verdades del todo contrarias a lo que nos sugiere la naturaleza, a menos que el mismo Espíritu de Dios nos las enseñe?

MD 44,2,2 Tenéis obligación de enseñar estas santas máximas a los niños a quienes estáis encargados de instruir. Debéis estar muy penetrados de ellas, para imprimirlas profundamente en sus corazones. Sed, pues, dóciles al Espíritu Santo, que en poco tiempo os puede comunicar perfecto conocimiento de ellas.

MD 44,3,1 Punto III.

Aun cuando estas profundas verdades sean tan admirables y sublimes, y aunque sea el Espíritu de Dios, que es la verdadera luz, quien ilumine a las almas, con todo, la mayoría de los hombres no entienden nada de ellas, porque, dice el Evangelio, ***aman más las tinieblas que la luz, y no conocen el Espíritu de Dios*** [7], ni lo que es capaz de inspirar y producir en las almas. Y la razón que Jesucristo da de ello es ***que sus obras son malas, y que quienquiera que obra el mal aborrece la luz*** [8].

Además, como el mundo está cegado por el pecado, profesa máximas totalmente contrarias a las que el Espíritu de Dios enseña a las almas santas, y se conduce según dichas máximas. Ellas son, también, la fuente de sus pecados y de la corrupción de su corazón.

MD 44,3,2 No hay nada que no debáis hacer para alejar del espíritu de vuestros discípulos las máximas y las prácticas del mundo, y para inspirarles horror hacia ellas. Cuanta mayor aversión sintáis hacia el mundo, tanto más aborreceréis su proceder y sus máximas en vosotros y en los demás.

MD 44,1,1: [1] Jn 3,19. – [2] Jn 16,13. – **MD 44,2,1**: [3] Mt 5,3. – [4] Mt 5,44. – [5] Mt 5,11. – [6] Lc 6,27. – **MD 44,3,1**: [7] Jn 3,19. – [8] Jn 3,19-20.

45

MD 45

Para el martes de Pentecostés

Del segundo efecto que produce el Espíritu Santo en el alma, que es hacerla vivir y obrar por la gracia

MD 45,1,1 Punto I.

Jesucristo dice en el evangelio de este día que *ha venido para que aquellos que son suyos tengan la vida, y la tengan en mayor abundancia* [1].

Eso mismo se debe atribuir al Espíritu Santo, que no viene al alma sino para comunicarle la vida de la gracia o para hacer que obre por medio de la gracia.

Puesto que para poder obrar es necesario vivir, el primer impulso que el Espíritu de Dios ha de dar a un corazón del que toma posesión es infundirle la vida de la gracia. Por eso san Pablo le llama *Espíritu de Vida*, y dice que *por medio de este Espíritu fue él liberado de la ley del pecado* [2].

MD 45,1,2 Vosotros debisteis quedar libres de esta ley vergonzosa desde el momento en que salisteis del mundo y *llegasteis a ser libres con la libertad de los hijos de Dios* [3], con la que os ha honrado Jesucristo. Poned, pues, cuidado en conservar la gracia que os fue dada, y que Jesucristo adquirió para vosotros con tanto esfuerzo, y *no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud* [4] del pecado.

Eso sería injuriar a Jesús, que os mereció la gracia mediante tantos sufrimientos, y *contristar al Espíritu Santo* [5], que con tanta bondad os la comunicó.

MD 45,2,1 Punto II.

A la persona retirada del mundo no le basta con vivir de la gracia; es preciso también que resista a cuanto pudiera hacérsela perder. Eso es también lo que produce en ella el Espíritu Santo.

La carne, dice san Pablo, *combate con sus apetitos contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y son contrarios entre sí* [6]. *Por eso,* dice el mismo apóstol, *si mortificáis las obras de la carne por el Espíritu (es decir, por el Espíritu de Dios, que mora en vosotros), viviréis* [7].

MD 45,2,2 Lo que os indica que no podréis conservar la vida de la gracia sino mortificando en vosotros las inclinaciones de la naturaleza corrompida, que a eso llama carne san Pablo. Cuanto más las resistáis, tanto más fortaleceréis en vosotros la vida de la gracia.

Además, sólo por este medio seréis totalmente de Jesucristo, ya que *quienes son de Jesucristo*, dice el mismo san Pablo, *han crucificado su carne con sus vicios y pasiones* [8].

Mortificad, pues, vuestros miembros [9], añade, y de ese modo os abstendréis de realizar los deseos de la carne y os afianzaréis en la gracia.

MD 45,3,1 Punto III.

Aunque sea efecto muy particular de la bondad de Dios el manteneros en su santa gracia, con todo, esto no os basta en vuestra profesión para vivir en ella según el espíritu de vuestro estado.

En ella debéis, además, obrar por la gracia, y poner de manifiesto que os conducís por el impulso del Espíritu de Dios. Eso, según san Pablo, debe ser señal de que estáis en gracia de Dios: ***Si vivís por el Espíritu***, dice, ***obrad también por el Espíritu*** [10].

Es, pues, necesario, que procuréis mantener sobre vosotros mismos tal vigilancia, que la naturaleza no tenga parte alguna en lo que realizáis, y que no haya nada en vuestras acciones que no sea producido por la gracia.

¿No hacéis muchas cosas sólo por motivos puramente humanos y naturales, y porque tenéis inclinación a ello? ¿Hacéis todo como quien está delante de Dios, es de Dios y como quien ***no tiene que agradar más que a Dios*** [11]?

MD 45,1,1: [1] Jn 10,10. – [2] Rm 8,2. – **MD 45,1,2**: [3] Rm 8,21. – [4] Ga 5,1. – [5] Ef 4,30. – **MD 45,2,1**: [6] Ga 5,17. – [7] Rm 8,11-13. – **MD 45,2,2**: [8] Ga 5,24. – [9] Col 3,5. – **MD 45,3,1**: [10] Ga 5,25. – [11] 1Co 7,32.

46

MD 46

Para el domingo de la Santísima Trinidad (Mt 28,18-20)

MD 46,1,1 Punto I.

Adorad este sagrado misterio, que está completamente por encima de nuestros sentidos, e incluso por encima de nuestra razón. Los ángeles y los santos le tributan su reverencia sin haber podido nunca penetrarlo.

Contentaos con venerarlo con ellos, y anonadándoos en espíritu y de corazón en la consideración de este misterio, confesad que cuanto de él podéis decir y concebir es que encierra un Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. He ahí el objeto de la más profunda veneración de la Iglesia, tanto en el cielo como en la tierra.

Ante tan inefable misterio, ***toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los infiernos*** [1], y vosotros debéis reconocer, con todos los espíritus bienaventurados, que ***santo, santo, santo es el Señor Dios omnipotente, y que todo el mundo está lleno de su gloria y de su majestad*** [2]. Él es, en efecto, quien merece toda la gloria, y el único a quien corresponde, pues no hay otro, sino Él, que sea algo por sí mismo.

MD 46,1,2 Tributad hoy vuestros homenajes a este divino misterio, y confesad que está por encima de cualquier otro misterio, porque es el principio de todos los demás.

MD 46,2,1 Punto II.

Con justa razón se puede llamar al misterio de la Santísima Trinidad misterio de fe, porque sólo la fe brilla en este misterio. Sólo ella nos permite conocerlo, aunque superficialmente, y en la medida en que es posible durante esta vida.

Sólo ella mantiene nuestro espíritu fijo en la consideración de este supremo misterio, que excede infinitamente la capacidad del espíritu humano. Sólo ella, ***arrancando el espíritu de las tinieblas*** [3] de la infidelidad, lo vuelve a introducir en la profundidad de estas sagradas tinieblas, de las que se vale la fe para mantenernos en cautividad.

¡Dichosa oscuridad que vela nuestro entendimiento y humilla nuestra razón!

En los demás misterios hay algo sensible que los acompaña y presta apoyo, de algún modo, a nuestros sentidos y nuestra razón; pero en éste, ni los sentidos ni la razón tienen acceso.

MD 46,2,2 Pedid, pues, a Dios fe abundante para creer en este sagrado misterio, y decid, confesando abiertamente un Dios en tres personas, que son ***bienaventurados los que creen sin haber visto*** [4].

MD 46,3,1 Punto III.

Si es cierto que este misterio, que no tiene semejante en eminencia y santidad, es el primer objeto de la veneración de todos los fieles, mucho más digno de respeto debe ser para vosotros, que os comprometéis a enseñarlo y a darlo a conocer a los niños, que son las plantas animadas del campo de la Iglesia.

Ellos, igual que vosotros, desde su bautismo están consagrados a la Santísima Trinidad. ***De ella llevan las señales, impresas en sus almas*** [5], y a este adorable misterio son deudores de ***la unción de la gracia, derramada en sus corazones*** [6].

Es muy justo que vosotros, que estáis encargados de explicar este misterio en la medida que la fe lo permite, lo reconozcáis como la fuente de toda luz, el sostén de la fe y el primer fundamento de nuestra religión.

MD 46,3,2 Con esta mira debéis, en este día, tributar honor muy especial y consagraros por completo a la Santísima Trinidad, para contribuir, en la medida que podáis, a extender su gloria por toda la tierra.

A este respecto, penetraos del espíritu de vuestro Instituto, y animaos del celo con que Dios quiere que estéis henchidos, para comunicar a los niños el conocimiento de este sagrado misterio.

MD 46,1,1: [1] Flp 2,10. – [2] Is 6,3. – **MD 46,2,1**: [3] Col 1,13. – **MD 46,2,2**: [4] Jn 20,29. – **MD 46,3,1**: [5] Ef 4,30. – [6] 1Jn 2,20-27.

47

MD 47

Para la fiesta del Santísimo Sacramento

MD 47,1,1 Punto I.

Es, sin duda, gran honor para los hombres que Dios quiera morar siempre con ellos y, en cierto modo, hacerse sensible a ellos, en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, para proporcionarles abundantes gracias, tanto interiores como exteriores. Los ángeles se contentan con adorarlo y anonadarse ante este sagrado depósito que constituye el consuelo de los hombres sobre la tierra.

Hoy es cuando toda la Iglesia pone su atención en él, y cuando todos los fieles se unen de espíritu y de corazón, para agradecer tan gran favor.

Penetraos de las mismas intenciones y tributad a Jesucristo, en este misterio, vuestras humildísimas acciones de gracias, por la bondad que muestra al comunicarse a vosotros en este sacramento, y al estar siempre dispuesto a daros profusamente sus gracias.

MD 47,2,1 Punto II.

El amor que Jesucristo os manifiesta en este augusto sacramento, bien merece que, en justa correspondencia, le atestigüéis hoy amor singularísimo, por medio de un profundísimo respeto, exterior e interior, a este adorable misterio.

En este día, en la Iglesia, se esmeran todos en testimoniar el mayor respeto exterior que sea posible a este *Dios escondido* [1]. Con este fin se expone el Santísimo Sacramento sobre los altares, durante toda la octava; y hoy se lo lleva solemnemente en procesión, para que los cristianos se animen unos a otros a honrarlo en este santo tiempo y a frecuentar las iglesias.

Tened suma veneración a este sagrado misterio. Llevad a vuestros discípulos a que lo veneren, y cuidad de que visiten el Santísimo Sacramento, en estos santos días, con piedad nada común.

MD 47,3,1 Punto III.

El respeto exterior sería poco apreciado por Dios y por el mismo Jesucristo si no lo acompañáis con el anonadamiento interior, que es lo único capaz de hacer digno de Dios ese respeto interior, por muy grande que sea.

Los hombres quedan satisfechos con el honor que se les tributa en lo exterior, sin preocuparse de si el corazón se corresponde con él. Pero Dios quiere que el honor que se le tributa y el respeto que se le manifiesta, procedan mucho más del interior que del exterior.

Es también lo que Jesucristo espera de vosotros en la Eucaristía. Quiere que vuestra alma se derrita, por decirlo así, en su presencia, en el acatamiento de este Dios de amor; y que le hagáis patente que lo honráis interiormente, como Él os lo exige, por la atención continua a las bondades que os ha prodigado, entregándose sin reserva a vosotros en este augusto sacramento. Sed fieles a ello.

MD 47,2,1: [1] Is 45,15.

48

MD 48

Para el viernes en la octava del Santísimo Sacramento

Que Jesucristo es, en la Eucaristía, pan que alimenta nuestras almas

MD 48,1,1 Punto I.

Los judíos se ufanaban de que *Moisés había dado a sus padres pan del cielo;* pero Jesucristo les dio a entender que se equivocaban, que *era el Padre Eterno quien había dado el verdadero pan celestial, y que Él mismo era el pan vivo bajado del cielo* [1].

Él está vivo, en efecto, en quienes lo reciben; pues cuando se acercan al Sacramento de la Eucaristía con santas disposiciones, Él se difunde en todas las facultades de sus almas, y en ellas realiza actos de vida, guiándolos y conduciéndolos por su divino Espíritu, mediante el cual vive y actúa en ellos.

MD 48,1,2 Cuando está en vosotros, ¿lo está como pan vivo? ¿Le dejáis total libertad para que comunique su divino Espíritu a vuestra alma? ¿Está de tal manera vivo en vosotros que podáis decir que *ya no sois vosotros los que vivís, sino que es Jesucristo quien vive en vosotros* [2]?

MD 48,2,1 Punto II.

Después de decir Jesucristo a los judíos que era el verdadero pan bajado del cielo, añade que este pan da la vida al mundo. Y dice mucho más: que *quien come de este pan no tendrá nunca hambre* [3].

¡Cuán dichoso es el hombre, al poder saciarse con tal pan, y tan a menudo como quiera! Este es el pan que lo sustenta de tal manera, que en él encuentra todo el alimento y la fuerza espiritual que necesita.

Por eso dicen los Padres de la Iglesia que este es el pan que sobrepasa toda sustancia, del que se habla en la oración dominical, según san Mateo [4]. Pues no hay nada tan capaz de sostener bien nuestra alma y comunicarle tal fuerza para caminar con vigor por la senda de la virtud.

MD 48,2,2 También se considera figura del pan sagrado de la Eucaristía *aquel pan que comió Elías antes de llegar a la cima del monte Horeb, y que bastó para sostenerlo durante su viaje de cuarenta días* [5].

Comed, pues, gustosos, con amor, y lo más a menudo que podáis este pan divino; pues si sabéis encontrar en él todo el gusto que encierra, dará a vuestra alma, ya en la tierra, vida del todo celestial.

MD 48,3,1 Punto III.

Al ver Jesucristo que los judíos tenían dificultad para creer lo que les decía, añadió que *Él era el pan de vida; que sus padres, que habían comido el maná en el desierto, murieron; pero que quienes comen de este pan bajado del cielo, no morirán; y que si alguien come de este pan, vivirá eternamente; e incluso, que el pan que Él dará es su propia carne* [6].

MD 48,3,2 Así, pues, cuando se recibe el cuerpo de Jesucristo, se tiene el privilegio de participar en la vida del Salvador, de poseer en sí una prenda de la vida eterna, y de estar incluso seguro de vivir eternamente, si uno conserva en sí mismo el Espíritu de Jesucristo, que es lo que Él nos transmite.

¿Es posible que nos asegure Jesucristo mismo que comiendo de este pan, que es el mismo Dios, tendremos vida eterna, y que no queráis comerlo, o que lo comáis raras veces?

Gustad y ved [7] cuán sabroso al paladar es este pan y cuán provechoso para vuestra alma.

MD 48,1,1: [1] Jn 6,31-32.51. – **MD 48,1,2**: [2] Ga 2,20. – **MD 48,2,1**: [3] Jn 6,51; 6,35. – [4] Mt 6,11. – **MD 48,2,2**: [5] 1R 19,7-8. – **MD 48,3,1**: [6] Jn 6,48-51. – **MD 48,3,2**: [7] Jn 6,55; Sal 34,9.

49

MD 49

Para el sábado en la octava del Santísimo Sacramento

Que Jesucristo en la Eucaristía es comida que sustenta la vida de nuestras almas

MD 49,1,1 Punto I.

Jesucristo, en el Santo Evangelio, no sólo llama a la Eucaristía pan, sino comida: *Mi carne,* dice, es *verdaderamente comida* [1].

En cuanto tal, comunica al alma el vigor que le permite superar fácilmente todas las dificultades que encuentra en el camino de la virtud; de tal modo, que nada hay que pueda hacerla vacilar, porque el mismo Jesucristo le da, de algún modo, el poder contra todo lo que pudiera oponerse a su bien; y le da el ánimo que la tranquiliza frente a todo lo que podría temer de los ataques de sus enemigos.

Con esta carne, precisamente, somos cebados, dice Tertuliano. Por eso es más necesario al hombre alimentarse de ella, para procurar abundancia de gracias a su alma, que alimentar su cuerpo con el manjar ordinario, para conservar la vida.

MD 49,1,2 Cuanta mayor virtud y perfección exija vuestro estado, tanta mayor necesidad tenéis de fortaleza y de generosidad para alcanzarlas, y para no dejaros abatir por el temor a las dificultades que encontréis en él. Alimentaos con esta comida eucarística para fortaleceros interiormente y para vencer todos los obstáculos a vuestra salvación.

MD 49,2,1 Punto II.

Esta divina comida de la Eucaristía procura además al hombre otra ventaja, a saber, que *quienes la comen permanecen en Jesucristo, y Jesucristo permanece en ellos* [2]. Así nos lo asegura Él en el Santo Evangelio.

Lo cual indica que entre Jesucristo y aquel que come su carne se establece unión tan íntima y estrecha, que difícilmente se puede separar uno del otro; porque esta comida sagrada se incorpora de tal modo al alma que la come con gusto, que esta alma participa de inmediato de las virtudes de Jesucristo; y le sucede lo que se dice de la esposa en los Cantares: *Mi amado es para mí, y yo soy toda para él* [3].

MD 49,2,2 ¿Estáis de tal modo unidos a Jesucristo cuando lo recibís, que nada pueda separaros de Él, y podáis decir después de comulgar, como san Pablo: *¿Quién me separará de Jesucristo? ¿Será la tribulación, la escasez, la persecución, el hambre, la desnudez o los peligros* [4]? ¿Y podríais decir luego, con toda la confianza del apóstol, que *ninguna criatura podrá separaros jamás de vuestro Salvador* [5]?

Procurad que la sagrada comunión produzca entre Jesucristo y vosotros unión tan constante, que no os separéis jamás de Él.

MD 49,3,1 Punto III.

Otro efecto admirable que esta divina comida de la Eucaristía produce en el

alma, es el hacerle vivir vida sobrenatural y del todo divina. Lo que hace realidad en ella lo que dice Jesucristo: *Igual que mi Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por mi Padre, del mismo modo, quien me come vivirá también por Mí* [6].

Así, pues, el alma que ha comido esta carne de Jesucristo y que se ha alimentado con esta comida, no vive ya una vida natural, ni busca ya contentar a los sentidos, ni tampoco obra por su propio espíritu, sino por el Espíritu de su Dios, de quien ha hecho su alimento.

¿Son éstos los efectos que produce en vosotros la unión con Jesucristo en la Eucaristía?

MD 49,1,1: [1] Jn 6,55. – **MD 49,2,1**: [2] Jn 6,56. – [3] Ct 6,2-3. – **MD 49,2,2**: [4] Rm 8,35. – [5] Rm 8,39. – **MD 49,3,1**: [6] Jn 6,57.

50

MD 50

Para el segundo domingo después de Pentecostés, en la octava del Santísimo Sacramento (Lc 14,16-24)

Del honor que Dios nos dispensa invitándonos a recibir a Jesucristo en la Eucaristía

MD 50,1,1 Punto I.

Vosotros mismos sois aquellos a quienes el Padre Eterno invita hoy a que acudan a su festín, para recibir en él a su Hijo Jesucristo en la Eucaristía. La gente del siglo se excusa de acudir a él: *uno dice que ha comprado una tierra, y que necesariamente tiene que ir a verla; otro, que quiere probar cinco yuntas de bueyes que ha adquirido; otro, que se ha casado* [1].

Unos se excusan con sus negocios, otros con los placeres que desean disfrutar; y unos y otros prefieren sus negocios y sus propias satisfacciones a los ejercicios de piedad y de religión, y sobre todo, al mayor honor que pueden tener en la tierra, y que debieran considerar el más agradable en este mundo, que es recibir a Jesucristo en la Eucaristía.

MD 50,1,2 Deplorad la ceguera de las gentes que viven en el siglo y según las máximas del siglo, y que prefieren cosas temporales a un manjar tan delicioso, que es Jesucristo, que, al entrar en ellos, los hace *partícipes de la divinidad misma* [2].

MD 50,2,1 Punto II.

Es incomprensible que hombres que han nacido para el cielo, que en el bautismo se comprometieron a llevar vida santa, descuiden los medios que Dios les da para santificarse, y sobre todo, el principal, que es la comunión del cuerpo de Jesucristo, quien, uniéndose a ellos, les comunica abundantemente las gracias de que son capaces, y que Él les ha preparado.

Si el cuerpo, según Nuestro Señor, *es más que el vestido,* ¿qué es el cuerpo en comparación con el alma? ¿No es mucho más justo dejar de lado el cuerpo y

todo lo que es temporal, para pensar primero en el alma, y atender sus necesidades?

MD 50,2,2 Si un rey hubiera querido hacer a esas gentes, entregadas a los cuidados del siglo, el honor de alojarse a su casa, ¿se habrían negado a recibirlo por tan fútiles pretextos?

Por tanto, es muy adecuado aplicar al rechazo que la mayoría tienen a comulgar, a causa de sus asuntos temporales, lo que Jesucristo dice en el Evangelio: *Cuando venga el Hijo del Hombre*, es decir, cuando se ofrezca para ser alimento espiritual de los hombres, *¿creéis que encontrará fe en la tierra?* [3] La falta de fe es, en efecto, lo que induce a los hombres a apartarse así de la comunión.

MD 50,3,1 Punto III.

Vosotros, que tenéis la dicha de vivir apartados del mundo y que, para haceros dignos de vuestro ministerio, habéis de llevar vida que se aproxime a la de los ángeles, debéis también consideraros felices por recibir con frecuencia este pan de los ángeles, que el mismo Jesucristo os ofrece, y con el cual desea saciaros plenamente. ¿Podríais acaso excusaros de asisitir a tan delicioso festín, en el cual, cualquier corazón que ame a Dios encuentra cuanto puede apetecer?

Jesucristo os dice *que se quitará a quien no tiene y que se dará a aquel que tiene* [4]; de lo que puede deducirse, en relación con el Santísimo Sacramento, que las gracias que habrían recibido quienes de él se alejan, se dan a los que tienen la dicha de acercarse a él.

MD 50,3,2 Para aprovechar beneficio tan grande, apresuraos, pues, a comulgar, y hacedlo con fe. Cometeríais inmenso error si os excusarais de hacerlo, disponiendo de tantos medios y de facilidad tan grande. Persuadíos de que cualquiera que fuese la excusa que diereis a Jesucristo para dispensaros de ello, no está Él dispuesto a recibirla.

MD 50,1,1: [1] Lc 14,18-20. – **MD 50,1,2**: [2] Cf. 2P 1,4. – **MD 50,2,2**: [3] Lc 18,8. **MD 50,3,1**: [4] Lc 19,26.

51

MD 51

Para el lunes en la octava del Santísimo Sacramento

Que a menudo es poco razonable dispensarse de la comunión, y que ésta es remedio de todas las enfermedades de nuestra alma

MD 51,1,1 Punto I.

Una de las excusas que los tibios en el servicio de Dios más comúnmente aducen para abstenerse de comulgar, es que no están preparados. Pero esta excusa parece muy mal fundada, pues hay que entender que no se está preparado, o porque no se quiere hacerlo, o porque no se puede.

Si es porque no se quiere, es señal de que se tiene muy poco amor a *Dios, que siente por nosotros tanta ternura, que nos da su propio Hijo* [1] para alimentar

nuestras almas y para poner remedio, al mismo tiempo, a todas nuestras dolencias espirituales.

MD 51,1,2 ¿Queréis, pues, dejar desfallecer vuestra alma, por falta de alimento, y queréis dejarla en el desorden, ya del pecado, ya de vuestras pasiones, que conducirán infaliblemente al pecado, por no serviros del remedio que en poco tiempo podría apartar vuestra alma de toda corrupción?

MD 51,2,1 Punto II.

Si se dice que no se está dispuesto a comulgar porque no se puede, hay que examinar si efectivamente es cierto que no se puede; ***pues es preciso probarse antes de comulgar*** [2], según el mandato de san Pablo, para que la comunión no sea indigna. Y, sin duda, sólo el pecado mortal pone en la imposibilidad de comulgar, por mucho deseo que se tenga de hacerlo, y por muchas invitaciones que para ello se nos hagan; pues comulgar en tal estado sería cometer sacrilegio.

MD 51,2,2 Pero, ¿sería posible que quisierais ennegrecer vuestra alma con tal pecado, vosotros, a quienes Dios ha concedido, y todavía concede a diario, tantas, tan singulares e importantes gracias? Vuestro corazón, que Jesucristo se escogió para morada suya, y que debiera guiarse siempre por sus impulsos, ¿podría infligirle semejante injuria, como es apegarse culpablemente a las criaturas, haciendo inútil el fruto de su Pasión, y convertirse en enemigo de Dios y esclavo del demonio, cuyo poder sobre nosotros destruyó Jesucristo mediante tantas penas y sufrimientos?

MD 51,3,1 Punto III.

O tal vez digáis que no os creéis en disposición de comulgar porque vuestra alma está atribulada o porque tenéis tentaciones.

¿No sabéis que las tribulaciones y las tentaciones están muy lejos de ser indisposición para comulgar; antes, al contrario, cuanto más atribulado o tentado se esté, más se debe acudir a la comunión, que es remedio seguro para suavizar vuestras tribulaciones y debilitar vuestras tentaciones?

MD 51,3,2 Tal vez digáis, otras veces, que la razón por la que no comulgáis es que no podéis ocuparos en Dios, que os halláis en sequedad, o que vuestra mente sólo está llena de pensamientos perniciosos e inútiles; y que por esa razón no podéis ni prepararos para la comunión ni dar gracias después de comulgar.

Pedid a Jesucristo, residente en vosotros, que supla vuestra impotencia, y que realice una y otra cosa en vosotros y por vosotros. De ese modo quedará totalmente reparado lo que os falta, y Dios estará muy satisfecho de vosotros y de vuestras comuniones.

No escuchéis, pues, en lo sucesivo, lo que os sugiera vuestra imaginación para dispensaros de ella.

MD 51,1,1: [1] Jn 3,16. – **MD 51,2,1**: [2] 1Co 11,28.

52

MD 52

Para el martes en la octava del Santísimo Sacramento

De las malas comuniones, de sus causas y de sus remedios

MD 52,1,1 Punto I.

Una mala comunión es un pecado horrendo; y, sin embargo, puede darse en personas que aparentan tener, o que incluso tienen, cierta piedad.

Esta desgracia puede ocurrir en las comunidades más santas. Judas vivía en compañía de Jesucristo, y se hizo culpable de este delito y de otros muchos, porque, según el testimonio de Jesucristo, ***era un demonio*** [1]. Ver a un demonio con Jesucristo: ¡quién pudiera imaginarlo!

Recibir cada día las enseñanzas de tan buen maestro, y abusar de ellas hasta tal punto: ¡qué perfidia y qué ingratitud! ¡Ser avisado de su crimen antes de caer en él, y tener suficiente temeridad para cometerlo! ¡Ah, cuán endurecido hay que tener el corazón para no horrorizarse de semejante pecado!

Lo que le sucedió a este apóstol, le puede suceder a cualquiera. Temblad a vista de ello, y estad sobre aviso ante el temor de tan vergonzoso desorden.

MD 52,2,1 Punto II.

Ordinariamente, la causa de hacer una mala comunión es, o la hipocresía, o la vergüenza de confesar los pecados; también fue eso lo que causó la de Judas. Aparentaba, externamente, actuar como los demás apóstoles, y vivió con ellos durante tres años, sin que hubieran podido advertir nada desordenado en su comportamiento. Y todo cuanto Jesucristo pudo decirle para inspirarle horror a su delito antes de cometerlo, no fue capaz de conmoverlo. Y él nunca confesó, ni a Jesucristo ni a ningún otro, nada que hubiera podido dar a conocer su mala conciencia.

MD 52,2,2 Esa es también la causa de tan horrible pecado en quienes lo cometen. Quieren aparecer tan piadosos y tan regulares como los demás, y sin embargo tienen el alma ennegrecida de pecados. No se atreven a descubrirlos a quienes están encargados de sus almas, y abusan criminalmente de la bondad de Jesucristo, que les concede la gracia de darse a ellos.

MD 52,3,1 Punto III.

El medio de prevenir y de remediar tan lamentable estado, consiste, en primer lugar, en ser muy humilde, y en que os habituéis a acusaros sencilla y humildemente de todas vuestras faltas, sin ocultar o disimular ni una sola. De lo contrario, el demonio os sorprenderá cuando menos lo penséis, y os hará caer en sus redes.

En segundo lugar, no ocultar nada a quienes os dirigen. Con estos dos medios evitaréis con toda seguridad realizar una comunión indigna.

Pues en un pecado tan detestable no se incurre de golpe; antes bien, si se comete, no es sino por haber cerrado insensiblemente el corazón a la gracia, al haberlo tenido cerrado a aquellos a quienes Dios encomendó el cuidado de conducirlo al cielo. Ese corazón está ciego, y no conoce el camino para ir a Dios si alguien no lo guía.

MD 52,3,2 ¡Ay, pues, de aquellos que se guían a sí mismos, porque no son capaces de sostenerse; *y si caen, no tendrán a nadie que los levante* [2]!

MD 52,1,1: [1] Jn 6,70-71. – **MD 52,3,2**: [2] Cf. Qo 4,10.

53

MD 53 **Para el miércoles en la octava del Santísimo Sacramento**

**De las comuniones poco provechosas,
de sus causas y de sus remedios**

MD 53,1,1 Punto I.

Es verdad que para recibir la gracia del Sacramento de la Eucaristía, que es alimentar nuestras almas e impedir que caigan en el pecado, basta con estar exento de pecado mortal.

Con todo, si se desea, como debe hacerse cuando se comulga con frecuencia, que la comunión resulte provechosa, es preciso confesar antes los pecados veniales, no conservarles afecto alguno, y estar resuelto a corregirse de ellos. En caso contrario, la comunión sería poco fructuosa.

Y puesto que se comulga con el fin de santificarse, para conseguirlo hay que procurar hacerlo con tal disposición, que pueda uno fortalecerse en la gracia, alcanzar otras nuevas y practicar la virtud con mayor facilidad.

MD 53,1,2 ¿Notáis que es ése el fruto de vuestras comuniones? ¿Sois, con ellas, más recogidos, más recatados y más caritativos para con vuestros Hermanos, más pacientes y más comedidos? ¿Os hacéis mayor violencia para venceros? ¿Sentís que vuestras pasiones se rebelan más raramente? ¿Veláis sobre vosotros mismos para no abandonaros a ellas?

Debéis proceder de modo que vuestras comuniones produzcan estos buenos efectos.

MD 53,2,1 Punto II.

A menudo, la causa de que las comuniones no tengan el fruto que se debiera obtener de ellas, es que se comulga con pecados importantes, aunque veniales, sin haberlos confesado antes. Comulgar, por ejemplo, después de haber mentido, de haber murmurado contra el superior o contra los Hermanos, después de haberlos escandalizado, sin haber hecho o deseado hacer una penitencia, después de haberse dejado llevar deliberadamente por alguna curiosidad, o después de faltas parecidas, es señal de que no se tiene mucho horror al pecado; pues se pone poco cuidado en purificar el corazón cuando se desea comulgar, y se da poca importancia a esa clase de pecados, que no dejan de ser feísimos en la persona que hace profesión de piedad.

MD 53,2,2 Para obtener de vuestras comuniones todo el fruto que os sea posible, procurad, antes de comulgar, purificar totalmente vuestra conciencia; si no, demostraríais poco amor a Dios y poco respeto a Jesucristo, a quien vais a recibir.

MD 53,3,1 Punto III.

Otra razón del escaso provecho que producen algunas comuniones es que se pone poco esfuerzo por corregirse de los pecados veniales, aun cuando se confiesen. Pues tal flojedad y negligencia son señal de tibieza espiritual; causa, a su vez, de que Dios preste menos atención al alma, al considerarla indigna de sus gracias, ya que también se preocupa poco por Él, y se aplica poco a hacerse plenamente agradable a Él. El alma que procede con tanta negligencia, a menudo pone poco cuidado en prepararse a la comunión y en dar gracias a Dios después de recibirla.
Esa clase de faltas proviene de la poca disposición del corazón para entregarse totalmente a Dios, pero no de la comunión o de la frecuencia en hacerla, pues su efecto propio es alimentar nuestras almas y acrecentar en ellas la gracia.
Proceded, pues, de manera que cada vez que os acerquéis a ella, produzca todo el fruto que Dios le asigna, y no pongáis ningún obstáculo a ello.

54

MD 54

Para el día de la octava del Santísimo Sacramento

De la comunión frecuente

MD 54,1,1 Punto I.
Los primeros discípulos tenían costumbre de comulgar todos los días [1], y esta práctica se mantuvo en uso mucho tiempo en la Iglesia. Sobre todo, quienes asistían a la santa Misa no dejaban de comulgar en ella.
Varios Padres de la Iglesia prueban que esta práctica se conformaba con el designio de Jesucristo al instituir la Eucaristía, cuando aplican las palabras de la oración dominical, ***nuestro pan de cada día*** [2], al cuerpo de Jesucristo, que recibimos en la comunión, y lo consideran como el pan con el que tenemos que alimentar nuestra alma todos los días.
Ella, en efecto, necesita ser alimentada y fortalecida, igual que nuestro cuerpo, pues de lo contrario no es posible que se mantenga en la piedad.

MD 54,1,2 ¡Qué dicha la vuestra poder comulgar a menudo, para conservar la gracia, que os dejaría muy pronto si vosotros dejarais la comunión! En ella encontraréis alivio a vuestras penas, fortaleza para no sucumbir en las tentaciones y medio fácil para adquirir la virtud.
No descuidéis, pues, tan santa práctica.

MD 54,2,1 Punto II.
Los efectos de la sagrada comunión son tan admirables y ella proporciona bienes tan grandes a nuestras almas, que esto debe animaros, de modo particular, a acercaros a ella con frecuencia.
Este divino sacramento, dice san Bernardo, produce en nosotros dos efectos importantes: disminuye la propensión a incurrir en pecados leves, e impide el consentimiento cuando estamos tentados de caer en pecados graves.
Si alguno de vosotros, añade este Padre, no siente ahora impulsos de cólera, de envidia, de impureza u otros semejantes, dé gracias al cuerpo y a la sangre de

Jesucristo, porque se debe a la virtud del Sacramento de la Eucaristía que obra en él.

MD 54,2,2 Puesto que no podéis encontrar remedio más rápido y eficaz para vuestras tentaciones y para vuestras caídas que la recepción del cuerpo de Jesucristo, recibidlo con frecuencia, a fin de que, por su medio, vuestra alma no caiga fácilmente en ningún pecado.

MD 54,3,1 Punto III.

San Crisóstomo atribuye a la sagrada comunión otro efecto, que supera todo lo imaginable y que enaltece al hombre sobremanera: el de unirnos tan íntimamente a Jesucristo que llegamos a ser un solo cuerpo con Él, y el cuerpo de Jesucristo mismo. Igual que muchos granos de trigo, dice, se hacen un solo pan, sin que se advierta ninguna diferencia entre ellos, por ser todos la misma cosa; e igual, también, que es ése el efecto del alimento, que produce unión tan íntima, que llega a la unión sustancial con todo el cuerpo del hombre que lo utiliza; del mismo modo se une Jesucristo a vosotros en la sagrada comunión, para transformaros en Él y hacer que no seáis más que un mismo corazón y un mismo espíritu con Él, y que las disposiciones interiores que Él tiene pasen a vosotros y lleguen a ser propias vuestras.

MD 54,3,2 ¡Cuán felices tenéis que consideraros por vivir en un estado en el que, al ser tan frecuente la comunión, podéis ser siempre uno y no formar más que uno con Jesucristo, poseer su Espíritu y no obrar sino por Él!

MD 54,1,1: [1] Hch 2,42. – [2] Lc 11,3.

55

MD 55

Para el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento

De las razones que sirven a algunos como pretexto para no comulgar con frecuencia

MD 55,1,1 Punto I.

Los grandes beneficios que se consiguen al comulgar con frecuencia son causa de que el demonio haga todo lo posible para inducir a algunos a comulgar sólo rara vez, con falsos pretextos que pone en su mente.

Unos temen, dicen, cometer un sacrilegio. Hacen bien, pero para cometerlo hay que comulgar en pecado mortal. ¿Sería posible que estuvierais vosotros en ese estado?

Otros dicen que no son dignos de comulgar tan a menudo. Tampoco deben esperar que alguna vez lo serán. Todos cuantos reciben la comunión, cualesquiera que sean, dan testimonio de su indignidad antes de acercarse a ella. Pero otros dicen: estoy cargado de defectos; ¿cómo comulgar tan a menudo en ese estado?

MD 55,1,2 Si para comulgar aguardáis a veros libres de defectos, no comulgaríais en toda la vida. El no caer en otros mayores que los que cometéis de ordinario, debéis

considerarlo como fruto de la comunión frecuente, y debe animaros a continuar con esa práctica.

MD 55,2,1 Punto II.

Hay algunos que se asustan de la comunión, persuadidos de que no sacan fruto de ella; y que participar tan a menudo, sin ningún provecho para el bien de su alma, es abusar de tan augusto misterio. ¿Consideran que es nada el que la comunión los preserve del pecado mortal? Ése es, sin duda, un bien inestimable, que debería hacer que deseaseis comulgar todos los días.

Pero, diréis con otros, este sacramento, que contiene la santidad por esencia, exige elevada santidad en quienes lo reciben tan frecuentemente. Razonar de ese modo es pretender ver como preparación al sacramento lo que constituye su efecto y su finalidad: se comulga para llegar a ser santo, no porque se es ya santo.

Si dijerais, igualmente, que para vivir en comunidad hay que ser santo, se os diría que se viene a ella para ser santo, y no porque ya se sea.

La unión que contraéis con Jesucristo al recibirlo, ¿no es ella misma ya capaz de haceros partícipes de su santidad? Precisamente, con este fin debéis comulgar a menudo.

MD 55,3,1 Punto III.

Como la Eucaristía es sacramento de amor, también hay que manifestar tierno amor a Jesucristo, al recibirlo. Por eso, una de las principales disposiciones que hay que llevar es la devoción.

Entonces, dicen algunos, ¿cómo se puede comulgar a menudo, si no se tiene? Para comulgar no es necesario tener devoción sensible; estad seguros de que la verdadera y la menos equívoca consiste en el profundo horror al pecado.

¿No es de temer que se comulga por costumbre cuando se comulga con tanta frecuencia? ¿Creéis, pues, que tal costumbre sea mala? ¿No habría, también, que dejar de oir la misa todos los días, por temor a asistir a ella por costumbre?

MD 55,3,2 Guardaos bien de aceptar ninguna de estas razones para eximiros de la comunión, si, por otro lado, no tenéis impedimentos importantes.

Y por estar retirados del mundo, vuestro primer cuidado debe ser uniros a Dios; acercaos a menudo a Él por la sagrada comunión: es el medio más fácil y más seguro que Dios os ha dejado para uniros a Él.

Y aun cuando tuvierais reparo en comulgar a causa de vuestras faltas, si éstas no son mortales, tened la seguridad de que comulgando puramente por sumisión, y pidiendo a Dios que destruya los defectos que hay en vosotros, vuestra comunión será agradable a Dios y os atraerá muchas gracias, por la virtud de tal obediencia.

56

MD 56

Para el domingo tercero después de Pentecostés (Lc 15,1-10)

Que el primer cuidado de quienes enseñan a los niños ha de ser apartarlos del pecado

MD 56,1,1 Punto I.

Como sois los ministros de Dios en el empleo que ejercéis, ***debéis cooperar con Él*** [1] y secundar sus designios, de procurar la salvación de los niños de los que estáis encargados, particularmente de los que están más inclinados al libertinaje.

El evangelio de este día os indica que debéis vigilar más sobre éstos que sobre los que, por sí mismos, se entregan al bien y practican la piedad, cuando nos propone la parábola del *buen pastor, que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una, dejó las noventa y nueve para ir a buscar la extraviada* [2].

MD 56,1,2 Es preciso que empleéis todos los medios para hacer volver a Dios a aquellos que se ven sometidos a algún vicio, pues como dice Jesucristo, *no es voluntad de vuestro Padre que está en el cielo que perezca uno solo de estos pequeñuelos* [3].

Puesto que Él es quien os emplea para guiarlos por el camino de la salvación, procurad que no se extravíen; o, si se extravían, que vuelvan a Él sin tardanza. A vosotros corresponde hacer que sigan el camino.

MD 56,2,1 Punto II.

Una de las principales cosas que más contribuyen a que se pierda la juventud es la frecuentación de malas compañías. Pocos se descarrían por la malicia de su corazón; antes bien, la mayor parte se corrompen por el mal ejemplo y por las ocasiones en que se encuentran.

Por lo cual, no hay nada sobre lo que más deban vigilar quienes tienen la dirección de los niños, que en impedir que sean seducidos por el uno y por las otras. Pues si es grande la debilidad de los hombres, a causa de su inclinación al pecado, la de los niños es mucho mayor, por el deficiente uso que tienen de la razón, y porque la naturaleza, que por esta razón está más viva en ellos, tiene suma inclinación a gozar de los placeres de los sentidos, y así, a dejarse arrastrar al pecado.

MD 56,2,2 Aplicaos, pues, con todo el cuidado posible, a alejar a vuestros discípulos de las malas compañías, y procurad que frecuenten sólo las buenas; a fin de que no recibiendo, por ese medio, más que influjos saludables, practiquen el bien con mucha facilidad.

MD 56,3,1 Punto III.

Como Dios ha dado a los hombres dos medios seguros para apartarse del pecado y conservar la gracia, que son la oración y los sacramentos, no hay nada que más se deba inspirar a los niños, para comunicarles horror al vicio, que el amor a la oración y el uso frecuente de los sacramentos.

Hay que animarlos a orar a Dios con frecuencia, y a orar con atención. Y hay que darles a conocer las santas disposiciones que deben llevar para recibir debidamente los sacramentos, y estimularlos a que se acerquen a menudo a ellos para mantener su conciencia limpia de todo pecado.

MD 56,3,2 Esas son las dos cosas principales que habéis de tener presentes en las instrucciones que dais a vuestros alumnos, a fin de mantenerlos alejados del pecado.

Tenéis, incluso, que rezar mucho a Dios por aquellos que veis menos inclinados a la piedad, para que Dios infunda en su corazón el deseo de salvarse. *Sois para con ellos mediadores, de quienes Dios se sirve para enseñarles los medios para salvarse* [4].

Desempeñad, pues, con ellos el oficio que Dios os ha encargado. De lo contrario, Dios os pedirá cuenta de su perdición si, por no haberlos alejado del pecado y animado al bien, cayeren en desorden.

MD 56,1,1: [1] 1Co 4,1; 3,5.9. – [2] Lc 15,4-5. – **MD 56,1,2**: [3] Mt 18,14. – **MD 56,3,2**: [4] Cf. 1Co 3,5.

57

MD 57

Para el domingo cuarto después de Pentecostés (Lc 5,1-11)

Que siempre se acierta en lo que se hace cuando se realiza por obediencia

MD 57,1,1 Punto I.

Ocurre a menudo que lo que se hace no alcanza el éxito que se esperaba de ello, por haberlo emprendido por propio impulso, y porque no se tiene otra regla ni otra guía que lo que el propio espíritu pueda sugerir.

Es lo que nos indica el evangelio de este día en la persona de san Pedro, quien, según dijo a Jesucristo, *había trabajado en pescar toda la noche, sin haber podido, a pesar de ello, conseguir un solo pez* [1]; y esto, porque no había actuado más que por cuenta propia.

MD 57,1,2 Así sucede a veces, cuando os imagináis hacer el bien, y con todo no hacéis ninguno, sea para vosotros, sea para los demás, porque en lo que emprendéis no tenéis otro guía ni otro conductor que vuestro propio espíritu.

Cuando uno procede así, trabaja realmente en la oscuridad de la noche, porque nuestro espíritu sólo sirve, con frecuencia, para extraviarnos, ya que *la luz que hay en él no es, la mayoría de las veces más que tinieblas* [2]. Seguid, pues, a un guía más seguro, si no queréis perderos y hacer que todo vuestro esfuerzo resulte inútil.

MD 57,2,1 Punto II.

San Pedro, que no tuvo éxito en su trabajo cuando actuó por sí mismo, en cuanto Jesucristo le mandó echar la red, y le señaló el lugar en donde debía echarla, se mostró tan sumiso a lo que el Salvador acababa de decirle que, al

momento, él y los que lo acompañaban, recogieron *tal cantidad de peces, que su red se rompía* [3].

He ahí el fruto de la obediencia. Atrae de tal modo las bendiciones de Dios sobre lo que se hace que, por su medio, se alcanza cuanto se desea; y cuando se tiene la suerte de trabajar en la salvación de las almas, y dedicarse a ello por pura obediencia, se adquiere mucha facilidad para obrar el bien y mover los corazones.

MD 57,2,2 Si incurrís en muchos defectos y si no conseguís en vuestro empleo todo el fruto que podríais, atribuidlo a que con frecuencia no sois bastante regulares ni os guiáis suficientemente por la obediencia. Comparad lo que realizáis por inspiración de la obediencia con lo que hacéis por propio impulso, y considerad lo primero como obra de Dios, y lo segundo, como trabajo del hombre.

MD 57,3,1 Punto III.

Los que viven en las comunidades tienen sobre los seglares la ventaja de poder decir cada día a Jesucristo, con san Pedro: ***Señor, en tu palabra echaré la red*** [4]; en tu palabra voy a realizar esta acción; esto me da la confianza de que la bendecirás y la tendrás por agradable.

En efecto, basta que una acción se ejecute por obediencia para que agrade a Dios, cuando se realiza con tal sencillez que no se tenga otra mira que obedecer. De ahí que haya ocurrido a veces, por especial providencia de Dios, que una acción mala en sí misma se haya trocado en buena, al haberla realizado por simple obediencia.

MD 57,3,2 Puesto que la obediencia procura tan importante ventaja, obrad, pues, de modo que sea inseparable de todas vuestras acciones; y que así las haga dignas de Dios y os ponga en condiciones de producir fruto en las almas de aquellos a quienes debéis conducir a Dios y educar como cristianos.

MD 57,1,1: [1] Lc 5,5. – **MD 57,1,2**: [2] Mt 6,23. – **MD 57,2,1**: [3] Lc 5,6. – **MD 57,3,1**: [4] Lc 5,5.

58

MD 58

Para el domingo quinto después de Pentecostés (Mt 5,20-24)

Que los religiosos han de tener mucha más virtud que las personas del siglo

MD 58,1,1 Punto I.

Hoy, en el evangelio, Jesucristo dice a sus santos apóstoles que *si su virtud no es mayor que la de los fariseos, no entrarán en el reino de los cielos* [1]. Aplicaos estas palabras y persuadíos de que Jesucristo os las dirige a vosotros mismos; si no tenéis más virtud que las personas del siglo, el día del juicio seréis más dignos de condena que ellas.

Las gentes del mundo, igual que los fariseos, se contentan con cumplir lo externo y aparente de la religión. Asisten a misa, oyen las predicaciones, se

hallan presentes, a veces, en el oficio divino, pero realizan todas estas cosas y otras muchas sin espíritu interior.

MD 58,1,2 Vosotros, que os habéis entregado a Dios y que, en consecuencia, debéis consagrarle todo el tiempo de vuestra vida, tenéis también que hacerlo todo por espíritu de religión, sin quedar satisfechos con cumplir sólo lo que es externo en los deberes de vuestro estado. Pues si los hombres se contentan con lo que hay de aparente en las acciones, Dios, *que sondea los corazones* [2], para nada se las tendrá en cuenta.

MD 58,2,1 Punto II.

Quienes en el mundo tienen cierta piedad, juzgan haber satisfecho sus obligaciones si no han manifestado vicios considerables y si su conducta externa no es de todo punto reprensible.

Pero Jesucristo condena tales sentimientos en quienes se aplican a servirlo con fidelidad, y no desea que se acerquen a Él en la oración o en la participación en la Eucaristía, *si tienen la mínima frialdad respecto de su hermano* [3]. *Quiere que, muy lejos de odiar a los enemigos, se los ame, que se les haga el bien y que se rece por ellos* [4].

MD 58,2,2 Lo que Dios exige de vosotros, y aquello en lo que desea que *vuestra justicia sea mayor que la de la gente del mundo* [5], es que no sólo guardéis sus mandamientos con exactitud, sino que incluso seáis fieles en cumplir los consejos de su Evangelio y, en consecuencia, en la observancia de vuestras Reglas. ¿No tenéis nada que reprocharos de todo esto?

MD 58,3,1 Punto III.

Las personas que viven en el siglo piensan muy poco en Dios y se preocupan poco de lo referente a su salvación. Su única ocupación consiste, de ordinario, en lo que concierne a sus negocios temporales y a las necesidades del cuerpo. Parece como si la mayoría de los hombres no tuvieran nada que esperar ni temer más allá de esta vida.

¿Se les habla de Dios, de lo que conduce a Él, de los deberes esenciales del cristiano, de la práctica del bien, de la huida de las ocasiones de pecado y de las compañías peligrosas? Para todo ello *tienen orejas y no oyen* [6], porque no entienden sino lo que impresiona a los sentidos.

MD 58,3,2 En cuanto a vosotros, que os habéis retirado del mundo para llevar vida por encima de la naturaleza y de las inclinaciones humanas, y para trabajar en la salvación del prójimo, no debéis apegaros ni aplicaros más que a Dios y al ministerio con que os ha honrado. De ese modo, todo vuestro cuidado debéis ponerlo en vacar a las cosas puramente espirituales.

MD 58,1,1: [1] Mt 5,20. – **MD 58,1,2**: [2] Rm 8,27. – **MD 58,2,1:** [3] Mt 5,23. – [4] Mt 5,43-44; Lc 6,27-28. – **MD 58,2,2**: [5] Cf. Mt 5,20. – **MD 58,3,1**: [6] Sal 115,6.

59

MD 59

Para el domingo sexto después de Pentecostés (Mc 8,1-9)

Quienes se han entregado a Dios deben amar la mortificación y la pobreza

MD 59,1,1 Punto I.

Más de cuatro mil personas siguieron a Jesús en el desierto [1], atraídas por el ejemplo de su santa vida y por el celo en convertir a las almas, que mostraba en sus fervorosas predicaciones.

Aquellas gentes no se cansaban en la compañía de Nuestro Señor, aunque se hallasen en un lugar solitario, sin tener ni poder encontrar qué comer. *Lo acompañaron durante tres días seguidos* [2], sin preocuparse del alimento del cuerpo.

MD 59,1,2 Si procedían así, era porque estaban persuadidos de que, siguiendo a Jesucristo, no debían ya preocuparse de su cuerpo, sino sólo de su alma; y que para perfeccionarla, era preciso *mortificar la carne y reducirla a servidumbre* [3], como dice san Pablo. Pues cuanto más se humille y mortifique al cuerpo, tanto más se purifica el alma y se hace más agradable a Dios y capaz de adquirir la perfección que le corresponde.

Vosotros, que habéis dejado el mundo para seguir a Jesucristo en el retiro, procurad que todo vuestro cuidado sea entregaros por entero a Él.

MD 59,2,1 Punto II.

Al ver que el pueblo no se preocupaba de lo referente al alimento del cuerpo, Jesucristo mismo se toma este cuidado, y se encarga de sustentar a quienes se han consagrado plenamente a Él.

Y con razón hay que dejarlo hacer en tales ocasiones, pues cuanto más se abandona uno a los cuidados de la Providencia, tanto más atiende ella a que nada falte.

¡Cosa admirable! Aquel pueblo, durante tres días, no dijo ni una sola palabra de queja o para señalar su dificultad, pues bastaba que Jesucristo conociera sus necesidades. ¿Ha abandonado Él alguna vez a quienes no se esmeran sino en complacerlo y que no piensan más que en seguirle?

MD 59,2,2 ¿Procedéis vosotros así? ¿Estáis de tal modo apegados a Jesucristo que ya no pensáis en vosotros? No os preocupéis más que de alimentar vuestra alma con las máximas del santo Evangelio, aplicándoos a practicarlas y dedicándoos con tanto interés a lo que se refiere a vuestro progreso espiritual, que olvidéis las necesidades de vuestro cuerpo.

MD 59,3,1 Punto III.

Admirad la bondad de Jesucristo con las gentes que lo siguen. *Tengo compasión de este pueblo* [4], dijo. E *hizo un milagro para alimentar a todos; y para alimentar a tan elevado número de personas, multiplicó de tal forma siete panes, que todos quedaron saciados, e incluso sobró mucho* [5].

Así alimentó Dios durante cuarenta años al pueblo judío en el desierto, sin que ninguno se preocupara, durante tantos años, de proveer a sus necesidades [6].

MD 59,3,2 Así proveerá Dios a cuanto necesitéis, si no pensáis más que en santificaros y en desempeñar bien los deberes de vuestro estado. Por eso decía Dios a santa Catalina de Siena que pensara en Él, y que Él pensaría en ella.

Dios, que ha creado a todos los hombres, quiere que se les dé lo necesario; y Él mismo provee cuando les faltan los medios.

Vosotros que, en vuestro estado, *realizáis la obra de Dios* [7], tened la seguridad de que Él cuidará de vosotros, con tal que lo sirváis con fidelidad y no omitáis nada de lo que os pide.

MD 59,1,1: [1] Mc 8,9. – [2] Mc 8,2. – **MD 59,1,2**: [3] 1Co 9,27. – **MD 59,3,1**: [4] Mc 8,2. – [5] Mc 8,8. – [6] Cf. Ne 9,21. – **MD 59,3,2**: [7] 1Co 3,9; Ha 3,2; Qo 7,14.

60

MD 60

Para el domingo séptimo después de Pentecostés (Mt 7,15-21)

Que la santidad no consiste en el hábito, sino en las obras

MD 60,1,1 Punto I.

En el evangelio de este día, dice Jesucristo que *muchos se visten con piel de oveja, pero bajo esa piel ocultan lobos voraces* [1]. Eso es lo que sucede a veces en las comunidades más santas, y por lo que dice el Concilio de Trento que no es el hábito lo que hace al religioso.

Este hábito, sencillo y basto, da aire de piedad y de modestia que edifica al mundo; e impone a quienes lo llevan, cierta gravedad exterior. Es hábito santo, porque es señal externa del compromiso que han contraído quienes lo visten de llevar vida santa. Pero, si es verdad que este hábito se lo debe recordar constantemente, también es cierto que no es el hábito el que los santifica; y sucede que a menudo sirve para cubrir graves defectos.

MD 60,1,2 Sondeaos a vosotros mismos para considerar si os habéis despojado de todas las falsas máximas del mundo cuando os despojasteis de sus libreas; si al revestiros con nuevo hábito *os habéis renovado en el espíritu* [2] y *renunciado completamente a las prácticas de los mundanos* [3]; puesto que vuestra vida, al igual que vuestro hábito, debe ser totalmente distinta de la suya.

MD 60,2,1 Punto II.

Añade el Evangelio que no hay que detenerse en el hábito que se lleva, sino en los frutos que se producen. *Por los frutos los conoceréis* [4], dice. Vosotros tenéis que producir dos clases de frutos.

Respecto de vosotros, frutos de gracia, que consisten en la santidad de vuestras acciones. Al vestir hábito totalmente distinto que en el siglo, tenéis que ser *un hombre nuevo, creado en justicia y en santidad* [5], dice san Pablo. Todo en vosotros, tanto lo exterior como lo interior, debe traslucir la santidad a la que os

obliga vuestra profesión.
Vuestro exterior debe ser santo, porque ha de ser edificante. Debéis ser tan recogidos, tan modestos y recatados, que parezca que Dios está verdaderamente en vosotros, y que no tenéis otra mira que Él en vuestro modo de obrar. Vuestras acciones deben ser santas, haciéndolas por un motivo santo, con atención a Dios y según las Reglas que os están prescritas, y que son los medios adecuados para santificaros.
Esos son los frutos que debéis producir en el estado en que Dios os ha puesto.

MD 60,3,1 Punto III.
Hay además otros frutos que debéis producir, respecto de los niños a cuya instrucción estáis obligados a dedicaros.
Es vuestro deber enseñarles la religión; y si no la conocen, por ignorarla vosotros mismos, o porque descuidáis instruirlos, sois falsos profetas, que estando encargados de darles a conocer a Dios, los dejáis, por vuestra negligencia, en una ignorancia tal que podría llevarlos a la condenación.
Debéis inspirarles horror al vicio y a cuanto pueda contribuir a descarriarlos; y tal vez no os preocupa el que frecuenten malas compañías, se entreguen al juego, o pasen la mayor parte del día en la disipación y el desorden.

MD 60,3,2

Si es así, sois para ellos falsos profetas, que *no producís más que frutos malos* [6]. Tenéis que inculcarles la piedad, el amor a la oración, la asiduidad a la iglesia y a los ejercicios de devoción. Si son, pues, inmodestos en la iglesia, no guardando ningún recato en ella, no rezando a Dios o rezando sin devoción, se conocerá, por su exterior, que vosotros mismos estáis faltos de piedad, y que *al no producir buenos frutos* [7], no podéis lograr que los produzcan los demás.

MD 60,1,1: [1] Mt,7,15. – **MD 60,1,2**: [2] Ef 4,22-23. – [3] Cf. Ef 4,17. – **MD 60,2,1**: [4] Mt 7,16. – [5] Ef 4,24. – **MD 60,3,2**: [6] Mt 7,15-17. – [7] Mt 7,19.

61

MD 61

Para el domingo octavo después de Pentecostés (Lc 16,1-9)

De la cuenta que habréis de dar sobre el modo como hayáis desempeñado vuestro empleo

MD 61,1,1 Punto I.
Habiendo sido acusado cierto mayordomo ante su señor de haber dilapidado su fortuna, éste le hizo venir y le dijo: ¿Qué es lo que oigo sobre ti? Dame cuenta de tu administración [1].
Vosotros, que ejercéis un empleo santo, en el que os ha puesto Dios, debéis persuadiros de que estas palabras se dirigen a vosotros; y habéis de pensar que al final de cada día y de cada ejercicio de vuestro empleo, Dios os pide cuenta

sobre el modo como lo habéis desempeñado.

Por esta razón, pues, tenéis que entrar en vosotros mismos para examinar esa cuenta, a fin de estar siempre preparados para rendirla; y habéis de proceder de forma que Dios, a quien habéis de rendirla, no halle nada que replicar. Pues si para exigiros esa cuenta esperáis el momento en que Dios mismo venga a pedírosla, es de temer que os encuentre en falta.

MD 61,2,1 Punto II.

En lo que concierne al bien espiritual que debéis producir en vuestro empleo, tendréis que dar cuenta a Dios de dos cosas.

La primera se refiere a la obligación que tenéis de enseñar a los niños el catecismo y las máximas del Evangelio. Ni uno solo de vuestros alumnos debe quedar sin ser instruido en la religión, y esta es la primera razón por la que la Iglesia os los confía. Por eso debéis consideraros como *los depositarios de la fe* [2], para comunicársela. Ése es el capital que Dios os confía y del cual os constituye administradores.

MD 61,2,2 En la cuenta que os exija, ¿no encontrará que muchos de vuestros niños desconocen los principales misterios de la religión? Si así fuera, seríais vosotros más dignos de condena que ellos, ya que por vuestra negligencia habríais sido causa de la ignorancia de esos niños; pues *la fe*, según san Pablo, *no se comunica sino por el oído, y el oído no oye sino por la palabra de Jesucristo* [3].

MD 61,3,1 Punto III.

La segunda cuenta que habéis de dar se refiere a la piedad: si os preocupáis de inspirársela a vuestros discípulos; si son modestos y recatados en la iglesia, si rezan a Dios durante todo el tiempo que permanecen en ella, si no hablan y si no enredan allí algunas veces; si rezan a Dios todos los días, por la mañana y por la noche, y si cuando rezan a Dios en clase oran con atención; si tienen horror a los juramentos y a las palabras indecorosas; si respetan a sus padres y si son fieles en obedecerlos; y si se apartan de las malas compañías. Si les inspiráis todas estas prácticas, y si veláis sobre su conducta en la medida necesaria para ayudarlos a ejecutarlas; si cuidáis de que se confiesen de vez en cuando y de procurarles un buen confesor.

Puesto que *estáis encargados del bien de sus almas, Dios os pedirá cuenta de todas estas cosas* [4].

MD 61,3,2 ¿Estáis dispuestos a hacerlo? ¿Y no hay nada a este respecto de lo que vuestra conciencia os remuerda, pues sois en esto los sustitutos de los pastores de la Iglesia, de los padres y de las madres?

MD 61,1,1: [1] Lc 16,1-2. – **MD 61,2,1**: [2] Cf. 1Tm 6,20. – **MD 61,2,2:** [3] Rm 10,17. – **MD 61,3,1**: [4] Cf. Hb 13,17.

62

MD 62

Para el domingo noveno después de Pentecostés (Lc 19,41-47)

MD 62,1,1 Punto I.

Habiendo entrado Jesucristo en el Templo de Jerusalén, encontró allí a personas que vendían y compraban, y que de ese modo profanaban el Templo del Dios vivo. Los arrojó de allí diciendo que su casa era casa de oración, y que ellos la habían convertido en cueva de ladrones [1].

Vosotros, aquí, vivís en una casa de oración; ésa debe ser vuestra principal ocupación. El Espíritu de Dios no residirá en ella, ni Dios mismo derramará sobre ella sus bendiciones, sino en la medida en que sea casa de oración. Y tan pronto como perdáis el espíritu y el amor de la oración, Dios os mirará con malos ojos, como a personas indignas de un empleo que *es su propia obra* [2], y que convierten su casa en cueva de ladrones.

MD 62,1,2 En efecto, ¿no es ser ladrón el atribuirse una obra tal, como la conservación de la inocencia en las almas, o la de su conversión, obra que sólo puede corresponder a Dios y a los que Él emplea en ella, que son todo de Él y que recurren continuamente a Él para procurar bien tan grande?

Así, pues, si no sois de Dios, si no recurrís a menudo a Él por la oración, si no enseñáis a los niños más que cosas exteriores, si no ponéis todo vuestro cuidado en inspirarles el espíritu de religión, ¿no debéis ser considerados por Dios como ladrones, que os introducís en su casa, que permanecéis en ella sin su participación, y que en vez de inspirar a vuestros alumnos el espíritu del cristianismo, como es vuestro deber, les enseñáis cosas que sólo les servirán para el mundo?

MD 62,2,1 Punto II.

No sólo vivís en casa de oración, sino que vuestros mismos cuerpos son casa de oración. En efecto, *¿No sabéis*, dice san Pablo, *que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, y os han sido dados por Dios, y que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, pues habéis sido comprados a alto precio?* De donde concluye san Pablo: *Glorificad, pues, y llevad a Dios en vuestros cuerpos* [3], puesto que vuestros cuerpos son casas de oración.

Con este mismo espíritu y con este sentimiento, el mismo san Pablo *os conjura*, en otro lugar, *por la misericordia de Dios, a que le ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa y agradable a sus ojos* [4].

MD 62,2,2 ¿Pensáis alguna vez en la dicha que supone para vosotros que el Espíritu Santo resida en vuestros cuerpos como en su templo, y *que sea Él quien ora en vosotros y por vosotros* [5]? Abandonaos totalmente a este divino Espíritu para que pida a Dios, por vosotros, todo lo que os conviene para el bien de vuestra alma y de aquellos de quienes estáis encargados, y para que no actuéis sino por Él.

MD 62,3,1 Punto III.

El Espíritu Santo, que reside en vosotros, debe penetrar el fondo de vuestras almas. En ellas es donde este divino Espíritu más particularmente debe orar. En el interior del alma es donde este Espíritu se le comunica y une a ella, y donde *le da a conocer lo que Dios pide de ella para que sea toda de Él* [6].

Es allí donde le hace partícipe de su divino amor, con el que honra a las almas santas, que ya no tienen apego a la tierra; entonces es cuando, desprendidas de todo afecto a las criaturas, hace de ellas su santuario, hace que se ocupen siempre de Dios, y que vivan sólo de Dios y para Dios.

MD 62,3,2 Puesto que *Jesucristo es vuestro mediador* [7] y *que no podéis ir a Dios sino por medio de Él* [8], suplicadle que esté siempre en vuestra alma, para que ore en ella a Dios y la lleve a Él; y para que haciendo de ella, durante el tiempo, su morada, como en su templo, establezca luego ella su residencia en Él durante toda la eternidad.

MD 62,1,1: [1] Mt 21,12-13. – [2] Cf. 1Co 3,9. – **MD 62,2,1**: [3] 1Co 6,19-20. – [4] Rm 12,1. – **MD 62,2,2**: [5] Rm 8,26. – **MD 62,3,1**: [6] Rm 8,27. – **MD 62,3,2**: [7] Cf. 1Tm 2,5; Hb 8,6. – [8] Cf. Jn 14,6.

63

MD 63

Para el domingo décimo después de Pentecostés (Lc 18,9-14)

Del menosprecio de sí mismo

MD 63,1,1 Punto I.

Una de las cosas que más contribuyen a adquirir la virtud es el menosprecio de sí mismo; *pues la fuente de todo pecado*, dice el Sabio, *es el orgullo* [1] y el aprecio de sí mismo. No hay ningún hombre, por santo y favorecido de la gracia que fuere, que no deba menospreciarse a sí mismo y a todo cuanto le atañe.

¡Qué menosprecio no merece aquel cuyo ser no le pertenece, sino que pertenece a Dios, que se lo ha dado, y se lo puede quitar, y volverlo a la nada cuando le plazca! ¿Se puede tener alguna estima por aquel cuya vida no es más que pecado, y que, por sí mismo, nunca podrá apartarse de él?

He ahí, con todo, el estado en que os encontráis; y parece, al escucharos, que sois algo. No imitéis, pues, al *fariseo que, en vez de orar a Dios, sólo piensa en alabarse y darse gracias a sí mismo* [2].

MD 63,2,1 Punto II.

Viendo Jesucristo que la mayoría de los hombres están tan pagados de sí mismos que a menudo, cuando hablan, lo hacen de ellos mismos y a su favor, propone en su Evangelio la parábola de un publicano y un fariseo.

Este último, aparentando orar, tenía el espíritu lleno sólo de sus buenas cualidades. El primero, que se consideraba miserable pecador y pedía

humildemente a Dios misericordia, quedó justificado, a causa de la sencillez y humildad con que oró; ***mientras que el otro sólo obtuvo confusión*** [3], por haber ultrajado a Dios, en vez de rezarle.

MD 63,2,2 Este es el modelo que os da Jesucristo, y que debéis poner a menudo ante los ojos, para animaros a no hablar nunca de vosotros ni a pensar en vosotros. Y cuando pensáis en ello delante de Dios, pensadlo sólo para humillaros y para buscar los medios de corregiros de vuestros defectos. Cuando oréis, decid a menudo como David: ***Mi pecado está siempre delante de mí*** [4].

MD 63,3,1 Punto III.

No es posible excederse en el menosprecio de sí mismo. San Francisco, tan santo como era, se consideraba el mayor pecador del mundo. Otros, para que los despreciaran, hicieron cosas indignas de un hombre.

Vosotros, que por vuestros pecados crucificasteis a Jesucristo [5], ***haceos conformes a Él por sentimientos de humildad*** [6] y, mirándoos con los ojos de la fe, no atendáis sino a lo que puede inspiraros bajos sentimientos de vosotros mismos ante Dios y ante los hombres.

MD 63,3,2 Y puesto que ***Dios da su gracia a los humildes*** [7], es preciso que tanto en lo exterior como en lo interior, el menosprecio de vosotros mismos sea vuestra herencia, y que en él encontréis vuestra satisfacción.

En vuestro estado y en vuestro empleo tenéis muchas ocasiones para ello. Para animaros a aprovecharlas bien, miradlas como uno de los mejores medios para santificaros, y consideraos como los más débiles de los hombres, y los más incapaces de realizar bien alguno.

Agradeced a Dios la gracia que os concede de veros menospreciados, cargados de oprobios y de calumnias. Y no manifestéis nunca estima alguna por lo que hacéis, puesto que ***Dios, por su bondad y por su gracia, es el autor de todo lo bueno que hay en vosotros*** [8].

MD 63,1,1: [1] Si 10,13. – [2] Lc 18,11. – **MD 63,2,1**: [3] Cf. Lc 18,11-14. – **MD 63,2,2:** [4] Sal 51,5. – **MD 63,3,1**: [5] Hb 6,6. – [6] Cf. Flp 2,5-6. – **MD 63,3,2**: [7] 1P 5,5. – [8] Flp 2,13.

64

MD 64

Para el domingo undécimo después de Pentecostés (Mc 7,31-37)

De la sordera espiritual

MD 64,1,1 Punto I.

Según el evangelio de este día, ***Jesús curó a un hombre que era sordo y mudo*** [1]. Este hombre representa para nosotros a tres clases de sordos que se encuentran, a veces, en las comunidades.

Los primeros, los que son sordos a las inspiraciones de Dios, ya les induzcan a observar fielmente sus Reglas, que es lo único que puede mantener en ellos la gracia de su estado, ya los impulsen a determinadas prácticas particulares que

Dios les pide.

La segunda clase de sordera es la de quienes son sordos a la voz de sus superiores. Y puesto que la obediencia es lo que atrae más gracias generales y particulares en una comunidad, y lo que mejor conserva en la gracia de Dios, esta clase de sordera llega a ser casi siempre incurable, a menos que se intente pronto su curación.

La tercera clase de sordera es la de quienes no pueden oír hablar de Dios ni gustar su palabra en la lectura de los libros sagrados o de piedad. Por ello, nunca se entregan del todo a Dios, ya que de ordinario es la lectura de los libros sagrados y piadosos lo que nos llena de su espíritu.

MD 64,1,2 ¡Cuánto le cuesta al Salvador curar tales sorderas! Y ello procede de que no encuentra ya, en quienes las padecen, la unción de su gracia. Es necesario que los lleve aparte, porque sólo en el retiro se dispondrán a escuchar la voz de Dios. ***Luego, Jesús eleva los ojos hacia el cielo, lanza un suspiro y pone sus dedos en las orejas del sordo, y dice después: abríos*** [2].

¡Ah, cuán difícil y raro es curar un alma cuando esta sordera es inveterada!

MD 64,2,1 Punto II.

El hombre a quien curó Jesucristo era a la vez mudo y sordo. Igual que hay tres clases de sordos, también hay tres clases de mudos.

Los primeros son los que no saben hablar a Dios, y la razón de ello es la falta de correspondencia entre Dios y ellos. Sólo se aprende a hablar a Dios escuchándolo; pues saber hablar a Dios y conversar con Él, sólo puede venir de Dios, que tiene su propio lenguaje, y que sólo lo comunica a sus amigos y confidentes, a quienes concede la dicha de conversar a menudo con Él.

La segunda clase de mudos es la de quienes no pueden hablar de Dios. Son muchos los mudos de esta clase, los cuales, por pensar rara vez en Dios, apenas lo conocen; pues como están llenos de las ideas del mundo y de los entretenimientos del siglo, ***no pueden,*** según san Pablo, ***penetrar las cosas de Dios*** [3]; y son tan poco capaces de hablar de Él y de lo que le atañe, como niños recién nacidos.

MD 64,2,2 La tercera clase de mudos son aquellos a quienes Dios no ha dado ***el don de lenguas*** [4], y no pueden hablar para llevar a Dios. Tener el don de lenguas es saber hablar para ***atraer las almas a Dios y procurar su conversión*** [5], y poder decir a cada uno lo que le conviene; pues Dios no atrae a todas las almas con los mismos medios, y ***hay que saber hablar adecuadamente a cada una de ella***s [6] para animarlas a ser enteramente de Dios.

Vosotros, que estáis encargados de instruir a los niños, debéis haceros hábiles en el arte de hablar a Dios, de hablar de Dios y de hablar para llevar a Dios. Pero tened la seguridad de que nunca hablaréis bien a vuestros alumnos con el fin de ganarlos para Dios, sino en la medida en que hayáis aprendido a hablarle y a hablar de Él.

MD 64,3,1 Punto III.

No basta con conocer las diversas clases de sordos y de mudos; hay que saber, además, los remedios que pueden curarlos. De ordinario, la sordera es causa de

la mudez; por lo cual resulta más fácil curar a un mudo que sanar a un sordo, porque en cuanto un sordo es capaz de oír, pronto se encuentra en condiciones de hablar.

También por esta razón, el hombre del que se habla en el evangelio, recobró antes el uso de la lengua que el del oído; pues, para conseguir que hablara, Jesucristo no hizo más que *ponerle saliva en la boca, sobre la lengua, y en seguida ésta se desató, y habló con mucha claridad* [7].

Para curar su sordera, Jesucristo *mete los dedos en las orejas del sordo* [8]; lo que indica que es preciso que Jesucristo toque el alma interiormente para hacerle oír, comprender, y gustar lo que Él le dice. Es necesario que Él la lleve aparte para que el ruido del mundo no pueda impedirle escuchar y gustar sus palabras.

MD 64,3,2 *Luego levanta los ojos hacia el cielo y lanza un profundo suspiro* [9], para darnos a entender cuánto lamenta ante Dios la ceguera producida en el alma por la sordera espiritual. Incluso es necesario que haga un esfuerzo para *decir con voz potente ante los oídos del sordo: abríos* [10]; con el fin de que esta alma abra suficientemente sus oídos para oír con facilidad las palabras de Jesucristo y ser dócil a ellas.

Cura al mudo poniéndole saliva en la lengua, para indicarle que sería poco útil el hablar si no habla con sabiduría.

Tened, pues, siempre abiertos los oídos y atentos a la palabra de Dios, y aprended a hablar poco, y a no hablar sino con sabiduría.

MD 64,1,1: [1] Mc 7,32. – **MD 64,1,2**: [2] Mc 7,33-34. – **MD 64,2,1**: [3] 1Co 2,14. – **MD 64,2,2**: [4] Cf. Hch 2,4. – [5] Cf. Hch 2,41. – [6] Cf. Hch 2,8. – **MD 64,3,1**: [7] Mc 7,35. – [8] Mc 7,33. – **MD 64,3,2**: [9] Mc 7,34. – [10] Mc 7,34.

65

MD 65

Para el domingo duodécimo después de Pentecostés (Lc 10,23-27)

De la unión que debe existir entre los Hermanos

MD 65,1,1 Punto I.

Lo que Jesucristo propone hoy en el evangelio es un ejemplo de caridad. *Se trata de un samaritano que encuentra en el camino a un hombre medio muerto; lo venda y lo pone en manos de un mesonero para que lo cuide hasta su total curación* [1].

El Salvador, al referirnos en detalle cuanto hace este hombre caritativo, nos da bien a entender cómo debe ser la caridad que hemos de tener hacia nuestros Hermanos, y cuán unidos hemos de estar los unos con los otros. Es ésta también una de las cosas que hemos de tomar más a pechos, pues, como dice san Pablo, *si no tenéis caridad, todo lo bueno que pudiereis hacer no os servirá de nada* [2]. Incluso la experiencia permite comprobar suficientemente la verdad de esta afirmación.

En efecto, una comunidad sin caridad y sin unión es un infierno: uno, por su parte, murmura; el otro habla mal de su Hermano por estar molesto con él; éste

se enfada con alguno que lo ha incomodado; aquél se queja al superior de lo que cierto Hermano ha hecho contra él. En fin, no se oyen más que quejas, murmuraciones y maledicencias, de donde resultan muchas turbaciones e inquietudes.

MD 65,1,2 El único remedio de todos estos desórdenes es la unión y la caridad; pues, como dice san Pablo, *la caridad es paciente* [3]. Este santo apóstol quiere, incluso, que la paciencia, fruto de la caridad, llegue hasta *soportarlo todo* [4]; y quien dice todo, no exceptúa nada.

Así, pues, si se tiene caridad y unión con los Hermanos, puesto que hay que soportar todo de todos, ya no se puede decir: no puedo sufrir tal cosa de éste; no toleraré tal defecto en aquel otro; es preciso que éste se acomode en algo a mi talante o a mi debilidad. Porque hablar así no es soportar todo de todos.

Pensad mucho en esa máxima y ponedla en práctica con exactitud.

MD 65,2,1 Punto II.

La caridad es mansa [5]. Es la segunda cualidad que san Pablo atribuye a la caridad. En efecto, el amor y la unión no se demuestran regañando, murmurando, quejándose a voces y disputando; sino hablándose con mansedumbre y amabilidad, y humillándose, incluso, hasta ponerse por debajo de sus Hermanos; pues *la palabra blanda,* dice el Sabio, *quebranta la ira, pero la palabra áspera excita el furor* [6].

Por eso Nuestro Señor dijo a sus apóstoles en el Sermón de la Montaña: *Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra* [7]; es decir, todo el mundo; pues poseen todo el mundo quienes poseen el corazón de todos los hombres.

Esto lo consiguen fácilmente las personas de natural bondadoso y mesurado. Se insinúan de tal forma en el corazón de aquellos con quienes conversan y con quienes tratan, que los ganan insensiblemente y obtienen de ellos cuanto desean.

Así es como se conquistan los corazones y se los induce a hacer cuanto de ellos se desea. Así es como quienes han nacido con tan feliz disposición, o la han adquirido mediante la ayuda de la gracia, vienen a ser como los dueños de los demás, y los mueven a su gusto.

MD 65,2,2 ¡Ah, qué gran beneficio el de comprender y practicar convenientemente esta lección de Jesucristo: *Aprended de mí,* dice, *que soy manso y humilde de corazón* [8]!

Pero no es este el único bien que se consigue mediante la mansedumbre; el principal es que, merced a ella, se adquieren fácilmente las virtudes más sublimes; por ella se sujetan las pasiones y se impide que se desmanden; y por ella se logra mantener la unión con sus Hermanos.

No les habléis nunca sino con mansedumbre, y callaos cuando temáis hablarles de otro modo.

MD 65,3,1 Punto III.

La caridad es benéfica [9]. Es la tercera cualidad que san Pablo atribuye a la caridad. Y también por ella mostró el samaritano del evangelio la bondad de su

corazón. Pues *habiendo encontrado a un hombre infortunado a quienes los ladrones habían despojado, cubierto de heridas y abandonado medio muerto, se conmovió de tal manera, que después de poner aceite y vino en sus llagas, y de vendarlas, le montó en su cabalgadura y le llevó a un mesón, donde lo cuidó por algún tiempo; y cuando hubo de partir, encargó al mesonero que le cuidara muy bien, y le entregó dos denarios de plata, prometiendo pagarle todos los gastos* [10].

MD 65,3,2 Admirad la extrema caridad de este buen samaritano. Para los judíos era un extranjero, pues los de su país eran considerados por los judíos como cismáticos; se odiaban mutuamente. Éste, no obstante, hizo todo por tan desafortunado viajero, a quien un sacerdote y un levita no quisieron atender. Incluso manifestó sumo desinterés en su caridad, pues después de haber hecho todo por este hombre, dio dinero por él al mesonero, y le prometió pagar, a la vuelta, cuanto gastara con aquel hombre.

También es ésta una de las condiciones que exige san Pablo para que la caridad sea verdadera; quiere *que sea desinteresada* [11]. Con todo, sucede a menudo, incluso en las comunidades, que se hace algún bien a los Hermanos por haberlo recibido de ellos; o se rehúsa prestarles un servicio, o al menos no se presta de buena gana, porque hay algo en ellos que desagrada, o porque nos han causado alguna molestia u ocasionado algún disgusto.

¡Ah, cuán humana es tal caridad, cuán poco cristiana y qué poco merece llamarse benéfica!

MD 65,1,1: [1] Lc 10,10-35. – [2] 1Co 13,3. – **MD 65,1,2**: [3] 1Co 13,4. – [4] 1Co 13,7. – **MD 65,2,1**: [5] 1Co 13,4. – [6] Pr 15,1. – [7] Mt 5,4. – **MD 65,2,2**: [8] Mt 11,29. – **MD 65,3,1**: [9] 1Co 13,4. – [10] Lc 10,30.34-35. – **MD 65,3,2**: [11] 1Co 13,5.

66

MD 66

Para el domingo decimotercero después de Pentecostés (Lc 17,11-19)

De las tentaciones de impureza y de los medios para vencerlas

MD 66,1,1 Punto I.

Los diez leprosos que, según el evangelio de este día, se presentaron a Jesucristo, significan para nosotros las tentaciones de impureza, pues la lepra *es enfermedad que hace al cuerpo sucio e infecto* [1]; y la manera como Él los curó nos indica cuáles son los remedios más seguros de que hay que valerse para librarse de ella.

El evangelio refiere que *viendo estos leprosos a Jesucristo desde bastante lejos, se pararon, y elevando la voz le dijeron: ¡Jesús, nuestro maestro, ten piedad de nosotros!* [2].

La distancia a que se mantenían estos leprosos nos indica cuán alejados se hallan los impúdicos de Nuestro Señor, que siendo la pureza misma, no quiere tener comunicación con los contagiados, por poco que sea, de este vicio; igual que tampoco estaba permitido a los leprosos tenerla con los demás judíos.

Gritaron con tono elevado de voz, para pedir a Jesucristo que tuviera compasión de ellos. Esto nos recuerda lo que Jesucristo dice en otro pasaje del Evangelio, *que el primer remedio contra la impureza y contra las tentaciones que llevan a ella, es recurrir a la oración* [3].

MD 66,1,2 Esta voz, elevada y apremiante, es figura del fervor e insistencia con que se debe orar para obtener la curación de esta enfermedad; pues el hombre, que según el Sabio, *no puede ser puro si Dios no le concede esa gracia* [4], nunca podría pedirla con exceso ni con demasiada insistencia, pues esta enfermedad es muy peligrosa y de consecuencias muy funestas.

Si ocurre, pues, que alguna vez os vierais atormentados por pensamientos impuros, no ceséis de orar a Dios hasta quedar totalmente libres de ellos.

MD 66,2,1 Punto II.

El segundo remedio que propone el evangelio, y que Jesucristo *manda a los leprosos, es presentarse a los sacerdotes* [5]. *La antigua ley prescribía que los leprosos, una vez sanados, se presentaran a los sacerdotes, para que pudieran comprobar que su lepra se había curado realmente, y para que, si era así, les permitiesen la comunicación con los demás judíos* [6].

Pero en la ley nueva, los mandatos de Jesucristo tienen virtud muy distinta que los de Moisés; ya que si ordena a los leprosos que vayan a presentarse a los sacerdotes, es para que queden curados de su vergonzosa enfermedad; también a ellos les ocurrió, de modo perfecto, mientran iban de camino.

MD 66,2,2 En comunidad, es al superior a quien hay que acudir para declararle su enfermedad y darse a conocer tal como se es. Este es el medio eficaz para curar prontamente. Y es el que san Dositeo, aquel hábil maestro en la dirección de las almas, dice haber experimentado en sí mismo. Pues no hay nada, dice, que tanto tema el espíritu inmundo como ser descubierto; y una vez que lo ha sido, ya no puede dañar.

Así, añade el Santo, el alma se pone a salvo mediante la declaración que hace de todas sus disposiciones interiores. Y cuando su superior le dice: haz esto, o no lo hagas, esto es bueno, o esto es malo, el demonio no encuentra ya resquicio por donde penetrar en el corazón del enfermo. Y éste encuentra la salud en el cuidado que pone en manifestarse a su superior, y en actuar en todo según sus consejos.

Sed, pues, fieles a esta práctica, ya que resulta tan eficaz.

MD 66,3,1 Punto III.

En la antigua ley se ordenaba a los leprosos que *cuando estaban curados, ofrecieran un sacrificio antes de ponerse en comunicación con los demás, con el fin de purificarse externamente, en razón de la impureza legal que habían contraído por la lepra* [7].

Este sacrificio indica la mortificación, que Jesucristo impone también como remedio a los leprosos de que hablamos; es decir, a los que están cubiertos de la lepra de la impureza, o que se sienten atacados por el demonio impuro. Jesucristo dice, incluso, que *uno no puede curarse perfectamente de este tipo de enfermedad, ni librarse completamente de este espíritu tentador, más que*

con el ayuno [8], es decir, con la mortificación.

Por medio de este sacrificio *se ofrece a Dios el propio cuerpo*, hablando con la expresión de san Pablo, *como hostia viva, santa y agradable a Dios* [9]. La mortificación, en efecto, consigue el beneficio de hacer al cuerpo partícipe de la vida del espíritu.

MD 66,3,2 Por eso dice el mismo san Pablo: *Si por el espíritu mortificáis la carne y todas sus obras, viviréis; por el contrario*, como añade el mismo apóstol, *si vivís según la carne y permitís que satisfaga sus sentidos, moriréis* [10]; es decir, que la impureza, al haceros morir a la gracia, embrutecerá vuestro espíritu; lo hará, en cierto modo, del todo material y vuestra alma semejante a la de las bestias.

Sea, pues, la mortificación para vosotros aquel *sacrificio perpetuo que se ordenaba en la ley antigua* [11], *llevando siempre en vuestro cuerpo*, como dice san Pablo, *la mortificación de Jesucristo, para que la vida de Jesucristo se manifieste también en vuestro cuerpo* [12]. Tal es el efecto admirable que producirá en vosotros este excelente sacrificio.

MD 66,1,1: [1] Cf. Lv 13,45-46. – [2] Lc 17,12-13. – [3] Mc 9,29. – **MD 66,1,2**: [4] Sb 8,21. – **MD 66,2,1**: [5] Lc 17,14. – [6] Lv 14,1-32. – **MD 66,3,1**: [7] Lv 14,10-20. – [8] Mc 9,29. – [9] Rm 12,1. – **MD 66,3,2**: [10] Rm 8,13. – [11] Lv 6,1. – [12] 2Co 4,10.

67

MD 67

Para el domingo decimocuarto después de Pentecostés (Mt 6,24-33)

Del abandono a la Providencia

MD 67,1,1 Punto I.

A vosotros, particularmente, dirige Jesucristo las palabras del evangelio de este día: *Buscad primero el reino de Dios* [1]. En efecto, no debisteis venir a esta casa sino para buscarlo; en primer lugar, para vosotros; en segundo lugar, para aquellos de cuya instrucción os ha encargado Dios. Aquí no debéis buscar otra cosa que establecer el reino de Dios en vuestra alma, para esta vida y para la otra.

Durante esta vida, no debéis preocuparos sino por conseguir que Dios reine por la gracia y por la plenitud de su amor en vuestro corazón. Debéis vivir para Él, y la vida del mismo Dios ha de ser la vida de vuestra alma. Se necesita, además, que la nutráis de Él, ocupándoos cuanto os sea posible de su santa presencia.

Lo que constituye la vida de los santos es su continua atención a Dios. Esa debe ser también la de las almas consagradas a Dios y que sólo buscan cumplir su santa voluntad, amarlo y hacer que otros lo amen. En eso debe consistir toda vuestra ocupación en la tierra; y a ese fin deben enderezarse todos vuestros trabajos.

MD 67,1,2 Exhortad, pues, a aquellos a quienes enseñáis a que miren el pecado como enfermedad vergonzosa, que infecta las almas, las hace indignas de aproximarse a Dios y de comparecer ante Él. Inspiradles amor a la virtud. Imprimid en ellos sentimientos de piedad, y procurad que Dios no cese de

reinar en ellos; pues, así, no tendrán contacto con el pecado, o, al menos, evitarán los pecados graves, que dan muerte al alma.

Traed con frecuencia a vuestra mente cuál es el fin de vuestra vocación, para que os mueva a contribuir al establecimiento y consolidación del reino de Dios en el corazón de vuestros alumnos. ¿Pensáis que uno de los mejores medios para lograr semejante bien es procurar, ante todo, que reine Dios de tal forma en vuestros alumnos, que no tengan ya ni acción ni impulso alguno sino por Él?

MD 67,2,1 Punto II.

Para no ocuparos más que de los medios para establecer el reino de Dios en vosotros y en las almas de aquellos a quienes instruís, es importante que no os preocupéis de lo que se relaciona con las necesidades del cuerpo, pues estos dos órdenes de cosas son incompatibles entre sí; y la dedicación a las cosas exteriores destruye en el alma el cuidado por aquellas que se refieren a Dios y a su servicio.

MD 67,2,2 Por lo cual, en el mismo Evangelio, recomienda Jesucristo a sus santos apóstoles, a quienes encomendaba el cuidado de la salvación de las almas y de establecer su reino en la tierra, que no se inquieten diciendo: *¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Pues eso sólo es propio de los paganos* [2], dice Nuestro Señor.

Y tanto más, cuanto que quienes así se preocupan, demuestran con ello que no tienen fe. Y para darles una prueba convincente, dice: *Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan cosa alguna en los graneros. Contemplad los lirios del campo: no trabajan ni hilan, y con todo, Salomón, en toda su gloria, jamás se vistió tan bien como ellos* [3].

¿Tenéis, pues, vosotros tan poca fe como para temer que cumpliendo vuestro deber, y ocupándoos sólo de lograr que Dios reine en vuestros corazones y en los de los demás, os falte algo de lo necesario para vivir y para vestiros?

MD 67,3,1 Punto III.

Jesucristo asegura que es Dios mismo quien se encarga del cuidado de vuestro alimento y de vuestro sustento: *Vuestro Padre celestial, dice, sabe que necesitáis todas esas cosas* [4]. *Es Él quien alimenta a los pájaros del cielo; ¿no valéis vosotros mucho más y no os quiere mucho más que a los pájaros?* [5] Y dice además: *Si Dios tiene cuidado de vestir de esa forma a la hierba del campo, que hoy florece y mañana será cortada, cuánto más cuidará Él de vestiros, ¡hombres de poca fe!* [6] *Estad persuadidos*, concluye Jesucristo, *que si buscáis realmente el reino de Dios y su justicia, todas estas cosas se os darán por añadidura* [7], pues es Dios mismo quien se toma el cuidado de proveeros de ellas.

No se pone bozal al buey que trilla [8], dice san Pablo. Por lo tanto, si os preocupáis de *trabajar en la cosecha de las almas* [9], ¿cómo podréis temer *que aquel que os emplea y cuyos obreros sois* [10] os niegue el alimento que necesitáis para realizar su obra?

MD 67,3,2 Cuanto más os abandonéis a Dios en lo tocante a lo temporal, más cuidado pondrá Él en procurároslo. Si, por el contrario, queréis procurároslo vosotros

mismos, Dios dejará en vuestras manos ese cuidado, y a menudo podrá suceder que os falte, queriendo Dios castigar así vuestra poca fe y vuestra desconfianza.
Haced, pues, lo que dice David: *Dirigid a Dios vuestro pensamiento y depositad en Él toda vuestra confianza, y Él mismo os sustentará* [11].

MD 67,1,1: [1] Mt 6,33. – **MD 67,2,2**: [2] Mt 6,31-32. – [3] Mt 6,26.28-29. – **MD 67,3,1**: [4] Mt 6,32. – [5] Mt 6,26. – [6] Mt 6,30. – [7] Mt 6,33. – [8] 1Co 9,9. – [9] Cf. Mt 9,37-38. – [10] Cf. 1Co 3,9. – **MD 67,3,2**: [11] Sal 55,23.

68

MD 68

Para el domingo decimoquinto después de Pentecostés (Lc 7,11-16)

De los que han abandonado el espíritu de su estado y de los medios de que deben servirse para recuperarlo

MD 68,1,1 Punto I.
El evangelio de este día refiere que *llevaban a enterrar a un joven, hijo de una viuda de la ciudad de Naim* [1]. Este evangelio nos representa de manera admirable a los que han perdido la gracia de su estado.
El difunto es un muchacho joven que, por su edad aún tierna, os evoca a aquellos en quienes *la piedad no ha echado todavía raíces profundas* [2] y cuyo corazón no está aún bien afianzado en el bien; por lo cual se persuaden, sin fundamento, de que se salvarán fácilmente en otra parte; pues hace ya bastante tiempo que están alejados de las ocasiones, y que cuando estén expuestos a ellas, tendrán fuerza suficiente para no sucumbir.
Muérese pronto cuando, estando enfermo, se cree no estarlo, o cuando se juzga que podrá uno curarse a sí mismo y sin ningún remedio.

MD 68,1,2 Eso es lo que de ordinario inspira el demonio a los que caen en este tipo de tentación y no son dóciles en seguir los consejos de sus superiores. Se ven reducidos a tal extremo, que su mal resulta incurable, y no pueden evitar el abandono del santo estado que habían abrazado.
¿No habéis estado alguna vez, o no estáis en esta lamentable disposición? Si es así, gemid ante Dios y rogadle insistentemente que os saque de ella lo antes posible, pues el remedio contra este mal hay que aplicarlo con prontitud.

MD 68,2,1 Punto II.
Llevaban a enterrar a este difunto [3]. Ese es el término y el efecto de esta muerte espiritual, llevar a enterrar al alma afectada por ella. Ya no piensa más que en la tierra, es decir, en el mundo y en las cosas del mundo, porque no siente ningún gusto por Dios ni por lo que conduce a Él. Oír hablar de Dios es un suplicio para ella; hacer oración, es un martirio; la comunión le resulta insípida; se aleja de la confesión porque no quiere dar a conocer su mal; se guía sólo por sus luces, pero sus luces son falsas. Así, todos los medios que contribuyen a mantener la vida del espíritu le resultan inútiles, porque los rechaza. Y la causa de todo ello es el haber perdido el espíritu de vida que había

en ella, que es el espíritu de su estado.

MD 68,2,2 *La multitud de gente que sigue a este difunto cuando lo llevan a enterrar* [4] es figura de aquellos que os persuaden a volver al siglo. Desprovistos de gracia, ¿qué de bueno os pueden aconsejar?

Sin embargo, no se deja de creerlos y de seguir la corriente que promueven con tanto mayor éxito cuanto que aquello de lo que intentan persuadir es más conforme a la inclinación de la naturaleza corrompida.

¡Oh, qué estado tan lastimoso! ¡Oh, qué triste situación! Pedid insistentemente a Dios que no os abandone hasta tal extremo.

MD 68,3,1 Punto III.

Jesucristo se acercó al difunto, tocó el féretro y quienes lo llevaban se pararon; y dijo al joven: Levántate, yo te lo mando. Y en seguida el difunto se incorporó, se descubrió y comenzó a hablar, y Jesús lo devolvió a su madre [5].

Estas palabras dan a entender los medios que existen para recuperar la gracia de la vocación.

El primero es recurrir a la oración, para instar a Jesucristo a que se acerque a nosotros.

El segundo es detener el curso de todos los pensamientos que nos han llevado al borde del precipicio.

El tercero, escuchar la voz de Jesucristo, que nos habla a través de nuestros superiores.

El cuarto, elevarnos hacia Dios en cuanto oímos su palabra.

MD 68,3,2 Así recuperaremos insensiblemente el espíritu de nuestro estado, y de nuevo comenzaremos a cumplir los deberes del mismo. Entonces Jesús nos devolverá a nuestra madre, que es la comunidad a la que nos hemos incorporado. Ella nos mirará de nuevo como hijos suyos muy queridos, y seremos motivo de consuelo y de edificación para nuestros Hermanos.

He ahí lo que deben hacer quienes han perdido o se han puesto en peligro de perder su vocación, y en consecuencia, la gracia de Dios, y de caer en los excesos que son consecuencia inevitable de tal pérdida.

MD 68,1,1: [1] Lc 7,12. – [2] Mt 13,21. – **MD 68,2,1**: [3] Lc 7,12. – **MD 68,2,2**: [4] Lc 7,12. – **MD 68,3,1**: [5] Lc 7,14-15.

69

MD 69

Para el domingo decimosexto después de Pentecostés (Lc 14,1-11)

De la obligación que tienen los Hermanos de edificar al prójimo

MD 69,1,1 Punto I.

En el evangelio de este día se refiere que *habiendo entrado Jesús en la casa de un jefe de los fariseos para comer, los que allí estaban lo observaban maliciosamente* [1].

Vosotros ejercéis un empleo en el que todo el mundo os observa, y que, por lo tanto, os obliga a practicar el consejo que da san Pablo a Tito, obispo de Creta, y discípulo suyo; le dice que *sea, en todo, modelo de buenas obras, por la doctrina, por la integridad de las costumbres, por la regularidad de su conducta y por su gravedad* [2].

En primer lugar, os observan vuestros alumnos. Por eso tenéis obligación de darles buen ejemplo con vuestra doctrina, imitando en eso a Nuestro Señor, que según lo que dice san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, *comenzó por obrar antes de enseñar* [3]. Eso es lo que os hará recomendables ante vuestros alumnos.

Por lo cual, para cumplir debidamente vuestro deber para con ellos, es importante que vuestras obras les instruyan más aún que vuestras palabras, para que, como añade el mismo san Pablo a Tito, *vuestras palabras sean irreprensibles*, no sólo siendo *sanas en lo referente a la doctrina*, sino también en cuanto muestra y efecto de vuestra virtud. De ese modo, aquellos a quienes instruís, según añade san Pablo, *no hallarán nada que replicar a lo que les digáis* [4], al ver que está conforme con lo que hacéis.

MD 69,1,2 ¿Es ése vuestro proceder? ¿No enseñáis nada a vuestros discípulos que no lo practiquéis vosotros mismos? Cuando les decís que sean modestos, ¿lo sois vosotros primero? Cuando les recomendáis que oren a Dios con piedad, ¿lo hacéis también vosotros? ¿Tenéis con ellos la misma caridad que quisierais que ellos tuvieran con sus compañeros?

Con semejante proceder seréis modelo de buenas obras en todo, principalmente en lo referente a la doctrina.

MD 69,2,1 Punto II.

Como vivís con vuestros Hermanos, bajo las mismas Reglas y con un género de vida en todo uniforme, ellos os observan continuamente; y por eso, particularmente, a ellos debéis de servir de modelo en todo. Y como en comunidad el escándalo es peligroso y muy perjudicial, debéis vigilar mucho sobre vosotros mismos para no dar ningún motivo de él en las acciones comunes que tenéis que realizar cada día con vuestros Hermanos, por temor a ser causa de las faltas que ellos cometieran por vuestro mal ejemplo.

Puede haber entre vosotros algunos débiles a los que vuestros modos de actuar, poco conformes con las Reglas y capaces de destruir el buen orden, podrían causar malas impresiones y darles motivo para caer en la inobservancia.

MD 69,2,2 Por ese motivo dice Jesucristo en el Evangelio que más valdría *que nos ataran una rueda de molino al cuello y que nos arrojasen al mar, antes que escandalizar al menor de estos niños* [5] que nos están confiados.

¡Oh! ¡Palabras terribles para el alma que teme ofender a Dios y que otros lo ofendan! Pensad a menudo que tenéis que ser modelo de inocencia y de fervor para vuestros Hermanos; es decir, que debéis observar todas vuestras Reglas con exactitud, no sólo para utilizar los medios de salvación que Dios os ha dado, sino también para edificar a vuestros Hermanos.

MD 69,3,1 Punto III.

La profesión que ejercéis os obliga a estar, a diario, en medio del mundo, donde se os observa hasta en vuestros mínimos movimientos. Eso os debe urgir a no omitir nada para ser modelos de todo tipo de virtudes a los ojos de los seglares, en medio de los cuales tenéis que vivir.

Debéis procurar edificarlos, particularmente, por vuestra gravedad y vuestra modestia, pues si advierten en vosotros cualquier rasgo de ligereza o disipación, se escandalizarán con facilidad. Por el contrario, si os presentáis ante ellos con exterior comedido, sentirán por vosotros mucha veneración.

MD 69,3,2 Puede añadirse a esto que, *pues se juzga del hombre por su exterior* [6], como dice el Sabio, en cuanto os vean externamente disipados, fácilmente se persuadirán de que tenéis poca piedad y recogimiento. En cambio, si mostráis en lo exterior aspecto sencillo y grave, en seguida se persuadirán de que vuestro interior está bien ordenado, y que se puede creer que estáis capacitados para educar a vuestros discípulos en el espíritu del cristianismo.

Ved cuán importante es para vosotros, y para el honor de vuestro empleo, el mostraros exteriormente recatados, cuando tratáis con la gente del mundo, si queréis edificarla.

MD 69,1,1: [1] Lc 14,1. – [2] Tt 2,7. – [3] Hch 1,1. – [4] Tt 2,1.7-8. – **MD 69,2,2**: [5] Lc 17,2. – **MD 69,3,2**: [6] Si 19,26.

70

MD 70

Para el domingo decimoséptimo después de Pentecostés (Mt 22,34-46)

De la manera como debemos amar a Dios

MD 70,1,1 Punto I.

Un doctor de la ley preguntó a Jesucristo cuál era el mayor mandamiento de la Ley, y Jesús le respondió que era éste: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas* [1].

En efecto, éste es un gran mandamiento, pues tiene amplísima extensión, y el modo como Jesucristo dice que hay que amar a Dios exige de nosotros mucha valentía. Este será hoy el tema de nuestras reflexiones.

En primer lugar, debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, es decir, con todo nuestro afecto, sin reservar la menor parte de éste para criatura alguna; queriendo amar únicamente a Dios, que es el solo amable, pues Él es lo único bueno, esencialmente y por sí mismo.

Y así, amar alguna cosa fuera de Dios, es injuriarlo y posponerlo a algo que está infinitamente por debajo de Él; ya que si posee alguna bondad o hay algo amable en ella, es sólo emanación y participación de la bondad que proviene de Dios, como bien que le es propio y que comunica a su criatura.

MD 70,1,2 Y puesto que Dios es infinitamente bueno y la fuente inagotable de todo bien creado, no nos es lícito inclinarnos ni entregarnos, con toda la amplitud de nuestro corazón, a algo que no sea Dios; pues todo ha sido creado para Él. Y si

en las criaturas amamos algo, debe ser sólo en Dios, en quien hallaremos, como en su principio, todo lo que en ellas hay de amable.

MD 70,2,1 Punto II.

Es imposible que amemos a Dios con todo nuestro corazón sin que lo amemos también *con toda nuestra alma* [2]; es decir, sin que estemos dispuestos a renunciar, no sólo a todas las cosas exteriores y sensibles, sino a nuestra vida misma, significada por la palabra «alma», antes que vernos privados un solo instante del amor de Dios.

Y eso, porque debemos preferir a Dios a cualquier otra cosa que pudiera ser objeto de nuestro amor. Pues, en efecto, puesto que Dios está infinitamente por encima de todas las cosas creadas, nuestra vida, tal cual es, no merece ninguna consideración de nuestra parte, si la comparamos con quien es su autor.

MD 70,2,2 ¿No debéis, pues, ofrecérsela gustosos a Dios, y sacrificársela, para conservar su santo amor, o para aumentarlo en vosotros? Además, ya que Dios os ha dado esta vida por su bondad totalmente gratuita, es muy justo que, para manifestarle cuán agradecidos le estáis y en qué medida le pertenecéis, se la ofrezcáis como cosa que le pertenece y de la que sois meros depositarios.

Ciertamente, es ofrecer la propia vida a Dios en sacrificio el no emplearla más que para Él. Tenéis oportunidad de realizar eso en vuestra profesión y en vuestro empleo, no inquietándoos de morir en él al cabo de pocos años, con tal de que en él os salvéis y ganéis almas para Dios; las cuales os ayudarán a encumbraros en el cielo, después que vosotros hayáis tratado de abrírselo a ellas y les hayáis enseñado, y ayudado a poner en práctica, todos los medios posibles para entrar en él. Así manifestaréis a Dios que *lo amáis con toda vuestra alma*.

MD 70,3,1 Punto III.

Dios, que nos ha traído a este mundo sólo para Él, según la expresión del Sabio, cuando dice que *Dios ha hecho todas las cosas para Sí* [3], también piensa continuamente en nosotros; y no habiéndonos dado el espíritu más que para que pensemos en Él, con razón dice Jesucristo, en este evangelio, que *debemos amar a Dios con toda nuestra mente* [4].

Cumpliremos este mandamiento si nos ocupamos siempre de Él y si referimos a Él todos nuestros pensamientos relativos a las criaturas, de tal manera que no pensemos en nada de lo que a ellas se refiere que no nos lleve a amarlo o a mantenernos en su santo amor. Pues nada manifiesta mejor que una persona ama a otra, que el no poder dejar de pensar en ella.

MD 70,3,2 ¡Cuán felices seríais si todos vuestros pensamientos no tendieran más que a Dios y no fueran más que para Él! Entonces habríais encontrado vuestro paraíso en este mundo, porque tendríais la misma ocupación que los santos, y la felicidad de que ellos gozan sería la vuestra.

Bien es cierto que habría esta diferencia: los santos ven a Dios claramente y en su propia naturaleza, mientras que nosotros gozaríamos de Él sólo por la fe. Pero esta visión de fe causa tanto placer y alegría al alma que ama a su Dios, que experimenta, ya en esta vida, cierto gusto anticipado de las delicias del cielo.

¿Disfrutan vuestras almas de ese beneficio? Si no tienen la gran dicha de poseerlo, proceded de modo que lo alcancéis, por la aplicación a Dios en vuestras oraciones y por medio de frecuentes oraciones jaculatorias. Es el mayor bien de que podéis gozar en este mundo.

MD 70,1,1: [1] Mt 22,35-37. – **MD 70,2,1**: [2] Mt 22,37. – **MD 70,3,1**: [3] Si 43,37. – [4] Mt 22,37.

71

MD 71

Para el domingo decimoctavo después de Pentecostés (Mt 9,1-8)

De los medios con que pueden curarse las enfermedades espirituales, tanto voluntarias como involuntarias

MD 71,1,1 Punto I.

A veces sucede que los servidores de Dios se hallan como en la impotencia para obrar el bien, ya a causa de las tentaciones a las que apenas pueden resistir, ya por las aflicciones interiores, ya por la fuerza de las pasiones. Es lo que representa el paralítico del que se nos habla en este evangelio. No encuentran facilidad para ir a Dios, o por falta de luz, o por falta de ayuda por parte de quienes los dirigen.

A veces, incluso, esta especie de dificultad dura mucho tiempo; y Dios deja al alma en esa situación para que sienta que no puede nada sin Él, y que no puede tener el impulso necesario para ir a Él, si no cuenta con la ayuda de su gracia; y que, por el contrario, todo lo puede cuando Él la fortifica.

Debe, pues, esperar con paciencia a que Jesús pase, y ponga el remedio para su mal. Pues, así como Él nos ha procurado la gracia de la redención, así conoce el medio de fortalecer nuestra alma y devolverle el movimiento que había perdido.

MD 71,1,2 Lo único que se necesita es cuidar de ser fiel en dejarse llevar a Jesucristo cuando pase, como hizo *el paralítico que yacía en su lecho* [1], contento de sufrir su dolencia hasta que Jesús la curase. Pues en este tipo de enfermedades, sólo Él, de ordinario, puede poner remedio; y todo lo que uno puede hacer, es vigilar sobre sí mismo para no obrar mal. Entonces hay que orar mucho y contentarse con decir a Dios, con David: *Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva en él tu espíritu para que me conduzca derechamente a Ti* [2].

MD 71,2,1 Punto II.

Cuando nos hallemos delante de Jesús, es decir, cuando nos ilumine alguna luz pasajera, ya venga de nosotros, ya de quienes nos dirigen, esperemos a que Jesús nos hable y a que nos devuelva la salud y el movimiento, *como hizo con el paralítico*. Sostengámonos con la firmeza de nuestra fe, aunque no tengamos ningún sentimiento de Dios y aunque nos hallemos sin movimiento hacia Dios. Tengamos la certeza de que esta mirada de fe le será tan agradable, que después de haberla favorecido y de haber alentado nuestra confianza, nos dirá, igual que al paralítico: *Levántate*, es decir, elévate hacia Dios; y recuperadas todas

nuestras fuerzas, lo haremos con facilidad.

MD 71,2,2 Ya no encontraremos nada que nos detenga; nada que sea obstáculo a nuestros movimientos exteriores y que nos impida ir a Dios. Por lo cual, Jesús nos dirá de inmediato: ***Vete*** [3]; es decir, que nos encontraremos con facilidad tan grande para ir a Dios y para conversar con Él, que nada nos causará mayor placer. Ese será el fruto de nuestra paciencia, que Dios se complace en recompensar en sus servidores.

A veces, estas situaciones provienen de algún pecado que se haya cometido. Entonces hay que gemir ante Dios y deplorar la propia miseria; pues es lo que Jesús espera, de ordinario, para curar al alma enferma y para reparar lo que la debilidad humana le había hecho perder.

Vigilad, pues, sobre vosotros mismos, para que vuestras faltas no sean causa de que Dios os retire sus gracias.

MD 71,3,1 Punto III.

Para la curación de nuestra parálisis espiritual no basta que Jesús nos mande levantarnos. Se necesita, además, que nosotros lo queramos, a menos que tal parálisis sea simplemente una prueba por parte de Dios, sin que nosotros seamos culpables de nada; pues en ese caso, Él sólo tiene que mandar, para ser obedecido.

Pero si en nosotros se dio algo que causó tal enfermedad, o que contribuyó a ella, entonces es necesario también que nosotros colaboremos, por nuestra parte, a la curación. Pues no ocurre lo mismo en las enfermedades espirituales y en las corporales. Para curar éstas, basta que Jesús hable, o incluso, que lo quiera; pero en las referentes al alma, se necesita, por nuestra parte, que queramos ser curados; pues Dios no fuerza en absoluto nuestra voluntad, aunque la exhorte y la inste. Pues, para la curación de nuestras enfermedades espirituales, a nosotros nos corresponde aceptar su gracia, cooperar con ella y secundar el buen deseo de Dios.

MD 71,3,2 Así, pues, cuando vuestros movimientos hacia Dios parezcan suspendidos, estad preparados y sed dóciles a su voz. ***Levantaos*** en cuanto os lo diga, y ***caminad***, es decir, reanudad las prácticas de virtud en las que encontrasteis dificultad; mortificad vuestras pasiones y aplicaos a vencerlas; y sobre todo, sed fieles en descubrir a vuestros directores lo hondo de vuestro corazón. Eso impedirá, de ordinario, que caigáis en este tipo de enfermedades.

Y, en fin, ***id derechos a vuestra casa*** [4], es decir, vivid en retiro, en recogimiento y silencio; aplicaos constantemente a la oración, a los demás ejercicios de piedad, y al exacto cumplimiento de las Reglas de la comunidad.

Esos son los medios seguros para restablecer en vuestra alma los buenos movimientos que en ella se habían interrumpido.

MD 71,1,2: [1] Mt 9,2. – [2] Sal 51,12. – **MD 71,2,2**: [3] Mt 9,6. – **MD 71,3,2**: [4] Mt 9,6.

72

M 72

Para el domingo decimonono después de Pentecostés (Mt 22, 1-14)

Que muchos son los llamados, pero pocos los escogidos para vivir en comunidad

MD 72,1,1 Punto I.

Jesucristo dice en el evangelio de este día que *muchos son llamados, pero pocos son elegidos* [1]. Él quiere referirse al cielo, pero esta verdad no es menos válida respecto de las comunidades; pues, a pesar de que son numerosas las personas que entran en ellas, hay pocas, sin embargo, que sean fieles a la gracia de su vocación, y que en ellas adquieran o conserven el espíritu de su estado, después de haberse comprometido a ello.

Lo primero que hay que hacer cuando se ingresa en una comunidad, para ser elegido de Dios en ella, es aprender bien a hacer oración y aplicarse a ella. Pues como no hay profesión en la que más tiente el demonio, a causa de cierta como seguridad que de salvarse hay en ella cuando se cumplen fielmente las Reglas que prescribe, en ella se tiene mucha necesidad de fuerzas para resistir a los ataques que nos presenta el tentador.

MD 72,1,2 La segunda cosa es aplicarse sobre todo a ser muy regular; pues como la regularidad es el medio principal que Dios ofrece para salvarse, cuanto más exacto es uno a ella, tanto más *se afianza*, según la expresión de san Pedro, *la vocación y la elección, por las buenas obras* [2], peculiares del propio estado.

Pero, como en las comunidades hay pocos que cumplen exactamente esta doble obligación, por eso se encuentran algunos que no cuentan con las gracias necesarias para mantenerse en ellas y para conservar el espíritu de su estado; y muy pronto no son en ellas más que cuerpos, o hay que amputarlos como miembros dañados, que sólo son capaces de corromper a los demás.

MD 72,2,1 Punto II.

La segunda razón por la que hay pocos elegidos en las comunidades, es que son pocos los que observan verdadera y total sumisión a los superiores.

Sin embargo, como la obediencia es la primera virtud que se ha de tener, y la principal de las que ayudan a mantenerse en ellas, en cuanto falta, queda uno abandonado a sí mismo, sin fuerza y sin vigor; y en consecuencia, incapaz de obrar el bien que es propio de su estado. Eso es causa de que no se persevere en ellas, o que permaneciendo, se haga uno inútil, o incluso perjudicial para los otros, como ramas *que no están unidas al tronco, que es Jesucristo, y que ya no obtienen de él la savia que necesitan para producir fruto* [3].

MD 72,2,2 No está uno unido a Jesucristo, como las ramas al árbol, sino en la medida en que se está unido a los superiores, y se procede en absoluta dependencia respecto de ellos; porque, según san Pablo, es a Dios y *a Jesucristo mismo a quien se obedece*, cuando se les está sumiso; y hay que estarlo, *no como si se pensara sólo en agradar a los hombres, sino cumpliendo de buen grado la voluntad de Dios* [4], y como miembros y servidores de Jesucristo.

Y los superiores no tienen derecho a mandar sino porque hablan en nombre de Jesucristo y como representantes de su persona. Y no se les debe tampoco obedecer, sino porque, según la expresión del mismo san Pablo, ***trabajan en la perfección de los santos y en la edificación del cuerpo de Jesucristo*** [5], que es nuestra cabeza; el cual, por la sumisión que se le presta en sus ministros, ***junta y traba todas las partes de su cuerpo con justa proporción*** [6], para que no constituyan más que un mismo cuerpo.

Así, pues, por medio de esta virtud llegaréis a ser verdaderos elegidos de Dios en vuestra comunidad.

MD 72,3,1 Punto III.

Lo que también hace que haya pocos elegidos para vivir en comunidad, es que hay pocos que manifiesten total apertura de corazón a sus superiores; sin lo cual, sin embargo, es imposible preservarse de las malas consecuencias que pueden acarrear las tentaciones violentas, con las que ataca el demonio a los llamados a una comunidad.

Y estas tentaciones, de ordinario, son tanto más violentas, cuanto más avanzan en la virtud; pues cuando trabajan con fervor en adquirir la perfección de su estado, el demonio, que sabe que si perseveran podrán perjudicarlo mucho, tanto con el buen ejemplo como con las gracias que puedan obtener para los demás con sus oraciones, ***está siempre en su derredor***, dice san Pedro, ***acechando la ocasión de hacerlos caer*** [7].

Por lo cual, dice san Doroteo, se alegra mucho cuando encuentra algunos que se guían a sí mismos y que no se abandonan a la dirección de su superior; pues sabe que caerán como las hojas de los árboles, ya que se ponen de acuerdo, dice el Santo, con el demonio y con los enemigos de su propia salvación.

MD 72,3,2 Este santo añade, incluso, que no conoce otra causa de la caída de quienes viven en comunidad que la confianza que tienen en sus propias luces. Y concluye, en fin, que no hay nada más grave y más pernicioso en una comunidad, que semejante proceder; y que para obrar la propia salvación, no hay otra vía que la apertura del corazón. ¡Ay!, en cuán pocos ésta es total.

Unos dicen: ¿Qué dirá mi superior si se lo digo todo? Pero si no lo hacéis, sabrá muy pronto que sois infieles.

Otros: No me atrevo a descubrírselo todo, pues luego tendría reparo en presentarme ante él.

Otros: Es suficiente con que manifieste mis faltas en la confesión. Sí, pero vuestro superior está en mejor situación que nadie para facilitaros el remedio.

Otros: Es sólo un Hermano, como yo. Es verdad; pero tiene el encargo de Dios de ayudaros a obrar vuestra salvación.

Servíos, pues, de los medios que Dios os ofrece para conseguirlo; de otro modo, decaeréis muy pronto en el espíritu de vuestro estado; y aunque hayáis sido llamados a él, no seréis del número de los elegidos por Dios.

MD 72,1,1: [1] Mt 22,14. – **MD 72,1,2**: [2] 2P 1,10. – **MD 72,2,1**: [3] Jn 15,4. – **MD 72,2,2**: [4] Ef 6,5-7. – [5] Ef 4,12. – [6] Ef 4,16. – **MD 72,3,1**: [7] 1P 5,8.

73

MD 73

Para el domingo vigésimo después de Pentecostés (Jn 4,46-53)

Que no hay que esperar que Dios haga milagros para contentarnos

MD 73,1,1 Punto I.

Un cortesano acudió a Jesús para rogarle que fuera a su casa para curar a su hijo que estaba a punto de morir, y Jesús le dijo: *Si no veis milagros y prodigios, no creéis* [1]. Este evangelio se puede aplicar a muchas personas de comunidad, que en numerosas ocasiones, y con muy poca razón, quisieran ver milagros para creer que deben realizar el bien que su deber les impone.

En primer lugar, quieren ver milagros y prodigios en sus superiores, para creerlos, considerarlos como tales y obedecerles. Quisieran verlos sin defectos, y en caso contrario, critican sus actos, murmuran de ellos, y se quejan diciendo que a los superiores les resulta muy fácil mandar.

MD 73,1,2 Parece que exigiesen en sus superiores, por decirlo así, tanta perfección como la que reconocen en el mismo Jesucristo. Y todo esto no proviene sino de que, al no obedecer por espíritu de fe, miran a su superior sólo como un hombre, y no como al ministro de Dios, y como el que ocupa visiblemente su lugar para con ellos. No saben distinguir en él dos tipos de personas: la persona de Jesucristo, que no tiene defectos, cuyo lugar ocupan, y la persona del hombre, que puede estar sujeta a muchas imperfecciones. Cuando se dirigen a él como a su superior, no saben que en él deben considerar sólo a Dios mismo, que les manda por la voz de un hombre.

Procurad poneros en este sentimiento de fe y penetraos bien de él, antes de acudir a vuestro superior. Sed fieles en hacer actos de fe sobre este punto, a fin de que le obedezcáis como al mismo Dios.

MD 73,2,1 Punto II.

Algunos también quieren milagros y prodigios en sus Hermanos, porque no quisieran soportar nada de ellos, lo que resulta imposible. Pues es ley de Dios, y por lo tanto obligación, que cuando las personas viven juntas sufran unas de otras. Lo cual atestigua san Pablo con estas palabras: *Llevad las cargas,* es decir, los defectos, *los unos de los otros, y cumpliréis la ley de Jesucristo* [2]. Se trata, pues, en consecuencia, de una ley de Jesucristo que hay que cumplir.

Soportarse mutuamente es caridad que cada cual está obligado a practicar con sus Hermanos, si quiere conservar la unión con ellos y manifestar con su conducta que forma con ellos la misma sociedad, y, en consecuencia, participa en todo cuanto ellos sufren.

Por su lado, no está exento de sufrir algo de ellos, porque no es posible que dos personas vivan juntas sin que se hagan sufrir de algún modo; e igual que uno hace sufrir a los demás, es muy justo que sufra de ellos.

MD 73,2,2 Es carga que Dios ha impuesto a todos los hombres y que les ayuda a salvarse. En esto es donde *la carga de Jesucristo es ligera* [3], porque *Él ayuda a llevar con facilidad las cargas y los sufrimientos de esta vida* [4], en vez de ser pesada,

como parece que debiera serlo.

No seáis, pues, tan poco sensatos, tan poco razonables y tan poco cristianos que pretendáis no tener nada que soportar de vuestros Hermanos, pues estaríais pidiendo realmente uno de los más inauditos y extraordinarios milagros. No lo esperéis, pues, a lo largo de toda vuestra vida.

MD 73,3,1 Punto III.

Hay, en fin, un buen número que piden milagros y prodigios respecto de sí mismos. Quisieran hacerlo todo bien y sin reproche, pero no desearían imponerse ningún esfuerzo para ello.

Mucho desearían contentar a sus superiores; nada anhelarían tanto como estar muy unidos a sus Hermanos; gustarían mucho ser fieles observantes de su Regla, pues ven con claridad que es para ellos excelente medio de santificarse, y el que Dios les proporciona.

Pero en cuanto han de hacerse violencia para llevar a cabo este hermoso propósito, pierden el resuello, por decirlo así, al primer paso que dan en el camino de la perfección. Quisieran que Dios los llevara, sin verse obligados a caminar ni a hacer ningún esfuerzo para pasar de una situación a otra; lo cual sería, ciertamente, milagro enorme.

MD 73,3,2 *Es preciso que entremos en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones* [5], dice san Pablo. Cuando dice que *es preciso,* nos da a entender muy bien que sería pedir a Dios un milagro pretender que nos hiciese entrar en el cielo sin tomar el camino que es necesario para llegar allí.

Así, pues, sin pretender semejante milagro, seguid el verdadero camino del cielo: el de los sufrimientos, *el de la puerta estrecha; esforzaos por entrar por ella* [6], y Jesucristo no dejará de tenderos la mano para ayudaros a entrar.

MD 73,1,1: [1] Jn 4,46-48. – **MD 73,2,1**: [2] Ga 6,2. – **MD 73,2,2**: [3] Mt 11,30. – [4] Mt 11,28. – **MD 73,3,2**: [5] Hch 14,22. – [6] Lc 13,24.

74

MD 74

Para el domingo vigésimo primero después de Pentecostés (Mt 18,23-35)

De la obligación que tienen las personas que viven en comunidad de soportar los defectos de sus Hermanos

MD 74,1,1 Punto I.

Cierto señor que perdonó una deuda de diez mil talentos a uno de sus siervos, porque le había suplicado que esperase un poco para pagarlo, quedó muy sorprendido cuando le vinieron a decir que ese siervo había mandado encarcelar a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, aunque éste le había pedido insistentemente que le concediera sólo algo de tiempo. *¡Siervo inicuo!*, le dijo entonces el señor, *¿no deberías haberte compadecido de tu compañero como yo me compadecí de ti?* [1].

Dios os ha perdonado una deuda crecida, y espera justamente que vosotros

perdonéis también algo a aquellos de vuestros Hermanos que os sean deudores.

MD 74,1,2 No es posible que varias personas vivan juntas sin que tengan que sufrir unas de otras. El uno tendrá temperamento difícil; el otro tendrá temperamento contrario; éste será de modales desagradables; aquél será de carácter antipático y el de más allá de carácter demasiado complaciente; el uno expresará fácilmente lo que piensa, el otro será demasiado reservado y disimulado, y aquel otro será de talante demasiado crítico.

Es raro que todos estos tipos de temperamentos y caracteres diferentes, no causen dificultades entre los Hermanos. Y si la gracia no viene en ayuda, es casi imposible que se acomoden los unos a los otros, y que la caridad no sufra inmensamente.

Pero el medio de mantener la unión en una comunidad, a pesar de tan diversos caracteres, es soportar caritativamente los defectos de cada uno; es estar dispuesto a disculpar a los demás, como deseamos que lo hagan con nosotros. Y a eso se compromete uno necesariamente cuando se elige vivir en comunidad.

Reflexionad muy bien sobre ello, hoy y el resto de vuestra vida.

MD 74,2,1 Punto II.

Esta caridad que se nos pide supone paciencia a toda prueba. Todos tienen sus defectos, y los llevan por doquier. Sólo, pues, soportándoselos unos a otros se puede mantener la paz y la unión en las sociedades mejor conformadas. Por eso ha dicho san Pablo que *la caridad lo soporta todo* [2], y para que nadie piense que se engaña y que lo dice sin pensarlo, lo repite dos veces.

MD 74,2,2 Algunos dirán: yo sufriría tal cosa de mi Hermano, pero esto otro no puedo resolverme a soportarlo; o bien, mi talante es demasiado opuesto al suyo. No queréis tener caridad con vuestro Hermano, ni unión con él, en cuanto haya alguna cosa que no queráis soportar en él; pues *la caridad lo soporta todo*, pensadlo bien.

Si creéis que habéis venido a la comunidad sin estar obligados a soportar los defectos de vuestros Hermanos, os engañáis; y os engañasteis al venir a ella. Tomad medidas a este respecto para el futuro y para todo el resto de vuestra vida.

MD 74,3,1 Punto III.

Lo que os debe mover también a sobrellevar los defectos de vuestros Hermanos, es la obligación que de ello os ha impuesto Dios. Cuando Dios os puso en comunidad, os cargó con un fardo difícil de llevar. ¿Y cuál es ese fardo? Son los defectos de los demás. Por pesada que resulte esa carga, desea san Pablo *que la llevemos, si queremos cumplir la ley de Jesucristo* [3].

¿Habéis oído bien esta lección? ¿La comprendéis bien? Pues practicadla. Dios mismo os da ejemplo. Él, que os ha aguantado tantas cosas y todavía os soporta muchas otras, todos los días.

MD 74,3,2 Habéis cometido numerosos pecados contra Él, aunque le seáis deudores de muchas gracias. Sin embargo, con tal que recurráis a Él, *os perdonará todo, pero con una condición,* dice: *que también vosotros perdonéis a vuestro*

hermano [4], y que no guardéis ningún resentimiento por todas las penas que os haya causado o pueda causaros. Esto es lo que os asegura en el evangelio de este día, y lo que constituye su preludio y su conclusión.
Así, pues, si no queréis soportar nada de vuestros Hermanos, tampoco Dios soportará nada de vosotros, y os castigará terriblemente por lo que hayáis hecho contra Él; si, por el contrario, sobrelleváis todo en vuestros hermanos, Dios os perdonará lo que hayáis hecho contra Él: *seréis medidos,* dice en otra parte, *con la misma medida con que hubiereis medido a los demás* [5].

MD 74,1,1: [1] Mt 18,24.27.30.32-33. – **MD 74,2,1**: [2] 1Co 13,7. – **MD 74,3,1**: [3] Ga 6,2. – **MD 74,3,2**: [4] Mt 6,14. – [5] Mt 7,2; Cf. Mc 4,24; Lc 6,37.

75

MD 75

Para el domingo vigésimo segundo después de Pentecostés (Mt 22,15-21)

Que no se debe obrar por respeto humano

MD 75,1,1 Punto I.
Según se refiere en el evangelio de hoy, los fariseos y los herodianos se acercaron a Nuestro Señor, y lo alabaron porque *enseñaba el camino de Dios según la verdad, sin miramientos, y sin consideración a la calidad de las personas* [1].
Quienes viven en comunidad son los que particularmente deben imitar a Nuestro Señor en este proceder, porque habiendo renunciado al mundo, deben actuar sólo con la mira puesta en Dios, sin preocuparse de cuanto puedan decir.

MD 75,1,2 Esto es, en primer lugar, lo que deben hacer los superiores. Como son los únicos con quienes todos se relacionan, tanto dentro como fuera, también su proceder es, con frecuencia, ocasión de crítica.
Los de dentro, que ansían ser libres, encuentran a menudo al superior demasiado riguroso y exigente. Si es prudente y grave, se dirá que es demasiado serio. Si muestra un exterior afable y atrayente, se dirá que es demasiado abierto y acomodaticio. Si reprende con frecuencia y no tolera nada, que es demasiado brusco. Si tolera en alguno ciertos defectos, se dirá que permite la total relajación. Si actúa bien, según el parecer de algunos, lo hará mal, según otros; y de ese modo, ninguna de sus acciones dejará de ser censurable.
Lo único que el superior debe hacer a este respecto, es no preocuparse de lo que se diga de él; y vigilar, sin embargo, sobre sí mismo para no hacer nada que pueda dar mal ejemplo y que vaya contra el deber de su ministerio; no tener ningún afecto particular a nadie y hacerse modelo de los demás por su piedad y por su regularidad.

MD 75,2,1 Punto II.
También los inferiores deben, por su parte, actuar sin respeto humano, pues es

una de las cosas que más corrompen las acciones de los hombres. Como Dios ha creado a los hombres sólo para Él, no quiere que actúen por consideración a criatura alguna. Por lo cual, todas las acciones que se ejecutan por algún fin creado, Dios las considera como injuriosas para Él, y no tendrá para nada en cuenta todo el bien que pudieran tener como objeto aparente.

Así, pues, si ocurriera que alguno de vuestros Hermanos no es observante, no lo imitéis por respeto humano; nos han de servir de regla la ley y la voluntad de Dios, no el ejemplo de los otros o la consideración natural y humana que sintáis por ellos. Si realizáis vuestras acciones para agradar a los hombres, *no recibiréis otra recompensa que la que os den los hombres* [2], que es bien ruin, frágil y pasajera.

MD 75,2,2 Sobre todo, no hagáis ni dejéis de hacer nada por agradar a los hombres del mundo, pues de ellos habla san Pablo cuando dice: ***Si yo agradara a los hombres, no sería siervo de Jesucristo*** [3]. ***Si fuerais del mundo,*** dice Jesucristo, ***el mundo amaría lo que es suyo; pero como no sois del mundo, por eso el mundo os odia*** [4]. Puesto que es necesario, según Jesucristo y según san Pablo, no agradar a los hombres del mundo, e incluso ser aborrecido por ellos, no debéis hacer nada con la intención de agradarles; aparte de que las prácticas y las intenciones de la gente del mundo son muy distintas de las que vosotros debéis tener.

Así, pues, cuando os vengan a la mente pensamientos de respeto humano, acordaos de estas palabras de san Pablo: ***Si agradara a los hombres, no sería siervo de Jesucristo*** [5].

MD 75,3,1 Punto III.

No basta con no actuar con la mira de agradar a los hombres, sino que es necesario ***que realicéis todas vuestras acciones con la única mira de complacer a Dios y serle agradable*** [6], como dice san Pablo; y ***que las hagáis todas de manera digna de Dios*** [7]. Y ***que***, con este fin, ***caminéis por la senda de Dios y obréis de modo,*** dice en otro lugar el mismo santo apóstol, ***que la sigáis siempre y avancéis más y más en ella***; ***pues,*** añade, ***la voluntad de Dios es que seáis santos y puros*** [8]; es decir, que vuestras acciones sean puras, por no tener otra motivación que la de agradar a Dios

MD 75,3,2 Este será el medio auténtico y más seguro de caminar por la senda de Dios y de avanzar en ella más y más. Porque, así como en la otra vida ha de ser Dios el término y el fin de todas vuestras acciones, así debe serlo también ya en esta vida, y sobre todo en vuestro estado, que exige de vosotros mucha perfección. Pues *Dios,* dice san Pablo, *no os ha llamado a ser impuros,* es decir, a realizar acciones que no convienen a vuestro estado, en cuanto impuras y corrompidas por la mala finalidad que podáis darles, *sino a ser santos* [9]. Así, pues, ***quien no se esmera en realizar sus acciones con la mira en Dios, no desprecia a un hombre, sino a Dios mismo*** [10].

MD 75,1,1: [1] Mt 22,16. – **MD 75,2,1**: [2] Cf. Mt 10,41. – **MD 75,2,2**: [3] Ga 1,10. – [4] Jn 15,19. – [5] Ga 1,10. – **MD 75,3,1**: [6] Col 1,10. – [7] 1Ts 4,1. – [8] 1Ts 4,1.3. – **MD 75,3,2**: [9] 1Ts 4,7. – [10] 1Ts 4,8.

76

MD 76

Para el domingo vigésimo tercero después de Pentecostés (Mt 9,18-26)

Que en las comunidades hay algunos que, aunque hayan dejado el mundo, no han dejado su espíritu

MD 76,1,1 Punto I.

Habiendo entrado Jesús en la casa de un jefe de la sinagoga para resucitar a la hija de éste, mandó salir fuera a un tropel de gente que allí estaba, *y les dijo que no estaba muerta, sino que dormía* [1].

Lo mismo se puede decir de algunos que han dejado el mundo y que han entrado en comunidad: que no están muertos, sino que sólo duermen. Pues, en efecto, han dejado el mundo, pero no han renunciado del todo a él; lo que manifiestan suficientemente con su conducta.

MD 76,1,2 En primer lugar, sus sentidos no están muertos. Es muy cierto que algunos parecen recogidos delante de sus superiores; otros, cuando están con sus Hermanos, en casa y en los ejercicios de piedad. Pero si van por la calle, necesitan ver todo lo que ocurre.

Otros parecen más comedidos; pero, ¿ocurre algo fuera de lo corriente?: luego levantan la vista para verlo. O si andan de viaje, se apartan de su ruta, si es preciso, para contentar su curiosidad y ver lo que hay de interesante a su paso, como bellas iglesias, hermosas casas o elegantes jardines. Otros parecen muy mortificados en la comida; toman indistintamente lo que se les da, sin quejarse de nada; pero si van de viaje, procuran comer de lo mejor que hay; y si caen enfermos, difícilmente se los puede contentar.

Los sentidos de todos éstos no están muertos; están sólo adormecidos, por lo cual se despiertan con facilidad. *No hagáis como los israelitas, que después de haber salido de Egipto por singular favor de Dios, ya no se acordaban de los males que allí habían padecido, y echaban de menos las cebollas de Egipto* [2].

MD 76,2,1 Punto II.

Tampoco sus pasiones están muertas. Algunos soportan todo lo que de humillante se les dice por las calles; pero se disgustan si en casa los reprenden, los advierten de sus defectos, o si los humillan en alguna ocasión. Otros no quieren soportar cosa alguna, ni dentro ni fuera de casa; refunfuñan, vuelven la cabeza, hacen gestos que muestran su descontento, o amenazan.

Otros soportan de sus superiores y cumplen bien externamente las penitencias que se les imponen, pero si alguno de sus Hermanos les dice alguna palabra áspera, si alguien los incomoda en algo, en seguida se alteran. Algunas veces, en el ejercicio de su empleo, se enfadan con los escolares, o los golpean con la mano, lo que acarrea, a menudo, lamentables consecuencias, difíciles de remediar.

MD 76,2,2 Las pasiones de estos tipos de personas no están muertas, sino que sólo duermen por algún tiempo; después del cual se despiertan, en unos, con mucho vigor, en otros, con alguna mayor moderación; en éstos más a menudo, en

aquéllos más rara vez.

Vosotros, con todo, no debisteis dejar el mundo sino para dar muerte completa a las pasiones, sin lo cual jamás tendréis verdadera virtud. Aplicaos a ello con toda la seriedad y el cuidado de que sois capaces.

MD 76,3,1 Punto III.

Algunos, después de haber dejado el mundo, no están muertos a todo lo que hay en el mundo; pues para estar completamente muerto a él, no hay que encontrar ya nada hermoso ni bueno en él. Con todo, algunos se hallan a gusto en compañía de la gente del mundo; y cuando no pueden estar con ella, lo suplen hablando de ella, recabando gustosos noticias u ocupándose de sus cosas.

Otros se complacen e intentan usar vestidos, telas, ropa, sombreros, medias, zapatos, etc., que se parecen a los que usa de ordinario la gente del mundo; y si no pueden tenerlos, por la forma de llevarlos o en sus ademanes, muestran un no sé qué que trasluce los aires mundanos.

Otros leen, a veces, buenos libros; pero leerían con gusto otros que tratasen de cosas, no malas, pero sí curiosas. Y podría haber alguno, incluso, que a pesar de la prohibición de los superiores, fuese tan irregular que leyese periódicos, que tomara rapé y que incluso lo consiguiera por medios ilícitos.

MD 76,3,2 Ninguna de estas prácticas conviene en modo alguno a personas que se han consagrado a Dios, al renunciar a todo trato con el mundo y elegir un estado que los compromete a llevar vida regular en una comunidad.

Y aunque esas personas se apliquen a los ejercicios de piedad que en ellas se practican, y a sus funciones, con todo, puede decirse, con razón, a causa de su conducta, que no están muertos al mundo, sino que están sólo como adormecidos respecto de la vida mundana.

Sin embargo, a una comunidad no se viene sino para morir y renunciar en ella a cuanto se practica en el mundo. Pensadlo bien, y en lo sucesivo no viváis sino con este cuidado y con esta intención.

MD 76,1,1: [1] Mt 9,24. – **MD 76,1,2**: [2] Nm 11,25.

MD 76,3,3 **Nota.**

En los años en que hay más de 24 domingos después de Pentecostés, los domingos que haya entre el 23 después de Pentecostés y el último antes del Adviento, se leerá como tema de meditación los de los últimos domingos después de Reyes, en igual número que domingos haya entre el 23 y el último.

Por ejemplo: si hay 28 domingos después de Pentecostés, los domingos 24, 25, 26 y 27 se leerán como temas de meditación los de los domingos 3, 4, 5 y 6 después de Reyes. Si después de Pentecostés hay 27 domingos, el 24, 25 y 26 se leerán como temas de meditación los de los domingos 4, 5 y 6 después de Reyes. Si después de Pentecostés hay 26 domingos, los domingos 24 y 25 se leerán como temas de meditación los de los domingos 5 y 6 después de Reyes.

Y si hay 25 domingos después de Pentecostés, el domingo 24 se leerá como tema de meditación el del domingo 6 después de Reyes. Y el evangelio y el tema de meditación indicados para el domingo 24 después de Pentecostés se leerán siempre el último domingo antes del Adviento.

77

MD 77

Para el domingo vigésimo cuarto después de Pentecostés (Mt 24,15-35)

Que la abominación desoladora en el lugar santo es el pecado y la irregularidad en la comunidad

MD 77,1,1 Punto I.

Jesucristo dice en el evangelio de hoy que *cuando la abominación de la desolación esté en el lugar santo, entonces, los que moren en Judea huyan a los montes* [1].

Nadie puede poner en duda que una comunidad sea lugar santo. Y puede decirse de la comunidad en que se sirve bien a Dios, lo que dice Jacob en el Génesis, *que verdaderamente el Señor está en este lugar*, y que *este lugar es la casa de Dios y la puerta del cielo* [2].

En efecto, si se atiende a su institución y a su fin, se puede decir lo que del templo construido por Salomón, que *Dios se ha escogido esta morada, y que la ha santificado, para que su nombre sea en ella bendecido por siempre* [3]; pues en ella se le invoca con frecuencia y quienes viven en ella, no están reunidos, o no deben estarlo, más que para salvarse mediante la santificación de sus almas. Y con ese medio, este lugar es la puerta del cielo, porque permite tomar el camino que dispone a entrar en él.

MD 77,1,2 Ese es el primer fin que debisteis tener cuando entrasteis en esta comunidad, y el que os debe mantener en ella. Por este motivo se retira uno del mundo y se sujeta a toda clase de ejercicios de piedad. ¡Qué insensatos habríais sido si hubieseis venido por un fin distinto!; pues, como dice el Real Profeta, *es muy conveniente, e incluso justo, que la santidad se halle en la casa del Señor* [4]. Pues como Él es infinitamente santo, es muy razonable que quienes viven en ella sean santos, al participar de su santidad.

¿Habéis venido a esta casa como a la casa del Señor? ¿Habéis venido a ella para santificaros? ¿Es vuestro principal empeño en ella adoptar los medios para llegar a ser santos? Pensad a menudo lo que dice san Euquerio, obispo de Lyon, que la permanencia en una casa santa es fuente de suprema perfección o de absoluta condenación.

MD 77,2,1 Punto II.

A algunos de los que viven en comunidad se les podría aplicar muy bien lo que, según el Evangelio, dijo Jesucristo, cuando entró en el templo, a los que vendían y compraban en él, que *su casa es casa de oración, y que ellos la tienen convertida en cueva de ladrones* [5]. Pues debiendo haber venido a ella sólo para aplicarse a la oración y a los demás ejercicios de piedad, descuidan

todas estas acciones santas, y no llenan su espíritu más que de cosas exteriores y profanas. Toman el espíritu del mundo, y en seguida caen en la irregularidad; y de ahí, con frecuencia, si no cambian de conducta, en pecados considerables.
De ellos puede decirse que ***introducen la abominación de la desolación en el lugar santo*** [6].

MD 77,2,2 ¿No es, en efecto, abominación, la irregularidad y el pecado en una casa donde sólo debiera imperar el Espíritu de Dios? Y cuando personas que sólo deberían respirar a Dios, y no pensar sino en agradarle, ya que se han consagrado a su servicio, lo descuidan o lo abandonan enteramente por tedio, por contentar sus inclinaciones, o incluso sus pasiones, ¿qué desolación no reina entonces en la comunidad, puesto que allí donde Dios falta, es imposible la unión y la paz?
Los que proceden así son propiamente *ladrones* [7], según la expresión de Nuestro Señor en el Evangelio, puesto que roban el pan que comen, y ocupan el lugar de otros, que vivirían según el espíritu y las Reglas de la comunidad.
Guardaos de incurrir en tal desdicha.

MD 77,3,1 Punto III.
A pesar del relajamiento de las comunidades, Dios cuenta siempre con algunos fieles servidores que conservan el espíritu de las mismas. Siempre se reserva en ellas algunos que, como decía a Elías, *no doblan la rodilla ante Baal* [8]; es decir, que se preservan del espíritu del mundo y que observan, en la medida que pueden, las Reglas y las prácticas de su comunidad.
Estos son los que mantienen todavía en ella el temor del Señor, y son causa de que Dios no destruya la comunidad, como destruyó Sodoma y Gomorra, que habrían evitado los terribles efectos de su cólera *si en ellas se hubieran encontrado diez justos* [9], tal como se lo dijo a Abraham.

MD 77,3,2 A ellos dice Jesucristo en el evangelio de este día *que es preciso que huyan a los montes* [10]; es decir, que se alejen de la compañía de los otros, para no participar de su relajación, y para no corromperse por el contagio de sus malos ejemplos. Es necesario que se eleven hasta Dios por la oración.
Pedidle que conserve siempre su Espíritu Santo en vuestra comunidad, y decidle a menudo, con David: *No nos arrojes, Dios mío, de tu presencia ni retires de nosotros tu Santo Espíritu* [11].

MD 77,1,1: [1] Mt 24,15-16. – [2] Gn 28,17. – [3] 2Cr 7,16. – **MD 77,1,2**: [4] Sal 93,5. – **MD 77,2,1**: [5] Lc 19,46. – [6] Mt 24,15. – **MD 77,2,2**: [7] Lc 19,46. – **MD 77,3,1**: [8] 1R 19,18. – [9] Gn 18,32. – **MD 77,3,2**: [10] Mt 24,16. – [11] Sal 51,13.

7

Segunda Parte

MEDITACIONES PARA LAS FIESTAS PRINCIPALES DEL AÑO

MF

MEDITATIONS

SUR LES

PRINCIPALES FESTES

DE L'ANNE'E.

SECONDE PARTIE.

Página que precede a las «Meditaciones para las principales fiestas del año».
Publicadas a continuación de las «Meditaciones para todos los domingos del año»

SEGUNDA PARTE

MEDITACIONES PARA LAS FIESTAS PRINCIPALES DEL AÑO

78

MF 78

Para la fiesta de san Andrés, apóstol

30 de noviembre

MF 78,1,1 Punto I.

San Andrés, después de haber sido por algún tiempo discípulo de san Juan Bautista, se hizo discípulo de Jesucristo, cuando, al pasar éste cerca de la orilla del mar, lo llamó junto con su hermano san Pedro, diciéndoles ***que le siguiesen y Él los haría pescadores de hombres. Y de inmediato, san Andrés dejó todo y siguió a Jesucristo*** [1].

Había tenido la suerte de conocer a Jesús algún tiempo antes, porque se lo había mostrado san Juan, y ***desde entonces había comenzado a seguirlo*** [2]. Así tuvo este santo el honor de ser el primer discípulo de Jesucristo, quien siempre le manifestó especial aprecio y a menudo lo llevaba consigo.

El medio para ser amado con predilección por Jesús es estar unido a Él, dejarlo todo por Él, sin vacilar, y ejecutar, en cuanto se oiga su voz, cuanto Él ordene o inspire.

MF 78,1,2 Vosotros tenéis la suerte de haber emprendido el seguimiento de Jesús y de haberos retirado del mundo. ¿Lo habéis dejado todo por Él? ¿No tenéis apego a nada? ¿Sois fieles en seguir la voz de Dios cuando os habla en la oración? ¿No descuidáis a menudo sus santas inspiraciones? ¿Y ***no endurecéis vuestros corazones*** [3], como dice el Real Profeta, y no los hacéis indóciles a la gracia, cuando ella los previene para que hagan lo que Dios les pide? ¿Qué sucede cuando se procede así? Dios retira su gracia, nos abandona a nosotros mismos y a nuestra propia debilidad; y entonces, al no tener ya la gracia de nuestro estado, no podemos mantenernos en él.

MF 78,2,1 Punto II.

San Andrés realizó fielmente lo que le predijo Jesucristo cuando lo llamó junto a sí, ***que sería pescador de hombres*** [4]; es decir, que ganaría hombres para Dios, y que los atraería a Jesucristo, mediante las redes de la gracia apostólica que Él había de comunicarle.

Ya participó, incluso, de esta gracia tan pronto como conoció a Jesús, pues ***condujo a Él a su hermano san Pedro*** [5]. Por lo cual dice san Pedro Damiano que este santo, desde el comienzo de su iniciación en el cristianismo, se aplicaba ya a producir fruto en las almas, y en seguida se convirtió en predicador de la verdad, de la que apenas era oyente; y que este nuevo discípulo, no contento con el cuidado de su propia salvación, buscaba, además,

condiscípulos.

Después de la venida del Espíritu Santo, este santo continuó difundiendo su celo por muchos países, pues sabía que Jesucristo no había dejado a sus apóstoles en la tierra sino ***para que predicasen por doquier su doctrina*** [6].

MF 78,2,2 Vosotros estáis llamados, igual que los santos Apóstoles, a dar a conocer a Dios. Para esto necesitáis mucho celo. Pedid a Dios una parte del de este santo apóstol y, considerándolo como vuestro modelo, anunciad infatigablemente a Jesucristo y sus santas máximas.

Para ello, tenéis que haberlas extraído de Jesucristo, estando a menudo en su compañía mediante vuestra asiduidad a la oración. En ella será donde, después de comprender la obligación que tenéis de instruir a los otros, no ahorréis esfuerzo en procurar todo tipo de gloria para Dios.

MF 78,3,1 Punto III.

Después de predicar san Andrés en Acaya, fue conducido ante Egeo, procónsul de aquella provincia, que le prohibió predicar el Evangelio al pueblo. Pero todas estas prohibiciones no le impidieron cumplir su ministerio, pues consideraba que Jesucristo merecía más consideración que el procónsul, y que, tal como había dicho san Pedro al príncipe del pueblo judío, ***era más justo obedecer a Dios antes que a los hombres*** [7].

Luego, este santo habló con tanto ardor de Jesucristo, de sus humillaciones y de la cruz en que había muerto, que el juez lo condenó a morir en cruz, lo mismo que su maestro Jesucristo. Y antes de sujetarlo a ella, mandó azotarlo cruelmente. Y en cuanto este santo apóstol vio la cruz que le habían preparado, exclamó que amaba vivamente aquella cruz, que la había deseado largo tiempo y que, incluso, la había buscado con mucha ansia.

MF 78,3,2 Le rogó que lo recibiese con ternura, como había recibido a Jesucristo, que tuvo a gala morir en ella, y que la convirtió en algo amable y digno de honor.

¡Y cosa sorprendente!: era tan ardiente el celo de este santo apóstol, que no pudo disminuir hasta su muerte; por lo cual, mientras estaba en la cruz, en la que permaneció sujeto durante dos días, no cesó de predicar e instruir al pueblo que estaba presente.

¿Amáis vosotros los sufrimientos tanto como san Andrés la cruz en que murió? Las penas, los sufrimientos y las persecuciones que tenéis que soportar en vuestro ministerio, lejos de abatir vuestro ánimo, ¿sirven para aumentar vuestro celo y para animaros más a hacer que se conozca y se ame a Jesucristo?

MF 78,1,1: [1] Mt 4,18-20. – [2] Jn 1,40. – **MF 78,1,2**: [3] Sal 95,8. – **MF 78,2,1**: [4] Mt 4,19. – [5] Jn 1,41. – [6] Mc 16,15. – **MF 78,3,1**: [7] Hch 4,19.

79

MF 79

Para la fiesta de san Francisco Javier

3 de diciembre

MF 79,1,1

Punto I.

Desde que san Francisco Javier se juntó a san Ignacio y, en un retiro espiritual que realizó por consejo suyo, tomó el propósito de entregarse del todo a Dios, sintió gran amor a los sufrimientos y, sobre todo, a la mortificación del cuerpo y de los sentidos.

Este sentimiento lo llevó a realizar penitencias extraordinarias, pues de vez en cuando pasaba tres o cuatro días sin comer; y cuando comía, se abstenía no sólo de carne y de vino, sino también del pan de trigo, y se contentaba con los alimentos más vulgares y los que solían tomar los pobres.

Utilizaba disciplinas de hierro para mortificarse, y se azotaba con tanta fuerza, que la sangre corría en abundancia de las heridas que se producía. Dormía muy poco, y se acostaba en el suelo, sobre algo de paja.

MF 79,1,2 Una vez, entre otras, se ató todo el cuerpo con cuerdas, y las mantuvo tanto tiempo que penetraron en la carne. El mal que le causaron fue considerado incurable, pero sanó milagrosamente por las oraciones de sus compañeros. Otra vez chupó una úlcera llena de pus, que revolvía las entrañas.

Por medio de una vida tan mortificada, es como los santos que más trabajaron en la salvación de las almas se prepararon y se pusieron en disposición de producir copiosos frutos en este ministerio.

Puesto que Dios os ha llamado a un empleo tan alto, si no podéis practicar mortificaciones tan duras, al menos debéis mortificar vuestros sentidos y vuestro espíritu propio, que no debe ya vivir en vosotros, puesto que Dios os exige que no viváis ni os guiéis más que por su divino Espíritu.

MF 79,2,1

Punto II.

Este santo, por cuyo medio quería Dios realizar grandes empresas, tuvo muy a pechos el amor a las humillaciones, pues sabía *que a los humildes Dios concede, con mayor abundancia, sus gracias* [1] para convertir las almas.

Y Jesucristo lo dio bien a entender así cuando propuso, como única lección que debían aprender sus santos apóstoles, *la de ser humildes de corazón* [2]; para testimoniarles que nada podía capacitarlos mejor para su ministerio, en lo tocante a la conversión de las almas.

Por este espíritu de humildad san Francisco Javier realizó siempre sus viajes a pie, por largos que fuesen, salvo aquellos en que había que atravesar los mares. Y por este mismo espíritu se alojaba de ordinario en los asilos; durante una larga travesía por mar, hizo de criado de todos, y luego, durante dos meses, fue sirviente de un caballero japonés; y a san Ignacio, su superior, le escribía de rodillas.

MF 79,2,2 Así se preparó este santo a convertir numerosas almas, pues Dios procede de ordinario, de este modo, con los hombres que le sirven con humildad, según testimonia también en su cántico la Santísima Virgen que procedió así con ella: cuanta más humildad tienen, *mayores maravillas obra en ellos* [3].

¿Queréis convertir y ganar fácilmente para Dios a vuestros discípulos? ***Sed niños como ellos, no en prudencia***, dice san Pablo, ***sino en malicia*** [4]. Cuanto más pequeños os hagáis, cuanto más gustéis de ser considerados por tales, cuanto más améis las persecuciones y las humillaciones que pudieran sobreveniros, tanto más moveréis los corazones de los que educáis y los determinaréis a que vivan como verdaderos cristianos.

MF 79,3,1 Punto III.

Es increíble el número de almas que san Francisco Javier convirtió a Dios, por haberse llenado del Espíritu de Dios antes de dedicarse a predicar el Santo Evangelio. Se cuentan por centenares de miles los hombres que convirtió en las Indias y en Japón. Bautizó a varios príncipes, e incluso también a algunos reyes.

Se dedicó a predicar, a catequizar, a confesar y a visitar hospitales. En fin, su celo era tan extraordinario, que estaba siempre dispuesto, en cualquier momento, a ejercer sus funciones apostólicas. Y nada, por vil que fuere, lo consideraba indigno de él, cuando se trataba de la conversión de las almas.

MF79,3,2 Este santo tenía, particularmente, celo tan grande por la instrucción de los niños –lo que le había inspirado san Ignacio–, que iba por las calles tocando una campanilla para que acudieran al catecismo; y él mismo se dedicaba a enseñarles los principales misterios de nuestra religión.

¡Cuán felices debéis consideraros por haber sido llamados a ejercer en la Iglesia la misma función con la que se honró este gran santo! Debéis aspirar a participar del celo que él ponía en tan noble empleo, y a tomar los medios de que él se sirvió para disponerse a obrar tantas conversiones.

MF 79,2,1: [1] St 4,6; Cf 1P 5,5. – [2] Mt 11,29. – **MF 79,2,2**: [3] Lc 1,48-49. – [4] 1Co 14,20.

80

MF 80

Para la fiesta de san Nicolás, obispo de Mira

6 de diciembre

MF 80,1,1 Punto I.

Se refiere de san Nicolás que desde temprana edad fue muy austero en su modo de vida, y que esta virtud ya se manifestó en él siendo todavía niño de pecho, pues los miércoles y viernes no tomaba más que una vez al día la leche de su nodriza.

Habituado así al ayuno, continuó esta santa práctica por el resto de su vida, durante la cual tuvo sumo aprecio a la mortificación. Se ponía a menudo un cilicio. Dios le proporcionó también ocasión de sufrir y de ejercitar la paciencia, con el prolongado destierro al que le condenó el emperador Diocleciano, durante el cual el santo se consideraba feliz de ofrecer, por ese medio, testimonio público de su fe.

La vida austera y penitente es guardiana de la castidad y dispone al alma para la amistad con Dios; pues, al desembarazarla del cuerpo y de los bajos placeres, la

hace capaz de aplicarse a Dios y de recibir sus luces; e incluso aleja de ella todos los obstáculos que pudieran impedirle poseer el Espíritu de Dios.

MF 80,1,2 Si vuestra vida no es tan austera como fue la de este santo, debéis, al menos, hacerla austera de otro modo, y en consonancia con vuestro estado: mortificándoos diariamente de algún modo en vuestras comidas, sea en la cantidad, sea en la calidad o en el gusto de los alimentos; o tomándolos con mucha moderación, o levantándoos de la mesa sin haberos saciado plenamente y concediendo a vuestros sentidos sólo lo que les es absolutamente necesario. ¿Sois fieles a estas prácticas?

MF 80,2,1 Punto II.

Este santo amaba la oración, y con su ayuda apaciguó una furiosa tempestad en el mar, cuando iba a visitar por devoción los santos lugares de Jerusalén.

Incluso, para orar con mayor facilidad y religión, frecuentaba mucho las iglesias, y acudía a ellas muy de mañana; lo cual, según se dice, dio también ocasión a que lo eligieran como obispo, de forma que parece milagrosa.

La oración le ayudó también mucho en el gobierno de su diócesis, llenándolo del espíritu episcopal y de la sabiduría divina necesaria para dirigir las almas.

MF 80,2,2 La obligación que tenéis de instruir a los niños y de educarlos en el espíritu del cristianismo, debe comprometeros a ser muy asiduos a la oración, a fin de obtener de Dios las gracias que necesitáis para desempeñar bien vuestro empleo, y para atraer sobre vosotros las luces con que debéis estar esclarecidos *para formar a Jesucristo en los corazones de los niños que están confiados a vuestra solicitud* [1], y comunicarles el Espíritu de Dios.

Convenceos de que para llenaros de Dios, en la medida en que debéis estarlo en el estado en que os ha colocado su providencia, tenéis la obligación de conversar a menudo con Dios.

MF 80,3,1 Punto III.

El amor de san Nicolás a los pobres era soprendente, pues le obligaba a buscar todos los medios posibles para socorrer sus necesidades. Este amor lo indujo a llevar él mismo, pero en secreto, durante la noche, y por tres veces, lo necesario para la dote de tres muchachas jóvenes, cuyo padre pensaba prostituirlas, por carecer de medios para casarlas.

Movido por la misma caridad liberó a un joven, cautivo de los sarracenos y que servía a la mesa del rey, que lo invocó en el día de su fiesta implorando su favor.

MF 80,3,2 Vosotros tenéis obligación de instruir a los hijos de los pobres. En consecuencia, debéis sentir particularísima ternura por ellos, y procurar su bien espiritual cuanto os fuere posible, considerándolos como *los miembros de Jesucristo* [2] y sus predilectos.

La fe que debe animaros, *ha de moveros a honrar a Jesucristo en sus personas* [3], y a preferirlos a los más ricos de la tierra, porque son imágenes vivas de Jesucristo, nuestro divino maestro.

Haced patente, por los cuidados que les prodiguéis, que los amáis de veras; y pedid a san Nicolás, su patrono, que os obtenga de Dios algo de su amor a los

pobres y, sobre todo, mucho celo para procurarles la pureza, virtud tan difícil de conservar en un siglo tan corrompido como el nuestro.

MF 80,2,2: [1] Ga 4,19. – **MF 80,3,2**: [2] 1Co 6,15. – [3] Mt 25,40.

81

MF 81 Para la fiesta de san Ambrosio, arzobispo de Milán

7 de diciembre

MF 81,1,1 Punto I.

San Ambrosio, siendo gobernador de la provincia, fue elegido obispo de Milán por una especie de milagro y por inspiración de Dios, cuando se hizo presente en la asamblea de los obispos de aquella provincia, sólo para impedir que los arrianos, que querían elegir un obispo de su facción, ocasionaran desorden.

El santo hizo entonces cuanto pudo para evitar ser elegido; pero al no conseguirlo, se despojó de todo lo que poseía y dio sus bienes a los pobres y a la Iglesia, con el fin de renunciar totalmente al espíritu del siglo, al mismo tiempo que dejaba los cargos que le incumbían. Así imitaba a los apóstoles, que *lo dejaron todo para seguir a Nuestro Señor* [1] y para predicar su Evangelio.

Este espíritu de pobreza, que llenó a este santo prelado desde el momento de su exaltación al episcopado, le inspiró tal amor por los pobres que, para aliviarlos, en tiempos de penuria, vendió hasta los vasos sagrados.

MF 81,1,2 Para comenzar a ser todo de Dios hay que hacerse pobre. Incluso hay que tener tanto amor a la pobreza como los mundanos tienen a las riquezas. *Ése es el primer paso que Jesucristo quiere que se dé para entrar en el camino de la perfección* [2].

¿Amáis efectivamente la pobreza? Y para dar pruebas de ello, ¿estáis contentos cuando os falta algo, incluso de lo necesario? Examinaos a menudo sobre ello.

MF 81,2,1 Punto II.

Este santo poseía una elocuencia que, de natural, pasó a ser celeste y del todo divina cuando fue obispo. Lo ayudó de tal modo en la conversión de las almas, que nada podía resistirlo; y lo hizo capaz, con la ayuda de Dios, de convertir a san Agustín, y lograr que de obstinado maniqueo pasara a ser uno de los mayores doctores de la Iglesia.

También fue motivo de que los herejes lo temieran y no osaran atacarle, porque él solo era capaz de confundirlos a todos; pues a la elocuencia y piedad unía fuerza y firmeza maravillosas, sostenidas por extraordinario desinterés.

MF 81,2,2 Vosotros no necesitáis elocuencia semejante; pero es preciso que participéis de su celo apostólico, para trabajar útilmente, en vuestro empleo, en la salvación de las almas.

Pedid a menudo a Dios la gracia de mover los corazones, como él. Ésa es la gracia de vuestro estado; pues de poco serviría a quienes instruís, si, como dice san Pablo de los judíos, *su espíritu siguiera ciego y endurecido, después de*

tantas instrucciones; y si después de haberles anunciado vosotros tantas veces las verdades del Evangelio, el velo perdurase todavía sobre sus corazones [3].

MF 81,3,1 Punto III.
San Ambrosio trabajó con extraordinario éxito en la restauración de la disciplina de la Iglesia, eliminando ciertos abusos que se habían introducido en su provincia. Para ello, ejerció el poder episcopal en grado tan eminente, que resistió a los emperadores mismos, cuando se oponían a sus proyectos.
Y para poner base sólida al restablecimiento de la disciplina, consiguió que se promulgasen disposiciones sobre esta cuestión en los Concilios a que asistió fuera de su provincia. Y él mismo hizo otro tanto en varios Concilios que promovió en su propia Iglesia, y que sirvieron para mantener en ella el bien logrado gracias a su celo.

MF 81,3,2 Para que vuestro celo sea provechoso a los demás, tenéis que ejercerlo primero dentro de vosotros mismos y de vuestra comunidad. Para este fin, es necesario, respecto de vosotros mismos, que os vigiléis, sin perdonaros la menor falta, y que no dejéis pasar nada que disguste a Dios, por poco que sea, sin imponeros una penitencia que pueda remediarlo.
Debéis también, por celo de la disciplina, contribuir a establecer y mantener la regularidad en vuestra comunidad, de tal modo que se convierta en un cielo terrenal, donde reinen la caridad y la paz.

MF 81,1,1: [1] Mt 4,22; Lc 5,11. – **MF 81,1,2**: [2] Cf. Mt 19,21. – **MF 81,2,2:** [3] 2Co 3,14-15.

82

MF 82

Para la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen

8 de diciembre

MF 82,1,1 Punto I.
Dios, que predestinó desde toda la eternidad a la Santísima Virgen para que fuera la madre de su Hijo, la formó en el cuerpo y en el alma de tal modo que fuera digna de llevarlo en su seno.
Por eso la preservó de cuanto pudiera desagradarle, por poco que fuera. Y como habría sido algo vergonzoso para la madre de Dios tener alguna parte en el pecado, Dios la eximió, por privilegio singular, del pecado original.
Es verdad que no podemos comprender cómo se realizó esto; sin embargo, no conviene que dudemos de la exención que tuvo del pecado en su concepción, pues tal es el piadoso y común sentir de los fieles, y la Iglesia lo ve con agrado.

MF 82,1,2 Honrad, pues, hoy a la Santísima Virgen como a la más pura de todas las criaturas y la única que, en la tierra, fue exenta del pecado original. Decidle, con toda la Iglesia, que *es toda hermosa y que no hay mancha alguna de pecado en su alma* [1], ni siquiera del que fue común a todos los hombres.
Y pedidle en este santo día, en virtud de la gracia extraordinaria que Dios le otorgó, que os alcance de Dios la de *estar totalmente libres de la corrupción*

del siglo durante el tiempo de vuestra vida [2], y que ya no se dé en vosotros ningún hábito de pecado, que es lo que hace a un alma indigna de las gracias particulares de Dios.

MF 82,2,1 Punto II.

La Santísima Virgen no sólo fue preservada del pecado original en su concepción, sino que en ese momento recibió también gracia suficientemente abundante como para preservarla de todo pecado actual. Y esta gracia fue en ella tan eficaz, que jamás cometió ni uno solo. Por eso dice san Agustín que cuando se habla de pecado, hay que exceptuar a la Santísima Virgen.

Y los santos Padres la comparan con el Arca de la Alianza, que *estaba hecha de madera incorruptible* [3], para indicarnos que desde el primer instante de su ser, recibió la gracia de la inocencia y de la justicia original, que jamás perdió, aunque tuviera, como nosotros, la capacidad de obrar el bien y el mal.

Reconozcamos que no hubo en la Santísima Virgen ninguna acción que no la hiciera digna de Dios, y que su alma estuvo siempre colmada de Él, para prepararla a contener y a formar en sí el cuerpo de todo un Dios.

MF 82,2,2 Vosotros tenéis la dicha de encerrar con frecuencia en vosotros el cuerpo del mismo Dios. Tributadle, pues, con vuestras acciones santas, el respeto que le debéis, y comportaos siempre de manera digna de Él, para que se complazca en venir a vosotros y en morar en vosotros. Y mostrad, con vuestro proceder, que os consideráis felices por poseerlo, y que, no pudiendo tener de continuo en vosotros su sagrado cuerpo, no dejáis, por ello, de poseer su Espíritu.

MF 82,3,1 Punto III.

Para hacer que la Santísima Virgen fuese totalmente pura desde el momento de su concepción, también la preservó Dios de la concupiscencia, es decir, de la inclinación al pecado, pues no quería que se acercase a ella nada de cuanto con él se relaciona. Como Él es la santidad misma, se guardaba mucho de unirse a una criatura afeada por la mínima mancha.

Dad gracias a Dios, con María, *por las maravillas que ha obrado en ella* [4], y considerándola como la obra maestra de las manos de Dios, pedidle que os aparte de cuanto pueda haceros incurrir en la mínima falta, sobre todo en ninguno de los pecados a los que estuvisteis sujetos en el siglo.

MF 82,1,2: [1] Ct 4.7. – [2] Cf 2P 1,4. – **MF 82,2,1**: [3] Ex 25,10. – **MF 82,3,1**: [4] Lc 1,49.

***[Meditación 83: Octava de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, 15 de diciembre.** Se incluye al final, con las Meditaciones añadidas.]*

84

MF 84

Para la fiesta de santo Tomás, apóstol

21 de diciembre; en el nuevo calendario, 3 de julio

MF 84,1,1 Punto I.

Santo Tomás, que había llevado su celo hasta *alentar a los apóstoles a no abandonar a Jesucristo y a morir, antes bien, con Él* [1], no quiso, con todo, creer que hubiera resucitado, tal como le manifestaron los demás, y les declaró *que no creería, sino después de haber visto* [2].

Se reprocha duramente, y con razón, la incredulidad de santo Tomás en esta ocasión, porque sin duda hubiera debido dar fe a lo que le decían los demás apóstoles, que habían visto a Jesucristo. Sin embargo, la mayoría de los cristianos son más incrédulos que santo Tomás, porque no creen a Jesucristo.

Pues se dice en el Evangelio: *Bienaventurados los pobres* [3], y ellos los consideran desgraciados. Jesucristo dice que *hay que hacer bien a los enemigos y orar a Dios por ellos* [4], y no piensan más que en vengarse de los ultrajes que imaginan que les han hecho y en devolver el mal a quienes les han perjudicado en algo. Jesucristo dice que *hay que llevar la cruz todos los días* [5], pero ellos buscan todos los medios posibles para eximirse de sufrir. Proceder así, ¿es tener fe y creer en el Evangelio?

MF 84,1,2 No seáis vosotros tan ciegos, ya que tenéis la ventaja de meditar y leer todos los días las verdades del Evangelio, y estáis encargados de enseñárselas a los demás. Demostrad, por la conformidad de vuestras acciones con estas santas máximas, que efectivamente creéis en ellas, poniéndolas por obra.

MF 84,2,1 Punto II.

Santo Tomás renovó su fe en cuanto Jesucristo se le apareció y le hizo tocar sus sagradas llagas. De inmediato exclamó, a pesar de que sólo percibió las señales de un hombre mortal, *que aquel que veía era en verdad su Señor y su Dios* [6].

Esta falta de fe de santo Tomás, dice san Gregorio, nos es de mucho mayor provecho que la fe de los demás apóstoles, que creyeron en la resurrección de Jesucristo en cuanto se les apareció; pues la incredulidad de santo Tomás, añade este Padre, nos ha servido para afianzarnos en la fe, ya que viendo solamente a un hombre, confesó que aquel hombre era su Dios.

MF 84,2,2 Pensando en lo que Jesucristo sufrió por nosotros, reavivaremos nuestra fe débil y vacilante, y nos dispondremos a sufrir por Dios y a practicar las máximas más opuestas a las inclinaciones de la naturaleza.

En efecto, si creemos firmemente y estamos íntimamente persuadidos de que Jesucristo sufrió por nosotros en todas las partes de su cuerpo, ¿cómo podremos amar el placer que se encuentra en el uso de las criaturas, sabiendo que Jesucristo en este mundo sólo amó los sufrimientos y que, como dice san Pablo, *llevó su cruz y quiso ser clavado en ella* [7]?

Este ejemplo debe serviros, igual que a san Pablo, como motivo de gran consuelo, y os debe llevar a sentiros, como él, *inundados de gozo en todos vuestros sufrimientos* [8].

MF 84,3,1 Punto III.
Santo Tomás manifestó su fe con esplendor cuando llevó el Evangelio a los más remotos países, y lo selló con su propia sangre. Y la profesión de fe de este gran apóstol fue tan eficaz, que todavía se encuentran muchos cristianos en el país donde murió, los cuales, para testificar que son los descendientes de aquellos que fueron formados por él en el cristianismo, son llamados cristianos de santo Tomás.

MF 84,3,2 En vano creeríais lo que Jesucristo os ha propuesto en el Santo Evangelio: si vuestras acciones no lo confirmasen, *vuestra fe sería vana*[9]. Manifestad también por ellas que os comportáis como hijos de aquellos que fueron instruidos por los santos apóstoles en las verdades de la fe.
¿Estáis dispuestos, como ellos, a morir para probar la calidad de vuestra fe? O, por el contrario, ¿no estaríais dispuestos a perder el cielo y la gracia de Dios para veros libres de padecer? ¿En qué demostráis que tenéis el espíritu del cristianismo?
Tened la seguridad de que, para poseerlo, es preciso que vuestras acciones no desmientan la fe que profesáis, y que sean expresión viva de lo que está escrito en el Evangelio.

MF 84,1,1: [1] Jn 11,16. – [2] Jn 20,25. – [3] Mt 5,3. – [4] Mt 5,44. – [5] Lc 9,23. – **MF 84,2,1**: [6] Jn 20,26-28. – **MF 84,2,2**: [7] Cf. Hch 12,2; Lc 12,50. – [8] Col 1,24. – **MF 84,3,2**: [9] St 2,20.

85

MF 85

Para la vigilia de la Natividad de Jesucristo

24 de diciembre

MF 85,1,1 Punto I.
El emperador Augusto publicó un edicto que ordenaba hacer el empadronamiento de los habitantes en todas las ciudades dependientes del Imperio romano. *Cada uno debía inscribirse en la ciudad de sus orígenes; por lo cual san José partió de Nazaret, ciudad de Galilea, donde vivía, para ir a Belén, ciudad de Judea, a inscribirse allí, con su esposa María*[1].
Cuando llegaron, buscaron casa donde alojarse, pero nadie quiso recibirlos, porque ya las tenían ocupadas por personas más ricas e importantes que ellos.
Ved cómo se procede en el mundo: no se mira sino el aspecto externo de las personas, y no se las honra sino en la medida en que se lo ganan con lo que brilla a los ojos del siglo.

MF 85,1,2 Si en Belén hubieran mirado a la Santísima Virgen como la madre del Mesías, y la que muy pronto daría a luz al Dios hecho hombre, ¿quién se hubiera atrevido a negarle alojamiento en su casa? ¿Y qué honores no le habrían tributado en toda la Judea? Pero como sólo la consideraban persona corriente y la esposa de un artesano, en ningún sitio había habitación para ella.
¿Cuánto tiempo hace que Jesús se presenta ante vosotros, y llama a la puerta de vuestro corazón para establecer en él su morada, sin que hayáis querido

recibirlo? ¿Y por qué? Porque *no se presenta sino bajo la figura de pobre, de esclavo, de varón de dolores* [2].

MF 85,2,1 Punto II.

La Santísima Virgen, madre de Jesús, al no encontrar en Belén ninguno que quisiera alojarla, se vio obligada a cobijarse en un establo. Y estando allí, *le llegó el tiempo en que debía dar a luz,. y trajo al mundo a su primogénito*; por lo cual se vio forzada *a tener que acostar a Jesucristo, su hijo, en un pesebre* [3].

Vosotros recibís con frecuencia a Jesús en vuesto corazón; ¿pero no está en él como en un establo, por no encontrar más que suciedad y corrupción, porque tenéis afecto a algo distinto de Él?

¿Qué honores no le tributaríais si lo consideraseis como vuestro Salvador y vuestro Redentor? ¿No os mantendríais en su compañía, mediante la aplicación a su santa presencia, si lo consideraseis como Dios; y por la meditación de sus sufrimientos y de su Pasión, si lo consideraseis como hombre?

MF 85,2,2 Para comprobar si aprovecháis la venida y la permanencia que Jesús quiere establecer en vosotros, examinad si sois más modestos, recogidos y comedidos que lo erais en otro tiempo. ¿Os vigiláis, particularmente los días de comunión, para no dejaros llevar de ningún impulso ni de ningún movimiento desordenado?

Si queréis aprovechar la venida de Jesucristo a vosotros, es preciso que le permitáis que sea dueño de vuestro corazón y que seáis dóciles a cuanto exija de vosotros, diciéndole a menudo con el profeta Samuel: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* [4]; y con David: *Escucharé lo que me diga el Señor Dios* [5].

MF 85,3,1 Punto III.

Puesto que sabemos que Jesucristo ha de venir hoy a nosotros, y lo reconocemos por quien es, preparémosle una morada digna de Él, y dispongamos de tal manera nuestro corazón para recibirlo, que le resulte agradable establecer en él su residencia.

Con esta intención, apliquémonos a desprenderlo de cuanto profano y terrenal hay en él. *El hombre terreno*, dice san Pablo, *habla con gusto de las cosas de la tierra, y sólo sabe hablar de ellas*; *pero quien es del cielo*, dice el mismo apóstol, *habla de las cosas del cielo y se sobrepone a todo* [6]. Para esto bajó el Hijo de Dios a la tierra y quiere descender a nuestro corazón, *para hacernos partícipes de su naturaleza* [7] y lograr que lleguemos a ser hombres del todo celestiales.

MF 85,1,1: [1] Lc 2,3-5. – **MF 85,1,2**: [2] Mt 25,44-45; Is 53,3. – **MF 85,2,1**: [3] Lc 2,7. – **MF 85,2,2**: [4] 1S 3,10. – [5] Sal 85,9. – **MF 85,3,1**: [6] 1Co 15,47-48. – [7] 2P 1,4.

86

MF 86

Para la fiesta de la Natividad de Jesucristo Nuestro Señor

25 de diciembre

MF 86,1,1 Punto I.

Jesucristo nace hoy pobre, en un establo.

La Santísima Virgen le da a luz en un lugar donde no halla ninguna comodidad ni socorro humano alguno, y donde *no hay otro lecho que un pesebre para acostar a este niño recién nacido* [1].

¡He ahí el palacio y el lecho de gala de Jesús, nuestro Salvador, al hacer su entrada en el mundo! De ese modo es alojado, en medio de la noche, en estación muy rigurosa; y nadie, en tan apremiante necesidad, se preocupa de aliviarlo.

MF 86,1,2 La pobreza que Jesús practica de manera eminente en su nacimiento, debe comprometernos a amar mucho esta virtud; pues si nació en tal estado fue para hacérnosla amar.

No nos extrañemos, por lo tanto, cuando carezcamos de algo, incluso de lo necesario, puesto que Jesús, al nacer, careció de todo.

Así hay que nacer a la vida espiritual: despojado y desnudo de todo. Y así como el Hijo de Dios quiso que la humanidad de que se revistió se hallase en tal estado, del mismo modo quiere también que nosotros nos pongamos en esa disposición, para que pueda Él tomar plena posesión de nuestro corazón.

MF 86,2,1 Punto II.

Jesús no se contentó con nacer pobre. Como *había escogido por herencia la abyección* [2] en el mundo, según lo que dice el Real Profeta, quiso realizar su entrada en él por un lugar donde fuera desconocido, donde no se tuviera ninguna consideración ni hacia Él ni hacia su santa madre, y donde estuviera abandonado de todos.

Es verdad que lo visitan en su nacimiento, pero *son sólo unos pobres pastores* [3], que no pueden tributarle otro honor que el de sus deseos; pero incluso es preciso que un ángel les anuncie, de parte de Dios, que *el niño que acaba de nacer en Belén es su Salvador, y que su nacimiento será motivo de sumo gozo para todo el pueblo* [4].

Fuera de estos pobres pastores, nadie piensa en Jesús cuando nace. Y parece incluso que Dios no quiere que los ricos e importantes puedan llegarse a él, pues el ángel que anuncia su venida no da a los pastores otra señal para reconocerlo que el estado pobre y abyecto en que lo han de hallar, capaz sólo de repugnar a quienes no estiman más que aquello que deslumbra.

MF 86,2,2 Nosotros, al elegir nuestro estado, debimos estar resueltos a vivir en la abyección, igual que el Hijo de Dios al hacerse hombre; pues eso es lo más relevante en nuestra profesión y en nuestro empleo. Somos pobres Hermanos, olvidados y poco considerados por la gente del mundo. Sólo los pobres vienen a buscarnos, y no tienen nada que ofrecernos más que sus corazones, dispuestos a recibir nuestras instrucciones.

Amemos lo que nuestra profesión tiene de más humillante, para participar, en alguna medida, de la abyección de Jesucristo en su nacimiento.

MF 86,3,1 Punto III.

Los pastores, dice el evangelio de este día, *se apresuraron a ir a Belén, y hallaron a María y a José, con el niño acostado en un pesebre; y al verlo, reconocieron lo que se les había dicho; después regresaron glorificando al Señor por cuanto habían visto y oído* [5].

Nada atrae tanto las almas a Dios como el estado pobre y humilde de quienes tratan de conducirlas a Él.

¿Por qué alababan y bendecían a Dios los pastores? Porque habían visto a un pobre niño acostado en un pesebre; porque, al verlo, reconocieron, por una luz interior con que Dios los había iluminado, que aquel niño era realmente su Salvador, y que era a Él a quien debían acudir para que los sacara de la miseria de sus pecados.

MF 86,3,2 Tened la seguridad de que, en la medida en que estéis unidos de corazón a la pobreza y a todo lo que puede humillaros, produciréis fruto en las almas, y que los ángeles de Dios os darán a conocer, e inspirarán a los padres y madres que os envíen sus hijos para que los instruyáis. Y que con vuestras instrucciones, asimismo, moveréis los corazones de estos pobres niños, y la mayoría llegarán a ser verdaderos cristianos.

Pero si no os parecéis, por estas dos eminentes cualidades, a Jesús recién nacido, seréis poco conocidos y poco solicitados en vuestro empleo; no seréis estimados ni apreciados por los pobres, y nunca conseguiréis desempeñar con ellos la condición de salvadores, tal como os corresponde en vuestro empleo. Pues sólo los atraeréis hacia Dios en la medida en que seáis semejantes a ellos y a Jesús recién nacido.

MF 86,1,1: [1] Lc 2,7. – **MF 86,2,1**: [2] Sal 22,7. – [3] Lc 2,16. – [4] Lc 2,9-11. – **MF 86,3,1**: [5] Lc 2,16-17.20.

87

MF 87

Para la fiesta de san Esteban, primer mártir

26 de diciembre

MF 87,1,1 Punto I.

En los Hechos de los Apóstoles se dice de san Esteban que *estaba lleno de fe* [1]. Lo demostró muy bien al conducirse y actuar siempre por espíritu de fe.

¿No estaba, en efecto, animado de este espíritu, cuando habló a los judíos con tanto celo y *algunos de ellos, discutiendo con él, no podían resistir al Espíritu Santo que en él residía y alentaba su celo* [2]?

Pues, después de exponerles *todos los beneficios con que Dios honró a sus padres, y la poca gratitud que manifestaron la mayoría de ellos* [3], les reprochó *el ser ellos como habían sido sus padres, y no observar mejor que ellos la ley*

que habían recibido por ministerio de los ángeles [4].

¿No estaba lleno de fe cuando perdonó a sus enemigos, siguiendo el consejo que sobre ello dio Jesucristo, y *pidió a Dios que no les imputara el pecado que cometían al darle muerte* [5]; y cuando el fervor de su oración le permitió *ver los cielos abiertos, y al Hijo de Dios hecho hombre a la derecha de Dios, su Padre* [6]?

MF 87 1,2 Así debe moveros a actuar la fe, y así debéis dar a conocer, con vuestra conducta, igual que él, que sois verdaderos discípulos de Jesucristo, al no tener otra mira que Dios en vuestras acciones, y al anunciar con igual valentía e intrepidez que él las máximas del santo Evangelio. Y lo que en esto debe fortalecer tanto vuestro celo como vuestra fe, es que *las anunciáis en calidad de ministros de Dios* [7].

MF 87,2,1 Punto II.

Este santo no se contentó con estar henchido de fe; quiso hacer partícipes de su plenitud a los de su nación, predicándoles la nueva religión que acababa de establecerse y dándoles a conocer, con testimonios de la Sagrada Escritura, a Jesucristo, al que no conocían, y que había venido para ofrecerles los medios de la salvación y para morir por ellos. E, incluso, les dio a entender que fueron ellos mismos quienes, por odio y envidia del bien que realizaba, *lo habían hecho condenar a muerte* [8].

Pero aquellos judíos, *de corazón duro e incircunciso* [9], como les dijo san Esteban, pusieron bien de manifiesto la verdad de lo que dijo san Pablo: *No todos obedecen al Evangelio* [10], y lo que dijo Isaías: *¿Quiénes creyeron lo que les predicasteis?* [11]

MF 87,2,2 Vosotros sois los elegidos por Dios para dar a conocer a Jesucristo y para anunciarlo. Siendo así, *admirad la bondad de Dios con vosotros,* dice el mismo apóstol, *siempre que permanezcáis firmes en el estado en que su bondad os colocó* [12].

A ejemplo, pues, de san Esteban, dad a conocer a Jesucristo a aquellos que tenéis que instruir. Enseñadles las normas de la vida cristiana y los medios que deben emplear para salvarse. Con este fin *os ha encomendado Dios el ministerio en que estáis empleados. No os hagáis indignos de él ejerciéndolo con negligencia* [13].

MF 87,3,1 Punto III.

San Esteban, después de haber enseñado la fe, murió también por la fe. Los judíos, no pudiendo soportar sus reproches y la exposición que les hizo de su ingratitud para con Dios y de su dureza de corazón, *lo arrojaron fuera de la ciudad y lo apredrearon* [14] por blasfemo. *Así trataron a todos los profetas* [15], dijo Nuestro Señor.

Este santo se consideró dichoso de ser tratado como quienes lo habían precedido, y, dice san Agustín, recibió con hacimiento de gracias aquella lluvia de piedras que caía sobre él. La fe de que estaba animado *era lo que le hacía sentirse muy honrado de ser perseguido como lo había sido Jesucristo, su Maestro* [16]. Lo único que hizo entonces fue mirar al cielo para testimoniar a

Dios su gratitud por tan señalado beneficio.

MF 87,3,2 Poneos, desde hoy, en estas disposiciones. Soportad con gusto todas las penas que os ocasionen, y no os disgustéis por nada, ni os quejéis de nada. Es preciso que, a imitación de san Esteban, la fe os mueva a mirar como regalos y beneficios de Dios cuanto hayáis de soportar de parte del prójimo.
Sólo la fe pura puede inspirar tales sentimientos.

MF 87,1,1: [1] Hch 6,5. – [2] Hch 6,9-10. – [3] Hch 7,1-50. – [4] Hch 7,51.53. – [5] Hch 7,60. – [6] Hch 7,56. – **MF 87,1,2**: [7] 1Co 4,1; Cf. Rm 15,16. – **MF 87,2,1**: [8] Hch 7,52. – [9] Hch 7,51. – [10] Rm 10,16. – [11] Is 53,1. – **MF 87,2,2**: [12] Rm 11,22. – [13] 1Co 4,1-2. – **MF 87,3,1**: [14] Hch 7,58. – [15] Mt 5,12. – [16] Cf. Jn 15,20.

88

MF 88

Para la fiesta de san Juan Evangelista

27 de diciembre

MF 88,1,1 Punto I.
San Juan fue tan particularmente querido de Jesús, que es llamado por excelencia su discípulo amado. Y el mismo san Juan, no deseando dar su nombre en el Evangelio, por humildad, no se designa de otro modo que como *el discípulo a quien Jesús amaba* [1].
Y he aquí las muestras que el Salvador le dio de su especial amor: le dejó reclinarse sobre su pecho; le reveló los más sublimes misterios de su divinidad y de su santa humanidad; y al morir, le puso en lugar suyo para que fuese el hijo adoptivo de su santa madre.
San Jerónimo no nos indica otras razones de tan particular amor de Jesús por san Juan, sino que éste permaneció siempre virgen. Eso fue lo que lo hizo tan digno de la amistad de Jesús, a quien esta virtud le resulta especialmente agradable.

MF 88,1,2 Vivís en un estado en el que necesitáis que Jesús os honre con su amistad. Amad especialmente esta virtud favorita de Jesús, para que el divino Salvador os ame tiernamente y se complazca en estar con vosotros, pues sus delicias consisten en estar con los hombres puros.
Aplicaos también mucho a la oración, en la que Jesús os descubrirá secretos desconocidos a la mayoría de los hombres.

MF 88,2,1 Punto II.
Si san Juan fue muy amado de Jesús, también él lo amó mucho. La primera muestra que le dio de ello fue *que dejó todo para seguirlo* [2].
Si san Juan *siguió a Jesús en el Tabor, donde manifestó a los apóstoles su gloria* [3], también *lo acompañó en el Calvario* [4], donde *apareció como objeto de maldición* [5], aunque *todos los demás discípulos lo habían abandonado* [6]. Fue, pues, el único apóstol que lo siguió hasta la muerte, deseando *ser testigo de sus sufrimientos hasta el final* [7].
También *fue el primero que llegó al sepulcro de Jesucristo para asegurarse de*

la verdad de su resurrección [8], y para poderla anunciar luego a los demás.
He ahí lo que su tierno amor movió a hacer a san Juan para agradecer el amor de Jesús para con él.

MF 88,2,2 Pensemos a menudo que, habiéndose dado Jesús todo a nosotros y por nosotros, también nosotros debemos darnos del todo a Él, hacerlo todo por Él y no buscarnos en nada. Y que todo nuestro cuidado ha de estar en desasirnos de todas las cosas para no apegarnos más que a solo Dios; ya que no hay nada igual a Él, y es el único a quien podemos entregar con seguridad nuestro corazón.

MF 88,3,1 Punto III.
El amor de Jesús a san Juan, y de san Juan a Jesús, produjo amor recíproco de san Juan a la Santísima Virgen y de la Santísima Virgen a san Juan.
Desde que ***Jesús, al morir, encomendó su querido discípulo a su santa madre y se lo dio como hijo*** [9], san Juan mantuvo siempre a la Santísima Virgen cerca de él, y le prodigó todas las muestras de ternura que un hijo puede tener con su madre. La asistió en todas sus necesidades y la Santísima Virgen, recíprocamente, honró a san Juan con su protección ante Dios.

MF 88,3,2 Si profesamos amor a Jesús y si somos amados de Él, será imposible que no seamos muy queridos de la Santísima Virgen. Pues como se da relación estrechísima entre Jesús y su santísima madre, todos los que aman a Jesús y son amados de Él, honran mucho a María, y son también muy queridos de la santa madre de Dios.
Hagámonos dignos de las ternuras de la Santísima Vigen y para obtener de ella más fácilmente lo que deseamos, dirijámonos a san Juan, quien como hijo amado que sustituyó a Jesús, nos alcanzará de Ella lo que no podemos obtener por nosotros mismos.

MF 88,1,1: [1] Jn 13,23; 19,26. – **MF 88,2,1**: [2] Mt 4,22. – [3] Mt 17,1-2. – [4] Jn 19,26. – [5] Mt 26,56. – [6] Ga 3,13. – [7] Cf. Jn 19,35. – [8] Jn 20,4. – **MF 88,3,1**: [9] Cf. Jn 19,26-27.

89

MF 89

Para la fiesta de los Santos Inocentes

28 de diciembre

MF 89,1,1 Punto I.
Honremos hoy la inocencia de aquellos santos niños que tuvieron la suerte de morir antes de conocer el mal y poder cometerlo.
¡Cuán felices son porque su vida fue consagrada a Dios a edad en que los vicios aún no se habían adueñado de sus corazones! ***Fueron arrebatados de este mundo casi cuando acababan de entrar en él,*** y esto por gracia muy especial, ***para ser preservados de la corrupción*** [1], cosa tan difícil de conseguir en la sociedad de los hombres.

MF 89,1,2 Nosotros, que hemos conocido la miseria del mundo, y que de sobra sabemos,

por nuestra funesta experiencia, qué raro es conservar en él la inocencia y la pureza del corazón, y a quienes Dios hizo el favor de retirarnos de él, démosle gracias todos los días por beneficio tan grande, y hagamos inocente nuestra vida por el retiro, por la penitencia y por la santidad de nuestras acciones. Y para merecer la perseverancia en vida tan santa, seamos fieles a las más insignificantes prácticas de la comunidad y al menor de los puntos de regularidad.

De ese modo repararemos los daños que el siglo, del que afortunadamente hemos salido, hubiera podido ocasionar a nuestra inocencia, y alcanzaremos como cierta seguridad de no pecar más en lo restante de nuestra vida.

MF 89,2,1 Punto II.

Estos santos niños murieron mártires por la crueldad de un príncipe malvado, que temía que alguno de ellos le arrebatase la corona, apoyándose en lo que le habían dicho los Magos acerca del nacimiento del Mesías [2]. Y así les procuró el medio de vivir eternamente en el cielo, inmediatamente después de haber aparecido en la tierra.

Mayor beneficio les ocasionó, dice san Agustín, con el odio que les demostró al hacerles morir, que el que pudiera procurarles con todo el afecto que hubiera podido tenerles y con todos los favores con que hubiera podido colmarlos en el mundo. Ellos dieron testimonio de nuestra religión y de la divinidad de Jesucristo, no hablando, sino perdiendo la vida por su causa.

MF 89,2,2 Como no tenéis la dicha, ni siquiera la ocasión de sufrir el martirio por la fe, haceos mártires por amor de Dios mediante el ejercicio de la mortificación. La vida del cristiano, dice san Gregorio, debe ser martirio continuo, puesto que no se es cristiano sino para hacerse conforme a Jesucristo, que padeció durante toda su vida.

Este martirio es, a menudo, más duro que aquel en que se derrama la sangre, porque es incomparablemente más largo, y en consecuencia, más difícil de soportar.

Animaos, pues, a él con el ejemplo de los santos, y sobre todo con el de Jesucristo, que dedicó toda su vida a padecer por nuestro amor.

MF 89,3,1 Punto III.

Estos pequeñuelos murieron, no sólo como mártires, sino en sustitución de Jesucristo. *Queriendo Herodes matarlo, hizo que lo buscaran por todas partes; y al no encontrarlo, resolvió quitar la vida a muchos niños* [3], asegurándose de que Él se hallaría entre ellos; por eso no quiso que exceptuasen a ninguno de los nacidos desde algún tiempo antes de la llegada de los Magos a Jerusalén hasta entonces.

¡Felices niños, que perdieron la vida para conservar la de Jesucristo!

MF 89,3,2 Nosotros podemos tener la misma suerte que ellos, si entregamos nuestra vida para impedir que Jesucristo muera en nosotros: *los pecadores,* dice san Pablo, *crucifican de nuevo a Jesucristo* [4]. Así, pues, si no se quiere quitarle la vida, es necesario hacerse violencia para no caer en el pecado y para no cometer la menor falta. Para alcanzar este beneficio se requiere mucha vigilancia sobre sí

mismo.
De ese modo, *muriendo todos los días* [5] por medio de continua mortificación, daréis vuestra vida para no crucificar ni dar muerte, desgraciadamente, a Jesucristo en vosotros.

MF 89,1,1: [1] Sb 4,11. – **MF 89,2,1**: [2] Cf. Mt 2,16. – **MF 89,3,1**: [3] Mt 2,16. – **MF 89,3,2**: [4] Hb 6,6. – [5] 1Co 15,31.

90

MF 90 **De lo que se ha hecho o dejado de hacer para con Dios durante el año**

29 de diciembre

MF 90,1,1 Punto I.
No estamos en este mundo sino para amar a Dios y complacerle. Es lo que debemos hacer durante toda nuestra vida, pues *es la primera cosa que nos manda Dios, y la única que encierra toda la ley* [1], dice Nuestro Señor. Y nuestro amor a Dios ha de ser tan grande, que no amemos más que a Dios o por Dios.
Podemos probar nuestro amor de tres maneras. La primera, concibiendo sumo aprecio por Dios; la segunda, aficionándonos sólo a Dios; y la tercera, haciendo todas nuestras acciones por Dios.

MF 90,1,2 ¿Se ha notado, durante este año, que no habéis estimado nada sino a Dios? ¿Habéis admirado a menudo sus infinitas grandezas? Y entonces, penetrados de profundo respeto a vista de sus sublimes perfecciones, ¿habéis exclamado, con el Real Profeta, que *sus excelencias, al no poder ser comprendidas por el hombre, no pueden ser adoradas ni alabadas como merecen* [2]?
¿Habéis recordado que a Dios lo teníais presente en todas partes? ¿Os habéis abismado interiormente, en sentimiento de adoración, en la consideración de la presencia de Dios? Y puesto que no hay nada tan agradable al alma que ama a Dios como prestar atención a Él, *¿habéis hecho de ello vuestra delicia*, como David? Y por respeto a la presencia de Dios tan excelso, ¿habéis cuidado de manteneros en modestia conveniente y proporcionada a su grandeza? Y como Dios está presente en todas partes, ¿lo habéis adorado por doquier?
Prestad atención a todo esto, para mostrar a Dios cuán grande es el aprecio en que le tenéis.

MF 90,2,1 Punto II.
Puesto que nuestra alma no fue creada por Dios sino para gozar de Él, *toda su felicidad en la tierra consiste en no aficionarse más que a Él* [3], como dice muy bien el Real Profeta. Y sería vergonzoso para ella, que participa de la naturaleza divina, dice san León, degenerar de su primitiva nobleza hasta el punto de envilecerse poniendo su agrado en las criaturas.
¿Y a quién nos aficionaríamos, sino a Aquel de quien todo lo hemos recibido, el único que es nuestro Señor y nuestro Padre, y que, como dice san Pablo, *dio*

el ser a todas las cosas, y nos hizo sólo para Él [4]?

MF 90,2,2 Esta consideración y el agradecimiento que le debemos por todas sus bondades para con nosotros hubieran debido ocupar a menudo nuestra mente, y enternecer nuestro corazón a lo largo de este año, para impelernos a entregarnos del todo a Dios, y a decirle con san Agustín: «Nos hiciste sólo para Ti, Dios mío, y nuestro corazón no descansará hasta que repose en Ti».

MF 90,3,1 Punto III.

Si amamos verdaderamente a Dios, *todo cuanto hacemos debemos realizarlo para su gloria* [5], dice san Pablo. Este debió ser el fin por el que os retirasteis del mundo; pues Dios debe ser el fin de vuestras acciones, como es su principio.

Si pretendierais complacer a cualquier otro distinto de Dios, dice san Pablo, *no mereceríais llevar el nombre de servidores de Jesucristo* [6]; pues no lo seríais en realidad, ya que el siervo ha de hacerlo todo en servicio de su señor.

Tal era el consejo que daba san Pablo a los fieles de su tiempo: *Ora comáis,* les dice, *ora bebáis, o realicéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios* [7]; y en otra parte: *Cuanto hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesucristo* [8].

En eso debe consistir todo el consuelo de un cristiano en esta vida, obrar por Dios, que lo ha creado, de quien lo ha recibido todo, y a quien es deudor de todo el bien que pueda realizar en esta vida.

MF 90,3,2 ¿Habéis pensado a menudo durante este año, que puesto que Dios os ha dado la vida y os ayuda a realizar todas vuestras acciones, todas ellas han de estarle consagradas, y que lo ofendéis cuando las ejecutáis por otro fin distinto de Él?

¿Vuestra única mira ha estado, como en san Pablo, en *no vivir y no obrar más que por Dios* [9]? ¿Habéis estado, como él, en la disposición de *no hacer estéril la gracia de Dios* [10] en vosotros? Lo fue, sin duda, cuantas veces vuestras acciones no estuvieron hechas por amor a Él. Proceded en lo sucesivo, como dice san Pablo, *de manera digna de Dios, procurando agradarlo en todo* [11].

MF 90,1,1: [1] Mt 22,38.40. – **MF 90,1,2**: [2] Cf Sal 8,2. – **MF 90,2,1**: [3] Sal 73,28. – [4] 1Co 8,6; Cf. Hch 17,28. – **MF 90,3,1**: [5] 1Co 10,31. – [6] Ga 1,10. – [7] 1Co 10,31. – [8] Col 3,17. – **MF 90,3,2**: [9] Cf. Rm 6,10; 2Co 5,15. – [10] 1Co 15,10. – [11] Col 1,10.

91

MF 91

Del modo como debimos proceder con el prójimo durante este año y de aquello en que hemos faltado

30 de diciembre

MF 91,1,1 Punto I.

Con respecto a nuestros superiores.

Es vuestro deber comportaros con los superiores *como con Dios mismo* [1]. Es el consejo que os da el apóstol.

Como tenéis un cuerpo sensible, y la dirección interior de Dios no os basta para

llevaros a Él, necesitáis guías que os dirijan sensiblemente. Por este motivo Dios os ha dado superiores, cuyo deber es ocupar el lugar de Dios para con vosotros, y guiaros exteriormente por el camino del cielo, igual que Dios lo hace con vosotros interiormente.

MF 91,1,2 ¿Cómo os habéis comportado con vuestros superiores durante este año? ¿Los habéis mirado como a ministros de Dios, que os han sido puestos de su parte, como ocupando su lugar, *ya que sólo por la autoridad que Dios les ha confiado, y de la que les hizo partícipes, tienen derecho a dirigiros y mandaros* [2]? ¿Es éste el motivo por el que os sometéis a su gobierno? ¿Habéis vivido durante este año en dependencia de vuestros superiores, del mismo modo que dependéis de Dios?

Con esta convicción, ¿habéis creído que teníais que obedecerlos en todo, como creéis en la obligación de obedecer a Dios, que ha dicho: *Quien os escucha, me escucha* [3]? ¿Estáis persuadidos, en el fondo de vuestro corazón, de que todo lo que os dicen es de parte de Dios, o, mejor dicho, de que es el mismo Dios quien os lo dice?

Desde hoy, poneos en estas disposiciones respecto de vuestros superiores.

MF 91,2,1 Punto II.

Con respecto a vuestros Hermanos.

Tal vez no habéis reflexionado bastante durante este año sobre la obligación que tenéis de vivir muy unidos con vuestros Hermanos. Con todo, ésta es una de las principales obligaciones de vuestro estado, ya que Jesucristo dice en el santo Evangelio que *todos sois hermanos* [4].

La primera razón por la que a veces existe poca unión en una comunidad, es porque hay quienes desean ponerse por encima de los demás, por alguna consideración humana. Por este motivo dijo Nuestro Señor a sus apóstoles *que ninguno de ellos debería llamarse ni dejar que lo llamaran maestro, pues no tenían más que un maestro, que era Jesucristo* [5]. *Es preciso, incluso*, dice Nuestro Señor, *que quien crea ser el mayor entre vosotros, o lo sea en efecto, se estime y considere como el menor de todos* [6].

MF 91,2,2 Ved si durante este año habéis procedido así con vuestros Hermanos. Si os habéis disgustado con alguno de ellos, *reflexionad sobre lo que recordaba Moisés a dos israelitas de su tiempo, que se injuriaban y reñían entre sí* [7], que son hermanos nuestros, y que, como dice san Pablo, *debemos soportarnos unos a otros con caridad* [8].

Prestad atención a la palabra que usa, «soportar»: con ello se nos indica que es menester que unos sufran a causa de los otros. Por eso dice en otro lugar: *Llevad las cargas los unos de los otros* [9]. Cada uno tiene sus cargas, pero de ordinario no es precisamente quien las tiene el que las lleva, pues no es él quien siente su peso, sino aquellos con quienes se relaciona.

MF 91,2,3 Es necesario que cada uno lleve gustoso y caritativamente las de los demás, si quiere vivir en paz con ellos. A ello nos exhorta a menudo san Pablo en sus epístolas [10]. ¿Os habéis comportado así durante este año?

Piedra preciosa es la unión en una comunidad. Por eso la recomendó con frecuencia Nuestro Señor a sus apóstoles antes de morir [11]. Si se la pierde, todo

se pierde. Por eso, conservadla con cuidado, si queréis que vuestra comunidad perviva.

MF 91,3,1 Punto III.

Con respecto a vuestros alumnos.

Lo primero que debéis a vuestros alumnos es la edificación y el buen ejemplo. ¿Os habéis aplicado a la virtud con la intención de edificar a vuestros discípulos? ¿Habéis pensado que debéis ser su modelo en las virtudes que deseáis que practiquen? ¿Os habéis comportado este año como deben hacerlo los buenos maestros?

Habéis debido enseñarles la religión. ¿Os habéis esforzado en ello lo suficiente durante este año? ¿Habéis considerado esta función como vuestro principal deber para con ellos? ¿Conocen bien la religión? Si la ignoran o si no la conocen perfectamente, ¿no es por negligencia vuestra?

¿Os habéis preocupado de enseñarles las máximas y las prácticas del Santo Evangelio y de que las practicasen? ¿Les habéis sugerido prácticas apropiadas a su condición y a su edad?

Todas estas formas de instruir han debido ser a menudo materia de vuestras reflexiones, y habéis debido esforzaros en utilizarlas con éxito. El maestro que se encariñe con la piedad ***engendrará sabiduría*** [12], dice el Sabio; es decir, adquirirá sabiduría para sí y, al mismo tiempo, hará sabios a quienes instruye.

MF 91,3,2 ¿Habéis enseñado a los que tenéis bajo vuestra dirección las cosas exteriores que son de vuestra obligación, como la lectura, la escritura y todo lo demás, con el mayor esmero posible? Si no ha sido así durante este año, daréis estrecha cuenta a Dios, no sólo de vuestro tiempo, sino incluso de vuestra manutención y de cuanto se os proporcionó para los menesteres de la vida; pues tal fue la intención de la obediencia al proveeros de lo necesario.

Tomad para el futuro medidas adecuadas sobre todos estos puntos, que son de importancia.

MF 91,1,1: [1] Ef 6,7. – **MF 91,1,2**: [2] Cf. Rm 13,1-4. – [3] Lc 10,16. – **MF 91,2,1**: [4] Mt 23,8. – [5] Mt 23,8.10. – [6] Lc 22,26. – **MF 91,2,2**: [7] Ex 2,13. – [8] Ef 4,2. – [9] Ga 6,2. – **MF 91,2,3**: [10] Cf. Col 3,14-15. – [11] Cf. Jn 17,11.21-23. – **MF 91,3,1**: [12] Pr 10,31

92

MF 92

De aquello en que habéis faltado respecto de vosotros y de la regularidad durante el año

31 de diciembre

MF 92,1,1 Punto I.

Se puede faltar a la regularidad en casa, fuera de casa y en la escuela.

En casa, se puede faltar a ella en tres cosas: la primera, en lo tocante a la fidelidad y puntualidad en los ejercicios.

¿Habéis considerado este punto como uno de los principales medios de salvación, como lo es, en efecto? Pues esta fidelidad os da cierta seguridad de

observar exactamente los mandamientos de Dios; ya que, ***quien es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes*** [1], dice Nuestro Señor.

¿No os habéis dispensado fácilmente algunas veces, durante este año, de la sagrada comunión, por mera desgana? ¿No habéis descuidado la oración o no os habéis dejado llevar de las distracciones? ¿Habéis considerado estos dos ejercicios como los que atraen las gracias de Dios sobre todos los demás, y con este propósito, os habéis dedicado gustosos a ellos?

¿Habéis mostrado estima a todos vuestros ejercicios? ¿Los habéis considerado como medios absolutamente necesarios para alcanzar la perfección de vuestro estado y, en consecuencia, para asegurar vuestra salvación?

¿Lo habéis dejado todo a la primera campanada, incluso si estabais con personas de fuera? Esto es lo que hay que hacer siempre, sin excepción; pues, en realidad, la primera campanada que oís os manifiesta la voluntad de Dios.

MF 92,1,2 ¿Habéis sido fieles en guardar el silencio? Es el primer medio para establecer la regularidad en una casa; sin él no se puede esperar que haya orden en una comunidad religiosa.

Puesto que tenéis obligación de contribuir al buen orden de vuestra casa, sed fieles a estas dos cosas, por medio de las cuales se establecerá y mantendrá fácilmente, si añadís a ello la obediencia en todo a quien está encargado de dirigirla; pues la obediencia es la primera virtud de la comunidad, y lo que la distingue esencialmente de las casas seglares.

MF 92,2,1 Punto II.

No tiene menos importancia ser observante fuera de casa que dentro de ella, pues también allí hay que edificar al prójimo, y eso se debe exigir particularmente a las personas religiosas.

Lo primero a que debe atenderse es a guardar mucha modestia. San Pablo la recomienda a los fieles sobre todas las cosas: ***Vuestra modestia,*** dice, ***sea patente a todos los hombres*** [2]. Como si dijera: No seáis modestos solamente cuando os halléis solos y en particular, como, en efecto, debéis serlo, pues el Señor está cerca de vosotros; sino sedlo también delante de todos los hombres.

Por consiguiente, cuando os halléis fuera de casa, conducíos de tal forma que todos los hombres adviertan vuestra modestia y se edifiquen con ella. Eso es necesario, ya que al trabajar en la salvación de los demás, debéis comenzar por darles buen ejemplo, con el fin de ganarlos para Dios.

También debéis observar exactamente el silencio en las calles y, según vuestra Regla, rezar el rosario, para no distraeros con objetos que se presenten a la vista, y prestar atención a la presencia de Dios.

La paciencia y el silencio, sobre todo, os son igualmente necesarios cuando os insultan o dicen algo capaz de molestaros.

MF 92,2,2 ¿Habéis sido fieles a todas estas prácticas durante el año? Tienen mucha importancia si no queréis escandalizar ni disiparos por las calles. Es preciso que se pueda distinguir a la persona consagrada a Dios del seglar, tanto por su exterior como por el modo de comportarse; pues es deudor de la edificación que debe dar, ***no sólo a los sabios,*** dice san Pablo, ***sino también a los que no lo son*** [3], los cuales con frecuencia se escandalizan de todo, especialmente respecto de las personas religiosas.

MF 92,3,1 Punto III.

Como la escuela es el lugar donde los Hermanos pasan más tiempo durante el día, y como los trabajos que en ella realizan son los que más los absorben y aquellos en que más ocasiones de disipación encuentran, nunca velarán lo suficiente sobre sí mismos para no perder el mérito que han de obtener de ellas para la salvación de su alma, y para no faltar a ninguna de sus obligaciones.

¿Habéis sido fieles, durante este año, en seguir el orden de las lecciones, en usar siempre la señal, y en corregir a vuestros alumnos cuando cometen alguna falta? No podéis dispensaros de ello sin faltar a uno de vuestros principales deberes.

¿Habéis sido estrictos en explicar el catecismo todos los días, durante todo el tiempo señalado y de la forma que tenéis prescrita? ¿Os habéis preocupado de que vuestros discípulos conozcan la religión? Esa es vuestra principal obligación, aunque no debéis desatender los otros puntos.

¿No os habéis comportado algunas veces con negligencia y flojedad? ¿No habéis hablado inútilmente con los niños, preguntándoles noticias o escuchando gustosos las que os contaban? ¿No habéis leído libros distintos de los que leen los niños a quienes estáis encargados de instruir?

En una palabra, ¿no habéis perdido el tiempo que, en vuestra profesión, no es más vuestro que el del sirviente, obligado a emplearlo por completo en servicio de su señor, como vosotros en provecho de vuestros escolares?

MF 92,3,2 ¿No habéis aceptado de ellos alguna cosa? Sabéis que esto no os está permitido en absoluto. Pues si cayereis en dichas faltas, vuestra escuela ya no sería gratuita; aunque no recibierais de ellos más que tabaco, lo cual no se debe hacer ni tolerar, porque el uso del tabaco no os está permitido, y porque debéis dar clase gratuitamente. Esto es esencial a vuestro Instituto.

Examinad si habéis caído en esta clase de faltas durante este año, y cuántas veces; y, en este caso, si os habéis acusado puntualmente en vuestras confesiones. Tomad las resoluciones adecuadas sobre todo esto.

Despojaos, en fin, hoy, *del hombre viejo, y revestíos del nuevo,* como a ello os exhorta san Pablo; y pedid a Dios, siguiendo el consejo del mismo apóstol, que *renueve* mañana *en vosotros el espíritu de vuestro estado y de vuestra profesión* [4].

MF 92,1,1: [1] Lc 16,10. – **MF 92,2,1**: [2] Flp 4,5. – **MF 92,2,2**: [3] Rm 1,14. – **MF 92,3,2**: [4] Ef 4,22-24.

93

MF 93

Para la fiesta de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo

1 de enero

MF 93,1,1 Punto I.

En su Circuncisión, Jesucristo se sometió a la ley, que ordenaba que *todos los niños varones fuesen circuncidados el octavo día después de su nacimiento* [1],

aunque estuviera exento y por encima de cualquier ley, ya que era Él mismo el soberano legislador.

Esta ley sólo concernía a los pecadores; y, por tanto, Jesucristo, no estaba de ningún modo sujeto a ella, por ser incapaz de pecado.

Admirable humildad la de Jesús, que se hace semejante a los pecadores, aunque Él no lo sea; y que, siendo plenamente inocente, como es, echa sobre sí la carga de nuestros pecados, al entrar en el mundo, porque sólo viene a satisfacer por ellos [2].

Admiremos hoy la obediencia y la humildad del Salvador en este misterio; *no vino al mundo,* como dijo Él mismo, *para destruir la ley, sino a cumplirla* [3].

MF 93,1,2 Aprended de Él a someteros a quienes Dios os ha dado por superiores, a humillaros en las ocasiones que se presenten, y a circuncidaros con la verdadera circuncisión, *que no es realizada por mano de hombre* [4], como dice san Pablo; sino que consiste, dice, en despojarse del cuerpo carnal, es decir, de nuestros pecados, pasiones y propias inclinaciones. Pues como dice en otro lugar el mismo apóstol, *la verdadera circuncisión no es la que se realiza en la carne, que es sólo exterior; sino la del corazón, que se realiza por el espíritu* [5].

Por lo cual, puesto que debéis pertenecer a Jesucristo, *mortificad,* según san Pablo, *vuestra carne con sus pasiones y deseos desordenados* [6], y Jesucristo os hará revivir con Él, a pesar de la incircuncisión de vuestra carne, *aboliendo por completo el decreto de vuestra condenación* [7].

MF 93,2,1 Punto II.

Jesucristo ejerció en este misterio la función y la cualidad de redentor de los hombres, derramando su sangre por el amor que les tenía. Con esta efusión de sangre dio testimonio de que comenzaba a cargarse con nuestros pecados y a presentarse en la tierra como pecador.

En primer lugar, porque la circuncisión no fue establecida en la antigua Ley sino para los pecadores.

En segundo lugar, porque *habiéndose presentado Jesucristo en el mundo como pontífice de los bienes futuros* [8], dice san Pablo, *se ofreció a sí mismo en este día a Dios en el templo, como víctima sin mancha, para purificar nuestra conciencia de las obras muertas; y para tributar, en nombre de todos los hombres, verdadero culto al Dios vivo y eterno, en calidad de mediador del Nuevo Testamento* [9], según la expresión del mismo san Pablo.

¿Hay algo más humillante para el Hijo de Dios que pasar por pecador, aunque fuera la santidad misma y el justo por excelencia?

MF 93,2,2 Sin embargo, Jesucristo, aunque libre de todo pecado, padece hoy en su sagrado cuerpo la pena a que los hombres estaban obligados a someterse en cuanto pecadores.

Mientras tanto, nosotros, que hemos ofendido mucho a Dios, nos consideramos y queremos que nos consideren como inocentes y justos; buscamos, y nos creemos con derecho a buscar, nuestras comodidades; y ponemos todo nuestro empeño en huir del trabajo y del sufrimiento.

Penetraos de sentimientos de humildad y avergonzaos íntimamente al ver cómo huís de las ocasiones de padecer, mientras Jesucristo las ha buscado por amor

vuestro. Agradecedle la inmensa bondad que os manifestó en su circuncisión.

MF 93,3,1 Punto III.

El Padre Eterno avisó a la Santísima Virgen, por medio del ángel que le anunció el misterio de la encarnación de su Hijo, *que debía llamarlo Jesús* [10]; y ella y san José le impusieron en este día dicho nombre, que significa Salvador.

Y era muy razonable que, puesto que Jesucristo comenzaba en aquel momento a padecer y a derramar su sangre por nuestros pecados, se le impusiera al mismo tiempo ese nombre; a fin de que comenzase a llevar desde aquella hora el nombre que le convenía de manera tan admirable, de acuerdo con el ministerio del que se había encargado; y desde el momento en que se ofrecía externa y públicamente a Dios, su Padre, para realizar este ministerio, de modo que no pareciese llevar en vano tan adorable nombre.

MF 93,3,2 ¿No lleváis vosotros en vano el nombre de cristianos y de ministros de Jesucristo en la función que ejercéis? ¿Vivís de la manera que conviene a tan gloriosos nombres? ¿Instruís a aquellos de quienes estáis encargados, con la aplicación y el celo que Dios exige de vosotros en tan santo empleo?

Haceos dignos, por vuestra buena conducta, de tan ilustre título, y proceded de forma que vuestra vida comience a ser, desde hoy, santa y edificante, y que continúe siéndolo en lo sucesivo.

MF 93,1,1: [1] Lv 12,3. – [2] Cf Hb 10,5-7. – [3] Mt 5,17. – **MF 93,1,2**: [4] Col 2,11. – [5] Rm 2,28-29. – [6] Ga 5,24. – [7] Col 2,13-14. – **MF 93,2,1**: [8] Hb 9,11. – [9] Hb 9,14-15. – **MF 93,3,1**: [10] Lc 1,31.

***[Meditación 94**: no se incluye porque corresponde a una meditación sobre «la sagrada infancia de Jesucristo», que fue compuesta posteriormente con trozos extraídos de la Explicación del Método de Oración, pero que no fue redactada como tal por san Juan Bautista de La Salle. Se suprime, pues, por no ser auténtica. Sin embargo, se mantiene la numeración tradicional para todas las demás meditaciones.]*

95

MF 95

Para la fiesta de santa Genoveva

3 de enero

MF 95,1,1 Punto I.

Santa Genoveva estuvo tan llena y tan prevenida de gracias, que se consagró a Dios desde la más tierna juventud, por consejo de san Germán, obispo de Auxerre, quien aprobó su propósito de hacer voto de virginidad; cosa que hizo posteriormente, en presencia del obispo de Chartres.

Después se dio por completo a las obras de piedad y se entregó a la oración, de tal manera, que toda su vida no era casi más que oración continua. Para celebrar

adecuadamente el santo día del domingo, se preparaba pasando toda la noche precedente en el ejercicio de la oración, y excitando en sí fervor extraordinario, el cual procuraba conservar durante todo ese día, lo mismo que en todas las fiestas.

He ahí el proceder de los santos: huyen de la conversación con los hombres y se complacen con la de Dios.

MF 95,1,2 ¿Sentís inclinación a ese ejercicio? Es deber vuestro ser asiduos y amantes de la oración, para atraeros las abundantes gracias, que necesitáis en vuestro estado, tanto para vuestra propia santificación como para la santificación de los demás.

Tened la certeza de que cuanto más os apliquéis a la oración, mejor desempeñaréis vuestro empleo; pues, no pudiendo por vosotros mismos producir ningún bien para la salvación de las almas, tenéis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de Él lo que vuestra profesión os exige comunicar a los demás. Pues, según Santiago, ***Dios es el Padre de las luces; y de Él desciende todo don perfecto*** [1], dice el mismo apóstol; es decir, todo cuanto se da y necesitan los hombres para conseguir su salvación.

Pedid mucho a Dios este espíritu de oración.

MF 95,2,1 Punto II.

La oración es poco eficaz si no está sostenida por la mortificación. Santa Genoveva juntaba una y otra; por eso obtenía fácilmente de Dios lo que le pedía. De ordinario no comía más que dos veces por semana, nunca tomaba carne, y con frecuencia velaba noches enteras. Sus austeridades eran tan rigurosas y tanto se desentendía del cuerpo, que parecía no tenerlo.

MF 95,2,2 No podemos afianzarnos en la piedad sino en la medida en que seamos mortificados. Como nuestros sentidos se inclinan siempre a buscar sus gustos, no se puede vivir según el espíritu del cristianismo sino en cuanto se los domina, y en cuanto se resiste, incluso, a sus inclinaciones; pues según san Pablo, ***la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y se oponen entre sí*** [2]; de donde resulta que no hace uno muchas veces aquello mismo que desearía hacer.

Como debemos vivir por el espíritu, dice el mismo apóstol, ***debemos también guiarnos por el espíritu*** [3], y no por los sentidos.

¿Es éste vuestro cuidado y vuestra ocupación? ¿Procedéis de forma que seáis dueños de vuestros sentidos? Si cedéis ante ellos, os resultará luego muy difícil sujetarlos. Velad, pues, de continuo sobre ellos, pues no se puede ser sensual y cristiano al mismo tiempo.

MF 95,3,1 Punto III.

La recompensa que recibió santa Genoveva en esta vida, por sus excelentes obras y por sus ejercicios de piedad, fueron largas y frecuentes enfermedades, sufrimientos y duras persecuciones a lo largo de su vida, que se vieron incluso aumentadas considerablemente con calumnias horrendas, de las que no se vengó, a ejemplo de san Pablo, ***sino con acción de gracias y con plegarias a Dios por quienes la habían perseguido y calumniado*** [4].

Pues sabía que esa es la recompensa que Dios da a sus santos en esta vida, como lo atestigua Jesucristo en el santo Evangelio; y *que deben considerarse más felices por ello* [5] que si poseyeran todos los tesoros imaginables.
Eso es también lo que constituye el consuelo de los servidores de Dios, porque en esas situaciones, encuentran en sí mismos cierta conformidad con Jesucristo y con sus santos.
Ser tentados de este modo es cuanto debemos esperar en este mundo, después de haber consumido nuestra vida por Dios. Y es también lo que nos permitirá encontrar y poseer a Dios y su santa paz dentro de nosotros, como lo poseía en medio de todas sus aflicciones la santa cuya fiesta celebramos.

MF 95,3,2 Manifestad a menudo a Dios que os complaceréis en sufrir cuantas penas quiera enviaros. No os quejéis nunca de cuanto pueda decirse o hacerse contra vosotros. Mostrad, con vuestro silencio y paciencia, que estáis contentos de ello, y que lo soportáis gustosos por amor de Dios. En efecto, uno de los mejores medios para adquirir y conservar el amor divino es sufrir mucho, y sufrir con alegría.

MF 95,1,2: [1] St 1,17. – **MF 95,2,2**: [2] Ga 5,16-17. – [3] Ga 5,25. – **MF 95,3,1**: [4] 1Co, 4,12-13. – [5] Mt 5,11-12; Cf. Lc 6,22-23.

96

MF 96

Para el día de la fiesta de la adoración de los Reyes

6 de enero

MF 96,1,1 Punto I.
No podemos dejar de admirar la fe de los santos Magos, pues no se encontró en Israel, dice san Bernardo, otra semejante a la de estos admirables gentiles.
Descubren una estrella nueva y extraordinaria y, con sólo verla, parten de un país remoto, en busca de Aquel que ellos no conocían, y que ni siquiera era conocido en su propio país.
Iluminados por su luz, y más aún por la de la fe, van a anunciar un nuevo *Sol de justicia* [1] en el lugar en que ha nacido, y asombran a todos con la voz de semejante nueva. Ellos no se sorprenden, porque están iluminados con la luz verdadera, y porque *sólo por la fe*, según la expresión de san Pablo, *se va hacia Jesucristo* [2].
La estrella no se les mostró en vano, pues su aparición les permitió recibir la gracia de Dios; y *aquel fue para ellos día de salvación* [3], por haberse mostrado fidelísimos a las inspiraciones divinas.

MF 96,1,2 ¿Estamos nosotros atentos a las inspiraciones que recibimos de Dios y tan prestos a seguirlas como lo estuvieron los santos Magos para dejarse conducir por la estrella que les servía de guía?
A menudo la salvación y la felicidad de un alma dependen de la pronta fidelidad a la gracia. *Dios dispensó a Samuel el favor de hablarle* porque se presentó tres veces seguidas para escucharlo *en cuanto oyó su voz* [4]. Y san

Pablo mereció la total conversión porque *primero fue fiel a la voz de Jesucristo, que lo llamaba* [5]. Eso es lo que debéis hacer vosotros al igual que ellos.

MF 96,2,1 Punto II.

Los Reyes Magos, una vez que llegaron a Jerusalén y al palacio de Herodes, preguntan *dónde ha nacido el Rey de los Judíos* [6].

¡Qué pregunta para ser hecha en el palacio del mismo príncipe! Es cierto, dice san Agustín, que en Judea habían nacido varios reyes, y que el mismo Herodes, que reinaba allí, tenía varios hijos. Y sin embargo, a ninguno de ellos habían venido a adorar y a reconocer como rey los Magos, porque el cielo no los había hecho venir por ellos.

Es verdad, dice san Fulgencio, que a Herodes le había nacido un hijo hacía poco en su palacio; lo habían puesto en cuna de plata y era respetado en toda la Judea. Con todo, aquellos Reyes lo desdeñan, y ni siquiera se los oye nombrarlo en el palacio del rey.

¡Qué santa osadía la de nuestros Magos, al entrar así en la capital, y llegarse hasta el trono de Herodes! Nada temían, porque la fe que los animaba y la majestad de Aquel a quien iban a buscar, les hacía olvidar, e incluso a despreciar, todas las consideraciones humanas; y así miraban a aquel con quien hablaban como infinitamente inferior a Aquel que les había anunciado la estrella.

MF 96,2,2 Nunca se podría admirar en demasía que gentiles criados en los errores del paganismo hayan tenido fe tan viva y hayan sido tan fieles en seguir sus luces.

Se vio, además, muy acrecentada y fortificada cuando Herodes reunió a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, e indagó de ellos el lugar en que había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron *que en Belén* [7]; a lo cual agregó que cuando hubieran encontrado al niño que buscaban, *él mismo iría a adorarlo* [8]. Pero ellos marcharon y no se preocuparon más del rey Herodes.

Así debe moveros la fe a despreciar todo cuanto el mundo estima.

MF 96,3,1 Punto III.

Los Magos, una vez que salieron de la ciudad de Jerusalén, se dirigieron a la pobre aldea de Belén, para encontrar allí al rey que buscaban. *Fueron guiados por la estrella, que los precedía; hasta que habiendo llegado al lugar donde estaba el niño, se paró* [9]. Entonces, entraron *los Magos en el establo, y encontraron a un niño pequeño, envuelto en pobres pañales, acompañado de María, su madre* [10].

¿Cómo no temieron engañarse los Magos, ante tal visión? ¿Son ésos los atributos de un rey?, dice san Bernardo. ¿Dónde está su palacio? ¿Dónde está su trono? ¿Dónde está su corte? El establo, dice, es su palacio; el pesebre le sirve de trono; y su corte, la compañía de la Santísima Virgen y de san José

El establo no les parece despreciable, los pobres pañales no hieren su vista, ni se preocupan al ver a un débil niño amamantado por su madre. *Se postran ante Él* [11], dice el Evangelio, lo reverencian como a su rey, y lo adoran como a su Dios. He ahí lo que los impulsó a hacer la fe, de la que estaban vivamente penetrados.

MF 96,3,2 Reconoced a Jesús bajo los pobres harapos de los niños que tenéis que instruir; adoradlo en ellos; amad la pobreza y honrad a los pobres, a ejemplo de los Magos. Pues la pobreza ha de seros amable, a vosotros, que estáis encargados de la instrucción de los pobres. Muévaos la fe a hacerlo con amor y celo, *puesto que son los miembros de Jesucristo* [12].

Ese será el medio para que el divino Salvador se encuentre a gusto entre vosotros, y mediante el cual lo encontraréis, pues Él siempre amó a los pobres y la pobreza.

MF 96,1,1: [1] Mt 3,20. – [2] 2Co 5,7. – [3] Is 49,8. – **MF 96,1,2**: [4] Cf. 1S 3,3-15. – [5] Hch 9,4-5. – **MF 96,2,1**: [6] Mt 2,2. – **MF 96,2,2**: [7] Cf. Mt 2,4-6. – [8] Mt 2,8. – **MF 96,3,1**: [9] Mt 2,9. – [10] Mt 2,11. – [11] Mt 2,11. – **MF 96,3,2**: [12] 1Co 12,27.

97

MF 97

Sobre la vida de san Antonio

17 de enero

MF 97,1,1 Punto I.

San Antonio oyó leer en la iglesia estas palabras del Santo Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres* [1], e inmediatamente quiso ponerlas por obra, como si hubieran sido dichas para él, persuadido de que era eso lo que Dios le pedía.

Admiremos la fidelidad de este santo a los primeros movimientos de la gracia, y su prontitud en seguir la inspiración que Dios le dio.

MF 97,1,2 ¿Somos tan fieles a las inspiraciones de Dios como san Antonio, y ejecutamos con la misma prontitud que él cuanto la gracia solicita de nosotros?

Como él, también nosotros hicimos profesión de renunciar a todas las cosas cuando dejamos el mundo, ¿pero lo hemos dejado todo realmente? ¿No tenemos ya apego a nada? Lo conoceremos si nos sentimos a gusto siendo pobres y si no deseamos tener comodidades ni poseer nada.

MF 97,2,1 Punto II.

San Antonio, después de despojarse de todos sus bienes en favor de los pobres, se retiró al desierto, donde trabajó con sus manos para ganar con qué subsistir y socorrer a los pobres. Al trabajo unió continua oración.

MF 97,2,2 Para entregarse a Dios no basta con haber dejado cuanto se poseía y las cosas exteriores; hay que trabajar además por perfeccionarse interiormente *y renunciar a las pasiones y a las propias inclinaciones* [2]. En el retiro es donde se alcanza este bien. En efecto: no es posible vencerse sin conocerse, y resulta muy difícil conocerse en medio del mundo.

¿Nos valemos de la ventaja que tenemos, al habernos retirado de él, para procurar no seguir en nada los movimientos de la naturaleza?

MF 97,3,1 Punto III.

San Antonio, después de haber atendido a su perfección en el desierto y haberse

henchido allí del Espíritu de Dios [3], lo abandona por algún tiempo, a causa de la persecución, para alentar a los mártires y confirmar a los cristianos en la fe. Su propia santificación lo había retenido en la soledad, pero el celo que tenía por la salvación de sus hermanos lo arrancó de ella.
Con todo, desconfiando de sí mismo, una vez terminada la persecución, regresó a su desierto y vivió en él con más fervor que nunca.

MF 97,3,2 Así debéis proceder vosotros. Tenéis que amar el retiro para trabajar eficazmente en él por vuestra perfección; pero tenéis que dejarlo, cuando Dios os pida que trabajéis en la salvación de las almas que Él os ha confiado. Y tan pronto como deje Dios de solicitaros a ello y haya acabado el tiempo de vuestro empleo, debéis retiraros a vuestra soledad, a ejemplo de san Antonio.

MF 97,1,1: [1] Mt 19,21. – **MF 97,2,2**: [2] Ga 5,24. – **MF 97,3,1**: [3] Cf. Gn 41,38.

98

MF 98

Para la fiesta de san Sulpicio

19 de enero; no figura en el nuevo calendario

MF 98,1,1 Punto I.
San Sulpicio manifestó siempre, ya desde su infancia, tal inclinación a la virtud, que le dieron por ello el sobrenombre de *piadoso*, y su obispo le obligó a incorporarse al clero.
¡Ah, cuán beneficioso es *entregarse a la virtud desde muy pronto* [1]!, pues de ese modo se adquiere mucha facilidad para practicarla y se realizan las obras de piedad como naturalmente.

MF 98,1,2 Esa es también la ventaja de que se goza en las casas retiradas del mundo. Quienes aman su estado no encuentran en él sino placer, y satisfacción en todos los ejercicios de piedad que allí se practican, porque han adquirido un hábito que, por la unción de la gracia y el amor de Dios, se les ha tornado en dulce y agradable.
¿Os encontráis en estas disposiciones? ¿Amáis, por encima de todas las cosas, vuestro estado y lo que en él se practica?

MF 98,2,1 Punto II.
La piedad de este santo le dio tanta fama, que el rey quiso tenerlo junto a sí. Y aunque resulta difícil conservar el espíritu de religión en medio de la corte, el santo procedió de manera tan prudente, que derramó en ella el aroma de su piedad. Por ello era venerado por todos.

MF 98,2,2 Vuestro empleo os exige que mantengáis alguna comunicación externa con el prójimo. Tened cuidado de no mostraros nunca sino con edificación, y de ser de tal modo modestos, reservados y comedidos, que sólo os consideren *como el buen olor de Jesucristo* [2]. Proceded de manera que todo vuestro exterior, vuestras palabras y vuestras acciones inspiren virtud. Sólo con este fin os quiere Dios allí.

Preparaos, pues, en el retiro a corresponder a sus intenciones.

MF 98,3,1 Punto III.
Vacante el arzobispado de Bourges, el rey le designó para él; su piedad hizo que se lo prefiriese a cuantos solicitaban tal dignidad. También fue su piedad la que lo impulsó a trabajar con celo y con éxito en la salvación de las almas.
¡Ah!, cuán cierto es lo que dice san Pablo, que *la piedad es útil para todo* [3] y que produce extraordinarios beneficios no sólo en quienes la poseen, sino también en quienes los ven, tratan con ellos o reciben sus enseñanzas. Todo en ellos predica la piedad.

MF 98,3,2 ¿Se puede decir esto de vosotros, que tenéis que comunicarla a los niños que habéis de guiar? ¿Basta que os vean para que se porten bien? ¿Y vuestro exterior los induce por sí solo a la virtud? ¿Despierta en ellos, cuanto les decís, el espíritu de piedad y de religión?
Ese es el principal bien que tenéis que procurarles, y lo mejor que podéis legarles cuando os dejen.

MF 98,1,1: [1] Si 6,18. – **MF 98,2,2**: [2] 2Co 2,15. – **MF 98,3,1**: [3] 1Tm 4,8.

99

MF 99

Para la fiesta de la conversión de san Pablo

25 de enero

MF 99,1,1 Punto I.
San Pablo era tan celoso de la observancia de la ley antigua, que recorría todos los lugares de Judea donde sabía que había cristianos, con órdenes escritas del príncipe de los sacerdotes, para perseguirlos.
Dios, que conocía el ardor de su celo, quiso que lo empleara en favor de Jesucristo, a quien perseguía en sus miembros y en sus discípulos; y en un instante *lo iluminó con luz celestial y le derribó por tierra* [1].
¡Cuán dichoso fue este santo al haber sido en tal forma prevenido por la gracia, y convertirse, en un instante, de perseguidor del Evangelio en su apóstol y predicador!

MF 99,1,2 Congratulaos con este santo por el especial favor que recibió de Dios, y agradecedle el que os concedió a vosotros sacándoos del mundo y llamándoos a tan santo empleo como es el de instruir a los niños e inspirarles la piedad.

MF 99,2,1 Punto II.
Tan pronto como san Pablo fue prevenido por la gracia, se mostró fiel a ella. Y como Jesucristo le manifestase, con una voz del cielo, *que era Él mismo a quien perseguía* [2] en los cristianos, atento a aquella voz que le hablaba para sacarlo de su ceguera, preguntó humildemente a Jesucristo qué órdenes deseaba darle y qué quería que hiciese por Él.

MF 99,2,2 Puesto que Jesucristo os llamó para cumplir su ministerio y para enseñar a los pobres, ¿sois tan fieles a la voz de Dios como lo fue san Pablo? ¿Correspondéis con la misma diligencia que él a todas las mociones de la gracia? ¿Y os mostráis como él tan celosos en el cumplimiento de los deberes de vuestro empleo? ¿Decís, con san Pablo: ***Señor, qué quieres que haga*** [3]?
Y sed dóciles a cuanto sepáis que Dios exige de vosotros.

MF 99,3,1 Punto III.
Aunque Dios iluminó primero a san Pablo con luz extraordinaria y lo llamó mediante una voz milagrosa, con todo, no quiso darle a conocer su santa voluntad, sino que lo envió a Ananías, a quien se la había revelado, para que se la revelase de parte suya [4].

MF 99,3,2 Así quiere Dios que procedáis cuando os inspire realizar algún bien. Él sólo pretende, con sus luces celestiales, daros a entender que pide de vosotros algo que no hacéis. Pero no quiere que actuéis por vosotros mismos. Iluminados, tan sólo, con las luces celestiales, espera de vosotros que acudáis a vuestros directores y superiores, a quienes procura instruir sobre lo que debéis hacer, y a los que encarga de declarároslo.
No os fiéis, pues, nunca de vuestras propias luces, ni de las que parecen venir de Dios. Exponédselas a los que os dirigen y someteos a las suyas.

MF 99,1,1: [1] Hch 9,3-4. – **MF 99,2,1**: [2] Hch 9,5. – **MF 99,2,2**: [3] Hch 9,6. – **MF 99,3,1**: [4] Cf. Hch 9,3-6; 9,10-17.

100

MF 100 Sobre la vida de san Juan Crisóstomo

27 de enero; nuevo calendario, 13 de septiembre

MF 100,1,1 Punto I.
San Juan Crisóstomo, prevenido por la gracia, abandonó el mundo en el momento de mayor esplendor de su vida, por razón de su elocuencia, que le atraía la admiración de todos. Se retiró a la soledad, donde se dedicó al estudio de la Sagrada Escritura, que le proporcionó luces extraordinarias y un profundo conocimiento de la religión.

MF 100,1,2 Vosotros tenéis la dicha y la ventaja de vivir desprendidos del mundo, y escuchar con frecuencia la lectura de la Sagrada Escritura. Por consiguiente, debéis aprender en ella la ciencia de la salvación y las santas máximas que vuestra profesión os obliga a practicar y a enseñar a los demás. Meditadlas de vez en cuando y procurad que sean también tema habitual de vuestras conversaciones.

MF 100,2,1 Punto II.
Obligado el santo por el obispo de Antioquía a predicar el Evangelio, lo hizo con tanto éxito y con elocuencia tan extraordinaria, que cautivaba a todos, y al mismo tiempo ganaba los corazones para Dios.

Así es como, cuando uno se ha llenado de Dios en la soledad, puede hablar de Él con valentía y provechosamente, y conseguir que lo conozcan *quienes, sepultados en el pecado y en la ignorancia, viven en ceguera que ellos mismos desconocen* [1].

MF 100,2,2 Como vuestro deber es enseñar cada día a vuestros discípulos a conocer a Dios, instruirlos en las verdades del Evangelio y enseñarles a practicarlas, tenéis que estar vosotros mismos plenamente llenos de Dios y abrasados del amor a su santa ley, para que vuestras palabras surtan su efecto en vuestros discípulos.
Predicad con el ejemplo y practicad ante ellos lo que queréis inculcarles.

MF 100,3,1 Punto III.
Nombrado Patriarca de Constantinopla, a su pesar, por instancias del emperador, su celo lo impulsó a emprender la reforma de las costumbres de todos, y a no consentir ningún desorden. De ahí que se opusiera vigorosamente a la emperatriz, cuya conducta, en muchas cosas, distaba de ser cristiana. Mas no pasó mucho tiempo sin que sufriera durísimas persecuciones, hasta verse arrojado varias veces de su sede.

MF 100,3,2 Así son tratados quienes con vida irreprochable y santa doctrina defienden el Evangelio y la religión. No pudiendo soportar su progreso en la virtud y el fruto que producen en las almas, el demonio no cesa de atormentarlos, por sí mismo o por sus secuaces.
Si vivís santamente, dice san Pablo, *esperad padecer persecución* [2]. Ésa ha de ser vuestra suerte y vuestra herencia en tanto permanezcáis en este mundo.

MF 100,2,1: [1] Cf. Ef 4,17-18. – **MF 100,3,2**: [2] 2Tm 3,12.

101

MF 101

Sobre la vida de san Francisco de Sales

29 de enero; nuevo calendario, 24 de enero

MF 101,1,1 Punto I.
Lo admirable en san Francisco de Sales es que llevando una vida normal en lo exterior, vivía, sin embargo, en continua mortificación de sus sentidos, sin permitirles más que el uso necesario, y sin complacerlos en nada.
Tomaba tan poco en sus comidas, que su vida puede calificarse de ayuno continuado; gracias a ello consiguió en grado eminente la virtud de castidad, de la que había hecho voto en su juventud.

MF 101,1,2 Si queréis poseer la pureza como lo exige vuestro estado, velad sobre vuestros sentidos de modo que no permitáis que se desmanden, en lo posible, en ninguna ocasión. Es éste uno de los principales medios de que podéis serviros para mortificaros y uno de los más convenientes en vuestra vocación.

MF 101,2,1 Punto II.
Tuvo este santo tal mansedumbre y tal ternura con el prójimo, y se esmeró tanto

en sofocar en sí mismo hasta los mínimos movimientos de ira, que después de su muerte no se encontró hiel en su cuerpo.

Y a una persona que lo había incitado a impacientarse, le preguntó si pretendía hacerle perder en un momento aquello en cuya consecución había empleado toda su vida.

MF 101,2,2 Aprended de este santo a vencer vuestras pasiones y a no traslucir jamás ninguna alteración de ánimo en vuestras palabras o en vuestras acciones. La humildad os ayudará mucho, así como el silencio, en cuantas ocasiones pretendan causaros alguna molestia.

MF 101,3,1 Punto III.

Esta mansedumbre y esta ternura con el prójimo fue lo que permitió a san Francisco de Sales convertir tantas almas a Dios; se cifran en unos setenta y dos mil los herejes que rescató del error.

Esta virtud, en efecto, ganaba el corazón de cuantos lo trataban, y el afecto que sentían por él era el medio de que se servía para llevarlos a Dios. Incluso, un apóstata declaró que la mansedumbre y la paciencia del santo lo habían inducido a volver al seno de la Iglesia.

MF 101,3,2 ¿Tenéis estos sentimientos de caridad y de ternura con los pobres niños que habéis de educar? ¿Y aprovecháis el afecto que os profesan para conducirlos a Dios?

Si empleáis con ellos firmeza de padre para retirarlos y alejarlos del desorden, también debéis tener con ellos ternura de madre, para acogerlos y para procurarles todo el bien que de vosotros dependa.

102

MF 102

Sobre san Ignacio, mártir

1 de febrero; nuevo calendario, 17 de octubre

MF 102,1,1 Punto I.

San Ignacio fue uno de los primeros discípulos y uno de los más dignos sucesores de los apóstoles. Predicó el Evangelio y contribuyó en gran manera a difundir la religión con celo y valentía admirables. Cuanta más resistencia encontraba, tanto más se animaba, sin consideración ni temor a hombre alguno; ni siquiera al emperador, a quien resistió enérgicamente, sin preocuparse de sus amenazas ni de sus promesas.

MF 102,1,2 Con esta misma firmeza y generosidad verdaderamente cristianas hay que defender los intereses de Dios, y a ello estáis obligados vosotros en vuestro empleo. Desempeñáis en él una de las principales funciones de los apóstoles, educando en la fe y en la religión a los nuevos fieles, es decir, a los niños, que hace poco tiempo fueron henchidos del Espíritu de Dios en el bautismo. ***Haceos dignos de tan santo ministerio*** [1], a ejemplo de los santos apóstoles, por medio del retiro y por la aplicación a la oración.

MF 102,2,1 Punto II.
Estaba este santo tan lleno del Espíritu de Jesucristo y de su santo amor, que tenía con frecuencia en la boca su santo nombre, y por este medio comunicaba su amor a aquellos que instruía y con quienes conversaba.
Como era totalmente de Jesucristo y se había consagrado a Él para predicar el Evangelio, también deseaba que los cristianos a quienes enseñaba su doctrina no se aficionasen sino a Jesús y no trabajasen sino por Él.

MF 102,2,2 Si amáis mucho a Jesucristo, os aplicaréis con todo el esmero posible a imprimir su santo amor en el corazón de los niños que educáis para ser sus discípulos.
Procurad, pues, que piensen a menudo en Jesús, su buen y único maestro; que hablen a menudo de Jesús, que no aspiren sino a Jesús y que no respiren sino por Jesús.

MF 102,3,1 Punto III.
Habiendo sido condenado a ser devorado por los leones, este santo dijo que era entonces cuando comenzaba a ser discípulo de Jesucristo, porque ya no deseaba nada de las cosas de este mundo, ni temía ninguno de cuantos tormentos pudieran imaginar los tiranos para torturar su cuerpo. Anhelaba, incluso, que su cuerpo fuese entregado cuanto antes a los más crueles suplicios, para poder de ese modo gozar cuanto antes de Jesucristo.

MF 102,3,2 Admirad el amor ardiente de este santo por los sufrimientos y por la muerte, para poder *ser inmolado a Dios como víctima santa y agradable a sus ojos* [2].
Pensad, como este santo, que no llegaréis a ser verdaderamente discípulos de Jesucristo hasta que lo améis y os decidáis a sufrir por su santo amor.

MF 102,1,2: [1] 1Co 4,1-2. – **MF 102,3,2**: [2] Rm 12,1.

[Meditación 103: Sobre la vida de san Severo, obispo. 1 de febrero. *Se incluye al final con las Meditaciones añadidas.]*

104

MF 104

Para el día de la Purificación de la Santísima Virgen

2 de febrero

MF 104,1,1 Punto I.
La Virgen Santa fue al templo para purificarse cumplido el tiempo prescrito por la ley [1]. Se sometió a esta ley, y no quiso eximirse de ella, aun cuando no estuviese obligada, por ser la madre del Hijo de Dios y haberlo concebido y dado a luz sin perder su virginidad.

MF 104,1,2 Admirad la humildad de María en este misterio, pues se muestra en lo exterior como una mujer de tantas, ella que, por estas dos condiciones de virgen y

madre, estaba tan por encima de las demás.

Y aprended de ella a no pretender distinguiros de los otros en nada, y a no pedir ni desear tener ninguna exención en la práctica de vuestras Reglas. Cuanto más fieles y exactos seáis a ellas, tanto más os colmará Dios de sus gracias, y os concederá tanto mayor gusto por vuestro estado.

MF 104,2,1 Punto II.

La Santísima Virgen, a la vez que se purificaba, y para cumplir la ley en toda su extensión, ***ofreció su Hijo a Dios, por ser primogénito*** [2].

El Padre Eterno, que quería que este su querido Hijo fuera inmolado un día en la cruz, para satisfacer por nuestros pecados, lo devolvió, por algún tiempo, a la potestad de su santa madre, ***después de rescatarlo ella, tal como estaba ordenado en la ley*** [3].

Así, la ofrenda que el Hijo de Dios hizo de sí mismo a su Padre, sólo fue entonces interior, aunque fuera exterior por parte de la Santísima Virgen. Jesús se reservaba el ofrecerse exteriormente en el árbol de la cruz, a vista de todo el mundo.

MF 104,2,2 Vosotros os ofrecisteis a Dios cuando dejasteis el mundo. ¿No retuvisteis entonces nada de vosotros mismos? ¿Os habéis entregado por entero a Él? ¿No habéis revocado la ofrenda que entonces hicisteis a Dios?

No debéis contentaros con haberos ofrecido a Él una vez. Tenéis que renovar esta ofrenda cada día y consagrarle todas vuestras acciones, no haciéndolas sino por él.

MF 104,3,1 Punto III.

Dios, en reconocimiento por la ofrenda que se le hizo de Jesucristo, por la que Él hizo de sí mismo en este misterio, y por la humildad que manifestó la Santísima Virgen, inspiró al santo anciano Simeón que proclamara a voces las grandezas de Jesús, diciendo de Él que ***había venido para ser luz que había de alumbrar a los gentiles, y gloria del pueblo de Israel*** [4], y que deseara toda clase de bendiciones a su santa madre.

MF 104,3,2 ¡Ah, qué dicha la de entregarse a Dios! Ya desde esta vida recompensa y colma de consuelos muy sensibles al alma que se consagra a Él; y hace que sean estimados y honrados por los hombres quienes se complacen en las humillaciones.

Cuanto más deis a Dios, tanto más os colmará de sus bienes. Cuanto más despreciados seáis ante los hombres, tanto más grandes seréis ante Dios.

MF 104,1,1: [1] Lc 2,22. – **MF 104,2,1**: [2] Lc 2,23. – [3] Lc 2,24. – **MF 104,3,1**: [4] Lc 2,32.

105

MF 105

Sobre san Romualdo

7 de febrero; nuevo calendario, 19 de junio

MF 105,1,1 Punto I.

San Romualdo vivió veinte años en el mundo, los cuales le parecieron muy largos, porque no vio en él más que miseria y motivos para dejarlo. Luego vivió cien años en la soledad, que le parecieron muy breves, a causa de los consuelos que Dios le dio a gustar durante todo ese tiempo.

Si el mundo conociera, dice san Lorenzo Justiniano, el placer que se encuentra en el retiro, las ciudades se convirtirían en desiertos y los desiertos se poblarían muy pronto.

MF 105,1,2 Si queréis vivir felices, amad el retiro. Cuanto más os alejéis de los estorbos del mundo, tanta mayor paz de espíritu y de conciencia disfrutaréis. ¡Qué feliz es uno cuando mantiene el espíritu desasido de todo y la conciencia pura y limpia! Cuanto menos se trata con la personas del siglo, tanto más se disfruta de este beneficio.

MF 105,2,1 Punto II.

El que san Romualdo haya vivido ciento veinte años es cosa admirable; y cien de ellos transcurridos entre durísimas austeridades: cubierto de cilicio y sin tomar más que un poco de pan y algunas habas tres veces por semana, y bebiendo sólo agua.

¿Quién se atreverá a decir, a la vista de esto, que las austeridades abrevian la vida, siendo así que algunos santos de vida austerísima vivieron mucho más que el común de los hombres?

Pero aun cuando la austeridad abreviara nuestros días, también nos proporciona un bien muy importante, al purificar el alma y el cuerpo; pues, en efecto, debilita las pasiones y libera al cuerpo de toda corrupción.

MF 105,3,1 Punto III.

Este santo, no obstante de haber vivido cien años en la soledad, y llevar vida tan penitente, decía que cuanto más pensaba en la muerte, más miedo tenía a no morir bien. Sabía que Dios exigirá cuenta tan exacta en el día del juicio, que *apenas los justos se salvarán* [1], pues *Dios*, según la expresión del profeta, *juzgará las mismas justicias* [2].

MF 105,3,2 Si este santo temía tanto el juicio de Dios, ¿con qué temor no debéis vivir vosotros, que tal vez os pasáis la vida en el descuido de las obligaciones de vuestro estado?

Sin embargo, si queréis evitar el rigor de los juicios de Dios y morir con tranquilidad de espíritu, *constituíos vosotros mismos, de antemano, en jueces de vuestras acciones* [3] durante la vida. Condenad y castigad cuanto haya en vosotros que pueda desagradar a Dios.

MF 105,3,1: [1] 1P 4,18. – [2] Sal 75,3. – **MF 105,3,2**: [3] 1Co 11,31.

106

MF 106

Para la fiesta de la Cátedra de san Pedro en Antioquía

22 de febrero

De la sumisión que debemos tener a la Iglesia

MF 106,1,1 Punto I.

Fue en este día cuando san Pedro, a raíz de la dispersión de los apóstoles, estableció su residencia en Antioquía, y los fieles lo reconocieron como vicario de Jesucristo; lo cual dio ocasión a que, *en esta ciudad, empezaran a llamarse cristianos* [1] quienes habían abrazado la fe.

Al instituir la Iglesia una fiesta especial para renovar y honrar la memoria de este hecho, nos da la oportunidad de prestar atención muy particular a la sumisión que debemos a la Iglesia y a quien es su cabeza.

MF 106,1,2 La Iglesia es nuestra madre, a la que debemos de estar unidos en toda circunstancia y de quien debemos depender en cuanto se refiere a la religión. Tenemos que ser sumisos a todas sus decisiones y escucharlas como oráculos. A ella, en efecto, corresponde darnos a conocer la verdad, que nosotros debemos recibir de su boca sin ninguna duda y sin examen. Todo lo que hemos de decir a cuanto nos propone la Iglesia es: creo; sin titubeos y muy lejos de dudar de ello.

Y debemos recibir de buen grado y con suma docilidad todo lo que se nos proponga de parte suya. El mismo Jesucristo la hizo partícipe de su poder y de su autoridad sobre nosotros, y nos dice que ***debemos considerar como pagano y publicano a quien no escucha a la Iglesia*** [2]; por lo cual dice san Agustín que no creería en el Evangelio si no lo impulsara a ello la autoridad de la Iglesia.

En vuestro estado estáis obligados a enseñar a los niños las verdades de nuestra santa religión; debéis también, necesariamente, distinguiros por la sumisión sencilla y humilde a todas las decisiones de la Iglesia. ¿Os halláis en esta disposición?

MF 106,2,1 Punto II.

El Papa, por ser vicario de Jesucristo, cabeza visible de la Iglesia y sucesor de san Pedro, tiene autoridad que se extiende a toda la Iglesia; y todos los fieles, que son sus miembros, deben considerarlo como su padre y como la voz de Dios, de la que se vale para manifestarles sus órdenes.

Él es quien posee el poder universal que Jesucristo concedió a san Pedro ***de atar y desatar*** [3]; y a él encomendó, en la persona de este santo apóstol, ***el cuidado de apacentar su rebaño*** [4].

MF 106,2,2 Como vuestra función es la de procurar aumentarlo y cuidarlo, debéis honrar a nuestro santo padre el papa como al sagrado pastor de este rebaño y como al sumo sacerdote de la Iglesia, y respetar todas sus palabras. Debe bastaros que algo provenga de él para mostraros infinitamente atentos a ello.

¿Habéis procedido así hasta el presente?

Adorad la autoridad de Dios en el supremo pastor de las almas, y en lo sucesivo consideradlo como el gran doctor de la Iglesia.

MF 106,3,1 Punto III.

Los obispos, establecidos por Dios como defensores de la Iglesia, son también, dice san Pablo, los primeros *ministros de Jesucristo y los dispensadores de los misterios de Dios* [5]. Por lo tanto, es preciso que honréis sus personas, respetéis sus palabras y les estéis sumisos en todo lo concerniente al cuidado de las almas que tenéis confiadas.

Como Dios les ha encomendado que velen sobre la doctrina y las costumbres de quienes trabajan bajo su ministerio, y como están encargados de todo el gobierno espiritual de su diócesis, es necesario que cuantos en ella se dedican a procurar la salvación de las almas, sólo lo realicen en dependencia de ellos. De ese modo atraerán, sobre ellos mismos y sobre sus trabajos, las bendiciones de Dios.

Reconoced que es Dios quien ha establecido esta subordinación y someteos a ella.

MF 106,1,1: [1] Hch 11,26. – **MF 106,1,2**: [2] Mt 18,17. – **MF 106,2,1**: [3] Mt 16,19. – [4] Jn 21,15-18. – **MF 106,3,1**: [5] 1Co 4,1.

107

MF 107

Para la fiesta de san Matías, apóstol

24 de febrero; nuevo calendario, 14 de mayo

MF 107,1,1 Punto I.

Judas, después de vender y entregar a los judíos a Jesucristo, su maestro y su Dios, para que lo matasen, él mismo se entregó al demonio, y murió desesperado. *Después de la Ascensión de Jesucristo al cielo, los apóstoles se reunieron en una casa para orar y disponerse a recibir el Espíritu Santo; y, a propuesta de san Pedro, eligieron a san Matías para que ocupase el lugar de Judas* [1].

MF 107,1,2 Este santo discípulo no fue incluido en el número de los apóstoles *sino después de la oración común y pública, que hizo san Pedro en nombre de todos los apóstoles y de los discípulos que oraban juntos en el mismo lugar* [2].

Con ello nos dan a entender que, de todo lo que hay que poner por obra y se refiere a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, no se debe emprender nada sino es con la oración, con el fin de pedir a Dios las luces y las gracias que se necesitan para llevar a buen fin todo lo que se emprende por Él en este santo ministerio; lo cual no puede lograr éxito alguno sino en la medida en que se cuente con su ayuda y se esté dirigido por el Espíritu Santo.

MF 107,2,1 Punto II.

Para elegir a san Matías en sustitución de Judas, los apóstoles no se contentaron con orar. Hablaron entre ellos, para no determinar nada en esto sino con consejo; pues estaban persuadidos de que uniendo el consejo a la oración *Dios les daría a conocer su voluntad sobre la elección que habrían de hacer de uno de entre los allí presentes, y que hubiera acompañado a Jesucristo, para que participara con ellos de las santas funciones del apostolado* [3].

MF 107,2,2 Así quiere Dios que procedáis vosotros en lo que se refiere a vuestra conducta y a vuestro ministerio. No debéis hacer nada ni participar en ningún encuentro, sino aconsejados por vuestros superiores; pues a ellos corresponde daros a conocer y ordenaros lo que Dios pide de vosotros, sea en relación a vosotros mismos, sea en lo que respecta al bien de aquellos de quienes estáis encargados. Tened la seguridad de que con estos dos medios realizaréis muchos progresos y Dios no permitirá que os engañéis.

MF 107,3,1 Punto III.
En la elección que los apóstoles hicieron de san Matías para ocupar el lugar de Judas, no se dejaron guiar por consideración humana alguna, e incluso lo prefirieron a un pariente de Jesús.
Sólo tuvieron en cuenta dos cosas. La primera, ***que hubiera acompañado siempre a Jesucristo, desde su bautismo hasta la Ascensión al cielo*** [4], a fin de que estuviera perfectamente instruido en la doctrina de Jesucristo y pudiese predicarla con seguridad. La segunda, ***que pudiera dar testimonio de la resurrección de Jesucristo*** [5]; que para poder ser anunciada con fundamento, debía contar con testigos oculares e incontestables.

MF 107,3,2 Todo esto debe haceros comprender que, para desempeñar bien vuestro ministerio, no habéis de tener en él ninguna mira humana, y no debéis preocuparos más que de lo que pueda ayudaros a procurar la salvación de las almas de que estáis encargados; lo cual es el fin de vuestro estado y de vuestro empleo. ¿Es así como procedéis?

MF 107,1,1: [1] Hch 1,15-26. – **MF 107,1,2**: [2] Hch 1,24-25. – **MF 107,2,1**: [3] Hch 1,21-26. – **MF 107,3,1**: [4] Hch 1,21-22. – [5] Hch 1,22.

108

MF 108

Sobre santo Tomás de Aquino

7 de marzo; nuevo calendario, 28 de enero

MF 108,1,1 Punto I.
Santo Tomás fue uno de los más ilustres doctores de la Iglesia, y la iluminó con la ciencia admirable que Dios le concedió, y de manera casi milagrosa.
Este santo estudió al pie del crucifijo tanto como en los libros. Por eso sobresalió de tal manera en la ciencia de la teología, que se lo considera como el ángel de esa escuela sagrada, y el más eminente de todos los teólogos.
Acudía a la oración siempre que encontraba dificultades, al estudiar o al componer; y cuando la oración no le bastaba para alcanzar inteligencia en lo que investigaba, añadía el ayuno.
Gracias a estos dos medios fue como llegó a adquirir luces tan extraordinarias y se convirtió en portento de ciencia.

MF 108,1,2 Es cierto que lo que vosotros tenéis que aprender, que es lo relativo a la religión y a la salvación, es algo común; sin embargo, os resultará difícil llegar a

comprenderlo perfectamente si no os valéis de los tres medios de que se sirvió santo Tomás para llegar a ser sabio; quiero decir: los libros, la oración y la mortificación. Por estos tres medios quiere Dios que os instruyáis en vuestro estado sobre lo que debéis saber vosotros y enseñar a los demás.

MF 108,2,1 Punto II.

En todos sus estudios y en todos sus escritos, no tuvo santo Tomás otra mira que la gloria de Dios y la edificación de la Iglesia. Lo cual le mereció el siguiente elogio de Jesucristo: Bien has escrito de mí, Tomás; ¿qué recompensa deseas que te conceda por tanto bien como has procurado a la Iglesia? Pero el santo se había dedicado con tanto desinterés al bien de los fieles, especialmente de quienes deben enseñar a los demás, que su única respuesta fue que no quería otra recompensa que a Dios mismo.

MF 108,2,2 Vuestra profesión os obliga a enseñar a los niños la ciencia de la salvación, y tenéis obligación de realizarlo con total desinterés. ¿Lo hacéis con la única mira de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo?

Protestad ante Dios que jamás tendréis otra intención que ésa.

MF 108,3,1 Punto III.

Este santo, que poseía ciencia eminente, descollaba tanto en la virtud de la humildad, que rechazó todas las dignidades de la Iglesia que le ofrecieron, y se consideraba como el último de sus hermanos. Por ello, en ocasiones, a pesar de sus muchas ocupaciones, les servía de acompañante. Aunque su ciencia haya sido muy brillante y le haya merecido consideración y veneración universales, se guardó siempre de hacer ostentación de ella.

Su único objetivo, al estudiar, fue servirse de la ciencia para el fin que le es propio, y por el que Dios quería que trabajase y estudiase. Y lo admirable es que, habiendo sido tan sabio, jamás tuvo ninguna pretensión de ser estimado de los hombres; por lo cual, agradecía a Dios con frecuencia el no haber tenido nunca un pensamiento de vanidad que le hiciera sentirse culpable.

MF 108,3,2 ¡Ah, qué raro es encontrar a un hombre que sobresalga en algo y no se tenga en más por ello!

Tratad de participar de la humildad de este santo, pues nada hay en vosotros que no sea ruin y humillante. Y para adquirir esta virtud, amad mucho las humillaciones, que son los medios más adecuados para conseguirla.

109

MF 109

Sobre san Gregorio, papa

12 de marzo; nuevo calendario, 3 de septiembre

MF 109,1,1 Punto I.

San Gregorio había sido designado por su padre para que lo sucediera en el cargo de senador de Roma. Pero el santo, que era aún joven cuando murió su

padre, mandó construir varios monasterios, y se retiró a uno de ellos, dejando el mundo y todos sus bienes para vivir sujeto a obediencia.

Este santo consideraba la sumisión como el mayor bien de la vida, porque es lo más conforme a la criatura, lo que hace al hombre más agradable a Dios y lo que le atrae gracias más abundantes. He ahí por qué se consideraba más dichoso de vivir oculto a los hombres y sometido a un superior, que de poseer todas las riquezas y todos los honores de la tierra.

MF 109,1,2 ¿Estimáis así vosotros el estado en que os puso Dios? ¿Os consideráis muy felices de vivir en él? ¿Lo preferís a todo cuanto pudierais poseer y desear en este mundo? Si no os halláis en tal disposición, no sois dignos de estado tan santo. Si no la sentís en vosotros, procurad, al menos, ir adquiriéndola.

MF 109,2,1 Punto II.

San Gregorio padeció durante su vida con extremada paciencia. En primer lugar, las austeridades que practicó en religión, y que llevó hasta el exceso. En segundo lugar, los dolores de gota, que consumían tanto su cuerpo que apenas se lo podía reconocer. En tercer lugar, las persecuciones: el emperador Mauricio, de amigo íntimo pasó a ser cruel enemigo, e intentó despojarlo de la dignidad de patriarca universal de la Iglesia.

En esto imitó al santo Job, cuyo espíritu adquirió perfectamente comentando su libro. El único remedio de que echaba mano en todos sus padecimientos era acudir a la oración [1]; en la que igualmente encontró importante ayuda, pues Dios mismo se constituyó en su protector en las tribulaciones y en las contrariedades que fue encontrando [2].

MF 109,2,2 ¿Amáis los sufrimientos de vuestro estado? ¿Los soportáis con tanta paciencia como amó y soportó san Gregorio los suyos? Si poseéis plenamente el espíritu de vuestro estado, Dios os hará encontrar en él todo tipo de consuelos, incluso en vuestros sufrimientos.

MF 109,3,1 Punto III.

Este santo, al ser elegido papa, huyó de inmediato; y sólo aceptó el cargo de cabeza de la Iglesia muy a su pesar.

Sin embargo, en seguida se dedicó con celo infatigable, y a pesar de sus muchas dolencias, a procurar el bien de la Iglesia, tanto por sus predicaciones y escritos como por sus cuidados.

No habiendo podido, antes de ser elevado al supremo pontificado, dedicarse personalmente a la conversión de los infieles, a lo cual lo inclinaba su celo, les envió, siendo papa, operarios evangélicos para que les predicasen la fe y los adoctrinasen en nuestra religión.

Con este proceder demostró que sólo por humildad rehuía el papado, ya que una vez aceptado, su celo lo impulsó a realizar importantes empresas.

MF 109,3,2 Es cierto que vosotros no tenéis infieles que convertir; sin embargo, tenéis obligación de enseñar a los niños los misterios de la religión y de infundirles el espíritu del cristianismo; lo cual no es menos importante que la conversión de los infieles.

Aplicaos, pues, a ello con toda la atención y con todo el cuidado que podáis.

MF 109,2,1: [1] Cf Jb 1,6-2,10. – [2] Cf. Sal 37,39-40.

110

MF 110

Para el día de la fiesta de san José

19 de marzo

MF 110,1,1 Punto I.

Encargado por Dios san José de cuidar y dirigir en lo externo a Jesucristo, era importante que tuviese las cualidades y las virtudes necesarias para cumplir dignamente ministerio tan santo y elevado.

El Evangelio nos indica tres, que le cuadraban admirablemente para el cargo que se le había encomendado: *Era justo, era muy dócil a las órdenes de Dios* [1], *y tenía cuidado especial de todo lo relativo a la educación y mantenimiento de Jesucristo* [2].

La primera cualidad que el Evangelio atribuye a san José es que era justo; y también era la principal de cuantas necesitaba, para ser capaz de dirigir a Jesucristo, pues siendo Dios y la santidad misma, no hubiera sido conveniente que quien estaba encargado de su dirección no fuera santo y justo delante de Dios.

Era, incluso, muy conveniente que, después de la Virgen Santa, fuera uno de los mayores santos que vivieran entonces en el mundo, para que guardara alguna proporción con Jesucristo, que había sido confiado y encomendado a sus cuidados.

MF 110,1,2 El Evangelio dice también que era justo delante de Dios, es decir, enteramente santo. Y hasta hay motivo para creer que san José, por privilegio particular, fue totalmente exento de pecado.

Vosotros estáis encargados, igual que san José, de un empleo santo que, por tener mucha relación con el suyo, exige también que vuestra piedad y vuestra virtud no sean corrientes. Tomad, pues, como modelo vuestro a san José, ya que lo tenéis como patrono, y para haceros dignos de vuestro ministerio, procurad sobresalir en virtud, a ejemplo de este gran santo.

MF 110,2,1 Punto II.

La segunda virtud que nos hace notar el Evangelio en san José es la santa y plena sumisión a las órdenes de Dios. Dios le advirtió por un ángel que permaneciera con la Virgen Santa cuando dudaba si dejarla o no; e inmediatamente cesó de pensar en ello.

Después del nacimiento del Niño Jesús, Dios le avisó, de noche, que lo llevara a Egipto, para salvarlo de la persecución de Herodes; *y en seguida se levantó y partió para llevarlo allá, con la Virgen Santa, su madre* [3].

Después de la muerte de Herodes, Dios le comunicó que volviera a Judea; y volvió allá sin demora [4].

¡Ah!, ¡cuán admirable es esta pronta y sencilla obediencia en este gran santo, que no difirió ni un instante la ejecución de lo que Dios deseaba de él!

MF 110,2,2 ¿Tomáis tan a pechos como este santo el cumplir la voluntad de Dios? Si queréis que Dios os conceda abundantes gracias, para vosotros y para la educación cristiana de los niños cuya tutela y dirección tenéis, debéis imitar a este santo en su amor y en su fidelidad a la obediencia; entre todas las virtudes, es la que más os conviene en vuestro estado y empleo, y la que más gracia os atraerá.

MF 110,3,1 Punto III.

El Evangelio nos hace admirar, además, en san José, el cuidado que tenía del Santísimo Niño Jesús, en ***la prontitud con que lo condujo a Egipto*** [5], en cuanto recibió el aviso de parte de Dios; en ***las precauciones que tomó al regreso, para no llevarlo a Judea, por temor de Arquelao, que reinaba allí en sustitución de su padre Herodes*** [6]; y en la pena que experimentó de haberlo perdido, al regreso de Jerusalén, como lo atestigua la Santísima Virgen con estas apalabras: ***Tu padre y yo, muy preocupados por ti y llenos de aflicción, te hemos estado buscando*** [7].

Dos cosas suscitaban en san José tan singular solicitud para con Jesús, a saber: el encargo que le había hecho el Padre Eterno y el tierno amor que profesaba a Jesús.

MF 110,3,2 Vosotros debéis poner tanta diligencia y cariño en que los niños cuya dirección tenéis conserven o recuperen la inocencia, y en alejar de ellos cuanto pueda perjudicar su educación o impedirles que alcancen la piedad, como tuvo san José por todo lo que podía contribuir al bien del Niño Jesús; ya que estáis encargados de estos niños por parte de Dios, como lo estaba san José del Salvador del mundo.

Ése es también el primer cuidado que debéis tener en vuestro empleo, si deseáis imitar a san José, que nada tenía más a pechos que atender las necesidades del Niño Jesús.

MF 110,1,1: [1] Mt 1,19. – [2] Cf. Mt 1,20-24. – **MF 110,2,1**: [3] Mt 2,13-14. – [4] Mt 2,19-21. – **MF 110,3,1**: [5] Mt 2,14. – [6] Mt 2,22. – [7] Lc 2,48.

111

MF 111

Sobre san Benito

21 de marzo; nuevo calendario, 11 de julio

MF 111,1,1 Punto I.

San Benito, que estudiaba en Roma, para no seguir los malos ejemplos de sus compañeros de estudios, se marchó de allí para retirarse en una sobrecogedora soledad, donde vivió en el ejercicio de oración continua y de durísimas austeridades.

De ese modo se preparó para ser padre de numerosísimos religiosos, a quienes dio una regla sapientísima, que favorece mucho el retiro y conduce a elevada perfección.

Gracias a esa santa regla y a su observancia muy exacta y regular, atrajo

numerosas almas para Dios, alejándolas del mundo y de cualquier trato con él, para ponerlas en disposición de no tratar más que con Dios.

MF 111,1,2 Ese es uno de los mayores beneficios que se pueden alcanzar en esta vida y uno de los principales medios para entregarse a Dios. Cuanto más regulares seáis, tanto mejor adquiriréis la perfección de vuestro estado; y cuanto menos tratéis con los hombres, tanto más se comunicará Dios a vosotros.

MF 111,2,1 Punto II.

Este santo mantuvo tanta vigilancia y tan extrema atención sobre sí mismo para mantenerse en la pureza, que cuando se sentía acosado por las tentaciones practicaba extremadas mortificaciones, para que lo ayudaran a vencerlas. Una vez, incluso, en que las tentaciones lo atormentaron con más fuerza que de ordinario, se revolcó desnudo entre zarzas y espinas, con tal violencia, que su cuerpo quedó totalmente ensangrentado.

Evitaba con tal cuidado el trato con mujeres, que, por santa que fuese su hermana Escolástica, no la veía más que una vez al año; y aun así, estaba poco tiempo con ella, y sólo para hablar de cosas de Dios.

MF 111,2,2 Si queréis ser tan puros como lo exige vuestro estado, mortificad vuestro espíritu y vuestros sentidos, y no les concedáis el uso de los objetos que les son propios, sino en la medida que lo necesitéis. Tened, sobre todo, horror a cualquier familiaridad con mujeres, y no habléis con ellas sino cuando la necesidad os lo imponga.

MF 111,3,1 Punto III.

Consideró este santo de tal importacia la educación de los niños que hizo que se mantuviese y educase a buen número de ellos en sus monasterios, y cuidó de que se los instruyese en las ciencias y en la piedad. Incluso incluyó en sus reglas algunas prácticas que deseaba se observasen para admitirlos y dirigirlos bien.

Acogió a san Mauro, cuando sólo tenía ocho años, y a otros varios en edad temprana. A estos niños se los educaba con tanto esmero y atención, que no se los dejaba ir nunca solos a ningún sitio, y siempre los acompañaba un religioso. Por ello, tanto más se acercaban a la pureza de los ángeles, cuanto menos conocimiento tenían de la malicia de los hombres.

MF 111,3,2 ¿Tenéis vosotros el mismo cuidado en alejar a vuestros alumnos de cuanto puede corromper sus costumbres, especialmente de las malas compañías, y de inspirarles horror hacia ellas? ¿Mantenéis tal vigilancia sobre su conducta que les impidáis cometer la mínima falta en vuestra presencia, y les proporcionáis los medios de evitar todas las ocasiones de cometerlas, cuando no los tenéis a la vista?

Aprended de san Benito a educar bien a los niños cuya dirección tenéis, y procurad obtener de él, por vuestras oraciones, la gracia de guiarlos debidamente.

112

MF 112 **Para la fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen**

25 de marzo

MF 112,1,1 Punto I.

Reconozcamos con toda la Iglesia el honor que hoy recibe la Santísima Virgen, al llegar a ser Madre de Dios, que es la mayor honra que pueda jamás recibir una mera criatura.

Según manifiesta san Ambrosio, fue la grandeza y la excelencia de la fe de María lo que le permitió alcanzar semejante privilegio. Con esta dignidad, se hace merecedora del respeto de los mismos ángeles, que aunque muy superiores a ella por naturaleza, quedan, sin embargo, por debajo, en razón de la dignidad que recibe en este día.

Sin embargo, para ella sólo es ocasión para humillarse, pues al mismo tiempo que el ángel le anuncia que es Madre de Dios y la honra como tal, esta Virgen admirable no halla otra respuesta que darle sino *que es la esclava del Señor* [1].

MF 112,1,2 De ahí que san Ambrosio no pueda por menos de asombrarse con semejante respuesta en boca de la Virgen Santa, en el momento mismo en que es escogida para ser Madre de Dios.

Aprovechemos hoy este gran ejemplo, y que cuantas gracias recibamos de Dios, por muy extraordinarias que puedan ser, nos den motivo para humillarnos por debajo de todos los demás.

MF 112,2,1 Punto II.

En este misterio no brilla menos la bondad de Dios que la humildad de la Santísima Virgen. *El Hijo de Dios,* dice san Pablo, s*iendo de naturaleza divina, y sin usurpar nada a Dios al considerarse igual a Él, se anonadó, no obstante, a sí mismo en este día, asumiendo la naturaleza de esclavo, y haciéndose semejante a los hombres, excepto en el pecado* [2]; y esto, dice el ángel a la Santísima Virgen, *con el fin de poder librar a su pueblo de los pecados* [3], tal como se comprometió al revestirse de la naturaleza humana.

Viendo que *los holocaustos, que eran los sacrificios más excelentes de la ley antigua, no eran suficientemente agradables a Dios para borrar los pecados de los hombres, se ofrece a sí mismo en sacrificio, y dice al Padre Eterno: Vengo hoy al mundo para hacer tu santa voluntad* [4] *y cumplir toda justicia* [5]. Por esta razón, dice el profeta Isaías, *llevó todos nuestros pecados y cargó con todas nuestras dolencias* [6].

MF 112,2,2 Por medio de una conducta irreprochable, pongámonos en condiciones de lograr que el Hijo de Dios realice, respecto de nosotros, lo que se propuso en este misterio respecto de todos los hombres, que es *destruir completamente el pecado* [7].

MF 112,3,1 Punto III.

Si Dios nos da en este santo día tantas muestras de su bondad para con nosotros, también tenemos la suerte de recibir en él muchas gracias.

En efecto, el mismo Jesucristo dice en el Evangelio que *no vino al mundo sino para darnos la vida, y dárnosla en abundancia* [8]. *Por Él y en Él,* dice san Pablo, *se ha realizado la reconciliación general de todas las cosas con Dios; y por medio de la sangre que derramó en la cruz, la paz ha sido dada a lo que está en el cielo y a lo que está sobre la tierra* [9]. También es Él, según el mismo apóstol, *quien, a pesar de habernos alejado de Dios y convertido en enemigos suyos, nos ha restablecido en su gracia, para hacernos santos, sin mancha y sin reproche delante de Él* [10]. Y es Él también, según el mismo apóstol, *quien nos ha hecho dignos de participar en la suerte de los santos* [11].

MF 112,3,2 Este día es, pues, para nosotros, día de júbilo y de bendición; pues fue en este día cuando Dios, *que es rico en misericordia*, dice san Pablo, *por el amor infinito con que nos amó, envió a su propio Hijo, precisamente cuando estábamos muertos por nuestros pecados y delitos, para hacernos revivir en Jesucristo, con el fin de mostrar ante los siglos venideros la magnificencia de las riquezas de su gracia, por la bondad que tuvo con nosotros en Jesucristo.*
Si, por lo tanto, contamos con gracias abundantes para salvarnos [12], *y para llegar a ser santos perfectos* [13], como dice san Pablo, *somos de ello deudores a lo que Jesucristo realizó en este día, encarnándose por nuestro amor* [14].
Démosle muestras de nuestra gratitud mediante el uso santo que de ellas hagamos.

MF 112,1,1: [1] Lc 1,38. – **MF 112,2,1**: [2] Flp 2,6-7. – [3] Mt 1,21. – [4] Hb 10,8-9. – [5] Mt 3,15. – [6] Is 53,4. – **MF 112,2,2**: [7] Cf. Rm 6,6. – **MF 112,3,1**: [8] Jn 10,10. – [9] Col 1,20. – [10] Col 1,21-22. – [11] Col 1,12. – **MF 112,3,2**: [12] Ef 2,4-7. – [13] Ef 1,4. – [14] Ga 4,4.

113

MF 113

Sobre san Francisco de Paula

2 de abril

MF 113,1,1 Punto I.
San Francisco de Paula practicó la humildad de forma extraordinaria, lo que le decidió a no recibir las sagradas órdenes, por juzgarse totalmente indigno. También le llevó a dar el nombre de Mínimos a los religiosos de su orden, deseando que se considerasen inferiores a todos, sin tener a nadie por debajo de ellos.
Todo eso supo practicarlo perfectamente, pues él mismo servía la mesa a sus Hermanos y les lavaba los pies, incluso a los novicios.
Pero como *de ordinario Dios ensalza a los que se humillan* [1], Dios lo honró con el don de milagros y de profecía, lo cual difundió su fama por todo el mundo.

MF 113,1,2 Vosotros tenéis la dicha de trabajar en la instrucción de los pobres y de estar vinculados a un empleo que sólo es estimado y honrado por quienes tienen espíritu cristiano. Agradeced a Dios que os haya puesto en estado tan santificador y tan capaz de procurar la santificación de los demás; pero que no tiene, sin embargo, nada de brillante ante los hombres, y que proporciona, incluso, a menudo, ocasiones de humillación para quienes lo ejercen.

MF 113,2,1 Punto II.

Este santo sentía tierno amor hacia todos sus Hermanos, y los impulsaba de tal manera a la práctica de esta virtud, que quiso que fuese la caridad la característica de su orden, y que se enseñara a sus religiosos, ante todo, a hacer todas las cosas por caridad. ¡Cuán felices son los que se aplican a ello con todo el empeño posible!

Además de la obediencia, la virtud que más debe manifestarse en comunidad es la caridad y la unión de los corazones. Como no se debe vivir en ella sino para llevarse unos a otros a Dios, hay que aplicarse, de modo particular, a estar unidos en Dios y a no tener sino un mismo corazón y un mismo espíritu. Y lo que más debe animar a ello es, como dice san Juan, que *quien permanece en caridad, permanece en Dios y Dios permanece en él* [2].

MF 113,2,2 ¿Sois una sola cosa con vuestros Hermanos? ¿Les habláis y tratáis con caridad? ¿No prestáis atención a vuestras repugnancias y antipatías?

Penetraos de este sentimiento: en las comunidades hay que hacer revivir los sentimientos de los primeros cristianos, que *no tenían más que un corazón y un alma* [3].

MF 113,3,1 Punto III.

Este santo llevó la austeridad de su orden hasta el exceso, por decirlo así. Desde la edad de trece años se retiró al desierto, y se entregó al ayuno, a las vigilias y a la oración continua; y durante seis años observó abstinencias casi increíbles.

Su proceder ordinario era caminar descalzo, dormir siempre en el suelo, no comer más que un poco de pan y beber un poco de agua una vez al día, después de ponerse el sol.

A sus religiosos los obligó por voto a no comer nunca sino alimentos de cuaresma, excepto en caso de enfermedad.

¡Hay que odiar con ganas al propio cuerpo para tratarlo con tanto rigor!

MF 113,3,2 ¿Nos quejaremos nosotros de llevar vida pobre, a la vista de los ejemplos que nos dio Jesucristo, y de tan extremadas austeridades como se impusieron muchos grandes santos? Es preciso que las que se nos leen en sus vidas y que se ve practicar a quienes ellos dejaron tras sí, nos animen a imitarlos, según el espíritu de nuestro Instituto.

MF 113,1,1: [1] Lc 14,11. – **MF 113,2,1**: [2] 1Jn 4,16. – **MF 113,2,2**: [3] Hch 4,32.

114

MF 114

Sobre san León

11 de abril; nuevo calendario, 10 de noviembre

MF 114,1,1 Punto I.

La mansedumbre y la prudencia de san León fueron admirables, y le merecieron la estima y la veneración de los infieles, aun de los más bárbaros.

Esas cualidades en este santo fueron motivo para que el papa y el emperador le

encomendaran pacificar el enfrentamiento que existía entre dos generales del ejército del Imperio romano, lo que consiguió felizmente.
Siendo papa, el emperador le rogó que fuera a hablar con Atila, rey de los Godos *[Hunos]*, que estaba frente a Roma dispuesto a sitiarla, para inducirlo a que desistiera de su propósito. Y el santo lo hizo con tanta prudencia, elocuencia y eficacia, que aquel príncipe bárbaro se sintió obligado a retirarse y a dejar a Italia en paz.

MF 114,1,2 ¿Es de ese modo, con vuestra mansedumbre y prudencia, como inducís a quienes os están confiados a que abandonen el vicio y el desorden, y que se den a la piedad? Estos dos medios, unidos a la oración, producen con frecuencia mayor efecto en las almas que cualquier otro que se pueda imaginar.

MF 114,2,1 Punto II.
Su celo por la consolidación de la Iglesia y por la destrucción de sus enemigos y de las herejías que surgieron en su tiempo, brilló de forma admirable; y logró tanto éxito, que tras convocar varios Concilios, y especialmente el cuarto Concilio General, logró establecer en toda la Iglesia la fe sobre el misterio de la Encarnación.
Cuando se ejerce un empleo apostólico, si no se consigue unir el celo a la acción, todo cuanto se realice por el prójimo produce poco fruto.

MF 114,2,2 Como desempeñáis un empleo en el que debéis poner vuestra solicitud en oponeros a los enemigos exteriores e interiores que pretenden impedir el progreso de vuestros discípulos en la piedad, que son principalmente los compañeros libertinos y las malas inclinaciones, no debéis omitir medio alguno para impedir que se dejen corromper por los unos o por las otras.
¿Os aplicáis particularmente a ello para procurar el bien de sus almas? Pensad a menudo que eso es lo que Dios os ha encomendado.

MF 114,3,1 Punto III.
Este santo prohibió a los religiosos que se mezclaran en asuntos seculares. Persuadíos de que esta prohibición la hizo para vosotros, más que para ningún otro.
En primer lugar, porque apenas tenéis tiempo suficiente para dedicaros a los ejercicios que pueden contribuir a vuestra propia santificación y para cumplir los deberes de vuestro ministerio en lo que mira a la instrucción de los niños. Sería vergonzoso que dedicaseis a asuntos que no os corresponden el tiempo, o parte del tiempo, que Dios os obliga a consagrarlo a Él por entero.
En segundo lugar, porque los asuntos externos, al disipar mucho el espíritu, harían que el vuestro fuera incapaz de dedicarse a los ejercicios que requieren que el espíritu se halle totalmente henchido de Dios, por mirar únicamente a su servicio, al cuidado de las almas y a su dirección por el camino del cielo.

115

MF 115

Sobre san Anselmo

21 de abril

MF 115,1,1 Punto I.

San Anselmo, decidido a entregarse a Dios a la edad de quince años, solicitó el hábito religioso; pero el abad del monasterio al que se dirigió, temiendo que su padre no estuviera de acuerdo, se lo negó. Esto desalentó tanto al joven, que se dejó llevar del espíritu del mundo y se abandonó al desenfreno.

¡Ah, qué poco se necesita para hacer cambiar la buena voluntad de los niños y de los jóvenes!

MF 115,1,2 Este ejemplo debe enseñar a los jóvenes que no deben desalentarse por las dificultades y molestias que encuentren, cuando desean consagrarse a Dios, en el camino de la virtud, después de haberse decidido a ello.

Y a los encargados de ellos, les enseña que deben conducirse con tanta prudencia respecto de ellos, que procuren que nada, ni en ellos ni en su proceder, sea capaz de llevarlos a aborrecer el servicio de Dios, o de apartarlos lo más mínimo de sus deberes.

¿Es ése uno de vuestros principales cuidados en vuestro empleo? De ello depende, en gran manera, el progreso que vuestros discípulos puedan conseguir en la piedad y el fruto que vosotros mismos podáis alcanzar al instruirlos.

MF 115,2,1 Punto II.

Con todo, cuando tuvo más edad, este santo abandonó su forma de vivir y, siguiendo la intensa inspiración de Dios, se hizo religioso. Y en tres años adelantó tanto en la práctica de la virtud y en la mortificación de sus pasiones, que fue elegido prior, y luego abad, de su monasterio.

Comprendemos por aquí que Dios no abandona de ningún modo a los rectos de corazón y que, a sus tiempos, cuida de prevenirlos con sus gracias. Pero es importante que sean fieles en corresponder a ellas y en seguir sus inspiraciones cuando se las envía; si bien, después de haber consultado con sus superiores, como hizo san Anselmo, y seguido sus consejos; pues de esa fidelidad depende con frecuencia la salvación de muchos.

MF 115,2,2 ¿Sois fieles a las inspiraciones que Dios os comunica? ¿Consultáis con vuestros superiores antes de ejecutarlas, para que examinen si provienen de Dios y os ayuden a tomar las precauciones necesarias para que os resulten provechosas?

MF 115,3,1 Punto III.

Cuando este santo fue superior, se esmeró en dirigir a sus religiosos con tanta mansedumbre y caridad que se ganaba todos los corazones. Y atendió con tanta diligencia a un joven religioso enfermo, que tenía dificultad en someterse a él y en reconocerlo por su superior, que lo conmovió con su caridad y consiguió reintegrarlo a su deber.

Viendo, también, que cierto abad trataba rigurosamente a algunos jóvenes hidalgos, le dijo que dirigir a los jóvenes con tanta severidad no beneficia para

nada su educación.

MF 115,3,2 Por vuestro estado, estáis encargados de la educación de los niños. Aprovechad las palabras y la prudente conducta de este santo, ya que todo vuestro cuidado ha de consistir en procurarles el espíritu del cristianismo. Es necesario que veáis la obligación que tenéis de ganar su corazón como uno de los principales medios para moverlos a vivir cristianamente.

Reflexionad a menudo que si no os valéis de este medio, los alejaréis de Dios, en vez de conducirlos a Él.

116

MF 116

Sobre san Marcos

25 de abril

MF 116,1,1 Punto I.

San Marcos fue discípulo de san Pedro, y lo acompañó en sus viajes y en la predicación del santo Evangelio. Fue, incluso, tan fiel a san Pedro y de él tan amado, que este santo lo asocia a sí en los saludos que dirige en su primera epístola. Le llama ***hijo suyo*** [1], ***por haberlo engendrado en Jesucristo*** [2], y por haberlo formado en la fe y en las prácticas del cristianismo.

MF 116,1,2 Cuán feliz fue este santo al haber sido instruido por tan hábil maestro; y cuán bien demostró con su conducta lo mucho que aprovechó, siendo siempre cumplidor exacto de la doctrina del santo apóstol, que no era sino la de Jesucristo.

Vosotros podéis tener el privilegio de ser instruidos por el mismo maestro que tuvo san Marcos, si leéis con frecuencia las epístolas de san Pedro, y si sois fieles en practicar las santas máximas, tan consoladoras e instructivas, en ellas diseminadas.

MF 116,2,1 Punto II.

San Marcos escribió su Evangelio en Roma, a ruegos e instancias de quienes habían sido convertidos por san Pedro, pues deseaban tener por escrito lo que el santo apóstol les había enseñado de viva voz. San Pedro, después de leerlo, le dio su aprobación y mandó que se leyera en las asambleas públicas que se celebraran en la Iglesia, lo cual produjo copioso fruto.

MF 116,2,2 Puesto que debéis enseñar todos los días la doctrina de los santos apóstoles y del mismo Jesucristo, tenéis la obligación de aprenderla bien, para poseerla perfectamente y hacer de vuestros alumnos, por ese medio, verdaderos discípulos de Jesucristo.

¿Cuidáis de instruiros bien en las santas máximas que se contienen en el Evangelio de este santo y de meditarlas a menudo, para poder inspirárselas a aquellos de quienes estáis encargados?

Vuestro primer cuidado para con ellos debe ser conseguir que posean perfectamente la doctrina de los santos apóstoles, comunicarles el espíritu de religión, y ayudarles a practicar lo que Jesucristo nos dejó en el Santo Evangelio.

MF 116,3,1 Punto III.

San Marcos, formado por san Pedro en el ministerio apostólico y una vez compuesto su Evangelio según lo que había aprendido del santo apóstol, fue enviado por éste a Egipto para predicarlo.

Como unía el ejemplo a la palabra, y su conducta era muy edificante, hubo allí en poco tiempo numerosas personas que, movidas por su santa vida, en cuanto lo vieron y escucharon, abrazaron la religión cristiana.

Los condujo, incluso, a tan alta perfección, que los llevó a practicar lo que hacían los primeros cristianos de Jerusalén, que según se refiere en los Hechos de los Apóstoles, era: renunciar a sus bienes, *poner en común todo lo que tenían para que fuera distribuido a cada uno según su necesidad* [3], *no tener más que un solo corazón y una sola alma* [4], *y reunirse todos los días para orar con un mismo espíritu, recibir el cuerpo de Jesucristo y excitarse a la práctica del bien* [5].

Todo ello era motivo de admiración, para los mismos infieles y paganos.

MF 116,3,2 Ese debe ser el modelo de nuestra perfección. ¿Pretenderíamos poseerla en menor grado que los primeros fieles, que vivían en el mundo con mucho más desprendimiento y perfección que muchos religiosos, que viven en el retiro y tienen obligación, por su profesión, de renunciar al siglo?

MF 116,1,1: [1] 1P 5,13. – [2] 1Co 4,15. – **MF 116,3,1**: [3] Hch 2,44-45. – [4] Hch 4,32. – [5] Hch 2,42.

117

MF 117

Sobre san Pedro *[de Verona]*, mártir

29 de abril; en el nuevo calendario no figura

MF 117,1,1 Punto I.

Nunca se admirará demasiado la fe de san Pedro, mártir, puesto que, incluso desde su infancia, la poseyó a la perfección y luego murió por conservarla.

Este santo había nacido de padres maniqueos, pero jamás pudieron inducirlo, ni con promesas, ni con amenazas, a que siguiera su falsa religión o que frecuentara la compañía de niños que eran herejes.

Cuando tenía sólo siete años, como le preguntase un tío suyo qué había aprendido en la escuela, respondió que había aprendido lo que debía creer sobre Dios; y de inmediato recitó la profesión de fe de los católicos. Y al replicarle su tío que no debía creer aquello, contestó: «Lo creeré hasta la muerte, y nada me impedirá que lo crea».

MF 117,1,2 ¿No hay motivo para sorprenderse al ver en un niño de siete años una fe tan vigorosa? ¿La poseéis vosotros de tal manera que nada os pueda impedir confesar, con vuestras obras, las verdades y máximas del Evangelio?

MF 117,2,1 Punto II.

La extraordinaria fe de este santo lo indujo a hacerse religioso de santo Domingo; porque este santo había fundado su orden para dar a la Iglesia

predicadores que se opusieran a los herejes, que en aquel tiempo perturbaban mucho la Iglesia. Y tuvo la suerte de recibir el hábito de las manos mismas de santo Domingo.

Demostró su fe y su confianza en Dios cuando, visitado en su celda por dos santas del paraíso, fue acusado de haber permitido entrar a mujeres mundanas; por lo que el prior del convento lo mandó encarcelar.

El santo soportó tal calumnia, basada en un juicio falso y temerario, sin justificarse y sin replicar ni palabra. Pero Dios, que se constituye en protector de los injustamente perseguidos, dio a conocer a los religiosos su inocencia.

MF 117,2,2 ¿Guardáis silencio parecido cuando os reprenden por faltas que no habéis cometido? Lo que debéis hacer en tales casos, y que tal vez no hacéis, es no decir nada para justificaros, y sacar provecho de esa humillación.

MF 117,3,1 Punto III.

La fe de este santo resplandeció públicamente al predicar contra los herejes, entre los cuales obró admirables y numerosísimas conversiones. Sus palabras, animadas por la fe, eran copiosamente bendecidas por Dios; y la afluencia del pueblo a sus predicaciones era tal que, a causa de la multitud, era necesario llevarlo a hombros hasta la iglesia, en unas andas.

MF 117,3,2 Tantas conversiones y predicaciones, aparte el hecho de haber sido nombrado por el papa inquisidor de la fe, lo hicieron tan odioso a los herejes que, hallándolo en un camino algunos de ellos que lo acechaban, le asestaron con la espada tal golpe en la cabeza que no tuvo tiempo más que para recitar su profesión de fe y escribir con el dedo, mojado en sangre: «Creo en Dios». Después de lo cual, murió.

¿Tenéis fe tan viva como este santo, vosotros, que estáis obligados a descollar en el espíritu de fe, pues tenéis que enseñar a los niños las máximas del Santo Evangelio y los misterios de nuestra religión?

Decid con frecuencia a Dios, con los santos apóstoles: *¡Señor, aumenta nuestra fe!* [1]

MF 117,3,3: [1] Lc 17,5.

118

MF 118

Sobre santa Catalina de Siena

30 de abril; nuevo calendario, 29 de abril

MF 118,1,1 Punto I.

Santa Catalina tuvo amor tan particular a la pureza, que a la edad de siete años hizo ya voto de virginidad. ¡Ya es singular prevención de la gracia, el poder realizar desde la infancia actos heroicos de virtud!

Esta virtud creció tanto en ella con la edad, que habiéndole propuesto sus padres un matrimonio muy ventajoso, lo rechazó, y nunca quiso oír hablar de ello. Esto irritó de tal modo a sus padres contra ella, que la obligaron a realizar

lo más vil y penoso de las tareas domésticas.
Ella se alegró mucho y soportó con la mayor paciencia posible cuantos malos tratos le ocasionaron por tal motivo; y se contentó con levantar en su corazón como un pequeño oratorio, al que se retiraba para consolarse con Dios.

MF 118,1,2 Si, por el hecho de querer practicar el bien y tender a la perfección, os infligieran toda suerte de injurias y menosprecios, ¿estaríais dispuestos a soportarlos con paciencia? En tales ocasiones es cuando se ve si la virtud es sólida.

MF 118,2,1 Punto II.
Esta santa se valió de las austeridades como ayuda para conservar el tesoro de la pureza. Fueron en ella tan extraordinarias, que se puede decir que las llevó hasta el exceso.
Estuvo tres años sin hablar con nadie, salvo con su confesor. Tomaba diariamente la disciplina durante hora y media. Llevaba sobre la carne una cadena de hierro. No dormía sino sobre sillas. Nunca comía carne y sólo bebía agua.
En cierta ocasión se hizo tanta violencia, que chupó el pus que salía de la úlcera infecta de una enferma. Soportó pacientemente la calumnia que le levantó una persona enferma a la que cuidaba. Y cuando Jesucristo le dio a escoger entre una corona de oro y una corona de espinas, prefirió la de espinas.
¿Haríais vosotros una elección parecida? ¿Cuándo tendréis amor a las mortificaciones y a los sufrimientos como el que tuvo esta santa?

MF 118,3,1 Punto III.
En recompensa por tantos sufrimientos y mortificaciones, Dios la favoreció con tantos consuelos, que de ella se puede decir que, ya que participó de los sufrimientos de Jesucristo, mereció también participar, de algún modo, ya en este mundo, de su vida gloriosa [1].
Cuando sus padres la maltrataban y la mantenían humillada, ella gozaba la dicha de conversar interiormente con Dios y consolarse con Él.
Durante el período de su total silencio, Jesucristo la visitaba a menudo y conversaba familiarmente con ella.
Cuando chupó el pus de la úlcera de la que hablamos antes, Jesucristo le dio a beber un dulce licor que manaba de la herida de su costado; y desde entonces, vivió casi siempre arrobada, fuera de sí.
Así es como Dios devuelve, ya en esta vida, el céntuplo de lo que se ha hecho por Él.
¡Oh, cómo debe esto animaros a sufrir con gusto por amor de Dios!

MF 118,3,1: [1] Cf. Flp 3,10.

119

MF 119

Para la fiesta de Santiago y san Felipe

1 de mayo; nuevo calendario, 3 de mayo

MF 119,1,1 Punto I.
Santiago era tan asiduo a la oración que san Crisóstomo dice de él que su frente estaba endurecida como un guijarro, de tenerla siempre pegada al suelo cuando oraba.
Esta dedicación extraordinaria a la oración queda bien patente en la epístola que escribió a todos los fieles, en la que enseña, desde el comienzo: que *lo que hemos de pedir a Dios es la verdadera sabiduría y la piedad, que la liberalidad de Dios para con nosotros es muy grande, con qué fe debemos orar y las principales razones por las que no recibimos lo que pedimos a Dios* [1].

MF 119,1,2 Aprended de este santo apóstol, por su ejemplo y por sus palabras, el amor que debéis tener a la oración, el copioso fruto que produce en vosotros y la asiduidad que debéis tener a este santo ejercicio.

MF 119,2,1 Punto II.
Elegido este santo como primer obispo de Jerusalén, trabajó mucho para establecer la Iglesia; y, por sus instrucciones y santa vida, contribuyó a la conversión de muchísimos judíos y paganos.
Esto fue causa de su muerte, porque los judíos lo arrojaron desde lo alto del templo abajo.

MF 119,2,2 ¡Qué feliz quien tiene el privilegio de sufrir y morir de este modo, como hizo este santo, por haber trabajado en ganar almas para Dios!
Eso es lo que debéis esperar vosotros como recompensa por los desvelos y trabajos de vuestro ministerio.
Estudiad también con esmero las admirables instrucciones que este santo difunde en su epístola, las cuales os servirán mucho para santificaros y para formar en el espíritu del cristianismo a aquellos de quienes estáis encargados; pues es imposible que no santifiquen a quienes las pongan en práctica.

MF 119,3,1 Punto III.
San Felipe, tan pronto como fue llamado por Jesucristo al apostolado, sintió tan ardiente celo para conducir las almas a Dios, que llevó a Natanael ante Jesucristo para que lo conociera, con el fin de animarlo, por ese medio, a seguir el verdadero camino de la salvación [2].
También parece como si Jesucristo hubiese comunicado a este santo la gracia especial de la ternura y el atractivo para llevar al conocimiento y al amor a Jesucristo; pues a él se dirigió Jesucristo cuando quiso alimentar a aquella inmensa multitud de gente que lo seguía [3]; y algunos gentiles que habían ido a Jerusalén y deseaban ardientemente ver a Jesús, rogaron a este santo que se lo mostrase [4].

MF 119,3,2 En vuestro empleo tenéis especial necesidad del celo por la salvación de las almas. Pedídselo insistentemente a Dios por intercesión de san Felipe, que os

ayudará mucho a alcanzarlo.

MF 119,1,1: [1] St 1,5-8. – **MF 119,3,1**: [2] Jn 1,43-50. – [3] Jn 6,5. – [4] Jn 12,20-22.

120

MF 120

Sobre san Atanasio

2 de mayo

MF 120,1,1 Punto I.

San Atanasio fue uno de los principales defensores de la Iglesia contra Arrio y los de su secta, que negaban la divinidad de Jesucristo. Siempre se opuso a ellos, y los confundió por doquier con la santidad de su vida, la prudencia de su conducta y sus excelentes escritos.

Asistió, incluso antes de ser obispo, al primer Concilio de Nicea, donde dio a conocer la profundidad de su ciencia; y combatió tan esforzadamente a Arrio, que lo convenció, así como a todos los asistentes, de que su doctrina era falsa y herética. Y durante todo el tiempo de su episcopado se opuso siempre a los secuaces de aquel heresiarca.

MF 120,1,2 Aunque vuestra ciencia no es tanta como para defender a la Iglesia contra los herejes, estáis obligados por vuestro ministerio a poseer la suficiente para enseñar la buena y sana doctrina de la Iglesia a los niños que están bajo vuestra guía.

¿Es, por tanto, uno de vuestros principales cuidados instruiros en ella y conocerla debidamente? Dios os pedirá cuentas de esta obligación, cuyo incumplimiento os haría indignos de vuestro estado.

MF 120,2,1 Punto II.

Los arrianos, que consideraron siempre a san Atanasio como enemigo suyo, se opusieron constantemente a él.

En primer lugar, a su elección, haciendo todo lo posible por impedirla; porque no podían tolerar que quien se había manifestado con tanto vigor contra su caudillo tuviera la posibilidad de impedir el avance de su herejía; lo que podría conseguir fácilmente una vez investido de la autoridad episcopal, y, más aún, de patriarca de Alejandría.

Es imposible trabajar en la destrucción de la mala doctrina sin tener como enemigos a quienes la profesan.

MF 120,2,2 Si no hay herejes que se os opongan, porque tal vez no haya ninguno en los lugares donde enseñáis, tened, con todo, la seguridad de que los libertinos y las personas del mundo se declararán contra vosotros, en la medida en que mostréis sólida piedad y alejamiento del mundo.

Pero, así como san Atanasio tuvo siempre a Dios como protector, no dudéis de que también se pondrá de vuestra parte y que se constituirá defensor vuestro.

MF 120,3,1 Punto III.
Es sorprendente hasta qué punto los enemigos de san Atanasio llevaron su rabia contra él. No hay calumnias, injurias, imposturas, persecuciones, maldades y tribulaciones que los arrianos no intentaran emplear para perderlo.
Lo acusaron de todo tipo de crímenes, asesinatos, violencias e injusticias; de lo cual, sin embargo, se vio del todo justificado públicamente, en presencia de quienes lo habían acusado, que quedaron confundidos por todas sus imposturas.

MF 120,3,2 Disponeos a padecer injurias, ultrajes y calumnias por todo el bien que hayáis pretendido hacer al prójimo [1].
Esa es la principal recompensa que Dios promete en este mundo y, a menudo, la única que se recibe de los pobres, por todo el bien que se les hace.
Disponed vuestros corazones para recibirla con amor.

MF 120,3,2: [1] Cf. 2Tm 3,12.

121

MF 121

Para la fiesta de la Invención de la Santa Cruz

3 de mayo; no figura en el nuevo calendario

MF 121,1,1 Punto I.
Santa Elena, madre del emperador Constantino, mostró celo tan ardiente por la religión y tan profundo respeto a la cruz en que Jesucristo estuvo clavado, que fue a Jerusalén para intentar recuperar el sagrado madero.
La extraordinaria fe de esta santa la llevó a no desalentarse ante las dificultades que se encontraron para realizar su propósito. Y puso tanto empeño, que al final la encontró, y dispuso que de inmediato fuera expuesta a la veneración de los fieles.

MF 121,1,2 No basta adorar la cruz, dice un Padre de la Iglesia, sino que hay que llevarla. Y no necesitamos ir muy lejos a buscarla. La cruz, dice el autor de la Imitación, la tenemos siempre preparada, en cualquier lugar donde vayamos, y de cualquier lado que miremos, sea arriba, abajo, afuera o dentro. En todas partes, dice el mismo autor, encontraréis la cruz. Disponeos, pues, a amar hoy esta cruz, puesto que ya la habéis encontrado efectivamente.

MF 121,2,1 Punto II.
Se hallaron las cruces de los dos ladrones con la cruz de Jesucristo. Pero la de Jesucristo fue reconocida gracias a varios milagros que se produjeron al tocarla; en particular la resurrección de un muerto que, según el testimonio de san Paulino, no había dado signo alguno de vida al ponerlo en contacto con las otras dos cruces.

MF 121,2,2 En este mundo hay cruces de ladrones y cruces de Jesús. Las de ladrones, son aquellas que no llevan consigo ninguna gracia, ni comunican movimiento alguno de vida a quienes las soportan, porque no las llevan sino con malas disposiciones.

Las de Jesucristo son aquellas que a menudo obran milagros, infunden buenos sentimientos de abnegación y la práctica de otras virtudes. Incluso, a veces, resucitan muertos, al inspirar alejamiento y horror al pecado.
La cruz que lleváis vosotros, ¿es la cruz de Jesucristo? ¿En qué lo conocéis? Las dificultades que encontráis, ¿os ayudan a practicar muchas virtudes?
Poned atención: si os desalientan y os hacen murmurar, son cruces de ladrones.

MF 121,3,1 Punto III.
Santa Elena, después de encontrar y reconocer la cruz de Jesús, la distribuyó por muchas iglesias, para que fuera reconocida y venerada por los fieles en todo el mundo.
Por ello, el emperador Constantino prohibió, por medio de un edicto, que en lo sucesivo se utilizara el suplicio de la cruz para dar muerte a ningún malhechor. Esto se ha venido observando siempre, desde entonces, en los países cristianos.
En razón de que la cruz fue encontrada de ese modo, y venerada en la Iglesia, se instituyó la fiesta que hoy se celebra.

MF 121,3,2 ¿Veneráis la cruz cuando tenéis el privilegio de llevar alguna? ¿Agradecéis a Dios el honor que os hace? ¿Mostráis en tales ocasiones que *no os gloriáis sino en la cruz de Jesucristo* [1]? ¿Es la cruz, para vosotros, más un suplicio que un distintivo de honor, porque no la miráis sino como algo que os atormenta y crucifica, en vez de recibirla con amor y respeto, como don de Dios y honor que Él os hace?
Así es como debéis abrazar la cruz, si queréis sufrir con actitud cristiana.

MF 121,3,2: [1] Ga 6,14.

122

MF 122

Meditación sobre santa Mónica

4 de mayo; nuevo calendario, 27 de agosto

MF 122,1,1 Punto I.
Santa Mónica tuvo ya desde joven afecto particular a la oración, y su mayor placer era dedicarse a ella día y noche, y evitar la compañía de quienes la distrajeran de Dios. Había aprendido de su madre algunas plegarias, y no se cansaba de recitarlas.
¡Feliz aquel que ha tenido la suerte de ser educado en la piedad desde la juventud! Se tiene, entonces, suma facilidad para conservarla durante toda la vida. Tal suerte le cupo a santa Mónica, y ello contribuyó en buena parte a la conversión de su marido y de su hijo.

MF 122,1,2 ¿Ponéis, del mismo modo, vuestro cuidado en educar cristianamente a los niños que os están confiados? ¿Os esmeráis, sobre todo, en inspirarles modestia en la oración y amor a este santo ejercicio?
Vosotros mismos tenéis que rogar mucho por ellos, para poder alcanzar de Dios que les conceda el don de piedad, que nadie se lo puede conceder, fuera de Él.

MF 122,2,1 Punto II.
Santa Mónica tuvo un marido de carácter irritable y difícil. Como sus vecinas se extrañaban de que pudiese vivir con él, les respondió que no lo extrañaran, ya que desde el momento en que lo tomó como marido, se había sometido a él, y lo respetaba cuanto le era posible.
Sin embargo, ella consiguió mucho con sus oraciones y lágrimas, pues lo convirtió, logró que se hiciera católico y le cambió su carácter.

MF 122,2,2 Esta santa nos enseña que cuando se ha de vivir o tratar con alguna persona de carácter poco dúctil, hay que hacer dos cosas: la primera, armarse de paciencia y proceder con mansedumbre; la segunda, pedir mucho a Dios, en la oración, que le conceda un espíritu más apacible, y a vosotros la gracia para soportarlo.
¿Procedéis así cuando os encontráis en situaciones parecidas?

MF 122,3,1 Punto III.
Santa Mónica tuvo por hijo a san Agustín, que en su juventud se entregó al libertinaje y cayó, incluso, en la herejía de los maniqueos. Pero no hubo nada que ella dejara de hacer para sacarlo de tal estado y ***para engendrarlo en Jesucristo*** [1].
Tal como él mismo dice, su santa madre sufrió mucho más para engendrarlo según el espíritu, que para darle a luz según la carne; pues no cesó de orar y de llorar por su conversión. Cruzó, incluso, los mares y emprendió largos viajes para impedir que se perdiera del todo. Pero al final, después de tantos sufrimientos, tuvo la dicha de verlo cambiar por completo de vida.

MF 122,3,2 ¿Empleáis vosotros igualmente todos vuestros esfuerzos en ganar para Dios a los que os están confiados, cuando los veis inclinados al libertinaje? ¿No hay entonces nada que dejéis de hacer para procurar destruir en ellos los vicios a los que están inclinados? ¿Recurrís vosotros mismos a Dios para alcanzarles el cambio de conducta?
Puesto que estáis encargados de sus almas, debéis emplear todos los medios para ponerlos en el camino del cielo.

MF 122,3,1: [1] 1Co 4,15.

123

MF 123

Sobre la conversión de san Agustín

5 de mayo; en el nuevo calendario no figura

MF 123,1,1 Punto I.
Dios, todo bondad y misericordia, anduvo apremiando a san Agustín durante mucho tiempo y de muy diversos modos, para que se convirtiera y cambiara totalmente de conducta.
Y este santo, que desde hacía mucho vivía en graves desórdenes, aunque no siempre resistía a la gracia, tampoco respondía a sus mociones, y vacilaba siempre en ponerlas por obra. Tan pronto quería como dejaba de querer.

Perduró mucho tiempo en tales agitaciones de espíritu, y él mismo se sorprendía de verse tan poco decidido. De un lado, sus desórdenes, y de otro, las apremiantes invitaciones de la gracia, lo llevaban a derramar abundantes lágrimas; y el efecto que producían era tornarlo inquieto e irresoluto; pues, dice él mismo, eran vanidades y bagatelas las que lo retenían e impedían entregarse del todo a Dios.

MF 123,1,2 ¿No os urge la gracia a vivir según la perfección de vuestro estado? ¿No sentís de vez en cuando apremiantes inspiraciones para que os hagáis violencia y practiquéis algún acto importante de virtud? ¿No encontráis dificultad en ser fieles a ellas? ¿No resistís, incluso, algunas veces, a la gracia?

MF 123,2,1 Punto II.

Llegó, por fin, el tiempo en que Dios, después de ablandar insensiblemente el corazón de san Agustín, le hizo oír una voz que le decía claramente: «Toma y lee». Abrió el libro de las epístolas de san Pablo, y la lectura de un solo pasaje lo impresionó y lo convirtió.

Entonces, dice él, se derramó en su corazón como una luz que lo inundó de paz y disipó todas las tinieblas de sus dudas.

Desde aquel momento renunció para siempre a todas las esperanzas del siglo, y encontró de repente dulzuras y placeres inconcebibles en renunciar incluso a los placeres mismos de los mundanos y a todas sus vanas diversiones.

MF 123,2,2 ¿Os habéis convertido de veras a Dios y habéis renunciado del todo al mundo?

¡Cuántas veces os ha dejado oír Dios una voz interior, con fuerza suficiente para conmoveros, y sin embargo no la habéis escuchado! ¡Oh, cuántas son las personas consagradas a Dios que no se han entregado plenamente a Él, y que viven en la molicie y en la negligencia!

Decid, al menos, con David: *Hoy quiero comenzar a ser todo de Dios* [1].

MF 123,3,1 Punto III.

San Agustín mantuvo tan exquisita fidelidad a la gracia desde el momento de su conversión, que a partir de entonces cuidó de no seguir en nada las inclinaciones de la naturaleza.

Ante todo se esforzó por renunciar a los placeres de los sentidos, que son las puertas por donde entra el pecado en nuestra alma, y que la manchan fácilmente, por poca comunicación que tengan con ella.

Por lo cual, el santo se impuso la obligación de no concederles más que el uso necesario para las necesidades del cuerpo.

Luego puso sumo cuidado en abandonar todas las divagaciones de pura curiosidad, que sólo sirven para halagar el espíritu.

Se desprendió de todo lo que es humano y natural y reconoció, por ese medio, que la dicha del hombre no consiste sino en el verdadero gozo que se halla sólo en Dios.

MF 123,3,2 ¿Habéis seguido vosotros los mismos caminos de que se valió san Agustín para ir a Dios y para ponerse en disposición de no aficionarse más que a Él? Tened la certeza de que no adquiriréis sólida piedad sino con los mismos medios.

MF 123,2,2: [1] Sal 76,1.

124

MF 124 **Para la fiesta del martirio de san Juan Evangelista**

6 de mayo; en el nuevo calendario no figura

MF 124,1,1 Punto I.

Cuando la madre de Santiago y de san Juan pidió a Jesucristo *que sus dos hijos se sentaran en su reino, uno a su derecha y otro a su izquierda,* Jesucristo les preguntó si podrían *beber el cáliz que Él mismo había de beber; y les dijo a continuación que lo beberían* [1], para indicar que tendrían que sufrir, uno y otro, tormentos violentos y difíciles de soportar, por la confesión de su nombre.

Esto es lo que le sucedió a san Juan en varias ocasiones, aunque no muriera a causa de la dureza de los tormentos que soportó. Estos son los sufrimientos que hoy honra la Iglesia, y por los que celebra una fiesta de notable importancia.

MF 124,1,2 Considerad a san Juan como apóstol, tanto por sus padecimientos como por sus palabras y por la predicación del Santo Evangelio. Agradeced a Dios que lo hiciera partícipe de su cáliz, como a discípulo suyo predilecto, tratándolo en esto como a verdadero amigo.

MF 124,2,1 Punto II.

Lo que padeció san Juan para honrar a Jesucristo y su religión consistió en que, poco después de la venida del Espíritu Santo, *fue encarcelado con san Pedro* [2]; y después de haber salido, *fue condenado por los judíos a cruel flagelación* [3]. Y como, andando el tiempo, predicara el Evangelio en Éfeso, fue conducido a Roma, por orden del emperador Domiciano, que lo condenó a ser azotado cruelmente, según la costumbre de los romanos antes de dar muerte a los criminales, y a ser arrojado luego en una caldera de aceite hirviendo, de donde salió, dice Tertuliano, más sano y robusto de lo que entró.

MF 124,2,2 He ahí los padecimientos de san Juan, cuya memoria honra hoy la Iglesia, y particularmente los que soportó en Roma, junto con el singular milagro que entonces tuvo lugar.

Dice san Cipriano que las solemnidades de los mártires son exhortaciones al martirio. Celebrar el martirio de san Juan debe significar para nosotros animarnos a sufrir, a ejemplo suyo, con gusto y por amor a Dios.

MF 124,3,1 Punto III.

Cuando san Juan sufrió este martirio, Dios lo conservó milagrosamente, pues quería purificarlo por el fuego para, de ese modo, disponerlo a recibir abundancia de luces; como las que necesitaría para escribir la profecía que es su Apocalipsis; *lo que hizo en la isla de Patmos* [4], a donde fue desterrado por el mismo emperador.

MF 124,3,2 No os extrañéis de que Dios os envíe frecuentes ocasiones de sufrir. Cuantas más os proporcione, tanto mejor demuestra que os ama [5] y más contentos

debéis estar. Pues Él os purifica por medio de los sufrimientos, para que seáis luego más agradables a sus ojos.
Son ellos también los que os ponen en disposición de preservaros fácilmente del pecado y de recibir las gracias de Dios con abundancia. Procurad sacar este fruto de las penas que sufráis.

MF 124,1,1: [1] Mt 20,21-22. – **MF 124,2,1**: [2] Hch 4,3. – [3] Hch 5,40. – **MF 124,3,1**: [4] Ap 1,9. – **MF 124,3,2**: [5] Cf. Pr 3,12.

125

MF 125

Meditación sobre la aparición de san Miguel

8 de mayo; en el nuevo calendario no figura

MF 125,1,1 Punto I.
Hoy celebra la Iglesia la memoria de la aparición de san Miguel en una montaña de Italia, para indicar que aquel lugar estaba bajo su protección, y que Dios quería que se le consagrase, en honor de san Miguel y de los santos Ángeles.
Esto hizo que el obispo, con su clero y todo el pueblo, se dirigiesen allí en procesión, y consagrase una iglesia con el nombre y bajo la advocación de san Miguel.
Este santo se ha aparecido de ese modo en varias ocasiones, de manera maravillosa, para declarar que se constituía protector de los lugares y de los hombres que honraba con su presencia.

MF 125,1,2 En lo que respecta al negocio de la salvación, no se puede hacer nada mejor que encomendarse a este santo; pues ayudará mucho para conseguirla, ya que *por orden de Dios y por celo de su gloria, venció una vez a Lucifer y a sus secuaces, y los precipitó en los infiernos* [1]. Y todavía está siempre presto para oponerse a él y para ayudar a los hombres a combatirlo y a superar las tentaciones que les suscita.
Recurrid, pues, a este santo Arcángel, para pedirle que os socorra en los combates que habréis de sostener en vuestro estado, y para que os conduzca derechamente y con seguridad a Dios, por el camino que os señalan vuestras Reglas. Sed muy fieles a ellas y este santo os protegerá.

MF 125,2,1 Punto II.
Las inspiraciones que a veces tenéis de renunciar al mundo y de entregaros del todo a Dios, vienen a ser como apariciones de san Miguel, ya que os invitan a poneros por encima de todas las cosas creadas para no apegaros más que a Dios solo. Pues el nombre de san Miguel, que significa *¿Quién como Dios?*, se le ha dado para indicar que este santo Arcángel fue destinado por Dios a defender su gloria y asegurar su infinita excelencia por encima de todas las criaturas.

MF 125,2,2 Debemos creer que todas las inspiraciones que nos vienen de consagrarnos a Dios, desprendiéndonos por completo de todas las criaturas, nos las comunica

Dios por ministerio de san Miguel, cuyo cuidado respecto de los hombres consiste en desasirlos de todas las cosas e inducirlos a entregarse del todo a Dios.

Así, pues, cuando os vengan a la mente pensamientos mundanos o sintáis hastío de vuestro estado y de los ejercicios espirituales, implorad la ayuda de san Miguel, para que os ayude a comprender que el Dios a quien servimos está por encima de todo, y que nada, fuera de Él, merece nuestro amor.

Pidamos también a este santo que nos inspire horror al mundo, que desearía ocupar el lugar de Dios en nuestro corazón; y que aleje de nuestra mente todos los pensamientos mundanos, con aquellas palabras fulminantes que él pronunció en el combate que mantuvo con Lucifer: *¿Quién como Dios?*

MF 125,3,1 Punto III.

El primer efecto que deben producir en nosotros las inspiraciones que Dios nos comunica por ministerio de san Miguel, es tener total desasimiento de todas las cosas terrenales, que nace del menosprecio en que las tenemos, por estar íntimamente penetrados de su vanidad, y de la poca solidez y duración del placer que en ellas se encuentra; ya que ellas no son nada, y Dios lo es todo.

Otro efecto que deben producir en nuestra alma, y que deriva del anterior, es cierto gusto interior de Dios, que haga que no busquéis más que a Dios, y que os entreguéis completamente a Él; pues es el único ser digno de ser adorado y amado; y si en las criaturas hay algo amable, no lo es sino por su relación con Dios, y como emanación de Dios mismo y de sus perfecciones.

Poneos, pues, hoy en la disposición de no querer más que a Dios y ser plenamente de Él; porque nuestro corazón, dice san Agustín, no puede encontrar descanso hasta que repose en Dios.

MF 125,3,2 ¿No tenéis apego a algo de lo que podríais decir que os dolería dejarlo? ¿No estimáis a alguna criatura más que a otra? ¿Cuando os quitan algo de más apariencia y os dan otra cosa menor, os sentís contentos?

A través de esas prácticas se juzgará si no estáis apegados a nada, y si menospreciáis todas las criaturas.

¿Sentís gusto por la oración y por los ejercicios interiores porque llevan a Dios? ¿Os ocupáis con gusto en pensar en Dios y en hablar de Dios? ¿Hay algo, fuera de lo que mira a Dios, que os interese y complazca? Un pecado, por ejemplo, por pequeño que parezca, ¿os causa mucho más pesar que todo lo que pudierais sufrir? ¿Preferís en vuestro empleo el cuidado de inspirar la piedad a los niños a cualquier otro, sea cual fuere?

Por estas señales se conocerá si no buscáis más que a Dios y si lo buscáis de veras.

MF 125,1,2: [1] Ap. 12,7-9.

126

MF 126 **Meditación sobre san Gregorio Nacianceno**

10 de mayo; nuevo calendario, 2 de enero

MF 126,1,1 Punto I.

San Gregorio, siendo estudiante en Atenas, se aplicaba más a la perfección de su alma que a los estudios literarios. Cuidaba tanto de evitar el pecado, que ponía especial atención en apartarse de las malas compañías, y sobre todo de las personas del otro sexo, persuadido de que es una de las ocasiones que más contribuyen a hacernos pecadores.

Por entonces se aficionó mucho a frecuentar a san Basilio, con quien se unió tan estrechamente, que habiéndose retirado este santo a la soledad en una ermita del Ponto, fue a buscarlo allí y llevó, junto a él, vida angelical.

MF 126,1,2 ¡Qué feliz es uno cuando se vive alejado de las ocasiones de ofender a Dios! Esa es la ventaja que se tiene. Hay que agradecérselo a Dios a menudo, e incluso todos los días, pues es uno de los principales medios para salvarse.

Como las malas compañías son tan peligrosas, particularmente en la juventud, de nada hay que vigilar con mayor cuidado que de impedir que frecuenten alguna de ellas aquellos a los que se instruye. Y nada hay que deba recomendarse tanto como juntarse con los compañeros más sensatos, piadosos y recatados.

MF 126,2,1 Punto II.

Encargado este santo del gobierno de la iglesia de Constantinopla, sufrió mucho por parte de los arrianos, que lo persiguieron afrentosamente y de diversos modos, haciéndolo pasar por idólatra, que pretendía admitir varios dioses. Por lo cual, el pueblo quiso lapidarlo, y lo llevaron ante los jueces, predispuestos contra él, para que lo condenaran.

Sin embargo, él se mantuvo siempre como firme e inquebrantable defensor de la fe; y predicó con tanto celo y éxito, que en tres años que estuvo en aquella ciudad convirtió elevado número de herejes; y cuando salió de ella, la dejó no sólo limpia del arrianismo y de todos los errores que la infectaban cuando entró, sino también de muchos vicios que reinaban antes allí, como atestigua el mismo santo.

MF 126,2,2 Ese es el fruto ordinario de las persecuciones que sufren quienes trabajan por la salvación de las almas. Cuanto más abrumados están de dificultades en sus trabajos apostólicos, tantas más conversiones produce Dios por su ministerio y más eficazmente operan la salvación de las almas.

No os extrañéis, pues, si os sobrevienen dificultades y contradicciones en el ejercicio de vuestro empleo. Cuanto más sufráis en él, más tenéis que animaros a realizarlo bien, persuadidos de que será entonces cuando Dios derrame sobre vuestro trabajo sus bendiciones con abundancia.

MF 126,3,1 Punto III.

Este santo renunció a su obispado poco después de haber accedido a él, para

apaciguar los alborotos provocados por los arrianos con motivo de su elección. Se alejó de todo trato con el mundo y se entregó de lleno a la oración, que vino a ser su principal ocupación. Vivía austeramente y se mortificaba de continuo, sobre todo su lengua, pues reconocía que era una de las mortificaciones más necesarias.

Él mismo dice, por humildad, que su lengua se escapaba con tanta facilidad que le resultaba harto difícil contenerla; y que, por este motivo, ponía sumo cuidado en vigilarla. En cierta ocasión, incluso, se impuso la penitencia de no hablar nada durante cuarenta días, porque consideraba que había hablado en exceso.

MF 126,3,2 La ocupación que tenéis durante el día no os impide vivir en el retiro. Apreciadlo y observadlo con gusto, a ejemplo de este santo, que se santificó en él. Os ayudará mucho a adquirir la perfección de vuestro estado y a infundir la piedad a vuestros discípulos. Pero si no gustáis de él y os aplicáis poco a la oración, no dispondréis de la unción necesaria para inspirarles el espíritu del cristianismo.

Dominad también vuestra lengua. Este dominio os facilitará el recogimiento y conservar la presencia de Dios. Os servirá de medio excelente para manteneros en el silencio, en el orden, en el exacto cumplimiento de vuestros ejercicios espirituales, en la fidelidad a la observancia de vuestras Reglas, en la moderación, en la tranquilidad y en la paz.

Beneficios tan grandes os deben comprometer a no dar libertad a vuestra lengua.

127

MF 127

Meditación sobre san Pedro Celestino

19 de mayo; nuevo calendario, 21 de mayo

MF 127,1,1 Punto I.

San Pedro Celestino se sintió atraído por la soledad desde su juventud. Se retiró a una alta montaña y allí vivió tres años enteros, macerando su cuerpo para ponerse en condiciones de resistir a las tentaciones que lo atormentaban.

Sus austeridades llegaban incluso a tal exceso, que utilizaba un pedrusco como almohada cuando dormía. El silencio era su elemento; la disciplina diaria, su recreo; y una cadena de hierro, su cinturón. Se dedicaba tan asiduamente a la oración, que constituía su principal ejercicio.

MF 127,1,2 Si el retiro, la mortificación y la oración fueron los medios de que se valió este santo para santificarse, también vosotros tenéis facilidad en serviros de ellos para ir a Dios, pues en vuestro Instituto existen prácticas bastante habituales de tales ejercicios.

Sed fieles a ellas, y tened la certeza de que no realizaréis el bien en las almas, sino en la medida en que améis esas tres cosas y os ejercitéis en ellas.

MF 127,2,1 Punto II.

La eminente santidad de este insigne siervo de Dios llevó a los cardenales a

elegirlo, en ausencia suya, para gobernar la Iglesia. El santo, en cuanto recibió la noticia, huyó. Pero se vio forzado a aceptar tal dignidad, en la que conservó religiosa humildad, hasta el punto de no usar otra cabalgadura que un asno.
Una vez coronado papa, tampoco aflojó en nada sus austeridades. Incluso, en su elevado estado conservó el espíritu de retiro. Así es como hay que vivir en medio del mundo cuando uno quiere salvarse en él y mantenerse en la piedad.

MF 127,2,2 En vuestro empleo os veis obligados a tener algún trato con el mundo; cuidad de no tomar su espíritu, y de mantener el recato y cierto aire de modestia, que os ayuden a no corromperos, a edificar al prójimo y a inspirar la piedad a aquellos cuya educación os fue confiada.

MF 127,3,1 Punto III.
Habiendo aceptado el papado muy a su pesar, este santo se encontraba en él como fuera de su centro, no pensaba más que en su desierto, y suspiraba de continuo por la vida retirada; el fasto de la corte romana, sólo le inspiraba hastío.
La obligación que tenía, por su condición de soberano pontífice, de dedicarse continuamente a asuntos externos, lo colocaba en situación totalmente opuesta a la inclinación que había experimentado por la soledad desde su infancia. Por lo cual pidió a los cardenales permiso para retirarse y dimitió de la dignidad de Sumo Pontífice.

MF 127,3,2 Aunque vosotros ejercéis por orden de Dios las funciones externas de vuestro empleo, y encontráis en ellas medios para santificaros, no deben, con todo, haceros perder el espíritu y el amor del retiro.
Ocupaos, pues, en ellas de tal manera que, en cuanto no sea necesaria vuestra presencia, volváis, como a vuestro asilo, al lugar de vuestra morada; y no encontréis vuestro consuelo sino en la asiduidad y en la dedicación a vuestros ejercicios espirituales.

128

MF 128

Meditación sobre san Bernardino

20 de mayo

MF 128,1,1 Punto I.
San Bernardino mostraba desde su primera juventud tal cordura y modestia, que sus compañeros de escuela más libertinos se mostraban juiciosos y recatados en su presencia, y no osaban hablar, por poco que fuera, de cosas inconvenientes. Cuando lo veían de lejos, se decían uno a otro: no hablemos más de esto, que llega Bernardino.

MF 128,1,2 ¿Sois igualmente vosotros recatados y modestos, no sólo delante de vuestros Hermanos, sino también ante vuestros discípulos, y les dais ese ejemplo de cordura? ¿La que advierten en vosotros les produce impresión tal, que sea capaz por sí sola de hacerlos sensatos? Ese es el beneficioso efecto que debe producir, en quienes están bajo vuestra dirección, la calidad de maestro que

ostentáis para con ellos.
No hay nadie para quien no podáis y debáis intentar ser útiles por el ejemplo de vuestras virtudes. Ese fue el principal modo como san Bernardino ejercitó su celo. Y es también aquel según el cual tenéis obligación de predicar a todo el mundo, y la principal función apostólica que debéis ejercitar.

MF 128,2,1 Punto II.
Este santo tenía el propósito de hacerse religioso, mas no sabiendo en qué religión entrar, pensó que no podía adoptar mejor medio para conocerlo que acudir a la oración; y así lo hizo. Rogó a Dios, con sumo fervor, ante un crucifijo, pidiéndole que le concediese la gracia de mostrarle cuál era su vocación. Y de inmediato oyó una voz que le dijo: Me ves totalmente desnudo en esta cruz; si me amas y me buscas, aquí me hallarás; pero trata de despojarte y crucificarte. Esto le determinó a entrar en la orden de san Francisco, ***después de haber vendido sus bienes y distribuido el dinero a los pobres*** [1].
Desplegó su celo sobre sí mismo crucificándose, ya que fue asaltado por violentas tentaciones. Ayunaba de continuo, se acostaba en el suelo, velaba y trabajaba sin descanso. Cuando iba a pedir limosna, los niños le tiraban con frecuencia piedras, y soportó enojosas calumnias.

MF 128,2,2 ¿Es la oración el principal medio de que os servís para conocer la voluntad de Dios? ¿Os decidís, en la duda, por ***lo que más puede crucificaros*** [2] y haceros morir a vosotros mismos? Son dos medios seguros para conocer la voluntad de Dios y cumplirla.

MF 128,3,1 Punto III.
Fue destinado a la predicación, y en esta función desplegó de tal modo su celo, que predicó todos los días, sin dispensarse del coro ni de los demás ejercicios religiosos, aunque continuó predicando durante ventiocho años. Con sus predicaciones convirtió a numerosas personas, inspirándoles la devoción del santo Nombre de Jesús.
Dio tal esplendor a su orden, por medio de los muchos que atrajo a ella, tanto con el ejemplo de su santa vida como por la eficacia de su palabra que, en lugar de los veinte conventos y trescientos religiosos que su orden tenía en Italia cuando él tomó el hábito, dejó, al morir, doscientos cincuenta conventos y más de cinco mil religiosos.

MF 128,3,2 ¿Desplegáis de tal modo vuestro celo con el prójimo, que cuanto hacéis para ayudarlo a santificarse no os impida, en modo alguno, ser exactos y asiduos a todos los ejercicios de vuestra comunidad?
Persuadíos de que Dios no bendecirá vuestros trabajos para con el prójimo sino en la medida en que seáis regulares; pues no dispondréis de gracias para contribuir a la salvación de los demás, sino en la medida en que seáis vosotros mismos fieles a la gracia y poseáis el espíritu de vuestra vocación.

MF 128,2,1: [1] Mt 19,21. – **MF 128,2,2**: [2] Ga 5,24.

129

MF 129

Sobre san Felipe Neri

26 de mayo

MF 129,1,1 Punto I.

San Felipe Neri tuvo tan vivo amor a la castidad, que resistió valientemente a una impúdica mujer que fingía estar enferma, y lo llamó a su estancia, junto a su lecho, con el pretexto de que la asistiera en algún asunto. Por lo cual, Dios, para recompensar su valentía y su celo por esta virtud, le concedió la gracia de no volver a sentir el mínimo movimiento carnal.

Uno de los medios principales para adquirir y conservar la castidad es huir a las primeras acometidas del demonio de la impureza y violentarse a sí mismo con energía para lograr la victoria en toda ocasión o tentación importante. Esto es también lo que atrajo muchas gracias y lo que alcanzó eminente castidad a muchos santos.

MF 129,1,2 Como esta virtud es de las más necesarias y de mayor importancia en vuestro estado, no hay medio del que no debáis serviros para conservarla.

Os ayudarán mucho a ello el horror al mundo y el recogimiento profundo. Aplicaos, pues, a ello, con todo el empeño posible.

MF 129,2,1 Punto II.

Este santo se entregó tan intensamente a la oración que a veces pasaba en ella cuarenta horas seguidas. Su corazón se inflamaba de tal manera, que tenía que echarse al suelo y descubrirse el pecho para calmar los ardores.

Y como Dios acostumbra a consolar mucho a quienes aman este santo ejercicio, el santo se sentía a veces colmado de tantas dulzuras y consuelos, que tenía que exclamar: ¡Basta, Señor, basta!

Cierto día, incluso, sintió tal ímpetu de amor de Dios, que su corazón era todo fuego; de suerte que sus costillas se dislocaron y desde entonces no volvieron a juntarse, lo que le ocasionó una especial palpitación del corazón que le duró por el resto de sus días.

MF 129,2,2 La obligación que tenéis de contar con gracias no sólo para vosotros, sino también para los demás, y de esforzaros por mover los corazones, os debe impulsar a dedicaros de manera particular a la oración, que es el ejercicio que Dios os ha señalado para que alcancéis sus gracias.

¿Es ése, pues, el que tomáis más a pechos? Tratad de realizar todas vuestras acciones en espíritu de oración. Es uno de los mejores medios para santificarlas.

MF 129,3,1 Punto III.

Este santo tuvo especial devoción a la Pasión de Jesucristo y a la Santísima Virgen.

No podía pensar en los sufrimientos de Jesús, ni hablar de ellos, sin echarse a llorar, pues se consideraba la causa de los mismos. Por lo cual decía, a veces, que la llaga del costado de Jesucristo era muy grande, pero que si Dios no le

detuviera la mano, la haría él mayor aún.
En ocasiones, también pasaba noches enteras conversando con la Santísima Virgen.
Estos dos amores, a Jesucristo y a la Virgen Santa, fueron de ordinario las devociones principales de los mayores santos. San Bernardo y san Francisco hallaban sus delicias en pensar en la Pasión de Jesucristo, y profesaban tan especial ternura a la Santísima Virgen, que la escogieron como protectora y sostén de sus órdenes respectivas.

MF 129,3,2 Consideradla del mismo modo vosotros, respecto de vuestro Instituto. Y puesto que la Pasión y la muerte de Jesucristo fueron los medios de santificación para todo el mundo, pedid a Dios, con frecuencia, que aplique sus méritos con abundancia, tanto a vosotros como a los niños que os están confiados.

130

MF 130

Meditación sobre santa Magdalena de Pazzi

29 de mayo; nuevo calendario, 25 de mayo

MF 130,1,1 Punto I.
Esta santa sobresalió por el ardiente amor de Dios, que la movía, ya desde temprana edad, a no hablar más que de Dios y a dedicarse intensamente a la oración, convencida de que habiendo sido creada sólo para Dios, no había nada, fuera de Él, que mereciese su atención y su afecto.
El amor que tenía a Dios y a cuanto atañe a su servicio, la movió, en cuanto hizo su primera comunión, a retirarse del mundo, ya que había resuelto hacerse religiosa. Y aunque sólo contaba diez años, se consagró a Dios por el voto de virginidad.

MF 130,1,2 Vosotros os dedicáis a menudo a la oración y tenéis la dicha de poder conversar con Dios. ¿Tenéis cuidado de aprovechar esta ventaja? ¿Sois fieles, en las conversaciones que mantenéis con vuestros Hermanos, a no hablar más que de Dios, de lo que a Él se refiere y de lo que os puede impulsar a su santo amor?

MF 130,2,1 Punto II.
El vivo amor que sentía por Dios la impulsó, sobre todo, a comulgar con frecuencia, por el deseo que sentía de unirse íntimamente a Jesucristo Nuestro Señor. Por lo cual, siendo aún niña y no pudiendo comulgar por su corta edad, se acercaba a su madre cuando comulgaba, y no se apartaba de ella durante todo el día, por el gozo que sentía de estar cerca y tocar a una persona que había recibido el precioso cuerpo de Jesucristo.
Por esta razón le permitió su confesor comulgar desde los diez años. Incluso, al hacerse religiosa, escogió la orden de las Carmelitas porque en ésta la comunión era más frecuente que en muchas otras.

MF 130,2,2 ¿Os sentís, del mismo modo, inclinados a comulgar con frecuencia? Tenéis en vuestro Instituto la suerte de poder hacerlo: ¿os conformáis en esto a los usos

establecidos en él? ¿Os acercáis a la sagrada comunión por el tierno amor que sentís hacia ella? Consideradla como el mayor beneficio y la mayor dicha que podáis disfrutar en este mundo.

MF 130,3,1 Punto III.
Esta santa demostró también el vivo amor que tenía a Dios sufriendo mucho por Él. Su más ardiente deseo era imitar en todo la vida y la pasión de Jesucristo.
Cuando tenía sólo doce años, tomó unas ramas de naranjo muy punzantes que había entretejido en forma de corona, se las apretó sobre la cabeza, y pasó toda una noche con vivos dolores. Acostumbraba a disciplinarse con frecuencia con cadenas de hierro, y a llevar un asperísimo cilicio con cinturón guarnecido con púas agudísimas.
Padeció, además, fuertes tentaciones y duras penas interiores.

MF 130,3,2 ¿Gustáis así vosotros de sufrir por Dios? Sabed que lo que mejor manifiesta el amor que se le profesa, es cuando uno se goza en soportar algo para conformarse a Jesucristo crucificado y para complacer a Dios.
Eso será también lo más adecuado para atraer abundantemente las gracias de Dios sobre vosotros.

131

MF 131

Para la fiesta de san Germán, obispo de París

27 de mayo

MF 131,1,1 Punto I.
San Germán fue preservado de morir en su infancia, e incluso antes de nacer, por muy especial providencia de Dios, que lo destinaba a trabajar intensamente por el bien de su Iglesia. Esto le proporcionó la dicha de retirarse a vivir con uno de sus tíos, hombre de profunda piedad, que puso particular esmero en su educación. Él mismo lo instruyó y lo formó en las ciencias y en las prácticas de una sólida virtud; gracias a ello alcanzó extraordinaria santidad.

MF 131,1,2 Adorad la paternal providencia de Dios con vosotros, que os retiró del mundo para disponeros a adquirir la virtud que necesitáis para cumplir bien vuestro empleo y para educar a muchos niños en el espíritu del cristianismo.
¿Correspondéis a los designios de Dios sobre vosotros y tratáis de llegar, en vuestro estado, a tal santidad que os permita hacer santos a aquellos de cuya dirección estáis encargados?

MF 131,2,1 Punto II.
Este santo fue elevado al sacerdocio y, aunque muy joven, manifestó tal prudencia en su proceder y llevó vida tan santa, que poco después fue elegido abad de numerosos religiosos, en el monasterio que hoy lleva su nombre.
En él dirigió a sus hermanos con fervor y con celo infatigable; así vino a ser

para ellos modelo de todas las prácticas regulares. Sus vigilias, oraciones y mortificaciones eran continuas.

MF 131,2,2 ¿Sois vosotros totalmente regulares en vuestra comunidad? Es el auténtico medio para atraer sobre vosotros las gracias de Dios necesarias para cumplir los deberes de vuestro estado y del ministerio al que Dios os llamó. Cuanto más exactos seáis en la regularidad, en mejor estado os hallaréis para atraer a los niños hacia Dios e inspirarles verdadera y sólida piedad.

Como ése es el fin de vuestro estado, adoptad, para conseguirlo, los medios que más os convienen y que Dios mismo exige de vosotros para conseguirlo.

MF 131,3,1 Punto III.

Habiendo sido san Germán elegido obispo de París, por su insigne santidad y por los numerosos milagros que obraba, no disminuyó en nada sus ejercicios de oración y de mortificación. Pasaba noches enteras en las iglesias, orando a Dios; vestía siempre igual, en invierno como en verano; y practicaba tan duras mortificaciones que, según el historiador de su vida, a falta de quien lo hiciera sufrir el martirio, él mismo se martirizaba.

Todas esas prácticas de piedad en las que se ejercitó comunicaron a sus instrucciones particular fuerza para convertir a los pueblos. Por ello se dice de él que fue comparable a los apóstoles, tanto por el elevado número de milagros como por los frutos maravillosos de sus enseñanzas.

MF 131,3,2 Vosotros ejercéis un empleo que, aunque parezca de poca consideración ante los hombres, tiene, sin embargo, la misma finalidad que el de este santo. Para desempeñarlo bien, imitadlo, tomando los mismos medios que él utilizó. Si son los mismos, resultarán tan eficaces como lo fueron para él.

132

MF 132

Sobre san Norberto

6 de junio

MF 132,1,1 Punto I.

San Norberto se educó desde joven en la corte del emperador; pero prevenido por la gracia, se sintió impulsado por una moción extraordinaria del Espíritu de Dios y, abandonando la corte, se retiró totalmente del mundo para abrazar el estado eclesiástico, en el que se dedicó a predicar más con el ejemplo que con sus palabras. Ello fue causa de que sus predicaciones producían copiosos frutos y ganaban mucha gente para Dios.

MF 132,1,2 Puesto que por vuestro estado estáis obligados a instruir a los niños, debéis estar animados intensamente del espíritu cristiano, para comunicárselo, y mostrar un exterior muy edificante, para poder servir de modelo a quienes estáis encargados de enseñar.

Es preciso que puedan aprender de vuestro recogimiento la modestia que ellos deben practicar; que vean en vosotros la cordura con que deben proceder; y que vuestra piedad les sirva de norma en la iglesia y en las oraciones.

MF 132,2,1 Punto II.

El Espíritu de Dios, que animaba a este santo, le impulsó a renunciar a sus beneficios, a vender sus bienes patrimoniales y a distribuir el dinero entre los pobres.

Llevó, además, vida en extremo austera, y escogió a algunos compañeros, que *iban a predicar de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, como hacían los setenta discípulos de Jesucristo* [1].

Vivían todos como él, en suma austeridad y mortificación del cuerpo; caminaban descalzos, sólo comían una vez al día y guardaban perpetua abstinencia de carne.

Todos sus ejercicios se reducían a obedecer, aplicarse a la oración, mortificarse y predicar el Santo Evangelio. De este modo formó san Norberto su orden, la cual contó con numerosos religiosos, que produjeron frutos muy abundantes en la Iglesia.

MF 132,2,2 Vosotros tenéis una finalidad muy semejante a la que tuvo este santo al fundar su orden, que era anunciar las verdades del Evangelio a los pobres. Servíos, pues, de los mismos medios de que se valió él para conseguirlo, que son la oración y la mortificación.

MF 132,3,1 Punto III.

El ayuno extraordinario y las eminentes virtudes de san Norberto sirvieron para que lo escogieran, bien a su pesar, para ser elevado al episcopado.

En el ejercicio de este cargo, no podía soportar el vicio, y lo censuraba con valentía en todos aquellos que se entregaban a él escandalosamente.

Esto dio ocasión a que algunos se ofendieran y buscaran la oportunidad de darle muerte. Tan cierto es que los impíos y libertinos no pueden soportar que alguien se oponga a sus desórdenes.

Superado este peligro, combatió a un hereje que negaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, y desbarató su error.

¿No son ésas las funciones del obispo, oponerse a los vicios y mantener la fe en su vigor y firmeza?

MF 132,3,2 Eso es también lo que vosotros no podéis excusaros de hacer, si queréis cumplir bien vuestro ministerio: impedir que vuestros alumnos se entreguen al vicio y al desorden, e imprimir en su espíritu, de manera firme y segura, las verdades de nuestra fe, que son los cimientos de nuestra religión.

MF 132,2,1: [1] Lc 10,1

133

MF 133

Sobre santa Margarita, reina de Escocia

10 de junio; nuevo calendario, 16 de noviembre

MF 133,1,1 Punto I.

Esta reina tuvo virtud y piedad muy singulares. Mostraba tal recato, prudencia

y gravedad en su proceder, que no se la podía mirar sin que infundiese respeto.

Sentía tan profundo amor a la oración, que puede decirse que su principal ocupación era orar. Todas las noches, incluso, después de descansar un poco, iba a pasar mucho tiempo en la iglesia, y no permitía que en ella le hablasen de ningún asunto profano.

¡Ah, cuán sólida es la piedad cuando se fundamenta en la virtud! ¡Y cuán verdadera y segura es la virtud cuando va acompañada de la piedad!

MF 133,1,2 Vosotros, en vuestro estado, disponéis de varios medios para practicar la virtud y ejercitar la piedad; tenéis la suerte de hacer oración con frecuencia, y de poder hacerla bien. ¿Os servís de todos estos medios que Dios os proporciona para salvaros y para adquirir la perfección de vuestro estado?

Si no sois fieles a ellos, merecéis que Dios os castigue severamente por tal negligencia.

MF 133,2,1 Punto II.

Su principal cuidado consistía en gobernar bien su casa, y que cuantos la componían se esforzasen por temer y amar a Dios. Incluso ejerció con sus hijos el oficio de maestra de escuela, enseñándoles por sí misma a leer. Se dedicaba, por encima de todo, a la educación de sus hijos, persuadida de que eso era lo más agradable a Dios que podía hacer; y por ello también era ése el principal motivo de sus oraciones.

MF 133,2,2 Esta santa es modelo excelente de lo que vosotros tenéis que hacer con los niños de los que Dios os ha encargado. Es una reina que considera como su primera ocupación lo que constituye lo esencial de vuestro estado.

Consideradlo como un honor y mirad a los niños de los que Dios os ha encargado como los hijos del mismo Dios. Poned mucho mayor esmero en su educación e instrucción que el que pondríais con los hijos de un rey.

MF 133,3,1 Punto III.

Su amor a los pobres fue extraordinario. Todas las mañanas se ocupaba de instruir a los niños pobres, y después les daba de comer; y como en ellos honraba a Jesucristo, los servía de rodillas.

Ella y su marido alimentaban a trescientos pobres en su propio comedor. Se dice, incluso, que a menudo tomaba de los bienes del rey, su esposo, para dar limosna, lo que él consentía complacido; y que con frecuencia enviaba al campo a informarse de la miseria de los pobres, a fin de hacer todo lo posible por aliviarlos.

MF 133,3,2 Por vuestro estado, estáis encargados de instruir a niños pobres. ¿Los amáis? ¿Tributáis honor, en su persona, a Jesucristo? Y con esta mira, ¿los preferís a los más acomodados? ¿Tenéis mayor consideración por aquéllos que por éstos? Esta santa os da ejemplo y os enseña con qué ojos debéis mirarlos.

134

MF 134

Sobre san Bernabé

11 de junio

MF 134,1,1 Punto I.

San Bernabé fue uno de los primeros en unirse a los apóstoles después de la Ascensión de Jesucristo y en demostrar singular desprendimiento de los bienes de la tierra; pues según lo que san Lucas refiere en los Hechos, *poseía un amplio terreno, lo vendió y puso el precio a los pies de los apóstoles* [1].

Por lo cual, desde entonces, gozó de la especial estima de los discípulos y de todos los fieles, y fue destinado a grandes empresas en la Iglesia, tanto por los apóstoles como por la divina voluntad, que se manifestó al respecto [2].

MF 134,1,2 No es fácil imaginar el bien que una persona desprendida puede realizar en la Iglesia. La razón es que en el desprendimiento se manifiesta mucha fe, puesto que uno se abandona entonces a la providencia de Dios, como el hombre que se hace a la mar sin velas ni remos.

Pedid a Dios, por intercesión de san Bernabé, el desinterés, tan necesario en vuestra profesión; y por vuestra parte, poneos en disposición de adquirirlo.

MF 134,2,1 Punto II.

El desprendimiento de san Bernabé le mereció tal abundancia de fe y de espíritu de religión, que san Lucas, haciendo su elogio en pocas palabras, dice que *era hombre lleno de bondad, henchido del Espíritu Santo y de fe* [3].

Esa bondad que lo llenaba y la ternura que sentía hacia el prójimo hicieron que *los apóstoles, durante cierta hambre que sobrevino, le encargaron, junto con san Pablo, de distribuir en Antioquía las limosnas que enviaban de Jerusalén* [4]. *Y la fe y el Espíritu de Dios de que estaba animado le hicieron realizar varios milagros, que dieron motivo para que fuera tomado por un dios, al igual que san Pablo* [5].

MF 134,2,2 ¿Procuráis mostrar tanta bondad y afecto a los niños que instruís como los que sentía san Bernabé hacia aquellos a cuya conversión y salvación se dedicaba?

Cuanta más ternura sintáis por los miembros de Jesucristo y de la Iglesia que os están confiados, tanto más producirá Dios en ellos admirables efectos de la gracia.

MF 134,3,1 Punto III.

Aunque san Bernabé no fuera uno de los doce apóstoles, poseyó, sin embargo, en plenitud la gracia del apostolado.

Según el relato de san Lucas, *fue el Espíritu Santo mismo quien les dijo, mientras algunos discípulos ofrecían sacrificio al Señor y ayunaban, que separaran a Saulo y a Bernabé para destinarlos a la obra a la que los había llamado. Por lo cual los discípulos le impusieron las manos, igual que a san Pablo* [6].

Enviado por el Espíritu Santo, produjo en Antioquía tan grandes frutos, por la predicación del Evangelio, que, como dice san Lucas, *hubo numerosas*

personas en aquel lugar que se convirtieron al Señor; y fue en Antioquía donde, por primera vez, los discípulos fueron llamados cristianos [7]. Con san Pablo, fue también el primero que predicó el Evangelio a los gentiles.

MF 134,3,2 Si, como san Bernabé, estáis llenos de fe y del Espíritu de Dios, como debéis estarlo en vuestro empleo, seréis la causa de que aquellos a quienes instruís sean cristianos; y no sólo de nombre, sino de que tengan también su espíritu y su proceder, y de que se hagan admirar por su piedad.

MF 134,1,1: [1] Hch 4,36-37. – [2] Cf. Hch 13,2. – **MF 134,2,1**: [3] Hch 11,24. – [4] Cf. Hch 11,28-30. – [5] Cf. Hch 14,2-13. – **MF 134,3,1**: [6] Hch 13,2-3. – [7] Hch 11,24-26.

135

MF 135

Sobre san Antonio de Padua

13 de junio

MF 135,1,1 Punto I.

Este santo dejó el mundo siendo muy joven, y entró en la Orden de los Canónigos regulares. Pero no pudiendo sufrir que en la casa donde estaba recibiera tan a menudo visitas de sus parientes, para evitarlas se retiró a otro monasterio muy alejado, donde llevó vida mucho más escondida.

MF 135,1,2 Vosotros necesitáis vivir en el retiro para aprender en él *la ciencia de la salvación* [1], que tenéis que enseñar a los demás. Ese es el fruto que de él habéis de sacar. Es preciso que en él os apliquéis a hablar de Dios, para poneros en condiciones de hablar provechosamente. Tened la certeza de que en el retiro y en el silencio es donde se aprende a hablar bien. Cuanto más os aficionéis a ellos, tanto más capaces os haréis para desempeñar bien vuestro ministerio con el prójimo.

MF 135,2,1 Punto II.

Este santo tuvo tal celo de la religión y de dar a conocer a Dios a los infieles, y tan vivo deseo del martirio, que habiendo visto a cinco religiosos de san Francisco que se dirigían a predicar el Evangelio a los moros, y enterándose más tarde de que habían sido martirizados, el anhelo de imitarlos, tanto en su predicación como en su martirio, le movió a tomar la decisión de ingresar en la Orden de san Francisco. En cuanto terminó su noviciado, obtuvo autorización para ir a África para trabajar en la conversión de los infieles.

MF 135,2,2 Por vuestro empleo tenéis obligación de enseñar las verdades de la fe a vuestros discípulos y de instruirlos en la religión. Debéis, incluso, consagraros totalmente y dar vuestra vida, si fuere preciso, para desempeñar bien este deber. ¿Lo hacéis así? ¿Y os halláis en esta generosa disposición?

MF 135,3,1 Punto III.

Destinado este santo, por orden de san Francisco, a la predicación, parecía como si Dios mismo le hubiese puesto en la boca su santa palabra, pues predicó

con admiración de cuantos lo oían, y obró conversiones de todo punto maravillosas.
Desempeñó con tanto éxito este santo ministerio porque se había preparado a él con el retiro y con la oración, porque no se dedicó a él sino por obediencia y porque siempre se mantuvo en oficios humildes, hasta que su superior le mandó predicar.

MF 135,3,2 Debéis trabajar en la salvación de las almas sólo por cumplir la voluntad de Dios y por sumisión a vuestro superior. Ese será el medio de santificaros en este empleo y de procurar la santificación de los demás.

MF 135,1,2: [1] Lc 1,37.

136

Sobre san Basilio

MF 136

14 de junio; nuevo calendario, 2 de enero

MF 136,1,1 Punto I.
Este santo fue educado en la piedad por su abuelo, y las instrucciones de aquel santo anciano imprimieron tal huella en su espíritu que renunció totalmente al mundo y se retiró a la soledad, donde construyó un monasterio y dio reglas sapientísimas a los religiosos que se pusieron bajo su dirección.
Allí se acostumbró, incluso, a vivir en tan dura abstinencia, que hacia el final de sus días su cuerpo estaba extremadamente consumido, a causa de las austeridades que siempre había practicado.
Con estos dos medios, la soledad y el ayuno, se dispuso este santo a obrar grandes bienes para la Iglesia.

MF 136,1,2 Si queréis producir abundantes frutos en las almas con el ejercicio de vuestro ministerio, nada os ayudará tanto como el alejamiento del mundo y la templanza; ésta contribuye mucho a conservar la pureza, y aquél atrae al alma con abundancia las gracias de Dios, no sólo para uno mismo, sino también para los demás.

MF 136,2,1 Punto II.
El espíritu de religión que este santo había adquirido en el desierto hizo que, llegado a obispo, inspirase tanta gravedad y devoción a cuantos estaban en su presencia en la iglesia que, habiendo acudido allí el emperador, quedó en extremo edificado de la modestia y el silencio de su clero y de todos los católicos, que estaban allí como ángeles, cantando en la tierra las alabanzas de Dios; e igualmente por el buen orden que se observaba, tanto en las ceremonias como en el canto de los salmos. Partió de allí maravillado y otorgó ricos dones a la Iglesia.

MF 136,2,2 De igual modo debéis estar vosotros tan llenos del espíritu de piedad, por la aplicación constante a la oración y al recogimiento, y de tal manera debéis habérselo infundido a vuestros discípulos, que cuantos los vean admiren su

circunspección y su modestia en la iglesia.
De lo contrario, temed que su inmodestia recaiga sobre vosotros e irrite al cielo, por ser la causa de ella, por el poco recogimiento que mostráis vosotros mismos en el lugar santo, donde debéis velar sobre ellos.

MF 136,3,1 Punto III.
Este santo, siendo obispo, mostró también tan vivo celo en sostener y defender a la Iglesia, que fue uno de sus más ilustres defensores contra el arrianismo, procurando con toda la diligencia posible, unir el espíritu de los fieles en una misma fe, y sus corazones en los mismos sentimientos de caridad y religión.
Todos sus desvelos por la paz de la Iglesia le atrajeron la persecución de los herejes, e incluso la del emperador, que presionado e importunado por las peticiones de aquéllos, quiso desterrarlo; pero cuando este príncipe se dispuso a firmar el edicto de condena, su mano no pudo, en forma alguna, escribir ni una palabra. De ese modo protege Dios a quienes toman partido por Él.

MF 136,3,2 No toleréis de ningún modo a los libertinos entre aquellos a quienes enseñáis. Haced que la piedad sea su patrimonio, así como el vuestro. *El mundo os perseguirá* [1], pero Dios mismo será vuestro defensor.

MF 136,3,2: [1] Jn 15,20.

137

MF 137

Sobre san Paulino, obispo de Nola

22 de junio

MF 137,1,1 Punto I.
San Paulino manifestó profundo desprendimiento de los placeres, de las comodidades de la vida y de todos los bienes de la tierra.
Nada más casarse, animó a su mujer a guardar con él continencia, de modo que vivieron juntos como hermano y hermana. Luego vendieron todos sus bienes, distribuyeron a los pobres la parte principal y el resto lo emplearon en construir una iglesia en honor de san Félix, en la cual veló san Paulino todas las noches por el resto de su vida.
Hecho prisionero por los godos, y como lo amenazaran de muerte si no les entregaba todos sus tesoros, pidió a Dios que no permitiera que lo atormentasen por el oro o la plata, puesto que Dios sabía dónde había puesto toda su riqueza.
Esto dio ocasión a san Agustín para decir que toda la riqueza de san Paulino estaba en Dios, ya que no deseaba poseer otra cosa que Dios. Fue, sin duda, la renuncia a todas las cosas la que lo había puesto en tal disposición.

MF 137,1,2 Vosotros habéis renunciado exteriormente al mundo y a cuanto buscan en él los hombres para su satisfacción. Tened cuidado de que esta renuncia sea interior y que os lleve al total desprendimiento. Pedidlo por intercesión de san Paulino.

MF 137,2,1 Punto II.

Era tan admirable el amor que este santo sentía hacia los pobres, que habiéndose hecho pobre por Jesucristo, jamás rehusó dar limosna. Y cierto día que un pobre se presentó ante su puerta, mandó que le dieran el único pan que quedaba; mas como su mujer no quiso hacerlo, por temor a caer en extrema necesidad, Dios proveyó en el caso, pues a la hora de la comida le llegaron varias barcas cargadas de trigo, y le dijeron, al mismo tiempo, que otra, también cargada, se había perdido. Esto le dio ocasión para decir a su esposa que hubiera debido confiar más en Dios, pues por no haber querido dar un pan, Dios les había hecho perder aquella barca llena de trigo.

MF 137,2,2 ¿Amáis así vosotros a los pobres? Dios os pide, no que les deis la limosna corporal, sino la espiritual, que es tanto más importante cuanto que la vida del cuerpo no es nada en comparación con la del alma, que es inmortal.

MF 137,3,1 Punto III.

Este santo no se contentó con esa caridad hacia los pobres, aunque poco común. La llevó, incluso, hasta el exceso, como se ve en un ejemplo relatado por san Gregorio Magno.

Una madre se hallaba desolada porque los vándalos habían tomado prisionero a su hijo, y el yerno del rey lo había hecho su esclavo; no halló otro remedio a su pena que recurrir a san Paulino, quien no teniendo nada que darle, se entregó él mismo de buena gana como esclavo en lugar del hijo de aquella viuda, para liberarlo.

Dios bendijo tanto aquella caridad sin parangón, que algún tiempo después fue devuelto con honor a su obispado, acompañado de todos los cautivos de su diócesis, que le fueron entregados y puestos en libertad.

MF 137,3,2 Vosotros os habéis comprometido con Dios en lugar de aquellos a quienes instruís; y al encargaros del cuidado de sus almas, ***le habéis ofrecido, en cierto modo, alma por alma*** [1].

¿Habéis pensado alguna vez en el compromiso que habéis contraído al encargaros de aquellos que Dios os encomienda, para corresponder a él? ¿Tenéis tanto cuidado de su salvación como de la propia vuestra? Para procurársela, no sólo debéis poner en ello todo vuestro empeño, sino dedicar toda vuestra vida y toda vuestra persona.

MF 137,3,2: [1] Ex 21,23.

138

MF 138

Para la fiesta de la Natividad de san Juan Bautista

24 de junio

MF 138,1,1 Punto I.

San Juan tiene el singular privilegio de que se venere en la Iglesia su nacimiento, como se venera también el de Jesucristo, pues, dice san Bernardo,

fue santo ya desde su nacimiento, por *haber sido santificado en el seno de su madre por el mismo Jesucristo, cuando la Santísima Virgen fue a visitar a santa Isabel* [1].

Como pertenecía muy de cerca a Jesucristo, por *haber sido escogido por el Padre Eterno para que fuera su precursor* [2], era muy conveniente que fuera elevado en gracia por encima de los demás hombres, y que su santidad se mostrase desde su nacimiento. Por eso dijo Jesucristo que *entre todos los hombres, no ha habido nadie mayor que san Juan Bautista* [3].

MF 138,1,2 Honremos con la Iglesia el nacimiento de san Juan, como la fuente de su santidad y de la santificación de muchos. Y puesto que no hemos nacido santos, pidamos que el segundo nacimiento, que hemos recibido al retirarnos del mundo, sea para nosotros el principio de nuestra santificación; y para decirlo con san León, que no recaigamos en la bajeza de nuestro primer nacimiento, por un comportamiento poco conforme al estado que hemos abrazado.

MF 138,2,1 Punto II.

San Juan fue también santo por la vida que llevó. Apenas supo andar se fue al desierto [4] para vivir apartado de toda relación; y por santos que fueran sus padres y por muy desprendidos que estuviesen del mundo, su piedad no le parecía modelo adecuado de la que Dios exigía de él.

Era necesario que fuera a aprender del mismo Dios, en el retiro y en el ejercicio de la oración, cuál debería ser su forma de vida, y que practicara austeridades de todo punto extraordinarias, *sustentándose sólo con langostas y miel silvestre* [5] para lograr la santidad a que Dios le llamaba.

MF 138,2,2 De ese modo se dispuso *a predicar la penitencia* [6]. El medio infalible para predicarla con eficacia es practicarla.

La Iglesia, en su oficio, da además otra razón del retiro y de la mortificación de este santo, y es el temor a mancillar su alma con el más leve pecado.

Esas son también las dos razones que deben impulsaros a vivir alejados del mundo y a observar comportamiento prudente y regular.

MF 138,3,1 Punto III.

Con su vida penitente en el desierto, hasta los treinta años, se puso san Juan en condiciones de predicar santamente. Entonces, dice el Evangelio, *puso el Señor su palabra en su boca, y de inmediato recorrió todo el país del otro lado del Jordán, predicando la penitencia para la remisión de los pecados. Todo el pueblo acudía a él; incluso los publicanos y los soldados* [7], *y a todos les decía lo que tenían que hacer para salvarse* [8].

Muchos de los que acudían a él seguían sus consejos y se convertían a Dios.

El ejemplo de su vida retirada y austera ganaba fácilmente los corazones y los movía a hacer penitencia por sus pecados.

MF 138,3,2 Tenéis la obligación, por vuestro estado, de anunciar todos los días las verdades del Evangelio. Antes de enseñarlas a los demás, practicad las que son habituales de todos los cristianos. Si no tenéis la gracia de ser precursores de Jesucristo, como san Juan, sí tenéis la de ser sucesores suyos en el ministerio.

Pero tened la seguridad de que no la haréis eficaz para los otros sino en la

medida en que produzca su efecto en vosotros. Procurad que sea así, y sin demora.

MF 138,1,1: [1] Lc 39-44. – [2] Lc 1,17. – [3] Mt 11,11. – **MF 138,2,1**: [4] Lc 1,80. – [5] Mc 1,6. – **MF 138,2,2**: [6] Mc 1,4. – **MF 138,3,1**: [7] Lc 3,2-3. – [8] Cf. Lc 3,10-14.

139

MF 139

Para la fiesta de san Pedro

29 de junio

MF 139,1,1 Punto I.

No hay que extrañarse de que san Pedro fuera tan querido por Jesús ni de que fuera establecido por Él mismo *cabeza de su Iglesia* [1]: fue su sólida fe la que le mereció tal honor. También fue ella la que le movió a renunciar a todas las cosas para ***seguir a Jesucristo y unirse plenamente a Él*** [2].

Es verdad, dice san Jerónimo, que san Pedro dejó pocas cosas, si se considera lo que poseía, pues sólo dejó una barca y las redes. Pero si se atiende a que renunció al mismo tiempo al deseo de poseer, dejó mucho, dice el santo, porque renunció a lo que goza de mayor estima en el mundo y lo que es más capaz de atraer y ocupar el corazón de los hombres.

MF 139,1,2 La fe de que entonces estaba penetrado le impulsó a realizar aquella generosa acción; pues Jesucristo era un hombre corriente, a los ojos del mundo y, por entonces, sin brillo; y sólo la fe viva podía ser capaz de mover a dejarlo todo para seguirlo, ya que según todas las apariencias, nada se podía esperar de Él.

¿Habéis renunciado realmente a todo, de corazón y de afecto, y os habéis puesto bajo la sola protección de Dios y con total abandono a su providencia? Haced este acto generoso, a imitación y por intercesión de san Pedro.

MF 139,2,1 Punto II.

La gran fe de este santo apóstol le impulsó a seguir siempre a Jesucristo, y, de los tres que lo acompañaron en las principales acciones de su vida, *es el que aparece nombrado en primer lugar por el santo Evangelio* [3]. Fue también *el primero de los apóstoles que fue al sepulcro para buscar allí el cuerpo de su querido maestro* [4], lo que prueba el sumo afecto que sentía por Él.

Su fe resplandeció incluso con tanta fuerza por encima de la de los demás apóstoles, que cuando Jesucristo les interrogó, para saber por ellos lo que los hombres pensaban de Él, y luego les preguntó qué pensaban ellos mismos, san Pedro, iluminado como estaba, según el testimonio de Jesucristo, con luz incomprensible al espíritu humano y que sólo podía venirle del cielo, respondió: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* [5]; por lo cual le encomendó Jesucristo el cuidado de su Iglesia.

MF 139,2,2 Persuadíos de que no contribuiréis al bien de la Iglesia en vuestro ministerio, sino en la medida en que poseáis la plenitud de la fe y os guiéis por el espíritu de fe, que es el espíritu de vuestro estado, y del que debéis estar animados.

MF 139,3,1 Punto III.

También por efecto de su fe extraordinaria, tan pronto como todos los demás apóstoles recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, predicó san Pedro con tanta energía y con tanto vigor, que *la multitud innumerable que estaba presente, de todas las naciones, y en la que cada uno le oía hablar en su lengua* [6], quedara tan sorprendida de lo que les decía, aunque en términos muy sencillos, que *tres mil se convirtieron allí mismo* [7] y abrazaron la fe de Jesucristo, y *cinco mil* [8] pocos días más tarde.

Igualmente, fue esta fe de san Pedro la causa de que obrara numerosos milagros, que su palabra fuera eficaz y que *incluso su sombra curase a los enfermos* [9].

MF 139,3,2 ¿Poseéis vosotros tal fe que sea capaz de mover el corazón de vuestros alumnos e inspirarles el espíritu cristiano?

Ése es el mayor milagro que podéis realizar y el que Dios os exige, puesto que es el fin de vuestro empleo.

MF 139,1,1: [1] Mt 16,15-19. – [2] Mt 19,27. – **MF 139,2,1**: [3] Mt 17,1; Mc 9,2; 14,33; Lc 9,28; Mt 26,37. – [4] Lc 24,12; Jn 20,3-8. – [5] Mt 16,16. – **MF 139,3,1**: [6] Hch 2,5-7. [7] Hch 2,41. – [8] Hch 4,4. – [9] Hch 5,15.

140

MF 140

Sobre san Pablo

30 de junio; nuevo calendario, 29 de junio

MF 140,1,1 Punto I.

Lo más admirable en san Pablo es el ardor y la amplitud de su celo. Primero lo demostró en la defensa de *la fe de Moisés, en la que había sido muy bien instruido* [1].

Como era persona muy perspicaz, al ver que la religión cristiana comenzaba a extenderse por Judea por la predicación de los apóstoles, no hubo medio que no empleara para oponerse a ella y destruirla.

También, como efecto de tal celo, *contribuyó a lapidar a san Esteban* [2], a pesar de ser pariente suyo; y, después de haber hecho todo lo que pudo contra los fieles de Jerusalén, *se arregló para obtener cartas para ir a perseguir a los de la ciudad de Damasco* [3].

El celo de la ley de Dios era lo que le impulsaba a emprender todos aquellos viajes y todas aquellas persecuciones contra los cristianos [4]. Pero *hacía todo esto por ignorancia* [5], como dice él mismo; por lo cual Dios no lo dejó en el error y lo iluminó de forma realmente milagrosa.

MF 140,1,2 Vosotros tenéis la suerte de conocer la verdad, y la dicha de haber nacido y haber sido educados en la religión cristiana; es necesario que pongáis vuestro primer empeño en defenderla. ¿Ponéis tanto celo en ello como el que tenía san Pablo en conservar la ley de los judíos?

Contáis con un medio fácil a través de la instrucción de los niños, enseñándoles las verdades y las santas máximas del Evangelio, y oponiéndoos firmemente a

cuanto pudiera inspirarles en contra el espíritu de libertinaje.

MF 140,2,1 Punto II.

Una vez que Jesucristo, por sí mismo, convirtió a san Pablo y le enseñó su religión, *sin ayuda de hombre alguno* [6], el santo la predicó luego con tanto celo y con tal éxito, que, como dice él mismo, *trabajó más que todos los demás apóstoles por la propagación de la fe en Jesucristo* [7].

Su único afán era procurar la conversión de las almas, y particularmente *de los gentiles, de quienes Dios,* dice, *por su poder, le constituyó apóstol* [8].

También logró frutos notables en muchas provincias, por la predicación y por los prodigios y milagros de toda especie que obraba para el establecimiento del cristianismo. Por lo cual, en cierta ocasión, *quisieron ofrecerle sacrificios como a un dios que hubiera descendido del cielo y tomado forma humana* [9].

De hecho, llevaba vida más celestial que humana, no pensando sino en ganar almas para Dios, instruyéndolas, sosteniéndolas y consolándolas.

MF 140,2,2 Ha sido Dios quien, con su poder y por bondad muy particular, os llamó para llevar el conocimiento del Evangelio a los que aún no lo han recibido. Consideraos, pues, como los ministros de Dios y cumplid las obligaciones de vuestro empleo con todo el celo posible y como quien ha de darle cuenta de ello.

MF 140,3,1 Punto III.

No puede ser el celo más seguro y sólido que cuando se mantiene en medio de los más duros sufrimientos y de las más recias persecuciones. Y fue así como se puso a prueba el de san Pablo:

Fue varias veces encarcelado; recibió muchas heridas; a menudo, reducido casi a la muerte, por los golpes que le dieron; cinco veces fue cruelmente azotado; tres veces azotado con varas y una vez lapidado; tres veces naufragó y pasó un día y una noche en los abismos del mar; se vio en peligro de caer en mano de ladrones; los de su nación le tendieron asechanzas, igual que los gentiles; soportó aflicciones y dolor, largas vigilias, hambre, sed y frío [10]; y *en medio de todas estas dificultades su celo nunca disminuyó* [11].

MF 140,3,2 Vosotros necesitáis mucho celo en vuestro ministerio. Imitad el de este santo apóstol de tal modo que ni los ultrajes, ni las injurias, ni las calumnias, ni las persecuciones, sean cuales fueren, puedan menguarlo en nada ni arrancaros de la boca queja alguna, *considerándoos muy dichosos de sufrir por Jesucristo* [12].

MF 140,1,1: [1] Hch 22,3. – [2] Hch 7,58. – [3] Hch 9,1-2. – [4] Hch 26,11. – [5] 1Tm 1,13. – **MF 140,2,1**: [6] Ga 1,11. – [7] 1Co 15,10. – [8] Ga 2,8. – [9] Hch 14,11-13. – **MF 140,3,1**: [10] 2Co 11,23-27. – [11] 1Co 4,11-13. – [12] 2Co 12,10; Hch 21,13.

141

MF 141 **Para la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen**

2 de julio; nuevo calendario, 31 de mayo

MF 141,1,1 Punto I.

Admiremos *la presteza de la Santísima Virgen en ir a visitar a santa Isabel en cuanto conoció la voluntad de Dios. Emprendió este viaje sin demora, a pesar de lo difícil del camino, lleno de montañas* [1], teniendo sólo en vista cumplir lo que Dios quería de ella; y eso era lo que tomaba más a pechos.

Esta prontitud atrajo sobre ella las bendiciones de Dios en esta visita, y fue causa de que Dios obrase por su medio grandes prodigios.

MF 141,1,2 Debe uno considerarse dichoso cuando Dios lo visita con sus inspiraciones. Seamos fieles a ellas, pues de ordinario Dios une a esta fidelidad numerosas gracias, que otorga sólo en la medida en que se cumple lo que Él manifiesta desear de aquellos a quienes se las da. Dios no nos envía sus santas inspiraciones sino para disponernos a llevarlas a la práctica, con la mira de cumplir exactamente su santa voluntad.

MF 141,2,1 Punto II.

Dios urgía a la Santísima Virgen a que fuese a visitar a santa Isabel, porque quería santificar a Juan Bautista, por la presencia de Jesucristo, su Hijo, y librarlo del pecado original cuando estaba todavía en el seno de santa Isabel, su madre.

Como san Juan debía ser el precursor de Jesús, era muy conveniente que fuera santificado con antelación, por gracia particular de *Jesucristo, que había de ser el salvador de todos* [2], y cuya venida tenía él que anunciar.

MF 141,2,2 Con este propósito inspiró Dios a la Santísima Virgen, tan pronto como hubo concebido, que fuera con prontitud a visitar a su prima, para que Jesucristo diera a conocer su venida a san Juan, y para que de ese modo obrara su primer milagro en provecho de su precursor, cuando aún estaba encerrado en el seno de María, y que san Juan honrara a Jesús *saltando de júbilo* [3] por la presencia de su salvador.

Roguemos a Jesús que se digne visitarnos y que haga en favor nuestro algún milagro de la gracia, impulsándonos a hacernos intensa violencia para practicar alguna virtud hacia la cual sentimos mucha repugnancia.

MF 141,3,1 Punto III.

Dios, en esta visita, no se contentó con otorgar una gracia extraordinaria a san Juan, en virtud de la presencia de Jesús, su Hijo único. Quiso, además, mediante la presencia de la Santísima Virgen, comunicarse a santa Isabel de tal modo, que *de inmediato fue henchida del Espíritu Santo* [4], y *supo que María era la Madre de Dios* [5]. Todo lo cual le permitió comprender cuán grande era la dicha que disfrutaba, y cuánta razón tenía *para sorprenderse de que la madre de su Señor fuera a visitarla* [6].

MF 141,3,2 Admirad cuán beneficiosa fue la visita de la Santísima Virgen para san Juan y

para santa Isabel. Y puesto que tenéis el honor de ser visitados por Dios todos los días en la oración, y a menudo por Jesús en la sagrada comunión, procurad que sus visitas no os resulten inútiles; y que una y otra os obtengan tal abundancia de gracias, que os permitan adquirir siempre algunas virtudes y a tender de manera especial a la perfección.
Y no dejéis de examinar, de vez en cuando, cuál es el fruto que habéis sacado de ellas.

MF 141,1,1: [1] Lc 1,39-40. – **MF 141,2,1**: [2] 1Tm 4,10. – **MF 141,2,2**: [3] Lc 1,44. – **MF 141,3,1**: [4] Lc 1,41. – [5] Lc 1,42. – [6] Lc 1,43.

142

MF 142

Sobre san Buenaventura

14 de julio; nuevo calendario, 15 de julio

MF 142,1,1 Punto I.
Tuvo este santo tan vivo amor a la pobreza que, para dar a conocer la excelencia de esta virtud, compuso un libro que tituló *Apología de los pobres.*
En él muestra que la pobreza voluntaria es el fundamento de la perfección evangélica, pues mediante la renuncia a todas las cosas y al deseo de poseer, lo cual se denomina pobreza de espíritu, se corta y arranca *la raíz de todos los males, que es la concupiscencia* [1], dice san Pablo.

MF 142,1,2 Por lo cual, dice san Buenaventura, cuando Jesucristo quiso llevar a sus discípulos a la perfección, comenzó dándoles a conocer *la dicha de que gozan los verdaderos pobres de espíritu* [2], y después los instó a practicar la pobreza, diciéndoles que *si querían ser perfectos, era necesario que vendieran cuanto poseían, y que lo diesen a los pobres* [3].
San Buenaventura, en este libro, no enseñó sino lo que él mismo practicó; así, al hacerse religioso, escogió la orden más pobre de la Iglesia.
Penetrémonos de los sentimientos de este santo doctor e imitemos sus ejemplos.

MF 142,2,1 Punto II.
Poca estima merece la pobreza que no va acompañada de la humildad. Por eso, san Buenaventura se aplicó particularmente a esta virtud.
En cuanto ingresó en el noviciado su mayor placer consistía en barrer la casa, lavar los platos y dedicarse a los más bajos empleos del monasterio.
Fue esta virtud la que le movió a rehusar el arzobispado de York, en Inglaterra, y la que hizo necesario que el papa lo obligase, por mandato expreso, a aceptar el cargo de ministro general de su orden.
En esta función, aunque muy elevada, se condujo con sencillez tan grande que no se distinguía en nada de los demás religiosos; y que incluso, cuando fue creado cardenal, siguió viviendo sin ostentación y practicando la humildad religiosa. Dios le recompensó, además, con las luces del Espíritu Santo, de las

que fue favorecido de manera singular.

MF 142,2,2 Cuanto más humildes seáis, más colmados de gracias estaréis. Esta es virtud de la que tenéis mucha necesidad en vuestro estado.

MF 142,3,1 Punto III.

Lo que más acredita al religioso es la plena exactitud a la regularidad. Este santo la observó por encima de todo.

Compuso, incluso, libros referentes a las observancias regulares, en los cuales quiere que se tenga en cuenta hasta la última minucia, y que no se omita ninguna de ellas. Añade, además, que estas cosas parecen pequeñas y hasta bagatelas a quienes desconocen lo que es la vida religiosa; en donde, sin embargo, no hay nada pequeño, si se mira con los ojos de la fe cuanto en ella se practica.

MF 142,3,2 ¿Miráis vosotros así vuestras santas observancias? Cuanto más os apliquéis a lo que en vuestra Regla parece menos importante a los ojos de los hombres, tanto mayores consuelos encontraréis en vuestro estado y más amor a lo que en él está prescrito. Con cuanta mayor sencillez os conduzcáis en lo que se observa, más fácil os resultará su práctica.

MF 142,1,1: [1] 1Tm 6,10. – **MF 142,1,2**: [2] Mt 5,3. [3] Mt 19,21.

143

MF 143

Sobre san Alejo

17 de julio; en el nuevo calendario no figura

MF 143,1,1 Punto I.

El divorcio que mantuvo san Alejo con el mundo y con los placeres de la carne es de todo punto extraordinario.

Contra su inclinación contrajo matrimonio, sólo por pura sumisión al deseo de sus padres, que le obligaron a ello porque era hijo único. Pero arrepentido de ello, el mismo día de su matrimonio, movido por fuerte impulso de la gracia, abandonó en secreto la casa paterna y se marchó a una región muy alejada, donde permaneció desconocido durante diecisiete años, dedicándose de continuo a la oración y viviendo de forma muy austera.

Hubiera permanecido allí para siempre si la fama de su santa vida no lo hubiese dado a conocer, lo cual le forzó a abandonar el lugar donde moraba.

MF 143,1,2 Vosotros, que habéis abandonado el mundo, ¿habéis renunciado a él con tanta decisión como san Alejo? ¿Fue entonces vuestra intención, y sigue siéndolo al presente, no volver a tener nunca trato con el mundo y vivir en él totalmente desconocidos? Si es así, estaréis en disposición de trabajar útilmente en vuestro empleo.

MF 143,2,1 Punto II.

Este santo no se contentó con ser desconocido para el mundo, sino que quiso

vivir como pobre; y después de haber dado a los pobres cuanto poseía, vistió ropas de pobre y decidió pasar el resto de su vida practicando pobreza voluntaria; y fue ésta tan admirable, que vuelto a casa de sus padres, siguió viviendo como pobre entre las riquezas, y fue considerado como mendigo en medio de los bienes de que era dueño.

Eso es comportarse como hizo Jesucristo cuando estuvo en la tierra; pues aunque le perteneciera cuanto en ella había, permaneció, con todo, como extraño y como pobre que vivía de limosna, sin haber querido nunca poseer nada que pareciera ser suyo.

MF 143,2,2 Ya que tenéis la suerte de estar empleados particularmente en instruir a los pobres, debéis tenerlos, según el espíritu de vuestro Instituto, en mucha mayor consideración que a los ricos. Además, para tener cierta conformidad con ellos, tenéis que vivir como pobres, y desprendidos de todas las cosas. Tened, pues, tanto amor a la pobreza, como las gentes del mundo tienen a las riquezas.

MF 143,3,1 Punto III.

Este santo no amó menos el desprecio que la pobreza. Vuelto a Roma y habiendo rogado a su padre, que no lo conoció, que lo admitiese en su casa como un pobre, permaneció en ella diecisiete años, siempre oculto, encubierto, viviendo de las sobras que le daban por caridad, y abandonado de todos.

Los sirvientes de la casa lo despreciaban y a veces se reían de él, por su pobreza y por la miseria que mostraba en su exterior. En medio de los desprecios y de los oprobios, se alegraba de ser humillado en este mundo, por amor de Jesucristo.

¡Cómo pudo vivir tanto tiempo en casa del propio padre, en pobreza y humillación, sin querer darse a conocer! ¡Y, en aquel estado, haberse mostrado siempre contento, sin manifestar externamente el mínimo disgusto!

¡Ah!, ¡cuán humilde hay que ser y cómo hay que amar los desprecios para poder soportar constantemente tal carga de mortificación!

MF 143,3,2 Vosotros ejercéis un empleo que no es honroso más que ante Dios, porque sirve para extender su Reino. ¿Recibís con alegría los desprecios que os vienen de los hombres? Ya que *el Reino del Dios a quien servís y en quien esperáis, no es de este mundo* [1].

MF 143,3,2: [1] Jn 18,36.

144

MF 144

Meditación sobre santa María Magdalena

22 de julio

MF 144,1,1 Punto I.

Nunca se admirará bastante el tierno amor que santa María Magdalena tuvo a Jesucristo, atraída al ver sus milagros y por sus predicaciones, en extremo conmovedoras. Abandonó el mundo, en el que vivía enredada, y se entregó

plenamente a Jesucristo.

Nada la retuvo: ni el respeto humano, que le podría haber dado ocasión de sospechar lo que daría que hablar tal cambio; ni el apego a los placeres y comodidades de la vida; ni el pundonor, ya que Jesucristo no era apenas seguido sino por personas de la hez del pueblo.

Se decididó tan firmemente a seguirlo, que al mismo tiempo renunció a todas las cosas por amor suyo, sin miramiento alguno por todas aquellas consideraciones humanas.

MF 144,1,2 Vosotros, que os habéis retirado del mundo, ¿habéis renunciado a él de tal manera que no pensáis en absoluto en él? ¿Estáis plenamente hastiados de cuanto complace a la gente que vive en el siglo y no estáis ya apegados a nada?

MF 144,2,1 Punto II.

El amor que sintió por Jesucristo había penetrado de tal modo su corazón, que desde el momento en que se convirtió determinó no abandonarlo nunca.

Fue una de *las santas mujeres que lo seguían por doquier en sus viajes y se ocupaban de su sustento y el de sus discípulos* [1].

En un festín en que se hallaba Jesús, en Betania, poco antes de su muerte, derramó sobre sus pies un ungüento oloroso [2], y *lo acompañó, después, hasta en el Calvario, donde lo vio morir* [3], para atestiguar que amaba tanto a Jesucristo que no podía separarse de Él.

MF 144,2,2 ¿Sois fieles en seguir así a Jesucristo, tanto cuando os hace padecer como cuando os colma de bendiciones? ¡Ay!, ¿no mostráis resentimiento en cuanto os dicen una palabra que os molesta o ante alguna reprensión? En tales ocasiones es cuando debéis testimoniar que seguís a Jesucristo y que sois uno de sus discípulos.

MF 144,3,1 Punto III.

Cuando el amor es ardiente, es más fuerte que la muerte misma [4]. Eso se mostró en el de santa Magdalena, que fue tan vivo, que *desde que Jesucristo fue enterrado, se mantuvo cercana al sepulcro* [5]; y *habiendo comprado ungüentos en abundancia para embalsamar el cuerpo de Jesús, se dirigió a él muy temprano, el día de la resurrección, con otras santas mujeres* [6]; *al ver que la piedra que lo cubría había sido removida, corrió a decir a san Pedro y a san Juan que se habían llevado a su Señor* [7]; y como lo amaba con ternura, *permaneció muy próxima al sepulcro, llorando y mirando por todas partes* [8], hasta que *vio a dos ángeles que le aseguraron que Jesucristo había resucitado* [9].

MF 144,3,2 Por la constancia que manifestó esta santa junto al sepulcro de Jesucristo, mereció *ser la primera a quien se apareció después de su resurrección* [10]; y después de consolarla, *le mandó que fuera a anunciar a sus apóstoles que había resucitado, lo que hizo de inmediato* [11].

Por las delicadezas que tuvo con santa María Magdalena, Jesucristo dio a entender claramente qué bondad tiene Dios con aquellos que lo aman, y con cuánto afecto recompensa, ya en esta vida, el amor que se le tiene.

Vosotros debéis manifestar el vivo amor que sentís por Jesús, siendo asiduos a

conversar con Él en la oración, y resolviéndoos a recibirlo en la Eucaristía lo más a menudo que os sea posible.

MF 144,2,1: [1] Lc 8,2-3. – [2] Lc 7,37; Jn 12,3. – [3] Jn 19,25. – **MF 144,3,1**: [4] Ct 8,6. – [5] Mt 27,61. – [6] Mc 16,1-2; Lc 24,1. – [7] Jn 20,1-2. – [8] Jn 20,11-12. – [9] Lc 24,4-6; Jn 20,12. – **MF 144,3,2**: [10] Mc 16,9. – [11] Jn 20,17-18.

145

MF 145

Para la fiesta de Santiago el Mayor

25 de julio

MF 145,1,1 Punto I.

Aunque todos los apóstoles fueron muy amados de Jesucristo, por ser *sus queridos discípulos, a quienes confió sus misterios* [1], Santiago fue uno de los predilectos, y a quien comunicó más abiertamente sus secretos.

Tuvo la dicha de *estar presente en la transfiguración de Jesucristo y contemplar su cuerpo glorificado, aunque con gloria pasajera, lo cual no fue otorgado más que a su hermano san Juan y a san Pedro* [2].

También tuvo el privilegio de *acompañar a Jesucristo en el Huerto de Getsemaní* [3]*, donde fue entregado por Judas a los judíos, que se apoderaron de su persona* [4].

MF 145,1,2 ¿Estáis tan contentos de seguir a Jesús en el Calvario como en el Tabor? Incluso la mayoría de quienes parece que se entregan a Dios, anhelan participar de los consuelos de Jesucristo, pero muy pocos se alegran de participar en sus sufrimientos. Con todo, a ello nos exhorta san Pedro: *Alegraos,* dice*, cuando participéis en los sufrimientos de Jesucristo; sea ése el principal motivo de vuestro gozo* [5].

MF 145,2,1 Punto II.

Santiago, que tan especialmente fue amado por Jesucristo, también fue uno de los más considerados por los apóstoles. San Pablo, en una de sus epístolas, testifica que *Santiago era considerado como una de las columnas de la Iglesia* [6].

Si san Pablo, elegido de forma milagrosa e iluminado por Jesucristo, tuvo por Santiago tan alta estima y tan profundo respeto, justo es que vosotros lo honréis de modo especial, como a uno de los apóstoles más esclarecidos en las verdades de nuestra santa religión.

MF 145,2,2 Y puesto que debéis instruir a los niños que tenéis bajo vuestra tutela, pedid, por intercesión de este santo apóstol, la gracia de conocerlas debidamente.

MF 145,3,1 Punto III.

Santiago fue también uno de los más celosos en el progreso y en la defensa de la religión cristiana, como lo prueba el que *Herodes, considerando complacer a los judíos, mandó decapitarlo; lo cual fue efectivamente motivo de alegría para*

los judíos[7], que temían que el establecimiento de la religión cristiana contribuyese en gran manera a destruir la suya. Se cree que fue el primer apóstol que derramó su sangre por la fe de Jesucristo.

MF 145,3,2 Vosotros habéis sido puestos por Dios para suceder a los santos apóstoles en la exposición de la doctrina de Jesucristo y en el afianzamiento de su santa ley en la mente y en el corazón de aquellos a los que enseñáis, cuando dais el catecismo, que es vuestra principal función.

Consideraos *muy dichosos y bien recompensados cuando os llenen de oprobios y cuando soportéis todo tipo de ultrajes por amor de Jesucristo*[8]. Si los libertinos se complacen en causaros sufrimientos, sea también para vosotros honda satisfacción el soportarlos, puesto que ellos contribuyen a haceros morir a vosotros mismos.

MF 145,1,1: [1] Mc 4,11. – [2] Mt 17,1-2; Mc 9,2-3; Lc 9,28-29. – [3] Mt 26,37; Mc 14,33. – [4] Jn 18,2-12. – **MF 145,1,2**: [5] 1P 4,13. – **MF 145,2,1**: [6] Ga 2,9. – **MF 145,3,1**: [7] Hch 12,2-3. – **MF 145,3,2**: [8] Hch 5,41.

146

MF 146

Sobre santa Ana, madre de la Santísima Virgen

26 de julio

MF 146,1,1 Punto I.

Santa Ana, casada con san Joaquín, permaneció estéril durante veinte años, porque, según atestigua san Juan Damasceno, Dios quería con ello darle a entender que el hijo que habría de dar a luz sería un don de la gracia.

Además, ocupó esos veinte años en todo tipo de ejercicios de piedad, y haciendo muchas limosnas a los pobres, según sus posibilidades, para no añadir la esterilidad del alma a la del cuerpo; pues ése es el cuidado del alma que desea atraer sobre sí abundancia de gracias.

MF 146,1,2 Cuidad de no caer en esterilidad tal que os quite el gusto de la oración y el gusto de Dios. Procurad *que vuestros días sean llenos*[1], como se dice en la Escritura, por la práctica de buenas obras, conformes a lo que Dios exige de vosotros en vuestra profesión. Ése será el medio de vivir contentos y de contentar a Dios.

MF 146,2,1 Punto II.

Santa Ana, que se aplicó intensamente a la oración durante el tiempo de su esterilidad, para obtener de Dios la gracia de verse libre de ella, mereció, por su asiduidad a la oración, traer al mundo a la Santísima Virgen, madre de Jesucristo Nuestro Señor.

Admiremos cuán alto honor le hizo Dios al elegirla como madre de tan santa y excelente hija, y para ser, por consiguiente, la primera que había de contribuir al sublime misterio de la Encarnación.

He ahí cuál fue el fruto de sus fervientes y constantes plegarias; por lo que san

Juan Damasceno dice que igual que la antigua *Ana engendró por sus oraciones a Samuel* [2], del mismo modo, por su asiduidad a la oración, dio a luz santa Ana a la Santísima Virgen.

MF 146,2,2 Dios, que os ha escogido para que le deis a conocer, quiere también, por decirlo así, que engendréis, en los corazones de aquellos a quienes instruís, a la Santísima Virgen, su madre, inspirándoles tierna devoción hacia ella.
Es preciso que tal fecundidad sea en vosotros fruto de vuestras fervientes oraciones, de vuestro amor hacia la Santísima Virgen y del celo que pongáis en vuestras instrucciones para infundirles su amor.

MF 146,3,1 Punto III.
Santa Ana, después de haber dado al mundo a la Santísima Virgen, la ofreció a Dios como algo que le era debido, ya que provenía de Él y que había nacido para pertenecer de cerca al Hijo de Dios, puesto que debía ser su madre. Rectamente entendió que, habiendo sido honrada con tan sublime beneficio, debía manifestar a Dios su gratitud, ofreciéndole lo que de Él había recibido.
También se ofreció a Dios ella misma, y le consagró el resto de sus días. Al haberla preferido Dios a todas las mujeres del mundo para engendrar a la más santa y pura de todas las criaturas, era muy justo que, después de haber ofrecido su santísima hija a Dios, se consagrara también ella misma a Él, para no dedicarse sino a lo que miraba a su servicio.

MF 146,3,2 Vosotros recibisteis de Dios especiales gracias cuando os retiró del mundo y os llamó a un ministerio que mira sólo a la salvación de las almas. ¿Os habéis consagrado a Dios de tal forma que hayáis renunciado a todo, para no pensar más que en Él y en los deberes de vuestro empleo? Hacedlo, al menos, desde este momento, para disponeros a ejercer bien tan santo ministerio.

MF 146,1,2: [1] Gn 25,8. – **MF 146,2,1**: [2] 1S 1,20.

147

MF 147

Sobre santa Marta

29 de julio

MF 147,1,1 Punto I.
Santa Marta tuvo el privilegio de ser muy amada por Jesús, como lo testifica el Evangelio. Y por eso le hizo Jesús el honor de alojarse y comer varias veces en su casa. Éste fue también el motivo que impulsó a Jesús a ***ir al encuentro de Marta, aunque estaba muy lejos, para resucitar a su hermano Lázaro*** [1].
No se puede imaginar cuánto provecho sacó esta santa de las frecuentes visitas de Jesús. Puede decirse que, después de la Santísima Virgen, fue santa Marta una de las personas más honradas por Jesucristo durante su vida, pues con frecuencia ***recibió en su casa al mismo Hijo de Dios*** [2] que la Virgen santa había llevado en su seno; y que alimentó con sus bienes al que María había alimentado con su leche.

MF 147,1,2 Vosotros podéis disfrutar de mayor honor que el de esta santa, tantas veces como queráis, recibiendo a Jesuscristo dentro de vosotros en la sagrada comunión. Purificad vuestro corazón para disponeros a recibirlo con frecuencia y aprovechar de tan considerable favor.

MF 147,2,1 Punto II.

Esta santa mostró mucha gratitud por tantas finezas, y cada vez que Jesús le hizo la merced de visitarla, se esmeró en prepararle la comida y servirlo con todo el afecto posible. Es más, la diligencia que ponía en prestar a Jesucristo este servicio era, incluso, tan grande, que *en cierta ocasión se quejó de que su hermana, atenta a escuchar a Jesús, no se preocupaba de ayudarla* [3], pues nada tomaba tan a pechos como tratar bien a Jesús.

Profesaba, además, tal estima y tan profundo respeto a Jesús, que *cuando fue a resucitar a Lázaro, salió a su encuentro, a buena distancia, para recibirlo* [4].

MF 147,2,2 ¿Tenéis tanto ardor por comulgar como el que tenía santa Marta para recibir a Jesús en su casa y alimentarlo con sus bienes? El respeto que debéis manifestarle cuando entra en vosotros, consiste en no tolerar ninguna imperfección en vuestro corazón, y en ir a su encuentro preparando vuestra alma con especial devoción.

MF 147,3,1 Punto III.

Nada tan admirable como la fe que demostró santa Marta cuando Jesucristo resucitó a Lázaro. Dijo a Jesús que *si hubiera estado en su casa cuando su hermano enfermó, éste no habría muerto; pero que sabía que Dios le concedería cuanto le pidiese; y que, por lo tanto, si quería resucitarlo, lo haría fácilmente.*

Y cuando Jesús le dijo que su hermano resucitaría, ella confesó que era cierto que resucitaría en el momento de la resurrección general. Y al añadir Jesús que Él era la resurrección y la vida, y que quienes creyeran en Él vivirían y no morirían, y preguntarle si lo creía, respondió que sí, que creía que Él era el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que había venido a este mundo [5].

Esta respuesta, al ser la misma que la de san Pedro, que fue tan alabada por Jesucristo [6], merece especial veneración por la gran fe que en ella se advierte.

MF 147,3,2 Vuestra fe debe mostrarse particularmente en vuestras acciones, al realizarlas sólo por espíritu de fe, tal como estáis obligados, según el espíritu de vuestro Instituto.

MF 147,1,1: [1] Jn 11,18-23. – [2] Lc 10,38. – **MF 147,2,1**: [3] Lc 10,39-40. – [4] Jn 11,20. – **MF 147,3,1**: [5] Jn 11,21-27. – [6] Mt 16,16-17.

148

MF 148

Sobre san Ignacio

31 de julio

MF 148,1,1 Punto I.

San Ignacio, una vez que se convirtió a Dios, comenzó a llevar una vida muy retirada. Se alojó en Manresa, en un hospital, donde se ejercitó en la práctica de duras austeridades. Tomó por costumbre comer una vez al día, y únicamente pan que le daban de limosna, no beber más que agua y tomar la disciplina tres veces al día.

Lloraba de continuo sus pecados y permanecía arrodillado siete horas diarias. Así realizó este santo su noviciado en la vida espiritual. Pasó, incluso, siete días sin comer, orando sin cesar y sin interrupción para librarse de ciertas penas de espíritu.

MF 148,1,2 ¿Fue por medio de las austeridades como comenzasteis vosotros a daros a Dios? Entonces, particularmente, es cuando se deben practicar, aunque sean necesarias durante toda la vida para mantenerse en la piedad. Con este objeto, realizad al menos una pequeña parte de las que este santo practicó con tanto fervor.

MF 148,2,1 Punto II.

Este santo tuvo tan ardiente celo de la salvación de las almas, que para trabajar en ella con mayor facilidad y eficacia, comenzó a estudiar a los treinta y tres años, alojándose en un hospital, pidiendo limosna durante todo ese tiempo y enseñando el catecismo a los niños y a los pobres.

Su celo fue, incluso, tan generoso, que viajó de París a Ruán para asistir a uno de sus compañeros, enfermo, que le había robado; y habiendo atisbado el momento en que cierto joven disoluto iba a satisfacer su pasión, se arrojó en un estanque helado, gritando que no saldría hasta que el joven renunciara a su mal propósito.

MF 148,2,2 Vuestro empleo sería poco útil si en él no tuvierais como fin la salvación de las almas.

¿Os impulsa vuestro celo por los pobres a buscar medios tan eficaces como los empleados por san Ignacio?

Cuanto más fervorosamente os apliquéis a la oración en bien de las almas que tenéis confiadas, tanta mayor facilidad os hará encontrar Dios para mover sus corazones.

MF 148,3,1 Punto III.

Como este santo trabajó por la gloria de Dios con tanta piedad, pobreza, humildad y celo, algunos se le juntaron, y bajo su dirección, trabajaron eficazmente por el bien de la Iglesia. Y habiendo progresado notablemente en la virtud, emitieron voto de renunciar a todos sus bienes, dedicarse exclusivamente a la conversión de las almas y a su adelanto espiritual, y de someterse plenamente al papa, a fin de realizar lo que juzgara más a propósito

para el bien espiritual del prójimo.
De ese modo comenzó a formar san Ignacio su Compañía, que de tanto provecho es para la Iglesia, habiéndose extendido por todos los países donde se practica la religión cristiana, y habiendo procurado su establecimiento en muchos lugares donde no se conocía a Dios.

MF 148,3,2 Puesto que el fin de vuestro Instituto es el mismo que el del Instituto fundado por san Ignacio, que es la salvación de las almas; y ya que Dios os ha llamado a educar a los niños en la piedad, lo cual también realizan los discípulos de este santo fundador, vivid con tanto desasimiento y tened tan vivo celo en procurar la gloria de Dios como lo tuvo este santo, y como lo tienen los de su Compañía, y produciréis copiosos frutos en aquellos que instruís.

149

MF 149

Para la fiesta de san Pedro ad Vincula

1 de agosto; en el nuevo calendario no figura

MF 149,1,1 Punto I.
Esta fiesta se instituyó para agradecer a Dios la gracia que hizo a la Iglesia al liberar a san Pedro de *la prisión donde lo había hecho encerrar Herodes Agripa, con el propósito de darle muerte pocos días después* [1]; pues quería destruir la religión cristiana en sus comienzos, condenando a muerte a quien era su cabeza.
Este príncipe *puso tanto cuidado en custodiar a san Pedro en la prisión, que lo había encomendado a dieciséis soldados, que se turnaban sucesivamente de cuatro en cuatro* [2]. *¿Pero qué puede temer aquel cuyo protector es Dios* [3]? *Los reyes no tienen dominio sobre los hombres ni pueden atentar contra su vida sino en la medida en que Dios se lo permite* [4].

MF 149,1,2 Así, como la Iglesia naciente necesitaba aún a san Pedro, no permaneció en poder de Herodes sino por muy pocos días, *aunque Herodes, al parecer, había mandado encadenarlo y guardarlo con tanta seguridad* [5]; pues Dios quería valerse de él para sostener y fortificar a la Iglesia recientemente fundada.
Adoremos *el poder de Dios, que se burla cuando quiere del de los hombres* [6], pues éstos no lo poseen sino en la medida en que los hace partícipes del suyo.

MF 149,2,1 Punto II.
Mientras san Pedro estuvo tan custodiado en la cárcel, la Iglesia no cesó de elevar oraciones a Dios por él, que fueron, en fin, atendidas. Pues precisamente la noche anterior al día fijado por Herodes para enviar a san Pedro al suplicio, cuando dormía el santo apóstol entre dos soldados, atado con dos cadenas, y con guardias vigilantes ante la puerta de la prisión, de repente se presentó un ángel que inundó de luz el lugar, y tocando a san Pedro, lo despertó y le dijo que se levantase rápidamente. Y, al momento, las cadenas de sus manos cayeron. El ángel condujo a san Pedro, a través de la primera y de la segunda guardia, y por la puerta de hierro, que se abrió por sí misma, hasta el final de

una calle, donde el ángel lo dejó.
Entonces, san Pedro, que había considerado lo que le pasaba como una visión o como un sueño, reconoció que realmente Dios había enviado a su ángel para librarlo de las manos de Herodes y de la expectación del pueblo judío [7].

MF 149,2,2 Agradezcamos a Dios, con la Iglesia, el haber librado así a san Pedro, para darle ocasión de predicar el Evangelio y de acrecentar el rebaño de Jesucristo [8].

MF 149,3,1 Punto III.
Habiéndose dirigido san Pedro a una casa donde algunos estaban reunidos y en oración, les contó cómo lo había sacado Dios de la prisión [9]; por lo cual todos agradecieron a Dios la bondad que había tenido para con él.
Las cadenas con que estuvo atado san Pedro se han conservado siempre en la Iglesia con suma veneración, cual preciosa reliquia, y han obrado muchos milagros.

MF 149,3,2 Pero el mayor milagro que deben operar en nuestros corazones es el amor a los sufrimientos y a los oprobios; *pues no podemos ir al cielo sino por el camino de las tribulaciones* [10]. *Debemos gloriarnos*, dice san Pablo, *en la cruz de Jesucristo* [11]; es decir, en aquella que Jesucristo santificó al llevarla, y que es nuestra vida y salvación, porque es su manantial.
Al tributar honor, con toda la Iglesia, a las cadenas de san Pedro, honremos también aquéllas con que Dios nos ha cargado; y pidámosle que, igual que las dos cadenas de este santo apóstol se unieron milagrosamente, se unan las nuestras de tal modo a las suyas, por medio de la gracia, que participemos del deseo que él sintió de sufrir por Jesucristo.

MF 149,1,1: [1] Hch 12,3. – [2] Hch 12,4. – [3] Sal 27,1. – [4] Jn 19,11. – **MF 149,1,2**: [5] Hch 12,6. – [6] Sal 2,4. – **MF 149,2,1**: [7] Hch 12,5-11. – **MF 149,2,2**: [8] Cf. Jn 21,15-17. – **MF 149,3,1**: [9] Cf. Hch 12,12-17. – **MF 149,3,2**: [10] Hch 14,22. – [11] Ga 6,14.

150

MF 150

Sobre santo Domingo

4 de agosto; nuevo calendario, 8 de agosto

MF 150,1,1 Punto I.
Aun siendo joven, santo Domingo alcanzó tal perfección, que su obispo, que se proponía reformar el propio cabildo y hacerlo observante, le nombró canónigo y luego arcediano. En ambos cargos llevó vida muy ejemplar y manifestó extraordinario fervor.
Una de sus principales virtudes fue la compasión por el prójimo, y particularmente por los pobres. Esta virtud le inducía a hacer penitencia por los pecados ajenos tanto como por los propios. Le llevó, incluso, a vender todos sus muebles para asistir a los pobres, y cuando no podía socorrerlos, lloraba de lástima. Viendo afligida a una mujer porque los moros habían cautivado a su hijo, se ofreció para ser él mismo vendido o cambiado por su hijo.

MF 150,1,2 Vosotros sabéis que estáis encargados de la instrucción de los pobres: imitad la ternura de este santo para con ellos y sobreponeos a la naturaleza cuando os sugiere que tengáis mayor consideración con los ricos. Jesucristo considerará como hecho a Él mismo el bien que hagáis a los pobres [1].

MF 150,2,1 Punto II.

El amor que este santo sentía hacia el prójimo le inspiró ardiente celo para la instrucción y la conversión de quienes vivían desordenadamente. También le movió a dejar el cargo de canónigo, en el que se consideraba poco útil para la Iglesia.

Al surgir la herejía albigense, hizo cuanto pudo por destruirla y para ello no escatimó viajes, conferencias, predicaciones ni escritos; soportó, incluso, todo tipo de penalidades y fatigas.

Para procurar la conversión de los herejes, a este vivo celo unía la ferviente oración, continuas lágrimas, que derramaba en abundancia, y rigurosas mortificaciones. Y estos medios que empleaba resultaron tan eficaces que convirtió más de cien mil herejes.

MF 150,2,2 En vuestro estado, tenéis el deber de unir a la vida de retiro y de mortificación el celo por la salvación del prójimo, pues el fin de vuestro empleo es trabajar de continuo en la educación cristiana de los niños. Aplicaos a ello con todo el esmero posible.

Si ocurriera así, ¿podríais calcular cuántos habríais ganado para Dios y hecho verdaderamente cristianos?

MF 150,3,1 Punto III.

El celo de este santo no se limitó sólo a lo que podía realizar por sí mismo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. De ahí que, habiéndose reunido algunos en torno a él, solicitase del papa el establecimiento de una orden religiosa, cuyos miembros tendrían como finalidad predicar el Evangelio por todo el mundo [2]. A ello se dedicaron sus discípulos y lo siguen haciendo.

Y uno de sus principales cuidados para inducir a los fieles a adquirir la piedad es inspirarles la devoción a la Santísima Virgen, y particularmente al rosario, que ellos rezan diariamente en el coro con mucha piedad.

MF 150,3,2 Felices vosotros, que tenéis como fin enseñar a los niños la religión, y para ello explicarles cada día el catecismo. Uno de los mejores medios de que podéis serviros para desempeñar con fruto vuestro empleo, es profesar devoción muy particular a la Santísima Virgen e inculcarla en el corazón de los que os están confiados.

¿Rezáis vosotros y hacéis que vuestros alumnos recen el rosario cada día? ¿Con qué piedad lo recitáis y hacéis que lo reciten? ¿Cumplís con esta oración como tributo que se ofrece en nuestro Instituto a la Santísima Virgen y como poderoso medio para atraer sobre él y sobre vuestro empleo su ayuda y protección?

MF 150,1,2: [1] Cf. Mt 25,40. – **MF 150,3,1**: [2] Cf. Mt 24,14.

151

MF 151

Para la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves

5 de agosto

De la devoción a la Santísima Virgen

La fiesta que celebra hoy la Iglesia tuvo como origen la particular devoción de un patricio romano y de su esposa hacia la Santísima Virgen. No teniendo hijos, le consagraron todos sus bienes y le rogaron con insistencia que les manifestara en qué deseaba que los empleasen.

Ella se lo concedió por medio de un milagro asombroso y muy extraordinario, pues el cinco de agosto, cuando en Roma son más fuertes los calores, quedó cubierto de nieve el lugar de la ciudad donde la Santísima Virgen deseaba que construyesen una iglesia en su honor.

Por ello el papa acudió allí procesionalmente, con todo el pueblo, y señaló el emplazamiento de la iglesia, que pronto fue construida con los bienes de aquella noble y generosa familia.

La profunda devoción que tuvieron estas dos ilustres personas, la gratitud que les manifestó la Santísima Virgen y la absoluta confianza que nosotros hemos de tener en ella, deben movernos hoy a tomarlos como tema de nuestra oración.

MF 151,1,1 Punto I.

Nosotros, *al haber renunciado al mundo y al haber abandonado todo para consagrarnos al servicio de Dios* [1], no estamos en disposición de ofrecer a la Santísima Virgen bienes temporales.

Todo cuanto pide de nosotros, y la razón por la cual parece que instituyó la Iglesia la fiesta que hoy celebra en honor de la santa madre de Dios, es el movernos a profesarle particularísima devoción, y a inculcársela a aquellos de cuya dirección os ha encargado Dios. Atrae vuestra atención hacia la insigne gracia que Ella concedió en este día a aquellas dos celosas personas, para honra suya; tan grande, que quiso que a ellos y su devoción se los recordara en la Iglesia en tal lugar; y que lo que realizaron en su honor, y lo que Ella obró en favor de ellos, fuera proclamado por todos los fieles hasta el fin de los siglos.

MF 151,1,2 Tengamos la certeza de que todo cuanto hagamos para honrar y hacer honrar a la Santísima Virgen será, por su mediación, copiosamente recompensado por Dios. Reconozcámosla siempre como nuestra bondadosa madre, ya que Jesucristo se la dio por tal, en la persona de san Juan, a cuantos fueran sus devotos, cuando, cercano a la muerte, le dijo: *Hijo mío, he ahí a tu madre* [2].

MF 151,2,1 Punto II.

Lo que debe movernos, particularmente, a tener gran devoción a la Santísima Virgen es que fue muy honrada por el Eterno Padre, quien la puso por encima de todas las puras criaturas, porque llevó en su seno a aquel que es igual a Él, y que tiene con Él la misma naturaleza.

Fue elevada por encima de todas las criaturas por la abundancia de sus gracias, que nadie poseyó otras semejantes a las suyas, y por la pureza de su vida, que

nadie ha igualado. Por lo cual dice san Anselmo que era muy justo que brillase con extraordinario esplendor y que fuera sobremanera elevada por encima de todo lo creado, quien, después de Dios, no tiene a nadie por encima.

¿No es hallarse incomparablemente elevada por encima de todas las criaturas, el haber llegado a ser templo del Dios vivo, al concebir al Hijo de Dios? Por eso se le aplican las palabras del salmo 132: ***Dios la eligió para establecer en ella su morada*** [3]; y estas otras del salmo 65: ***Tu templo es santo*** [4].

Y el abad Ruperto dice aún mucho más: que desde que el Espíritu Santo vino a la Santísima Virgen para que concibiera al Hijo de Dios, ella se tornó toda hermosa, con belleza divina. Eso lleva a san Bernardo a decir que debemos honrar a la Santísima Virgen con grandísima ternura y devoción, puesto que Dios puso en ella la plenitud de todo bien, al encerrar en su seno al Verbo divino.

MF 151,2,2 Pero lo que debe movernos particularmente, es el mucho provecho que obtendremos de ello. Tengamos, dice el mismo santo, gran veneración y tierna devoción a la Santísima Virgen, porque es el canal a través del cual recibiremos los bienes que Dios desea concedernos.

Y en otro lugar, al explicar de modo más pormenorizado todos estos bienes, se explica así: el Espíritu Santo distribuye todos sus dones, todas sus gracias y todas las virtudes a quien quiere, cuando quiere, y del modo y en la medida que considera oportuno, a través del ministerio de la Santísima Virgen.

Y san Anselmo, para avivar nuestra confianza en ella, añade que cuando se invoca el nombre de la Madre de Dios, aun cuando aquel que recurre a ella no mereciese ser escuchado, bastarían, sin embargo, los méritos de la santa Madre de Dios para mover a la bondad de Dios a conceder lo que se le pide.

Confiemos, pues, como también dice san Bernardo, que si tenemos verdadera devoción a la Santísima Virgen no nos faltará nada de cuanto sea necesario para nuestra salvación.

MF 151,3,1 Punto III.

De poco nos valdría estar persuadidos de la obligación que tenemos de profesar particular devoción a la Santísima Virgen si no conociéramos en qué consiste esta devoción, si no la tuviéramos realmente o, incluso, si no la manifestáramos llegado el momento.

Puesto que se halla por encima de todas las criaturas, debemos profesarle mayor devoción que a cualquier otro santo, sea el que fuere. A los santos les manifestamos nuestra devoción en ciertas épocas y días del año; pero la que debemos profesar a la Santísima Virgen debe ser continua.

MF 151,3,2 Por lo cual es de Regla en nuestro Instituto:

Primero, no dejar pasar ningún día sin recitar el rosario, y rezarlo siempre al ir por la calle.

Segundo, celebrar todas sus fiestas con mucha solemnidad.

Tercero, esta devoción nos exige descubrirnos e inclinarnos siempre que se la nombra o cuando pasamos ante su imagen.

Cuarto, considerándola como la principal protectora de nuestra Sociedad, nos ponemos cada día bajo su protección, mañana y tarde, al final de nuestra oración mental y después de cada ejercicio; a ella recurrimos, depositando en

ella, después de Dios, toda nuestra confianza.
Quinto, la invocamos en nuestras más apremiantes necesidades, como nuestra primera abogada ante Dios, después de Jesucristo.

MF 151,3,3 ¿Somos fieles a todas estas prácticas de devoción hacia la Santísima Virgen? ¿Cómo las cumplimos? ¿Lo hacemos con las miras antes propuestas? No faltemos a ellas si queremos recibir copiosa abundancia de gracias por los méritos de la Santísima Virgen.

MF 151,1,1: [1] Mt 19,27. – **MF 151,1,2**: [2] Jn 19,27. – **MF 151,2,1**: [3] Sal 132,13. – [4] Sal 65,5.

152

MF 152

Para la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor

6 de agosto

MF 152,1,1 Punto I.
Jesucristo vino a la tierra para satisfacer por nuestros pecados [1], y *el Padre Eterno le consideró siempre como varón de pecado, porque había cargado con los de todo el mundo* [2], aunque jamás cometió ni pudo cometer ninguno, y por ese motivo permaneció en la tierra sujeto a todos los sufrimientos de esta vida y a todas las miserias que son consecuencia del pecado.
Por eso se mostró siempre como hombre común, ocultando a los demás hombres el estado de gloria de que gozaba su alma, y del cual su santa humanidad tenía derecho a gozar desde el momento de su concepción.
Se complacía, incluso, de ser ridiculizado, burlado y ultrajado por aquellos que no vivían en conformidad con su doctrina. Y de acuerdo con la obligación que se había impuesto de *satisfacer por nosotros a la justicia de su Padre* [3], no se consideraba a sí mismo, según la expresión profética de David, sino como *el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo* [4], aunque fuera *el Rey de la gloria* [5].

MF 152,1,2 Nosotros, que nacimos en pecado y que hemos vivido también en el pecado, *debemos hacernos conformes a Jesucristo* [6] en esta vida, y sufrir con Él, *si queremos tenerlo como cabeza, ser uno de sus miembros, y destruir el pecado en nosotros* [7].
Es preciso, pues, como nos lo enseña san Pablo, *que ni la aflicción, ni los disgustos, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni las persecuciones puedan separarnos del amor a Jesucristo. Si nos degüellan por su amor,* dice el mismo apóstol, *y si sólo se nos mira como ovejas destinadas al matadero, debemos permanecer victoriosos en medio de todos esos males* [8], *animados por el ejemplo de quien nos amó tanto que se entregó a la muerte por amor nuestro* [9].

MF 152,2,1 Punto II.
Aunque el fin que se propuso el Hijo de Dios al venir a este mundo fuera padecer en él por nosotros [10], *quiso,* con todo, *mostrar algunos destellos de su*

gloria, por poco tiempo y como de pasada, a tres de sus apóstoles [11].
Con ese intento, *los llevó a un lugar apartado, en una alta montaña* [12], *donde se entregó primero a la oración, y mientras oraba se transfiguró en su presencia: su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos aparecieron deslumbrantes de luz y blancos como la nieve* [13].
San Pedro, que estuvo presente en este misterio, da testimonio de lo que vio y dice: *Nosotros fuimos los testigos oculares de la majestad de Jesucristo, pues recibió de Dios Padre testimonio de honor y de gloria cuando estuvimos con Él en el monte santo* [14]. *También Moisés y Elías se encontraban allí y se unieron a Él para tributarle honor* [15].
Jesucristo, entonces, no se transfiguró, sino porque al poseer de continuo la gloria en su interior, el cambio que apareció en Él sólo podía ser exterior.

MF 152,2,2 No sucede así en nosotros, pues es necesario que el cambio que debe operarse en nosotros se verifique en lo interior, y que seamos plenamente transformados por la luz, por la plenitud de la gracia y por la posesión del Espíritu de Dios.
Y si luego aparece algún cambio en nuestro exterior, sólo ha de ser como irradiación de la felicidad que disfrutamos en lo íntimo de nuestra alma, por no estar ésta ocupada sino en Dios y en lo que debemos realizar por amor suyo.

MF 152,3,1 Punto III.
Jesucristo se transfiguró en el retiro y *mientras oraba*, *y el tema de la conversación que mantuvo con Moisés y con Elías durante su transfiguración, fue lo que debía cumplirse en Él durante la pasión, y la muerte que había de sufrir en cruz, cerca de la ciudad de Jerusalén* [16], como Él deseaba.
Precisamente cuando Jesucristo hablaba de sus padecimientos y muerte fue cuando *apareció una nube luminosa*, *que lo cubrió, así como también a Moisés y a Elías; y de aquella nube, en que se mostraba la gloria de Dios, salió una voz que dejó oír estas palabras: Este es mi Hijo muy querido, escuchadlo* [17].
San Pedro, al referir lo que había sucedido en este misterio, dice *que oyeron aquella voz venida del cielo* [18].

MF 152,3,2 Todo ello nos da a entender:
1.º, que sólo por medio del retiro y de la oración llega el alma a la verdadera transfiguración, o más bien, a la transformación de sí misma, y es iluminada por Dios; y
2.º, que, cuando es así transfigurada con Jesucristo, debe ocuparse gustosa de su pasión y de su cruz, para manifestar que todo su deseo *es conformarse con Jesucristo* [19] en su estado de sufrimiento; pues el Padre Eterno no la reconocerá como su predilecta sino en la medida en que ame los padecimientos, y dé muestras de tal amor por la práctica y por la diaria ejercitación en ellos, recordando las palabras de Jesucristo, que *es preciso llevar la propia cruz cada día para poder ser discípulo suyo* [20].

MF 152,1,1: [1] 1Jn 3,5. – [2] 2Co 5,21. – [3] Is 53,6; 2Co 5,21. – [4] Sal 22,7. – [5] Sal 24,7. – **MF 152,1,2**: [6] Rm 8,29. – [7] Ef 4,15; 1Co 6,15. – [8] Rm 8,35-37. – [9] Ef 5,2. – **MF 152,2,1**: [10] Hb 10,5-7. – [11] Mt 17,1-2. – [12] Mc 9,2-3. – [13] Lc 9,29. – [14] 2P 1,16-18. – [15] Mt 17,3. – **MF 152,3,1**: [16] Lc 9,29-31. – [17] Mt 17,5; Mc 9,7. – [18] Cf. 2P 1,17-18. – **MF 152,3,2**: [19] Cf. Rm 8,29. – [20] Lc 9,23.

153

MF 153

Sobre san Cayetano

7 de agosto

MF 153,1,1 Punto I.

De san Cayetano puede afirmarse que sus días fueron plenos y que *murió lleno de días* [1], como se dice de los antiguos patriarcas; pues tan pronto como recibió las sagradas órdenes se dedicó de tal modo a procurar la salvación de las almas, que parecía que el día y la noche no le bastasen para trabajar en ello; tan ardiente y amplio era su celo por el prójimo.

Destinaba el día entero a administrar los sacramentos, a visitar y exhortar a los enfermos y a otras acciones piadosas; y luego dedicaba casi toda la noche a hacer penitencia, estudiar y orar; de tal modo que sus ocupaciones nocturnas le servían de preparación para lo que iba a realizar durante el día.

MF 153,1,2 Puesto que estáis obligados a trabajar en la salvación del prójimo, preparaos para el ejercicio de vuestro empleo de la misma forma que lo hacía san Cayetano para cumplir bien su ministerio. Por consiguiente, estudiad el catecismo, leed buenos libros, aplicaos con fervor a la oración y, de acuerdo con el espíritu de vuestro Instituto, mortificad el espíritu y los sentidos.

Tenéis que instruiros a fondo en las verdades por medio del estudio, pues vuestra ignorancia sería culpable ya que causaría la ignorancia de aquellos que os están confiados.

Y necesitáis la oración y la mortificación para atraer las gracias de Dios sobre vosotros y sobre aquellos que instruís.

MF 153,2,1 Punto II.

Este santo, al ver que uno de los reproches más ordinarios y dolorosos del heresiarca Lutero contra la Iglesia era la vida desordenada de los eclesiásticos, creyó que el mejor medio de tapar la boca a aquel apóstata era fundar una orden de Clérigos Regulares que, con su conducta ejemplar y desinteresada pudieran servir de modelo a los eclesiásticos, tanto por lo ordenado de sus costumbres como por el total desinterés en el ejercicio de sus funciones.

Renunció al importante cargo que tenía y con tres compañeros, uno de ellos obispo, que renunció al obispado, fundó esta orden, que es de tanta edificación en la Iglesia.

MF 153,2,2 Estas dos cosas os son necesarias en vuestro Instituto: la vida regular y el desinterés. Son también los dos medios más adecuados para producir fruto en las almas.

Con la vida observante edificaréis a vuestros discípulos, y les serviréis de modelo continuo de modestia, cordura y piedad, lo cual constituirá para ellos una lección muy penetrante. Y con el desinterés, realizaréis todo movidos por la gracia y solamente por Dios. Por lo cual, bendecirá indefectiblemente cuanto hagáis.

MF 153,3,1 Punto III.

En su orden, este santo llevó el desprendimiento de todas las cosas a tal exceso, por decirlo así, que no sólo quiso que los de su orden no poseyeran renta ni beneficio alguno, ni en común ni en particular, sino que, además, les prohibió pedir limosna, por sí mismos o por medio de otros; dejando el cuidado de su sustento, del vestido y de las demás necesidades del cuerpo a la sola providencia de Dios; basado en las palabras de Jesucristo en el Evangelio, ***que no hay que inquietarse por la bebida o la comida, ni por las demás necesidades de la vida; puesto que si se busca ante todo, e incluso únicamente, el Reino de Dios, todas esas cosas se darán por añadidura*** [2]. Y de este modo Dios no los ha abandonado en la necesidad, antes bien, los ha socorrido frecuentemente por medios extraordinarios.

MF 153,3,2 En vuestro empleo, nunca podréis excederos en el desinterés; es a los pobres a quienes tenéis que enseñar: instruidlos con vuestros ejemplos. Y para enseñarles a amar la pobreza, que el desinterés os la haga practicar tanto como a Dios pluguiere.

Sabéis también que os habéis obligado a tener las escuelas gratuitamente y a vivir de sólo pan, si fuera necesario, antes que recibir cosa alguna. Estad, pues, muy atentos para no aceptar nunca nada, ni de los alumnos ni de sus padres.

Pedid este espíritu de desinterés por intercesión de san Cayetano.

MF 153,1,1: [1] Gn 25,8. – **MF 153,3,1**: [2] Mt 6,31-33.

154

MF 154

Meditación sobre san Lorenzo

10 de agosto

MF 154,1,1 Punto I.

No es posible imaginar el amor y la estima de san Lorenzo por los pobres. Por amor a ellos, en cuanto san Sixto, papa, de quien era diácono, le dijo, cuando iba al martirio, que distribuyera a los pobres todos los bienes de la Iglesia, cuya custodia él tenía, cumplió su encargo, y vació totalmente el tesoro de la Iglesia.

Después mostró su extraordinaria estima por los pobres cuando el emperador, enterado de que le habían confiado los bienes de la Iglesia, le reclamó los tesoros de que era depositario. El santo reunió a los pobres y, presentándolos al emperador, le dijo que aquellos eran los tesoros de la Iglesia.

MF 154,1,2 Admiremos cuán grande era la fe de este santo, al considerar a los pobres como los tesoros de la Iglesia, es decir, como lo más rico e importante en la Iglesia, por su mayor relación con Jesucristo. Pongámonos en los mismos sentimientos de este santo, nosotros, a quien Dios ha confiado la porción más preciosa de sus tesoros.

MF 154,2,1 Punto II.

Tampoco se puede ponderar lo suficiente el deseo del martirio que tuvo este santo, como lo mostró cuando san Sixto era llevado al suplicio y él le dijo,

según refiere san Ambrosio y se expresa en el oficio de la Iglesia: ¿Adónde vas, padre santo, sin tu hijo? ¿Vas, acaso, a ofrecerte en sacrificio sin estar acompañado de tu diácono, sin el que nunca quisiste, hasta el presente, ofrecer el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el sagrado altar? ¿Hay en mí algo que te desagrade y me has hallado indigno de mi ministerio? ¡Cómo!, ¿me has encomendado la dispensación de la sangre de Cristo y rehusas que te acompañe en la efusión de la tuya?

MF 154,2,2 El santo, que encerraba más ardor aún en su corazón que en sus palabras, sólo pudo contenerse con la respuesta que le dio san Sixto, al anunciarle que tres días después sufriría cruelísimos tormentos.

¿Cuándo tendremos nosotros tanto deseo de sufrir como este santo lo tenía del martirio? Pidámoslo a Dios por intercesión de san Lorenzo.

MF 154,3,1 Punto III.

Este santo dejó bien patente, con el gozo que mostró en su martirio, mientras lo atormentaban, que sus ansias de padecer eran verdaderas. Pues, considerando el emperador como insulto en extremo injurioso el proceder de san Lorenzo, al presentarle los pobres en lugar de los tesoros de la Iglesia, hizo que lo atormentasen con tenazas, con garfios de hierro y con planchas candentes que le quemaran los costados. Mas viéndolo constante y siempre alegre en medio de los sufrimientos, mandó tenderlo en una parrilla de hierro para quemar su cuerpo a fuego lento, y ver si de este modo se quebraba su constancia. Pero, al contrario, aquel fuego acrecentó tanto su alegría y el fuego interior que lo abrasaba, que cuando su cuerpo estaba a medio asar, dijo al tirano que mandara darle la vuelta, para que, asado del todo, pudiera darse un suculento banquete.

MF 154,3,2 ¿Qué diremos de semejante constancia? ¿Nos servirá de estímulo para animarnos al amor de los padecimientos?

Hemos nacido para sufrir; tenemos que vivir sufriendo y morir sufriendo. Pidamos a este santo que nos alcance de Dios estas santas disposiciones.

155

MF 155

Para la fiesta de san Casiano, obispo y mártir

13 de agosto; en el nuevo calendario no figura

MF 155,1,1 Punto I.

No se podrá alabar en exceso el celo que manifestó san Casiano cuando, habiendo prohibido el emperador Juliano el Apóstata que cualquier católico enseñase a la juventud, estimó que no podía ejercer empleo más útil a la Iglesia, ni más adecuado para mantener la religión, que el de maestro de escuela.

Se dedicó con todo el cuidado posible a instruir a los niños y, a la par que les enseñaba a leer y a escribir, los formaba en la piedad y los educaba en el temor de Dios.

MF 155,1,2 El emperador, por un lado, se esforzaba en destruir la religión suprimiendo las escuelas; y este santo, por el contrario, buscaba los medios de implantarlas,

mediante la instrucción y la educación de la juventud.

¡Ah!, cuán a menudo sucede que los empleos tenidos en poco por los hombres producen mucho más fruto que los empleos más brillantes.

Considerad vuestro empleo como uno de los más importantes y excelentes de la Iglesia, pues es uno de los más aptos para sostenerla, dándole sólido fundamento.

MF 155,2,1 Punto II.

La paciencia de san Casiano es admirable. Le denuncian ante el juez como cristiano; lo encuentran en su escuela, enseñando los sagrados misterios a los niños; le conminan a que declare su religión, y él confiesa que es cristiano, y sus enseñanzas lo muestran a las claras.

Al momento es juzgado, se lo condena y se ejecuta la sentencia. Lo ponen en manos de sus escolares, que le hacen morir hiriéndole con los punzones de hierro que usaban para escribir. Martirio tanto más cruel cuanto menos fuerza para herir tenían aquellos niños.

¡Qué paciencia no hubo menester este santo para padecer durante tanto tiempo y con tanta constancia de parte de aquellos mismos por quienes se había impuesto tantos sacrificios!

MF 155,2,2 Vosotros tenéis a este santo por patrono y sois sucesores suyos en su empleo; ¿pero sois sus imitadores en la paciencia? ¡Cuántas veces os dejáis llevar del primer impulso, sea golpeando, lo que va contra vuestras Reglas y contra todo buen orden, sea castigando, tal vez sin reflexión o inoportunamente!

No podéis educarlos mejor que edificándolos y reprimiendo cualquier movimiento de ira.

MF 155,3,1 Punto III.

El martirio que padece san Casiano es la única recompensa que recibe de sus alumnos, por los desvelos que se había tomado por ellos. Se considera dichoso de que le causen la muerte aquellos *a quienes intentó engendrar en Jesucristo* [1]. Y al ver próxima su muerte, por los golpes que de ellos recibe, anhela que su sangre, recayendo sobre ellos, dé vida a sus almas.

MF 155,3,2 Todo el agradecimiento que ha de esperarse por haber instruido a los niños, y sobre todo a los pobres, *son las injurias, los ultrajes, las calumnias, las persecuciones y aun la muerte* [2]. Esa es la recompensa de los santos y de los varones apostólicos, como lo fue para Jesucristo Nuestro Señor. No esperéis otra, si tenéis a Dios como mira en el ministerio que os ha confiado.

Eso mismo es lo que debe animaros a dedicaros a él con más amor, y lo que os proporcionará el medio de producir más fruto en él. Pues cuanto más fieles seáis a Dios en las ocasiones que se os presenten de sufrir, tanto más derramará Dios sus gracias y bendiciones sobre vosotros en el ejercicio de vuestro ministerio.

MF 155,3,1: [1] 1Co 4,15. – **MF 155,3,2**: [2] 1Co 4,11-13.

156

MF 156

Para la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen

15 de agosto

MF 156,1,1 Punto I.

La Santísima Virgen, arrebatada por el amor de Dios durante su vida, seguía en la tierra a su pesar y sólo por sumisión a la voluntad de Dios. Por eso la muerte le pareció dulce y agradable; y como su alma estaba, por así decirlo, muy poco apegada a su cuerpo, murió sin dolor.

El gozo extremo que entonces sentía, originado por el deseo de ver a Dios, que la embargaba, llenó su alma de tal consuelo, que pasó con facilidad y sin esfuerzo de la tierra al cielo.

¡Feliz desasimiento de los lazos corporales en el alma de María, libre ya de cuanto pudiera retenerla atada a la tierra!

MF 156,1,2 Puesto que nosotros hemos abandonado el mundo, nada ha de ser capaz de apegarnos a él; debemos estar siempre dispuestos a morir. Ese es el fruto del desprendimiento de todas las cosas; el morir sólo cuesta cuando cuesta abandonar lo que se ama y lo que nos ata.

Imponeos, pues, la tarea de imitar a la Santísima Virgen en su total desasimiento y pedid a Dios, por su auxilio, la gracia de bien morir.

MF 156,2,1 Punto II.

La Santísima Virgen no permaneció en el sepulcro mucho tiempo; resucitó pocos días después de su muerte.

Convenía mucho que Dios le otorgara tal favor; pues, ciertamente, no hubiera sido decoroso que la carne de la que Jesucristo tomó la suya, quedara sujeta a corrupción. También era muy digno de la bondad de Dios que la singular pureza de la Santísima Virgen fuera recompensada con tan inmenso beneficio.

¿Cómo habrías podido consentir, oh Dios mío, que *el cuerpo de la Santísima Virgen, que había sido el tabernáculo del Verbo Encarnado, el templo del Espíritu Santo* [1], y arca santa de un alma llena de gracias, hubiera podido permanecer largo tiempo separado, y sin disfrutar, incluso después de su muerte, todos los privilegios con que pudiera ser honrado?

MF 156,2,2 La gracia particular que debemos pedir a la Santísima Virgen en este día es que nos aleje y *nos libere por completo de la corrupción del siglo* [2]; y sobre todo, que tengamos singular pureza, que es la verdadera incorruptibilidad que hemos de procurar a nuestros cuerpos.

Como la Santísima Virgen poseyó esta virtud en toda su perfección, puede ayudarnos mucho a conservarla.

MF 156,3,1 Punto III.

El favor más excelso que la Santísima Virgen recibió después de su muerte, y que la Iglesia honra particularmente en este día, es su traslación al cielo, en cuerpo y alma, por los ángeles.

Era muy justo que su sagrado cuerpo, del que dice san Juan Damasceno, que

era un cielo animado, fuera trasladado al cielo en cuanto dejase el mundo; y que quien era la madre del Verbo Encarnado, fuese de inmediato arrebatada por Él, para situarla cerca de sí, y para que recibiera el honor que merecía tan admirable dignidad. Por eso fue enaltecida por encima de todos los espíritus bienaventurados, que la veneran como a su soberana.

También era muy justo que la Santísima Virgen, que había recibido abundancia de gracias [3], y a las que siempre fue muy fiel, fuera igualmente colmada de gloria; y que su cuerpo, espiritualizado por la renuncia a los placeres de los sentidos, muriese sólo para cumplir la ley común, y que siguiera a su alma al cielo.

MF 156,3,2 Si nos desligamos plenamente de nuestro cuerpo, llevaremos en la tierra vida celestial; y nuestro cuerpo, aun muerto, al haber adquirido cierta especie de incorruptibilidad, vivirá siempre ante Dios, merced a la transformación que en él habrá operado la gracia.

Pedid a la Santísima Virgen que os alcance hoy este favor: que vuestro cuerpo, al participar de la vida de vuestra alma por la mortificación de los sentidos, no guste ya nada de lo que hay en la tierra, y viva, en cierto modo, como si estuviera en el cielo.

MF 156,2,1: [1] 1Co 6,19. – **MF 156,2,2**: [2] 2P 1,4. – **MF 156,3,1**: [3] Cf. Lc 1,28.

157

MF 157

Sobre san Joaquín

16 de agosto; nuevo calendario, 26 de julio

MF 157,1,1 Punto I.

Admiremos, con la Iglesia, el honor que Dios dispensó a san Joaquín al escogerlo para ser padre de la Santísima Virgen y para dar inicio al misterio de la Encarnación; por lo cual resulta muy adecuado que se le diera el nombre de Joaquín, que significa preparación del Señor.

Confesemos también con la Iglesia que tal elección fue para este santo un favor singularísimo; y reconozcamos, con san Epifanio, que todos los hombres tienen deuda muy grande con este santo patriarca, por haberles hecho el más excelente de todos los regalos, trayendo al mundo a la Santísima Virgen, madre de Jesucristo, la más pura y excelsa de todas las criaturas.

Honremos a este santo por haber contribuido a formar la Iglesia, que le debe lo que es, ya que engendró a la Santísima Virgen, madre de aquel de quien nació la Iglesia. Y consideremos que si cada uno de nosotros es *hijo de la Iglesia y miembro de Jesucristo* [1], fue san Joaquín quien nos procuró esta dicha.

MF 157,1,2 Dios no os ha honrado menos que a san Joaquín al colocaros en el empleo que ejercéis, ya que estáis destinados a ser padres espirituales de los niños que instruís. Pues si este santo fue escogido para ser el padre de la Santísima Virgen, *vosotros estáis destinados por Dios a engendrar hijos para Jesucristo, e incluso a producir y engendrar al mismo Jesucristo en sus corazones* [2].

¿Puede decirse que os habéis conformado en esto con los designios de Dios sobre vosotros?

MF 157,2,1 Punto II.

Lo que le mereció a san Joaquín la gracia de ser padre de la Santísima Virgen fueron sus constantes ayunos y oraciones; pues al ver este santo que su esposa santa Ana era estéril, se dio de tal manera al ayuno y a la oración que, en cierto modo, forzó al cielo a conceder la fecundidad a santa Ana, que era lo que ambos deseaban ardientemente. Por ello llama san Epifanio a la Santísima Virgen hija de la oración y del ayuno.

Nadie admirará suficientemente los maravillosos efectos que produce la oración y la privación de los placeres sensuales, puesto que tanto contribuyeron a la venida de Jesucristo a la tierra y al nacimiento de la Santísima Virgen, su madre.

MF 157,2,2 Y nunca se utilizarán en exceso estos dos remedios contra las dificultades y tentaciones con las que a veces se ve uno abrumado en esta vida.

Con estos dos medios, Dios nos dará todas las gracias que necesitemos. Por lo cual, estáis obligados, en el empleo que ejercéis, a recurrir a ellos lo más a menudo que os sea posible, sobre todo cuando tengáis que pedir algo a Dios para aquellos de los que estáis encargados.

Debéis ser sus intercesores ante Él, para alcanzarles, por vuestras oraciones, la piedad que no lograríais comunicarles, a pesar de todos los esfuerzos que os impusierais para enseñársela; pues ***sólo a Dios corresponde otorgar la verdadera sabiduría*** [3], que es el espíritu cristiano.

MF 157,3,1 Punto III.

San Joaquín se dio perfecta cuenta de la particular gracia que Dios le había concedido, de ser padre de la Santísima Virgen. Así, tan pronto como ella estuvo en condiciones de ir al templo, se privó gustoso de ella y la ofreció a Dios, como algo que venía de Él y que a Él pertenecía; y aunque la amaba con profunda ternura, pasó sin ella el resto de su vida.

Después, considerando que ya no necesitaba sus bienes sino para vivir, y deseando, una vez que hubo consagrado a Dios la hija que le había dado, llevar vida pobre, le ofreció igualmente la mayor parte de los bienes que poseía, entregando una porción para el mantenimiento del templo y otra para alimentar a los pobres y peregrinos.

MF 157,3,2 De ese modo os ha enseñado san Joaquín a desprenderos del amor a las criaturas y a procurar que aquellos que Dios os ha confiado estén en condiciones de poder serle presentados; no poniendo en ellos vuestro afecto sino para conducirlos a su santo amor y para llenarlos de su Espíritu.

Así, pues, en lo sucesivo no hagáis acepción con ninguno, y no estiméis más que su piedad, sin atender a lo que en su exterior aparezca como más ventajoso o agradable.

MF 157,1,1: [1] 1Co 6,15. – **MF 157,1,2**: [2] Ga 4,19. – **MF 157,2,2**: [3] Pr 2,6.

158

MF 158

Sobre san Bernardo

20 de agosto

MF 158,1,1 Punto I.

San Bernardo recibió de su madre tan buena educación, que en poco tiempo adquirió sólida piedad y brilló en todo tipo de virtudes, particularmente en la castidad, que poseyó en grado tan eminente que por haber mirado cierta vez con demasiada atención a una persona muy engalanada, se arrojó de inmediato, desnudo, en un estanque helado, para vengarse de sí mismo y castigar así la falta en que había incurrido.

Y habiendo entrado en su aposento una mujer impúdica para tentarlo, comenzó a gritar: ¡Ladrones!; y con sus gritos impidió que le arrebatase la castidad.

MF 158,1,2 Gracias a actos heroicos como éstos, a la generosa resistencia a las ocasiones y a la santa violencia, adquirieron los santos esta virtud. De estos mismos medios hay que servirse para conservarla.

Para que os resulte más fácil, aplicaos mucho, sobre todo, al recogimiento, pues ya veis cómo san Bernardo sufrió en ella cierto menoscabo por haber mirado con excesiva fijeza a una mujer.

MF 158,2,1 Punto II.

Este santo llegó a tan eminente castidad por medio de la total mortificación de los sentidos, y a tan alto grado de pudor y de modestia que después de vivir durante un año en la casa del Císter, no sabía si la bóveda del dormitorio era de piedra o de madera; y habiendo caminado durante todo un día a la orilla de un lago, no lo había visto.

Era tan mortificado en la bebida, que cierto día tomó aceite creyendo beber agua; y se había acostumbrado de tal modo a ayunar y a tomar poco alimento, que el comer se le convirtió en suplicio, como él mismo decía.

De ese modo aprendió este santo a morir a sí mismo y a ser perfecto religioso, de modo que parecía que ya casi no hacía ningún uso de sus sentidos.

MF 158,2,2 ¿Cuándo estaréis vosotros totalmente desprendidos del placer que se encuentra en el uso de los sentidos? Para ello tenéis que velar mucho sobre vosotros mismos, para mortificaros siempre en algo, cuando surja la ocasión. Sed fieles a ello.

MF 158,3,1 Punto III.

Virtudes tan sorprendentes, así como los numerosos milagros que obraba, dieron a conocer a san Bernardo en toda la Iglesia; le granjearon el respeto de todo el mundo, y le merecieron tan alta estima que siendo abad de Claraval, atrajo una multitud de personas que iban a ponerse bajo su dirección. Y así llegó a contar en su abadía hasta setecientos religiosos, y número casi increíble en las otras casas que fundó, a los que inducía a vivir con elevadísima perfección.

Por todo ello, gozaba de tal veneración entre los obispos, los príncipes y los

pueblos, que no se emprendió en lo sucesivo empresa importante en la que no se recurriera a su consejo y parecer. Cuanto más intentaba ocultarse este santo, más se recurría a él, ya para abrazar las austeridades de su orden, ya para las necesidades de la Iglesia.

MF 158,3,2 La virtud no puede ocultarse, y cuando resplandece, atrae hacia sí. Y el ejemplo en que se manifiesta produce tan profunda impresión en quienes la ven practicar u oyen hablar de ella, que la mayoría se siente inclinada a imitarla.

¿Son esos los frutos que vuestro buen proceder y vuestra piedad producen en vuestros alumnos? Ése es el principal medio de que debéis serviros para ganarlos para Dios.

159

MF 159

Para la fiesta de san Bartolomé, apóstol

24 de agosto

MF 159,1,1 Punto I.

San Bartolomé tuvo el honor de ser uno de los apóstoles escogidos por Jesucristo mismo [1]; y para penetrarse totalmente de las verdades del Evangelio, llevaba siempre consigo en sus viajes el Evangelio de san Mateo. Era todo su tesoro y en él ponía toda su confianza para procurar la salvación de las almas, que convirtió en gran número.

Cierto es que poseía en abundancia la gracia del apostolado; y era ella la que, operante en él, atraía las almas hacia Dios. Pero como era humilde, atribuía el efecto de sus predicaciones mucho más a *la palabra de Dios, viva y eficaz* [2], que tomaba del Evangelio de san Mateo, que a cuanto pudiera decir por su cuenta; pues sabía que esta divina palabra es la única *capaz de poner división entre la carne y el espíritu* [3], tan necesaria para obrar la completa conversión del alma.

MF 159,1,2 ¡Cuán felices sois por llevar siempre con vosotros el Santo Evangelio, donde están *todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Jesucristo* [4]! Sed fieles a esta práctica.

De este sagrado libro debéis sacar las verdades con que habéis de instruir cada día a vuestros discípulos, para infundirles, por ese medio, el verdadero espíritu del cristianismo. Para este fin, alimentad todos los días vuestra alma con las santas máximas contenidas en este misterioso libro, y haced que os sean familiares meditándolas a menudo.

MF 159,2,1 Punto II.

Cuando los santos apóstoles se dispersaron por todo el mundo para *anunciar el Santo Evangelio a todos los pueblos de la tierra* [5], este santo fue destinado para ir a predicar a Armenia y a la India, donde obtuvo considerables frutos. Indujo al rey, a la reina y a toda su familia, con doce ciudades enteras del reino, a hacer pública profesión de la fe y de la ley de Jesucristo. Esto le atrajo la estima y la veneración de todos aquellos pueblos, que lo consideraron siempre como al hombre extraordinario que Dios había enviado para *librarlos de la ceguera y de la ignorancia* [6], y procurarles la salvación.

Esto lo consiguió este santo efectivamente gracias a la predicación de la palabra de Dios y a la oración frecuente y asidua con que instaba a Dios a que moviese sus corazones. El santo sabía que no se puede cumplir eficazmente el empleo apostólico sin el auxilio especial de Dios; por eso se aplicaba tanto a la oración, para que Dios concediese a todos aquellos pueblos que tenía encomendados, la gracia de ser dóciles a la palabra de Jesucristo.

MF 159,2,2 Vosotros tenéis la suerte de participar en las funciones apostólicas, al explicar todos los días el catecismo a los niños cuya dirección tenéis, y al instruirlos en las máximas del Santo Evangelio. Pero no produciréis mucho fruto en ellos si no poseéis plenamente el espíritu de oración, que comunica unción santa a vuestras palabras, y que las hace de todo punto eficaces, por penetrar hasta el fondo de sus corazones.

MF 159,3,1 Punto III.

Las numerosas conversiones que consiguió este santo le atrajeron duras persecuciones de parte de los sacerdotes de los ídolos, que eran los más opuestos al establecimiento de la religión cristiana y los menos dispuestos a escuchar la palabra de Dios y sacar provecho de ella.

Por ello indujeron al hermano del rey de aquella nación a que atentase contra la vida de san Bartolomé, persuadidos de que dando muerte al santo, podrían destruir el cristianismo. Pero como era ***la obra de Dios mismo, todos sus proyectos eran inútiles*** [7].

Aquel príncipe fue tan inhumano que, movido por el odio contra san Bartolomé, mandó desollarlo vivo, y después cortarle la cabeza.

No es imaginable cuánto hubo de sufrir el santo apóstol con aquel martirio, pues desollar a un hombre es uno de los tormentos más crueles que se le puedan aplicar. Con todo, el santo lo soportó con tanta paciencia, que parecía estar muerto y carente de toda reacción; pues estaba tan lleno del Espíritu de Dios, que los movimientos interiores que sostenían su alma, y que lo elevaban constantemente hacia Dios, parecían privar al cuerpo de los movimientos que le son naturales.

MF 159,3,2 Vosotros tenéis que sufrir un martirio continuado, no menos violento para el espíritu que lo fue para el cuerpo el de san Bartolomé. Tenéis que arrancar vuestra propia piel, por decirlo así, que es lo que llama san Pablo ***el hombre viejo, para revestiros del espíritu de Jesucristo, que***, según el mismo apóstol, ***es el hombre nuevo*** [8].

Sea, pues, ésa vuestra ocupación durante toda vuestra vida, para que lleguéis a ser realmente discípulos de Jesucristo e imitadores de este santo apóstol en su martirio.

MF 159,1,1: [1] Cf. Jn 1,43-51. – [2] Hb 4,12. – [3] Hb 4,12. – **MF 159,1,2**: [4] Col 2,3. – **MF 159,2,1**: [5] Cf. Mc 16,15. – [6] Cf. Ef 4,18. – **MF 159,3,1**: [7] Cf. Hch 5,39. – **MF 159,3,2**: [8] Ef 4,22-24.

160

MF 160. **Para la fiesta de san Luis**

25 de agosto

MF 160,1,1 Punto I.

San Luis, rey de Francia, a quien hoy propone la Iglesia, fue tan eminente en virtud como lo era en dignidad.

Ante todo, tuvo extremo horror al pecado, que le infundió su madre, virtuosísima princesa, en cuanto tuvo uso de razón. Y lo conservó siempre tan profundamente impreso en su corazón, que con frecuencia decía que preferiría verse privado de su reino antes que cometer un solo pecado mortal.

Tenía tal espíritu de religión que, considerando el honor que había tenido de recibir el bautismo en Poissy, se nombraba y firmaba a menudo Luis de Poissy, por estima y veneración a este sacramento.

Además, cada día oía, de rodillas, dos misas, penetrado plenamente del espíritu de fe. Y era tan viva en él esta virtud, que al comunicarle cierto día que en la Santa Capilla se aparecía un niño en la hostia, no dio un solo paso, y dijo que no necesitaba ver aquel milagro para creer en la realidad de Jesucristo en la Eucaristía, ya que la fe sola le bastaba para creer.

MF 160,1,2 Reconocía y adoraba a Jesucristo en los pobres, y cada día sentaba a tres de ellos a su mesa, y daba de comer a otros ciento veinte con los mismos manjares que a sus sirvientes.

¿Tenéis vosotros tanto horror al pecado y tanto espíritu de religión como este santo rey? Examinaos con frecuencia sobre ambos puntos, y tened la certeza de que no os mantendréis en la piedad ni se la comunicaréis a vuestros discípulos, sino en la medida en que poseáis plenamente estas dos cosas; sin las cuales, vuestra alma será como ciudad sin murallas ni fortificaciones, entregada de continuo como presa a sus enemigos.

MF 160,2,1 Punto II.

Como la mortificación es el sostén de la piedad, y la de este santo era poco común, sus austeridades fueron muy extraordinarias para persona de su condición.

Ayunaba todos los viernes del año y los miércoles no comía carne y, con frecuencia, tampoco el lunes. La práctica ordinaria en sus ayunos era no tener más que una sola comida, que a menudo consistía en comer pan y beber agua solamente. Todos los viernes, después de confesarse, recibía de manos de su confesor la disciplina, con cadenillas de hierro.

Todos los sábados, por espíritu de humildad y de mortificación, lavaba los pies a los tres pobres que se habían sentado a su mesa, y este acto lo realizaba de rodillas.

También era práctica de mortificación de este príncipe, henchido de espíritu cristiano, vestirse con tela común y basta, como la tiritaña y otras semejantes; y se vestía de forma tan tosca con el fin de poder dar a los pobres el dinero que habría empleado en vestidos lujosos.

MF 160,2,2 Pero lo más mortificante para este gran rey, fue la paciencia que siempre necesitó para soportar cuanto se decía contra él, sin quejarse ni mostrar nunca disgusto, penetrado como estaba de lo que Jesucristo había sufrido por él.

Cuanto más soportéis las mortificaciones, tanto exteriores como interiores, y sobre todo éstas, mejor poseeréis el espíritu del cristianismo y el de vuestro estado. Haced, pues, de ellas, práctica común y ordinaria, y no dejéis pasar ningún día sin aplicaros a alguna que estiméis especialmente y en cuyos actos os ejercitéis.

MF 160,3,1 Punto III.

Fue tan admirable el celo de este santo por el bien de la Iglesia y por el de su Estado, que resulta difícil poder expresarlo. Ese santo celo le movió a emprender la guerra contra los infieles, para destruir el imperio del demonio en su país, y establecer el de Jesucristo. En el primer viaje que realizó para recuperar Tierra Santa, cayó prisionero; y en el segundo, murió de peste.

Cuando vinieron a París los delegados de los sarracenos, les manifestó que su mayor deseo era que abrazasen la religión cristiana. Mandó construir numerosas iglesias y monasterios, y apreciaba mucho a los religiosos por su piedad, y por lo mucho que contribuyen a mantener la Iglesia. Trajo a Francia muchísimas reliquias, entre ellas la corona de espinas de Nuestro Señor y un trozo importante de la Santa Cruz.

Amaba tiernamente a sus súbditos, y además de haberse esforzado con maravilloso cuidado en procurarles paz y tranquilidad, les dio leyes y buenas normas para conducirlos a Dios. Antes de morir dio a su hijo instrucciones tan sabias y cristianas, que pueden servir de guía a los reyes para gobernar santísimamente sus Estados.

MF 160,3,2 En vuestro empleo debéis juntar al celo del bien de la Iglesia el del Estado, del cual vuestros discípulos comienzan a ser miembros, y un día habrán de serlo plenamente.

Procuraréis el bien de la Iglesia haciéndolos verdaderos cristianos, y tornándolos dóciles a las verdades de la fe y a las máximas del Santo Evangelio.

Procuraréis el bien del Estado enseñándoles a leer y a escribir, y todo lo que corresponde a vuestro ministerio, en relación con el mundo exterior. Pero hay que unir la piedad con lo externo, sin la cual vuestro trabajo sería poco útil.

161

MF 161

Para la fiesta de san Agustín

28 de agosto

MF 161,1,1 Punto I.

San Agustín, convertido a Dios por las fervorosas oraciones de su santa madre y por la fuerza y eficacia de las instrucciones de san Ambrosio, se retiró al campo, donde llevó, durante tres años, vida solitaria y penitente en extremo. Allí aprendió a gustar de Dios y a practicar con perfección las reglas del Santo

Evangelio, que le servían como tema de meditación.

También fue allí donde, derramando su corazón en la presencia de Dios, no lograba consolarse, a vista de sus desórdenes pasados; y cuando ponderaba su enormidad, abismado unas veces en el amor de su Dios, no se cansaba de admirar y agradecer las extraordinarias bondades que el Dios de amor había tenido con él; y otras, sensiblemente conmovido su corazón por las grandezas y por la incomprensibilidad de Dios en sí mismo y en sus beneficios en favor de los hombres, se fundía y derretía, elevándose después en ímpetus de amor hacia su Dios.

MF 161,1,2 En aquel sagrado retiro es donde este santo llegó a ser hombre nuevo y hombre de Dios, y donde se preparó, después de haberse convertido él mismo, a trabajar firmemente en la conversión de los demás.

Vosotros no podéis disponeros a trabajar con provecho en vuestro empleo sino por el retiro y la oración. Esos son los dos medios que podéis utilizar para desprenderos totalmente del mundo y de la inclinación al pecado, y para consagraros plenamente a Dios.

MF 161,2,1 Punto II.

Este santo, ordenado sacerdote, a pesar suyo, por el obispo de Hipona, que lo juzgó capaz de prestar importantes servicios a la Iglesia, llevó vida muy regulada y alejada de todo trato con el siglo, junto con otros eclesiásticos.

Esto le granjeó mucha reputación, tanto a causa de las eminentes virtudes que practicaba al vivir en comunidad y con mucha edificación, como por sus brillantes luces, la solidez de su ingenio y la fuerza maravillosa con que combatió a los herejes arrianos, maniqueos y otros, tanto con sus sermones como con sus escritos.

La gracia, que había actuado poderosamente en él para su conversión, operó también, por medio de él, efectos sorprendentes para la conversión de los demás; y unida a sus luces naturales y a su profunda erudición, desbarató todos los argumentos de los herejes más obstinados, y más capaces de dar a sus opiniones alguna apariencia de verdad.

MF 161,2,2 Vosotros ejercéis un empleo en el que habéis de luchar, no contra herejes, sino contra las tiernas inclinaciones de los niños, que los impulsan fogosamente al mal. No lo conseguiréis por medio de la ciencia natural, sino por el Espíritu de Dios y por la plenitud de su gracia, que sólo atraeréis a vosotros con la fuerza de la oración.

Sed muy fieles a ella, para que, esclarecidos con sus luces, las derrotéis en esas pequeñas almas, y alejéis de ellas todas las sugestiones del demonio.

MF 161,3,1 Punto III.

Cuando san Agustín llegó a ser obispo de Hipona y se consagró con todo el cuidado posible al gobierno de la diócesis, no puso Dios límites estrechos a la amplitud de su celo; y como éste igualaba, al menos, la grandeza de su espíritu y la profundidad de su ciencia, Dios lo hizo útil para toda la Iglesia.

Fue consultado por los papas, los Concilios, y por casi todo el mundo; incluso por muchos paganos, a cuya conversión contribuyó en gran medida. De todas

partes venían a pedirle eclesiásticos formados bajo su dirección para ponerlos como pastores de la Iglesia.

MF 161,3,2 Aquel modo tan santo de vivir fue, sin embargo, muy combatido y condenado por los herejes, quienes, considerándolo como su mayor enemigo y el doctor de la Iglesia a quien más habían de temer, propalaban contra él cuanto pudiera destruir su reputación. Pero como ésta descansaba sobre el sólido fundamento de la piedad y de la humildad, nunca consiguieron menoscabarla en algo.

Tuvo, en efecto, humildad incomparable, pues dejó por escrito sus pecados a la posteridad.

Esta Comunidad puede ser muy útil a la Iglesia. Con todo, persuadíos de que sólo lo será en la medida en que se asiente en estos dos fundamentos, a saber: la piedad y la humildad, que la harán inconmovible.

162

MF 162

Para la fiesta de la degollación de san Juan Bautista

29 de agosto

MF 162,1,1 Punto I.

Así como el fin de la permanencia de Jesucristo en la tierra fue santificar a los hombres, igualmente parece que el fin que se propuso el Salvador al constituir a san Juan Bautista como su profeta y precursor fue procurar la destrucción del pecado, y para esto precisamente vino ***a preparar los caminos de Jesucristo*** [1].

Uno no puede ser santificado sino después de destruir el pecado, mediante el arrepentimiento y la penitencia; y esto es lo que san Juan Bautista realizó en sí mismo.

Y para darle la ocasión de llevarlo a cabo, tanto en sí mismo como en los demás, y cumplir con ello su ministerio con mayor eficacia y solidez, Jesucristo, en la visita que le hizo cuando aún estaba en el seno de su santa madre, y antes del nacimiento de este santo [2], comenzó por destruir en él el pecado original, que sólo puede ser borrado por la gracia de Jesucristo, sin participación alguna de quien está infectado con él.

Así, pues, quiso Jesucristo que san Juan apareciese en el mundo exento de pecado, para que pudiera aniquilarlo con mayor facilidad en aquellos por cuya conversión había de trabajar.

MF 162,1,2 Si vosotros no vinisteis al mundo sin pecado, como san Juan, al menos habéis debido trabajar para libraros de él después de vuestro nacimiento espiritual y de vuestra consagración a Dios.

¿No habéis cometido muchos desde entonces, y algunos, incluso, considerables? ¿Así mostráis vuestra fidelidad a Jesucristo, que os honró llamándoos a su servicio tras haberos sacado del abismo del mundo y del pecado?

MF 162,2,1 Punto II.

San Juan, fortalecido por la gracia que recibió de Jesucristo en el seno de su

santa madre, parece no haber vivido sino para destruir el pecado.

En efecto, desde su infancia tomó todas las precauciones posibles para no caer en él. Desde sus primeros años se retiró al desierto [3], como canta la Iglesia en su honor, para disponerse a no cometer ni el mínimo pecado.

Con la misma intención, sin duda, *llevaba*, nos dice el Evangelio, *un vestido de pelo de camello, con un ceñidor de cuero a la cintura, y se alimentaba sólo de langostas y miel silvestre* [4].

Medio importante para destruir el pecado en sí mismo es llevar vida pobre y penitente, y mantenerse alejado del trato con los hombres, como hizo este santo durante todo el tiempo que vivió.

¡Qué gracia y qué ventura para este santo el haber vivido siempre en la inocencia! Por eso dijo Jesucristo de él, que *entre los hijos de los hombres, no ha habido otro mayor que Juan Bautista* [5].

MF 162,2,2 Este santo no se limitó a destruir el pecado en sí mismo, sino que se dedicó también, durante toda su vida, a destruirlo en los *otros que acudían en masa de toda la Judea, predicándoles en el desierto y bautizándolos en el Jordán* [6]. Fueron muchísimos los convertidos por él, e incluso todos le mostraban particularísima veneración [7].

Prestad atención al género de vida y al celo de san Juan, y pensad que estáis obligados, como él, a preparar los caminos del Señor en los corazones de vuestros discípulos, y a destruir en ellos el reino del pecado.

Para obtener de Dios esta gracia, que requiere gran pureza de corazón, absteneos de las más leves culpas; servíos, para ello, de los mismos medios que él empleó, que son el alejamiento del mundo y la vida pobre y penitente.

MF 162,3,1 Punto III.

El denodado e infatigable celo que mostró san Juan para destruir el pecado fue, en fin, la causa de su muerte. Como Herodes, tetrarca de Galilea, se tomó para sí a la mujer de Felipe, su hermano, además de cometer otros muchos delitos, san Juan *lo reprendió por ello con dureza; por lo que Herodes mandó prenderlo y encarcelarlo. Con todo, no osaba darle muerte, pues el pueblo consideraba a este santo como un profeta* [8], y el mismo Herodes lo tenía por santo y sentía mucho respeto hacia él.

MF 162,3,2 Sin embargo, habiendo ofrecido un banquete a los grandes de su corte, y *habiendo danzado ante él la hija de aquella adúltera mujer, le agradó tanto, igual que a los que estaban con él a la mesa, que le prometió con juramento darle cuanto pidiera. Su madre le aconsejó de inmediato que pidiera al rey la cabeza de Juan Bautista; aunque con pena, se lo concedió al punto, solamente en razón del juramento que había hecho, y en consideración a los que había invitado. Dio luego la orden de ejecución y uno de sus guardias fue a cortar la cabeza a san Juan en la prisión y se la llevó al rey en una fuente* [9].

He ahí el fruto del celo y de las predicaciones de este gran santo. ¿Es ésa la recompensa que esperáis vosotros en vuestro empleo? ¿Deseáis sufrir mucho en él, ser en él duramente perseguidos, y morir, finalmente, en él, después de haber trabajado con todas las fuerzas de vuestra alma por destruir el pecado?

MF 162,1,1: [1] Lc 1,76. – [2] Cf. Lc 1,41-44. – **MF 162,2,1**: [3] Lc 1,80. – [4] Mt 3,4. – [5] Mt 11,11. – **MF 162,2,2**: [6] Mt 3,1.5-6. – [7] Mt 14,5. – **MF 162,3,1**: [8] Mt 14,3-5. – **MF 162,3,2:** [9] Mt 14,6-11.

163

MF 163

Para la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen

8 de septiembre

MF 163,1,1 Punto I.

Honremos a la Santísima Virgen en el día de su nacimiento, y participemos del gozo extraordinario que siente toda la Iglesia, al solemnizar hoy el feliz día en que Dios hizo aparecer en el mundo a aquella que dio inicio a la salvación de todos los hombres.

Dios, que conduce todas las cosas con sabiduría, teniendo el designio de salvar a todos los hombres [1] y de nacer como ellos, prefirió escogerse una virgen que fuese digna de ser su templo y morada. Y para preparársela tal como la deseaba, dispuso que fuera adornada, por el Espíritu Santo, con todas las cualidades naturales y sobrenaturales que podían convenir a la madre de un Dios.

MF 163,1,2 Para este fin, era preciso que el cuerpo de esta Virgen Santa estuviese formado tan perfectamente, y tan bien dispuesto, desde su nacimiento, que pudiera contribuir a la santidad de su alma; y que *el Espíritu Santo, descendiendo sobre ella, la pusiera en disposición de hallar gracia ante Dios y ser objeto de sus complacencias* [2]; y que le diera interiormente tal fuerza, que pudiera resistir a todos los ataques del espíritu maligno, capaces de corromper, o al menos de alterar, la pureza de su corazón.

¡Ah!, cuán justo era que aquella que había de servir para formar a un Hombre-Dios, fuese, en todos los sentidos, la obra de Dios mismo, y lo más perfecto que pudiera darse entre las puras criaturas.

MF 163,2,1 Punto II.

Admiremos el cúmulo de gracias que adornó el alma de la Santísima Virgen en el instante de su nacimiento. *Tan colmada estuvo de ellas,* que no hubo ni habrá jamás simples criaturas semejantes a ella [3].

El Espíritu Santo, al hacerle partícipe de su plenitud, le comunicó todos sus dones y fijó desde entonces en ella su morada, para prepararla a recibir y llevar en su seno al Hijo de Dios hecho hombre. Le dio, incluso, un corazón tan penetrado del amor de Dios, que no latía sino para Dios.

En ella todo tenía relación sólo con Dios: su mente sólo se ocupaba de Dios y de cuanto Él le daba a entender que le agradaba; todas las facultades de su alma no tenían más función que tributar homenaje a Dios.

MF 163,2,2 Su mismo cuerpo servía como instrumento para las santas acciones que en ella se operaban; las cuales contribuían a espiritualizarlo en la medida de lo posible, y a hacer de él el santuario sagrado donde *entraría a su tiempo Jesucristo para ofrecerse interiormente a Dios, como víctima sin mancha* [4], para llevar al culmen la purificación del alma de esta Virgen Santa, de quien el Espíritu de

Dios se había adueñado desde su nacimiento.
¡Oh!, cuán dichoso fue este día para María, y también para todos los hombres, que encuentran en ella su universal refugio, a causa del tesoro de gracias que puso Dios en ella desde el momento de su aparición en el mundo.

MF 163,3,1 Punto III.
Es imposible imaginar cuán grande fue la correspondencia de la Santísima Virgen a todas las gracias que recibió de Dios en el instante de su nacimiento. Como, por singular privilegio, gozaba ya entonces del uso de la razón, se sirvió de ella para adorar a Dios y agradecerle todas sus bondades. Desde entonces se consagró del todo a Él, para no vivir ni tener, por el resto de sus días, vida ni movimiento sino para Dios.
Se anonadó profundamente en lo íntimo de su alma, reconociendo que todo se lo debía a Dios; e interiormente admiraba cuanto había obrado Dios en ella, diciéndose lo que proclamó más tarde en su cántico: *Dios ha obrado en mí cosas grandes* [5].

MF 163,3,2 Y mirándose a sí misma, y contemplando a Dios en ella, profundamente asombrada de la prodigalidad de Dios para con su criatura, se persuadió y aun se penetró de que todo en ella debía tributar honor a Dios, y proclamar continuamente con David *que hasta sus huesos* eran tan deudores a Dios que no podían dejar de exclamar: *¿Quién como Dios?* [6].
Si María recibió tal abundancia de gracias [7], fue para compartirlas con los hombres que a ella recurriesen. Aprovechad, pues, los beneficios que podéis obtener, mediante vuestra solicitud y recurso a ella.

MF 163,1,1: [1] 1Tm 2,4. – **MF 163,1,2**: [2] Lc 1,30.35. – **MF 163,2,1**: [3] Cf. Lc 1,48-49. – **MF 163,2,2**: [4] Hb 9,12.14. – **MF 163,3,1**: [5] Lc 1,49. – **MF 163,3,2:** [6] Sal 35,10. – [7] Lc 1,28.

164

MF 164

Meditación para la fiesta del santo nombre de María

Domingo de la octava de la Natividad de la Santísima Virgen; en el nuevo calendario no figura

MF 164,1,1 Punto I.
La Iglesia celebra hoy la fiesta del santo nombre de la Santístima Virgen para darnos a entender cuán útil y provechoso es para nosotros invocar este nombre santo en nuestras necesidades.
El nombre de María, con que fue honrada la Santísima Virgen, y que significa estrella del mar, dice san Bernardo, le cuadra muy bien, porque es estrella que ilumina, guía y conduce al puerto del borrascoso mar de este mundo.
En efecto, dice el mismo santo, esta Virgen Santa es para nosotros aquella *estrella surgida de Jacob* [1], cuyo rayo, Jesucristo, *ilumina a todo el mundo* [2]. Pues fue ella quien, al engendrarlo en el seno de su virginidad, como estrella que produce su rayo de luz sin corrupción alguna, ilumina a todo el mundo, tal como expresa san Bernardo, siguiendo a san Juan en su Evangelio.

Ella es esta clara y brillante estrella, dice el mismo san Bernardo, que colocada por encima de este mar vasto y espacioso, resplandece por sus méritos y refulge por sus ejemplos.

MF 164,1,2 Vosotros, sin duda, estáis necesitados de luz en esta vida, en que os encontráis permanentemente como en mar proceloso, con peligro para vuestra salvación. Recurrid a María: ella os iluminará y os ayudará a conocer la voluntad de Dios para con vosotros; ya que participando de la luz de *su Hijo Jesucristo, que vino al mundo para iluminar a todos los hombres, aunque muchos no lo hayan conocido* [3], ella misma *es luz que alumbra en las tinieblas* [4].

Pedidle, pues, a menudo, que ilumine vuestro espíritu y lo haga dócil a la verdad, ya que, conociéndola ella perfectamente, le resulta fácil enseñárosla y haceros entender lo que vosotros, que sólo sois tinieblas, no podéis comprender.

MF 164,2,1 Punto II.

Como el camino que tenéis que recorrer en este mundo es tan peligroso, necesitáis un guía para caminar por él con seguridad. No podéis tener otro mejor que la Santísima Virgen; pues, como ella es purísima interior y exteriormente, y los santos la llaman tesorera de las gracias que Dios puso en ella, para comunicároslas, conoce todos los caminos y todos los medios para preservar de los peligros que en ellos se encuentran.

Por eso es muy provechoso dejarse guiar por ella; pues, como dice san Bernardo, siguiéndola, no es posible extraviarse; pensando en ella, no puede uno salirse del recto camino; suplicándole, es imposible desesperar de llegar al lugar a donde se quiere ir. Cuando ella ayuda y sostiene, no puede uno caer; cuando protege, nada se puede temer; cuando guía, no puede uno cansarse.

MF 164,2,2 En los peligros, en los caminos estrechos e inseguros, pensad en María, invocad su nombre sagrado, y al punto os sentiréis aliviados y libres de todas vuestras penas.

¡Ah!, dichosos vosotros, si sois devotos de la Santísima Virgen, por contar con la facilidad de recurrir a su santo nombre y, con sólo invocarlo, poder sentiros seguros en medio de todos los obstáculos de tan difícil camino.

MF 164,3,1 Punto III.

No es suficiente navegar con seguridad; hay que llegar a puerto. Sin ello, todo el camino que hubiereis hecho sería inútil, pues no alcanzaría el fin que os habíais propuesto.

Esta estrella del mar, la Santísima Virgen, os conducirá a él sin dificultad, puesto que lo conoce muy bien y sabe la ruta que hay que seguir para llegar a él. Conoció, para sí misma, el camino para llegar, y ella misma marchó por él. Y como tenía perfecto conocimiento de los caminos de Dios y estaba abundantemente prevenida de la gracia, ésta la introducía en el camino, y le daba a gustar cuán feliz se siente uno cuando es llevado por la gracia de Dios, como dice de forma excelente el autor de la Imitación de Cristo.

MF 164,3,2 No estamos en este mundo sino para salvarnos. Encontraremos todos los medios para ello en el seno de la Santísima Virgen, donde Jesucristo residió,

que fue por Él santificado al morar en él; y en el que, incluso, ha depositado plenitud de gracias, capaces no sólo de llenar de fragancia toda la amplitud del alma de la Santísima Virgen, sino también de iluminar, animar y abrasar los corazones de cuantos acuden a ella, invocando su nombre santo.

Practicad esta devoción. Pedídsela a Dios en este santo día. Recordadlo e invocadlo a menudo con todo el respeto y veneración que se le debe.

MF 164,1,1: [1] Nm 24,17. – [2] Jn 1,9. – **MF 164,1,2**: [3] Jn 1,9-11. – [4] Cf. Jn 1,5.

165

MF 165

Para la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

14 de septiembre

MF 165,1,1 Punto I.

La fiesta que celebra hoy la Iglesia se estableció, en un primer momento, cuando la santa cruz de Jesucristo, después de ser hallada por santa Elena, madre del emperador Constantino, fue enaltecida con gran honor y glorificada en el mundo entero por parte de todos los cristianos.

Pero esta fiesta adquirió mucha mayor importancia cuando el emperador Heraclio llevó en triunfo la sagrada cruz sobre sus hombros, y la repuso en Jerusalén, en el lugar mismo del Calvario, donde Jesucristo fue clavado en ella.

Debemos unirnos a la alegría que en este día manifiesta la Iglesia, con la especial solemnidad con que honra este sagrado madero, y penetrarnos, al mismo tiempo, de los sentimientos de san Pablo, cuando dice que *es menester que nos gloriemos en la cruz de Jesucristo* [1].

Es más, en ella hemos de poner toda nuestra gloria, dice el mismo apóstol, *fijando los ojos en Jesucristo, nuestro divino maestro, que puso su gloria y toda su dicha en sufrir y morir sobre esta cruz, menospreciando la vergüenza y la ignominia* [2] que la acompañaban; puesto que esta sagrada cruz, tan venerable desde entonces para los cristianos, era antes, dice el mismo apóstol, *motivo de escándalo para los judíos y locura para los gentiles* [3].

MF 165,1,2 Si los apóstoles, según la expresión del mismo san Pablo, consideraron como honor *predicar por toda la tierra a Jesucristo crucificado* [4], pues hacían profesión de *no saber otra cosa que al mismo Jesús crucificado* [5], *muy lejos de anonadar la cruz de Jesucristo* [6], *que es para nosotros virtud y poder de Dios* [7], pasemos este día y el resto de nuestra vida con sumo respeto y profunda adoración hacia este sagrado misterio; el cual, como añade el mismo san Pablo, *estuvo oculto antes de Jesucristo, para nuestra gloria, y los príncipes de este mundo no tuvieron la suerte de conocer* [8], aunque haya sido la cruz el instrumento de nuestra salvación y nos haya procurado la vida de la gracia y nuestra resurrección.

MF 165,2,1 Punto II.

No conviene que el honor que hemos de tributar a la cruz de Nuestro Señor se

limite a respetarla y adorarla; es preciso, además, que la amemos con todo el afecto de nuestro corazón y que deseemos morir clavados en ella, como lo deseó Jesucristo, nuestro divino maestro. Pues como dice el autor de la Imitación, quienes se abrazan de buen grado a la cruz de Jesucristo no temerán la terrible sentencia de la condenación; pues habiendo sido, por su medio, arrancados al pecado, no es posible ni pensar en ella. Y hemos de tener la confianza de que si la amamos, en unión con Jesucristo, que la amó tiernamente y la llevó con sumo gozo, todas las miserias de esta vida se nos convertirán en dulces y agradables; y seremos realmente felices, al haber encontrado nuestro paraíso en este mundo, puesto que estaremos participando del espíritu paciente de Jesucristo, *que nos reconcilió mediante su muerte sobre esta santa cruz*, dice san Pablo, *para hacernos santos, puros e irreprensibles ante Dios* [9].

MF 165,2,2 Consideremos, pues, atentamente, cuán deudores somos a este sagrado madero por haber contribuido de tal modo a nuestra santificación. Elevémoslo, con el celo del ferviente amor, hasta Jesucristo, para unirlo a él, que sigue amándolo todavía, porque ama nuestra salvación y se siente satisfecho de haber cargado con él para nuestra santificación.

Así, pues, cuando tengáis alguna aflicción, uníos a Jesús doliente; amad su cruz, *ya que sois uno de sus miembros* [10]. Esa unión y ese amor suavizarán vuestras penas y os las tornarán mucho más tolerables.

MF 165,3,1 Punto III.

Todos los honores externos o internos que podamos tributar a la cruz del Salvador nos serán poco provechosos, a menos que la honremos de otra manera, *llevando constantemente* [11], *como siervo bueno y fiel* [12], la cruz que el mismo Jesús, nuestro maestro, quiera imponernos, teniendo en cuenta que Él tuvo a bien ser crucificado por nuestro amor.

Pues, como muy bien dice Minucio Félix, aunque Jesucristo nos exige que adoremos su santa cruz, no es, con todo, lo que nos pide con más insistencia, sino *que bebamos gustosos su sagrado cáliz, si deseamos ser sus amigos y tener parte con Él en su reino* [13].

MF 165,3,2 Pongamos, pues, toda nuestra gloria, con san Pablo, *en llevar sobre nuestro cuerpo las señales sagradas de los padecimientos de Jesús* [14], a fin de hacernos conformes a Jesús crucificado y honrar su santa cruz del modo que a Él le sea más agradable, y a nosotros más eficaz y ventajoso.

Justamente pensamos, en efecto, que si toda la vida de Jesús fue cruz y martirio continuo, nunca pareceremos mejor sus siervos, amigos e imitadores que imprimiendo en nosotros el sello de su santa cruz, y sufriendo penas semejantes a las suyas.

¿Cómo osaríamos, para complacer a Dios, honrarlo, y ofrecerle un sacrificio que le agrade, buscar otro camino distinto de esta vía de la cruz bienaventurada, puesto que Jesús, nuestro Salvador, no pasó ni una sola hora de su vida sin sufrir, para honrar a su Padre, y no ha existido en el mundo ningún santo sin aflicciones y sin cruz?

MF 165,1,1: [1] Ga 6,14. – [2] Hb 12,2. – [3] 1Co 1,23. – **MF 165,1,2**: [4] 1Co 1,23. – [5] 1Co 2,2. – [6] 1Co 1,17. – [7] 1Co 1,24. – [8] 1Co 2,7-8. – **MF 165,2,1**: [9] Col 1,22. – **MF 165,2,2**: [10] Ef 5,30. – **MF 165,3,1**: [11] Cf. Lc 9,23. – [12] Mt 25,21. – [13] Mt 20,22. – **MF 165,3,2**: [14] Ga 6,17.

166

MF 166 **Para la fiesta de san Cipriano**

16 de septiembre

MF 166,1,1 Punto I.

San Cipriano es uno de los principales Padres de la Iglesia y fue de los más celosos de su disciplina y de mantener la doctrina y las máximas de Jesucristo. Siendo pagano y muy docto, fue convertido por un sacerdote llamado Cecilio, a quien amó tiernamente y a quien desde entonces veneró como a su padre.

Antes, incluso, de recibir el bautismo, ya estudió la Sagrada Escritura y, bien impregnado de las máximas que en ella había aprendido y del espíritu católico, fue admitido al mismo. En cuanto fue bautizado, ***vendió todos sus bienes y distribuyó el importe a los pobres*** [1], y resolvió observar continencia. De ese modo, desde que comenzó a ser cristiano, vivió despojado de todas las riquezas y despegado del afecto a todos los bienes y a los placeres de la tierra. Eso era vivir como perfecto cristiano.

Parece evidente que este santo fue, ante todo, muy virtuoso y que tuvo el corazón totalmente lleno del Espíritu de Jesucristo. Supuesta tal disposición, no podía por menos que practicar excelentes virtudes. Era tanta la edificación de todo el mundo por su santa vida, como la admiración por su habilidad y por el conocimiento de las letras. Todo eso le puso en condiciones de producir abundantes frutos en la Iglesia.

MF 166,1,2 Vivís en un estado en el que tenéis obligación de conocer a fondo las máximas del Santo Evangelio, tanto para trabajar en vuestra santificación como para procurársela a los otros. ¿Las seguís como hizo este santo? ¿Habéis renunciado, como él, a los bienes y a los placeres de la vida?

De ordinario, vosotros no disponéis de los bienes y de las comodidades de la vida porque no podéis disfrutar de ellos; pero, a menudo, quienes carecen de ellos, son quienes los anhelan con mayor ardor: ¿no seréis vosotros de este número? No es suficiente vivir privado de ellos, a menos que se haga voluntariamente y con amor. Por eso Jesucristo no dice sólo ***bienaventurados los pobres,*** sino ***los pobres de espíritu*** [2]. Con frecuencia, ese espíritu de pobreza no es menos raro en las comunidades que en el siglo.

MF 166,2,1 Punto II.

San Cipriano, por vivir tan santamente, fue muy pronto ordenado sacerdote, y casi al mismo tiempo, obispo de Cartago, por elección de todo el pueblo. Para impedirlo, huyó; pero se vio obligado a aceptar esta dignidad.

Siendo ya obispo, este santo iluminó a toda la Iglesia con sus excelentes escritos, y durante la persecución trabajó esforzadamente en sostener a los vacilantes en la fe. Manifestó admirable celo para instruir a su pueblo, y sobre

todo dedicó especial atención a los pobres.

Cuando uno se hace voluntariamente pobre para imitar a Jesucristo, también ama, como Él, a los que Dios hizo pobres.

MF 166,2,2 Vosotros tenéis todos los días niños pobres a quienes instruir; amadlos tiernamente, como hizo este santo, siguiendo en ello el ejemplo de Jesucristo. Preferidlos a quienes no lo son, pues Jesucristo no dijo que el Evangelio es anunciado a los ricos, sino a los pobres [3]. Ellos son también los que Dios os ha encomendado, y a los que tenéis obligación de anunciar las verdades del Santo Evangelio.

Ellos eran los que seguían habitualmente a Jesucristo Nuestro Señor, y ellos son también los mejor dispuestos a aprovechar su doctrina, porque en ellos existen menos obstáculos exteriores.

No hay nadie que no concuerde en que este santo aventajó a todos los obispos de su tiempo en ciencia y elocuencia, como también en prudencia y humildad.

A ejemplo suyo, tenéis que conocer a fondo la religión; pero además debéis dar pruebas de que estáis penetrados de ella, por vuestra prudencia y vuestra piedad.

MF 166,3,1 Punto III.

Este santo trabajó mucho por la Iglesia y también soportó infinidad de males, a causa de su celo y de la fidelidad que le profesaba. Así, cuando estalló una furiosa persecución contra los fieles, los paganos pidieron que lo arrojaran a los leones. Fue desterrado de inmediato, y al mismo tiempo confiscaron todos sus bienes. Se ocultó para poder ser todavía útil a su pueblo y a la Iglesia; parecía, incluso, de suma importancia que siguiera vivo para afianzar a su pueblo durante aquella dura persecución.

Así, oculto, permaneció dos años, atendiendo sin cesar las necesidades de sus diocesanos y escribiéndoles cartas y tratados llenos de amor a Dios. Después de dos años de retiro, habiendo fallecido el emperador Decio, regresó a Cartago. Pero poco después de llegar, lo desterraron los emperadores Valeriano y Galiano. Al volver del destierro, el procónsul lo condenó a ser decapitado.

Así dejó este santo el exilio de esta vida, después de haber sufrido durante largo tiempo por sostener a la Iglesia de Jesucristo.

MF 166,3,2 Una de las cosas que más contribuyen a imprimir las verdades del Evangelio en los corazones, y a hacer que gusten de ellas, es que quienes las enseñan *como ministros de Jesucristo y dispensadores de sus misterios* [4], soporten de buen grado las persecuciones y practiquen lo que dice san Pablo: *nos maldicen, y bendecimos; nos persiguen, y lo soportamos; nos injurian, y respondemos con oraciones. Somos considerados como las heces del mundo* [5], *pero no nos abatimos por nada* [6].

¿Os halláis en esta disposición? Os es muy necesaria, si queréis producir fruto en vuestro empleo.

MF 166,1,1: [1] Cf. Mt 19,21. – **MF 166,1,2**: [2] Mt 5,3. – **MF 166,2,2**: [3] Cf. Mt 11,5. – **MF 166,3,2**: [4] 1Co 4,1. – [5] 1Co 4,12-13. – [6] 2Co 4,8.

167

MF 167

Para la fiesta de san Mateo, apóstol y evangelista

21 de septiembre

MF 167,1,1

Punto I.

Lo más admirable en la vida de san Mateo es que fue fiel en seguir a Jesucristo en cuanto lo llamó. En Cafarnaún, ciudad de Galilea, era recaudador de las contribuciones del emperador. *Al pasar cierto día Jesucristo,* que predicaba por entonces allí su Evangelio, *ante la puerta donde vivía san Mateo, éste dejó al instante su despacho y cuanto poseía, y siguió a Jesucristo* [1].

Y para demostrar la alegría y la gratitud que por su conversión sentía hacia Jesucristo, *lo invitó a un gran banquete que dio en su casa, al que acudieron algunos publicanos y pecadores* [2], que, según san Jerónimo, fueron convertidos por Nuestro Señor.

La conversión de san Mateo es de todo punto extraordinaria; y es signo de la fuerza de la gracia, y de los efectos que ésta produce en el alma. Es cierto que *la palabra de Jesucristo es eficaz* [3] en la vocación de los apóstoles; pero como la mayoría eran pobres pescadores, no es tan de extrañar que siguieran de inmediato a Jesucristo, como lo es en el caso de san Mateo, que poseía riqueza y vivía con holgura.

MF 167,1,2

¿Habéis sido vosotros tan prontos en seguir a Jesucristo como lo fue san Mateo, a la primera palabra, al instante, sin haber arreglado sus negocios y sin haber pedido tiempo para atenderlos? ¿Cuántas veces, tal vez, os ha llamado Jesucristo? ¿No habéis dicho a menudo, como san Agustín: mañana, mañana me convertiré? ¿No lo decís aún ahora todos los días? ¿Habéis abandonado todo desde lo profundo del corazón? ¿Puede ser que algunos de nosotros no poseyeran nada, como los primeros apóstoles? Entonces eso les habrá resultado muy fácil. ¿No buscamos, sin embargo, nuestros gustos y comodidades? Eso es indigno de *un siervo de Dios, que ha debido renunciar al mundo y a todas las cosas* [4].

MF 167,2,1

Punto II.

Desde su conversión, san Mateo se mantuvo fielmente unido a Jesucristo hasta el fin de su vida, dice san Jerónimo; por eso lo escogió para ser uno de sus apóstoles, para predicar con Él, y después de Él, su Evangelio, y para escribirlo el primero, en la misma lengua que lo había predicado Jesucristo, es decir, en siríaco, que era un hebreo corrompido.

No es posible imaginar cuánto ama Jesucristo a quienes lo dejan todo por Él, y cuántas gracias les concede, tanto para sí mismos como para los demás [5]. Como su corazón se halla vacío de las cosas del mundo, Dios lo llena con su Espíritu Santo, como hizo con el de san Mateo; pues cuanto más cosas se dejan en lo exterior, tanto más da Dios en lo interior.

MF 167,2,2

No os aficionéis sino a Jesucristo, a su doctrina y a sus santas máximas, ya que Él os ha honrado escogiéndoos, con preferencia a muchos otros, para anunciárselas a los niños, sus predilectos.

Estimad mucho vuestro empleo, que es apostólico, y estudiad con aplicación el Evangelio de san Mateo, en el que se proponen las máximas más santas de Jesucristo y los fundamentos principales de la piedad cristiana. Cuanto más os apliquéis a ello, más sabios llegaréis a ser en la ciencia de los santos, y os hallaréis en mejor disposición para instruir a los demás..

MF 167,3,1 Punto III.

Este santo apóstol fue a predicar el santo evangelio al mismo tiempo que los demás y le cupo en suerte Etiopía. Allí logró mucho progreso y convirtió a la fe al rey y a toda su familia.

Muerto el rey, el príncipe que lo sucedió quiso desposar a la hija de su predecesor, llamada Ifigenia. Pero como ella había hecho voto de castidad, se negó a ello. Este rey pretendía forzar a san Mateo a que persuadiese a la princesa para que se casara con él, no obstante su voto. San Mateo, por el contrario, la instó a permanecer firme en su resolución.

Esto fue motivo para que aquel bárbaro le diera muerte, después que hubiera convertido a casi todo el país a la fe de Jesucristo. Por eso se ha llamado a este santo víctima de la virginidad.

MF 167,3,2 Cuando se pretenda inducir al mal a vuestros discípulos, confirmadlos en la práctica del bien. Y no esperéis otras recompensas, cuando hayáis desempeñado debidamente vuestro empleo, que *sufrir persecuciones, injurias, ultrajes y maldiciones, y que se diga con falsedad todo tipo de mal contra vosotros*, como escribió san Mateo y él mismo puso en práctica.

Alegraos entonces, añade el mismo santo, *y exultad de gozo, porque es muy grande la recompensa que os está reservada en el cielo; pues del mismo modo persiguieron a los profetas que os precedieron* [6].

Tened la certeza de que tales persecuciones atraerán con abundancia las gracias de Dios sobre vosotros y sus bendiciones sobre vuestro empleo.

MF 167,1,1: [1] Lc 5,27-28; Mt 9,9. – [2] Lc 5,29; Mt 9,10. – [3] Hb 4,12. – **MF 167,1,2**: [4] Lc 14,33. – **MF 167,2,1**: [5] Cf. Mt 19,27-29. – **MF 167,3,2**: [6] Mt 5,11-12.

[Meditación 168: Meditación para la fiesta de san Yon. 22 de septiembre. *Se incluye al final, con las Meditaciones añadidas.]*

169

MF 169

Para la fiesta de san Miguel, arcángel

29 de septiembre

MF 169,1,1 Punto I.

San Miguel es un arcángel, y el príncipe de todos los ángeles que permanecieron fieles a Dios. Él es quien, *por celo de la gloria de Dios, se unió a todos sus santos ángeles para combatir a Lucifer y a sus secuaces* [1], que

deslumbrados por las perfecciones y gracias que Dios había puesto en ellos, se rebelaron contra Él.

No quisieron someterse a sus órdenes porque no consideraron debidamente cuán superior a ellos e infinitamente más digno de honor y de gloria debía ser quien había creado cuanto de grande había en ellos. Estaban, incluso, tan cegados, que se opusieron a san Miguel, encargado por Dios de esclarecerlos con sus luces y de hacerles comprender que nada se puede comparar con Dios; que, como dice san Pablo, *sólo a Él es debido todo el honor y toda la gloria por los siglos de los siglos* [2]; y que todas las criaturas, como ellos lo eran, al no ser nada por sí mismas, debían abismarse y anonadarse ante Dios, a vista de su gloria y majestad.

MF 169,1,2 Este rayo de luz que Dios, por sí mismo, imprimió en san Miguel, y el solo aspecto de este arcángel fue lo que confundió a aquellos desdichados ángeles, que se convirtieron en puras tinieblas, y se vieron relegados a un lugar tenebroso, por no haber querido abrir sus ojos a la luz verdadera.

¿Resistiremos siempre nosotros a las luces de la gracia, que nos inspira que hay que dejar todo por Dios, y que sólo en Él encontraremos nuestra verdadera felicidad, incluso en esta vida?

MF 169,2,1 Punto II.

San Miguel, animado de aquel *sentimiento de fe que le servía de escudo* [3] contra los ángeles malos, consiguió la victoria con estas palabras: «¿Quién como Dios?» Al mismo tiempo glorificaba con los suyos a Dios, exclamando: *Digno eres, oh Señor Dios nuestro, de recibir toda gloria, todo honor y todo poderío, porque Tú creaste todas las cosas* [4]. *Ahora es cuando se ha establecido la salvación, la fuerza y el reino de nuestro Dios, porque el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante nuestro Dios, ha sido precipitado desde lo alto del cielo* [5].

Desde entonces, a todos los santos ángeles les fue asegurada la gloria eterna, que nunca ha sufrido menoscabo en ellos, ni jamás podrá padecer la más mínima alteración.

¡Qué dicha la de este santo arcángel ser el primero de esos espíritus bienaventurados, que tienen como única ocupación alabar a Dios en el cielo, y haber sido, por su celo y su respeto a Dios, el que más contribuyó a que empezara a poblarse el cielo!

MF 169,2,2 Honrad a este insigne santo como al primero que dio gloria a Dios, y que hizo que lo glorificasen las criaturas, y tributadle el honor que merece por haber sido tan adicto a Dios.

Uníos a él y a todos los espíritus bienaventurados que lo acompañan en el cielo, y consideradlos como modelos de lo que vosotros tenéis que hacer por Dios. Pensad con frecuencia en aquellas palabras: *¿Quién como Dios?,* que los animaron en el combate que mantuvieron contra los demonios, para que ellas os sostengan en todas vuestras tentaciones; y decíos a vosotros mismos, cuando os veáis asaltados por ellas: el placer que pudiera yo disfrutar siguiendo este atractivo de la concupiscencia, ¿puede asemejarse al que se experimenta en gozar de Dios?

MF 169,3,1 Punto III.

Aún hoy tributa san Miguel todos los días gloria a Dios, por medio del bien que realiza a los cristianos y por las gracias que les procura; pues él ha sido escogido por Dios como protector de la Iglesia, a la que sostiene y defiende contra sus enemigos.

¿No fue él, en efecto, quien por orden de Dios y para favorecer al rey Ezequías, ***mató a ciento ochenta mil hombres del ejército de Senaquerib*** [6], y quien, según el relato de san Judas, ***disputó contra el demonio para adueñarse del cuerpo de Moisés*** [7]? ¿Y no fue él, incluso, como lo canta la Iglesia, el designado por Dios para recibir las almas de los justos, a la salida del cuerpo, y conducirlas en seguida al cielo?

También es él quien defiende a la Iglesia, como la predilecta de Dios, contra los cismas y contra las herejías, que de vez en cuando se oponen a la sana doctrina y la turban.

MF 169,3,2 Unámonos, pues, a este santo príncipe de los ángeles, para participar en el celo que tuvo, tanto por nuestra salvación como por la de todos los cristianos; entreguémonos a sus cuidados; confiemos en su ayuda y seamos dóciles a su voz interior, para que todos los medios que Dios nos ofrezca, a través de él, para nuestra salvación, sean eficaces en nosotros y para que no pongamos, de nuestra parte, ningún obstáculo para su ejecución.

Pedid a menudo a san Miguel que tenga la bondad de proteger a esta pequeña familia y a ***esta iglesia de Jesucristo*** [8], según la expresión de san Pablo, que es nuestra comunidad; y que la ayude a conservar en sí el Espíritu de Jesucristo, y conceda a todos sus miembros las gracias que necesitan para mantenerse en su vocación y para procurar el espíritu del cristianismo a todos aquellos que tienen bajo su dirección.

MF 169,1,1: [1] Ap 12,7. – [2] 1Tm 1,17. – **MF 169,2,1**: [3] Ef 6,16. – [4] Ap 4,11. – [5] Ap 12,10. – **MF 169,3,1**: [6] 2R 19,35. – [7] Jud 9. – **MF 169,3,2**: [8] Cf. Rm 16,5.

170

MF 170

Para la fiesta de san Jerónimo

30 de septiembre

MF 170,1,1 Punto I.

San Jerónimo estuvo dotado de mente preclara y extraordinaria ciencia. En un primer momento se dedicó a las ciencias humanas, pero al darse cuenta de que, lejos de darle el gusto de Dios, apartaban de Él, las dejó; y no escatimó las fatigas, los trabajos, su propia fortuna ni sus esfuerzos, para instruirse en la Sagrada Escritura, y para adquirir conocimiento perfecto de cuantos misterios se encierran en ella.

De estos Sagrados Libros es de donde manan ***todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios*** [1]. Éstos son los libros divinos que hay que devorar, según la expresión del profeta, y ***de los cuales han de saciarse los verdaderos siervos de Dios*** [2], para comunicar y explicar sus secretos a los que tienen

obligación de instruir y formar en el cristianismo, de parte de Dios, como hizo san Jerónimo.
Pues lo consultaban desde todos los lugares del mundo sobre las dificultades de la Sagrada Escritura, en las cuales él había penetrado tan profundamente y a las que había encontrado soluciones tan acertadas, que no dejaba sombra de duda, en lo referente a ellas, en los que a él acudían.

MF 170,1,2 Así esclareció este santo a la Iglesia con las luces que había recibido de Dios.
Y para llenarse de ellas con mayor abundancia, se retiró del ambiente del mundo, para que los estorbos del siglo no le pudieran impedir profundizar en las santas verdades que Dios quiso dar a conocer a los hombres.
Si queréis estar llenos del Espíritu de Dios y plenamente capacitados para vuestro empleo, estudiad sobre todo los libros sagrados de la Escritura, y particularmente el Nuevo Testamento, para que sirva como norma de conducta, tanto a vosotros como a aquellos que instruís.

MF 170,2,1 Punto II.
San Jerónimo recorrió casi todo el mundo para poder dialogar con los hombres más importantes de su tiempo, y, sobre todo, con los más expertos en la ciencia de la Sagrada Escritura. Pero, estando en Atenas, se encontró con san Gregorio Nazianceno, el cual le dijo que para comprender bien la Sagrada Escritura había que comenzar por practicarla.
Por lo cual, siguiendo el consejo de este gran santo, a quien comenzó a considerar desde entonces como su maestro, se retiró de inmediato al desierto de Siria, para llevar vida santa y penitente.
En cuanto llegó allí, se entregó a la oración, a la meditación de la Sagrada Escritura y a la práctica de cuanto ella enseña, velando y ayunando constantemente, totalmente apartado del trato con el mundo.

MF 170,2,2 Allí aprendió con solidez lo que dice san Pablo: *que la ciencia, a veces, hincha, pero que la caridad edifica; y que si alguno se imagina saber algo, aún desconoce cómo debe saberlo; pero si alguno ama a Dios, es conocido y amado de Dios* [3].
¿De qué sirve la ciencia sin el temor de Dios?, dice el autor de la Imitación. ¿Qué aprovecha, añade, disputar sutilmente sobre el misterio de la Santísima Trinidad, si por falta de humildad, se desagrada a Dios?
En aquella soledad, en la que san Jerónimo se encontraba como en un paraíso, fue donde aprendió a despreciarse a sí mismo y a no estimar cosa alguna de la tierra.
Vosotros, para enseñar, tenéis obligación de saber. Pero persuadíos de que aprenderéis mejor el Evangelio meditándolo que sabiéndolo de memoria.

MF 170,3,1 Punto III.
San Jerónimo se dedicó intensamente a luchar contra los herejes, para constituirse en defensor de la Iglesia. Cierto es que fue tan humilde que, aun siendo sacerdote, no se atrevió a ejercer ninguna de las funciones correspondientes, por considerarse totalmente indigno. Sin embargo, en su calidad de ministro de Dios, llegó a ser muy útil a la Iglesia protegiéndola de

los ataques a que lo sometían sus enemigos, que maquinaban su perdición con tanto mayor ímpetu, cuanto que aún no había alcanzado la extensión y la gloria externa que consiguió más tarde.

Este santo manifestó tanto vigor, tanto celo, e incluso tanta habilidad para luchar contra los herejes, que lo consideraban como su azote, y no osaban enfrentarse a él, ya que las razones que aducía para destruir su doctrina eran tan contundentes y sólidas, que fácilmente los convencía de su error. La penitencia y la oración, unidas a la agudeza natural de su preclara inteligencia, lo pusieron en tales disposiciones.

MF 170,3,2 De este modo ejerció el santo su ministerio de sacerdote de Jesucristo. *Porque,* como dice san Pablo, *aunque el Espíritu, que distribuye las gracias a todos, es uno mismo, hay, con todo, diversidad de gracias; y aunque hay diversidad de operaciones sobrenaturales, es el mismo Dios el que obra todo en todos; así, uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con profunda sabiduría, otro el don de hablar con ciencia, otro el don de profecía, otro el discernimiento de espíritus, otro el don de hablar diversas lenguas, otro la interpretación de lenguas* [4]*, otro el don de gobernar, y otro el don de asistir a los hermanos*[5].

De esta forma, quienes han sido empleados en el bien de la Iglesia, lo han sido diversamente.

Pedid hoy, por intercesión de san Jerónimo, alguna participación en la gracia que Dios le concedió para el bien de la Iglesia, y poneos en disposición de trabajar en ella según vuestro propio don.

Amad el retiro y la oración como este santo. Ese será el medio para haceros útil a la Iglesia.

MF 170,1,1: [1] Col 2,3. – [2] Ez 2,8; 3,1-3. – **MF 170,2,2**: [3] 1Co 8,1-3. – **MF 170,3,2**: [4] 1Co 12,4-11. – [5] 1Co 12,28.

171

MF 171

Para la fiesta de san Remigio

1 de octubre; nuevo calendario, 15 de enero

MF 171,1,1 Punto I.

San Remigio, que había nacido como por milagro, de madre que ya no estaba en edad de tener hijos, llegó a ser, ya desde su juventud, la admiración de todo el mundo, tanto por la agudeza de su inteligencia como por su cordura y por su piedad. Para fortalecerla, renunció por completo al mundo siendo aún muy joven, y se encerró en una celda donde llevó vida muy penitente.

Así guía Dios, por el retiro y la oración, a los hombres a quienes prepara para algo grande. Pues en la soledad, apartado uno por entero de las criaturas, es donde se aprende a disgustarse y a desprenderse de todo aquello que constituye el placer de la gente que vive en el siglo, y a conversar, luego, con Dios, que se comunica gustoso a los hombres que encuentra desprendidos de todo. Pues a Él le gusta hablarles a solas; y cuanto más vacío de las cosas del mundo halla su corazón, tanto más se da a conocer a ellos y los llena de su Espíritu.

MF 171,1,2 Esto es lo que le sucedió a san Remigio, que en su retiro fue favorecido por Dios, de tal modo, que el brillo de sus virtudes le mereció pronto extraordinaria reputación. Si bien, no es la fama lo que haya de buscarse ni desearse en este mundo, sino la plenitud del Espíritu de Dios, para vivir bien en el propio estado y desempeñar debidamente el propio empleo.

Tened la seguridad de que sólo podréis llegar a poseerla mediante el retiro y la oración. Por eso tenéis que amar el retiro y aplicaros a la oración con mucho fervor.

MF 171,2,1 Punto II.

La notable reputación que había adquirido san Remigio por su piedad causó tal impresión en los pueblos cercanos, que fueron a sacarle de su celda para ponerlo como arzobispo de Reims, aunque a la sazón sólo tenía veintidós años. Él hizo cuanto pudo para oponerse a la elección que de él habían hecho, pero el resplandor de sus virtudes impresionaba más sensiblemente a aquellos pueblos que toda su resistencia, y no desistieron de su decisión.

Este santo manifestó ardiente celo por el bien de la Iglesia en el desempeño de su dignidad episcopal, y no omitió nada de lo que estimaba podía contribuir a ello.

MF 171,2,2 He ahí cuál es, de ordinario, el fruto del verdadero retiro: quienes en él se han llenado del amor de Dios, buscan en seguida el modo de comunicarlo a los otros, cuando Dios, por el bien de la Iglesia, los pone en la precisión de tratar con el mundo. Entonces estos hombres extraordinarios, plenamente penetrados del Espíritu de Dios, se dedican, con todo el esmero posible, a dar a conocer y hacer gustar a los demás lo que sienten ellos en sí mismos; y, animados por el celo que los inunda, ayudan eficazmente a muchas almas a entregarse a Dios.

Vosotros ejercéis un empleo que requiere mucho celo; pero ese celo sería poco útil si no produjera su efecto; no podrá producirlo, con todo, si no es el fruto del amor de Dios, residente en vosotros.

MF 171,3,1 Punto III.

El mayor bien que realizó san Remigio por la Iglesia durante su episcopado fue convertir y bautizar al rey Clodoveo; en ello fue ayudado por las plegarias y solicitudes de santa Clotilde. Otro bien fue también el haber procurado la salvación a varias provincias de aquel reino; por lo que fue admirado por el Papa, que lo felicitó por ello, al igual que todos los santos obispos de aquel tiempo.

Cuando un hombre llamado a procurar la salvación de las almas se ha llenado plenamente de Dios y de su Espíritu, como fue el caso de san Remigio en su soledad, llega a conseguir en su empleo todo cuanto pretende. No hay nada que se le resista, ni el mismo Dios, por decirlo así, como se puso de manifiesto respecto de ***Moisés, que forzó a Dios, en cierto modo, a realizar lo que le pedía para el pueblo que le había encomendado a sus cuidados*** [1].

Cuán glorioso fue san Remigio, ante Dios y ante los hombres, por haber contribuido en tan alto grado a que tantos franceses se hicieran cristianos, y haber conseguido que Jesucristo fuera adorado donde antes era desconocido.

MF 171,3,2 Vuestro empleo no consiste en hacer cristianos a vuestros discípulos, sino en hacerlos verdaderos cristianos. Esto es tanto más útil, cuanto que de poco les valdría haber recibido el bautismo si no vivieran según el espíritu del cristianismo. Para comunicárselo a los demás, es necesario que uno mismo lo posea en abundancia.

Ved a qué os obliga: sin duda, a practicar el Santo Evangelio. Leedlo, pues, con frecuencia, con atención y con amor, y sea él vuestro principal estudio; pero que esto os sirva, sobre todo, para practicarlo.

MF 171,3,1: [1] Cf. Ex 32,11-14.

172

MF 172

Para la fiesta de los Santos Ángeles Custodios

2 de octubre

MF 172,1,1 Punto I.

Admiremos la bondad de Dios y agradezcámosle la merced que nos hizo al darnos un ángel para que cuide de nosotros, nos proteja y nos sirva.

No se contentó Dios con habernos dado a su Hijo único para que nos librase del pecado, ni con enviarnos a su Santo Espíritu para que nos colmase de sus santas gracias; sino que, además, para no omitir ninguno de cuantos cuidados pueden afectar a nuestro interés y a mantenernos en la piedad y en su santo amor, envía a la tierra, para nosotros, a los santos ángeles, espíritus bienaventurados que gozan de Él en el cielo, para que estén siempre cerca de nosotros, con el fin de socorrernos y servirnos en todo tipo de situaciones.

MF 172,1,2 *Les ordena que, de su parte, nos guarden, nos guíen y nos iluminen en todos nuestros caminos* [1], para que podamos caminar derechamente hacia el cielo, con seguridad y sin descarriarnos. Realmente es éste un efecto maravilloso de su bondad, dice san Bernardo, y uno de los mayores testimonios de su amor.

Mostraos, pues, agradecidos, cumpliendo exactamente cuanto os inspiren.

MF 172,2,1 Punto II.

Los auxilios que recibimos de nuestros ángeles buenos son muy importantes. Nos sugieren numerosos pensamientos santos y saludables para llevarnos a Dios; nos impulsan a hacer penitencia por nuestros pecados; presentan a Dios nuestras plegarias; ruegan por nosotros y nos procuran tantos y tan grandes favores que es difícil poder expresarlos.

El Real Profeta los expone en pocas palabras cuando dice: *Te llevarán en las palmas de sus manos, no sea que tu pie no tropiece con ninguna piedra* [2]; es decir, para que no permitáis que vuestra alma quede herida con el menor pecado. *Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y hollarás al león y al dragón* [3]; es decir, que bajo su guía, nos mantendremos invulnerables frente a todos los ataques del demonio.

MF 172,2,2 Por tanto, no debemos temer nada, bajo la custodia y la guía de estos ángeles de

Dios; pues no permitirán, dice san Bernardo, que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas. Y en los trances en extremo difíciles y peligrosos, nos llevarán en sus manos, para ayudarnos a superar las penas y dificultades, sin recibir de ellas daño alguno.
¡Con qué facilidad superaréis, pues, cuanto se opone a vuestra salvación, teniendo la suerte de ser llevados en las manos de tales defensores!

MF 172,3,1 Punto III.
¡Cuánta reverencia para con nuestro ángel bueno debe inspirarnos la ayuda que recibimos de él! ¿No debe inspirarnos también devoción hacia él, y movernos a confiar en su protección? Le debemos respeto, dice san Bernardo, a causa de su presencia; devoción, por su benevolencia para con nosotros; y confianza, por el cuidado que pone en protegernos. También tenemos obligación de agradecerle la extremada caridad con que obedece al mandato que recibió de cuidarnos en tan grandes y continuas necesidades.

MF 172,3,2 Cada vez que nos sintamos acosados por alguna tentación violenta o que nos veamos oprimidos por alguna grave tribulación, invoquemos al ángel que nos guarda, nos guía y nos socorre tan favorablemente en nuestras necesidades y aflicciones. Dirijámonos a él con fervorosas y continuas oraciones, ya que está siempre presente y dispuesto a defendernos y consolarnos.
Rogad también con frecuencia a los ángeles custodios de vuestros alumnos, para que bajo su poderosa protección practiquen gustosos y con mayor facilidad el bien que les enseñáis.

MF 172,1,2: [1] Sal 91,11. – **MF 172,2,1**: [2] Sal 91,12. – [3] Sal 91,13.

173

MF 173

Para la fiesta de san Francisco

4 de octubre

MF 173,1,1 Punto I.
San Francisco amó tanto a los pobres que en toda ocasión les daba gustoso limosna, y a ninguno que se la pidiera podía negársela, porque *veía a Jesucristo en su persona, y porque estaba convencido de que el bien que les hacía, se lo hacía al mismo Jesucristo* [1].
Ese amor a los pobres fue motivo de que este eminente santo se dedicara a instruirlos con preferencia a los ricos; pues sabía que a eso se dedicó Jesucristo en la tierra, con sus santos apóstoles. Por eso respondió a los discípulos de san Juan, cuando le preguntaron qué habían de decir sobre él a su maestro: *Decidle,* respondió el Salvador, *que predico el Evangelio a los pobres* [2].

MF 173,1,2 Ese amor a los pobres, en fin, movió a san Francisco a servirlos en los hospitales de los lugares por donde pasaba.
San Francisco se dejó llevar de tal afecto por los pobres para imitar a Jesucristo, quien gustaba de su compañía.

Por razón de vuestro empleo, estáis encargados de amar a los pobres, ya que la función que en él ejercéis es dedicaros a instruirlos. Miradlos, con san Francisco, como imágenes de Jesucristo, y como los mejor dispuestos para recibir abundantemente su Espíritu. De ese modo, cuanto más los améis, más perteneceréis a Jesucristo.

MF 173,2,1 Punto II.

San Francisco no se contentó con amar a los pobres; quiso, además, ser pobre y estar desprendido de las cosas de la tierra. Y para estarlo totalmente, cierto día en que su padre se quejaba de que daba mucho a los pobres, se fue con él, de inmediato, al obispo, y después de renunciar públicamente, ante el prelado, a la herencia de su padre, abandonó su casa y no quiso volver a vivir en ella.

Desde entonces, se determinó también a privarse de todos los placeres y comodidades que pueden disfrutarse en este mundo, y vivió siempre en este desapego, que lo movía a repetir con frecuencia aquellas palabras: ¡Mi Dios y mi todo!; ya que, cuando uno está despojado de todo en la tierra, no tiene más que a Dios, y puede poseerlo con plenitud.

MF 173,2,2 Como hallaba la perfecta pobreza y el total desasimiento en el nacimiento de Jesucristo y en su pasión y muerte, profesaba devoción particular a estos dos misterios; y todos los años celebraba el de la Natividad de Jesucristo con especialísima devoción, y en la disposición de conformarse a Jesús, nacido y muerto en extrema pobreza.

Aprended de este santo a amar la pobreza y a vivir con desprendimiento de todas las cosas. Cuanto más desasidos estéis de las criaturas, más poseeréis a Dios y su santo amor. ¡Vaya!, os diréis como decía de sí mismo san Agustín antes de su conversión, ¡lo que me detiene e impide ser totalmente de Dios son sólo naderías!

MF 173,3,1 Punto III.

El amor a los sufrimientos, igual que el de la pobreza, se adueñó de tal modo del corazón de san Francisco, que considerando lo mucho que Jesucristo había padecido por él, ya no pudo determinarse a pasar sin sufrimiento un solo momento de su vida, desde que abandonó el mundo.

Por eso, Jesucristo paciente, modelo de quienes sufren de buen grado por amor de Dios, constituía hasta tal punto las delicias de su corazón, que no podía privarse ni saciarse de contemplarlo en tal estado.

Ayunaba casi todo el año con mucha austeridad; en invierno se abrigaba muy poco, por lo cual padecía mucho frío; con frecuencia pasaba las noches en oración; y tomaba asperísimas disciplinas.

MF 173,3,2 Practicó, en fin, austeridades tan rigurosas, que podía decir con san Pablo, que *estaba clavado a la cruz con Jesucristo* [3].

Por esta razón, mientras oraba, un serafín imprimió en su cuerpo los sagrados estigmas de la pasión. No recibió este favor sino después de haberse entregado él mismo a continua mortificación.

Imitad a este gran santo en el amor que tuvo a los padecimientos; haced que vuestro espíritu o vuestro cuerpo se mantengan siempre en mortificación; y que

ésta sea tan viva en vosotros que imprima en vuestro cuerpo, por decirlo así, los sagrados estigmas de Jesucristo crucificado.

MF 173,1,1: [1] Mt 25,40. – [2] Mt 11,5; Lc 7,22. – **MF 173,3,2**: [3] Ga 2,19.

174

MF 174

Para la fiesta de san Bruno

6 de octubre

MF 174,1,1 Punto I.

San Bruno fue eminente doctor en el mundo, que enseñó teología en la Universidad de París, y luego en Reims, de donde fue canónigo. Encargado de esta función, en ambas ciudades se hizo digno de aprecio, tanto por su recto proceder como por su profunda erudición. Incluso poseía cierta gravedad que le granjeaba el respeto de todo el mundo.

Cuando la piedad se da sola en un hombre, de ordinario sólo es útil para él; pero la ciencia unida a la piedad hace que los hombres insignes sean de mucho provecho a la Iglesia.

Así fue san Bruno, que se mostró como *antorcha ardiente y luminosa* [1]; ardiente por su amor de Dios, y luminosa por las excelentes lecciones que dio a los demás.

MF 174,1,2 Vosotros debéis procurar haceros partícipes de las gracias interiores y exteriores de este insigne santo. Participaréis en sus gracias interiores en la medida que alcancéis la piedad que corresponde a vuestro estado, mediante la vigilancia sobre vosotros mismos, vuestras buenas obras y vuestras oraciones.

Participaréis en sus gracias exteriores, en tanto lo exija vuestro deber, si os aplicáis a conocer debidamente la doctrina cristiana, que tenéis que enseñar a vuestros alumnos, y a infundirles la piedad, mediante vuestras saludables enseñanzas.

Sean, pues, ambas cosas objeto de vuestra atención.

MF 174,2,1 Punto II.

No se contentó san Bruno con la piedad que había adquirido en el estado eclesiástico, por sólida que fuese. Como la gracia lo impulsaba a algo más perfecto, comprometió a otras seis personas, a las que se unió, para que se retiraran del mundo con él; y juntos fueron a morar a un espantoso desierto, donde llevaron vida angelical.

En la calma de la soledad, ignorado del mundo y pensando sólo en los propios pecados y en los medios de vivir santamente, encuentra uno a Dios y procura contentarlo. Ya que, por un lado, no hay nada que dé motivo de distracción; y, por otro, tampoco hay nada que no impulse a buscar todo aquello que pueda agradarle; se es indiferente a todo lo relacionado con esta vida, sin preocupación por el propio cuerpo ni por comodidad alguna terrena, puesto que no se ha dejado el mundo sino para privarse de ello.

Así procedieron san Bruno y sus compañeros, quienes podían decir, con san Jerónimo, que la ciudad les resultaba desagradable como una prisión, y que la soledad se les convertía en paraíso.

MF 174,2,2 Vosotros habéis dejado el mundo, como san Bruno, aunque no os halléis en una soledad tan profunda ni tan espantosa, ¿pero habéis renunciado verdaderamente al mundo? ¿No pensáis en él ni en vuestros familiares? ¿Estáis realmente disgustados de él, a causa de la vida que allí llevabais y de los pocos servicios que en él prestabais a Dios? Ciertamente, debéis consideraros muy dichosos por haber salido de él.

MF 174,3,1 Punto III.

San Bruno y sus compañeros, en aquel desierto que hoy se llama la Gran Cartuja, tomaron juntos y de común acuerdo tres medios segurísimos para ir a Dios: el retiro por el resto de sus días; la oración casi continua, y la mortificación en todo. Unánimemente emplearon estos medios durante toda su vida para trabajar eficazmente en su santificación.

Lo que pierde, de ordinario, a los religiosos es la frecuentación del mundo, porque los aparta de la comunicación que deben tener con Dios. ***Dios y el mundo, el Espíritu de Dios y el espíritu del mundo no son compatibles*** [2], dice Jesucristo en el Santo Evangelio. Por eso, añade, cuando se tiene uno, se deja de poseer el otro. Tomad, pues, medidas adecuadas al respecto, y no volváis a aficionaros a lo que ya dejasteis.

MF 174,3,2 La oración atrae las gracias de Dios y aleja las tentaciones. Gracias a ella, precisamente, Dios se convierte en fortaleza nuestra contra el demonio. Vosotros necesitáis de todo esto para manteneros en vuestro estado, ya que dejados a vosotros mismos, no sois más que flaqueza. Mirad, pues, no descuidéis la oración, que tanto necesitáis para manteneros y progresar en la piedad.

La mortificación doma al cuerpo y lo hace menos vulnerable a las tentaciones. Por tanto, debéis serviros de ella todos los días, como de escudo contra el demonio.

Si no podéis practicar esas tres cosas de forma tan continua como san Bruno, practicadlas, al menos, con la misma fidelidad y fervor.

MF 174,1,1: [1] Jn 5,35. – **MF 174,3,1**: [2] Mt 6,24.

175

MF 175

Para la fiesta de san Dionisio

9 de octubre

MF 175,1,1 Punto I.

Cuando san Pablo llegó a Atenas, famosa ciudad de Grecia, convirtió en ella a numerosas personas, ***entre las que estaba san Dionisio*** [1], uno de los jueces de la ciudad, de ilustre nacimiento y muy esclarecido en las ciencias humanas. De él

se refiere, incluso, que había conocido, por el extraordinario eclipse acontecido cuando Jesucristo sufría en el Calvario, que esto ocurría solamente porque el Dios de la naturaleza se estaba muriendo. Lo que le llevó a pensar, cuando san Pablo *les predicó al Dios desconocido* [2], que éste era el mismo de cuyo advenimiento y muerte le había dado la naturaleza señales sensibles.

En cuanto san Pablo le descubrió quién era este Dios, y que era el único digno del homenaje de los hombres, *por ser,* según les dijo, *quien hizo el mundo y cuanto hay en el mundo; que es Señor del cielo y de la tierra; que no creó a los hombres sino para que lo buscaran y tratasen de encontrarlo; y que este mismo Dios no está lejos de ellos, pues en Él tienen la vida, el movimiento y el ser* [3], creyó en seguida en Él y renunció al culto de los falsos dioses.

MF 175,1,2 Admirable conversión la de este insigne santo, que sirvió a la Iglesia en gran manera, tanto con sus sublimes escritos como por la predicación del Evangelio. Aunque san Pablo no hubiese convertido más que a san Dionisio, ya habría procurado, sin duda, inmenso bien a la Iglesia.

Así se vale Dios, de las luces naturales y adquiridas por medio de las ciencias humanas, para llevar a los hombres hasta Él, como hizo en san Dionisio y otros.

MF 175,2,1 Punto II.

Este santo, después de convertirse, fue tan fiel a la gracia que en breve tiempo estuvo en condiciones de instruir a los demás, y por eso se dedicó a predicar el Santo Evangelio. Habiendo venido a Francia, fue obispo de la principal ciudad del reino, y predicó en ella tan apostólicamente, que muchos de sus habitantes renunciaron a los falsos dioses y creyeron en Jesucristo.

¡Cuán dichosos hemos de considerarnos de haber recibido por medio de él las primicias de la verdadera creencia y el conocimiento del Dios a quien hay que adorar! ¡Cuánta honra se ha de tributar a este santo, sobre todo en este día en que la Iglesia celebra su fiesta! ¡Y cuánta gratitud debemos manifestarle por habernos procurado beneficio tan grande!

Pero de bien poco serviría estar iluminado con las luces de la fe, si no se vive según el espíritu del cristianismo y si no se observan las máximas del Santo Evangelio.

MF 175,2,2 El fin principal de la fe es practicar lo que se cree; por eso dice Santiago que *la fe, si no va acompañada de buenas obras, está muerta*. *Tú crees,* añade, *que hay un solo Dios, y haces bien; los demonios también lo creen; pero el hombre es justificado por sus obras y no solamente por su fe* [4].

Tened la certeza de que la principal conversión es la del corazón, y que sin ella, la de la mente resulta totalmente estéril. Por tanto, si os aplicáis a incrementar vuestra fe, que sea para acrecentar vuestra piedad.

MF 175,3,1 Punto III.

La recompensa de los hombres apostólicos en esta vida es padecer persecución y morir por la defensa y el sostenimiento de la fe que anunciaron. *El discípulo,* dice Nuestro Señor, *no es más que el maestro, ni el apóstol más que quien lo envió* [5]; *si me han perseguido a mí,* añade, *también os perseguirán a vosotros* [6]. Es lo que le sucedió a san Dionisio, después de haber predicado el Evangelio

durante mucho tiempo. Como los demonios, que se hacían adorar en los diversos ídolos de los falsos dioses, soportaban de mal grado las conversiones tan insignes como numerosas de aquel hombre apostólico, fue encarcelado y azotado cruelmente, y luego arrojado a las fieras, que por respeto a su santidad ni lo tocaron. Finalmente, lo condenaron a ser decapitado.
He ahí el término de todos los trabajos de san Dionisio y el fruto de cuanto hizo para procurar la implantación de la religión y del verdadero culto de Dios en este reino.

MF 175,3,2 Puesto que ése fue también el término y consumación de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y de todo cuanto obró en la tierra por nuestra salvación, era muy conveniente que este santo se viera tratado como su maestro, y muriera como Él de muerte cruel. Este santo encontró su dicha en derramar su sangre para dar testimonio a Jesucristo de fidelidad a su servicio y al ministerio que le había confiado.
Vosotros, igual que san Dionisio, estáis llamados a anunciar las verdades del Santo Evangelio. Desempeñad bien este ministerio y cuidad de que aquellos que están bajo vuestra guía sean instruidos debidamente en los misterios de nuestra santa religión. Y después de consumar vuestra vida en el ejercicio de tan santo empleo, no esperéis otra recompensa que sufrir y morir entre padecimientos, como Jesucristo.

MF 175,1,1: [1] Hch 17,34. – [2] Hch 17,23. – [3] Hch 17,24.27-28. – **MF 175,2,2**: [4] St 2,17.19.24. – **MF 175,3,1**: [5] Jn 13,16. – [6] Jn 15,20.

176

MF 176

Sobre san Francisco de Borja

10 de octubre; nuevo calendario, 3 de octubre

MF 176,1,1 Punto I.
Nada tan admirable como la humildad de san Francisco de Borja. Era en el mundo ilustre personaje de la corte del rey de España. Pero, al dejar el mundo e ingresar en la Compañía de Jesús, amó tanto ser despreciado una vez que hubo renunciado al mundo, cuanto se había visto honrado cuando estaba en él. Desde entonces se consideró y trató a sí mismo en todo momento como el último y el mayor pecador de todos los hombres.
Es lo que demostró, de manera especial, cuando teniendo que acostarse junto a un padre de su Compañía, que se pasó toda la noche escupiendo sobre su rostro, no hizo más que limpiarse cada vez con el pañuelo, sin quejarse; y por la mañana, cuando aquel padre le pedía disculpas, le dijo que no podía haber escupido en lugar más sucio que aquél.
Actuar y hablar así es saber unir la paciencia y la humildad, y lograr elevarlas al mayor grado de perfección.

MF 176,1,2 Este santo repetía con frecuencia que no encontraba lugar que mejor le cuadrase, que ponerse a los pies de Judas; pero que como ya encontraba allí a Nuestro Señor el día de la Cena, no sabía dónde colocarse, decía, para estar tan

bajo como merecía.

Ved cómo se humilló este santo y hasta qué punto se despreciaba. Vosotros, tal vez, ocupasteis en el mundo un nivel muy bajo, y sin embargo, ¿no teméis y evitáis los desprecios más que los buscaba y anhelaba este santo, que los amaba ardientemente? Esforzaos, al menos, por recibirlos y soportarlos con gusto cuando sobreviene alguna ocasión de verse humillado.

MF 176,2,1 Punto II.

Este santo, que en el mundo era sumamente rico, cuando dejó el mundo se hizo pobre, incluso pobrísimo, por amor de Dios. Al abandonarlo, no se reservó ninguno de sus bienes, y desde que se hizo religioso, no manejó ni oro ni plata, por lo que había olvidado totalmente su valor. Su cama, sus vestidos, su comida y su aposento, todo respiraba extrema pobreza.

Este santo puso su dicha en la práctica de esta virtud, y parecía que cuanto más experimentaba los rigores de la pobreza, más contento se sentía; pues sabía que al habernos dado Jesucristo ejemplo de esta virtud y haberla practicado en sumo grado desde su nacimiento, era muy justo que quienes más se acercaban a Él y tenían el honor de ser de su Compañía, participasen de manera perfecta en el amor y en la práctica que Él mostró de esta virtud, que quiso fuera compañera inseparable de sus discípulos.

MF 176,2,2 Esto era también lo que el santo exigía a todos los de su Compañía cuando era General de la misma, anhelando que todas las casas profesas que de ella dependían no tuviesen otros fondos que la pobreza.

¿Es ése el fondo sobre el que deseáis que se construya vuestra comunidad? Es fondo seguro e inconmovible para aquellos que tienen verdadera fe y están interiormente animados por el Espíritu de Nuestro Señor. No podéis hacer nada mejor que establecer vuestra fortuna sobre este cimiento. Es el que Jesucristo consideró más sólido y sobre el cual comenzaron a construir los santos apóstoles el edificio de la Iglesia.

MF 176,3,1 Punto III.

Lo que contribuyó sobremanera e hizo que este santo se entregara totalmente a Dios fue el amor extraordinario que profesaba a la mortificación estando todavía en el siglo. Así, cuando tenía que ir a la corte o asistir a alguna asamblea de diversión, llevaba un cilicio bajo sus ropas, que pudiera retenerlo en las ocasiones peligrosas, tan frecuentes en este tipo de reuniones. Y cuando viajaba, el cofre más precioso era el que contenía sus instrumentos de penitencia, como cadenillas, cilicios y disciplinas.

Amaba cuanto le era ocasión de molestia, y se complacía en verse abrasado por el calor del sol en verano, y en helarse de frío durante el invierno.

MF 176,3,2 Las estaciones más incómodas le resultaban las más agradables. Cuando sufría fuertes dolores se sentía feliz. A nadie manifestaba mayor gratitud que a quienes lo perseguían, ***porque en las persecuciones,*** según el espíritu del Evangelio, ***se consideraba dichoso*** [1].

Manifestaba, incluso, que a la hora de la muerte se sentiría muy pesaroso si hubiese pasado un solo día sin sufrir por amor de Jesucristo.

Uno es cristiano en la medida que se conforma al Salvador; y lo que nos hace semejantes a Él es el amor de los padecimientos y de las mortificaciones. Al igual que este santo, procurad no pasar ni un solo día sin mortificaros, y eso por espíritu de religión y para dar muestras de la que profesáis.

MF 176,3,2: [1] Mt 5,11.

177

MF 177

Sobre santa Teresa

15 de octubre

MF 177,1,1 Punto I.

Santa Teresa estuvo desde su infancia tan asistida de la gracia, que a la edad de siete años, habiendo leído las vidas de los santos mártires, se sintió impulsada a padecer el martirio por la fe; incluso se propuso, con uno de sus hermanos, ir a África para encontrar allí, entre los moros, ocasión de derramar su sangre. Pero, habiendo sido devuelta por uno de sus tíos, se dedicó, con su hermano, a preparar pequeñas capillas, para retirarse a ellas y orar a Dios.

Cuán feliz es uno cuando empieza a servir a Dios desde pequeño; pues la piedad, mamada con la leche, domina de tal modo el corazón, que es casi imposible perderla del todo.

MF 177,1,2 Podrá suceder que se enfríe uno por algún tiempo, como le ocurrió a santa Teresa; pero como los principios quedan siempre en el alma, renace insensiblemente y produce nuevos frutos, como sucedió también a santa Teresa, en quien creció de día en día hasta el último suspiro de la vida de la santa.

Con este ejemplo se ve cuán provechoso es inspirar la piedad a los niños, procurársela, y sobre todo lograr que lean libros buenos, capaces de producir saludables impresiones en su espíritu.

Puesto que Dios os llamó para dar a los niños educación cristiana, emplead para ello los medios de que se valió Dios con santa Teresa, para prevenirla con sus gracias.

MF 177,2,1 Punto II.

Esta santa mantuvo durante el resto de su vida vivo deseo de sufrir, y no se contentó con el simple deseo, sino que quiso ponerlo por obra, pues practicó grandes austeridades y penitencias casi continuas.

Dios, por su parte, secundó el ardiente amor que sentía hacia los padecimientos, pues durante largos años la probó con durísimas enfermedades, que apenas le daban tregua, con tentaciones muy violentas y con sequedades en la oración, muy difíciles de soportar.

De ese modo experimentó esta santa no sólo las ternuras, sino también el rigor con que Dios trata a veces al alma que ama y a la que quiere favorecer con las más singulares y extraordinarias gracias. Y a la santa se las otorgó muy grandes, ya que después de ásperas y prolongadas sequedades, alcanzó elevadísimo don de oración, del que dejó claras pruebas en sus escritos, que han

sido distinguidos con la aprobación de las personas más ilustres, y entre los fieles se consideran como doctrina celestial.

MF 177,2,2 Dios le concedió además otra gracia: que cierto día, cuando estaba en oración, un serafín atravesó su corazón con un dardo en llamas; a causa de ello, durante el resto de su vida, sintió en su corazón un ardor que la impulsaba de continuo hacia Dios.

Así recompensa Dios a las almas que se entregan plenamente a Él y que sufren mucho por Él. Si queréis ser honrados con las gracias que sólo otorga a sus predilectos, llevad con gusto el que os aflija y os pruebe; pues, como dice el Sabio, ***Dios castiga a los hijos que ama con ternura*** [1].

MF 177,3,1 Punto III.

La principal ocupación de santa Teresa durante su vida, desde que se consagró a Dios, fue la constante y sublime contemplación, en la que no se proponía otro fin que unirse estrechamente a su esposo Jesucristo.

En medio de sus mayores sequedades, se mantenía totalmente abismada en Dios y entregada por completo a Él, a pesar de la oscuridad interior en que se hallaba. Cuanto más la hacía padecer Dios, tanto más recurría a Él, porque todo lo encontraba en Él, por mucho que se ocultara. Únicamente la fe era entonces, en tal estado, lo que la guiaba y servía de luz.

Además, como todo lo encontraba en Dios, tenía la suerte de encontrar a Dios en todas partes; en cualquier situación o en cualquier lugar en que se hallase, Dios le servía de guía.

¡Ah!, cuán feliz fue esta santa por gozar de la presencia de Dios. Ello la inducía a ejecutar todas sus acciones con la mira puesta en Dios, y fue el motivo por el que hizo voto de realizar todo aquello que supiera que era más agradable a Dios.

He ahí el fruto de la oración frecuente y fervorosa: gozar de Dios por adelantado, en la medida en que la fe viva puede facilitar en este mundo tal dicha.

MF 177,3,2 Si amáis a Dios, la oración será el alimento de vuestra alma, y ***Él entrará en vosotros y os hará comer a su mesa*** [2], como dice san Juan en el Apocalipsis; y luego gozaréis del privilegio de tenerlo presente en vuestras acciones, sin otra mira que la de agradarle. ***Incluso tendréis siempre hambre de Él*** [3], como dice el Sabio; pues según la expresión del Real Profeta, ***no os saciaréis sino cuando disfrutéis de su gloria en el cielo*** [4].

Haceos dignos de tal gracia y de poseer esa dicha viviendo santamente.

MF 177,2,2: [1] Pr 3,12; Cf. Hb 12,6. – **MF 177,3,2:** [2] Ap 3,20. – [3] Si 24,21. – [4] Sal 17,15.

178

MF 178

Para la fiesta de san Lucas, Evangelista

18 de octubre

MF 178,1,1 Punto I.

San Lucas fue compañero fiel de los apóstoles de Jesucristo; de ellos *aprendió los misterios de la religión cristiana y el Santo Evangelio* [1], como declara él mismo.

¡Cuán dichoso se es cuando se beben las verdades en la fuente! Es el medio para conocerlas debidamente y practicarlas con perfección. Esto es también lo que hizo a san Lucas tan firme en la fe; pues habiendo encontrado en los santos apóstoles y en su doctrina, *que estudió con suma atención* [2], todo lo que existe de más sólido en la piedad, reguló su fe, su conducta y sus costumbres según lo que ellos le habían enseñado.

En cuanto a su fe, fue tan esclarecida que tuvo la suerte de conocer las más puras verdades del Santo Evangelio e impregnarse de las máximas más santas que en él se contienen. Respecto de su conducta, fue tan digna que le dio a conocer y le mereció la estima de todos. Y en lo tocante a sus costumbres, fueron tan reguladas que sirvieron de modelo a los cristianos de su tiempo.

MF 178,1,2 Vosotros debéis ser imitadores de este santo en esas tres cosas. Vuestra fe ha de ser en vosotros luz que os guíe por doquier, y también luz ardiente para aquellos que instruís, para guiarlos en el camino del cielo.

Vuestra conducta debe ser tan prudente, respecto de vosotros y de ellos, que la admiren, por considerarla muy por encima del humano proceder y exenta de las pasiones que anulan, o al menos disminuyen, el respeto debido a quienes están encargados de guiar a los demás.

Y, en fin, vuestras costumbres deben ser el modelo de las suyas, porque han de encontrar en vosotros las virtudes que ellos deben practicar.

MF 178,2,1 Punto II.

Este santo estuvo unido a san Pablo por estrechísima amistad, por lo cual éste, en varias de sus epístolas, *saluda* a aquellos a quienes escribe y a otros, *de parte suya y de san Lucas, a quien llama amigo carísimo* [3], y a quien escogió, incluso, como compañero de sus viajes. Esto fue muy provechoso para san Lucas, pues de esta forma le cupo parte en el celo ardiente de aquel santo apóstol, en las numerosas conversiones que logró, y en todos los trabajos que sufrió durante los largos y frecuentes viajes que emprendió para trabajar en el establecimiento de la Iglesia.

MF 178,2,2 Como san Pablo amaba tanto el padecer, y hasta complacerse en ello, también comunicó a san Lucas el amor a la mortificación, que tomó tan a pechos, que la Iglesia proclama de él que llevó siempre en su cuerpo la mortificación de Jesucristo. Es lo que había aprendido de san Pablo, que decía de sí mismo *que llevaba en su cuerpo los estigmas, es decir, las señales de las llagas de Jesucristo* [4].

También vosotros estaréis unidos a san Pablo con estrecha amistad, como san

Lucas, si leéis con frecuencia sus epístolas, si entresacáis de ellas las principales máximas, si las estudiáis y las meditáis con aplicación y si os complacéis en practicarlas. Tomad cada día como tarea el practicar alguna de ellas en particular.

MF 178,3,1 Punto III.

San Lucas tuvo el privilegio de escribir el Santo Evangelio y de ser, por tal razón, uno de los secretarios de Jesucristo. Fue además uno de los historiadores del establecimiento de la verdadera religión, al escribir el libro de los Hechos, que contiene lo más maravilloso que obraron los santos apóstoles en Judea, después de la muerte de Jesucristo, y antes de separarse para predicar el Evangelio por todo el mundo. Y relata, sobre todo, las principales empresas y los viajes de san Pablo.

Pudiera ser que san Lucas no hubiera anunciado a menudo de viva voz el Evangelio, o que no hubiera convertido a muchas personas con sus predicaciones, pero, ¿a cuántos no ha movido a abrazar la religión con sus escritos, puesto que san Antonio, para dejar el mundo y todos sus bienes, y retirarse al desierto por el resto de su vida, no necesitó más que aquella frase de su Evangelio: ***Vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres*** [5]?

MF 178,3,2 Las palabras, al ser pasajeras, no impresionan el corazón más que una sola vez y por un momento. Pero el bien que producen los escritos, que permanecen indefinidamente, como los que compuso san Lucas, producen siempre sus frutos y son capaces de convertir a lo largo de los siglos, y hasta el fin del mundo [6], a numerosas almas, con tal que estén bien dispuestas para escuchar la palabra de Dios que en ellos se expresa.

Escuchadla con docilidad, leedla todos los días con aplicación, y san Lucas será para vosotros apóstol de Jesucristo y predicador del Santo Evangelio.

MF 178,1,1: [1] Cf. Lc 1,2. – [2] Cf. Lc 1,3. – **MF 178,2,1**: [3] Col 4,14; Flm 24. – **MF 178,2,2**: [4] Ga 6,17. – **MF 178,3,1**: [5] Lc 18,22. – **MF 178,3,2**: [6] Cf. Mt 18,19; 26,13; Mc 16,16.

179

MF 179

Para la fiesta de san Pedro de Alcántara

19 de octubre; nuevo calendario, 20 de octubre

MF 179,1,1 Punto I.

San Pedro de Alcántara, que ingresó muy joven en la orden de san Francisco, imitó a su fundador en el amor a la pobreza; por ello la llamaba habitualmente la perla del Evangelio, y la hizo resplandecer en los conventos que reformó.

Cuanto más pobres seamos, tanto más poseeremos el Espíritu de Jesucristo, que tuvo a gala ser pobre durante toda su vida y estableció su religión sobre el cimiento de esta virtud. Cuanto más despojado vive uno de los bienes de este mundo, y cuanto más renuncia a las comodidades de la vida, que son la causa más ordinaria de que se deseen y amen las riquezas, tanto más, también, se

llega a participar de los bienes de la gracia y se es más agradable a Dios.
Pues es preciso que el corazón esté vacío de estas viles criaturas si se quiere que Dios tome plena posesión de él, ***como le dijo Jesucristo a aquel joven que le preguntaba el medio para ser perfecto*** [1].

MF 179,1,2 Por eso, los hombres apostólicos que trabajaron eficazmente en la salvación de las almas, como hizo este santo, estuvieron atentos, no sólo a no tener ningún apego a los bienes temporales, sino incluso a ***considerarlos como basura*** [2], según la expresión de san Pablo.
Eso es también lo que tenéis que hacer vosotros para ser dignos de vuestro empleo. Y habéis de amar tanto la pobeza que la practiquéis en todo; para que, al no estar apegados más que a Dios, halléis en Él lo que no se puede encontrar en las criaturas; y para que estéis en disposición de recibir de Dios plenitud de gracias, tanto para vosotros como para los demás, sobre todo el amor a los pobres y el celo que necesitáis para llevarlos enteramente a Dios.

MF 179,2,1 Punto II.
No es posible imaginar cuán austero fue este santo. Por espacio de veinte años llevó un cilicio de hojalata; nunca se cubrió la cabeza ni los pies; y en lo más crudo del invierno, jamás se acercaba al fuego. Además tenía una celda en la que no podía estar ni del todo acostado ni del todo de pie; y dormía tan poco, que casi había vencido el sueño.
Merced a todas estas austeridades tan extraordinarias, llegó a ser tan independiente de las necesidades del cuerpo que parecía no tenerlo, o que ya no era suyo.
No es posible domar las pasiones e impedir que la carne se rebele si no se emplea el ayuno y la mortificación para dominarlas. Ese es el medio que para ello utilizaron todos los santos.

MF 179,2,2 Tampoco vosotros encontraréis ningún otro distinto de éste, junto con la oración; es el que el mismo Jesucristo nos prescribe en el Santo Evangelio [3].
Es muy razonable que el cuerpo se someta al espíritu, pero si se quiere que sea así, hay que poner los medios seguros. Adoptad éste. Y si este santo no puede ser vuestro modelo en todo lo que practicó para mortificar su cuerpo, imitadlo, al menos, en su recogimiento, que era tan grande, que jamás miraba el techo de los lugares en que se hallaba, y no conocía a ninguno de sus religiosos sino por la voz.

MF 179,3,1 Punto III.
Este santo tenía maravilloso don de oración, en cuyo ejercicio ocupaba buena parte del tiempo. Vivía de ordinario en tal recogimiento que le permitía la presencia de Dios casi continua, y hallaba en la misma tal placer, que sentía extremada aversión al sueño, pues decía que era lo único que le podía privar de la presencia de Dios, cosa que no consigue la muerte, que, al contrario, nos la procura viva, eficaz y eterna.
El santo, consciente de que es la oración la que nos proporciona esa dicha, decía que media hora de oración mental se ha de considerar tan sólo como la preparación para hacerla bien.

MF 179,3,2 Procurad aplicaros mucho a la oración, de la misma forma que hacía este santo, practicando el recogimiento interior; si se persevera en él, resulta fácil el ejercicio de la presencia de Dios. No hay nada que se deba y pueda buscar con más cuidado, pues es la bienaventuranza anticipada ya en esta vida.

Además, os es de suma utilidad en vuestro empleo, pues como éste se ordena a Dios y tiende a ganarle almas, importa mucho no perder a Dios de vista en él. Sed, pues, lo más fieles que podáis a ello.

MF 179,1,1: [1] Cf. Mt 19,21. – **MF 179,1,2**: [2] Flp 3,8. – **MF 179,2,2**: [3] Cf. Mc 9,29; Mt 17,21.

180

MF 180

Para la fiesta de san Hilarión

21 de octubre

MF 180,1,1 Punto I.

San Hilarión llegó a ser experto en las letras humanas gracias a la excelencia de su ingenio; pero se distinguió mucho más aún por la pureza de sus costumbres, y sobre todo por su piedad.

El ejemplo de san Antonio, que por entonces era célebre en el desierto, lo ayudó mucho a adquirirla. La fama que había alcanzado aquel ilustre Padre del desierto le movió a ir a encontrarlo. Llegado a donde estaba, observó con sumo cuidado su manera de vivir y su rigurosa abstinencia, de la que por ningún achaque se dispensaba, su asiduidad a la oración, su humildad para con los hermanos, su severidad impregnada de mansedumbre cuando los reprendía y el celo que mostraba por la santificación de cada uno. Se aplicó después, con todo el fervor imaginable, a practicar cuantas virtudes había observado en san Antonio.

¡Ah, cuánta fuerza y eficacia tiene el ejemplo para convertir a las almas y hacerlas adelantar en la virtud! Este santo vivió con gran perfección, y fue el ejemplo de san Antonio lo que le movió a ello.

MF 180,1,2 En las comunidades, principalmente, es donde más brilla el buen ejemplo, y donde adquiere mayor fuerza y eficacia.

Cuantos en ellas viven juntos se animan unos a otros para practicar lo más santo y más perfecto que en sí contienen las máximas del Santo Evangelio; ya que lo que uno hace, el otro tendría vergüenza de no hacerlo; y según un axioma de los filósofos, tanto la práctica como el amor del bien se comunican fácilmente a quienes tienen algo de buena voluntad para ejecutarlo.

Anímese, pues, cada uno de vosotros, y estimúlese con el ejemplo de sus Hermanos más fervorosos y que mejor poseen el espíritu de vuestro Instituto.

MF 180,2,1 Punto II.

Lo que llevó, además, a san Hilarión a entregarse del todo a Dios es que grabó tan profundamente en su espíritu aquella sentencia de Nuestro Señor en el Santo Evangelio: *Quien no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* [1], que a la muerte de sus padres, cuando él no tenía más que quince

años, se despojó de todo y se retiró a la soledad. ¡Ah, cuán poderosa es la palabra de Dios para mover los corazones! San Pablo dice que *es viva y eficaz, **traspasa el corazón más que una espada de dos filos; entra y penetra hasta los repliegues del alma*** [2].

MF 180,2,2 ¡Cuán felices seríais si esta divina palabra penetrara tan íntimamente vuestro corazón que no tuvieseis ya apego a criatura alguna! Con todo, no seréis dignos de vuestro ministerio sino en cuanto os halléis en tal disposición. Es la primera cosa que pide Dios a quienes quieren ser sus discípulos. Nada contribuye tanto a ello como la soledad, pues como en ella no se puede buscar más que a Dios, lo primero que se piensa es vaciar el corazón de todo lo creado, para poder llenarse totalmente de Dios.

Tampoco hay nada tan consolador y provechoso como entregarse a Dios de joven, pues entonces se cuenta con la ventaja de poder arraigarse más sólidamente en la piedad, que llega a ser como natural. Si no la tuvisteis de jóvenes, procurad que por la aplicación interior y continua a vuestros ejercicios, sea tan íntima en vosotros que llegue a hacerse inalterable.

MF 180,3,1 Punto III.

Este santo practicó la penitencia y la abstinencia de modo totalmente extraordinario, pues, de ordinario, casi no comía. Quince higos al día eran todo su alimento; a veces, algunas legumbres remojadas en agua fría, o pan seco. Sólo interrumpía su ayuno después de ponerse el sol; y hasta su muerte tomó el descanso sobre el duro suelo, encima de unos pocos juncos.

Aquella vida penitente, junto a la oración, así como el don de milagros, le atrajo la estima y admiración de los habitantes de los alrededores; y por ello, numerosas personas acudían a él en busca de alivio.

Así es como se convierten en dueños de los elementos y de todo el mundo quienes han domado su cuerpo y sus pasiones. Había llegado este santo a estar tan por encima de todo lo creado, que parecía conveniente que Dios le comunicara su poder sobre las criaturas, para disponer de ellas como le apeteciera.

MF 180,3,2 Vosotros podéis obrar diversos milagros, tanto en vosotros como en vuestro empleo. En vosotros, por medio de la plena fidelidad a la gracia, no dejando pasar ninguna moción sin corresponder a ella. En vuestro empleo, moviendo los corazones de los niños descarriados que están confiados a vuestros cuidados, y haciendo que sean dóciles y fieles a las máximas del Santo Evangelio y a su práctica; piadosos y modestos en la iglesia y en los rezos; y aplicados a su deber en la escuela y en sus casas.

Esos son los milagros que Dios os da el poder de obrar y que exige de vosotros.

MF 180,2,1: [1] Lc 14,33. – [2] Hb 4,12.

[Meditación 181: Meditación sobre las virtudes de san Román, obispo de Ruán. 23 de octubre. *Se incluye al final, con las Meditaciones añadidas.]*

182

MF 182 **Para la fiesta de los santos apóstoles Simón y Judas**

28 de octubre

MF 182,1,1 Punto I.

San Simón y san Judas, menospreciaron y abandonaron el mundo para seguir a Jesucristo y ser del número de sus discípulos, al ver sus milagros.

¡Qué felices sois por tener la misma suerte y disfrutar de la ventaja de haber salido del mundo! Debéis considerar esta gracia como una de las mayores que habéis recibido en toda vuestra vida. Agradecédsela a Dios cada día, y para vivir según el espíritu de vuestra vocación, despreciad el mundo, y mirándolo como el enemigo de Jesucristo, oponeos siempre a él y a sus máximas.

Sentid horror a frecuentarlo, y no tengáis trato con las personas que en él viven sino en la medida en que la necesidad os obligue a ello. Ese es el medio para preservaros de todas sus asechanzas y de cuantos peligros se hallan en él, y de conservar el espíritu de vuestra vocación.

MF 182,1,2 Relacionándose con el mundo, se adquiere su espíritu; y como es opuesto al de Jesucristo, y ambos no pueden subsistir juntos en el alma, al llenarse del espíritu del mundo, se pierde, necesariamente, el de Jesucristo.

Pedid hoy insistentemente a Dios, por intercesión de los dos santos apóstoles, cuya fiesta celebra la Iglesia, que os inspire cada día mayor alejamiento del mundo corrompido, y os incline a aficionaros a la santa moral de Jesucristo.

MF 182,2,1 Punto II.

Estos santos apóstoles se dedicaron a la predicación del Evangelio y convirtieron muchas almas a Dios; mas los demonios y el mundo no podían tolerar sus trabajos apostólicos y el bien que realizaban para establecer el Evangelio; por lo cual suscitaron contra ellos persecuciones, tan crueles, que llegaron a matarlos; pues estos santos, predicando el Evangelio, destruían el reino del demonio y combatían las máximas del mundo.

MF 182,2,2 Si desempeñáis fielmente vuestro ministerio, y si trabajáis útil y eficazmente en la salvación de las almas que tenéis confiadas, la persecución será siempre vuestra herencia, sea por parte de los demonios, sea por parte del mundo.

Si aborrecéis el mundo y os oponéis a sus prácticas y máximas, tened la seguridad de que también él os aborrecerá, y os declarará guerra abierta [1]. Preparaos para afrontarla.

Con la oración, mejor que con ningún otro medio, podréis disponeros a ella; pues a Dios corresponde combatir, en vosotros y por vosotros, contra el demonio y contra el mundo, y sólo con su particular asistencia venceréis a uno y otro.

Muy lejos de lamentarlo, alegraos de estar en guerra con ellos. *Si desagradáis a los hombres, será prueba de que agradáis a Jesucristo* [2]; pues *el mundo sólo ama a quienes lo aman y siguen sus mismas prácticas* [3].

MF 182,3,1 Punto III.

Estos dos santos tenían tan ardiente celo por el establecimiento y el progreso de la religión cristiana, que nada era capaz de detenerlos; todas las amenazas y cuantos tormentos les hicieron soportar, no consiguieron impedir que continuaran anunciando a Jesucristo y dándolo a conocer.

Jamás podréis hacer cosa alguna que pueda contribuir a vuestra salvación o a la del prójimo sin que el mundo se oponga a ello. Soportad con valor sus enfrentamientos, y manteneos firmes en la práctica del bien, a pesar de todos los obstáculos que podáis encontrar. Dios bendecirá todo cuanto realicéis con celo por su amor, y saldréis victoriosos de cuantos se opongan a lo que emprendáis por Dios.

MF 182,3,2 No os inquietéis por querer dar gusto a quienes Jesucristo no pudo contentar, y son sus enemigos declarados. Decid con frecuencia con san Pablo: *Si agradara a los hombres, no sería yo digno de ser siervo de Jesucristo* [4].

Pero no basta con que vosotros seáis verdaderos siervos de Jesucristo; tenéis, además, la obligación de procurar que lo conozcan y adoren los niños que instruís. A esto debe tender el cuidado que habéis de tener por vuestra perfección.

MF 182,2,2: [1] Cf. Jn 15,18-19. – [2] Ga 1,10. – [3] Jn 15,19. – **MF 182,3,2**: [4] Ga 1,10.

183

MF 183

Para la fiesta de Todos los Santos

1 de noviembre

MF 183,1,1 Punto I.

La felicidad de los santos es cosa tan excelente y tan por encima de los pensamientos de los hombres, que san Pablo, cuando habla de ella, dice que *ni ojo vio, ni oído oyó, ni pudo concebir jamás el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman* [1]. Es, dice, *la sabiduría oculta de Dios, la que preparó para nuestra gloria antes de los siglos* [2].

Esta eterna sabiduría, en efecto, llena en sí misma de gloria y de majestad, y que constituye la gloria y la felicidad de los santos, permanece oculta para nosotros en esta vida y sólo la conocemos por la fe. Sólo en el cielo veremos a Dios sin velo y al descubierto. *Sabemos*, dice san Juan, *que cuando aparezca Jesús, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es* [3].

MF 183,1,2 ¡Qué ventura para los santos ser semejantes a Dios, *por la participación de su naturaleza y de sus divinas perfecciones* [4]! Allí está verdaderamente Dios en los santos, por cierta sagrada comunicación de cuanto en Él hay de excelso; y los santos están en Dios, porque su ser está totalmente penetrado de Dios, de modo que no pueden pensar sino en Él, ni amar más que a Él.

Venerad, pues, en este día a los santos, pero que sea en Dios, ya que en Él los encontráis a todos. Admirad cuán grande es la dicha que gozan en el cielo, y cuán deslumbrante la gloria que reciben. Pedidles que os obtengan de Dios la

gracia de participar de ella después de vuestra muerte.

MF 183,2,1 Punto II.

Por mucha esperanza que tengáis de participar de la gloria de los santos, no producirá ningún efecto si no trabajáis por llegar a ser santos vosotros mismos, con los medios que ellos emplearon para serlo.

San Pablo dice que *sostuvieron duros combates en los diferentes tipos de aflicciones que soportaron; sirvieron de espectáculo al mundo,* dice, *por los oprobios y malos tratos; se vieron despojados, con alegría, de todos sus bienes, sabiendo que poseían otras riquezas mucho más excelentes, que nunca perecen* [5].

En otra parte dice que *sufrieron burlas, azotes, cadenas y prisiones; unos fueron lapidados, otros aserrados, otros murieron a filo de espada; otros anduvieron errantes, vestidos con pieles de ovejas y con pieles de cabras, viéndose abandonados, afligidos y perseguidos; otros, en fin, de quienes el mundo no era digno, pasaron la vida errantes por desiertos y montañas, refugiándose en los antros y en las cavernas de la tierra* [6].

Ninguno de estos santos, atormentados de diversos modos, quiso redimir su vida presente, con el fin de encontrar otra mejor en la resurrección [7].

MF 183,2,2 Hasta aquí es el mismo san Pablo quien describe, con expresiones admirables, los diferentes medios de que se valieron los santos para conseguir la gloria que poseen. Y añade san Pablo: *Puesto que estamos abrumados con tan inmensa multitud de testigos que nos rodean, desprendámonos de cuanto nos entorpece, y de cuanto impide que nos elevemos hacia el cielo. Corramos con paciencia en esta senda que se nos propone* [8], la única con que llegaremos a la felicidad de los santos; *pues*, añade el mismo apóstol, *sólo los padecimientos producen el peso eterno de la gloria que nos está destinada en la otra vida* [9].

Suspirad, pues, cada día, por los padecimientos, como hicieron muchos santos, con el deseo y la esperanza de ser revestidos un día, con ellos, de la inmortalidad en el cielo.

MF 183,3,1 Punto III.

Lo que alentó a los santos a sufrir tanto en esta vida, para luego disfrutar de la eternidad bienaventurada, es el ejemplo del Salvador. *Estaban persuadidos,* como dice san Pablo, *que debían llevar siempre en sus cuerpos la mortificación de Jesucristo, para que la vida de Jesús se manifestase también en su cuerpo mortal* [10]; *sabiendo que quien resucitó a Jesús, también resucitará con Él a sus elegidos y los presentará a todos ante Él* [11].

Es más, fundados en esta confianza, añade san Pablo, *preferían ser separados de sus cuerpos para disfrutar de la presencia del Señor* [12].

MF 183,3,2 Por eso toda su ambición consistía en ser agradables a Él, persuadidos de que así como *aquellos que Dios ha predestinado deben ser en esta vida conformes a la imagen de su Hijo* [13], y tomarlo como modelo de su conducta, *así también deben comparecer todos ante el tribunal de Jesucristo, para que cada uno reciba lo que merece por las buenas o malas acciones que haya realizado mientras estuvo revestido con su cuerpo* [14].

Por ello *los santos, mientras moraban en sus cuerpos como en una tienda, suspiraban bajo su pesantez, pues anhelaban que lo material que había en ellos fuese absorbido por la vida* [15].

Tomad, pues, a Jesucristo como vuestro modelo, y suspirad, como hicieron los santos, por la felicidad de que al presente gozan; *considerando,* dice san Pablo, *no las cosas visibles, sino las invisibles; porque las cosas visibles son temporales, mientras que las invisibles son eternas* [16].

MF 183,1,1: [1] 1Co 2,9. – [2] 1Co 2,7. – [3] 1Jn 3,2. – **MF 183,1,2**: [4] 2P 1,4. – **MF 183,2,1**: [5] Hb 10,32-34. – [6] Hb 11,36-38. – [7] Hb 11,35. – **MF 183,2,2**: [8] Hb 12,1. – [9] 2Co 4,17. – **MF 183,3,1**: [10] 2Co 4,10-11. – [11] 2 Co 4,14. – [12] 2Co 5,8. – **MF 183,3,2**: [13] Rm 8,29. – [14] 2Co 5,10. – [15] 2Co 5,4. – [16] 2Co 4,18.

[Meditación 184: Meditación para el día de la traslación de las Santas Reliquias. 17 de julio. *Se incluye al final, con las Meditaciones añadidas.]*

185

MF 185

Para la conmemoración de las almas del purgatorio

2 de noviembre

MF 185,1,1 Punto I.

Pensamiento santo y saludable es rogar por los difuntos para que sean librados de sus pecados [1]. Es lo que dice Judas en el segundo libro de los Macabeos. Y es, en efecto, una de las mejores y más santas instrucciones que se nos puedan dar, porque nos mueve a hacer lo más provechoso para las almas del purgatorio, que al no poder ayudarse a sí mismas y procurarse el alivio que necesitan para liberarse de sus penas, precisan para ello ser socorridas con las oraciones y buenas obras de quienes todavía viven.

Además, qué situación tan dura para ellas es hallarse retenidas entre llamas devoradoras, por no haber satisfecho en esta vida, o por algunos pecados de poca importancia, o por no haber expiado plenamente los que les había hecho perder la gracia santificante.

MF 185,1,2 Por ese motivo, estas almas santas, aunque sumisas en tal estado a la voluntad de Dios, imploran con insistencia las oraciones de los vivos, que les pueden obtener, a menudo con facilidad, lo que a ellas les resulta imposible; ya que Dios no está dispuesto a aceptar en satisfacción de sus pecados cuanto pudieren hacer de bueno, ya que les concedió durante la vida tiempo suficiente para satisfacer por ellos.

Contemplad con compasión la situación de estas ánimas benditas, que aunque sin inquietud, suspiran por su liberación para poder gozar cuanto antes de Dios. Eso es lo que esperan de su infinita bondad, con esperanza firme y segura, tan pronto como reciban el beneficio de ser liberadas de sus penas.

MF 185,2,1 Punto II.

Nosotros tenemos cierta obligación de rogar a menudo a Dios por las almas que

sufren en el purgatorio.

En primer lugar, porque Dios, que las ha abandonado a su divina justicia por cuanto tiempo le pluguiere, según la magnitud de sus pecados y el poco cuidado que tuvieron en este mundo en hacer penitencia por ellos, no les ha dejado otros medios, después de la muerte, que los sufragios de los fieles que aún están en camino. Éstos se los pueden aplicar, bien sea con oraciones, o con ayunos y otras penitencias, o con limosnas, o con el sacrificio de la santa Misa, o con cualquier otra satisfacción.

MF 185,2,2 En segundo lugar, porque estamos unidos exteriormente a estas ánimas benditas, al ser, igual que ellas, *miembros de la Iglesia y de Jesucristo mismo* [2]. Y además, porque estamos unidos a ellas, en Jesucristo, por la gracia santificante que nos es común. Estos dos tipos de unión deben inspirarnos sentimientos de compasión hacia esas ánimas dolientes.

MF 185,3,1 Punto III.

Pero lo que de manera muy particular nos hace comprender cuán obligados estamos a compartir las penas de estos justos afligidos, y lo que más debe movernos a socorrerlos con todo tipo de medios, es que la Iglesia, nuestra madre común, no olvida nada para inspirarnos ese celo en favor de sus hijos que sufren, y por quienes está llena de ternura.

En consecuencia, debemos unirnos a ella, como miembros suyos que somos, para ofrecer a Dios nuestras plegarias y el sacrificio de la santa misa; para que unidos a ella y a *todos los fieles que son sus miembros, y que forman con ella un mismo cuerpo* [3], obtengamos fácilmente de Dios, por medio de tan íntima unión, y por la abundancia de tantas oraciones y sufragios, la pronta liberación de estas almas que sufren. Ellas, a su vez, cuando estén en el cielo, podrán alcanzarnos muchas gracias con sus oraciones, para que también nosotros podamos conseguir su felicidad.

MF 185,3,2 Penetraos, pues, hoy, del espíritu de la Iglesia, y uníos a ella en todas las oraciones y en todos los sacrificios que ofrezca a Dios para alivio de las almas del purgatorio. Implorad en su favor el socorro divino, con todo el fervor e insistencia que os sea posible, para tener el honor de ser dignos miembros de la Iglesia y *cooperadores de Jesucristo* [4] en la redención de esas almas cautivas.

MF 185,1,1: [1] 2M 12,45. – **MF 185,2,2**: [2] Ef 5,30. – **MF 185,3,1**: [3] Rm 12,5. – **MF 185,3,2:** [4] 2Co 6,1.

186

MF 186

Para la fiesta de san Marcelo, obispo de París

3 de noviembre; no figura en el nuevo calendario

MF 186,1,1 Punto I.

Los padres de san Marcelo, que eran virtuosos, se esmeraron en su educación. Gracias a ello y a sus buenas inclinaciones, en poco tiempo alcanzó tal piedad

que le granjeó la estima y el respeto de todos, y adquirió notable fama.

Qué beneficio tan grande es haber recibido buena educación, pues con ella se adquiere suma facilidad para muchas virtudes; ya que las inclinaciones de los jóvenes son fáciles de moldear, y ellos, por su parte, aceptan, sin mayor dificultad, los sentimientos que se les inspira.

MF 186,1,2 Considerad, pues, cuán importante es que vosotros os apliquéis, lo mejor que podáis, a educar bien a los que tenéis bajo vuestra dirección, y a procurarles la piedad. Ése es el objeto principal y el fin de vuestro empleo. Tened la certeza de que no lo lograréis, ni seréis gratos a Dios, ni él derramará sobre vosotros y sobre vuestros trabajos su generosa bendición, sino en la medida en que hagáis de su educación vuestro principal cuidado.

El esfuerzo que pongáis en ello acabará por conseguir que vuestros alumnos sean dóciles y muy sumisos a sus padres y a quienes, de su parte, están encargados de ellos; modestos y recogidos en su exterior, y piadosos en la iglesia, respecto de Dios, de las cosas santas y de cuanto se relaciona con la religión.

MF 186,2,1 Punto II.

Tuvo este santo tanta humildad, modestia y gravedad que quien era entonces obispo de París le admitió entre su clero, atendiendo tan sólo a las virtudes que en él brillaban. Y acababa apenas de entrar en la clericatura cuando ya era motivo de edificación y ejemplo para todos los demás clérigos. Todos le consideraban como su modelo; y su obispo insistió en ordenarlo como sacerdote, no obstante la repugnancia que, por su parte, él mostraba, por considerarse indigno de tal honor y por la eminencia del carácter sagrado.

MF 186,2,2 Vosotros ejercéis un empleo que se aproxima, más que ningún otro, al de los sacerdotes, por su ministerio. Así como fue su rara y extraordinaria virtud lo que mereció la exaltación a san Marcelo, así debéis también vosotros, al abrazar vuestro estado, traer a él, y conservar luego en su ejercicio piedad nada común, que os distinga del resto del mundo. Sin ella os resultaría muy difícil desempeñar bien vuestro ministerio; pues al haber sido instituido tan sólo para procurar el espíritu de religión y del cristianismo a los que instruís, no podrá alcanzar tal fin, ni ayudar a conseguirlo a quienes en él se emplean, si antes no han trabajado esforzadamente en santificarse ellos mismos.

MF 186,3,1 Punto III.

La santa vida de san Marcelo fue motivo de que, al morir el obispo de París, fuera elegido para ocupar su puesto. En este cargo tan relevante, y tan difícil de desempeñar dignamente, fue donde manifestó cuán ardiente era su celo por la salvación de las almas.

Pues además de utilizar, para conseguir su santificación, todos los talentos de naturaleza y de gracia que Dios le había concedido, no cesaba, con todo, de orar y velar, con el fin de disponer a unos a la conversión, y para alcanzar a otros las gracias que necesitaban para afianzarse en la práctica del bien y crecer en la virtud.

MF 186,3,2 Puede decirse que, en cierto modo, cada uno de vosotros es obispo, es decir,

vigilante del rebaño del que Dios os ha encargado [1]; y por consiguiente, tenéis obligación de velar sobre todos cuantos lo componen, pues, como dice san Pablo, *tendréis que dar cuenta a Dios de sus almas* [2].

¿Pensáis de cuando en cuando ante Dios cuán terrible ha de ser esa cuenta? El alma de cada uno de aquellos que guiáis es amada infinitamente por Dios, y si alguna se pierde por culpa vuestra, Él lo ha dicho y lo cumplirá, *os reclamará alma por alma* [3].

Tenéis que instruir a dos clases de niños: unos son libertinos e inclinados al mal; otros son buenos, o al menos sienten inclinación al bien. Rogad constantemente por unos y por otros, a ejemplo de san Marcelo, particularmente por la conversión de aquellos que tienen malas inclinaciones; y procurad conservar y confirmar a los buenos en la práctica del bien. Con todo, cuidad que vuestra preocupación y vuestras más fervorosas oraciones se ordenen a ganar para Dios los corazones de aquellos que tienen tendencia al mal.

MF 186,3,2: [1] Hch 20,28. – [2] Hb 13,17. – [3] Dt 19,21; Ez 22,14.

187

MF 187

Para la fiesta de san Carlos Borromeo

4 de noviembre

MF 187,1,1 Punto I.

Los más característico y admirable en san Carlos Borromeo fue que vivió totalmente desasido de los bienes de la tierra. Lo puso bien de manifiesto cuando, provisto de una rica abadía, siendo aún muy joven, pretendió su padre apropiarse de las rentas; san Carlos se tomó la libertad de decirle que aquellas rentas no pertenecían a él, sino a los pobres, y cuidó luego que se las distribuyeran. Lo mismo siguió haciendo cuando se vio dueño de sus bienes.

Y cuando comenzó a residir en su diócesis, renunció a los considerables beneficios con que el papa, tío suyo, le había honrado; *vendió luego todas sus posesiones y distribuyó el importe a los pobres* [1]. Pero lo que resulta de todo punto extraordinario es que en una necesidad pública, a causa de la peste y la carestía, vendió hasta sus muebles y la propia cama, para asistir con ello a los pobres y a los enfermos, ya que no contaba con qué aliviar de otra manera, puesto que se había despojado de todo, y no se reservaba nada de las rentas de su arzobispado.

MF 187,1,2 El desasimiento de las riquezas y de las comodidades de la vida es una de las primeras disposiciones que se han de tener para ser todo de Dios y para trabajar en la salvación de las almas. Eso fue también lo primero que exigió Jesucristo a sus santos apóstoles y lo que ellos inspiraron a los primeros cristianos.

Así, pues, si queréis haceros merecedores de ser empleados en la salvación de las almas, vivid desprendidos de todo; y las gracias de Dios se derramarán sobre vosotros con abundancia, tanto para vosotros mismos como para los demás. Decid, como está escrito en el Génesis: *Dadme almas y quedaos con lo*

demás [2]; es decir, para disponer de ello como os plazca; porque excepto vuestro santo amor y la salvación de las almas, todo lo demás me es indiferente.

MF 187,2,1 Punto II.

Para ponerse en disposición de trabajar útilmente por la Iglesia y por la salvación del prójimo, no basta con practicar el desasimiento; es necesario además aplicarse intensamente a la oración y a la mortificación. Es lo que hizo san Carlos con asiduidad, aunque estuviera ocupado de continuo por el bien de su diócesis. A pesar de ello, hacía oración dos veces al día, sin fallar nunca. Y se aplicaba tanto a ella que, habiéndole disparado un tiro de arcabuz, mientras oraba con sus domésticos, uno de los religiosos relajados a quienes había intentado reformar, no se inmutó lo más mínimo, y siguió rezando.

Gemía con frecuencia ante Dios por la salvación de sus diocesanos, e incluso a menudo pasaba parte de la noche en oración; y cuando surgía algún asunto importante para bien de la Iglesia, entonces pasaba la noche entera.

MF 187,2,2 Como este santo sabía que la oración sin mortificación es con frecuencia ilusión, no dejaba de unir una y otra. Vivía en su palacio como pobre a quien se da limosna, ayunando casi todos los días a pan y agua y sin tomar nunca carne, huevos ni pescado. Llevaba el cilicio y se disciplinaba; a menudo se acostaba sobre paja, o en una silla, y dormía muy poco, pues un obispo, decía, que tiene el gobierno de las almas, no debe mantenerse menos vigilante que los oficiales de los ejércitos.

Pensad a menudo que vosotros tenéis que ser hombres de oración, pues habéis de rogar, no sólo por vosotros, sino también por aquellos cuya dirección os incumbe, y por las necesidades de sus almas. Y para que vuestra oración produzca su efecto, tenéis que juntar a ella la mortificación.

MF 187,3,1 Punto III.

El celo de san Carlos por la salvación de las almas fue incomparable, y resulta difícil expresar hasta dónde le llevaba; pues, aunque parezca increíble, quería ser informado cada año sobre la conducta de cada uno de sus diocesanos en particular, con el fin de poner de su parte toda la vigilancia y el cuidado posible para procurar su salvación. Quería que los párrocos de su diócesis asistieran a los moribundos y estuvieran presentes en el momento de su muerte, que es cuando el alma más necesita de ayuda.

MF 187,3,2 Pero el celo de san Carlos brilló de manera sorprendente cuando la ciudad de Milán se vio invadida por la peste, pues se sacrificó ante todo para socorrer a los apestados. Él mismo les administró los sacramentos, con mucha fatiga y peligro, exponiéndose continuamente de ese modo a la muerte, durante todo el tiempo que duró el contagio. En esta ocasión hizo patente el santo prelado hasta qué punto despreciaba la vida cuando se trataba de procurar la salvación de su prójimo.

Comparad vuestro celo por la santificación de vuestros discípulos con el de este gran santo, pues tenéis que emplear toda vuestra vida en lograr que lleguen a ser buenos cristianos. Velad sobre ellos con tanta exactitud como velaba san Carlos por todos sus diocesanos.

MF 187,1,1: [1] Mt 19,21. – **MF 187,1,2**: [2] Gn 14,21.

[Meditación 188: Meditación para la dedicación de la iglesia. Primer domingo de octubre. *Se incluye al final, con las Meditaciones añadidas.]*

189

MF 189

Para la fiesta de san Martín

11 de noviembre

MF 189,1,1 Punto I.

San Martín fue soldado desde muy joven, y hasta la edad de cuarenta años. Pero tuvo más interés en alistarse en la milicia cristiana que en la del emperador; pues aunque nacido de padre idólatra, se inscribió en la Iglesia como catecúmeno cuando sólo tenía once años; y en seguida se dio a la piedad y al servicio de Dios, de tal manera, que se hacía admirar por su virtud, incluso entre aquellos que ya habían recibido la gracia del bautismo.

Sentía, sobre todo, tanta ternura por los pobres, que cuando aún estaba en el ejército, encontró en cierta ocasión a un pobre desnudo, que le pedía algo con qué cubrirse, y él, cortando su capa en dos, le dio la mitad; lo que motivó que Jesucristo, para darle a entender que consideraba aquel don como hecho a Él mismo, se le apareciese a la noche siguiente, cubierto con la mitad de su manto, y le dijese: «Martín, aunque todavía no es más que catecúmeno, me ha revestido con este manto».

MF 189,1,2 Vosotros, que os habéis alistado en la milicia de Jesucristo y que estáis a su servicio o, por decirlo así, a su soldada, ¿os tomáis el servicio de Dios tan a pechos como san Martín? ¿Sois tan caritativos con los pobres como él, aun siendo sólo catecúmeno?

Vosotros estáis todos los días con los pobres, y estáis encargados, de parte de Dios, de revestirlos del mismo Jesucristo y de su Espíritu. ¿Habéis tenido cuidado, antes de emprender tan santo ministerio, de *revestiros vosotros mismos de Él* [1], a fin de poder comunicarles esta gracia? Pues *nadie conoce lo que es de Dios,* dice san Pablo, *sino el Espíritu de Dios; y corresponde al Espíritu de Dios,* añade, *penetrarlo todo, incluso lo que en Dios hay de más profundo y recóndito* [2].

Rogad, pues, al Espíritu de Dios que os dé a conocer los dones que Dios os ha concedido [3], como dice san Pablo, para que los anunciéis a quienes tenéis cargo de instruir, *no con las palabras que emplea la sabiduría humana, sino con las que el Espíritu de Dios inspira a sus ministros* [4].

MF 189,2,1 Punto II.

San Martín, después de haber dejado el ejército, fue a encontrarse con san Hilario, obispo de Poitiers, y cerca de aquella ciudad construyó un monasterio,

al que se retiró con muchos religiosos.

Con ellos vivía allí de forma muy austera y en tanta piedad y alejamiento del mundo, que parecía que ya no tenían ningún trato con el siglo, de no ser algunos entre ellos, para los menesteres ordinarios de la vida, y con la menor frecuencia posible.

En aquel retiro san Martín se entregó totalmente a Dios, aplicándose a la oración con mucho fervor y adquiriendo un sólido hábito de la presencia de Dios.

MF 189,2,2 En el retiro es donde se aprende a encontrar a Dios; y es en él donde se gusta de Dios, por la facilidad que se tiene para hacer oración, por verse privado de todo trato con el mundo. También con estos medios se preparó san Martín para grandes empresas, sobre todo llenándose del Espíritu de Dios y del celo que necesitaba para trabajar tan eficazmente como lo hizo en la salvación de las almas.

Como vosotros necesitáis lo uno y lo otro, también necesitáis el retiro y el alejamiento del mundo, en el cual no se encuentran ni lo uno ni lo otro; ya que el mundo, dice Jesucristo, ***no puede recibir el Espíritu de Dios, porque no lo conoce*** [5], y porque las máximas y prácticas que inspira el Espíritu de Dios son totalmente opuestas a las suyas.

MF 189,3,1 Punto III.

El fruto que produjo el retiro de san Martín fue que Dios le destinara, y el clero y el pueblo de Tours le escogieran por su obispo. En esta santa función ejerció su celo por la destrucción del culto de los ídolos, que aún perduraba en Francia, cuyos reyes todavía no eran cristianos.

Pero como él sabía que a Dios corresponde establecer su religión, y que los hombres no son sus ministros sino para anunciarla y darla a conocer, se entregaba a continuos ayunos y oraciones, sin distraerse jamás de su aplicación a Dios.

Este santo mantenía una vigilancia infatigable por todas las necesidades de su iglesia, considerándose ante Dios como encargado de proveer a ellas. Sabía que un obispo tiene que hacer dos cosas: pedir a Dios la salvación de las almas y cumplir las órdenes de Dios para conseguirla.

MF 189,3,2 Por esta razón san Martín distribuía su tiempo en hacer estas dos cosas: 1.º, mantenía levantadas sus manos al cielo, buena parte del tiempo, para atraer las gracias y bendiciones de Dios para la conversión de las almas; 2.º, trabajaba con tanto celo y asiduidad en ello, que incluso a la hora de la muerte, en el ardor que sentía de salvar almas, decía a Dios que, si aún era necesario a su pueblo, no rehusaba el trabajo.

A ejemplo de san Martín, ocupad vuestro tiempo en estas dos cosas: en pedir a Dios con insistencia la salvación de aquellos que tenéis bajo vuestra dirección, y en buscar y lograr que adopten los medios para conseguirla.

MF 189,1,2: [1] Rm 13,14. – [2] 1Co 2,10-11. – [3] 1Co 2,12. – [4] 1Co 2,13; cf. 1Co 2,4. – **MF 189,2,2**: [5] Jn 14,17.

190

MF 190

Sobre santa Isabel

19 de noviembre; nuevo calendario, 17 de noviembre

MF 190,1,1 Punto I.

La piedad de santa Isabel fue tan grande, que desde la edad de cinco años no encontraba gusto más que en estar en la iglesia o en su aposento, rezando a Dios. Por ello hablaba poco, pues sabía que resulta fácil hablar con frecuencia a Dios si se habla poco con los hombres, y que el silencio es uno de los mejores medios para evitar el pecado y conservar el fervor.

MF 190,1,2 Para que sus hijos fueran totalmente de Dios, tenía la costumbre de tomarlos en sus manos en cuanto nacían y, con fervorosas oraciones, ofrecerlos al Señor.

Estando casada, se levantaba todas las noches para orar; e iba a la iglesia muy temprano, y allí, arrodillada en el suelo, permanecía largo tiempo haciendo su oración. Actuando así, se mostró en su familia y en sus estados como modelo de oración y de virtud. También fue así como esta santa manifestó ***por sus buenas obras,*** como exige san Pablo a las mujeres, ***la piedad que profesaba*** [1].

Ejercitémonos en la piedad, a ejemplo de esta santa, pues ***la piedad,*** dice san Pablo, ***es inmensa riqueza y útil para todo,*** y a ella ***se han prometido los bienes de la vida presente y los de la vida futura*** [2]. Procurad, pues, conseguirlos por este medio, que es muy seguro, y sin el cual no podréis llegar a poseer los bienes verdaderos, los únicos que deben constituir el objeto y el fin de todos vuestros anhelos.

MF 190,2,1 Punto II.

Esta santa era también muy mortificada; cada día tomaba la disciplina hasta sangrar; y cuando le faltaban las fuerzas, pedía a sus hijas que se la dieran, sin ningún miramiento. Cuando el rey, su esposo, estaba ausente, llevaba el cilicio continuamente. Cuando iba a la iglesia permanecía de hinojos, con las rodillas desnudas sobre el suelo, pues deseaba que la mortificación acompañase todos sus actos.

También por espíritu de mortificación se complacía en extremo en atender a los leprosos, y cuanto más corrompidas estaban sus carnes, tanto más se encariñaba con ellos.

Llevaba, incluso, por espíritu de penitencia, un vestido muy sencillo y de tela muy común.

MF 190,2,2 Hay muchos que quieren ser piadosos y que rezan con frecuencia a Dios, incluso con afecto y fervor, pero necesitan tener todas sus comodidades. Si tienen algo que sufrir, en seguida se quejan, y es preciso que todo el mundo los compadezca y que se preocupe de buscar los medios de aliviarlos. ¿Cómo se puede desear tanto no tener que sufrir, al ver que toda una reina gustaba tanto de mortificarse?

Estando, como estáis, retirados del mundo, debéis considerar la mortificación como obligatoria para vosotros; procurad que sirva para sazonar todo cuanto hagáis por Dios, y convertidlo en costumbre. Tened la seguridad de que vivir sin espíritu de penitencia y sin mortificación no es vivir como auténtico

cristiano, y mucho menos aún como religioso.

MF 190,3,1 Punto III.
Lo que más contribuyó a realzar la gloria de santa Isabel fue su extraordinario amor a las humillaciones. En los varios hospitales que fundó, ella misma atendía a los pobres enfermos, los vendaba y les prestaba todo tipo de servicios, incluso los más humillantes. Esto le atrajo también reproches de muchos, que consideraban estos servicios indignos de una persona de su calidad. Pero su amor a los desprecios hacía que se preocupase muy poco por tales murmuraciones.

MF 190,3,2 La ocasión en que mejor demostró cómo apreciaba el ser humillada, fue cuando, después de la muerte del rey, su esposo, fue arrojada de su palacio con sus tres hijos y sus damas, a las diez de la noche. Al no encontrar lugar donde pasar el resto de la noche, se refugió en un establo; y a media noche fue al convento de los religiosos de san Francisco para pedirles que cantasen el ***Te Deum,*** para agradecer a Dios la desgracia que le había acaecido.
Y después tomó como alojamiento un cuartucho que le ofreció por caridad cierto sacerdote, y allí hilaba, para ganar con qué vivir y alimentar a sus hijos. ¿No es todo esto paciencia extraordinaria en una reina?
Tratad de imitarla, y cuando os sobrevengan ocasiones de humillación, recibidlas como enviadas por Dios, y como uno de los mayores honores y de los principales beneficios que podáis recibir en este mundo.
Así, pase lo que pase, siempre viviréis contentos.

MF 190,1,2: [1] 1Tm 2,10. – [2] 1Tm 4,8.

191

MF 191

Para la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen

21 de noviembre

MF 191,1,1 Punto I.
No sin motivo celebra la santa Iglesia con tanta solemnidad la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen, puesto que en este día se consagró a Dios, para dedicarse a Él durante toda su vida, con el fin de alejarse no sólo de la corrupción del siglo, sino de eliminar cualquier ocasión de que su mente se ocupara en los vanos pensamientos del mundo, y de que su corazón se aficionase a las cosas creadas, ya que había sido formado sólo para amar a Dios y entregarse del todo a Él.
Con este motivo, en este santo día, prevenida no sólo por la gracia, sino también por la razón, y aunque era de muy tierna edad, hizo voto de perpetua castidad, según se cree y relata un piadoso y antiguo autor; para que, como dice san Juan Damasceno, estando el cuerpo totalmente despegado de todos los placeres de esta vida, pudiera conservar su alma en suma pureza.

MF 191,1,2 Vosotros, retirándoos del mundo, os habéis consagrado a Dios para vivir en esta comunidad, con total desprendimiento de todo lo que hay en el mundo

capaz de contentar los sentidos, y para fijar en ella vuestra morada. Debéis considerar tal día como aquel en que comenzó vuestra felicidad en la tierra para consumarse un día en el cielo.

Pero habéis debido consagraros a Dios no sólo para aquel día. Como habéis hecho la consagración de vuestra alma, y vuestra alma vivirá eternamente, vuestra entrega a Dios ha de ser eterna; y si la habéis comenzado en la tierra, ha debido ser sólo como aprendizaje de lo que tendréis que hacer eternamente en el cielo.

MF 191,2,1 Punto II.

Una vez que la Santísima Virgen, en este día, se hubo ofrecido a Dios totalmente y sin reserva alguna, sus padres, que la acompañaban en aquel acto santo, la dejaron en el templo para que en su recinto fuese educada junto con otras vírgenes, y se aplicara a practicar todo tipo de virtudes. Pues era muy justo que Dios, que quería hacer un día de María un templo para su divinidad, realizara en ella, desde su infancia, algo excelso, por la eminencia de la gracia con que la honrase y por la excelencia de las virtudes que en ella produjese.

Por lo cual, dice un piadoso autor, ella se entregó siempre en el templo al servicio de Dios y al santo ejercicio del ayuno y de la oración, que practicaba día y noche. Así vivió santamente esta Virgen purísima durante todo el tiempo que pasó en el templo.

MF 191,2,2 Vosotros tenéis la dicha de estar en la casa de Dios, y en ella os habéis comprometido en su servicio. Debéis, primero, llenaros de gracias mediante el santo ejercicio de la oración; y, segundo, esforzaros en practicar las virtudes que más convienen a vuestro estado.

Por medio de estos santos ejercicios os haréis capaces de cumplir bien vuestro deber; pues no lo cumpliréis tal como Dios exige de vostros, sino en la medida en que seáis fieles y muy asiduos al santo ejercicio de la oración. Por ella *el Espíritu Santo vendrá a vosotros y os enseñará*, como prometió Jesucristo a sus santos apóstoles, *todas las verdades* [1] de la religión y las máximas del cristianismo, que debéis conocer y practicar a la perfección, puesto que estáis obligados a inspirárselas a los demás.

MF 191,3,1 Punto III.

La permanencia de la Santísima Virgen en el templo tuvo como efecto hacer de su corazón *un templo santo para el Señor, y un santuario para el Espíritu Santo* [2]. Es lo que de ella canta la Iglesia en este santo día: que era templo del Señor y santuario del Espíritu Santo; y que, por ese motivo, fue la única que agradó a Dios de forma tan perfecta y relevante, que jamás hubo criatura que fuera semejante a ella.

Ella era *la doncella que el Señor,* según las palabras del Génesis, *había preparado para su Hijo* [3], *al acercarse el día del Señor* [4], como dice un profeta. Por tal motivo, Él se la preparó anticipadamente, e hizo de ella una víctima santa, que consagró para sí.

Y tal como se dice en el Apocalipsis, *ella huyó al desierto* [5], es decir, al templo, que era lugar apartado del trato con los hombres, donde se construyó la soledad que Dios le había deparado. Pues era muy conveniente que habiendo de tener

en ella su morada el Hijo de Dios, no tuviera trato externo con el común de los hombres, sino que toda su conversación se realizase en el Templo del Señor; y aun allí, hablara más de ordinario con los ángeles que con sus compañeras, para hacerse digna de que *un ángel la saludase de parte de Dios* [6].

MF 191,3,2 Honrad hoy a la Santísima Virgen como al tabernáculo y ***templo viviente que Dios mismo edificó para sí*** [7], y adornó con sus propias manos. Y pedidle que os obtenga de Dios la gracia de que vuestra alma esté tan bien adornada y tan bien preparada para recibir la palabra de Dios y para comunicarla a los demás, que lleguéis a ser, por su intercesión, tabernáculos del Verbo divino.

MF 191,2,2: [1] Jn 16,13. – **MF 191,3,1**: [2] 1Co 3,16. – [3] Gn 3,15. – [4] Is 13,6. – [5] Ap 12,6. – [6] Lc 1,28. – **MF 191,3,2**: [7] Cf. 2Co 6,16.

192

MF 192

Para la fiesta de santa Catalina, virgen y mártir

25 de noviembre; en el nuevo calendario no figura

MF 192,1,1 Punto I.

Santa Catalina, que se convirtió a la fe desde su temprana juventud, encontró el medio seguro de conservar la fe en la lectura de los libros sagrados, y se aficionó de tal manera a ellos, que los conocía a la perfección. De este modo, cuando algunos intentaron desviarla de la práctica de la religión que había abrazado, jamás consiguieron que vacilase. Incluso se mantuvo tan firme en ella, que cuando fue detenida por orden del emperador, éste, al ver que hablaba con tanta fuerza en lo tocante a su religión, mandó reunir a algunos filósofos entre los más expertos de Alejandría, para que la convencieran; pero de la discusión que sostuvieron con ella, sólo consiguieron verse confundidos y dominados por una doncella.

MF 192,1,2 Ved cuán importante es para vosotros conocer bien la Sagrada Escritura, pues san Pablo nos asegura que *quien la ignore, será él mismo ignorado* [1]; y ella es la que afianza en la fe y en la práctica del bien. Pues como dice el mismo san Pablo, *ella es la que instruye para la salvación, por la fe en Jesucristo; y habiendo sido inspirada por Dios, sirve para instruir, para amonestar, para corregir y para llevar a la piedad y a la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté bien dispuesto para toda clase de buenas obras* [2].

Éste fue el provecho que santa Catalina consiguió de la lectura de la Sagrada Escritura, y que es importante que obtengáis vosotros, que estáis encargados, de parte de Dios, de instruir, amonestar, corregir y llevar a la piedad a los niños que tenéis confiados. Leedla, pues, con frecuencia, y que esa santa lectura os llene de tal forma del Espíritu de Dios, que os haga realizar con facilidad todas las cosas.

MF 192,2,1 Punto II.

Bien penetrada del espíritu del cristianismo y bien cimentada en la fe, santa Catalina se retiró totalmente del mundo para dedicarse de manera muy especial

a la oración. En ella ocupaba mucho tiempo, para aplicar su mente y su corazón a la meditación de las santas verdades que había aprendido en los libros divinos y ejercitarse en su práctica, considerando a los pobres, a los que servía con frecuencia, como al mismo Jesucristo.

MF 192,2,2 Cuán admirable es y de cuánta utilidad, para quienes desean vivir piadosamente y dados a la práctica de la virtud, meditar con frecuencia las santas y excelsas máximas que se contienen en la Sagrada Escritura, que sobrepasan cuanto la mente humana puede concebir por sí misma.

Ella ilumina la mente por medio de aquella divina luz [3] que, como dice san Juan, ***alumbra a todo hombre que viene a este mundo*** [4]. Y, pues ***encierra en sí,*** según san Pablo, ***los mandatos del Señor*** [5], la meditación de los mismos anima a practicarlos.

A ejemplo de santa Catalina, servíos de este medio para santificaros. Meditad con frecuencia las palabras de la Sagrada Escritura para alentaros a practicar el bien y a conduciros según el espíritu de vuestro estado. ***Pues la palabra de Dio***s ***que se contiene en ella produce este efecto***, según san Pablo, ***porque es viva y eficaz y traspasa más que una espada de dos filos. Entra, incluso,*** continúa el santo apóstol, ***y penetra hasta los repliegues más ocultos del alma y del espíritu*** [6]. Servíos, pues, de ella para este fin, ya que procura tan grandes beneficios.

MF 192,3,1 Punto III.

Acusada esta santa de ser cristiana ante el emperador Maximiano, que se encontraba a la sazón en Alejandría, y viendo el emperador que no podía obligarla con razones a cambiar de religión y a volver al culto de los falsos dioses, quiso intentar el camino de la suavidad y de las promesas, para ganarla e inducirla a que hiciese lo que de ella pretendía. Pero al comprobar que todos los medios de que se valía resultaban inútiles, y que no eran capaces de ablandar el corazón de la santa, cuya constancia era inquebrantable, mandó azotarla cruelmente, y luego la dejó doce días en prisión, sin darle apenas de comer.

Mandó luego que la pusieran sobre unas ruedas, que deberían despedazar su cuerpo; pero como de todas aquellas torturas, con el auxilio de la gracia, no recibió ningún daño, el emperador mandó decapitarla.

MF 192,3,2 El retiro, la oración y la lectura de la Sagrada Escritura sirven, de ordinario, como ocurrió con santa Catalina, para preparar al alma a sufrir con ánimo todo cuanto Dios quiere que sufra. Y cuando uno se ha preparado con estos tres medios, sucede a menudo que se hace como insensible a los sufrimientos, porque se reciben como enviados por Dios, y como medios para unirse estrechamente a Él y poseerlo.

Vosotros, como esta santa, estaréis contentos y seréis consolados por Dios en los padecimientos, si os preparáis como ella.

MF 192,1,2: [1] 1Co 14,38. – [2] 2Tm 3,15-17. – **MF 192,2,2**: [3] Cf. 1Co 2,14. – [4] 2Jn 1,9. – [5] 2Tm 3,16; 1Co 14,37. – [6] Hb 4,12.

MA

Complemento de ocho meditaciones

Para algunas fiestas especiales que hay durante el año

(MA)

83

MF 83

Meditación para el día de la octava de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen

15 de diciembre

MF 83,1,1 Punto I.

Si queremos entrar en el espíritu del misterio de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen y sacar de él, por nuestra devota participación, el fruto que Dios nos pide, consideremos que esta divina madre, desde el instante en que su alma fue creada, estuvo, como hermosa estrella, iluminada con las luces de la gracia y dotada de razón.

¡Qué mortificación debió constituir para esta excelente criatura encontrarse cautiva de ese modo, encerrada durante nueve meses como en una prisión, y verse, incluso, privada del uso de los sentidos y miembros! ¡Qué motivo de humillación al tener conocimiento de tan grande abatimiento!

MF 83,1,2 Imitemos estas admirables disposiciones de la Virgen Inmaculada; amemos y observemos gustosos el retiro, el silencio y el recogimiento; esmerémonos en el dominio de nuestros sentidos. *Mortifiquemos nuestros miembros terrenales* [1], como dice san Pablo; hagámonos, por así decirlo, cautivos por amor de Dios, por la exacta obediencia y por la puntual fidelidad a nuestras Reglas.

Esta sumisión voluntaria y amorosa *nos hará verdaderamente libres, con la noble y gloriosa libertad de los hijos de Dios* [2]. ¡Oh, amorosa y agradable servidumbre, por la cual el hombre llega a ser verdaderamente libre y santo!, exclama el autor de la Imitación. ¡Oh sagrado estado de servidumbre religiosa, que hace al hombre igual a los ángeles, agradable a Dios, terrible a los demonios y recomendable a todos los fieles! ¡Oh sumisión digna de ser abrazada y siempre deseada, con la que se adquiere el bien soberano y el gozo sempiterno!

MF 83,2,1 Punto II.

La Santísima Virgen, en su Inmaculada Concepción, disfrutó interiormente, desde el primer instante, del uso de las virtudes, al menos en su interior. Conoció a Dios por la fe infusa; lo amó por la caridad del Espíritu Santo, de la que estaba llena desde el momento de su existencia; le alabó, le bendijo, le agradeció y le glorificó por medio de sus operaciones espirituales e interiores, de forma más excelente que todos los ángeles juntos.

MF 83,2,2 He ahí lo que debemos aprender e imitar. A eso se lo llama *ciencia de los santos* [3]. Es preciso que nos apliquemos al conocimiento de Dios en la oración, por la lectura de buenos libros espirituales y catecismos; que nos ejercitemos e

inflamemos en el amor de Dios con fervorosas y frecuentes elevaciones del corazón a Dios (lo que se llaman oraciones jaculatorias); que nos hagamos agradables a los ojos de su divina majestad por medio de continuas acciones de gracias, de amor y de alabanza, y por la práctica de las más sólidas virtudes, sobre todo la humildad, la paciencia y la obediencia, que tan estimadas y familiares fueron a la santísima madre de Dios.

MF 83,3,1 Punto III.

La Santísima Virgen, encerrada en el seno de santa Ana, fue preparada por el Espíritu Santo para el cumplimiento de los magnos designios de Dios sobre ella. Y la Santísima Virgen se dispuso a ellos con la fiel correspondencia, por su parte, usando santamente, por sus operaciones interiores, los dones y gracias que el cielo le comunicaba abundantemente.

La santa religión a la cual tuvo Dios la bondad de llamarnos, es nuestra madre. El noviciado es su seno, en el que concibe espiritualmente a los novicios, que son sus hijos. ***Ella los engendra en Jesucristo*** [4], según la expresión de san Pablo, formándolos para una vida auténticamente cristiana y religiosa.

MF 83,3,2 Vosotros, que tenéis la dicha de gozar de este beneficio en el noviciado, seno saludable y místico de la vida religiosa, procurad que vuestra concepción espiritual sea inmaculada, es decir, sin mancha, por la exención de todo pecado voluntario.

Formaos en las buenas costumbres, conformes con las máximas del Santo Evangelio; llenaos de las gracias del Espíritu Santo. Y como la Santísima Virgen, nueve meses después de su purísima concepción, salió del seno de santa Ana ***llena de las gracias del Espíritu de Dios*** [5], para cosas grandes, esto es, para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, disponeos también vosotros a salir del noviciado llenos de gracias y henchidos del Espíritu de Dios, para no trabajar sino por su gloria, procurando la salvación de las almas según el espíritu y el fin de nuestro Instituto; o bien ocupándoos de los empleos y oficios de la casa, según el designio de la divina providencia sobre vosotros, que conoceréis infaliblemente por medio de la santa obediencia. En ellos encontraréis con toda seguridad vuestra santificación, vuestra paz interior y vuestra salvación.

Pedid a la Santísima Virgen que os alcance esta gracia, por los méritos y en virtud de su santa e inmaculada concepción.

MF 83,1,2: [1] Col 3,5. – [2] Rm 8,21. – **MF 83,2,2**: [3] Sb 10,10. – **MF 83,3,1**: [4] 1Co 4,15. – **MF 83,3,2**: [5] Lc 1,28.

103

MF 103

Sobre la vida de san Severo, obispo

1 de febrero

MF 103,1,1 Punto I.

En el Evangelio de san Lucas, cap. 7, se refiere que los discípulos de san Juan fueron *a preguntar a Nuestro Señor si Él era el Cristo, o si tenían que esperar a otro* [1]. Jesucristo, después de obrar ante ellos varios milagros para darles a entender que era el Mesías, les dijo, para terminar su discurso, *que el Evangelio era anunciado a los pobres* [2].

Esto debe animar mucho a todos los fieles a trabajar esforzadamente en el gran negocio de su salvación, y en particular a quienes, por nacimiento, están sujetos a vivir en pobreza y en indigencia de los bienes de la tierra.

San Severo aprovechó este beneficio de manera excelente, pues viéndose obligado, para subsistir, a ponerse al servicio de un dueño infiel, *alimentaba su alma con el pan de la palabra de Dios* [3] y con el santo ejercicio de la oración, al que se entregaba con sumo fervor, a pesar de los infinitos obstáculos que podían alejarle de él en las ocupaciones de su laborioso empleo.

Y Dios, que se complace en escuchar a los mansos y humildes de corazón, le concedió la total conversión de su amo a la fe de la Iglesia católica.

MF 103,1,2 ¿No es extrema locura amar las grandezas y bienes del mundo, puesto que nada hay en él que sea grande ni digno de estima, sino lo que es grande y estimable a los ojos de Dios?

¡Oh, divino Jesús!, iluminad nuestros ojos para que consideremos las cosas tal como Vos mismo las consideráis, y que todos nuestros afectos e inclinaciones sean totalmente conformes con los vuestros.

MF 103,2,1 Punto II.

Las virtudes de san Severo, unidas a numerosos milagros que Dios obraba por su medio, le dieron a conocer a todos; y la estima que se tenía a su persona fue causa de que le retirasen del grupo de discípulos que había formado y guiado hacia la perfección en un lugar solitario, para consagrarlo obispo de Avranches.

Pero después de haber trabajado conforme a la amplitud de su celo, su profunda humildad le impulsó a abandonar su dignidad episcopal y a renunciar a todos los bienes de la tierra, para volver a su querida soledad, donde *murió con la muerte de los santos* [4], en brazos de los que había edificado con los ejemplos de su santa vida.

MF 103,2,2 De esa forma es como debemos nosotros ocuparnos en los oficios exteriores; es decir, por el único motivo de la pura voluntad divina, que se nos manifiesta por la obediencia. Y en cuanto hayamos cumplido nuestras obligaciones, debemos volver a la soledad para dedicarnos a nuestros ejercicios espirituales, por temor a que nuestra conciencia quede herida con algún pecado.

Pidamos a Dios, por intercesión de este insigne santo, amor ardiente a la vida interior, para que todos los instantes de nuestra vida sean otros tantos peldaños para unirnos a Él.

MF 103,3,1 Punto III.

La muerte de san Severo no fue menos preciosa ante Dios que edificante había sido su vida a los ojos de los hombres; por lo cual, para evitar que su sagrado cuerpo fuera profanado por los enemigos de la Iglesia, se le trasladó del lugar donde yacía a un campo donde se le inhumó por segunda vez.

Pero su eminente santidad brilló tanto, por los prodigios que se obraban en aquel lugar, que se consideró conveniente el traslado de sus santas reliquias a la iglesia catedral de Nuestra Señora, de Ruán. Y Dios, para aumentar el honor de este santo, permitió que en cada lugar donde se detenían con aquel glorioso depósito para pasar la noche, permaneciera éste tan inamovible que no se le podía levantar del sitio si antes no se hacía voto de edificar en el mismo lugar una iglesia en su honor.

MF 103,3,2 ¡Oh, qué bueno es servir a Dios! Él sabe muy bien recompensar abundantemente a quienes le aman, y elevarlos a excelsa gloria. Haced, ¡oh mi soberano Creador!, que con vuestra santa gracia me aplique de veras a tributaros mis homenajes, y otorgadme vuestra santa bendición para tan generosa y beneficiosa empresa, por intercesión de san Severo, patrón y protector de la parroquia de este lugar.

MF 103,1,1: [1] Lc 7,20. – [2] Lc 7,22. – [3] Mt 4,4. – **MF 103,2,1**: [4] Sal 116,15.

168

MF 168

Meditación para la fiesta de san Yon

22 de septiembre

MF 168,1,1 Punto I.

San Yon tuvo la dicha de ser discípulo de san Dionisio, de adquirir su espíritu y de participar de sus virtudes y de sus gracias, tanto interiores como exteriores. Como san Dionisio había recibido de Dios, por medio de san Pablo, grandes luces referentes a las verdades del Evangelio, y como tuvo la suerte de ser en esto uno de los más esclarecidos de su tiempo, animado del celo por el establecimiento de la Iglesia y por la difusión de la religión cristiana, comunicó sus luces a san Yon. Pues al no poder atender por sí mismo a todos los pueblos que necesitaban instrucción en el país donde se hallaba, lo suplió, para algunos, por medio de san Yon, uno de sus discípulos.

Cuán feliz fue este santo por haber tenido un maestro como san Dionisio, pues bajo su guía aprendió perfectamente las verdades de la religión y la práctica de las virtudes cristianas, en las cuales le formó san Dionisio, tanto con sus frecuentes enseñanzas como por el continuo y brillante ejemplo que de ellas le dio.

MF 168,1,2 ¡Ah, cuán provechoso es ser enseñado por expertos maestros, tanto en lo referente a las verdades de la fe como en lo tocante a la práctica del bien! Seámoslo nosotros, igualmente, para con aquellos que debemos instruir, y hagámonos con nuestras obras tales como queremos que sean ellos con las suyas.

MF 168,2,1 Punto II.

San Yon, siendo ya sacerdote, se dedicó a predicar el Evangelio por todos los pueblos que rodean París; y como estaba lleno de las gracias del Espíritu de Dios, convirtió a numerosas personas. No es de extrañar, pues se había preparado para ello con el retiro, igual que su maestro san Dionisio, y seguía preparándose cada día con la oración.

Como sabía que corresponde a Dios mover y convertir los corazones, y que él era sólo ***la voz que gritaba al pueblo que se convirtiera*** [1] y que reconociera al Dios verdadero, recurría con frecuencia a Dios, para rogarle que le concediera la gracia de que su palabra fuese eficaz, como lo había sido, de manera admirable, la de los santos apóstoles.

Como los pueblos que este santo instruía los formaban gentes rudas del campo, se aplicó, por encima de todo, a darles el catecismo, a enseñarles a conocer a Dios y los misterios principales de la religión, y a practicar los mandamientos de Dios.

MF 168,2,2 Agradezcamos a Dios que nos haya dado como patrón de esta casa a un santo que, en el comienzo de la Iglesia, se honraba de ejercer la misma función que nosotros tenemos que realizar todos los días; y que trabajó en la conversión de los pueblos infieles con encendido celo, porque no tenía otra mira que la de hacer de ellos el pueblo de Dios.

Tratemos de imitar su celo y de tener sus mismas intenciones en el ejercicio de nuestro empleo, ya que es el mismo que el suyo, y consiste en dar el catecismo a niños pobres y, con frecuencia, sin educación.

MF 168,3,1 Punto III.

El celo de san Yon por la verdadera religión y las numerosas conversiones que obraba irritaron de tal modo a los idólatras que había entonces en el país, y cuyos reyes vivían en la misma ceguera que ellos, que buscaron cuantos medios pudieron para oponerse al notable progreso que este santo conseguía en las almas, y al proyecto que tenía de establecer la religión cristiana en aquellas comarcas.

Pero como vieron que ni las dificultades que le creaban a san Yon, ni las amenazas, servían para enfriar su celo, y que todo cuanto pudieron decir a los pueblos que él instruía, no les impedía seguir atentos y dóciles a su doctrina, ya que el santo les enseñaba más con el ejemplo de su santa vida que con sus palabras, y que venía a ser para ellos como ***espada de dos filos, que ponía en ellos***, como dice san Pablo, ***la división entre la carne y el espíritu*** [2], aquellas gentes apresaron a san Yon, lo azotaron y luego lo decapitaron.

He ahí cuál fue la recompensa de este santo en la tierra, por todos sus trabajos apostólicos.

MF 168,3,2 Si vosotros no tenéis ocasión de esperar la misma recompensa, aunque viváis en el mismo reino, porque actualmente está habitado por católicos, preparaos, al menos, para la que se promete en el Evangelio, es decir, ser perseguidos. Y consideraos dichosos, siguiendo la enseñanza que dio Jesucristo Nuestro Señor a sus discípulos, ***cuando los hombres os odien, os aparten de ellos, os traten injuriosamente y hasta consideren con horror vuestro nombre por causa del Hijo del hombre, porque así es como fueron tratados los profetas*** [3] y los

predicadores del Santo Evangelio.

MF 168,2,1: [1] Jn 1,23. – **MF 168,3,1**: [2] Hb 4,12. – **MF 168,3,2**: [3] Lc 6,22; Mt 5,11-12.

181

MF 181 **Meditación sobre las virtudes de san Román, arzobispo de Ruán**

23 de octubre

MF 181,1,1 Punto I.

San Román fue modelo de todas las virtudes desde muy joven. Sus padres, que eran muy piadosos, tuvieron cuidado de que recibiera educación tan cristiana como noble, para que pudiera desempeñar dignamente los relevantes empleos a que estaba destinado.

Y demostró claramente que había aprovechado tal educación, pues siendo canciller de Francia, desplegó sobre sí mismo tanta vigilancia para conservar su piedad hacia Dios, como celo para administrar la justicia.

Siempre veló sobre sí mismo para no manchar su inocencia en medio de la corrupción del siglo. Se mantuvo tan puro en el seno de la alta sociedad como si hubiera vivido en el retiro más apartado.

MF 181,1,2 ¡Qué motivo de confusión para nosotros, que tan fácilmente perdemos, en las ocupaciones exteriores, el espíritu de piedad que adquirimos en nuestros ejercicios interiores! Aprendamos de este santo a caminar y a vivir en el mundo sin participar de la corrupción del espíritu ni de las máximas del mundo.

MF 181,2,1 Punto II.

Este insigne santo, que iluminó con el resplandor de sus virtudes a las personas que vivían en el estado seglar, fue escogido por Dios para ser como ***ardiente antorcha*** [1] en el candelero de la Iglesia.

Elegido arzobispo de Ruán, se dedicó con celo incansable a destruir la idolatría entre los pueblos, la simonía entre los eclesiásticos, y a procurar, en fin, tantos adoradores de Jesucristo y fieles perfectos a su Iglesia, cuantos eran los que el demonio se esforzaba por arrebatarle.

Sólo temía en este mundo al pecado; y su alma, revestida siempre con la túnica de su inocencia bautismal, tampoco se amedrentó al domeñar un dragón, que no sólo devastaba los frutos de la tierra, sino que también devoraba a los hombres.

MF 181,2,2 Trabajemos por conservar la inocencia del bautismo en los niños que nos han sido o nos serán confiados. Y si nosotros fuimos tan desgraciados como para perderla, esforcémonos por recuperarla mediante una penitencia proporcionada a la gravedad de nuestros pecados.

¡Cuán felices seríamos si pudiéramos volver al estado de justicia original! Para alentarnos a ello, reflexionemos sobre estas palabras de san Ambrosio: «Sólo hay dos vías para ir al cielo, a saber, la inocencia conservada, o bien la reparada mediante la penitencia».

MF 181,3,1 Punto III.

San Román, que había llevado vida tan pura, mereció que Dios le revelase la hora de su muerte, que sobrevino mientras celebraba la santa Misa. Eso le movió a retirarse a la soledad, para no ocuparse sino de sí mismo. Pero allí el demonio le acosó con furiosas tentaciones. Con todo, el continuo pensamiento de las verdades eternas y su asiduidad a la oración le hicieron salir victorioso y le dieron ocasión para aumentar sus méritos.

MF 181,3,2 Nosotros no podremos fortalecer nuestra alma contra todos los ataques de los enemigos de nuestra salvación sino con estos dos medios.

La meditación de las verdades que la fe nos enseña *es una espada de dos filos*, como dice san Pablo, *que penetra en lo íntimo, y que se introduce entre el alma y el cuerpo hasta las coyunturas de los huesos* [2].

Pero estar convencido de las verdades de la salvación no es suficiente. Se necesita, además, pedir a Dios, con ferviente oración, que nos ayude en nuestras debilidades y que su gracia nos mueva a practicar lo que el Espíritu Santo nos haya dado a entender que desea de nosotros.

MF 181,2,1: [1] Jn 5,35; Mt 5,15. – **MF 181,3,2**: [2] Hb 4,12.

184

MF 184

Meditación para el día de la traslación de las Santas Reliquias

Sobre la veneración que debemos tributar a las reliquias de los santos

17 de julio

MF 184,1,1 Punto I.

Dios nos invita a esta práctica de devoción por los innumerables milagros que obró por medio de las santas reliquias de sus siervos. Lo vemos en los sepulcros de los mártires y de los santos confesores, que son, como dicen los Concilios, fuentes saludables que Jesucristo nos ha dejado, de las que brotan todo tipo de alivio para los enfermos, y donde encontramos el manantial de dulzura que cura las dolencias, disipa las tristezas malignas y las tentaciones, por la virtud de Jesucristo que en ellas radica.

Lo vemos en la traslación de las reliquias de san Esteban, protomártir, y las de otros varios santos, de manera que no podemos dudar que Dios, según su palabra, *honra las cenizas y los huesos de sus siervos* [1], que fueron *miembros vivos* [2] y *templos animados por el Espíritu Santo* [3].

MF 184,1,2 Por este mismo principio, encarga a sus mismos ángeles que entierren el cuerpo de santa Catalina, o pone de manifiesto los sagrados cuerpos por medio de luces milagrosas, para que no permanezcan en la oscuridad de un sepulcro común o poco digno, y para que aprendamos a venerarlos para bien de nuestros cuerpos y de nuestras almas.

Si la bondad de Dios nos concede tantos bienes en consideración a los sencillos honores que tributamos a estas reliquias inanimadas, ¿qué gracias no preparará para quienes se hacen imitadores de aquellas nobles almas?

MF 184,2,1 Punto II.

El culto de las sagradas reliquias se ha practicado desde la antigüedad, y se ha confirmado por las disposiciones de los Concilios y por la práctica de los más santos personajes de los últimos siglos. El ejemplo del insigne san Carlos Borromeo es importante a este respecto, como puede verse en la historia de su vida.

Los santos que están en la gloria desean justamente este honor porque son en el cielo los protectores de los vivos. Lo vemos en el ejemplo de san Dionisio, apóstol de nuestra Francia, de san Sebastián, de san Mauricio y de otros, que pidieron digna sepultura.

Es, en fin, excelente medio para ser socorrido por su intercesión, pues al encontrarse en el estado de la caridad consumada, recompensan generosamente la veneración que les tributamos. Cuando honramos sus reliquias, excitan nuestra devoción con sus oraciones: ***presentan nuestras oraciones a Dios*** [4], y nos invitan a desear ser, como ellos, holocaustos vivos ante la faz del Señor.

MF 184,2,2 Adorad a Dios, que tan admirable es en sus santos; confundíos a los pies de su divina majestad y aprended a santificaros. ¡Desdichado quien, a pesar de tantos ejemplos de piedad, no desiste de apreciar sólo la vanidad!

MF 184,3,1 Punto III.

Los frutos que debemos obtener de la veneración de las sagradas reliquias son: primero, sentir especial estima y tener particulares sentimientos de piedad y de respeto por todas las sagradas reliquias; y, sobre todo, por aquellas cuyo traslado celebramos hoy; de manera que todo esto nos cause en nosotros profunda confianza en la intercesión de los santos, de quienes tenemos la suerte de conservar sus reliquias cerca de nosotros.

Segundo, hacernos santamente ambiciosos, a vista de los honores que Dios rinde a sus siervos. Estemos seguros de que quienes no se esfuerzan por ser muy amigos de Dios, por la fidelidad a sus gracias y la perseverancia en buscar únicamente su gloria y la salvación del alma, no merecen llevar el nombre de cristianos, y mucho menos el de religiosos y el de personas consagradas a Dios.

MF 184,3,2 ¡Qué ceguera pretender ser honrados con los santos en la otra vida y no vivir como los santos, teniendo sólo pensamientos terrenos, sin saber discernir lo precioso de lo vil, y buscando sólo los placeres y los honores del mundo!

¿No es cosa digna de extrañeza y de compasión al mismo tiempo, para nosotros, que *queremos ser partícipes de la feliz suerte de los santos* [5]? No procedamos así; dirijamos más bien nuestros pensamientos hacia el cielo, y que la vista de las sagradas reliquias nos sirva de motivo para incrementar y encender en nosotros el espíritu de martirio, el desprecio del mundo y amor ardiente a Nuestro Señor Jesucristo.

MF 184,1,1: [1] Sal 34,21. – [2] 1Co 6,15. – [3] 1Co 6,18. – **MF 184,2,1**: [4] Tb 12,12. – **MF 184,3,2**: [5] Sb 5,5.

188

MF 188

Meditación para la dedicación de la iglesia

Primer domingo de octubre; en el nuevo calendario no figura esta celebración en ese domingo

MF 188,1,1 Punto I.

Considerad que la costumbre de consagrar iglesias a Dios es muy santa y muy antigua; que una infinidad de tales santos lugares fueron edificados y consagrados por los apóstoles y por sus sucesores; y que, si bien Dios está en todas parte, por su inmensidad, está, sin embargo, de manera muy particular en los lugares que quiso se edificaran en su honor, como otros tantos tabernáculos donde *quiere habitar con los hombres* [1], y donde quiere que le adoren y le recen.

En esos sagrados lugares quiere que se realicen los actos más santos y se le tributen los más augustos homenajes de la religión. Por este motivo manda que se esté en ellos con respeto, y amenaza con *perder a quienes los profanen con sus irreverencias e inmodestias* [2].

Considerad, además, que se solemniza el día de la dedicación de las iglesias para reparar ante Dios todas las inconveniencias y los pecados que en ellas se hayan cometido durante todo el año; también para agradecerle todas las gracias que en ellas hemos recibido, y para renovar nuestra devoción y la veneración que debemos a la iglesia, que es llamada *la casa de Dios* [3].

MF 188,1,2 Examinad de qué manera os comportáis y con qué espíritu entráis en ella, y con qué disposiciones ofrecéis a Dios vuestras oraciones. ¿Lo hacéis con viva fe en la presencia de Dios y con verdadero sentimiento de respeto, como el que debéis a esta infinita majestad?

MF 188,2,1 Punto II.

Considerad que Jesucristo está verdadera y realmente en el Santísimo Sacramento, que se conserva en las iglesias. Por ello tenemos obligación, de manera más particular, de reconocer la presencia de Dios en esos santos lugares. Él mismo los ha escogido para que en ellos se le honre con especial culto, y en ellos se complace en comunicar sus gracias con mayor abundancia a quienes se las piden con sincera devoción.

Si en la antigua ley *había que temblar de temor y respeto al entrar en el Tabernáculo* [4], *donde estaban el Arca de la Alianza* [5] y *las Tablas de la Ley* [6], ¡con cuánta reverencia y anonadamiento propio tenemos que mantenernos nosotros en un lugar donde Dios se halla como sentado en trono de amor para concedernos misericordia, y donde es adorado continuamente por infinidad de ángeles, que consideran sumo honor permanecer en su presencia y tributarle sus homenajes!

MF 188,3,1 Punto III.

Considerad que lo que debe inspirar en nosotros mayor sentimiento de respeto y devoción en esos santos lugares es pensar que en ellos se complace Dios en otorgarnos sus gracias, con bondad y misericordia muy singulares.

Allí *el Padre bondadoso recibe al hijo pródigo con los brazos abiertos* [7], *el buen pastor devuelve al redil a la oveja perdida* [8], el afligido encuentra su consuelo y el enfermo su curación; allí el débil recibe nueva fuerza, y quien está tentado, nuevo socorro contra sus enemigos. Allí, en fin, Dios escucha favorablemente las oraciones que se le presentan, y se complace en colmar de gracias a los que acuden a su bondad.

MF 188,3,2 Reconozcamos todas estas verdades y formemos nueva resolución de comportarnos en las iglesias con tal respeto que seamos dignos de recibir y sentir en nosotros los efectos de su divina misericordia; y *consagremos nuevamente a Dios el templo de nuestro cuerpo y de nuestra alma* [9], sacrificándole nuestro corazón y todos nuestros deseos, después de recibirle devotamente en la sagrada comunión.

MF 188,1,1: [1] Ap 21,3. – [2] Cf. 1Co 3,17. – [3] Gn 28,17. – **MF 188,2,1**: [4] Lv 16,2. – [5] Ex 40,2-3. – [6] 2Cr 5,10. – **MF 188,3,1**: [7] Lc 15,20. – [8] Lc 15,4-6. – **MF 188,3,2**: [9] 1Co 6,19.

MA 301

301

Vida de san Yon, sacerdote y mártir

MA 301,1,1 El día veintidós del mes de septiembre, la iglesia celebra la fiesta de san Yon, sacerdote, martirizado en la localidad de Hurepoix, diócesis de París. La historia de su glorioso martirio fue relatada por un piadoso y antiguo autor del siglo IX, que la tomó de los mejores escritores de aquel tiempo.

MA 301,1,2 San Yon vivió en los primeros siglos de la Iglesia naciente. Acompañó a san Dionisio, primer obispo de París, cuando vino a Francia, y estuvo asociado a las labores de la misión evangélica. La elección que hizo de él este apóstol de Francia para ser ayudado en ministerio tan difícil y tan importante, supone en san Yon todas las cualidades necesarias a un excelente operario del Evangelio e incluso a un apóstol. Así se puede juzgar el celo que tuvo por la gloria de Dios en la propagación de la fe de Jesucristo; de la caridad que desarrolló para apartar a los idólatras de sus errores y de los vicios en que estaban sumidos, y para procurarles la salvación eterna; y sobre todo, el valor y la paciencia que empleó para superar los obstáculos y menospreciar los peligros, las injurias y las amenazas de los hombres.

La santidad de la vida de san Yon no contribuyó menos a la conversión de los paganos que sus predicaciones y milagros. Pues Dios le había hecho *poderoso en palabras y en obras* [1], que son las gracias que suele conceder a los primeros que envía a llevar la luz del Evangelio a los países que todavía *yacen bajo las tinieblas* del paganismo *y de la sombra de la muerte* [2].

MA 301,1,3 San Dionisio, después de ordenarle sacerdote, le empleó principalmente en la zona del territorio de París, que después se llamó país de Hurepoix, donde la diócesis de esta ciudad se junta con las de Sens y Chartres. El lugar principal y centro de la misión de san Yon fue la pequeña localidad de Châtres, junto al río Orge. Después de haber sembrado con mucho éxito la fe de Jesucristo, mereció

ver coronados sus trabajos con el martirio, que le vino después de la muerte de san Dionisio. Fue detenido por un oficial llamado Julián, siguiendo la orden recibida del gobernador de París, el mismo que hizo martirizar a san Luciano, en Beauvais, y a san Piat, en Tournay.

MA 301,1,4 El juez condenó a san Yon a ser decapitado, en virtud de los edictos de los emperadores contra los cristianos; ya fuera el que había hecho publicar el emperador Aureliano poco antes de su muerte, o bien el que Maximiano Hercúleo, compañero de Diocleciano, mandó publicar en las Galias al comienzo de su reinado, hacia el año 287. Sea como fuere, llevaron a san Yon para el suplicio al monte vecino, distante como una legua de Châtres, donde consumó su glorioso martirio el 5 de agosto, día señalado en las Actas como el de su muerte, porque en tal día se celebraba ya su fiesta cuando se compilaron, hacia finales del siglo IX o comienzos del siguiente.

También es el día que escogió la Iglesia de París para celebrarla, pero no se sabe qué indujo a los autores del martirologio romano, en el que se le llama Jonás, a ponerla el 22 de septiembre.

MA 301,1,5 Es tradición común en toda la región que habiendo sido san Yon decapitado en las proximidades del riachuelo Orge, que pasa por la localidad de Châtres, y estando levantado el patíbulo sobre un altozano, la cabeza del santo rodó hasta el río, y su cuerpo descendió y recogió la cabeza. Esto horrorizó en extremo tanto a los verdugos como a todos los asistentes.

Después de la muerte de san Yon, los fieles de Châtres acudieron al monte para recoger su cuerpo, y lo enterraron con honor cerca de las murallas de la ciudad. Allí estuvo en gran veneración, particularmente después de la paz concedida a la Iglesia en tiempos del emperador Constantino, y permaneció hasta que se le trasladó a Corbeil, otra localidad de la diócesis de París, junto al Sena, a cinco o seis leguas de Châtres. Parece, sin embargo, que sólo se trasladó una parte; y la que quedó en Châtres, que se conserva en una urna de plata colocada bajo el altar, según el uso antiguo, es tan considerable, que en el breviario de París pareció justo decir que el cuerpo de san Yon se sigue guardando en esta iglesia, sin mencionar la de Corbeil.

MA 301,1,6 No se conoce con precisión el tiempo en que se hizo este traslado, y en Corbeil se celebra el mismo día de su fiesta principal, esto es, el 5 de agosto. Sus reliquias se conservan aún en la iglesia de Nuestra Señora, que es la parroquia principal de la localidad. Lo que la tradición tiene por seguro sobre la traslación de las reliquias de san Yon a Corbeil-sur-Seine es que esta localidad sólo posee la cabeza del santo mártir, y que la consiguió de este modo: obraban las reliquias de san Yon grandes milagros, y particularmente su cabeza, que tenía la virtud de que cuando el río crecía mucho y se llenaba, con peligro de inundación, bastaba colocar la cabeza del santo cerca del río y en seguida las aguas descendían y volvían a su situación normal.

MA 301,1,7 Habiendo crecido extraordinariamente el río Sena y amenazando inundar toda la zona, el clero y los habitantes de Corbeil enviaron una delegación a los ediles de Châtres para conseguir de ellos que les enviasen la cabeza del santo, bajo promesa de devolvérsela con todo honor cuando se hubieran librado del peligro. Lo cual no quisieron otorgar sin valiosos rehenes. Visto lo cual por los

de Corbeil, usaron una estratagema para retener este precioso tesoro a perpetuidad dentro del recinto de sus murallas. Vistieron magníficamente a varios niños huérfanos y se los enviaron con gran pompa. Ante lo cual, los habitantes de Châtres entregaron la cabeza de san Yon, y retuvieron a estos niños, que pensaban que eran de los más notables de la villa.

Este precioso depósito hizo descender las aguas a su nivel ordinario, y el clero y el pueblo de Corbeil depositaron la santa reliquia con suma honra en su iglesia, y resolvieron no devolvérsela a los de Châtres; y a los delegados que acudieron para solicitar la devolución de la cabeza de san Yon, les dijeron que podían quedarse con los niños que tenían en prenda.

Y desde entonces ha permanecido en Corbeil, y ha obrado milagros muy grandes.

MA 301,1,8 El monte que él había consagrado con la efusión de su sangre, aunque privado de sus santos restos, no dejó de ser objeto de respeto y de veneración de las gentes, a quienes la devoción y la gratitud movieron a ir a honrar la memoria del santo mártir en el lugar mismo en que la tierra había recibido su sangre, como sello de las verdades que había predicado.

MA 301,1,9 Allí se construyó una iglesia en su honor, e incluso se estableció un monasterio, que con el transcurso del tiempo se ha visto reducido, como otros muchos, a simple priorado, que subsiste aún ahora con una parroquia.

La concurrencia del pueblo fue tan grande, que se formó incluso una barriada considerable, con algunas fortificaciones, llamadas de Hautefeuille, en las cuales el señor del lugar, hacia la época de Hugo Capeto, mantuvo una guarnición para su defensa.

Las guerras sobrevenidas después arruinaron el lugar, del que no queda más que una pequeña aldea, que lleva el nombre de San Yon, y cuyo señorío mantiene parte de los derechos, con el título de su antigua baronía.

MA 301,1,2: [1] Lc 24,19. – [2] Cf. Lc 1,79.

MA 303

303

Vida de san Casiano, obispo y mártir

MA 303,1,1 El día trece del mes de agosto la Iglesia honra la memoria de san Casiano, uno de los más ilustres mártires de Jesucristo que hayan sufrido bajo los emperadores paganos, el cual, siendo obispo de Brescia, sufragáneo del arzobispado de Milán, por su celo de la religión católica se hizo maestro de escuela en la ciudad de Imola, en Italia, situada en la Romaña, llamada en otro tiempo *Forum Cornelii*, del nombre de Cornelius Sylla, su fundador.

MA 303,1,2 El poeta Prudencio, que escribió la historia del santo, primero en verso y luego en prosa, la conoció a través de un cuadro que la representaba y del relato que le hizo un piadoso eclesiástico del lugar, cuando, por devoción, fue a visitar su tumba. Hela aquí en resumen.

San Casiano, habiendo sido expulsado de su sede episcopal a causa de la

persecución desatada bajo el emperador Juliano el Apóstata, se retiró a Imola. Pensaba que no podía ejercer mejor su celo que instruyendo a la juventud, y, a fin de comunicar a los niños, junto con las ciencias, los principios de la religión y de la fe de Jesucristo, les enseñaba los rudimentos de las letras, es decir, a leer y escribir. Se lo enseñaba particularmente en notas, que servían para expresar varias cosas con un solo signo, con el fin de escribir tan deprisa como se puede hablar, método muy en boga en aquel tiempo.

MA 303,1,3 Habiendo sido denunciado este santo ante el juez de la ciudad, que alimentaba la misma pasión que el emperador apóstata, le hizo prender y conducirle ante él para obligarle a renunciar al culto del verdadero Dios y adorar a las falsas divinidades. Pero se negó a sacrificar a los ídolos, y el juez, irritado por su constancia, le condenó como sacrílego contra los dioses y violador de los edictos del emperador. El tirano pensó que no podía encontrar medio más adecuado para vengarse de él que entregarlo a sus escolares, que en su mayoría eran aún paganos.

MA 303,1,4 Se le condujo, pues, a su escuela, con las manos atadas a la espalda y sin vestidos. La multitud de niños se arrojó sobre él para complacer al juez, y tal vez para vengarse de algunos justos y necesarios castigos que podían haber recibido.

Algunos rompieron su tablilla de escribir sobre su cabeza; otros le punzaron con mil pinchazos con los estiletes de hierro, que eran como buriles o punzones, de los que se servían en aquella época para grabar en la madera o para escribir sobre cera.

De ese modo le hicieron morir poco a poco, con un martirio tanto más cruel y doloroso, cuanto que aquellos pequeños verdugos no podían quitarle la vida de una vez. Languideció en medio de los dolores, que se renovaban sin cesar, y que sólo acabaron cuando hubo perdido completamente toda su sangre, gota a gota. Lo que ocurrió el 13 de agosto, hacia el año 363. Todos los martirologios hacen memoria de san Casiano.

MA 303,1,5 Prudencio se encomendó a este santo para obtener feliz éxito en el viaje que iba a hacer a Roma. Y habiendo sido escuchados sus deseos, escribió la historia de su martirio, como se ha dicho, cuando regresó a España, que era su país natal.

La ciudad de Brescia le reconoce como su obispo, y la catedral de Imola lleva todavía hoy el nombre de san Casiano; y según una tradición muy antigua, se cree que su cuerpo reposa en ella, bajo el altar mayor.

7

Tercera Parte

MEDITACIONES
PARA LOS DÍAS DE RETIRO

MR

MEDITATIONS
POUR LE TEMS
DE LA RETRAITE,

A l'uſage de toutes les Perſonnes qui s'employent à l'éducation de la Jeuneſſe ; & particulierement pour la Retraite que font les Freres des Ecoles Chrétiennes pendant les Vacances.

Par Mr JEAN-BAPTISTE DE LA SALLE, *Docteur en Théologie, Inſtituteur des Fréres des Ecoles Chrétiennes.*



A ROUEN,

Chez ANTOINE LE PREVOST, Imprimeur-Libraire, ruë Saint Vivien.

Primera página de las «Meditaciones para el tiempo del Retiro», impresas hacia 1729

MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE RETIRO

Para uso de cuantas personas se dedican a la educación de la juventud, y particularmente para el retiro que los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen durante las vacaciones

193

MR 193

Primera meditación

Que Dios, por su Providencia, es quien ha establecido las Escuelas Cristianas

MR 193,1,1 Punto I.

Dios es tan bueno que, una vez creados por Él los hombres, *quiere que lleguen al conocimiento de la verdad* [1]. Esta verdad es Dios mismo y cuanto Él ha tenido a bien revelarnos, ya sea por Jesucristo, por los santos apóstoles o por su Iglesia. De ello quiere Dios que sean instruidos todos los hombres, para que sus mentes sean iluminadas con las luces de la fe.

Y como no se puede estar instruido en los misterios de nuestra santa religión si no se ha tenido la suerte de oírlos, y sólo se ha podido gozar de este beneficio por la predicación de la palabra de Dios –*¿pues cómo creerían los hombres,* dice el apóstol, *en aquel de quien no han oído hablar?, ¿y cómo oirán hablar, si no tienen a nadie que se lo anuncie?* **–** [2]; por ese motivo, Dios, *que difunde a través del ministerio de los hombres el olor de su doctrina por todo el mundo* [3], *y que ordenó que la luz surgiese de las tinieblas, ha iluminado Él mismo los corazones* de aquellos a quienes ha destinado a anunciar su palabra a los niños, *para que puedan iluminarlos descubriéndoles la gloria de Dios* [4].

MR 193,1,2 *Puesto que Dios, por su misericordia, os ha confiado tal ministerio, no alteréis en nada su palabra; antes bien, granjeaos, ante Él, la gloria de descubrir la verdad* [5] a aquellos de los que estáis encargados de instruir; y sea ése todo vuestro esfuerzo en las instrucciones que les dais, *considerándoos en esto como los ministros de Dios y los dispensadores de sus misterios* [6].

MR 193,2,1 Punto II.

Uno de los deberes principales de los padres y de las madres es educar a sus hijos cristianamente y enseñarles la religión.

Pero como la mayoría no están suficientemente ilustrados a este respecto, y como unos están ocupados en sus negocios temporales y en el cuidado de su familia, y otros viven en constante preocupación por ganar para sí mismos y para sus hijos lo necesario para la vida, no pueden dedicarse a enseñarles lo

concerniente a los deberes del cristiano.

MR 193,2,2 Corresponde, pues, a la providencia de Dios y a su vigilancia sobre la conducta de los hombres, sustituir a los padres y a las madres con personas que tengan luces suficientes y celo para lograr que los niños lleguen al conocimiento de Dios y de sus misterios; y que se impongan todo el cuidado y toda la aplicación posible para *asentar* en el corazón de los niños, muchos de los cuales quedarían abandonados, *el cimiento* de la religión y de la piedad cristiana, *como buenos arquitectos, según la gracia* (de Jesucristo) *que Dios les ha dado* [7].

Vosotros, pues, a quienes Dios ha llamado a este ministerio, *emplead, según la gracia que os ha sido conferida, el don de instruir, enseñando, y el de exhortar, animando*, a aquellos que han sido confiados a vuestros cuidados, *guiándolos con atención y vigilancia* [8], con el fin de cumplir con ellos el deber principal de los padres y de las madres para con sus hijos.

MR 193,3,1 Punto III.

Dios no sólo *quiere que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad, sino que quiere que todos se salven* [9]; pero no puede quererlo verdaderamente si no les da los medios para ello y, en consecuencia, si no proporciona a los niños maestros que contribuyan a la realización de tal designio para con ellos.

Ese es, dice san Pablo, *el campo que Dios cultiva y el edificio que construye*, y vosotros sois los que Él ha escogido *para ayudarle en esta obra, anunciando* a esos niños *el Evangelio de su Hijo* [10] y las verdades en él contenidas.

Por lo cual *debéis honrar vuestro ministerio, procurando salvar a algunos* [11].

Pues ya que Dios, siguiendo la expresión del mismo apóstol, *os ha constituido ministros suyos para reconciliarlos con Él, y os ha confiado, para este fin, la palabra de reconciliación* para con ellos, exhortadles *como si Dios los exhortara por medio de vosotros*; porque os ha destinado a anunciar a estas jóvenes plantas *las verdades del Evangelio* [12] y procurarles medios de salvación adecuados a su capacidad.

MR 193,3,2 Enseñádselas, pero *no con palabras rebuscadas, no sea que la cruz de Jesucristo*, que es la fuente de nuestra santificación, *quede reducida a nada* [13], y que todo cuanto les digáis quede sin producir ningún fruto en su mente y en su corazón. Pues estos niños, que son sencillos, y la mayoría están faltos de educación, necesitan que quienes los ayudan a salvarse, lo hagan de forma tan sencilla, que todas las palabras que les digan sean claras y fáciles de comprender.

Sed, pues, fieles a este proceder, para que podáis contribuir, en la medida que Dios os lo exige, a la salvación de los que tenéis confiados.

MR 193,1,1: [1] 1Tm 2,4. – [2] Rm 10,14-17. – [3] 2Co 2,14. – [4] 2Co 4,6. – **MR 193,1,2**: [5] 2Co 4,1-2. – [6] 1Co 4,1. – **MR 193,2,2**: [7] 1Co 3,10. – [8] Rm 12,6-8. – **MR 193,3,1**: [9] 1Tm 2,4. – [10] 1Co 3,9. – [11] Rm 11,13-14. – [12] 2Co 5,18-20. – **MR 193,3,2**: [13] 1Co 1,17.

194

MR 194

Segunda meditación

Sobre los medios que han de utilizar los encargados de la educación de los niños para procurarles la santificación

MR 194,1,1 Punto I.

Considerad que es proceder harto común entre los artesanos y los pobres dejar a sus hijos que vivan a su antojo, como vagabundos, errantes de un lado para otro, mientras no pueden dedicarlos a alguna profesión; y no tienen ninguna preocupación por enviarlos a la escuela, ya a causa de su pobreza, que no les permite pagar a los maestros, ya porque, viéndose en la precisión de buscar trabajo fuera de sus casas, se encuentran como en la necesidad de abandonarlos. Sin embargo, las consecuencias de esto son desastrosas, pues esos pobres niños, acostumbrados durante años a llevar vida de holganza, tienen luego mucha dificultad para habituarse al trabajo. Además, como frecuentan las malas compañías, aprenden a cometer muchos pecados, que les resulta muy difícil abandonar en lo sucesivo, a causa de los malos y prolongados hábitos contraídos durante tan largo tiempo.

MR 194,1,2 Dios ha tenido la bondad de poner remedio a tan grave inconveniente con el establecimiento de las Escuelas Cristianas, en las que se enseña gratuitamente y sólo por la gloria de Dios. En ellas se recoge a los niños durante el día, y aprenden a leer, a escribir y la religión; y al estar, de ese modo, siempre ocupados, se encontrarán en disposición de dedicarse al trabajo cuando sus padres decidan emplearlos.

Agradeced a Dios que haya tenido la bondad de servirse de vosotros para procurar a los niños tan grandes beneficios, y sed fieles y exactos a desempeñarlo sin recibir remuneración alguna, para que podáis decir con san Pablo: *el motivo de mi consuelo es anunciar el Evangelio gratuitamente, sin que les cueste nada a los que me escuchan* [1].

MR 194,2,1 Punto II.

No basta que los niños permanezcan recogidos en la escuela durante la mayor parte del día y que en ella estén ocupados; es necesario además que quienes les han sido dados para instruirlos se apliquen particularmente a educarlos en el espíritu del cristianismo, que les da *la sabiduría de Dios, que ningún príncipe de este mundo ha conocido* [2], y que es totalmente opuesta al espíritu y a la sabiduría del mundo, hacia la cual se les debe inspirar sumo horror, porque sirve para encubrir el pecado. Nunca se hará demasiado por alejarlos de tan grave mal, como de lo único que puede hacerlos desagradables a Dios.

MR 194,2,2 Es, pues, necesario que vuestro primer cuidado y el primer efecto de vuestra vigilancia en el empleo sea estar siempre atentos a ellos, para impedir que realicen alguna acción no ya mala, sino inconveniente, por poco que sea, logrando que se abstengan de todo lo que presente la mínima apariencia de pecado.

También es muy importante que vuestra vigilancia sobre ellos sirva para que sean modestos y recatados en la iglesia y en los ejercicios de piedad que se

tienen en clase, pues *la piedad es útil para todo* [3] y da mucha facilidad para evitar el pecado y para practicar otros actos de virtud, por las numerosas gracias que atrae sobre quienes la poseen.
¿Procedéis así con vuestros alumnos? Adoptad estas prácticas en lo sucesivo si en el pasado no habéis sido suficientemente fieles a ellas.

MR 194,3,1 Punto III.
Para mover a los niños que instruís a adquirir el espíritu del cristianismo, debéis enseñarles las verdades prácticas de la fe de Jesucristo y las máximas del Santo Evangelio, con tanto cuidado, al menos, como las verdades de mera especulación.
Es cierto que hay cierto número de éstas que es absolutamente necesario conocer para salvarse; ¿pero de qué serviría conocerlas si no se preocupa uno del bien que debe practicar? ***Pues la fe sin las buenas obras,*** dice Santiago, ***está muerta*** [4]. Y como dice san Pablo, ***aun cuando comprendiera yo todos los misterios y poseyera toda la ciencia y toda la fe, de forma que transportase montañas de un lugar a otro, si no tengo caridad,*** es decir, la gracia santificante, ***no soy nada*** [5].

MR 194,3,2 Por consiguiente, ¿ponéis vuestro principal cuidado en instruir a vuestros discípulos en las máximas del Santo Evangelio y en las prácticas de las virtudes cristianas? ¿No tomáis nada tan a pechos como lograr que se aficionen a ellas? ¿Consideráis el bien que intentáis hacerles como el cimiento de todo el bien que ellos practicarán posteriormente en su vida? Los hábitos virtuosos que se han cultivado en sí mismo durante la juventud, al hallar menos obstáculos en la naturaleza corrompida, echan raíces más profundas en los corazones de quienes se han formado en ellos.
Si queréis que sean provechosas las instrucciones que dais a los que tenéis que instruir, para llevarlos a la práctica del bien, es preciso que las practiquéis vosotros mismos, y que estéis bien inflamados de celo, para que puedan recibir la comunicación de las gracias que hay en vosotros para obrar el bien; y que vuestro celo atraiga a vosotros el Espíritu de Dios para animarlos a ello.

MR 194,1,2: [1] 1Co 9,18. – **MR 194,2,1**: [2] 1Co 2,7-8. – **MR 194,2,2**: [3] 1Tm 4,8. – **MR 194,3,1**: [4] St 2,17. – [5] 1Co 13,2.

195

MR 195

Tercera meditación

Que quienes instruyen a la juventud son cooperadores de Jesucristo en la salvación de las almas

MR 195,1,1 Punto I.
Aunque Jesucristo haya muerto por todos los hombres, el fruto de su muerte no es, sin embargo, eficaz en todos, ya que no todos se preocupan de aplicárselo. Para que lo sea, se necesita por nuestra parte la correspondencia de la voluntad. Pues aunque la muerte de Jesucristo haya sido más que suficiente para borrar

los pecados de todos los hombres, y para satisfacer por ellos completamente, ya que *Dios nos ha reconciliado con Él por medio de Jesucristo* [1], con todo, nos corresponde a nosotros acabar y consumar la obra de nuestra redención, puesto que las gracias que Él nos mereció no llegan a ser eficaces para nuestra salvación sino en la medida en que nuestra voluntad se decide a corresponder a ellas.

MR 195,1,2 Por eso dice muy bien san Pablo, hablando de sí mismo: *suplo lo que falta a la pasión de Jesucristo* [2]. ¿Faltó, acaso, algo en ella? Nada, sin duda, por parte de Jesucristo; pero por parte del santo apóstol, igual que de todos los demás hombres, lo que faltaba era la aceptación de su voluntad, la unión de sus padecimientos a los de Jesucristo, en cuanto miembro suyo que padece en Él y por Él.

Puesto que tenéis obligación de ayudar a vuestros discípulos a salvarse, tenéis que inducirlos a que unan todas sus acciones a las de Jesucristo Nuestro Señor, para que santificadas por sus méritos y por su unción, puedan ser agradables a Dios y medios de salvación para ellos.

Así es como debéis enseñarles a aprovechar de la muerte de Jesucristo Nuestro Señor, para que el fruto y los méritos de ésta resulten eficaces en ellos.

MR 195,2,1 Punto II.

Como sois los embajadores y los ministros de Jesucristo en el empleo que ejercéis, tenéis que desempeñarlo como representando al mismo Jesucristo. Es Él quien quiere que vuestros discípulos os miren como a Él mismo, y que reciban vuestras instrucciones *como si fuera Él mismo quien se las diera* [3]; y deben estar persuadidos de que es la verdad de Jesucristo la que habla por vuestra boca, que sólo en nombre suyo les enseñáis, que Él es quien os da autoridad sobre ellos, y *que son ellos mismos la carta que Él os dicta y que escribís cada día en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo* [4], que actúa en vosotros y por vosotros, por la virtud de Jesucristo. Ésta os hace triunfar de cuantos obstáculos se oponen a la salvación de esos niños, *iluminándolos en la persona de Jesucristo* [5] para que eviten todo lo que le puede desagradar.

MR 195,2,2 Para cumplir este deber con tanta perfección y exactitud como Dios exige de vosotros, entregaos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor, a fin de no obrar en esto sino por Él, y que vuestro propio espíritu no tenga en ello participación alguna. Y que de ese modo, difundiéndose sobre ellos el Espíritu Santo, puedan poseer plenamente el espíritu del cristianismo.

MR 195,3,1 Punto III.

Todos vuestros cuidados con los niños que os están confiados serían inútiles si Jesucristo mismo no les comunicara la virtud, la fuerza y la eficacia que necesitan para llegar a ser de provecho; igual que *el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo*, dice Nuestro Señor, *si no está unido a la cepa, del mismo modo no podréis vosotros darlo si no permanecéis en mí*.

La gloria de mi Padre consiste en que llevéis mucho fruto y que seáis mis discípulos [6]. Lo que dijo Jesucristo a sus santos apóstoles os lo dice también a

vosotros, para daros a entender que todo el fruto que podáis producir en vuestro empleo, en relación con aquellos que os están confiados, no será ni verdadero ni eficaz sino en la medida en que Jesucristo lo bendiga y vosotros permanezcáis en Él; igual que el sarmiento, que no puede producir fruto sino en cuanto permanece unido a la cepa, de la que obtiene la savia y el vigor, y eso es lo que también origina toda la bondad del fruto.

Con esta comparación, Jesucristo quiere daros a entender que cuanto más animado esté por Él lo que realizáis por el bien de vuestros discípulos, y cuanto más saque de Él su virtud, tanto más fruto producirá también en ellos.

MR 195,3,2 Por eso tenéis que pedirle mucho que todas las instrucciones que les deis, estén animadas por su Espíritu, y que reciban de Él todas sus fuerzas; para que así como es Él quien *ilumina a todo hombre que viene al mundo* [7], sea también quien ilumine su espíritu y les mueva a amar y practicar el bien que les enseñéis.

MR 195,1,1: [1] 2Co 5,18. – **MR 195,1,2**: [2] Col 1,24. – **MR 195,2,1**: [3] 2Co 5,20. – [4] 2Co 3,3. – [5] 2Co 4,6. – **MR 195,3,1**: [6] Jn 15,4-8. – **MR 195,3,2**: [7] Jn 1,9.

196

MR 196

Cuarta meditación

Lo que debe hacerse para ser verdaderos cooperadores de Jesucristo en la salvación de los niños

MR 196,1,1 Punto I.

Estad bien persuadidos de lo que dice san Pablo, que *vosotros plantáis y regáis, pero que es Dios quien*, por medio de Jesucristo, *da el crecimiento* [1] y la perfección a vuestra obra.

Así, cuando os suceda encontrar alguna dificultad en la dirección de vuestros discípulos –pues habrá algunos que no aprovechen vuestras instrucciones y en quienes notéis cierto espíritu de libertinaje–, recurrid sin titubear a Dios, y pedid insistentemente a Jesucristo que os anime con su Espíritu, puesto que os ha escogido *para realizar su obra* [2].

MR 196,1,2 Mirad a Jesucristo como al buen pastor del Evangelio, *que busca a la oveja perdida, la pone sobre sus hombros y se la lleva* [3] para devolverla al redil; y como vosotros ocupáis su lugar, consideraos obligados a hacer lo mismo, y pedidle las gracias necesarias para lograr la conversión de sus corazones.

Así, pues, si queréis tener éxito en vuestro ministerio, debéis aplicaros mucho a la oración, presentando constantemente a Jesucristo las necesidades de vuestros discípulos, exponiéndole las dificultades que hayáis encontrado en su dirección. Jesucristo, al ver que lo miráis en vuestro empleo como a quien todo lo puede, y a vosotros como al instrumento que debe moverse sólo por Él, no dejará de concederos lo que le pidáis.

MR 196,2,1 Punto II.

Jesucristo, hablando a sus apóstoles, les decía que ***les había dado ejemplo, para que hiciesen como había hecho Él mismo*** [4]. Quiso que sus discípulos le acompañasen en todas las conversiones que realizó, para que viendo la manera como Él procedía, pudieran regularse y acomodarse a su conducta en todo lo que habrían de hacer para ganar las almas para Dios.

Eso es también lo que debéis hacer vosotros, a quienes Jesucristo escogió entre otros muchos ***para ser sus cooperadores*** [5] en la salvación de las almas. Al leer el Evangelio debéis fijaros en la forma y en los medios de que Él se sirvió para llevar a sus discípulos a la práctica de las verdades del Evangelio; unas veces, proponiéndoles como bienaventuranza todo lo que horroriza al mundo, como ***la pobreza,*** las injurias, ***las afrentas, las calumnias y toda clase de persecuciones por la justicia;*** diciéndoles incluso ***que deberían desbordar de gozo*** [6] cuando tales cosas les sucedieren;

MR 196,2,2 otras veces, inspirándoles horror a los pecados en que suelen caer los hombres; o bien, proponiéndoles ciertas virtudes que practicar, como ***la dulzura, la humildad*** [7], y otras así.

Otras veces les daba a entender que ***si su justicia no era mayor que la de los escribas y fariseos (que no se preocupaban sino de lo externo*** [8]***), no entrarían en el reino de los cielos*** [9].

Por fin, quería que en su espíritu considerasen como ***malaventurados a los ricos y a cuantos hallan en este mundo sus delicias*** [10].

De acuerdo con estas prácticas, y todas las demás de Jesucristo, es como vosotros debéis enseñar a la juventud cristiana que os está confiada.

MR 196,3,1 Punto III.

Para desempeñar debidamente vuestro ministerio, no os bastaría ejercer vuestras funciones con los niños y conformaros sólo a Jesucristo en su proceder y en la conversión de las almas, si además no os pusierais en sus miras e intenciones.

Él no vino a la tierra, como dice Él mismo, ***sino para que los hombres tuviesen vida, y la tuviesen en abundancia*** [11]. Por eso dijo en otro lugar que ***sus palabras son espíritu y vida*** [12], es decir, que procuran la vida verdadera, que es la del alma, a quienes las escuchan, y después de oírlas gustosos, las practican con amor. Esa debe ser también vuestra intención cuando instruís a vuestros discípulos, procurar que vivan vida cristiana y que vuestras palabras sean para ellos espíritu y vida.

Primero, porque las producirá el Espíritu de Dios, que habita en vosotros.

Segundo, porque les procurarán el espíritu cristiano; y poseyendo este espíritu, que es el espíritu del mismo Jesucristo, vivirán esa vida verdadera, que es tan provechosa para el hombre que le guía con seguridad a la vida eterna.

MR 196,3,2 Preservaos de cualquier mira humana con ellos y de gloriaros por lo que hacéis, pues estas dos cosas son capaces de corromper cuanto hubiere de bueno en el ejercicio de vuestras funciones. En efecto, ***¿qué tenéis vosotros a este respecto que no os haya sido dado?*** Y si os ha sido dado, ***¿por qué gloriaros como si lo tuvieseis de vosotros mismos*** [13]?

Tened, pues, en vuestro empleo intenciones totalmente puras, como las del

mismo Jesucristo, y por ese medio atraeréis sus bendiciones y sus gracias sobre vosotros y sobre vuestros trabajos.

MR 196,1,1: [1] 1Co,3,6. – [2] 1Co 3,9. – **MR 196,1,2**: [3] Lc 15,4-5. – [4] Jn 13,15. – [5] 1Co 3,9. – [6] Mt 5,3.10-12. – **MR 196,2,2**: [7] Mt 11,29. – [8] Mt 23,25. – [9] Mt 5,20. – [10] Lc 6,24. – **MR 196,3,1**: [11] Jn 10,10. – [12] Jn 6,64. – **MR 196,3,2**: [13] 1Co 4,7.

197

MR 197

Quinta meditación

Que los elegidos por la Providencia para educar a los niños deben ejercer con éstos las funciones de ángeles custodios en su empleo

MR 197,1,1 Punto I.

Puede decirse que los niños, al nacer, son como una masa de carne, y que en ellos el espíritu se va desprendiendo de la materia sólo con el tiempo, y afinándose poco a poco; como consecuencia necesaria, aquellos que de manera habitual se educan en las escuelas no están aún en condiciones de concebir fácilmente por sí mismos las verdades y las máximas cristianas, y necesitan, por lo tanto, buenos guías y ángeles visibles que se las enseñen.

Los ángeles tienen sobre los hombres la ventaja de que están desprendidos del cuerpo y de todas las funciones de los sentidos, sin las cuales actúa raramente el espíritu del hombre. Poseen luces muy superiores a las de los hombres y, en consecuencia, pueden contribuir en gran manera a que las luces de los hombres sean mucho más puras de cuanto pudieran serlo de acuerdo con las posibilidades del espíritu humano; ya que los ángeles que los guían los hacen partícipes de sus luces y del conocimiento que poseen del verdadero bien.

MR 197,1,2 Gracias a esta comunicación de luces de los ángeles custodios, los hombres pueden tener conocimiento más claro de Dios y de sus perfecciones, de cuanto le concierne, y de los medios de llegarse a Él.

Si es esto verdadero respecto de todos los hombres, lo es incomparablemente más respecto de los niños, que al tener un espíritu más rudo, porque está menos desprendido de los sentidos y de la materia, necesitan que se les expliquen las verdades cristianas ocultas a la mente humana, de manera más sensible y adecuada a la rudeza de su espíritu; sin lo cual, a menudo permanecen toda su vida rudos e insensibles *respecto de las cosas de Dios e incapaces de entenderlas y gustarlas* [1]. A esto ha provisto la bondad de Dios, dando a los niños maestros que les instruyan en todo ello.

Admirad la bondad de Dios, que provee a todas las necesidades de sus criaturas, y los medios que toma para procurar a los hombres el conocimiento del verdadero bien, que es el que mira a la salvación de sus almas. Ofreceos a Él para ayudar en ello a los niños que tenéis encomendados tanto como lo exija de vosotros.

MR 197,2,1 Punto II.

No es suficiente, para salvarse, estar instruido en las verdades cristianas que

son puramente especulativas, pues, como ya hemos dicho, ***la fe sin obras está muerta*** [2], es decir, que es como cuerpo sin alma, y en consecuencia, no es suficiente para ayudarnos a conseguir la salvación.

Por tanto, no basta procurar a los niños el espíritu del cristianismo y enseñarles los misterios y las verdades especulativas de nuestra religión. Se necesita, además, que les deis a conocer las máximas prácticas que están diseminadas por el Santo Evangelio.

Mas, como su espíritu no tiene aún el vigor suficiente para que las conciban y practiquen por sí mismos, tenéis que servirles de ángeles visibles en estas dos cosas.

1. Hacer que entiendan esas máximas, tal como se proponen en el Santo Evangelio.

2. Dirigir sus pasos por el camino que los lleve a la práctica de estas mismas máximas.

MR 197,2,2 Por ese motivo necesitan ángeles visibles que les animen a gustarlas y practicarlas, tanto por medio de sus instrucciones, como por sus buenos ejemplos, a fin de que con estos dos medios, estas santas máximas dejen fuerte huella en sus mentes y en sus corazones.

Tal es la función que debéis ejercer con vuestros discípulos. Es deber vuestro proceder de tal forma que, como hacen los ángeles custodios con vosotros, los comprometáis a practicar las máximas del Santo Evangelio; y les proporcionéis, para conseguirlo, medios para ello, fáciles y adecuados a su edad; de modo que habiéndose acostumbrado insensiblemente a ellas en su infancia, puedan tener adquirido, cuando sean mayores, como cierto hábito, y así ponerlas por obra sin mucha dificultad.

MR 197,3,1 Punto III.

Se encuentran en esta vida tantos obstáculos para la salvación, que es imposible evitarlos si se queda abandonado uno a sí mismo y a la propia dirección.

Por este motivo os ha dado Dios ángeles custodios, para velar por vosotros e impedir que, como dice el profeta, ***caigáis por haber dado contra alguna piedra*** [3], es decir, contra cualquier obstáculo que podáis encontrar para vuestra salvación; y para que os inspiren y os ayuden a alejaros del camino en que pudierais encontrarlos.

Como es mucho más fácil que los niños caigan en algún precipicio, porque son débiles tanto de espíritu como de cuerpo, y tienen pocas luces para el bien, necesitan, para conducirlos por el camino de la salvación, las luces de algunos guías vigilantes, que posean suficiente comprensión de las cosas relativas a la piedad y conocimiento de las faltas corrientes entre los jóvenes, para dárselas a conocer y preservarlos de ellas.

Dios ha provisto a esa necesidad dando a los niños maestros, a quienes confía ese cuidado, y ***a quienes ha dado suficiente atención y vigilancia sobre ellos*** [4], no sólo para que no consientan que se apodere de su corazón algo que pueda perjudicar su salvación, sino también para que les guíen en medio de cuantos peligros se hallan en el mundo; de manera que, bajo la dirección de guías tan atentos, y con la protección de Dios, el demonio no se atreva a acercarse a ellos.

MR 197,3,2 Pedid hoy a Dios la gracia de velar de tal manera sobre los niños que tenéis confiados, que toméis todas las precauciones posibles para preservarlos de caídas importantes, y que seáis tan buenos guías para con ellos, que las luces que os sean concedidas por el auxilio de Dios y por la fidelidad en cumplir bien vuestro empleo, os permitan prever tan oportunamente cuanto pueda ser obstáculo al bien de sus almas, que alejéis del camino de su salvación todo lo que pudiera perjudicarlos.

Ese es el principal cuidado que debéis tener para con ellos, y la razón principal por la cual os ha encargado Dios de ministerio tan santo; y de ello os exigirá cuenta muy exacta el día del juicio.

MR 197,1,2: [1] 1Co 2,14. – **MR 197,2,1**: [2] St 2,17. – **MR 197,3,1**: [3] Sal 91,12. – [4] Cf. Rm 12,8.

198

MR 198

Sexta meditación

De cómo se ejerce en la educación de la juventud la función de ángel custodio

MR 198,1,1 Punto I.

Por ser los ángeles tan esclarecidos y conocer el bien tal como es, se sirve Dios de ellos *para darlo a conocer, junto con el secreto de su santa voluntad, a quienes predestinó para ser sus hijos adoptivos en Jesucristo, y que, por Él, llamó a ser sus herederos* [1]; ellos les enseñan cuanto deben hacer para conseguirlo, por medio de las luces que les comunican acerca del bien que les conviene practicar.

Esto es lo que se prefiguraba en la escala que Jacob vio en sueños cuando iba a Mesopotamia, en la cual había ángeles que subían y que bajaban [2]. Aquellos ángeles subían a Dios para darle a conocer las necesidades de los que tenían a su cargo, y para recibir las órdenes referentes a ellos; y descendían para descubrir a los que guiaban cuál era la voluntad de Dios en lo tocante a su salvación.

MR 198,1,2 De igual modo habéis de proceder vosotros con los niños que están confiados a vuestros cuidados. Vuestro deber es subir todos los días a Dios por la oración, para aprender de Él todo cuanto debéis enseñarles, y descender luego hasta ellos, acomodándoos a su capacidad, para instruirlos sobre lo que Dios os haya comunicado para ellos, tanto en la oración como en los libros sagrados, repletos de las verdades de la religión y de las máximas del Santo Evangelio.

Por tanto, no podéis ignorar ninguna de estas cosas; y no sólo en general, sino que es muy importante que conozcáis todas esas verdades de manera bastante amplia, para enseñárselas con claridad y por menudo a vuestros discípulos.

¿Habéis estudiado a fondo, hasta ahora, todas esas verdades y os habéis esforzado por grabarlas profundamente en el alma de esos niños? ¿Habéis considerado esta preocupación como la más importante en vuestro empleo?

Adoptad desde ahora los medios para hacer que vuestro principal cuidado sea instruir perfectamente en las verdades de la fe y en las máximas del Santo

Evangelio a aquellos que tenéis confiados.

MR 198,2,1 Punto II.

Los santos ángeles custodios no se limitan a iluminar la mente de los hombres cuyo gobierno tienen confiado, con las luces que necesitan para conocer la voluntad de Dios para con ellos y para salvarse; sino que les inspiran y facilitan los medios para obrar el bien que les conviene.

Dios no sólo se vale de ellos *para librar del poder de las tinieblas a quienes les confía, y hacerlos progresar en su conocimiento,* sino también *para ayudarles a vivir de manera digna de Dios*, de modo *que le sean en todo agradables y fructifiquen en todo tipo de buenas obras*; ellos, en virtud del encargo que han recibido de *Dios, Padre de las luces y de todo bien,* están llenos de celo por su bien; y contribuyen, en cuanto les es posible, *a hacerlos dignos de participar en la suerte de los santos* [3].

Vosotros, *en cuanto partícipes del ministerio de los ángeles custodios, dais a conocer a los niños las verdades del Evangelio, escogidos como habéis sido por Dios para anunciárselas* [4]. Por lo tanto, debéis enseñarles los medios para practicarlas, y tener sumo celo en procurar que las pongan por obra.

A imitación del gran apóstol, debéis conjurarlos *a que vivan de manera digna de Dios, ya que han sido llamados a su reino y a su gloria* [5]. Y vuestro celo en esto debe ir tan lejos que, para contribuir a ello, *estéis dispuestos a dar vuestra propia vida. ¡Hasta tal punto tenéis que querer* [6] a los niños de quienes estáis encargados!

MR 198,2,2 Es, pues, vuestro deber *reprender a los que están descarriados y* procurar *que renuncien a su vida pasada; alentar a los que desfallecen, soportar a los débiles y ser pacientes con todos* [7], para estar en condiciones de contener y moderar de tal forma *sus inclinaciones perversas*, y afianzarlos de tal modo en el bien, *que no den en ellos ninguna entrada al demonio* [8].

¿Es ése el proceder que habéis observado hasta ahora con vuestros discípulos? ¿Habéis hecho que practiquen el bien de manera adecuada a su edad? ¿Habéis cuidado de que tengan piedad, sobre todo durante las oraciones y en la iglesia, y que frecuenten los sacramentos?

Debéis velar mucho sobre ellos para procurarles la práctica del bien y el horror al pecado, que son dos medios muy útiles para ayudarlos a obrar su salvación.

MR 198,3,1 Punto III.

Si queréis desempeñar vuestro ministerio en calidad de ángeles custodios de los niños que tenéis que instruir, *para edificar por medio de ellos el cuerpo de Jesucristo, y hacerlos santos y perfectos* [9], debéis procurar inspirarles los mismos sentimientos y ponerlos en las mismas disposiciones que san Pablo procuraba inspirar a los efesios en la carta que les escribió.

1. *Que no contristen al Espíritu Santo de Dios, por el cual fueron marcados*, en el bautismo y en la confirmación, *como con un sello, para el día de la redención* [10].

MR 198,3,2 2. *Que renuncien a su vida pasada;* y vosotros seríais dignos de reprensión si no los comprometéis a ello; *por lo cual,* tenéis que inducirlos, con el mismo

celo, a *que renuncien a la mentira, y a que digan siempre la verdad cuando hablan con su prójimo* [11].

3. *Que sean mansos y bondadosos los unos con los otros, perdonándose mutuamente como Dios los perdonó por Jesucristo* [12]. *Y que se amen unos a otros como los amó Jesucristo* [13].

¿Es así como habéis instruido hasta ahora a vuestros discípulos? ¿Son ésas las máximas que les habéis inspirado? ¿Habéis tenido suficiente vigilancia sobre ellos y celo suficientemente ardoroso para hacérselas practicar?

Poned todo vuestro esfuerzo en ser fieles a ello en lo sucesivo.

MR 198,1,1: [1] Ef 1,5.9.11. – [2] Gn 28,12. – **MR 198,2,1**: [3] Col 1,10-13. – [4] 1Ts 2,4. – [5] 1Ts 2,12. – [6] 1Ts 2,8. – **MR 198,2,2**: [7] 1Ts 5,14. – [8] Ef 4,22.27. – **MR 198,3,1**: [9] Ef 4,12. – [10] Ef 4,30. – **MR 198,3,2**: [11] Ef 4,22.25. – [12] Ef 4,32. – [13] Ef 5,2.

199

MR 199

Séptima meditación

Que el cuidado de instruir a la juventud constituye uno de los empleos más necesarios en la Iglesia

MR 199,1,1 Punto I.

Dios, *que escogió y destinó a san Pablo para predicar el Evangelio a las naciones*, como él mismo dice, *le otorgó tal conocimiento de los misterios de Jesucristo* [1], que le puso en condiciones de *echar, cual perito arquitecto, los cimientos del edificio* de la fe y de la religión, elevado por Dios en las ciudades donde *él anunciaba el Evangelio, según la gracia que Dios le había concedido* [2]; y fue el primero de todos en anunciarlo en aquellos lugares. Por lo cual, dice con toda exactitud que aquellos a quienes anunció el Evangelio *son obra suya y que los ha engendrado en Jesucristo* [3].

Sin compararos con este insigne santo, vosotros podéis decir, guardando la proporción existente entre vuestro empleo y el suyo, que hacéis lo mismo, y que en vuestra profesión ejercéis el mismo ministerio.

Por eso debéis considerar vuestro empleo como una de las funciones más importantes y más necesarias en la Iglesia, de la que estáis encargados de parte de los pastores y de los padres y madres.

MR 199,1,2 Instruir a los niños en el misterio de la Santísima Trinidad, y en los que Jesucristo realizó cuando estaba sobre la tierra, es lo que se llama *echar los cimientos del edificio de la Iglesia* [4]; y puesto que, según san Pablo, sin la fe es imposible agradar a Dios, y por consiguiente, salvarse y llegar a la patria celestial –*ya que la fe es el fundamento de la esperanza que tenemos* [5]–, síguese que el conocimiento que cada uno debe tener de ella y la instrucción que de ella se ha de dar a quienes ignoran cuanto a ella concierne, es una de las cosas más importantes en nuestra religión.

Siendo esto así, cuán honrados por la Iglesia os debéis considerar, ya que os ha destinado a empleo tan santo y excelente, y os ha escogido para transmitir a los niños el conocimiento de nuestra religión y el espíritu del cristianismo.

Pedid a Dios que os haga dignos de ejercer tal ministerio de manera digna de Él.

MR 199,2,1 Punto II.

Lo que prueba la importancia de esta función es que los santos obispos de la primitiva Iglesia la consideraban como su principal deber, y tenían a honra instruir a los catecúmenos y a los nuevos cristianos, y explicarles el catecismo.

San Cirilo, patriarca de Jerusalén, y san Agustín han dejado por escrito los catecismos que ellos mismos enseñaban y que mandaban enseñar a los sacerdotes que les ayudaban en sus funciones pastorales. Y san Jerónimo, cuya ciencia era tan profunda, manifiesta en su epístola a Leta que consideraba como mayor honor catequizar a un niño pequeño que ser preceptor de un insigne emperador. Gerson, gran canciller de la Universidad de París, estimó tanto esta función, que él mismo la ejerció.

La razón de que estos eminentes santos procedieran así es que fue la primera función que Jesucristo encomendó a sus santos apóstoles, de quienes refiere san Lucas que en cuanto Él los escogió *los envió a predicar el Reino de Dios* [6]. Es también la que les recomendó de forma muy expresa, inmediatamente antes de dejarles, cuando les dijo: ***Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*** [7].

MR 199,2,2 Eso fue lo primero que hizo san Pedro en el templo de Jerusalén después de la venida del Espíritu Santo, y lo que fue causa que, de inmediato, tres mil personas comenzaran a abrazar la fe de Jesucristo [8].

Fue también el principal empleo que tuvo san Pablo, como se ve por sus discursos en el Areópago y por los que dirigió a Félix y Festo, relatados en los Hechos de los Apóstoles. Y a los corintios, incluso, les manifiesta lo mucho que sentiría ir a ellos y no serles útil instruyéndolos y catequizándolos [9].

Pero Jesucristo no se limitó a encomendar a sus apóstoles el empleo de catequizar; lo practicó Él mismo, y enseñó las principales verdades de nuestra religión, como se recoge en numerosos pasajes de su Evangelio, en los que dice a los apóstoles: ***Es preciso que yo anuncie el Evangelio del Reino de Dios, pues para eso fui enviado*** [10].

Decid vosotros, igualmente, que para esto os ha enviado Jesucristo y os emplea la Iglesia, de la que sois ministros. Poned, por tanto, todo el esmero necesario en desempeñar esta función con tanto celo y éxito como la ejercieron los santos.

MR 199,3,1 Punto III.

No hay que extrañarse de que los primeros obispos de la Iglesia naciente y los apóstoles estimaran tanto la función de instruir a los catecúmenos y a los nuevos cristianos, y de que san Pablo, en particular, se gloriase ***de que fue enviado a predicar el Evangelio, no con palabras rebuscadas, por temor a que la cruz de Jesucristo fuera reducida a nada; pues Dios ha cambiado la sabiduría del mundo en locura; ya que el mundo,*** dice, ***iluminado con la sabiduría y con las luces divinas, no reconoció a Dios por medio de la sabiduría; por eso plugo a Dios salvar por medio de la locura de la predicación del Evangelio a quienes recibieran la fe*** [11].

La razón que da es que *se le había revelado el misterio de Dios y que había recibido la gracia de desvelar a las naciones las riquezas insondables de Jesucristo* [12]; por lo cual, quienes estaban antes privados de Jesucristo, y eran extraños a las alianzas con Dios y no tenían esperanza en sus promesas, al pertenecer después a Jesucristo, *ya no eran extraños, sino que se habían convertido en conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, y formaban el edificio construido sobre el cimiento de los apóstoles, y levantado por Jesucristo; con lo que han llegado a ser el santuario donde reside Dios por medio del Espíritu Santo* [13].

MR 199,3,2 Ése es el fruto que han producido en la Iglesia, con sus instrucciones, después de los santos apóstoles, los grandes obispos y pastores de la Iglesia, que se dedicaron a instruir a los que deseaban ser cristianos; y ésa era la causa de que tuvieran tal empleo en tanta estima y de que se entregasen a él con tanta diligencia.

Eso es también lo que debe impulsaros a estimar muy particularmente la instrucción y la educación cristiana de los niños, porque es un medio para lograr que lleguen a ser verdaderos hijos de Dios y ciudadanos del cielo, y constituye, propiamente, la base y el apoyo de su piedad y de todos los demás bienes que se realizan en la Iglesia.

Agradeced a Dios la merced que os ha hecho en vuestro empleo, al participar en el ministerio de los santos apóstoles y de los principales obispos y pastores de la Iglesia. *Honrad vuestro ministerio* [14], haciéndoos, como dice san Pablo, *dignos ministros del Nuevo Testamento* [15].

MR 199,1,1: [1] Ga 1,15-16. – [2] 1Co 3,9-10. – [3] 1Co 9,1. – **MR 199,1,2**: [4] Ef 2,22. – [5] Hb 11,1-6. – **MR 199,2,1**: [6] Lc 9,1-2. – [7] Mt 28,19. – **MR 199,2,2**: [8] Hch 2,14-40. – [9] Hch 17,22-31; 24,10-21.25-26; cf. 1Co 9,16-23; 2Co 12,14-15. [10] Lc 4,43. – **MR 199,3,1**: [11] 1Co 1,17-21. – [12] Ef 3,3.8. – [13] Ef 2,12.19-20.22. – **MR 199,3,2**: [14] Rm 11,13. – [15] 2Co 3,6.

200

MR 200

Octava meditación

De lo que debe hacerse para lograr que vuestro ministerio sea útil a la Iglesia

MR 200,1,1 Punto I.

Considerad que puesto que en vuestro empleo tenéis que trabajar en *el edificio de la Iglesia, sobre el cimiento que pusieron los santos apóstoles*, instruyendo a los niños que Dios ha confiado a vuestros cuidados, de modo que *formen parte de la estructura de ese edificio* [1], es preciso que ejerzáis vuestro empleo como cumplieron los apóstoles su ministerio.

De ellos se dice en los Hechos de los Apóstoles que *no cesaban de enseñar cada día y de anunciar a Jesucristo en el templo y en las casas* [2], por lo cual *el Señor incrementaba todos los días el número de fieles y la unión de los que se salvaban* [3].

El mismo celo que tenían los santos apóstoles por anunciar la doctrina de Jesucristo, al aumentar el número de discípulos, les movió a elegir siete diáconos para distribuir a los fieles las limosnas y cuanto necesitaran. Tanto era el temor de aquellos santos apóstoles a encontrar obstáculos que pudieran apartarlos de la predicación de la palabra de Dios [4].

MR 200,1,2 Si los santos apóstoles procedieron de ese modo, es porque Jesucristo les había dado ejemplo; de Él se dice, en efecto, que *enseñaba todos los días en el templo, donde todo el pueblo lo escuchaba con atención* [5]; *y, al llegar la noche, salía para ir a orar al Monte de los Olivos* [6].

Así, pues, vosotros, que habéis sucedido a los apóstoles en su empleo de catequizar e instruir a los pobres, si queréis que vuestro ministerio sea tan útil a la Iglesia como puede serlo, debéis darles el catecismo todos los días, enseñándoles las verdades fundamentales de nuestra religión, siguiendo en esto su ejemplo, que es el del mismo Jesucristo, quien se dedicaba todos los días a esa función.

Después, como ellos, tenéis que retiraros, para dedicaros a la lectura y a la oración, con el fin de instruiros vosotros mismos a fondo en las verdades y santas máximas que queréis enseñarles, y para atraer sobre vosotros, por medio de la oración, las gracias de Dios que necesitáis para ejercer, según el espíritu y la intención de la Iglesia, el empleo que ella os ha encomendado.

MR 200,2,1 Punto II.

De poco habría servido que los santos apóstoles enseñasen a los primeros fieles las verdades esenciales de nuestra religión, si no les hubieran hecho adoptar conducta cristiana, conforme con la que ellos habían seguido con Jesucristo.

Por eso no se contentaban con enseñarles las cosas especulativas, sino que ponían exquisito cuidado en que las llevasen a la práctica.

Y Dios bendecía sus desvelos de tal forma, que de los primeros que abrazaron la fe se dice *que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en la oración; y que eran fieles en acudir* diariamente *al templo en la unión del mismo espíritu* [7], es decir, que después de bautizarse vivían de acuerdo con la doctrina de los apóstoles.

Lo mismo hizo san Pablo después de convertirse, pues se dice de él que habiendo instruido al pueblo de Éfeso *durante tres meses en la sinagoga de los judíos, enseñó luego* a diario *en la escuela de un tal Tirano, y que prolongó esta práctica durante dos años* [8], *de forma que los discípulos* de aquella ciudad *fueron bautizados en el nombre del Señor, y que habiéndoles impuesto las manos, recibieron el Espíritu Santo* [9].

De ese modo, el principal cuidado de los apóstoles después de haber instruido a los primeros fieles, era hacer que recibiesen los sacramentos, reunirlos para orar juntos y conseguir que vivieran según el espíritu del cristianismo.

MR 200,2,2 A eso estáis obligados vosotros en vuestro empleo, por encima de todo lo demás. Es preciso que, a imitación de los apóstoles, pongáis atención muy particular en lograr que aquellos a quienes instruís reciban los sacramentos, y ponerles en condiciones de recibir el de la Confirmación con las debidas disposiciones, para que sean colmados del Espíritu Santo y de las gracias que

produce este sacramento. Debéis cuidar de que se confiesen a menudo, después de enseñarles la manera de hacerlo debidamente. Y, en fin, disponerlos a recibir santamente la primera comunión, y a que comulguen luego con frecuencia, para que puedan conservar las gracias que hubieren recibido la primera vez que realizaron este acto.

¡Ah!, si comprendierais los bienes inmensos que les procuraréis al facilitarles la conservación y el aumento de la gracia mediante la frecuencia de los sacramentos, jamás os cansaríais de instruirlos al respecto.

MR 200,3,1 Punto III.

Si alguno dijere que tiene fe, pero no tiene obras, ¿de qué le serviría su fe?, ¿acaso podrá salvarle? [10], dice Santiago. ¿De qué os serviría, pues, enseñar a vuestros discípulos las verdades de la fe, si no les enseñáis a practicar buenas obras?

Puesto que *la fe que no va acompañada con obras está muerta* [11], no bastaría, por tanto, instruirlos sobre los misterios y verdades de nuestra santa religión, si no les dierais a conocer cuáles son las principales virtudes cristianas, o si no pusierais particular empeño en hacérselas practicar; y de igual modo, todas las obras buenas de que son capaces a sus años; pues por mucha fe que tengan y por muy viva que sea, si no abrazan la práctica de buenas obras, su fe no les serviría de nada.

MR 200,3,2 Debéis enseñar, sobre todo, esa máxima a quienes tenéis que instruir, si queréis ponerlos en el camino del cielo, para que luego les podáis decir: *Os habéis conducido de forma irreprensible y esto es lo que nos consuela* [12]. Inspiradles también *la piedad y la modestia* [13] en la iglesia y en los ejercicios de piedad que les hacéis practicar en la escuela.

Inspiradles además *la sencillez y la humildad* [14] que tanto recomienda Nuestro Señor en el Evangelio.

No descuidéis hacer que adquieran *la mansedumbre, la paciencia* [15], *el amor y el respeto hacia sus padres* [16] y, en fin, todo lo que conviene a un niño cristiano y cuanto nuestra religión exige de ellos.

MR 200,1,1: [1] Ef 2,20-22. – [2] Hch 5,42. – [3] Hch 2,47. – [4] Hch 6,1-4. – **MR 200,1,2**: [5] Lc 19,47-48. – [6] Lc 21,37. – **MR 200,2,1**: [7] Hch 2,41-45. – [8] Hch 19,8-10. – [9] Hch 19,5-6. – **MR 200,3,1**: [10] St 2,14. – [11] St 2,26. – **MR 200,3,2**: [12] 2Co 7,11-13. – [13] 1Tm 6,11. – [14] Mt 11,29. – [15] Col 3,12. – [16] Ef 6,2.

201

MR 201

Novena meditación

De la obligación que tienen los que instruyen a la juventud de poseer vivo celo para desempeñar debidamente tan santo empleo

MR 201,1,1 Punto I.

Reflexionad sobre lo que dice san Pablo, que *es Dios quien ha establecido en la Iglesia apóstoles, profetas y doctores* [1], y os convenceréis de que ha sido

también Él quien os ha puesto en vuestro empleo.

Una de las señales que os da el mismo santo es que existen diversos ministerios y que hay diversas operaciones; y que el Espíritu Santo no se manifiesta en cada uno de esos dones sino para la utilidad común, es decir, para utilidad de la Iglesia. *Pues uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con sabiduría, y otro, del mismo Espíritu, el don de la fe* [2].

No debéis dudar de que es gran don de Dios la gracia que os ha hecho al encargaros de instruir a los niños, anunciarles el Evangelio y educarlos en el espíritu de religión.

Pero al llamaros a este santo ministerio, Dios exige de vosotros que lo desempeñéis con ardiente celo de su salvación, pues se trata de *la obra de Dios, y Él maldice a quien realiza su obra con negligencia* [3].

MR 201,1,2 Poned, pues, de manifiesto en *todo vuestro proceder* con los niños que os están confiados, que os consideráis *como los ministros de Dios*, desempeñándolo *con caridad* y con celo *sincero* y verdadero, *soportando con toda paciencia las dificultades* que en él tuviereis *que sufrir*, contentos de ser *despreciados por los hombres, y de ser perseguidos por ellos hasta dar vuestra vida* por Jesús en el ejercicio de *vuestro ministerio* [4].

El celo del que debéis estar animados debe poneros en estas disposiciones, al ver que es Dios quien os llamó y os destinó a este empleo, y quien os ha enviado *a trabajar a su viña* [5]. Desempeñadlo, pues, con todo el afecto de vuestro corazón y como quien no trabaja sino por Él.

MR 201,2,1 Punto II.

Lo que debe animaros, además, a tener gran celo en vuestro estado, es que no sólo sois los ministros de Dios, sino que también lo sois de Jesucristo y de la Iglesia.

Es lo que dice san Pablo, que quiere *que todos consideren a los que anuncian el Evangelio como ministros de Jesucristo* [6], *los cuales escriben la carta que Él les ha dictado, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; y no sobre tablas de piedra, sino sobre tablas de carne* [7], *que son los corazones* de los niños.

Por eso, en calidad de tales, al instruirlos debéis tener como fin únicamente el amor y la gloria de Dios; pues *el amor de Dios debe apremiaros, porque Jesucristo murió por todos, para que quienes viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos*. Vuestro celo debe llevaros a inspirar eso a vuestros discípulos, *como si el mismo Dios los exhortara por vosotros, ya que sois los embajadores de Jesucristo* [8].

MR 201,2,2 También es preciso que *demostréis a la Iglesia la calidad del amor que le profesáis* [9], y que le deis pruebas de vuestro celo, pues *trabajáis para la Iglesia, como cuerpo de Cristo que es, de la cual estáis constituidos ministros, según el mandato que Dios os dio de dispensarles su palabra* [10].

Y como la Iglesia tiene sumo celo por la santificación de sus hijos, es deber vuestro participar de su celo, para poder decir a Dios, como el santo rey David, *el celo de tu casa me devoró* [11]; ya que esta casa no es otra que la Iglesia, y puesto que los fieles son los que constituyen *este edificio, que fue construido*

sobre el cimiento de los apóstoles y levantado por Jesucristo, que es la principal piedra angular [12].

Procurad, por medio de vuestro celo, dar muestras sensibles de que amáis a los que Dios os ha confiado, *como Jesucristo amó a su Iglesia; haced que entren realmente en la estructura de este edificio* y que estén en condiciones *de comparecer un día ante Jesucristo, llenos de gloria, sin tacha, sin arruga y sin mancha* [13], *para manifestar a los siglos venideros, las abundantes riquezas de la gracia que les hizo* [14] dándoles el auxilio de la instrucción; y a vosotros, la de instruirlos y educarlos, para ser un día *los herederos del Reino de Dios y de Jesucristo Nuestro Señor* [15].

MR 201,3,1 Punto III.

Como vuestro empleo tiene como finalidad procurar la salvación de las almas, el primer cuidado que debéis tener es conseguirlo en la medida que os sea posible.

Tenéis que *imitar* en esto, en cierto modo, *a Dios, pues amó tanto a las almas que creó* [16], que viéndolas sumidas en el pecado y sin posibilidades de librarse de él por sí mismas, se vio impulsado por el celo y el ansia de su salvación, a enviar a su propio Hijo, para apartarlas de tan desdichado estado. Esto movió a Jesucristo a decir que *Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único, para que quien crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna* [17].

He ahí lo que Dios y Jesucristo hicieron para restablecer a las almas en la gracia que habían perdido. ¡Qué no deberéis hacer también vosotros por ellas en vuestro ministerio, si tenéis celo de su salvación, y si tenéis hacia ellas las disposiciones que sentía san Pablo hacia quienes predicaba el Evangelio, a los que escribía *que no buscaba sus bienes, sino que buscaba sus almas* [18]!

MR 201,3,2 El celo que debéis tener en vuestro empleo ha de ser tan activo y animoso, que podáis decir a los padres de los niños que tenéis a vuestro cuidado, lo que se dice en la Escritura: *Dadnos las almas y tomad lo demás para vosotros* [19]. Es decir, que de lo que nos encargamos nosotros es de trabajar en la salvación de sus almas, y que también sólo con este fin os habéis comprometido a cuidar de su conducta y a instruirlos.

Decidles, además, lo que decía Jesucristo en relación con las ovejas de las que es pastor, y que por Él deben ser salvadas: *He venido,* dice, *para que tengan vida y la tengan en mayor abundancia* [20]. Pues el ardiente celo que tenéis de salvar las almas de los que habéis de instruir, es lo que ha debido llevaros a sacrificaros y consumir toda vuestra vida para darles educación cristiana, y para procurarles en este mundo la vida de la gracia, y en el otro, la vida eterna.

MR 201,1,1: [1] 1Co,12,28. – [2] 1Co 12,5-9. – [3] Jr 48,10. – **MR 201,1,2**: [4] 2Co 6,3-9. – [5] Mt 20,3. – **MR 201,2,1**: [6] 1Co 4,1. – [7] 2Co,3,3. – [8] 2Co 5,14-15.20. – **MR 201,2,2**: [9] 2Co 8,24. – [10] Col 1,24-25. – [11] Sal 69,10. – [12] Ef 2,20-22. – [13] Ef 5,25-27. – [14] Ef 2,7. – [15] Rm 8,17. – **MR 201,3,1**: [16] Ef 5,1-2. – [17] Jn 3,16. – [18] 2Co 12,14. – **MR 201,3,2**: [19] Gn 14,21. – [20] Jn 10,10.

202

MR 202

Décima meditación

En qué debe mostrar su celo el Hermano de las Escuelas Cristianas, en su empleo.

MR 202,1,1 Punto I.

Considerad que si la finalidad de la venida del Hijo de Dios a este mundo fue destruir el pecado, ése debe ser también el fin principal de la institución de las Escuelas Cristianas, y por consiguiente, el primer objetivo de vuestro celo.

Debe llevaros a no permitir en la conducta de los niños cuya dirección tenéis, nada que pueda desagradar a Dios. Si notáis en ellos algo que ofenda a Dios, debéis hacer de inmediato todo lo posible para remediarlo. En eso habéis de manifestar, a ejemplo del profeta Elías, vuestro celo por la gloria de Dios y por la salvación de vuestros discípulos. *Me abrasó el celo por el Señor de los ejércitos,* dice, *porque los hijos de Israel rompieron la alianza que habían sellado con Dios* [1].

MR 202,1,2 Si os anima el celo por los niños de los que estáis encargados, y si trabajáis por alejarlos del pecado, como es vuestro deber, cuando caigan en alguna falta, será preciso que os pongáis en las mismas disposiciones del profeta Elías, y que excitando en vosotros el santo ardor de que estaba animado el profeta, les digáis: soy tan celoso de la gloria de mi Dios, que no puedo veros renunciar a la alianza que sellasteis con Él en el bautismo, ni a la condición de hijos de Dios que habéis recibido.

Exhortadlos a menudo a que se alejen del pecado con la misma prontitud con que huirían de la presencia de una serpiente. Vuestro primer cuidado sea, sobre todo, inspirarles horror a *la impureza* y a las inmodestias en la iglesia y en las oraciones, *al hurto y a la mentira, a las desobediencias y a la falta de respeto hacia sus padres,* y *otras faltas respecto de sus compañeros,* haciendo que comprendan que *quienes caen en esa clase de pecados no poseerán el reino de los cielos* [2].

MR 202,2,1 Punto II.

No debéis contentaros con impedir que los niños que están confiados a vuestros cuidados hagan el mal. Es preciso, además, que los impulséis a obrar el bien y las buenas obras de que son capaces.

Velad, pues, para que así sea, y para que siempre digan la verdad; y que cuando pretendan asegurar algo, se limiten a decir *esto es así, o esto no es así* [3]; y haced que comprendan que diciendo esas pocas palabras serán más fácilmente creídos que si acudieran a solemnes juramentos; pues todos creerán que si no dicen más es por espíritu cristiano.

Haced que practiquen lo que dice Nuestro Señor, que nos manda *amar a los enemigos y hacer bien a los que nos hacen mal, nos persiguen o calumnian* [4], en vez de devolver mal por mal, injurias por injurias, o de vengarse.

MR 202,2,2 Según la doctrina de Jesucristo, hay que animarlos a que no se contenten con realizar buenas obras, sino también a *que no las hagan delante de los hombres, para ser vistos y alabados*, pues quienes así obran *ya recibieron su*

recompensa [5].

Es importante que les enseñéis a rezar a Dios, como enseñó Nuestro Señor a quienes lo seguían, y a que oren con mucha piedad y *en secreto* [6], es decir, con mucho recogimiento, rechazando todos los pensamientos que pudieran distraer su mente durante ese tiempo, para que no ocupándose más que de Dios, obtengan fácilmente lo que le pidan.

Y como la mayoría han nacido pobres, hay que inculcarles el menosprecio de las riquezas y el amor a la pobreza, porque Nuestro Señor nació pobre y amó a los pobres, se complacía en su compañía, y llegó a decir que *los pobres son bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos* [7].

Este tipo de máximas y de prácticas son las que debéis inspirarles sin descanso, si es que tenéis algún celo por su salvación, y en eso particularmente se pondrá de manifiesto vuestro celo de la gloria de Dios; pues ya que dichas máximas no pueden proceder sino de Dios, en cuanto que contrarias a las inclinaciones de los hombres, animar a los niños a ponerlas en práctica es mostrarse celoso por el honor y la gloria de Dios.

MR 202,3,1 Punto III.

Vuestro celo para con los niños que instruís sería muy limitado, produciría pocos frutos y tendría poco éxito si todo se redujera a palabras. Para lograr que sea eficaz, es necesario que vuestro ejemplo apoye vuestras enseñanzas. Ésa debe ser una de las características principales de vuestro celo.

San Pablo, hablando a los Filipenses, después de haberles enseñado diversas máximas, añade: *Proceded según esas máximas;* y luego: *Imitadme y fijaos en aquellos que viven según el ejemplo que os he dado* [8]; *practicad las cosas que os he enseñado, las que os he dicho, las que os he escrito, y de las cuales os he dado ejemplo* [9].

Así, el ardiente celo de este insigne santo por la salvación de las almas consistió en hacer que observasen lo que él mismo practicaba.

Fue también el proceder que siguió Nuestro Señor, de quien se dice que *comenzó por obrar y luego enseñó* [10]; y que dijo, hablando de sí a los apóstoles, después de haberles lavado los pies: *os he dado ejemplo para que hagáis como yo he hecho con vosotros* [11].

MR 202,3,2 De todos estos ejemplos es fácil concluir que vuestro celo para con los niños de quienes tenéis la dirección sería muy imperfecto, si no lo ejercierais más que instruyéndolos; pero que llegará a ser perfecto si vosotros mismos practicáis lo que les enseñáis.

Pues el ejemplo produce mucha mayor impresión que las palabras en la mente y en el corazón; principalmente en los niños, quienes, por carecer aún su mente de suficiente capacidad de reflexión, se forman ordinariamente imitando el ejemplo de sus maestros; y se inclinan más a hacer lo que ven en ellos que lo que les oyen decir, sobre todo cuando sus palabras no concuerdan con sus obras.

MR 202,1,1: [1] 1R 19,14. – **MR 202,1,2**: [2] Ga 5,21. – **MR 202,2,1**: [3] Mt 5,37. – [4] Mt 5,44. – **MR 202,2,2**: [5] Mt 6,1-5. – [6] Mt 6,6. – [7] Mt 5,3. – **MR 202,3,1**: [8] Flp 3,16-17. – [9] Flp 4,9. – [10] Hch 1,1. – [11] Jn 13,15.

203

MR 203

Undécima meditación

Sobre la obligación que tienen los Hermanos de las Escuelas Cristianas de reprender y corregir las faltas que cometen aquellos de cuya instrucción están encargados

MR 203,1,1 Punto I.

Una de las señales y uno de los efectos del celo que se siente por el bien y por la salvación de las almas es reprender y corregir a aquellos cuya dirección se tiene, cuando incurren en alguna falta. Jesucristo demostró a menudo de esta forma su *celo* con los judíos, *en el Templo de Jerusalén, cuando al entrar en él arrojó a los que allí vendían y compraban* [1] las cosas necesarias para los sacrificios; *hizo entonces un látigo de cuerdas, con el fin de servirse de él para echarlos fuera* [2].

De igual modo actuaba con los fariseos, cuya *hipocresía y falsa piedad* [3] no podía tolerar, como tampoco *su orgullo, que les inducía a valorar y ensalzar sus propios actos* [4] y *a criticar, e incluso censurar, los de los demás* [5]. Condenaba, en fin, todo su proceder, *porque se contentaban con enseñar a los otros, y no se preocupaban de practicar lo que Él les enseñaba* [6]. En todos esos encuentros, Jesucristo los reprendía públicamente y se lo reprochaba. Eso es lo que hizo Jesucristo no sólo con los fariseos, sino también con otros en diversas ocasiones.

MR 203,1,2 También san Pablo reprende con libertad a los corintios porque toleraban entre ellos a un incestuoso, y les dice que *hubieran debido entregarlo al demonio para que fuese atormentado en su cuerpo, a fin de que su alma se salvara* [7].

Así debéis reprender y corregir a vuestros discípulos cuando cometen alguna falta; y tanto más, cuanto que es propio de los niños caer con frecuencia en ellas por obrar muchas veces sin reflexión; y como las reprensiones y correcciones que se les hacen les dan ocasión de reflexionar sobre lo que han de hacer, son motivo para que vigilen sobre sí mismos para no incidir en las mismas faltas.

Sed, pues, fieles en no consentir en ellos faltas importantes sin poner remedio.

MR 203,2,1 Punto II.

Está el hombre tan inclinado por naturaleza al pecado que parece no encontrarse a gusto sino cometiéndolo. Y eso se nota particularmente en los niños; ya que, al no tener todavía desarrollada la mente, y al no ser capaces de profundas y serias reflexiones, parece que no tienen otra inclinación que la de contentar sus pasiones y sentidos y dar gusto a la naturaleza. Por eso dice el Espíritu Santo *que la necedad está como atada al cuello de los niños, y que sólo se les cura de ella por medio de la corrección* [8]. Por tanto, el medio de librar del infierno las almas de los niños es valerse de este remedio, que les infundirá cordura; por el contrario, si se les abandona a sus antojos, correrán peligro de perderse y causarán muchos disgustos a sus padres.

La razón de ello es que las faltas que cometan se irán convirtiendo en hábito,

del que les costará mucho corregirse, pues las buenas y malas costumbres adquiridas en la infancia y mantenidas por mucho tiempo se convierten de ordinario en naturaleza.

MR 203,2,2 Por lo cual es necesario que quienes tienen la dirección de los muchachos los reprendan con todos los recursos de su autoridad, como dice san Pablo, para que abandonen sus extravíos, y *sacarlos así de los lazos del demonio, que los tenía cautivos a su antojo* [9].

Puede decirse, en efecto, con razón, que el niño que se ha habituado al pecado ha perdido, en cierto modo, su libertad, y él mismo se ha convertido en cautivo y desgraciado, según lo que dice Jesucristo, que *quien comete pecado es esclavo del pecado* [10].

A vosotros, que sois los maestros de quienes están bajo vuestra dirección, corresponde poner todo el cuidado posible para llevarlos a esa *libertad de los hijos de Dios, que nos adquirió Jesucristo* [11], al morir por nosotros.

Para eso necesitáis serviros de dos medios en relación con ellos. El primero es la mansedumbre y la paciencia. El segundo es la prudencia en las reprensiones y en las correcciones.

MR 203,3,1 Punto III.

Lo que más debe animaros a reprender y corregir las faltas de vuestros discípulos es que, si dejáis de hacerlo, seréis vosotros mismos reprensibles ante Dios, quien os castigará por vuestra flojedad y negligencia para con ellos; porque siendo los sustitutos de sus padres, de sus madres y de sus pastores, estáis obligados a velar sobre ellos *como quien tiene que dar cuenta de sus almas* [12].

Por tanto, si no vigiláis su conducta, debéis estar persuadidos de que, al no estar estos niños en condiciones de guiarse por sí mismos, daréis vosotros cuenta a Dios por ellos de las faltas que hayan cometido, como si las hubieseis cometido vosotros.

El sumo sacerdote Helí es ejemplo bien patente y bien terrible, a la vez, de esta verdad. Por haber consentido la mala conducta de sus hijos, Dios le anunció por medio de Samuel *que juzgaría su casa por toda la eternidad, a causa de su pecado* [13]; y porque sabiendo que sus hijos se comportaban de forma indigna, no los había corregido, Dios juró que tal falta no se podría expiar con víctimas y con presentes ofrecidos al Señor. Tan grave fue juzgado aquel pecado ante Dios.

MR 203,3,2 Vosotros, que ocupáis el puesto de padres y de pastores de las almas, temed no proceda Dios de igual modo con vosotros si descuidáis reprender y corregir a vuestros discípulos cuando sea necesario. Pues, en tal caso, habríais abusado de la función con que Dios os honró cuando os encomendó la dirección de estos niños, y particularmente del cuidado de sus almas, que es lo que Dios tomó más a pechos al constituiros en guías y custodios de estos tiernos niños.

Temed que vuestra negligencia no merezca más perdón que la del sumo sacerdote Helí, si no sois suficientemente fieles a Dios en vuestro empleo, tratando de conservar en la gracia de Dios a esas almas encomendadas a vuestra dirección.

MR 203,1,1: [1] Lc 19,45-46. – [2] Jn 2,15. – [3] Mt 6,2-5. – [4] Lc 18,9-14. – [5] Mt 9,11; 12,2. – [6] Mt 23,3. – **MR 203,1,2**: [7] 1Co 5,5. – **MR 203,2,1**: [8] Pr 22,15. – **MR 203,2,2**: [9] 2Tm 2,25-26. – [10] Jn 8,34. – [11] Ga 4,31. – **MR 203,3,1**: [12] Hb 13,17. – [13] 1S 3,13-14.

204

MR 204

Duodécima meditación

De qué modo hay que advertir y corregir de sus faltas a aquellos de quienes se tiene la dirección

MR 204,1,1 Punto I.

Las reprensiones y correcciones resultarían poco provechosas si quienes las realizan no adoptan las medidas adecuadas para hacerlo bien.

Lo primero a lo que hay que atender es no comenzarlas sino bajo la guía del Espíritu de Dios. Por lo cual, antes de iniciarlas, es conveniente recogerse interiormente para entregarse al Espíritu de Dios y disponerse a hacer la reprensión o la corrección con la mayor prudencia posible, y de la forma más adecuada para que resulte provechosa a quien se hace.

Pues los hombres, e incluso los niños, al estar dotados de razón, no deben ser corregidos como las bestias, sino como personas razonables.

Hay que reprenderlos y corregirlos con justicia, haciendo que se den cuenta del error en que están y el castigo que merece la falta cometida, e intentar que lo acepten.

Y como son cristianos, hay que ponerse en disposición de dar la reprensión y la corrección de tal modo que Dios esté contento de ellas, y lograr que las reciban como remedio de su falta y medio para llegar a ser más comedidos. Pues ése es el efecto que el Espíritu Santo dice que ha de producir la corrección en los niños [1].

MR 204,1,2 Luego, conviene examinar delante de Dios qué corrección merece la falta y si el culpable está dispuesto a recibirla con sumisión, o procurar disponerle a ello.

Si se procede con prudencia no hay que temer que produzca efecto pernicioso. Al contrario, los maestros que reprenden y corrigen a los que incurren en falta atraen sobre ellos las alabanzas de los hombres, las bendiciones de Dios y la gratitud de quienes fueron corregidos [2]. Porque con ello les habréis ocasionado mucho mayor bien que halagándolos con hermosas palabras, que sólo habrían servido para engañarlos y mantenerlos en sus faltas y en el desorden.

¿Os habéis vigilado a vosotros mismos hasta ahora para no corregir a vuestros discípulos sino según las miras de Dios? ¿No los habéis corregido por celo inmoderado, y tal vez con impaciencia o ira? ¿Fue para lograr que cambiaran de conducta más que por castigar algún disgusto que os hubieren causado? ¿Os movió a ello la caridad o lo hicisteis, más bien, para descargar en ellos vuestro mal humor?

En lo sucesivo poned mucho cuidado para proceder en asunto de tanta importancia sólo con la mira de agradar a Dios.

MR 204,2,1 Punto II.

Aunque san Pablo aconseje a su discípulo Tito *que reprenda con severidad a los insumisos, para que no se corrompa su fe* [3], y aunque diga también a Timoteo que lo haga *para inspirar temor a los demás* [4], al mismo tiempo le dice *que debe ser paciente y moderado al reprender a los que se resisten, pues tal vez les conceda Dios el espíritu de penitencia* [5].

Éste, en efecto, es uno de los mejores medios para ganar y mover el corazón de los que han incurrido en falta, y para disponerlos a que se conviertan.

Así procedió el profeta Natán para que David entrase en sí mismo y reconociese los dos pecados que había cometido, el adulterio y el homicidio, cuando fue enviado a él de parte de Dios. Comenzó exponiéndole la parábola de cierto hombre rico que, teniendo muchísimas ovejas, arrebató a un pobre la única que tenía. El sencillo relato que Natán hizo de tan horrible injusticia excitó la indignación de David hacia el culpable, y le indujo a decir que merecía la muerte, y que él no lo perdonaría. A lo que replicó Natán: *Tú mismo eres ese hombre*. Y al instante aplicó su apólogo a los dos crímenes que David había cometido, haciéndole ver las gracias que había recibido de parte de Dios y cómo había abusado de ellas [6].

MR 204,2,2 De ese modo, más o menos, debéis proceder vosotros con aquellos a quienes instruís, cuando caigan en alguna falta y os veáis obligados a corregirlos.

Y si ocurriera que os sintieseis agitados por alguna pasión, guardaos mucho de hacer ninguna corrección mientras persista tal movimiento, pues entonces la corrección sería perjudicial, tanto para ellos como para vosotros.

Por el contrario, en esos momentos recogeos interiormente y dejad tiempo para que se os pase la ira, sin transparentar nada externamente. Y cuando os sintáis totalmente libres de pasión, entonces podréis imponer, después de haberos entregado al Espíritu de Dios, la corrección que habíais previsto, con la mayor moderación que os sea posible.

¿Habéis procedido de ese modo en el pasado? Pedid a Dios que no permita que os dejéis llevar de ningún arrebato cuando se trate de castigar a vuestros discípulos.

MR 204,3,1 Punto III.

El fruto que produjo la prudente reprensión de Natán a David debe haceros comprender cuán provechosas serán para vuestros discípulos las correcciones que vosotros les hagáis con mansedumbre y caridad.

David, indignado contra aquel hombre del que Natán le había hablado en su parábola, al reconocer que se dirigía a él, no pudo replicar sino estas palabras: *he pecado*. Y en seguida hizo ruda penitencia. Y habiendo muerto el hijo nacido de su adulterio, adoró a Dios y le manifestó que se sometía a su santa voluntad.

He ahí cómo la conducta prudente y moderada del profeta para con David pecador ablandó el corazón de este príncipe, que reconoció sus dos pecados, pidió perdón de ellos a Dios, y se arrepintió eficazmente [7].

MR 204,3,2 El fruto, pues, de la corrección prudente es disponer a quienes la reciben para que se corrijan de sus faltas. Por el contrario, cuando se hace con pasión y sin la mira en Dios, no sirve sino para indisponer al discípulo contra su maestro y

fomentar en él sentimientos de venganza y de animadversión, que a veces duran mucho tiempo.

Pues como los efectos de ordinario se relacionan y guardan proporción con la causa que los produce, si deseáis que vuestras correcciones produzcan el efecto que les corresponde, realizadlas de tal modo que puedan contentar a Dios y a quienes las reciben.

Y cuidad, sobre todo, que sea la caridad y el celo de la salvación del alma de vuestros alumnos los que os muevan a hacerlas. Y aun cuando al corregirlos les ocasionéis disgusto, mostradles, al hacerlo, tanta benevolencia, que lejos de despecharse contra vosotros, sólo os manifiesten después su gratitud por el bien que les hicisteis y vivo pesar de sus faltas, junto con el firme propósito de no volverlas a cometer.

Poneos desde ahora en la disposición de adoptar los medios necesarios para cumplir esta resolución.

MR 204,1,1: [1] Pr 12,1. – **MR 204,1,2**: [2] Cf. Pr 28,23. – **MR 204,2,1**: [3] Tt 1,10-13. – [4] 1Tm 5,20. – [5] 2Tm 2,24-25. – [6] 2S 12,1-12. – **MR 204,3,1**: [7] 2S 12,13-22.

205

MR 205

Decimotercera meditación

Que el maestro debe dar cuenta a Dios del modo como haya desempeñado su empleo

MR 205,1,1 Punto I.

Como sois cooperadores de Dios en su obra, dice san Pablo, y como las almas de los niños que instruís son *el campo que Él cultiva por medio de vosotros* [1], ya que es Él quien os ha dado el ministerio que ejercéis, cuando comparezcáis ante el tribunal de Jesucristo, cada uno de vosotros, por sí mismo, dará cuenta a Dios de lo que haya realizado *en cuanto ministros de Dios y en cuanto dispensadores de sus misterios* [2] para con los niños.

Y Jesucristo, constituido entonces como vuestro juez, de parte de Dios, os dirá lo mismo que aquel señor a su mayordomo: *Dame cuenta de tu administración* [3]. Entonces penetrará lo íntimo de vuestro corazón y examinará si fuisteis administradores fieles de los bienes que os tenía confiados y de los talentos que os había dado para emplearlos en su servicio. Entonces se verá el uso, bueno o malo, que hubiereis hecho de ellos, pues el Señor que ha de juzgaros *descubrirá lo más escondido y lo más secreto que haya en el fondo de los corazones* [4].

MR 205,1,2 Si queréis evitar que esta cuenta que debéis presentar no aumente a cada momento, presentáosla cada día a vosotros mismos, y examinad ante Dios cuál es el proceder que mantenéis en vuestro empleo, y si en él no faltáis en algo a vuestro deber.

Escudriñaos a vosotros mismos con claridad, y condenaos con rigor sin exculparos; para que cuando Jesucristo venga a juzgaros podáis resistir su juicio sin espanto; y cuando venga, no encuentre en vosotros nada que

condenar, porque vosotros os habréis adelantado a su juicio.

Y no sólo en lo referente a vuestra persona, sino también en lo tocante a los talentos y gracias que hayáis recibido de Dios para cumplir bien vuestra función, de la que Él mismo os encargó al haceros depositarios y guías de los niños que le pertenecen, y sobre los cuales ostenta el título de padre, no sólo por creación, sino también por el santo bautismo, en cuya virtud todos le están consagrados.

MR 205,2,1 Punto II.

Considerad que la cuenta que tendréis que dar a Dios no será desdeñable, ya que atañe a la salvación de las almas de los niños que Dios ha confiado a vuestros cuidados; pues vosotros, el día del juicio, responderéis de ellas tanto como de la vuestra propia. Y debéis convenceros de que Dios comenzará por pediros cuenta de sus almas antes de pediros cuenta de la vuestra; y tanto más cuanto que desde el momento en que os encargasteis de ellos os obligasteis, al mismo tiempo, a procurar su salvación con tanto esfuerzo como la vuestra, puesto que os comprometisteis a dedicaros por completo a la salvación de sus almas.

MR 205,2,2 De ello os advierte san Pablo cuando dice que *quienes están al frente de los demás*, darán cuenta a Dios de ellos. No dice que darán cuenta de sus propias almas, sino de las almas de aquellos que están bajo su dirección, y sobre las que deben *velar como quien ha de dar cuenta de ellas* [5].

Y la verdadera razón de esto es que, si cumplen bien la función de guías y conductores de las almas de quienes les están confiados, cumplirán igualmente bien sus obligaciones para con Dios; y Dios los colmará de tantas gracias, que se santificarán ellos mismos en la medida en que contribuyan todo lo que puedan a la salvación de los demás.

¿Habéis considerado hasta ahora la salvación de vuestros alumnos como asunto propio vuestro, durante todo el tiempo en que estuvieron bajo vuestra guía? Pues tenéis ejercicios que se han establecido para vuestra propia santificación; con todo, si sentís celo ardiente de la salvación de los que estáis encargados de instruir, no dejaréis de hacerlos y de referirlos a esta intención.

Haciéndolo así, atraeréis sobre ellos las gracias necesarias para contribuir a su salvación, teniendo la certeza de que, si procedéis de ese modo, Dios mismo se encargará de la vuestra. En lo sucesivo, manteneos en estas disposiciones.

MR 205,3,1 Punto III.

Al encargaros Jesucristo de instruir a los niños y formarlos en la piedad, os encomendó el cuidado de edificar *su cuerpo, que es su Iglesia* [6]; y al mismo tiempo os obligó a contribuir, tanto como os sea posible, *a santificarla y purificarla con la palabra de vida, para que pueda comparecer ante Él llena de gloria, sin mancha, sin arruga y sin defecto, sino toda pura y toda hermosa*.

De todo eso quiere que le deis exacta cuenta cuando os la pida; porque Él toma muy a pechos este cuidado, ya que *amó tanto a su Iglesia, que se entregó a sí mismo por ella* [7].

Y como los niños son la porción más inocente de ella, y de ordinario la mejor dispuesta para recibir las impresiones de la gracia, es también su intención que

os dediquéis de tal forma a hacerlos santos, *que lleguen todos a la edad del hombre perfecto y de la plenitud de Jesucristo; que no sean ya vacilantes como niños, dejando de girar a todo viento de doctrina, por el engaño y el artificio,* sea de los compañeros que frecuentan, sea de las malignas sugestiones *de los hombres, induciéndolos al error; sino que en todo crezcan en Jesucristo, que es su cabeza, de quien todo el cuerpo de la Iglesia recibe su estructura y trabazón, para que estén siempre unidos con ella y en ella de tal manera, que por la secreta virtud que Jesucristo comunica a todos sus miembros* [8], *participen de las promesas de Dios en Jesucristo* [9].

MR 205,3,2 Poneos, pues, en disposición de poder responderle, cuando os pregunte, que habéis cumplido bien todos estos deberes.

Tened por seguro que el mejor modo de hacerlo y de lograr que Jesucristo quede contento cuando os juzgue, será presentarle todos esos niños que habréis instruido, *como formando parte del edificio de la Iglesia, en cuya estructura han sido integrados gracias a vuestros cuidados, y convertidos en santuario donde mora Dios por el Espíritu Santo* [10].

Así mostraréis a Jesucristo que cumplisteis verdaderamente con vuestro ministerio, y que trabajasteis esforzadamente en construir y sostener la Iglesia, tal como os había comprometido Jesucristo.

MR 205,1,1: [1] 1Co 3,9. – [2] 1Co 4,1. – [3] Lc 16,2. – [4] 1Co 4,5. – **MR 205,2,2**: [5] Hb 13,17. – **MR 205,3,1**: [6] Ef 4,12. – [7] Ef 5,25-27. – [8] Ef 4,12-16. – [9] Ef 3,6. – **MR 205,3,2**: [10] Ef 2,22.

206

MR 206

Decimocuarta meditación

De las cosas referentes a su empleo de las que el Hermano de las Escuelas Cristianas tendrá que dar cuenta a Dios

MR 206,1,1 Punto I.

Puesto que Dios os ha llamado a vuestro ministerio para procurar su gloria y comunicar a los niños *el espíritu de sabiduría y de luz, para conocerlo y para iluminar los ojos de su corazón* [1], le daréis cuenta de si habéis instruido bien a los que están confiados a vuestra guía; ya que para vosotros es obligación ineludible, y seréis tan castigados por la ignorancia de ellos en lo referente a estas cosas, si es por vuestra culpa, como si las hubierais ignorado vosotros mismos.

Por tanto, daréis cuenta a Dios de si fuisteis exactos a dar el catecismo, y a darlo todos los días y por todo el tiempo que está prescrito; de si enseñasteis a vuestros discípulos las cosas que les conviene saber, según su edad y su capacidad; de si habéis descuidado a algunos, tal vez los que eran más retrasados, o quizás los más pobres; de si tuvisteis predilección por algunos, ya porque eran más ricos o agraciados, ya porque poseían mayor atractivo natural que los demás.

MR 206,1,2 Daréis cuenta de si los instruisteis debidamente sobre el modo de asistir a la

santa Misa y de confesarse bien; de si disteis preferencia a la enseñanza de las cosas profanas, tales como la lectura, la escritura y la aritmética, sobre aquellas que son mucho más importantes, porque contribuyen por sí mismas al mantenimiento de la religión, aunque no debéis descuidar la primera, que para vosotros es de estricta obligación; de si durante todo el tiempo de vuestro trabajo perdisteis tiempo en cosas inútiles, o incluso útiles, pero ajenas a vuestro deber.

En fin, de si pusisteis empeño en instruiros vosotros mismos, en el tiempo que tenéis señalado para ello, sobre las cosas que tenéis obligación de enseñar a aquellos de quienes estáis encargados.

¿Son vuestras cuentas claras en todas estas cosas y estáis preparados para darlas? Si no fuere así, preparadlas con prontitud, y examinaos seriamente de cuál fue vuestro proceder a este respecto.

Y si hubo negligencia de vuestra parte, formad el firme propósito de corregiros de ello, y proponeos seriamente, ante Dios, obrar mejor en lo sucesivo, para que la muerte no os sorprenda en disposición tan lastimosa.

MR 206,2,1 Punto II.

Cuando comparezcáis delante de Dios, no será suficiente que hayáis instruido a los niños que os están confiados, sino que seréis reprensibles si no hubierais velado sobre su conducta. Pues vuestro deber es *velar sobre ellos con exactitud, como quien tiene que dar cuenta a Dios de sus almas* [2].

¿Ponderáis bien lo que significa dar cuenta a Dios de la salvación de un alma que haya sido condenada porque vosotros no cuidasteis de llevarla hacia el bien y de ayudarla a que lo practicase?

¿Estáis convencidos de que tenéis tanta obligación de velar por ellos durante el tiempo que están en la iglesia como cuando están en la escuela, para impedir que realicen cualquier acción desagradable a Dios, por poco que sea? ¿No es también obligación vuestra prestar atención durante las oraciones que les hacéis rezar, para que lo hagan con profunda piedad, compostura y modestia, como quien habla a Dios?

MR 206,2,2 ¿No creéis, tal vez, que estáis encargados de ellos sólo durante el tiempo de clase? ¿Que vuestra vigilancia no se debe extender, tanto como os fuere posible, a las acciones que realizan fuera de ella, para lograr que en todas partes vivan cristianamente y que no frecuenten malas compañías, durante todo el tiempo que estén bajo vuestra dirección?

Pues quien dice dar cuenta de sus almas, dice dar cuenta de todo lo que se relaciona con su salvación; y quien dice velar exactamente, dice que se debe realizar en todas las cosas, con dedicación, sin omitir ni descuidar nada.

Si no os habéis preocupado de todas estas cosas, consideraos muy culpables ante Dios, y temed mucho comparecer delante de Él en el momento de la muerte, después de haber vivido con tanta negligencia en todo cuanto se refiere a su servicio.

MR 206,3,1 Punto III.

Lo que más ha de preocuparos, de la cuenta que tendréis que dar a Dios, no es

tanto lo que hayáis dicho o hayáis hecho –ya que las faltas que cometéis en esas dos cosas, de ordinario os son suficientemente perceptibles y vienen a vuestra mente con bastante facilidad–, sino la intención y el modo como procedisteis en lo uno y en lo otro.

En lo tocante a la intención, san Pablo dice que *ya sea que hablemos, ya que actuemos* [3], debemos realizar todas las cosas *en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y no por complacer a los hombres, sino a Dios* [4]. A eso debéis prestar atención y es el único motivo que Dios quiere que tengáis en vuestro empleo.

¿No es verdad que, muchas veces, apenas si habéis pensado en ello, y que lo más frecuente es que no tengáis ninguna intención, o que si habéis tenido alguna, ha sido meramente natural y humana? En tal caso, ese único defecto habrá viciado todo cuanto hayáis realizado, por bueno que fuere en sí mismo, y habrá puesto obstáculo a las bendiciones de Dios.

MR 206,3,2 No le daréis menor cuenta en lo tocante a vuestro ministerio: si lo habéis desempeñado con sensatez y gravedad, sin familiarizaros, de forma poco conveniente, con aquellos cuyos maestros sois. Esta es la gravedad que san Pablo tanto recomendó a Tito, su discípulo, como ministro del Evangelio, y que él mismo consideró que la necesitaba más que cualquier otra buena cualidad. Después del celo *por la instrucción y por la pureza de costumbres* [5], esta noble modestia es una de las virtudes más útiles a los que están encargados de instruir a la juventud.

Con todo, no descuidéis la cuenta que habréis de dar de *vuestra paciencia y del dominio* de vuestras pasiones [6]. Pues es también un punto muy importante, al que debéis estar muy atentos, sobre todo cuando los niños de los que estáis encargados realizan algo inconveniente y os veis obligados a reprenderlos o corregirlos.

No hay nada en lo que más debáis vigilar entonces como en conseguir que vuestras pasiones no se desmanden. Y éste debe ser uno de los principales puntos del examen que habéis de hacer en lo referente a la cuenta que Dios os pedirá sobre vuestro empleo. Pensadlo muy seriamente.

MR 206,1,1: [1] Ef 1,17-18. – **MR 206,2,1**: [2] Hb 13,17. – **MR 206,3,1**: [3] Col 3,17. – [4] 1Ts 2,4. – **MR 206,3,2**: [5] Tt 2,7. – [6] 2Tm 2,24-25.

207

MR 207

Decimoquinta meditación

De la recompensa que deben esperar, incluso en esta vida, quienes hayan instruido a los niños y hayan desempeñado bien ese deber

MR 207,1,1 Punto I.

Dios es tan bueno que no deja sin recompensa el bien que se realiza por Él y el servicio que se le presta, sobre todo en lo referente a la salvación de las almas.

Si es cierto que Dios recompensa tanto, ya en este mundo, a *los que han dejado*

todo por Él, que reciben el céntuplo en esta vida [1], con cuánta más razón recompensará, incluso en el tiempo presente, a los que se hayan dedicado con celo a extender su reino.

Dios, para premiar tan excelente bien y este servicio que tanto aprecia, a quienes se ocupan infatigablemente en la salvación de las almas, les concede ya en este mundo dos clases de recompensas: en primer lugar, abundancia de gracias para ellos mismos; y en segundo lugar, un ministerio más amplio y mayor facilidad para conseguir la conversión de las almas.

MR 207,1,2 La primera recompensa está significada en la parábola de aquel hombre que distribuye sus bienes a sus siervos, a uno de los cuales entregó cinco talentos para que negociara con ellos; y conociendo luego por él mismo que había ganado otros cinco, con la intención que tenía de recompensarlo, *mandó que se quitase el talento a aquel a quien sólo había dado uno,* y que no lo había hecho producir, *y que se diera al que ya tenía diez. Pues se dará*, dice el Salvador, *a los que ya tienen, y quedarán colmados de bienes* [2].

En cuanto a la segunda clase de recompensa, que es un ministerio más amplio, queda muy bien expresada en san Lucas, cuando un señor manda a sus siervos que le den cuenta del dinero que les había confiado; recompensó *al primero,* que le dijo *que su marco le había producido diez, dándole el gobierno de diez ciudades* [3].

¡Oh, cuán dichosos debéis consideraros por trabajar en el campo del Señor! Pues *quien siega en él*, dice Nuestro Señor, *recibirá infaliblemente su recompensa* [4].

Dedicaos, pues, en lo sucesivo, con celo y amor a vuestro empleo, porque ése será uno los medios más provechosos para asegurar vuestra salvación.

MR 207,2,1 Punto II.

Otra recompensa que reciben, ya en esta vida, los que trabajan en la salvación de las almas, es el consuelo de ver que Dios es bien servido por quienes ellos han educado, y que su trabajo no fue inútil, sino que sirvió para salvar a aquellos de cuya instrucción estaban encargados.

Por eso escribe san Pablo a los corintios, a los que *había predicado el Evangelio y a quienes había engendrado en Jesucristo* [5], que *eran su obra en Nuestro Señor* [6]. Y luego se alegra por conocer *la buena voluntad que les anima, por lo que se gloría en ellos, tanto más cuanto que muchas personas se sintieron animadas por su celo* [7].

Y añade *que espera que el incremento de su fe les traiga tanta gloria que hará que ésta se extienda más lejos, por el anuncio del Evangelio*, para la conquista de las almas. *Pero que, sin embargo, es en el Señor en quien se gloría; pues sólo en Jesucristo,* dice, *pretendo alguna gloria en razón de lo que he realizado por Dios* [8].

MR 207,2,2 La extensión de la gloria de Dios por la predicación del Evangelio era, pues, todo el consuelo de aquel gran apóstol, como el vuestro debe ser dar a conocer a Dios y a su Hijo Jesucristo al rebaño que se os ha confiado.

¡Oh, qué gloria para vosotros tener tal semejanza con aquel *vaso de elección* [9]! Decid, pues, con gozo, igual que él, que *el mayor motivo de vuestro gozo* en

esta vida *es anunciar gratuitamente el Evangelio, sin que les cueste nada a quienes lo oyen* [10].

Gloria grande es, en efecto, para vosotros, instruir puramente por amor de Dios a vuestros discípulos, en las verdades del Evangelio. Este pensamiento es lo que llenaba siempre de consolación al Doctor de las Naciones, y por el cual, según su propio testimonio, *sobreabundaba de gozo en medio de todas sus tribulaciones* [11].

También vosotros debéis considerar como excelente recompensa el consuelo que sentís en el fondo de vuestros corazones porque los niños que instruís se comporten debidamente, conozcan bien la religión y vivan piadosamente.

Agradeced a Dios de todo corazón todos estos tipos de recompensas, que os concede por anticipado ya en esta vida.

MR 207,3,1 Punto III.

Aún debéis esperar otra recompensa, que Dios os otorga por adelantado ya en esta vida, si os habéis esmerado en el cumplimiento de vuestro deber, y si por vuestro celo y por la gracia de vuestro estado habéis sabido fundamentar sólidamente a vuestros discípulos en el espíritu del cristianismo.

Consiste ésta en que sentiréis satisfacción muy especial cuando sean mayores, al ver que *viven según justicia y piedad* [12], alejados de malas compañías y practicando buenas obras. Porque las instrucciones que les disteis *no habrán consistido sólo en palabras, sino que habrán ido acompañadas de abundancia de gracias* en aquellos que de ellas se beneficiaron, y, en su virtud, permanecerán fieles a la práctica del bien.

Y *su perseverancia* en la piedad será para vosotros motivo de mucho consuelo, *cuando en vuestro espíritu repaséis los frutos de su fe* y de vuestras instrucciones, sabiendo que por eso *han sido amados de Dios y están entre el número de sus elegidos* [13].

MR 207,3,2 ¡Qué alegría ver *que recibieron la palabra de Dios en vuestros catecismos, no como palabra de hombres, sino como la palabra de Dios, el cual actúa poderosamente en ellos* [14], como se manifiesta visiblemente por la buena conducta que siguen observando!

En razón de esto podréis decir, en el consuelo que experimentaréis al ver su perseverancia en la piedad, *que ellos son vuestra esperanza, vuestro gozo y vuestra corona de gloria ante Nuestro Señor Jesucristo* [15].

Considerad, pues, como importante recompensa que Dios os concede, ya en este mundo, ver que por medio del establecimiento de las escuelas, de cuya dirección Él os ha encargado, aumentan la religión y la piedad entre los fieles, y particularmente entre los artesanos y los pobres. *Dad todos los días gracias a Dios* [16], por Jesucristo Nuestro Señor, de haberse dignado establecer este bien y dar este apoyo a la Iglesia.

Pedidle, además, insistentemente, que se digne incrementar vuestro Instituto, y hacer que fructifique de día en día, para que, como dice san Pablo, *los corazones de los fieles se afiancen en la santidad y en la justicia* [17].

MR 207,1,1: [1] Mt 19,27-29. **MR 207,1,2**: [2] Mt 25,28-29. – [3] Lc 19,16-17. – [4] Jn 4,36. – **MR 207,2,1**: [5] 1Co 4,15. – [6] 1Co 9,1. – [7] 2Co 9,2. – [8] 2Co 10,15-17. – **MR 207,2,1**: [9] Hch 9,15. – [10] 1Co 9,18. – [11] 2Co 7,4. – **MR 207,3,1**: [12] Tt 2,12. – [13] 1Ts 1,2-5. – **MR 207,3,2**: [14] 1Ts 2,13. – [15] 1Ts 2,19. – [16] 1Ts 1,2. – [17] 1Ts 3,13.

208

MR 208

Decimosexta meditación

De la recompensa que debe esperar en el cielo el Hermano de las Escuelas Cristianas, si es fiel en su empleo

MR 208,1,1 Punto I.

San Pablo, lamentándose de que los corintios dijeran que *unos eran de Pablo y otros que eran de Apolo*, les dice que *cada uno recibirá su propia recompensa, de acuerdo con su trabajo* [1].

Eso debe llevaros a pensar que vuestra felicidad en el cielo será mayor que la que gocen quienes sólo hayan trabajado por su propia salvación; y será mucho mayor, en proporción al número de niños que hayáis instruido y ganado para Dios.

La obra del Señor, dice este apóstol, es decir, la de aquellos que hayan trabajado en la edificación de la Iglesia, *será conocida en el día del Señor, porque el fuego probará el trabajo de cada uno* [2], sobre todo de quienes hayan instruido a los niños y los hayan formado en la piedad.

Entonces se verá quiénes fueron los que los formaron en el espíritu del cristianismo y les inculcaron sólida piedad. Éstos se distinguirán fácilmente de quienes no los formaron en ninguna buena práctica, y que actuaron con ellos de forma negligente. *Aquel cuya obra subsista*, dice el apóstol, es decir, aquellos cuyos discípulos hayan adquirido, por su dedicación y por sus cuidados, piedad constante, *será recompensado en proporción a su trabajo* [3].

MR 208,1,2 Considerad, pues, que vuestra recompensa será tanto mayor en el cielo, cuanto más fruto hayáis producido en las almas de los niños que estuvieron confiados a vuestros cuidados. Con estos sentimientos decía san Pablo a los corintios: *Vosotros seréis,* en el siglo venidero, *nuestra gloria, en el día de Nuestro Señor Jesucristo* [4].

Lo mismo podéis decir vosotros de vuestros discípulos, a saber, que el día del juicio ellos serán vuestra gloria, si los instruisteis bien y si aprovecharon vuestras instrucciones. Pues las que vosotros les disteis y el provecho que de ellas hubieren sacado, se descubrirá ante todo el mundo. Y, así, seréis glorificados entonces por haberlos instruido bien; pero no sólo en aquel día, sino por toda la eternidad, pues la gloria que vosotros les hayáis procurado repercutirá sobre vosotros.

Desempeñad, pues, tan cumplidamente las obligaciones de vuestro empleo que podáis disfrutar de esta dicha.

MR 208,2,1 Punto II.

¡Qué consolador será, para quienes hayan procurado la salvación de las almas,

ver en el cielo a quienes ellos facilitaron el don de gozar de tan inmensa felicidad!

Eso sucederá a los que hayan instruido en las verdades de la religión a muchas personas, como lo predijo un ángel al profeta Daniel. *Aquellos,* dice, *que instruyan a muchas personas en la justicia* cristiana, *brillarán como estrellas por toda la eternidad* [5]. Brillarán en medio de aquellos a los que hayan instruido, los cuales les darán eternamente testimonio de profunda gratitud por tantas enseñanzas como de ellos recibieron, considerándolos, después de Dios, como la causa de su salvación.

MR 208,2,2 ¡Oh, qué gozo no experimentará el Hermano de las Escuelas Cristianas cuando vea a un crecido número de sus alumnos en posesión de la felicidad eterna, de la cual le serán deudores, por la gracia de Jesucristo! ¡Qué correspondencia se dará entonces entre el gozo del maestro y el de los discípulos! ¡Qué estrecha unión tendrán en Dios los unos con los otros! Para ellos constituirá profunda satisfacción platicar juntos *sobre los bienes que la vocación de Dios les permitió esperar, respecto de las riquezas de la gloria y de la herencia de Dios, en la mansión de los santos* [6].

Poneos, en lo sucesivo, por el exacto cumplimiento de vuestros deberes, en tal estado, que inmediatamente después de vuestra muerte poseáis tan inmensa dicha, y podáis, igualmente, ver a vuestros discípulos, cuando hayan consumado sus días, poseerla con vosotros.

MR 208,3,1 Punto III.

El santo rey David dice *que quedaría saciado cuando Dios le concediera la gracia de verlo y de gozar de la gloria celestial* [7]; pues la visión de Dios ocupa de tal forma todas las facultades del alma, que ya ésta, por decirlo así, no se siente a sí misma, porque centrada por entero en ese divino objeto, se halla completamente penetrada por él.

Ésa es la dicha que poseerán en el cielo quienes hayan procurado la salvación de las almas, y lo hayan realizado de manera provechosa para bien de la Iglesia; y que, mediante sus cuidados, hayan revestido a muchos de sus discípulos con el blanco vestido de inocencia que habían perdido, o que hayan contribuido a que lo conservaran otros muchos, a quienes jamás se lo hizo perder el pecado.

Eso sucederá a quienes hayan ejercido la función de ángeles custodios para con los niños que la Providencia les confió, que hayan mostrado celo ardiente en su empleo, que lo hayan ejercitado continuamente y que con él hayan salvado a muchos.

¡Ah, qué estremecimiento de gozo sentiréis cuando oigáis la voz de aquellos a quienes habéis guiado al cielo como de la mano; los cuales dirán de vosotros, en el día del juicio, y también en el cielo, lo que de san Pablo y de sus acompañantes decía una muchacha poseída del demonio, a la que luego libró el apóstol: *Estos hombres son siervos del Dios altísimo, que nos han anunciado el camino de la salvación* [8]!

MR 208,3,2 Y mostrarán así el bien que les hicisteis cuando estabais entre ellos. Unos presentarán a Jesucristo, el día del juicio, el vestido de inocencia, que vosotros les ayudasteis a conservar en toda su blancura; otros que, tras haber pecado,

lavarán el suyo por mediación vuestra *en la sangre del Cordero* [9], le mostrarán los trabajos que os impusisteis para hacerlos volver al camino de la salvación. Y todos unirán sus voces para conseguiros de Jesucristo sentencia favorable, y pedirle que no difiera el poneros en posesión de la felicidad que a ellos les procurasteis, mediante vuestros trabajos y cuidados.

¡Oh, cuál no será la gloria para las personas que hayan instruido a la juventud, cuando se proclamen ante todos los hombres su celo y su dedicación en procurar la salvación de los niños, y cuando todo el cielo resuene con acciones de gracias, tributadas por estos niños bienaventurados, a quienes les enseñaron el camino del cielo! Proceded, pues, de manera que por medio de vuestra honesta y sabia conducta con aquellos que os están confiados, os procuréis todos estos beneficios y todos estos tipos de gloria.

MR 208,1,1: [1] 1Co 3,4-8. – [2] 1Co 3,13. – [3] 1Co 3,14. – **MR 208,1,2**: [4] 2Co 1,14. – **MR 208,2,1**: [5] Dn 12,3. – **MR 208,2,2**: [6] Ef 1,18. – **MR 208,3,1**: [7] Sal 17,15. – [8] Hch 16,17. **MR 208,3,2**: [9] Ap 7,14.

Índice

Primera parte

Meditaciones para todos los domingos del año

Segunda parte

Meditaciones para las fiestas principales del año

Complemento de ocho meditaciones.

Para algunas fiestas especiales que hay durante el año.

Tercera parte

MEDITACIONES PARA LOS DÍAS DE RETIRO.

Para uso de cuantas personas se dedican a la educación de la juventud, y particularmente para el retiro que los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen durante las vacaciones.